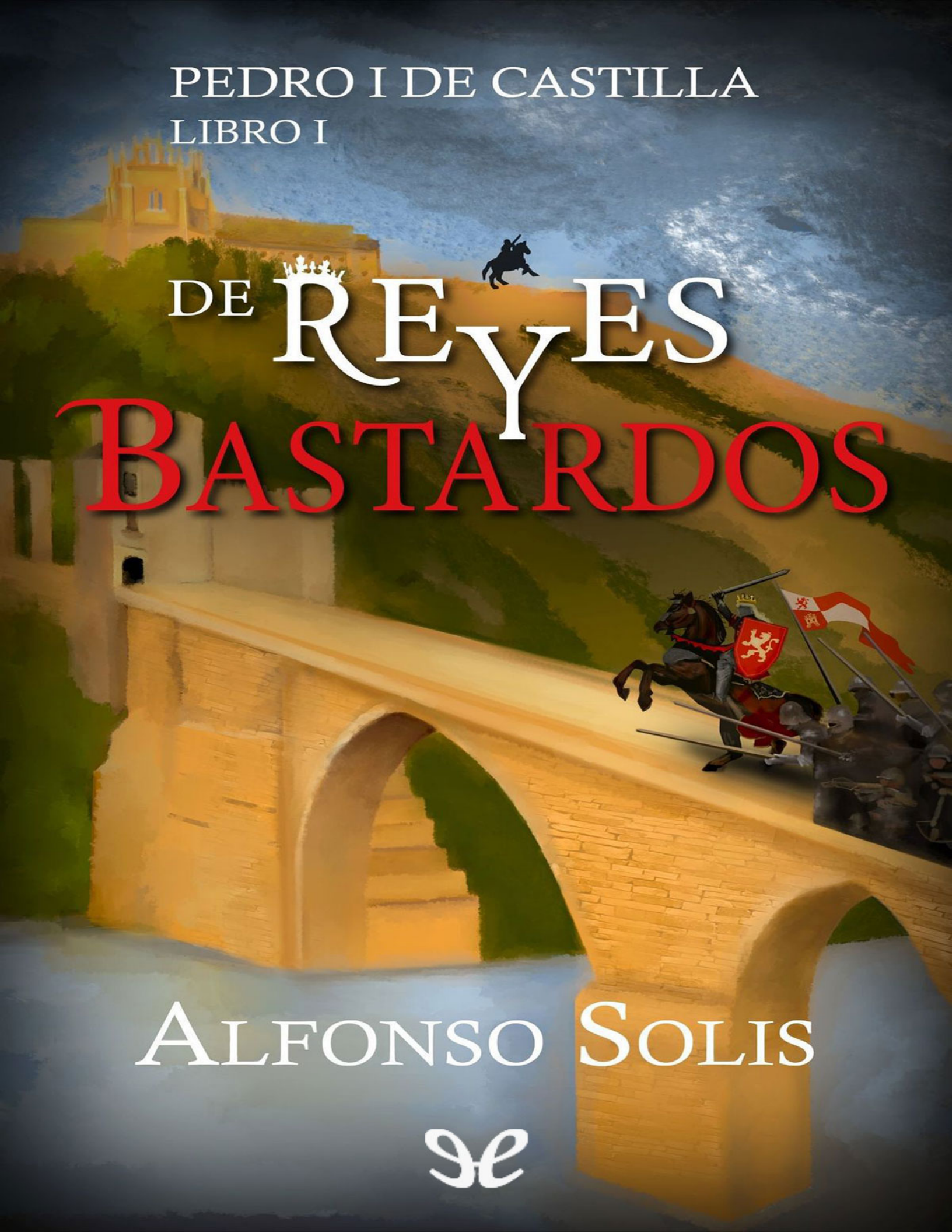
PEDRO I DE CASTILLA
LIBRO I

DE REYES BASTARDOS



ALFONSO SOLIS

26 de marzo de 1350, el rey Alfonso de Castilla muere de peste durante el asedio a Gibraltar. Con él se encuentran sus hijos bastardos don Enrique de Trastámara, don Fadrique y su amante, doña Leonor de Guzmán. Mientras el rey combatía al moro, su esposa, la reina María de Portugal y don Pedro, su hijo y heredero, permanecían en el alcázar de Sevilla, abandonados, olvidados por el rey y la nobleza. Pero tras la muerte de don Alfonso, doña María de Portugal advertirá una magnífica oportunidad para vengarse de la concubina y de los nobles que durante largos años le habían despreciado.

Se desatará así un enfrentamiento entre los bastardos y el rey Pedro I. Un conflicto que durará todo su reinado en un incesante juego de alianzas y traiciones. Una trepidante partida de ajedrez, donde Castilla será el inmenso tablero y cuyos jugadores perseguirán con engaños, pactos y conspiraciones, derrotar al enemigo.

OceanofPDF.com

Alfonso Solís

De reyes y bastardos

Pedro I de Castilla - 1

ePub r1.0
Titivillus 02-02-2022

OceanofPDF.com

Título original: *De reyes y bastardos*
Alfonso Solís, 2021

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



OceanofPDF.com

Dedicado a mis hermanas Ana, Esther y Mónica.
La familia siempre es lo más importante.

OceanofPDF.com

1

Gibraltar, marzo de 1350

El cortejo marchaba triste, afligido, envuelto en un profundo y respetuoso silencio bajo el inclemente sol de principios de primavera. A sus espaldas sobrevolaban los buitres en un cielo azul, sin mácula, impacientes por darse un festín con los despojos de los soldados muertos durante el frustrado asedio a Gibraltar. En uno de los carros del lúgubre séquito se escuchaban los sollozos ahogados de una mujer. Había aparentado entereza, frialdad, determinación. Pero estaba exhausta. No pudo soportar durante más tiempo el terrible dolor que le afligía y finalmente se derrumbó. Y rompió a llorar, intentando que sus lágrimas aliviaran sus pesares y sufrimientos. El hombre al que amaba, al que había consagrado toda su vida, había muerto. Sobre ella y sus hijos se cernía un incierto futuro. Doña Leonor de Guzmán había sido, durante más de veinte años, la amante del rey, la madre de diez de sus hijos. Los nobles y clérigos acudían a ella para pedirle consejo y mediación, pues era bien conocida en Castilla la influencia que ejercía sobre don Alfonso. La reina, la esposa del rey, era doña María de Portugal, pero a quien amaba don Alfonso, a quien colmaba de halagos, regalos y títulos, era a ella, a doña Leonor de Guzmán; la mujer más poderosa de Castilla. Al menos hasta ese momento. Doña María de Portugal la odiaba. A ella y a sus hijos. Para la reina, doña Leonor de Guzmán no era más que una vulgar concubina, una bruja que había hechizado a su marido con el propósito de apartarlo de su familia y de colmar de títulos y prebendas a sus bastardos. Doña Leonor de Guzmán estaba persuadida del profundo odio que la reina le profesaba y ahora, carente del amor y de la protección del rey, se preguntaba qué sería de ella y de sus hijos. Pronto en Castilla sería

proclamado un nuevo rey y doña Leonor dudaba de que esos nobles, a los que tanto había favorecido, siguieran siendo fieles y leales a los Guzmanes. Y sin ellos, sin su protección, sería presa fácil de la reina María. Se arrojaría sobre ella y sus hijos como una leona hambrienta y furiosa sobre un solitario y frágil cervatillo. Su hijo don Fadrique, maestre de la Orden de Santiago, tiraba de las riendas con el rostro compungido. Los temores de su madre eran también los suyos. En un gesto de consuelo, la abrazó y la estrechó con cariño en su pecho. Un noble, que cabalgaba cerca del carro, giró la vista y observó como doña Leonor ocultaba el rostro entre sus manos y era consolada por su hijo.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó don Juan Alfonso de Alburquerque, fiel servidor de la reina y uno de los hombres más ricos y poderosos de Castilla.

La pregunta iba dirigida a don Alfonso Fernández Coronel, el señor de Aguilar, que, como la mayoría de los nobles que acompañaban al cortejo fúnebre, se encontraba inmerso en sus pensamientos, escrutando los diferentes escenarios que podrían desatarse en Castilla tras la inesperada muerte del rey. Don Alfonso Fernández Coronel era partidario de doña Leonor. Debía ser cauto en su respuesta. Don Juan Alfonso de Alburquerque era el canciller de Castilla y privado del futuro rey, Pedro I, hijo de doña María de Portugal. Quizá era momento de reconsiderar las alianzas.

—¿A qué te refieres? —don Alfonso Fernández entendía perfectamente el propósito de la pregunta, pero necesitaba ganar tiempo para preparar una respuesta adecuada.

—No seas necio, que nos conocemos desde hace años —respondió Alburquerque—. Muchos de los que ahora os encontráis acompañando a este triste séquito, tenéis el gesto mustio y descompuesto, pero desconozco si es por tristeza o por temor. Habéis prosperado bajo la larga sombra de la amante del rey, despreciando e ignorando a nuestra reina.

Don Alfonso Fernández Coronel permanecía en silencio, digiriendo cada una de las palabras que el canciller lanzaba con toda la intención.

—Todavía recuerdo cuando doña Leonor te cedió la tenencia de Medina Sidonia, su residencia —prosiguió Alburquerque—. Estabas exultante,

radiante de felicidad. Eras el señor de Aguilar, alguacil mayor de Sevilla y protector de la concubina. Estabas en la cima de tu poder. Pero…

—¿Pero?

—La situación ha cambiado.

—Es evidente.

Alburquerque asintió en silencio. Concedió unos instantes a don Alfonso Fernández Coronel para que reconsiderase sus fidelidades. El señor de Aguilar era un poderoso noble y era conveniente tenerlo de su parte. El futuro rey, Pedro I, apenas era un muchacho de quince años. Joven e inexperto, sería presa fácil para cualquier noble ambicioso y experimentado, que podría «orientarle y dirigirle» según su propio criterio e interés. Don Juan Alfonso de Alburquerque era el hombre de confianza de doña María de Portugal. Hombre astuto e inteligente, había sabido moverse con prudencia y sabiduría entre dos aguas, ganándose la confianza de don Alfonso y el respeto y consideración de doña Leonor. Pero el canciller de Castilla siempre tuvo muy presente que la única y verdadera reina de Castilla era doña María. Pero los Guzmanes contaban con importantes apoyos entre la nobleza y la Iglesia castellana. Alburquerque era el canciller, el hombre más poderoso del reino, pero todo hombre, por grande que sea su poder, necesita aliados y don Alfonso Fernández podría ser uno realmente valioso.

—Pronto llegaremos a Medina Sidonia —observó Alburquerque.

Don Alfonso Fernández Coronel permanecía en silencio. En rededor solo se escuchaba el ahogado lamento de doña Leonor y el eco de los cascos de los caballos.

—Será un buen momento para demostrar de qué lado estás —prosiguió el canciller—. Aunque entiendo que no dispones de muchas opciones.

—Siempre estaré del lado de mi rey —replicó don Alfonso Fernández Coronel—. Estoy aquí, acompañando a mi rey fallecido y lo estaré en Sevilla, con su hijo, el legítimo heredero, don Pedro. En mí, el rey no encontrará más que a un fiel vasallo.

Alburquerque sonrió satisfecho.

—¿Y don Juan Núñez de Lara? —preguntó.

Don Alfonso Fernández torció el gesto y le lanzó una mirada interrogante.

—¿Sabes si también será «fiel» a don Pedro? Hasta ahora, lo ha tratado con desprecio y desdén. Tanto a él como a la reina.

—Yo respondo por mí —replicó don Alfonso con cierta irritación—. Lo que decida Núñez de Lara es cuestión suya. Será mejor que le preguntes a él.

—Lo haré, no dudes de que lo haré.

Alburquerque espoleó su montura y se alejó del señor de Aguilar, dejándolo sumido en una profunda inquietud. Núñez de Lara, el señor de Vizcaya, era su amigo. Extremadamente rico y poderoso, era partidario de la concubina de don Alfonso. Se consideraba el legítimo canciller de Castilla. En Alburquerque no solo advertía a su rival político, sino también a un peligroso y temible enemigo. Don Alfonso Fernández se mesó pensativo la barba. Don Juan Núñez de Lara, al igual que había hecho el canciller, no tardaría en cuestionarle para que revelara sus intenciones. Y, Medina Sidonia, donde se encontraba la residencia de doña Leonor, se encontraba tan cerca…

OceanofPDF.com

2

Gibraltar, marzo de 1350

Don Juan Núñez de Lara cabalgaba en silencio, rumiando sus pensamientos al tiempo que negaba con la cabeza. A su lado se encontraba don Enrique de Trastámara, uno de los hijos bastardos que el fallecido rey don Alfonso había tenido con doña Leonor de Guzmán. Se trataba de un joven apuesto de cabellos castaños, labios finos y mirada profunda y resuelta. Tenía dieciséis años y a pesar de su juventud era muy consciente de las consecuencias que la muerte de su padre tendría para su futuro y el de su familia. Cabalgaba en silencio, lanzando de vez en cuando miradas de soslayo al señor de Vizcaya, el principal valedor de su madre. A don Juan Núñez de Lara solo un noble le hacía sombra en Castilla, solo un noble podía rivalizar con su poder y riqueza: don Juan Alfonso de Alburquerque.

—Se lo dije —comenzó a musitar el señor de Vizcaya—. Se lo rogué y no me hizo caso.

Don Enrique le miró y guardó silencio.

—Le dije que abandonáramos el sitio de Gibraltar, que la peste estaba diezmando a la población de la comarca y que no tardaría en llegar a nuestro campamento. Pero no me escuchó.

—No quiso escucharte —intervino don Enrique.

—Sí, no quiso escucharme. Ansiaba conquistar Gibraltar y arrebatarle a los moros el dominio del Estrecho. Y vive Dios que lo habríamos conseguido.

—Por eso no quiso marcharse. Estuvo tan cerca…

—Incluso Albulhachah Yusuf, el sultán de Granada, estaba convencido de que iba a ser derrotado. Gibraltar sería conquistada por nuestro rey.

Don Enrique asintió, recordando el correo que Albulhachah Yusuf envió al sultán de Almería y que fue interceptado por una patrulla castellana. En la carta, Albulhachah se lamentaba del asfixiante asedio al que estaba siendo sometida la plaza de Gibraltar, tanto por tierra como por mar. Que cayera en manos cristianas era cuestión de tiempo. El sultán de Granada se encomendó al auxilio del sultán de Almería o a la intervención de Alá. No disponía de más opciones. Y el infausto milagro se produjo.

—No tardaron en producirse las primeras muertes en el real y al poco, la pestilencia se extendió por todo el campamento, hasta que finalmente el propio rey cayó enfermo. Ya nada pudimos hacer salvo rezar con toda nuestra alma —dijo Núñez de Lara.

—Al menos, su muerte fue rápida, lo que le alivió de sufrir terribles padecimientos —dijo don Enrique.

—Vano consuelo para aliviar el dolor por la muerte de un hombre que solo tenía treinta y nueve años —replicó el señor de Vizcaya—. Aún le aguardaban por consumar grandes proezas al rey que aplastó a los benimerines en la batalla del Salado. En aquel lance, tu padre salvó a Castilla y a toda la cristiandad de la invasión de estos infieles. Pero ahora, víctima de su impaciencia, marchamos a Córdoba a enterrar sus restos junto a los de su padre, don Fernando.

—Fue un gran hombre.

—Fue un gran rey —apostilló don Juan Núñez de Lara.

Don Enrique asintió y apretó los labios. En su cabeza barruntaba una pregunta que sabía que debía formular, pero temía tanto la respuesta que se negaba a hacerla. Ahora que su padre había muerto, la vida de su madre, la de sus hermanos y, sobre todo, la suya, estaban a merced de su hermano don Pedro. Don Juan Núñez de Lara le miró. En sus ojos leyó sus desvelos y preocupaciones.

—Nos dirigimos a Córdoba —comenzó a decir—, pero en unas horas llegaremos a Medina Sidonia, donde haremos parada antes de continuar nuestro viaje.

—Y luego a Sevilla, donde se encuentran don Pedro y su madre, la reina…

—Así es.

Don Enrique tragó saliva. Doña María de Portugal le odiaba. Tanto a él como a su madre… como a sus hermanos. Para la reina, su madre era una perra callejera que había parido una camada de bastardos.

—Debes acudir a Sevilla y prestar el debido juramento de fidelidad a tu hermano, el rey —dijo el señor de Vizcaya como si leyera sus pensamientos —. No tienes otra opción.

—Sabes que la reina nos odia. Temo que seamos apresados o ajusticiados nada más cruzar las puertas del alcázar.

—Debes ser prudente. Si no te presentas en Sevilla, don Pedro entenderá que te declaras en rebeldía e irá en tu busca. Ríndele sumisión y pleitesía, al menos hasta que hayamos calculado convenientemente nuestros apoyos.

—¿Nuestros apoyos? ¿Qué quieres decir?

—No seas necio. Yo siempre he apoyado a vuestra familia. En mí siempre habéis encontrado a un amigo, a un fiel aliado. Para la reina María, todos aquellos que, de un modo u otro, han favorecido a los Guzmanes, son sus enemigos. Es cierto que con la muerte de don Alfonso vuestra situación en la Corte se ha vuelto extremadamente compleja y delicada. No te lo voy a negar, pues rehuir la realidad es de insensatos y evita el esfuerzo de procurar buscar alternativas, soluciones, que permitan revertir los acontecimientos. Pero no es menos cierto que nobles como don Alfonso Fernández Coronel, los hermanos Ponce de León o yo mismo, también nos encontramos en un, digamos, apuro. Nuestros destinos, querido amigo, están ligados.

—Eso es cierto —concedió don Enrique.

—No pienses que soy un loco imprudente. He enviado espías a Sevilla, para que recaben información de las intenciones de don Pedro y de la reina. Pronto tendremos respuesta a nuestras inquietudes.

Don Enrique meditó las palabras del señor de Vizcaya. En espera de los informes de los espías, solo disponía de dos opciones: acudir a Sevilla y jurar fidelidad a su hermano, el futuro rey Pedro I, o bien, huir a alguna de las plazas fieles a su familia en espera de los acontecimientos.

—Bien, creo que sería prudente esperar en Medina Sidonia la llegada de tus espías. Una vez que tengamos más información, decidiremos cómo

actuar —dijo don Enrique.

Don Juan Núñez de Lara asintió y lanzó un largo suspiro. Intentaba aparentar una calma y serenidad de la que carecía.

OceanofPDF.com

3

Sevilla, marzo de 1350

Doña María de Portugal se encontraba en el alcázar con su hijo don Pedro cuando fue informada de la muerte de su marido, el rey Alfonso. Ambos recibieron la aciaga noticia con entereza y determinación. Ella era la reina y no podía permitirse el capricho de dejarse dominar por la tristeza y el dolor delante de extraños, y don Pedro era el heredero, el futuro rey de Castilla, había sido aleccionado por su madre para no mostrar en público sentimientos que revelaran flaqueza o debilidad.

«Un rey debe trasmitir autoridad, poder, miedo. Si los nobles advierten que su rey es condescendiente y pusilánime, se sublevarán y no cejarán en su empeño hasta derrocarlo. Es obligación de un rey someter a la nobleza o será la nobleza quien someta a su rey» —le reiteraba de forma persistente la reina de Castilla.

Doña María de Portugal tenía la piel blanca, ojos azules como el cielo y cabellos negros y lisos. A sus treinta y siete años, aún conservaba gran parte del esplendor y belleza de su juventud. Sentado a su lado, en un banco de madera, se encontraba don Pedro, un esbelto joven de quince años, de pelo rubio y ojos azules como los de su madre. Aunque apenas era perceptible, sufría una ligera cojera provocada, según la reina, por una maldición lanzada por doña Leonor de Guzmán el día de su nacimiento. Cuando el emisario que les comunicó la triste noticia de la muerte del rey se marchó, en la sala solo quedaron madre e hijo. Fue entonces cuando don Pedro, sin poder soportar más el dolor por la muerte de su padre, abrazó a su madre y rompió en lágrimas. Doña María le consolaba con los ojos húmedos.

Don Alfonso se había desprendido de ella y de su hijo. Había preferido la compañía de doña Leonor, a quien llamaba *la Perra*, y de sus bastardos. Pero le seguía queriendo. Le amaba como nunca había amado y como nunca volvería a amar. Siempre tuvo la esperanza, el anhelo, de que el rey, su esposo, algún día abandonara a *la Perra* y a su camada de bastardos y regresara con ella, con su reina. Pero con su muerte se había desvanecido toda esperanza, toda ilusión. Ya solo podría encontrar consuelo a sus desdichas en la venganza. Desataría toda la ira acumulada durante largos años de lloros, desprecios y desvelos sobre la mujer que le había separado del hombre al que amaba, arrastrándola a padecer una vida de infelicidad, humillación y soledad.

—¿Crees que me quería? —preguntó el joven heredero, sin levantar la vista del regazo de su madre.

—Claro que te quería. Eras su hijo, sangre de su sangre.

—Entonces… ¿por qué le acompañaron Enrique y Fadrique en la campaña contra el moro?, ¿por qué no estaba yo a su lado cuando sitiaba Gibraltar?

Doña María acariciaba con dulzura sus cabellos, intentando consolarle. No solo le acompañaban esos bastardos, sino también doña Leonor de Guzmán. *La Perra* y la camada siempre disfrutaron de su presencia, de su compañía, mientras que ella y su hijo languidecían rechazados y olvidados en el alcázar.

—¿Por qué no estuve consolándole mientras le consumía la enfermedad?

Se lamentaba don Pedro sumergido en un océano de lágrimas.

—Hoy mismo serás proclamado rey —dijo doña María de Portugal.

Don Pedro levantó la vista de su regazo y la miró sorprendido.

—¿No vamos a esperar a los nobles que estuvieron en campaña con mi padre? —preguntó.

Doña María se apartó y se dirigió a una ventana. Miró la ciudad de Sevilla y se imaginó el cortejo fúnebre marchando a paso lento, cadencioso, hacia Medina Sidonia, residencia de doña Leonor de Guzmán.

—No hay tiempo que perder. Hoy serás proclamado rey de Castilla y ordenarás la muerte de *la Perra* y de sus bastardos.

—Madre, pero ¿qué estás diciendo? ¿Cómo puedes pensar en…?

—¡Ordenarás su muerte! —exclamó iracunda, girándose de golpe.

—No, madre —repuso don Pedro con una serenidad que confundió a la reina—. Son mis hermanos y los quiero.

—¡Son tus enemigos!

—¡Son mis hermanos! —insistió don Pedro.

La reina comenzó a andar de un lado a otro de la sala. No entendía la actitud de su hijo. Largos años llevaba esperando el momento de tomarse cumplida venganza de *la Perra* y de sus bastardos. Largos años aguardando en vano la llegada de su esposo, pues prefería yacer con su concubina en Medina Sidonia que acudir al encuentro de su familia al alcázar. Durante largos, insoportables años, la reina de Castilla tuvo que sufrir humillaciones, vejaciones y sufrimientos. Los propios nobles e incluso clérigos, como el arzobispo de Toledo, don Gil Carrillo de Albornoz, a quien *la Perra* sobornó con propiedades, para que callara, para que consintiera en silencio la relación adúltera del rey.

—*La Perra* y sus bastardos solo persiguen la Corona, tu Corona. Sobre todo, Enrique de Trastámara. Es el más vil de toda la camada. Hijo mío, cuídate de ellos —suplicó doña María cogiéndole de los hombros.

Don Pedro se apartó de la reina y dijo:

—Madre, son mis hermanos y Leonor…

—¡No pronuncies su nombre! —exclamó doña María fuera de sí—. Nunca, nunca, vuelvas a pronunciar su nombre en mi presencia —insistió con expresión gélida.

—Son mis hermanos y los quiero. No pienso hacerles ningún daño.

Doña María negó con la cabeza.

—*La Perra* siempre te ha odiado, incluso antes de que nacieras. Y sus hijos, sus cachorros, han heredado ese mismo odio.

—¿Qué quieres decir?

La reina suspiró hondo. Volvió a sentarse en el banco y tomó las manos de su hijo. Se disponía a contarle una larga historia:

—Como sabes, *la Perra* tuvo con tu padre un hijo al que llamó Pedro y que murió con ocho años. Luego tuvo otro cachorro, al que llamó Sancho y murió con dos años. Después tuvo a los gemelos Enrique y Fadrique, que

nacieron en enero del mismo año que tú naciste. Durante este tiempo, mientras *la Perra* no hacía más que parir hijos yo solo tuve uno, Fernando que murió con solo un año de vida —la mirada de la reina se ensombreció recordando la pérdida de su hijo, del heredero que tanto ansiaba tener don Alfonso y que la reina era incapaz de concederle—. Su muerte me rompió el corazón. Le quería con toda mi alma, con todo mi ser —la reina hizo una pequeña pausa y se secó las lágrimas que corrían por sus mejillas—. Temí ser repudiada por tu padre y que tomara por esposa a *la Perra*, pues había demostrado con creces su inagotable fertilidad —a sus labios asomó una áspera sonrisa—. En cambio, yo… yo apenas yacía con tu padre. Cualquier excusa era buena para apartarse de mí. Después de cada campaña militar, viaje, cacería o lo que fuera que le mantuviera lejos de Sevilla, visitaba a *la Perra* y a sus cachorros en Medina Sidonia. Allí permanecía semanas antes de acudir al alcázar. ¿Cómo podía concebir un hijo suyo si apenas le veía? —se lamentó—. Pero Dios me bendijo con tu nacimiento. Tu padre ya no podría repudiarme, pues le había concedido un hijo, un heredero.

—No creo que padre te odiara tanto como para humillarte de tal modo. Repudiarte… madre, es imposible.

A los labios de doña María asomó una triste sonrisa.

—*La Perra* es una bruja, un demonio salido del más profundo de los infiernos. Le tenía completamente hechizado con sus encantamientos, con su magia negra y perversa. Nunca culparé a tu padre de sus pecados y errores, pues su voluntad dejó de pertenecerle. No era más que un muñeco, un títere entre sus despiadadas manos.

La reina calló, se incorporó del banco y comenzó a pasear por la sala. Se frotaba nerviosa las manos, como si se dispusiera a desvelar un terrible secreto. Don Pedro la miraba con suma atención.

—Cuando *la Perra* fue informada de que yo estaba embarazada, se volvió loca —prosiguió—. Pretendía que alguno de sus hijos fuera proclamado rey. Si mi embarazo tenía éxito y daba a luz a un niño, a un heredero, jamás vería colmadas sus ambiciones.

—Eso lo puedo entender…

—De ningún modo *la Perra* podía permitir que yo tuviera un hijo, un heredero. Me había convertido en una molestia, un escollo del que era

preciso desprenderse cuanto antes. Entonces, recurrió a los servicios de una mora, una hechicera a la que prometió colmar de regalos y riquezas si con sus conjuros y maldiciones lograba que yo muriera en el parto y tú nacieras muerto.

—No es posible, me niego a creerte —dijo don Pedro negando con la cabeza.

—Pero *la Perra* exigió a la mora pruebas de su poder —prosiguió la reina, sin reparar en las palabras de su hijo—. En aquel momento, en Medina Sidonia, había una joven campesina embarazada. *La Perra* le pidió a la mora que probara sus hechizos con la pobre desgraciada. Si la joven y su criatura morían, le pagaría una verdadera fortuna.

—¿Qué sucedió? —preguntó don Pedro, empezando a dar pábulo a la historia narrada por su madre.

—La campesina y el recién nacido murieron —respondió la reina, mirando a su hijo con el gesto contraído por el dolor—. *La Perra* quedó entusiasmada y convencida de los poderes de la bruja. Acordaron que *la Perra* le avisaría el día del parto, para que con sus malas artes cumpliera con su cometido. Y ese día llegó —la reina tomó asiento en el banco. Cogió de las manos a don Pedro y prosiguió—: Diez días, diez largos días estuve de parto. Fue terrible. Pensé que moriría y peor aún, que morirías tú. La bruja y *la Perra*, con sus hechizos, con sus sortilegios, intentaron asesinarme o, mejor dicho, asesinarnos. Hijo mío, asesinarnos.

—¿Diez días?

—Tu padre, el rey, angustiado, llamó a un médico judío que no tardó en advertir lo extraño del parto. No había madre en el mundo que pudiera aguantar diez días de parto, si no había detrás alguna suerte de maleficio o brujería. En pocas horas, el judío, ayudado por las mujeres que me acompañaban, logró salvar mi vida y la tuya. *La Perra* y la bruja no consiguieron su propósito.

—¿Qué pasó con la mora y con Leo… con *la Perra*?

—*La Perra* golpeó furiosa a la mora y la exigió explicaciones. Pero la bruja no supo dárselas. Nunca le había sucedido. Jamás había fracasado alguno de sus maleficios. El amor que una madre siente por su hijo logró vencer el odio de *la Perra* y los hechizos de la bruja. No hay magia más

poderosa. No, no la hay —la reina sonrió y sus ojos se humedecieron por la emoción.

—La cojera… —musitó don Pedro, echándose la mano a la pierna.

Doña María acarició con suavidad el rostro de su hijo.

—Tu cojera fue la única secuela del mal parto. De un maleficio que nos pudo costar la vida a ti y a mí.

Don Pedro meditó la historia de su madre, ¿sería verdadera o era fruto de su imaginación y del odio que sentía por doña Leonor? Aunque doña Leonor y sus hermanos le habían apartado de su padre, él no sentía ningún odio por ellos, ningún resentimiento. Si acaso envidia. Sus hermanos habían disfrutado de su presencia, de su compañía, mientras que él se limitaba a padecer los lamentos, maldiciones y quejas de su madre. Sus odios y rencores le habían agriado el carácter.

—Madre, entiendo lo que pretendes decir —dijo al fin—. Pero los hijos no son culpables de los actos de sus padres, como yo no soy responsable del olvido al que el rey, mi padre, te ha relegado durante todos estos años —tomó a su madre de los hombros y añadió—: no puedo castigar a mis hermanos, por las faltas de su madre.

—Hijo no…

Don Pedro interrumpió a la reina con un gesto de mano.

—Pero *la Perra* no volverá a entrometerse en nuestras vidas nunca más. Te lo prometo.

OceanofPDF.com

4

Medina Sidonia, Cádiz, marzo de 1350

La villa de Medina Sidonia se divisaba en lontananza. En pocas horas el cortejo fúnebre haría la primera parada, antes de proseguir su lento peregrinaje a Córdoba. Era un día claro, casi sin nubes. El olor a jara pringosa embalsamaba una cálida brisa que llegaba del sur. Doña Leonor de Guzmán descendió del carro que portaba los restos mortales de don Alfonso. Necesitaba estirar las piernas y caminar un poco para despejar su mente. Había dejado de llorar, pero su rostro permanecía desgarrado por el dolor y el miedo. Caminaba despacio, mirando al suelo con los brazos cruzados. Vestía un pellote negro sobre una saya gris oscura y cubría sus cabellos con una toca triangular de color blanco. A pesar de sus cuarenta años, no había perdido un ápice de la excelsa belleza que encandiló al rey Alfonso hacía más de veinte años. Don Alfonso Fernández Coronel la miró y advirtió que había llegado el momento que llevaba horas esperando. Se acercó a doña Leonor y descabalgó.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó.

Doña Leonor se limitó a encogerse de hombros.

—Pronto llegaremos a tus dominios —prosiguió don Alfonso Fernández, mirando a Medina Sidonia, que aparecía a lo lejos, en el horizonte.

—Son mis dominios, pero tú eres el tenedor —puntualizó doña Leonor.

Don Alfonso Fernández asintió con los labios apretados. El señor de Aguilar y alguacil mayor de Sevilla era un hombre de unos cincuenta años, con cabellos y barba blanca, ojos claros y el rostro arrugado y cansado

propio de quien ha combatido y cabalgado durante muchos años. Demasiados años.

—Don Pedro ha sido proclamado rey de Castilla —dijo.

—Lo sé, me lo acaba de decir Núñez de Lara.

—Se encuentra en Sevilla, en el alcázar, junto a su madre, doña María de Portugal.

Doña Leonor guardó silencio. Había trabajado muy duro para que sus hijos disfrutaran de títulos, riquezas y convenientes vínculos con la alta aristocracia y el clero castellano, pero ninguno podría ser proclamado jamás rey de Castilla.

—Quiero darte las gracias por tu favor y apoyo durante estos años.

—Tus palabras suenan a despedida.

—La muerte del rey…

Don Alfonso Fernández Coronel se detuvo, no sabía cómo proseguir, pero doña Leonor continuó por él.

—Ha sido muy dolorosa para todos nosotros, para quienes le amábamos, para quienes disfrutábamos de su compañía y generosidad —y mirándole fijamente a los ojos, añadió—: Y para quienes le juramos fidelidad.

—Siempre le he sido fiel. A él y a ti.

—Y ahora que el rey ya no está entre nosotros ¿vas a seguir siéndome fiel?

Don Alfonso Fernández Coronel enmudeció. Miró a sus espaldas y observó como Alburquerque no le quitaba la vista de encima.

—Debo ser fiel a mi rey, don Pedro de Castilla y también a mi reina, doña María de Portugal —se atrevió finalmente a responder.

—Vaya, así que es eso —dijo doña Leonor, sin ocultar el desagrado y decepción que tales palabras le habían causado.

—Te agradezco todo lo que has hecho por mí, pero creo que es conveniente que rechace la tenencia de Medina Sidonia.

—¿Conveniente para quién? ¿Para mí o para ti?

Don Alfonso Fernández no respondió, se limitó a desviar la vista al suelo. Siempre había actuado con lealtad al rey Alfonso, apoyándole en cada una de las revueltas nobiliarias que se alzaron en su contra durante su

reinado. Incluso derrotó y asesinó a don Gonzalo Martínez de Oviedo, maestre de la Orden de Alcántara, acusado de criticar abiertamente la relación que el rey mantenía con doña Leonor y de no apoyar a don Fadrique en su candidatura a maestre de Santiago. El rey le ordenó que lo capturara. Don Alfonso Fernández no solo cumplió con su cometido, sino que mandó que fuera degollado y sus restos incinerados, para que su terrible castigo sirviera de ejemplo a todos aquellos que osaran cuestionar la relación que el rey mantenía con su concubina. Siempre le había sido fiel, pero el rey ya no se encontraba entre los vivos. Ahora se sentía liberado del vínculo de lealtad que le unía a doña Leonor. Debía proteger a su familia, a su hacienda, a él mismo de la ira y los deseos de venganza de doña María de Portugal. No encontró otro camino, no había más solución que desprenderse de la tenencia de Medina Sidonia y jurar fidelidad a don Pedro.

—Durante años he actuado como la auténtica reina —comenzó a decir doña Leonor—. Todos, incluido tú, don Alfonso Fernández Coronel, acudíais a mí para suplicarme que intercediera por vosotros ante el rey. Y así lo hice, os colmé de títulos y propiedades. ¿Y así es como ahora me devuelves el favor?, ¿traicionándome cuando más necesito de tu apoyo?

—Leonor, yo… —balbuceó.

—Es verdad, querido amigo —interrumpió doña Leonor—. Has sido noble y leal a mi villa de Medina Sidonia, pero ahora que el rey ha muerto, no encontraré quién la proteja por mí. Acepto tu renuncia y te desvinculo completamente de mi casa y de mi familia. Eres libre de arrojarte a los pies de doña María de Portugal. Ruégale perdón por haberte desentendido de ella durante todos estos años. Quizá hasta te perdone.

Doña Leonor aceleró el paso dejando atrás a don Alfonso Fernández Coronel, que observó con pesar como se marchaba negando decepcionada con la cabeza.

—¿Todo bien?

Don Alfonso Fernández desvió la vista hacia don Juan Alfonso de Alburquerque, que le miraba desde la montura.

—¿Cumplirás tu palabra y mediarás por mí ante la reina? —le preguntó don Alfonso Fernández Coronel.

—Se hará lo que se ha convenido. No tengas duda.

Doña Leonor de Guzmán caminaba sola, cabizbaja, con los brazos cruzados en el pecho. Los nobles con los que se cruzaba apenas le saludaban y se apartaban de su camino, como si hubiera sido contagiada con la misma peste que había segado la vida de su amante, el rey Alfonso. Doña Leonor, que hacía apenas unas horas se erigía como la mujer más poderosa de Castilla, ahora no era más que una molestia, una presencia incómoda de la que era mejor mantenerse a cierta distancia.

⁂

El sol declinaba por el horizonte, tiñendo de naranja el tejado de las casas. En el palacio de Medina Sidonia, residencia de doña Leonor de Guzmán, se encontraban los tres maestres de las principales órdenes militares de Castilla. Todos eran parientes o amigos de doña Leonor de Guzmán y, por lo tanto, debían a su imprescindible ayuda haber alcanzado tan alta dignidad. Se hallaban en la sala de audiencias del palacio. Estaban preocupados, inquietos. Debatían qué hacer, qué pasos y decisiones tomar ahora que don Alfonso estaba muerto y su hijo, don Pedro, era el nuevo rey. Eran hombres poderosos, con enormes posesiones y ejércitos a su mando. Pero sin la protección de don Alfonso, temían sufrir la ira de doña María de Portugal. En la sala se encontraban don Fernán Pérez Ponce de León, maestre de la Orden de Alcántara; don Juan Núñez de Prado, maestre de Calatrava, y don Fadrique, maestre de Santiago e hijo de doña Leonor. Los mensajeros que anunciaron la proclamación de don Pedro como rey de Castilla, también informaron de su voluntad de no tomar represalia alguna contra doña Leonor, los Guzmanes y contra aquellos que le habían rendido pleitesía y vasallaje. Todos serían bien recibidos en Sevilla y aceptados en la Corte, siempre y cuando le aceptasen como rey. Pero los maestres no sabían qué hacer, pues dudaban de las palabras del rey y temían que se tratara de un ardid, una trampa para que acudieran confiados al alcázar y así ser apresados. Esperaban con impaciencia la llegada de don Enrique de Trastámara y de don Juan Núñez de Lara. Quizá ellos tuvieran más

información sobre las verdaderas intenciones del rey y, sobre todo, de doña María de Portugal.

—Deberíamos ir a Sevilla —se atrevió a intervenir don Fernán Pérez—. Según los mensajeros enviados por Núñez de Lara, no hay nada que temer.

—¿En verdad confías en la palabra de don Pedro? —preguntó don Fadrique.

—Acaba de ser proclamado rey… creo que no hay nada que debamos temer. Al menos, de momento —respondió don Juan Núñez de Prado.

Don Fadrique bebió un largo trago de vino que le supo a hiel en la garganta. Torció el gesto con desagrado, negó con la cabeza y dijo:

—Vosotros podéis marcharos a Sevilla si es vuestro deseo. Tú, Fernán —dijo señalando al maestre de Alcántara—, eres primo segundo de mi madre. Así pues, casi no tienes ni parentesco. Y, tú, Juan —continuó, señalando al maestre de Calatrava—, no eres ni siquiera familia. Te has beneficiado de nuestra presencia como una garrapata se alimenta de la sangre de una liebre. Y ahora que más te necesitamos, ahora que más requerimos de tu lealtad, nos das la espalda. ¡Nos dais la espalda! —les espetó, desviándoles una mirada de desprecio y repulsa a los maestres.

—¡Eso no es cierto! —exclamó don Juan Núñez de Prado—. ¡Siempre estaré de vuestro lado!

—¡Pues demuéstralo! —le desafió don Fadrique golpeando con brusquedad la mesa.

—¡Basta! —intercedió don Fernán Pérez, el maestre de Alcántara—. El rey ya debe estar al corriente de que nos encontramos aquí, en el palacio. No sería de extrañar que su madre le haya envenenado con mentiras. Quizá piense que estamos conjurando contra él.

—¿Y no es precisamente lo que estamos haciendo? —preguntó don Juan Núñez de Prado.

—Queremos salvar nuestras vidas, amigo Juan —comenzó a decir don Fernán Pérez—. Todos debemos nuestros cargos a doña Leonor. Nuestras órdenes militares son poderosas, ricas y están bien armadas. Nos encontramos en Medina Sidonia, refugio de los Guzmanes. No podemos culpar al rey de sospechar de nosotros.

En ese momento entraron en la sala doña Leonor de Guzmán, don Juan Núñez de Lara, don Pedro Ponce de León, hermano de don Fernán Pérez, y don Enrique de Trastámara.

—¿Alguna novedad? —preguntó inquieto don Fadrique, incorporándose de la silla.

La pregunta iba dirigida a don Juan Núñez de Lara, el señor de Vizcaya, quien tenía espías y confidentes repartidos por toda Castilla. Sin duda, era la persona mejor informada de todo el reino. Solo don Juan Alfonso de Alburquerque podría rivalizar con su extensa y bien organizada red de informadores. El interpelado hizo un gesto de mano y todos los presentes tomaron asiento frente a una larga mesa de madera. El sol ya se había ocultado tras los tejados y la estancia estaba levemente iluminada por candiles y antorchas que colgaban de las paredes. Durante unos instantes un tenso silencio envolvió la estancia. El señor de Vizcaya se sirvió un poco de vino y después de dar un largo trago respondió:

—No hay más novedad de la que ya os compartí. El rey Pedro ha prometido que mantendrá nuestros cargos y privilegios. Insiste en que podemos acompañar al cortejo hasta Sevilla, donde seremos ratificados en nuestras responsabilidades.

Don Enrique de Trastámara torció el gesto en señal de desagrado.

—No le creo —replicó.

—Y no podemos correr el riesgo de equivocarnos —intervino su hermano, don Fadrique.

—No acompañar los restos del rey Alfonso hasta Sevilla podría ser un grave error —dijo don Juan Núñez de Lara.

—Hablas de Sevilla, pero era deseo de don Alfonso ser enterrado junto a su padre en Córdoba —observó don Fadrique.

—El rey ha decidido que los restos de don Alfonso descansen en Sevilla y no en Córdoba —aclaró don Juan Núñez de Lara.

Una amarga sonrisa brotó de los labios de doña Leonor de Guzmán.

—Ya que no han podido disfrutar de su presencia en vida, nos lo pretenden arrebatar tras su muerte —dijo.

Don Enrique se levantó y comenzó a andar por la sala. Era un hombre delgado, de pelo y barba rubia. Sus ojos azules irradiaban una férrea

determinación. Miró a la mesa. Allí se encontraban los maestres de las órdenes militares y el señor de Vizcaya. Todos tenían grandes posesiones y podrían armar un poderoso ejército que derrocara al rey. ¿Por qué no intentarlo? La mayoría de los nobles castellanos rindieron pleitesía a su madre mientras don Alfonso vivía. Él mismo disponía de enormes haciendas y señoríos. Y no solo gracias a su madre. Don Rodrigo Álvarez de las Asturias lo tomó como ahijado y le cedió todas sus propiedades y dominios, pues murió sin dejar descendencia. Así pues, pudo heredar los señoríos de Noreña, Cabrera y Ribera, y los condados de Sarriá, Lemos y Trastámara, entre otras villas y propiedades.

—Entonces, Núñez de Lara, entiendo que nos aconsejas acompañar al cortejo fúnebre a Sevilla ¿verdad? —preguntó don Enrique.

—Creo que es lo más prudente —respondió el señor de Vizcaya—. Don Pedro acaba de ser proclamado rey y es obligación de la nobleza acudir al alcázar para jurarle fidelidad. Cualquier otra decisión podría ser considerada traición.

Don Enrique asintió ante la atenta mirada de los presentes.

—Bien, como he dicho antes —comenzó a decir—, no creo en la palabra del rey. Mucho me temo que una vez estemos en Sevilla, seremos ajusticiados o, en el mejor de los casos, encerrados en un oscuro calabozo. Ya habrá tiempo para claudicar, si es que claudicamos. Ahora debemos ganar algo de tiempo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el maestre de Calatrava.

—Gran parte de la nobleza y del clero está de nuestro lado. Debemos sopesar hasta qué punto este apoyo es verdadero, sincero. Don Pedro y su madre se encuentran solos. Siempre lo han estado. Solo un puñado de nobles como Alburquerque han permanecido a su lado. No debería ser difícil para nosotros armar un ejército y derrocar al rey.

—¿Pretendes provocar una guerra antes incluso de haber enterrado al rey? —protestó Núñez de Lara, levantándose de la silla.

—No, amigo Juan —respondió en tono tranquilizador don Enrique alzando la mano—. No será necesario. Armaremos un poderoso ejército y marcharemos a Sevilla. El rey se rendirá tan pronto divise nuestras enseñas.

—Si no acudimos a Sevilla, el rey nos declarará en rebeldía y enviará soldados en nuestra búsqueda —dijo el señor de Vizcaya.

—¡Le estaremos esperando! —exclamó don Fadrique, entusiasmado ante la propuesta de su hermano de sublevar a la nobleza contra el rey.

Don Juan Núñez de Lara negó con la cabeza. Consideraba que el maestre de Santiago, un joven impetuoso de cabellos castaños y rizados, ojos despiertos y mandíbula prominente, era un insensato. Un pobre ignorante que se lanzaba con audacia y vigor al campo de batalla con la certeza de que su hermano don Enrique o su madre doña Leonor acudirían prestos a su auxilio al mínimo percance. El señor de Vizcaya recorrió con la mirada a los presentes intentando advertir sus emociones y sentimientos. Y no tardó en averiguar que un profundo miedo anegaba sus corazones. El miedo suele ser mal consejero, pues nubla la mente y fuerza a actuar de forma impetuosa e irracional. Bebió un trago de vino, se aclaró la garganta y dijo:

—Hablaré con Alburquerque.

Los presentes desviaron su mirada hacia el señor de Vizcaya.

—Le diré que temíais por vuestras vidas y que por eso huisteis.

—¡No somos unos cobardes…! —exclamó don Enrique.

Núñez de Lara le interrumpió con un gesto de mano.

—Le diré que huisteis, que vuestra intención es servir a don Pedro, nuestro rey, pero que tuvisteis miedo. Le diré que jamás alzaríais vuestras espadas en su contra, y que esperaréis, en lugar seguro, hasta que consideréis que tendréis suficientes garantías de que vuestras vidas no corren peligro. En ese momento, acudiréis a Sevilla y le juraréis fidelidad.

—¿Y Alburquerque te va a creer? —preguntó doña Leonor.

—Me creerá por la simple razón que tú, Leonor, me acompañarás a Sevilla.

—¿Cómo? —preguntaron los gemelos al unísono, sin creer lo que acababan de escuchar.

—Es muy sencillo. Ninguno de vosotros seréis tan estúpidos de levantaros en armas contra el rey mientras vuestra madre se encuentre en el alcázar de Sevilla, pues conllevaría una inmediata condena a muerte, ¿cierto?

Los dos hermanos asintieron.

—Eso es precisamente lo que quiero que Alburquerque y don Pedro piensen. Vosotros dos —continuó mirando a los hermanos—, buscaréis, lejos de la Corte, partidarios a nuestra causa entre los nobles y clérigos, que aún permanezcan fieles a los Guzmanes. Mientras tanto, yo haré lo mismo en Sevilla.

—Pero nuestra madre correrá peligro —protestó don Fadrique.

—Os garantizo que, si vuestra madre me acompaña a Sevilla, no le va a pasar nada malo. Estará bajo mi amparo y protección. Así se lo haré saber a Alburquerque.

Los maestres de Calatrava y Alcántara se miraron y asintieron. La propuesta del señor de Vizcaya calmaba sus temores y recelos. Les permitiría huir de Medina Sidonia sin ser acusados de traición por el rey y les evitaba marchar a Sevilla, lo que les habría granjeado la enemistad de los Guzmanes. Don Pedro Ponce de León miró a su hermano, el maestre de Alcántara y dijo:

—Podríamos ir a Morón, tierras que pertenecen a la Orden de Alcántara. Desde allí, enviaríamos mensajeros a los nobles afines a los Guzmanes, para evaluar lealtades al tiempo que el señor de Vizcaya nos mantiene informados de lo que suceda en Sevilla.

—En el castillo de Morón tengo una guarnición numerosa y bien armada —intervino don Fernán Pérez Ponce, maestre de la Orden de Alcántara—. Podemos defendernos de las tropas del rey o, llegado el caso, huir a Algeciras o a Córdoba.

Todos miraron a don Juan Núñez de Lara en espera de su aprobación.

—Sin duda, Morón es una buena posibilidad.

—No se hablé más —dijo don Enrique levantándose de la silla—. Nosotros marcharemos a Morón y tú, señor de Vizcaya, acompañarás a mi madre a Sevilla.

Don Enrique levantó la copa y todos los presentes le siguieron.

—Señores, nos aguarda la gloria. ¡Brindemos por ella!

—¡Brindemos! —gritaron al unísono.

OceanofPDF.com

5

Sevilla, abril de 1350

El rey paseaba por el patio de armas del alcázar acompañado por don Juan Alfonso de Alburquerque. Era una mañana templada de comienzos de primavera y el cielo estaba claro, radiante. Don Pedro trasladó a Alburquerque su intención de sepultar a su padre en Sevilla. El canciller le recordó que el deseo de don Alfonso era ser enterrado en Córdoba, junto a su padre, el rey Fernando, pero don Pedro le insistió que la decisión había sido tomada y dio la conversación por concluida. Su madre, doña María de Portugal, se había obstinado en que así fuera y así debía ser. Otras eran las inquietudes que le apremiaban. El cortejo fúnebre había llegado a Sevilla el día anterior y don Pedro echó en falta a sus hermanos don Enrique y don Fadrique, a los maestres de las Órdenes de Alcántara y Calatrava, además de algunos otros nobles de cierta relevancia de la Corte castellana. Su madre no tardó en intentar envenenar su ánimo acusando a sus hermanos de traición, aconsejándole que se deshiciera de ellos y de *la Perra* antes de que fuera demasiado tarde. Pero la presencia de don Juan Núñez de Lara y de doña Leonor de Guzmán en el cortejo le tranquilizó. La ausencia en la Corte de Sevilla de sus hermanos y demás nobles castellanos se debía a motivos razonables y comprensibles.

—Entonces, mis hermanos están en Morón junto con los maestres de Alcántara, Calatrava y don Pedro Ponce de León —recapituló el rey.

—Así es mi señor. Don Juan Núñez de Lara ha insistido en que nada debéis temer, simplemente están allí por prudencia.

—¿Prudencia? —preguntó el rey.

—Temen sufrir algún tipo de represalia. No por vos, mi rey —se apresuró a matizar el canciller—, sino por vuestra madre. Ya sabéis el profundo odio que siente por los Guzmanes y sus partidarios.

El rey detuvo su paso y asintió. Recordaba muy bien como su madre le insistía constantemente para que exterminara a toda la familia.

—Ya… bueno, eso lo puedo entender. No obstante, que todos esos nobles afines a la casa de los Guzmanes se encuentren en Morón, tierras del maestrazgo de Alcántara, incita a sospechar que puedan estar confabulando en mi contra. Esta situación quizá no sea cómoda para ellos, pero tampoco lo es para mí.

Alburquerque asintió ante lo cierto de sus palabras. El canciller era un hombre de mediana edad, de barba y cabellos castaños surcados por incipientes hebras plateadas. Sus ojos eran marrones y transmitían un gran poder y autoridad. A pesar de su edad, disfrutaba del cuerpo fornido de un recio soldado. El canciller conocía muy bien los entresijos y misterios de la Corte. Era nieto del rey portugués don Dionís, pues su padre, don Alfonso Sánchez, fue fruto de la relación extramatrimonial de don Dionís con doña Aldonza Rodríguez. Obligado por el heredero portugués, don Alfonso Sánchez marchó a Castilla y se casó con doña Teresa Martínez de Alburquerque, una rica hacendada. Fruto de este matrimonio nació don Juan Alfonso. A su ingente patrimonio, el canciller añadió varios señoríos y amplias propiedades en Extremadura y Tierra de Campos tras su enlace con doña Isabel de Meneses, miembro de la nobilísima e influente familia de los Meneses. Don Juan Alfonso de Alburquerque era uno de los hombres más poderosos y ricos de Castilla, y ahora, además, el hombre de confianza del rey Pedro. Tanto poder, tanta riqueza acumulada en una única persona granjeaba la admiración y el respeto de unos, y la animadversión y la enemistad de otros.

—Envía a Gutier Fernández de Toledo a Morón para que hable con ellos. Que les asegure que pueden estar tranquilos. No tienen nada que temer —comenzó a decir el rey—. Pueden marchar a sus haciendas, poner en orden sus asuntos y acudir después a Sevilla, donde les ratificaré en sus cargos y responsabilidades. Gutier es un hombre de mi máxima confianza. Sabrán que su palabra es ley. Sea como fuere, no puedo permitir que

permanezcan durante más tiempo en el castillo de Morón, una fortaleza casi inexpugnable.

—¿Y si se negaran? —preguntó Alburquerque.

—¿Negarse? No creo que sean tan estúpidos. Tengo a Leonor a buen recaudo en el alcázar y a Núñez de Lara vigilado en todo momento. Cualquier atisbo de rebeldía y sus cabezas serán cortadas.

Don Pedro detuvo el paso. Miró fijamente a los ojos del canciller, y añadió:

—Dile a Gutier que no omita este detalle en el encuentro con los Guzmanes.

—Así lo haré, mi señor.

Don Pedro observó como Alburquerque marchaba a cumplir con su cometido. Levantó la vista y vio como doña Leonor de Guzmán le contemplaba atenta desde la ventana de sus aposentos. A pesar de la distancia, pudo advertir su mirada fría, desafiante. Quizá *la Perra*, como la llamaba su madre, aún no era consciente de su nuevo papel en la Corte. Ya no era la preferida del rey, sino su ramera. Había llegado el momento de hacerle entender su cruda y áspera realidad.

⁂

El castillo de Morón emergía poderoso sobre un colosal cerro de más de doscientos pasos. Don Gutier Fernández de Toledo cabalgaba escoltado por veinte soldados sin perder de vista la impresionante mole. Una fortaleza bien protegida y guarnecida por soldados experimentados de la Orden de Alcántara. Su conquista sería harto complicada y conllevaría el sacrificio de un gran número de soldados. El rey tenía razón. Debía evitar a toda costa que los partidarios de los Guzmanes continuaran ocultándose tras esas robustas murallas. Cabalgaba apresuradamente, impaciente por cumplir la misión que don Pedro le había encomendado. Finalmente llegó a las puertas de la muralla del castillo donde un guardia de la Orden de Alcántara les dio el alto.

—Soy don Gutier Fernández de Toledo, consejero del rey Pedro, tu señor. Abre el paso.

El soldado, sin saber muy bien qué hacer, miró al oficial de guardia en espera de recibir órdenes.

—¿A quién vienes a ver? —dijo el oficial, más acostumbrado a lidiar con los nobles de la Corte.

—A tu señor, don Fernán Pérez Ponce. Tengo mucha prisa así que no me hagáis perder más mi valioso tiempo.

El oficial miró a don Gutier Fernández de Toledo. Vestido con yelmo, cota de malla y portando su espada, estaba pertrechado para la guerra, al igual que los soldados que le acompañaban. No serían rival para los soldados del castillo, pero cualquier enfrentamiento con un enviado del rey podría tener dramáticas consecuencias.

—¡Amigo Gutier! —exclamó una voz a su espalda.

El oficial suspiró aliviado cuando advirtió la llegada del maestre de Alcántara. Don Gutier Fernández de Toledo descabalgó y le saludó.

—Tienes bien aleccionados a tus guardias, casi no me permiten la entrada —le dijo.

—A veces son un poco celosos con sus obligaciones —reconoció en tono cordial—. Pero entra, estarás cansado después de tan largo viaje —y mirando al oficial, añadió—: Cuidad de los caballos de estos soldados y ofrecedles comida y vino. Que nadie pueda presentar queja alguna de la hospitalidad de la casa de Alcántara.

—Así haremos, mi señor —obedeció el oficial.

El maestre de Alcántara había advertido la llegada de los soldados del rey desde la torre del homenaje, donde se encontraba reunido con los Guzmanes y con su hermano don Pedro. Cuando divisó en lontananza la nube de polvo provocada por las monturas, acudió al encuentro de los inesperados invitados, mientras que los Guzmanes y su hermano permanecían ocultos en el castillo en espera de los acontecimientos.

—¿Qué te trae por aquí? —preguntó don Fernán Pérez, al tiempo que caminaban hacia la entrada de la torre del homenaje.

—Lo sabes muy bien. El rey está informado de que en tu castillo, se encuentran los maestres de Calatrava, Santiago, don Enrique de Trastámara y tu hermano don Pedro Ponce de León.

—¿Vienes a detenernos?

—No, el rey no desea ningún conflicto con los Guzmanes, ni con sus parciales.

—Tus palabras me tranquilizan.

Ascendieron por las escaleras de piedra hasta que llegaron a la sala principal. Tomaron asiento sobre una larga mesa de madera y el maestre de Alcántara pidió a un sirviente vino, pan, queso y carne de cordero.

—¿Supongo que estarás hambriento? —le preguntó.

—Lo estoy —reconoció don Gutier, mirando en derredor.

—¿Buscas algo?

—Me pregunto dónde están tus invitados.

—Ah, claro… me temo que se encuentran fuera, en una partida de caza.

—No importa, el mensaje del rey te lo puedo trasmitir a ti.

En ese momento entró el sirviente con una bandeja con una jarra de vino, dos vasos, pan y queso.

—En unos minutos estará listo el cordero —dijo el sirviente, dejando la bandeja en la mesa.

—Bien, puedes marcharte —le dijo don Fernán Pérez.

Don Gutier cogió un pedazo de queso y lo comió con fruición. Estaba hambriento. Mientras lo devoraba contempló al maestre de Alcántara. Hombre de mediana edad, tenía cabellos y barba blanca y los ojos pequeños ocultos tras unas facciones extremadamente arrugadas. Era imposible poder desfibrar cualquier emoción en rostro tan velado, tan misterioso. Don Gutier se preguntaba dónde estarían escondidos sus amigos de huida. De vez en cuando, lanzaba furtivas miradas de soslayo, esperando encontrárselos por la espalda u ocultos tras unas cortinas o puertas. No estaba cómodo en un castillo lleno de partidarios de los Guzmanes.

—Bueno, que noticias me traes de la Corte —dijo al fin el maestre.

Don Gutier tragó un poco de vino y respondió:

—Don Pedro acaba de ser proclamado rey. No pretende enemistarse con una nobleza que ha servido con lealtad a su padre, don Alfonso. Pero le inquieta la presencia de tan ilustres nobles en tu castillo.

—El rey no tiene motivo de preocupación —repuso don Fernán Pérez.

—Lo sabe, pero hay muchos nobles y clérigos que están un tanto… nerviosos —hizo una leve pausa para beber un trago y prosiguió—:

Consideran que los maestres y los Guzmanes se encuentran aquí, en Morón, conspirando contra el rey.

—Eso jamás —replicó el maestre con tranquilidad.

—Te creo y estoy convencido de que el rey también te creería si se encontrara aquí, en esta espléndida sala, con nosotros —y recordando las palabras que le dijo Alburquerque cuando le encomendó la misión, añadió —: Los Guzmanes no serían tan insensatos de alzarse contra el rey, cuando su madre, doña Leonor, es huésped privilegiada del alcázar de Sevilla.

—Esta prisionera, según me han comentado —dijo el maestre.

—Ah, ya llega el cordero —dijo don Gutier, mirando al sirviente que portaba una humeante bandeja de carne.

Esperaron a que el sirviente dejara la bandeja y abandonara la estancia para continuar con la conversación.

—Es una invitada de nuestro rey —puntualizó don Gutier—. Si fuera prisionera, no se encontraría en el alcázar asistida por sus damas y recibiendo visitas. En tal caso, estaría en las mazmorras.

Don Fernán Pérez cogió un pedazo de carne y se lo comió. No tenía sentido continuar la conversación por esos derroteros.

—¿Qué podemos hacer por don Pedro, nuestro rey, para alejar de nosotros toda sospecha? —preguntó.

—Es muy sencillo: el rey os da unos días para que, después de la campaña contra el moro en Gibraltar, pongáis en orden vuestras haciendas. Una vez hayáis organizado vuestras casas acudiréis a Sevilla, donde le juraréis fidelidad. Nuestro rey, como muestra de afecto y confianza, os mantendrá en vuestros cargos. Insisto, no es deseo de don Pedro enemistarse con ningún noble. Os necesita, Castilla os necesita a todos.

—¿Simplemente eso? —preguntó el maestre, con el entrecejo arrugado, sin confiar plenamente en sus palabras.

—Así es.

Durante unos instantes ambos nobles comieron en silencio. Ahora fue el maestre de Alcántara el que no perdía de vista a don Gutier, escudriñando en sus ojos si lo que decía era cierto o no era más que un engaño, una argucia para que acudieran confiados a Sevilla y facilitar así su captura y, posiblemente, su ejecución.

—Debo marcharme —dijo don Gutier levantándose de la silla—. Se hace tarde y no quiero que la noche me sorprenda.

—Quédate aquí esta noche. Tú y tus soldados sois bien recibidos —mintió el maestre, deseando que el enviado del rey se marchara y poder así considerar su propuesta con los Guzmanes y su hermano.

—Te lo agradezco, pero tengo obligaciones que atender en la Corte.

—Como desees.

—¿Y bien? ¿Qué le digo al rey? ¿Cuál va a ser *vuestra* decisión? —preguntó don Gutier pronunciando la palabra «vuestra» con toda la intención.

Pero don Fernán Pérez no cayó en la trampa.

—No puedo hablar por los demás, pero en lo que a mí respecta, en unos días acudiré a la llamada de don Pedro, mi rey.

Don Gutier asintió satisfecho.

—No olvides trasladar este mensaje a los cazadores. El tiempo apremia y la paciencia no es la mejor virtud de don Pedro.

—Lo haré.

Don Gutier se despidió con un gesto de cabeza y salió de la sala. El maestre se acercó a la ventana y contempló como don Gutier cruzaba las murallas con su numerosa escolta. Toda una declaración de intenciones.

—¿Y bien?

El maestre de Alcántara se giró y advirtió como sus invitados, saliendo de su escondite, caminaban impacientes hacia él.

—¿Qué te ha dicho don Gutier? —preguntó don Enrique.

—El rey mantendrá nuestros cargos y posesiones.

—¿Y ya está? —preguntó extrañado don Fadrique.

—Nos da unos días para que acudamos a nuestras propiedades, después, tendremos que ir a Sevilla y jurarle fidelidad —respondió don Fernán Pérez.

—Parece un buen acuerdo —observó don Pedro Ponce de León.

—¿Y os lo creéis?, ¿sin más? —preguntó don Enrique, el conde de Trastámara.

—¿Qué otra opción tenemos? —intervino don Juan Núñez de Prado, el maestre de Calatrava.

—Los nobles, que tanto le deben a nuestra madre, no han respondido a nuestras peticiones. Desconocemos si siguen siendo leales a nuestra familia —dijo don Fadrique.

—Son prudentes —repuso don Enrique—. Temen que sus correos sean interceptados por el rey.

Los maestres, en un elocuente silencio, bajaron la vista no muy convencidos. Consideraban que lo más prudente era aceptar las condiciones de don Pedro. Ya llegaría el momento de tomar decisiones más arriesgadas y contundentes. Pero debían sus cargos y privilegios a doña Leonor de Guzmán y no pretendían decepcionar a don Enrique, el cabeza de familia.

—Iré a Francia —dijo el conde de Trastámara.

—¿Cómo? —preguntó don Pedro Ponce de León—. ¿Qué quieres decir?

—Marcharé a Algeciras. Allí me embarcaré rumbo a Marsella y me reuniré con el rey Juan —don Enrique comenzó a andar por la sala—. Le solicitaré dinero, armas, soldados. A cambio de su ayuda, le prometeré el apoyo de Castilla y de nuestra flota en su guerra contra Inglaterra.

—Hermano, si no vas a Sevilla, nuestra madre correrá un serio peligro —dijo don Fadrique cogiéndole del hombro.

Don Enrique negó con la cabeza.

—Cuando el rey os pregunte, le responderéis que marché a Algeciras con el propósito de embarcarme rumbo a Asturias y poner en orden mis haciendas y propiedades. Tan pronto mis obligaciones me lo permitan, iré a Sevilla y me pondré a su disposición como el más fiel de sus vasallos —hizo una pausa y miró fijamente a su hermano. Le sonrió intentando tranquilizar su ánimo—. Navegar es más rápido y seguro que cruzar toda Castilla a caballo. Pensará que estoy impaciente por arrojarme a sus pies.

—Temo por nuestra madre —repuso don Fadrique.

—Tus temores son los míos, pero si don Pedro hiciera daño a nuestra madre, se ganará la enemistad de gran parte de la nobleza y del clero. No es un insensato, acaba de ser proclamado rey. No le interesa generar divisiones y conflictos. El reino se encuentra en una situación inestable y cualquier decisión visceral y precipitada llevaría a Castilla a la guerra. Será prudente.

Mantendrá a nuestra madre como rehén en el alcázar, pero no le hará daño. De eso estoy seguro.

—¿Qué haremos nosotros? —preguntó don Juan Núñez de Prado.

—Haced lo que os ha pedido don Pedro, id a vuestras haciendas y luego marchad a Sevilla —respondió don Enrique.

—Yo te acompañaré, iré contigo a la Corte francesa —dijo don Pedro Ponce de León.

Don Enrique de Trastámara le agradeció el ofrecimiento con un gesto de cabeza.

—Es momento de ser prudentes —comenzó a decir—. Obrad con cautela con don Pedro, don Gutier y el canciller Alburquerque. En unos meses cruzaré la frontera castellana con un formidable ejército. Esa será la señal, ese será el momento en el que nos alzaremos contra el rey.

OceanofPDF.com

6

Sevilla, junio de 1350

El rey cabalgaba acompañado de don Gutier Fernández de Toledo por un encinar próximo al alcázar. Apenas había amanecido, la mañana era fresca y el cielo estaba despejado. Se auguraba un día caluroso en Sevilla. A don Pedro le agradaba cabalgar temprano y alejarse durante unas horas de la Corte. Le despejaba la mente y le ayudaba a tomar decisiones más sensatas y prudentes. El olor a jara pringosa y espliego embalsamaba el bosque. Un jabalí se cruzó en su camino. El rey lo miró con indiferencia. Por suerte para el marrano, no se hallaba de caza. Don Pedro cabalgaba despacio, disfrutando de la tranquilidad del momento. A su espalda doce soldados le escoltaban.

—Entonces Fadrique y Fernán Pérez ya están aquí —dijo el rey.

—Así es, mi señor. Según he sido informado, llegaron ayer —respondió don Gutier Fernández de Toledo.

—Bien, sin duda es una buena noticia, ¿y el resto?

—Se espera que don Juan Núñez de Prado llegue en un par de días.

—¿Y Enrique? —preguntó don Pedro—. Mi hermano es precisamente quien más me preocupa.

—Ayer pregunté a don Fadrique por ese mismo asunto.

—¿Y?

—Bueno, respondió que don Enrique de Trastámara fue a Algeciras con la intención de embarcarse rumbo a Asturias.

—Ya… —dijo don Pedro, escéptico.

—Añadió que su intención es viajar a Sevilla y ponerse a tu servicio tan pronto le sea posible.

El rey torció el gesto en señal de desagrado. Dudaba de que esas fueran realmente sus intenciones, pues si pretendía jurarle fidelidad, habría sido mucho más sencillo acudir a Sevilla y luego marchar a sus condados en Asturias. Por otro lado, su hermano bastardo era consciente de que su madre sería ejecutada ante cualquier movimiento que pudiera suscitar la mínima sospecha de rebeldía. Don Pedro se hallaba confuso.

—¿Tú qué opinas? —preguntó a su consejero.

—No me fío de los Guzmanes.

El rey asintió y dijo:

—Algeciras es una plaza inestable y fronteriza. Costó un gran esfuerzo arrebatársela a los moros y no puedo permitirme perderla. De ella depende el control del Estrecho —detuvo su montura y mirando a don Gutier con determinación, le ordenó—: Ve inmediatamente con un ejército a Algeciras y bloquea el puerto con nuestras galeras. No permitas que Enrique salga de Algeciras. Habla con él, confírmale que sus hermanos, los maestres y todos los partidarios de los Guzmanes han sido ratificados en sus cargos. Dile que le espero con impaciencia en el alcázar. Insístele en que no tiene nada que temer, pues no deseo su enemistad. Al fin y al cabo, somos hermanos.

—Eso haré, mi señor.

—También hazle entender que, si no acude a Sevilla, no me temblará el pulso y tanto él como el resto de los Guzmanes serán ejecutados por traición.

⁂

En la taberna se encontraban don Enrique y don Pedro Ponce de León. Bebían vino al tiempo que lanzaban discretas miradas a los parroquianos que abarrotaban el local. Llevaban unos días en Algeciras y no les fue posible encontrar un barco que los llevara a Marsella. Tal era el grado de desesperación en el que se encontraba el conde de Trastámara que incluso intentó comprar una nave y contratar a la tripulación. Los parroquianos los miraban sin disimulo. Sabían muy bien quienes eran y lo que pretendían. No tardó en correr la voz por toda la ciudad sobre unos nobles castellanos que ansiaban embarcarse rumbo a Francia. Y uno de esos nobles no era otro

que don Enrique de Trastámara, el hijo bastardo del rey Alfonso. Su presencia no era bien recibida en aquellas tierras leales a doña María de Portugal y al rey Pedro.

—Debemos encontrar un barco ya —dijo don Pedro Ponce, mirando en rededor—. Que nos lleve a Francia, Asturias o donde sea. Creo que aquí corremos serio peligro.

Don Enrique asintió, bebió un trago de vino y llamó al tabernero con un gesto de mano.

—Señor, ¿otra jarra de vino? —preguntó el dueño del local, un hombre orondo, calvo y sudoroso.

—¿Cuál es el próximo barco que parte de Algeciras y adonde se dirige? —preguntó don Enrique.

El dueño del negocio, como buen tabernero, estaba bien informado de todo barco que partía o llegaba a Algeciras, pues una parte de su negocio dependía de los viajeros y comerciantes que llegaban o salían de la ciudad.

—Ninguno —respondió.

—¿Cómo dices? —preguntó incrédulo don Enrique.

—Una flota real bloquea el puerto. Parece ser que el rey no quiere que nadie pueda huir de la ciudad por mar —añadió con toda la intención.

Don Enrique estuvo tentado de abofetear al insolente tabernero, pero advirtió como decenas de ojos confluían en él. Ahora entendió porque aquellos hombres le miraban con inquina.

—¿Cuándo llegó la flota? —preguntó don Pedro Ponce de León.

—Esta misma mañana. Espero que esas galeras se vayan pronto o será nuestra ruina.

Con el puerto bloqueado se interrumpía la llegada y salida de mercancías y viajeros, por lo tanto, los estibadores estaban sin trabajo y los comerciantes sin productos que vender o comprar. Don Enrique y don Pedro intercambiaron miradas de preocupación. El conde de Trastámara sacó unas monedas de una bolsa y las arrojó sobre la mesa. Ambos nobles abandonaron apresuradamente el local ante la atenta mirada de los clientes.

—¿Qué hacemos? —preguntó don Pedro, mientras caminaban a buen ritmo por las angostas calles de Algeciras. Se dirigían hacia el puerto, pues les impacientaba confirmar las palabras del tabernero.

—Si han enviado una flota por mar, es muy probable que también hayan enviado soldados por tierra —dijo don Enrique con gesto preocupado. Don Pedro Ponce de León asintió persuadido de lo cierto de sus palabras.

Nerviosos, inmersos en sus inquietudes, no tardaron en alcanzar el puerto de Algeciras, donde se confirmaron sus más aciagos temores. Cinco galeras castellanas bloqueaban la entrada y salida de toda embarcación, incluidas las pequeñas barcas de pesca. En el muelle se arremolinaban los trabajadores del puerto pidiendo explicaciones. Nadie podía dárselas. De pronto, la mirada de un pescador reparó en los nobles. Hizo un gesto a otro hombre, un estibador de apariencia ruda y fornida que ese día no llevaría ningún jornal a su casa. Con gesto amenazante, el estibador se acercó a los nobles acompañado de una turba de veinte hombres, todos malencarados y con aviesas intenciones.

—¡Tú eres ese Trastámara! —le gritó el estibador.

—¡Estos barcos están aquí por ti! —exclamó un pescador.

—¡Vayamos a por ellos! —gritó otro estibador—. ¡Se los entregaremos a los soldados del rey y así podremos trabajar en paz!

Don Enrique y don Pedro se echaron instintivamente hacia tras ante la amenazante presencia de aquellos hombres, que se acercaban a ellos con palos y piedras.

—Será mejor que nos marchemos —sugirió don Pedro. Sin esperar respuesta, salió corriendo acompañado por don Enrique. Los estibadores y pescadores corrieron detrás.

—¡A por ellos! —gritó el estibador fornido.

—¡Quizá hasta el rey nos recompense! —exclamó otro.

Fue oír tales palabras y los ánimos de la muchedumbre se enardecieron ante la posibilidad de recibir una generosa recompensa. Los pescadores y estibadores aceleraron la carrera. Entre ellos empezaron a empujarse y golpearse con el propósito de ser el primero en capturar a aquellos nobles y cobrar así el supuesto pago. Don Enrique y don Pedro corrían, temiendo por sus vidas, delante de una muchedumbre que aumentaba en número. Intentaron esquivar a sus perseguidores perdiéndose entre callejuelas y puestos del mercado, pero las fuerzas flaqueaban y sus perseguidores no

desistían en su empeño de darles alcance. Casi sin fuerzas, ambos nobles cedieron y se detuvieron en una pequeña plaza.

—No puedo más —dijo don Pedro, resoplando sin aliento con la espalda doblada del esfuerzo.

Don Enrique no tenía fuerzas ni para responder.

—Aquí estáis —dijo el estibador fornido.

El conde de Trastámara negó con la cabeza preguntándose cómo era posible que ese gigantón corriera tanto. Si salía de ese entuerto, lo reclutaría para su ejército.

—Ya son nuestros… —dijo un pescador.

Unos treinta hombres se aproximaron a ellos con actitud amenazante. Don Enrique y don Pedro desenfundaron sus espadas con la intención de vender cara su vida.

—No pretendemos haceros ningún daño —dijo un pescador, acercándose a ellos con un palo.

—Solo queremos entregaros a los soldados, seguro que han venido a por vosotros —dijo otro.

—¡Soy Enrique de Trastámara! —gritó orgulloso—. ¡El rey no ha ordenado capturarme! ¿De qué demonios estáis hablando?

—¡En eso tiene razón! —se oyó decir una voz a la espalda de la muchedumbre.

Abriéndose paso entre la turba, apareció don Gutier Fernández de Toledo acompañado por una decena de soldados.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó con voz gruesa y cavernosa.

—Queríamos capturar a este traidor para entregárselo al rey —respondió un estibador.

—Estaba como loco buscando un barco para huir a Francia —respondió otro.

Don Enrique tragó saliva y miró a su alrededor con gesto distraído.

—Ya basta. Marcharos y continuad con vuestras tareas.

—Lo haríamos si los barcos dejaran de bloquear el puerto —dijo un estibador.

—En unas horas podréis continuar con vuestros quehaceres. Pronto nos iremos —dijo don Gutier Fernández de Toledo.

A regañadientes y frustrados por no haber recibido la supuesta recompensa, los pescadores y estibadores se dirigieron a la taberna para entretenerse trasegando jarras de vino, hasta que pudieran volver a la faena.

—Parece que no sois muy bien recibidos en Algeciras —dijo don Gutier a don Pedro y a don Enrique con una media sonrisa. Estaba disfrutando del momento.

—Ha sido un malentendido. Esta gente, en su ignorancia, nos culpaba de que la flota hubiera bloqueado el puerto, impidiéndoles trabajar —dijo don Enrique.

—Pues no son tan ignorantes… —dijo don Gutier. Tenía unos cincuenta años. Hombre de noble cuna, su padre fue notario mayor durante el reinado de don Fernando, abuelo del rey Pedro. Tenía el rostro anguloso y rasurado, y sus ojos, marrones y profundos, estaban enmarcados en unas pobladas cejas oscuras.

—¿Qué quieres decir? ¿Has venido a Algeciras para apresarnos? —preguntó intranquilo don Pedro.

—De ningún modo. Simplemente el rey está impaciente por verte —respondió don Gutier mirando al conde de Trastámara—. Pero este no es el momento ni el lugar para entrar en detalles. La chusma nos observa con atención y es mejor no darles motivos para comentar. Vayamos al campamento, allí comeremos carne asada y beberemos un buen vino. Tendremos tiempo para charlar.

Don Enrique y don Pedro miraron a los soldados que acompañaban a don Gutier y comprendieron que tampoco tenían otra alternativa. Intranquilos, desconfiando de las verdaderas intenciones del consejero real y a falta de otras opciones, le acompañaron.

OceanofPDF.com

7

Sevilla, junio de 1350

El rey paseaba por el patio de armas del alcázar. Estaba más tranquilo, más sosegado después de que los maestres y el resto de los Guzmanes le hubieran jurado lealtad. Simplemente tuvo que mantenerlos en los cargos y conceder alguna que otra prebenda. Demasiado sencillo, demasiado fácil. Quizá, debido a las emponzoñadas palabras de su madre, había sobreestimado a los partidarios de *la Perra*, como él también había empezado a llamar a doña Leonor de Guzmán. No le gustaba esa mujer. Y no solo porque fuera la culpable del distanciamiento de su padre con su verdadera familia, sino porque le llegaban constantes informes que advertían de su persistencia en conspirar contra él a pesar de permanecer bajo custodia en el alcázar. «¿Qué sería capaz de hacer si estuviera en Medina Sidonia con plena libertad de movimientos?», se preguntaba. Los Guzmanes y sus partidarios habían sido sometidos. Todos salvo uno: don Enrique de Trastámara. Aún no tenía noticias de don Gutier Fernández de Toledo, pero confiaba en que pronto, mediante el uso de la palabra o de la espada, su medio hermano entraría en razón. Se encontraba solo, sin apoyos. No le quedaba más opción que besar su mano si pretendía mantener su cabeza pegada a su cuello.

—Mi rey —dijo a sus espaldas, don Juan Alfonso de Alburquerque.

—Ah, canciller, ¿tenemos noticias de Gutier?

—Aún no, pero no tardarán en llegar. Os lo aseguro.

—Tampoco es que me inquiete demasiado, pero es el último escollo que necesito resolver para centrarme en lo que realmente importa: gobernar Castilla.

Los dos hombres comenzaron a pasear, lentamente, con las manos en la espalda, despreocupados. Era una mañana clara y apacible. Un día perfecto para respirar la fragancia de las flores y escuchar el trino de los pájaros.

—Hay varios asuntos de los que me gustaría tratar con vos, mi rey —dijo Alburquerque.

—Tu presencia nunca es gratuita, mi querido amigo.

—Las responsabilidades de un rey son numerosas. Es un trabajo agotador e inabarcable.

—Por suerte te tengo a ti, para que me ayudes en esta ardua tarea.

—Eso siempre, mi señor.

—Dime entonces, Alburquerque, que aflige a nuestra amada Castilla.

Tomaron asiento en dos sillas de tijera y el rey llamó a un sirviente al que le pidió dos jarras de vino.

—Trae solo una, para mí es un poco pronto —dijo Alburquerque.

El criado asintió y se marchó a cumplir con su cometido.

—Dos son los temas que, sin ser apremiantes, conviene dejarlos cerrados lo antes posible —dijo don Juan Alfonso.

El rey invitó al canciller de Castilla que continuara con un gesto de mano.

—Uno tiene que ver con la elección de una buena candidata para ser vuestra esposa y, por tanto, reina de Castilla y el otro, con el arzobispo de Toledo, don Gil Carrillo de Albornoz.

—Uf, ambos temas me hastían —protestó el rey—. Pero tienes razón, cuanto antes dejemos estos temas zanjados, mucho mejor. Empieza por mi futura esposa, ¿en quién has pensado?

—He valorado muchas candidatas, tanto castellanas como extranjeras. Afortunadamente, tanto en Europa como en Aragón o Navarra, hay muy buenas candidatas.

—Me lo figuro…

En ese momento llegó el sirviente y entregó la jarra de vino al rey. Bebió un largo trago y apremió a Alburquerque para que continuara.

—Pero entre todas las candidatas, considero que doña Juana Manuel sería la más apropiada.

—Pero si es solo una niña, ¿qué tiene nueve, diez años?

—Once, mi señor.

—Es muy niña, además, ¿no acordó mi padre la boda de Juana Manuel con Enrique?

—Es cierto, pero esa boda se acordó hace mucho tiempo. Ambos eran unos niños.

Alburquerque se aproximó al rey e insistió:

—Mi señor, la estirpe de doña Juana Manuel se remonta al rey Fernando III.

—¿Y?, ¿tengo que recordarte de donde proviene mi linaje?

El canciller se levantó y negó con la cabeza.

—No podemos permitir que doña Juana Manuel se case con don Enrique de Trastámara. Él es un simple bastardo, pero por las venas de doña Juana corre la sangre de ilustres reyes castellanos. Es una familia rica, poderosa. Disfruta de la simpatía y el favor de buena parte de la nobleza y del clero castellano. Si don Enrique y doña Juana se casaran y tuvieran un hijo, este podría reclamar sus derechos a la Corona castellana. Mi rey, este matrimonio podría desestabilizar el reino.

Don Pedro se acarició pensativo el mentón y dijo:

—Entiendo. Consideras que mi boda con Juana Manuel consolidaría mi reinado, al tiempo que evitaría que Enrique aumentara su poder y legitimidad en el caso…

El rey se detuvo, pero don Juan Alfonso terminó la frase:

—… de que reclamara la Corona.

—Hecho harto improbable —repuso el rey.

—Pero no imposible —replicó el canciller.

Y con tono más apaciguador, prosiguió:

—Mi rey, la boda con doña Juana Manuel no puede traer más que dicha al reino. Uniría los linajes del rey don Alfonso X, divididos tras la muerte del infante don Fernando de la Cerda.

Don Pedro recordó una lejana clase de historia que le impartió su preceptor, don Bernabé, el obispo de Osma, en la que le explicaba las dificultades a las que tuvo que enfrentarse su bisabuelo, don Sancho IV, para reinar en Castilla. El rey Alfonso X tuvo once hijos, de los cuales, el mayor, don Fernando, llamado «de la Cerda», porque nació con un pelo en

el pecho, fue proclamado su heredero. Pero don Fernando murió en 1275, cuando se disponía a emprender una campaña contra los benimerines que habían invadido la Península. Tras su muerte se abrió un enconado debate sucesorio entre los infantes don Alfonso y don Fernando, hijos de malogrado don Fernando, y don Sancho, segundo hijo de Alfonso X, que se consideraba legítimo heredero tras la muerte de su hermano. El derecho tradicional amparaba a don Sancho, pero el jurídico manifestaba que la sucesión al trono debía corresponder al primogénito, por lo tanto, la candidatura del infante don Alfonso prevalecía sobre la de su tío don Sancho. Esta situación provocó un grave enfrentamiento entre el rey Alfonso X y su hijo don Sancho, al que maldijo y desheredó en 1282. Al año siguiente, el rey redactó su primer testamento, en el que establecía que su sucesor sería su nieto don Alfonso y, en el caso del fallecimiento de este, heredaría la Corona su hermano don Fernando. Si ambos morían sin dejar descendencia, el siguiente en la línea sucesoria sería el rey de Francia. En tal caso, ambos reinos quedarían unidos. No obstante, según le comentó don Bernabé, meses después de la redacción de este testamento, padre e hijo se reconciliaron y don Alfonso le nombró sucesor. El 4 de abril de 1284 falleció en Sevilla el rey Alfonso X y don Sancho fue proclamado rey de Castilla sin encontrar oposición. Una parte considerable de la nobleza desconfiaba de que la reconciliación entre Alfonso X y su hijo, Sancho IV, se hubiera producido realmente, y aseguraban que simplemente no se respetó la voluntad del rey. Por lo tanto, consideraban que la línea dinástica que debía reinar en Castilla era la de don Fernando de la Cerda, y no la de su bisabuelo Sancho IV.

—Juana Manuel desciende del linaje de don Fernando de la Cerda —comenzó a decir el rey, hablando para sí mismo, como intentando convencerse de que el matrimonio con doña Juana suponía una interesante posibilidad—. Nuestra boda uniría ambos linajes y cerraría viejas heridas. Lo que desconozco es qué opinará Juan Núñez de Lara, su tío, de este compromiso.

—Su sobrina sería reina de Castilla, ¿qué razón le llevaría a oponerse?

—Sea, entonces. Habla con Juan Núñez de Lara o mejor aún, habla con Fernando Manuel, el hermano de Juana, y acuerda las condiciones del

matrimonio.

Alburquerque asintió satisfecho, había concluido su primera propuesta con éxito, pero aún tenía otra espinosa cuestión que tratar con el rey.

—El segundo asunto, mi señor, tiene que ver con vuestras exigencias para que don Gil Carrillo de Albornoz, el arzobispo de Toledo, devuelva las plazas cedidas por vuestro padre don Alfonso.

—¿Cuál es el problema?

El canciller carraspeó un poco incómodo.

—El arzobispo siempre ha sido un fiel servidor de vuestro padre. Le ayudó en las disputas que mantuvo con la nobleza, sobre todo en su duro enfrentamiento con don Juan Manuel. Y también negoció con el rey de Francia un préstamo con el que hacer frente a las ingentes deudas contraídas por la Corona por la guerra contra los moros…

—No hace falta que me vendas las virtudes del arzobispo —interrumpió don Pedro sin ocultar cierta irritación—, bien que las conozco. Como bien conozco que consintió que mi padre mantuviera su relación de adulterio con la concubina de Leonor de Guzmán. Las plazas que le reclamo no fueron cedidas por mi padre, sino por *la Perra*, que compró su favor y silencio a cambio de Paracuellos, Mohernando, Cañete y Moya, y sus ricas rentas. Plazas que no eran suyas, ni siquiera del rey, sino de la Orden de Santiago. Eso fue, claro, antes de que su hijo Fadrique fuera nombrado maestre. Ahora exijo que devuelva unas plazas que no son suyas y que le fueron entregadas sin justificación ni amparo legal.

Alburquerque estaba persuadido de que detrás de la decisión del rey se encontraba la mano de doña María de Portugal, empeñada en perjudicar a todos aquellos que, de un modo u otro, habían favorecido a doña Leonor de Guzmán. Pero el arzobispo era un hombre poderoso e influyente. Tener su favor significaba ganarse la voluntad de gran parte del alto clero castellano. No convenía ser su enemigo, pues disfrutaba de una gran ascendencia sobre el papa de Aviñón. Incluso no se desestimaba que pudiera ser honrado con el capelo cardenalicio. Así intentó hacérselo entender, pero el rey no entraba en razones.

—El arzobispo no solo consintió el adulterio de mi padre, sino que se lucró gracias a él. Si de mi dependiera, ya le habría destituido de su alta e

inmerecida dignidad.

Alburquerque quiso protestar, pero el rey se lo impidió con un gesto de mano.

—Sí, sí, ya sé que me vas a insistir sobre las grandes obras y hazañas que ha realizado durante el reinado de mi padre. Lo sé. Pero aguas pasadas no mueven molino y ya ha disfrutado de su recompensa. Ahora, a quien debe fidelidad, a quien debe la más absoluta lealtad es a mí, no a *la Perra*, con quien, por cierto, sé muy bien que mantiene encuentros habituales y una más que fluida correspondencia.

Don Pedro bebió un trago de vino y esbozó una sonrisa. Disfrutaba tomándose pequeñas venganzas contra todos aquellos que, directa o indirectamente, le habían separado de su padre.

—Si desea servirme tan bien como lo hizo con mi padre —prosiguió—, lo primero que debe hacer es devolver las plazas que obtuvo de forma, digamos, irregular.

El canciller entendió que el rey había dicho su última palabra. El odio y el resentimiento son malos consejeros cuando se trata de gobernar un poderoso reino. Apretó preocupado los labios. No era sensato enfrentarse a la Iglesia castellana, pero la decisión ya estaba tomada y él poco más podía hacer.

—Hablaré con don Fernando Manuel y le trasmitiré el deseo de la Corona de concertar el matrimonio de doña Juana con el rey —dijo, levantándose de la silla—. En cuanto al arzobispo, le apremiaré para que entregue las propiedades que le han sido reclamadas. Si no deseáis nada más…

—No, puedes marcharte.

El canciller se disponía a retirarse cuando el rey dijo:

—Alburquerque.

—Mi señor.

—Durante el reinado de mi padre se produjeron ciertos episodios donde tu fidelidad fue cuestionada. Dudaste, pero finalmente tomaste la sabia decisión de apoyarle en sus guerras contra los moros y contra los notables rebeldes a los que mi padre tuvo que enfrentarse. Tus servicios para con el rey don Alfonso fueron y están siendo recompensados con generosidad, de

ahí, que haya decidido mantenerte en tus cargos y responsabilidades. Espero que nunca tenga que arrepentirme.

Alburquerque sabía perfectamente a qué se refería. Durante una de las numerosas disputas que la Corona mantuvo con la nobleza, don Alfonso sitió a don Juan Núñez de Lara en el castillo de Lerma. Don Juan Manuel, el padre de doña Juana Manuel, apoyó con sus tropas al señor de Vizcaya y el rey solicitó a Alburquerque que enviara a sus ejércitos. Enfrentado a los dos nobles más poderosos de Castilla, la situación del rey Alfonso era muy grave y comprometida. Finalmente, el rey y don Juan Manuel firmaron un pacto que, entre otras cláusulas y disposiciones, suponía la alianza entre ambas familias, pues se acordó el enlace entre la hija de don Juan Manuel, doña Juana Manuel, con don Enrique de Trastámara. Don Juan Manuel cambió de bando. De luchar contra el rey, pasó a incrementar las huestes que sitiaban a don Juan Núñez de Lara en Lerma. Fue entonces cuando don Juan Alfonso de Alburquerque acudió al auxilio del rey, en el justo momento que el conflicto estaba decidido y sus servicios ya no eran necesarios.

—Jamás, mi señor —aseguró con determinación el canciller, inclinando suavemente la cabeza.

El rey le autorizó a marcharse con un leve movimiento de mano y bebió un trago de vino. Observó como el canciller se retiraba a toda prisa a cumplir con su cometido.

OceanofPDF.com

8

Algeciras, junio de 1350

En el campamento de don Gutier Fernández de Toledo reinaba la paz y la tranquilidad. Los quinientos soldados desplegados en Algeciras habían cumplido su misión sin desenfundar la espada. El sol comenzaba a declinar. Pronto se haría de noche y don Gutier ordenó al oficial al mando que duplicara la guardia. Aunque don Enrique de Trastámara y don Pedro Ponce de León no estaban presos, era conveniente estar prevenidos por si alguno de sus partidarios consideraba oportuno acudir a un supuesto rescate. Don Gutier, como experimentado soldado, recorrió el campamento para asegurarse de que todo estaba en orden y regresó a su tienda, donde se hallaban sus «invitados» escoltados por cuatro soldados bien armados.

—¿Os han dado de cenar? —preguntó, nada más entrar. Don Enrique y don Pedro se encontraban sentados frente una mesa, donde había dos platos con restos de comida.

—Así es —respondió don Pedro.

—Eres un buen anfitrión —reconoció don Enrique.

—Bien —y dirigiéndose a los soldados dijo—: Aguardad en la entrada de la tienda.

Una vez solos, don Gutier tomo asiento y dijo:

—Ya os comenté que no es intención de nuestro rey enemistarse con ningún noble, sino todo lo contrario. Necesita el apoyo de la nobleza para solventar los graves problemas que se ciernen sobre el reino —tomó un vaso de vino y le dio un trago.

Don Enrique y don Pedro escuchaban atentamente al consejero del rey. Muy probablemente sus vidas dependieran de esa conversación.

—Comprendo vuestras dudas —prosiguió don Gutier—. Incluso que huyerais a Algeciras cuando los nobles y maestres de las órdenes militares acudieron a Sevilla a la llamada de nuestro rey. Lo entiendo. Pero ahora las cosas han cambiado y no hay motivo para dudar de las palabras de don Pedro.

—¿Qué quieres decir? —preguntó interesado don Enrique.

—El rey ha ratificado a todos los nobles y maestres en sus cargos y responsabilidades.

Don Enrique y don Pedro intercambiaron una mirada de incredulidad.

—El rey no desea un enfrentamiento con la nobleza. No es un insensato. Acaba de ser proclamado rey y está persuadido de que necesita la ayuda, la colaboración y los consejos de los nobles que sirvieron fielmente a su padre, don Alfonso. —Don Gutier ante la recelosa y desconfiada mirada de sus interlocutores, insistió—: Vuestros hermanos don Fadrique y don Fernán siguen ocupando sus dignidades de maestres y don Juan Núñez de Prado, además de maestre de Calatrava, ha sido ratificado como notario mayor del reino.

—¿Y el resto de los nobles? ¿También han sido confirmados en sus cargos? —preguntó don Enrique.

—¿Se han respetado sus posesiones y títulos? —preguntó don Pedro Ponce de León.

—¡Por supuesto! —exclamó don Gutier con una sonrisa—. ¡Os lo estoy diciendo!

Don Gutier esperó unos instantes antes de continuar. Había dejado a los nobles más indómitos y contrarios a don Pedro para el final.

—Don Juan Núñez de Lara ha sido nombrado alférez mayor, don Alfonso Fernández Coronel ha sido confirmado como copero mayor y don Garcí Laso de la Vega, fiel vasallo de don Juan Núñez de Lara —resaltó con toda la intención—, es el nuevo adelantado de Castilla. Incluso el infante de Aragón, don Fernando, a quien muchos consideran el más peligroso de los adversarios de nuestro rey, ha sido designado adelantado de la Frontera.

Don Enrique y don Pedro le escuchaban y negaban con la cabeza completamente sorprendidos, asombrados. De todos aquellos nombramientos y ratificaciones, le confundieron, sobre todo, la de don

Garcí Laso de la Vega, uno de los más fieles partidarios de doña Leonor de Guzmán, y la del infante Fernando de Aragón, cuya madre, doña Leonor de Castilla, era la hermana mayor de don Alfonso. Doña Leonor contrajo matrimonio en segundas nupcias con el rey Alfonso IV de Aragón y de este matrimonio nacieron los infantes de Aragón don Fernando y don Juan. Doña Leonor de Castilla fue reina consorte de Aragón hasta que en el año 1336 fue proclamado rey Pere IV, hijo del primer matrimonio del rey aragonés con doña Teresa de Entenza. Los infantes de Aragón, como primos del rey de Castilla, eran firmes candidatos a la Corona en el caso de que don Pedro falleciera sin dejar descendencia legítima.

—Estos nombramientos ratifican la intención del rey de confiar responsabilidades de gobierno a los nobles que sirvieron a su padre. Nada debéis temer en Sevilla —prosiguió don Gutier mirando a ambos nobles.

—¿Y mi madre? —preguntó don Enrique, que aún dudaba de las palabras del consejero y de los verdaderos propósitos del rey.

—Por su propia seguridad, se encuentra a buen recaudo en el alcázar. Pero recibe visitas y tiene plena libertad de movimiento —respondió don Gutier.

El conde de Trastámara era consciente del odio que doña María de Portugal sentía por su madre. Quizá, el lugar más seguro para ella en toda Castilla era precisamente el alcázar, donde permanecía protegida y custodiada por los soldados del rey. En Medina Sidonia o incluso en sus alejadas propiedades de Asturias, podría ser atacada por algún esbirro de la reina. Si algo le sucediese a su madre en el alcázar, la responsabilidad sería del rey. Definitivamente, en el alcázar su madre estaba a salvo de las perversas intenciones de doña María de Portugal. Sin haber logrado huir a Francia y carente de más opciones, pues se encontraba en un campamento rodeado de soldados del rey, don Enrique de Trastámara asintió y dijo:

—Creo que esta situación ha sido fruto de un desagradable, un desafortunado malentendido.

Don Pedro Ponce de León, que aguardaba con impaciencia la respuesta del conde de Trastámara, dijo:

—Exactamente. Eso ha sido, un malentendido. Ambos nos encontramos impacientes de acudir a Sevilla y ofrecer nuestros servicios al rey.

—¡Excelente! —exclamó don Gutier.

El consejero del rey no se fiaba de ellos, como no se fiaba del resto de los partidarios de los Guzmanes, a los que consideraba una banda de ladrones indignos de disfrutar del mínimo respeto y confianza. Pero estaba de acuerdo en la política apaciguadora del rey y de Alburquerque. Don Pedro acababa de ser proclamado rey y lo urgente ahora era encontrar la estabilidad que Castilla tanto necesitaba para poder abordar, con serenidad y calma, la infinidad de dificultades a las que debía enfrentarse. Los Guzmanes ya tendrán ocasión de demostrar su fidelidad. Mientras tanto, permanecerían bien vigilados.

—Por cierto, ¿qué es eso de que buscabais barco para Francia? —preguntó don Gutier mostrando una ladina sonrisa.

Don Enrique y don Pedro tragaron saliva. Se disponían a argüir alguna excusa absurda e inverosímil, cuando el consejero del rey dijo:

—Bueno, ya no importa.

OceanofPDF.com

9

Sevilla, julio de 1350

Doña Leonor de Guzmán se movía inquieta de un lado a otro de su alcoba, como una fiera enjaulada. Llevaba semanas encerrada en aquella celda de oro, esperando que en cualquier momento un asesino enviado por doña María de Portugal acabase con su vida. Bien es cierto que su puerta siempre estaba custodiada por cuatro soldados, pero ¿quién podría garantizar su seguridad?, ¿quién podría asegurarle que alguno de esos soldados no pretendía degollarla? Acabaría volviéndose loca encerrada en el alcázar junto a su peor enemiga y el hijo de esta. Solo don Juan Núñez de Lara, el señor de Vizcaya, continuaba siéndole fiel. El resto de los nobles que antes se arrodillaban a sus pies y le trataban como si fuera la verdadera y única reina de Castilla, ahora callaban o directamente la despreciaban. A su mente llegó un nombre: don Alfonso Fernández Coronel, a quien cedió la tenencia de su propia casa, Medina Sidonia ¿cuántos favores le debía?, ¿cuántas de sus tierras y concesiones las había conseguido gracias a su mediación? «Perro desagradecido y traidor. Si Alfonso estuviera vivo te arrancaría la piel con sus propias uñas. Cobarde», musitaba entre dientes. Pero más allá de traidores, ingratos y demás personajes miserables y deleznables que habían revelado su verdadero rostro y motivaciones tras la muerte del rey, las preocupaciones de doña Leonor se derramaban en sus hijos. Ella tenía cuarenta y tres años. Era una mujer fuerte, resuelta y valiente. Había asumido su destino con entereza y dignidad, pero sus hijos apenas habían podido disfrutar de su existencia. Su incierto futuro la martirizaba.

—Mi señora…

Doña Leonor, que contemplaba por la ventana como el sol se ocultaba por el horizonte sevillano, se giró.

—Don Juan Núñez de Lara solicita verla —continuó la sirvienta.

—Que pase —ordenó doña Leonor.

El señor de Vizcaya entró en la estancia con paso decidido. Era un hombre alto y fornido, de barba y cabellos largos y castaños. Su voz, grave y profunda, irradiaba poder y autoridad.

—Mi señora —dijo con una leve inclinación de cabeza.

Doña Leonor de Guzmán devolvió el saludo y esperó a que la sirvienta les dejara solos para hablar, pues consideraba que todos aquellos que se encontraban a su alrededor no eran más que espías al servicio del rey o, peor aún, de su madre. Estaba convencida de que dentro de esas cuatro paredes no podía confiar en nadie salvo en el señor de Vizcaya.

—¡Qué alegría verte, Juan! Siempre es de agradecer un poco de compañía que distraiga mis largos y tristes días en soledad —se quejó doña Leonor.

—Sabes que siempre podrás contar con mi presencia y con mi apoyo. Mi familia nunca te abandonará.

Doña Leonor agradeció las palabras de don Juan Núñez de Lara con una sonrisa y tomó asiento en un banco de madera con respaldo.

—Lo sé muy bien, querido amigo. Pero disculpa, ¡qué anfitriona tan horrible soy! —exclamó incorporándose como un resorte—. ¿Quieres agua, tal vez vino? ¿Tienes hambre, pido a los sirvientes que te traigan algo de comer?

—No, no te preocupes, estoy bien —respondió el señor de Vizcaya, invitando con un gesto a doña Leonor a tomar asiento a su lado.

—¿Qué noticias me traes?, ¿sabes algo de mis hijos? —preguntó inquieta.

Doña Leonor siempre le preguntaba por sus hijos. Su corazón se agitaba nervioso en su pecho temiendo recibir una aciaga respuesta.

—Se encuentran bien, nada has de temer. Están en sus dominios, en espera de acudir a Sevilla para jurar fidelidad al rey.

—¿Incluso Enrique? Lo último que supe de él es que había huido a Algeciras con el bueno de Pedro…

—Incluso don Enrique —confirmó don Juan Núñez de Lara—. Pronto tendrás ocasión de estrecharle entre tus brazos. Tanto a él como al resto de tus hijos.

Sin poder contener más las lágrimas, doña Leonor abrazó con fuerza al señor de Vizcaya.

—Gracias, amigo Juan —y retirándose para poder mirarlo a los ojos, añadió—: Nunca te estaré lo suficientemente agradecida.

—Nada tienes que agradecerme. Te serví mientras el rey vivía y te serviré mientras las fuerzas me respondan.

Doña Leonor sonrió sincera, agradecida. Así permanecieron unos instantes hasta que pudo recomponer sus emociones.

—Parece que la normalidad vuelve a Castilla —Doña Leonor se levantó y comenzó a andar por la estancia.

—Así es, al menos de momento.

—¿Qué quieres decir? —preguntó inquieta.

Don Juan Núñez de Lara se incorporó del banco y se dirigió hacia doña Leonor.

—Don Juan Alfonso de Alburquerque se ha reunido con mi sobrino Fernando Manuel.

—¿Se sabe el motivo de tal encuentro? —preguntó doña Leonor, sospechando la respuesta.

—El canciller le ha propuesto el enlace de mi sobrina, Juana Manuel, con el rey Pedro.

—¡No es posible! —exclamó furiosa—. ¡Hay un compromiso entre Alfonso y su padre, don Juan Manuel!

—Lo sé —dijo con tono sereno don Juan Núñez de Lara—. Ambos acordaron la boda de Juana Manuel con tu hijo don Enrique hace muchos años. A cambio, Juan Manuel apoyó al rey durante el sitio de Lerma. Recuerda que fue a mí a quien sitiaron por apoyar a Juan Manuel en sus disputas con el rey Alfonso.

El recuerdo de aquella confrontación llegó a la mente del señor de Vizcaya y torció el gesto en señal de desagrado. Recordó cuando, sitiado en Lerma por las tropas del rey, esperaba con desesperación la llegada del ejército de don Juan Manuel. Pero cuando este llegó, no solo no combatió al

rey, sino que luchó a su lado. Sin poder ofrecer resistencia a tan poderosos ejércitos, don Juan Núñez de Lara negoció una paz honrosa con don Alfonso.

—El rey fue muy generoso conmigo —prosiguió—. No solo me devolvió la mayoría de mis propiedades, sino que, además, me nombró alférez real. Desde entonces, y hasta su muerte, le he servido con total fidelidad.

—Debió ser duro sufrir la traición de alguien a quién considerabas amigo —intentó consolar doña Leonor.

—Lo fue, sin duda que lo fue. Por desgracia, lo que antes era deslealtad, vileza y cobardía, ahora se llama política. Pero no distraigamos el asunto que me trae hasta aquí.

Doña Leonor asintió. Recordó la traición de don Alfonso Fernández Coronel y la de otros tantos nobles que la habían desplazado, relegándola al más profundo de los olvidos.

—¿Cuál ha sido la respuesta de don Fernando Manuel? —preguntó Leonor, soltando un largo suspiro, regresando al asunto de la boda de doña Juana Manuel con don Pedro.

Don Juan Núñez de Lara negó con la cabeza.

—Fernando Manuel es un hombre ambicioso. Considera que obtendrá mayor beneficio de la boda de su hermana con don Pedro, que con Enrique. Al fin y al cabo, don Pedro es rey y tu hijo conde.

—¡No puede romper el compromiso! ¡Fue voluntad de su padre y del rey!

Doña Leonor se movió inquieta por la estancia. Doña Juana Manuel era descendiente del rey Fernando III y su boda con don Enrique legitimaría las pretensiones de este al trono de Castilla. Deseaba con toda su alma, con todo su ser, que su hijo don Enrique, su hijo favorito, fuera proclamado rey de Castilla. Pero el ardid con el que pretendía lograrlo estaba siendo seriamente amenazado por las ambiciones de don Fernando Manuel.

—Juana Manuel vive en el alcázar —comenzó a decir don Juan Núñez de Lara—. Sé que te visita con regularidad y que te aprecia. Estoy convencido de que sabrás como revertir esta situación.

Doña Leonor asintió. Intentó sosegarse, calmar sus ánimos, liberar su mente. Era imprescindible encontrar una solución a ese inconveniente, a ese imprevisto. El señor de Vizcaya la contemplaba en silencio, persuadido de que en su cabeza bullían todas las alternativas posibles. Como si se tratara de una partida de ajedrez, doña Leonor valoraba cada movimiento y sus consecuencias. Y al final lo encontró. Su plan era muy peligroso y arriesgado, pero si tenía éxito, si lograba su propósito, su hijo tendría la oportunidad de alzarse con la Corona de Castilla. Pero debía actuar con rapidez y diligencia. Negó con la cabeza y lanzó un largo suspiro. Su plan despertaría las iras del rey y de la reina doña María de Portugal. Era más que probable que su cabeza acabase apoyada en un tocón de madera, bajo el hacha del verdugo o, si don Pedro se apiadaba de ella, encerrada de por vida en un oscuro calabozo. Pero doña Leonor era una mujer audaz y valiente, que había sorteado con éxito no pocos escollos en su vida. Una mujer así, no se amedrenta ante la mínima adversidad. Respiró hondo y asumió con determinación su destino, su sacrificio.

—¿Cuándo crees que acudirá mi hijo Enrique a Sevilla? —preguntó.

—En pocos días, si no pretende irritar más al rey.

Doña Leonor asintió. Había tomado una decisión y sería consecuente con ella. Ahora debía darse prisa. El beneplácito de don Fernando Manuel a la boda de su hermana con el rey, rompiendo vilmente el enlace pactado entre su padre don Juan Manuel y el rey Alfonso, había precipitado los acontecimientos.

—Gracias, Juan. Sé muy bien qué debo hacer.

OceanofPDF.com

10

Sevilla, julio de 1350

Don Enrique de Trastámara fue el último en entrar en la sala de audiencias del alcázar de Sevilla, donde el rey recibía a las visitas ilustres y se reunía con sus consejeros para tratar asuntos de Estado. La sala estaba flanqueada por sendas bancadas de oscura madera de nogal, rematadas con respaldos bellamente decorados. Pendones y enseñas castellanoleonesas colgaban de techos y paredes. Don Gutier Fernández de Toledo le había asegurado que no tenía nada que temer, pero se hallaba nervioso, incómodo. Rendir pleitesía al hombre que había hecho de su madre una prisionera, no era precisamente de su agrado. Pero debía hacerlo. Era necesario si pretendía conducir sus intenciones y propósitos a buen puerto. La guardia real le franqueó el paso y don Enrique echó un rápido vistazo a los presentes. Su mirada se encontró con las de sus hermanos don Fadrique y don Tello. El más pequeño de los tres hermanos agachó avergonzado la vista. Don Tello tenía trece años. De personalidad asustadiza y pusilánime, fue el primero en acudir a Sevilla para ponerse a disposición de don Pedro. El conde de Trastámara caminó hacia el trono. Miraba a uno y a otro lado, reparando en los presentes y, sobre todo, ponderando en la importancia de los ausentes. Entre estos últimos, le llamó la atención la ausencia del arzobispo, don Gil Carrillo de Albornoz, de don Garcí Laso de la Vega y, naturalmente, de la reina doña María de Portugal, aunque en este último caso, se imaginaba el motivo: no podría soportar compartir sala «con los bastardos de don Alfonso». Por lo demás, en aquella estancia estaba representada la alta nobleza castellana: don Juan Alfonso de Alburquerque, don Juan Núñez de Lara, sus hermanos don Fadrique y don Tello, los maestres de Alcántara y

Calatrava, don Fernando Manuel, señor de Villena, don Fernando y don Juan, infantes de Aragón, don Gutier Fernández de Toledo, don Pedro Ponce de León y don Alfonso Fernández Coronel, entre otros nobles y autoridades castellanas. Todos permanecían atentos a sus movimientos. El gesto de obediencia y claudicación de don Enrique de Trastámara devolvería la paz y tranquilidad a un reino que se hallaba convulso tras la muerte del rey Alfonso. Siguió caminando hasta que se detuvo justo enfrente del trono. Durante unos instantes miró fijamente al rey, como si la duda hubiera nublado su mente. Los presentes intercambiaron miradas de confusión. La guardia real, que flanqueaba el trono, echó mano de su empuñadura. Un gesto que no le pasó desapercibido al conde de Trastámara. Finalmente, se arrodilló, inclinó la cabeza, alargó las manos y exclamó en voz alta para ser bien oído:

—¡Mi rey, soy vuestro fiel servidor y vasallo!

Don Pedro se levantó del trono, le cogió las manos, le incorporó y le besó en ambas mejillas. Don Enrique de Trastámara había sido aceptado como vasallo. Los suspiros de alivio resonaron en toda la sala.

—Hermano, hoy es uno de los días más dichosos de mi vida. Siempre he anhelado tu presencia y compañía, al igual que la del resto de mis hermanos —dijo sincero don Pedro, mirando a don Tello y a don Fadrique —. Como rey, he de enfrentarme a difíciles tareas de gobierno y espero contar con vuestra ayuda y consejo —la mirada de don Pedro se dirigió a los tres hermanos.

—Siempre la tendréis, mi rey —dijo don Enrique, intentando que sus palabras resonaran sinceras en la sala.

—Así será, mi rey —exclamó más convincente don Tello, un imberbe de pelo negro y encrespado, mirada huidiza y nariz prominente.

—Mi rey, será un honor serviros —dijo don Fadrique, maestre de la Orden de Santiago.

Don Pedro asintió con una gran sonrisa. Se hallaba feliz de encontrarse por fin en presencia de sus hermanos. A pesar de los malos augurios de su madre y de la desconfianza que hacia ellos sentían sus consejeros Alburquerque y don Gutier, él los quería y estaba persuadido de que podía confiar en ellos. Al fin y al cabo, eran sus hermanos. La transición entre el

fallecido rey don Alfonso y su hijo y heredero don Pedro había transcurrido pacíficamente, sin sobresaltos. Y su boda con doña Juana Manuel no haría más que afianzar un reino que se erigía unido, poderoso, temible. El rey se hallaba plenamente confiado y satisfecho.

⁂

Nada más rendir pleitesía y cuando sus obligaciones se lo permitieron, don Enrique pidió permiso a don Pedro para visitar a doña Leonor. El rey se lo concedió de buen grado. Don Enrique le había jurado vasallaje y doña Leonor estaba a buen recaudo en el alcázar, ¿qué podría temer? El conde de Trastámara entró raudo en la estancia donde se encontraba su madre. Hacía meses que no la veía y estaba impaciente por abrazarla.

—Madre —dijo con los ojos húmedos.

—Hijo mío —sollozó doña Leonor.

Madre e hijo se abrazaron en silencio durante unos instantes, transmitiéndose el calor y el amor que sentían el uno por el otro. Doña Leonor lloraba dichosa. Por fin, tenía entre sus brazos a su amado hijo, por quien tanto había rogado y sufrido. Sus súplicas habían sido escuchadas.

—Te encuentras bien, madre —dijo don Enrique, separándose ligeramente de ella para poder contemplar su rostro. Habían pasado unos pocos meses de la muerte de don Alfonso, pero para su madre parecían años. A pesar de tener el pelo cubierto con una toca, pudo advertir las incipientes canas que teñían de plata sus cabellos y las arrugas que hendían su rostro. Su madre había envejecido años en apenas unos meses. A doña Leonor no le pasó desapercibida la compasiva mirada de su hijo. Se retiró avergonzada y dándole la espalda, dijo:

—Lo sé… lo sé. Estoy vieja y fea. Tanto sufrimiento. Tanto miedo. He temido por ti, por tus hermanos. Cada vez que se abre la puerta de la alcoba el corazón me da un vuelco, pues temo que sea un mensajero anunciándome la muerte de alguno de vosotros —las lágrimas acudieron a sus ojos y escondió el rostro entre sus manos—. Vivo en un auténtico infierno. Cada día que amanece pienso que es el último. No solo temo por vuestra vida, sino también por la mía. Por las noches me sobresalto ante cualquier ruido,

creyendo que doña María de Portugal ha enviado a alguien a asesinarme. Este miedo es insoportable, una tortura. A veces me siento débil, derrotada. En esos momentos, desearía que el asesino enviado por la reina cumpliera con su cometido y acabara con mis sufrimientos.

Don Enrique se acercó a ella y, cogiéndole de los hombros, intentó consolarla.

—No temas, madre. Pronto serás libre. Soy fiel vasallo del rey. Ya no tiene nada en contra de mí, ni de ti. No puede tener encerrada sin juicio ni motivo a la madre de un noble castellano.

—Don Pedro nunca ha tenido nada en contra de nosotros. Es su madre quien nos odia. Mientras ella viva, yo permaneceré encerrada en esta prisión, condenada a muerte en espera de que se ejecute la sentencia y vosotros en un constante peligro —replicó con amargura.

—¡No lo consentiré! —exclamó don Enrique—. No permitiré que nadie te haga daño. ¡Jamás!

Doña Leonor le hizo un gesto para que bajara el tono de voz, pretendía evitar que la conversación fuera escuchada por los soldados que custodiaban la entrada a la alcoba.

—Aquí no estoy segura, como tampoco lo estáis tú y tus hermanos —dijo doña Leonor.

Don Enrique asintió. Su madre tenía razón. ¿Cuánto tiempo tardaría el rey en replantearse la relación que mantenía con ellos? ¿Cuánto tiempo tardarían las envenenadas palabras de doña María de Portugal en emponzoñar su ánimo? Tarde o temprano, el rey se revolvería contra ellos y ordenaría su ejecución. Los Guzmanes y sus partidarios corrían serio peligro.

—Debemos actuar con rapidez —dijo doña Leonor.

—¿Qué tienes pensado?

—El rey pretende casarse con Juana Manuel.

Don Enrique miró a su madre con gesto de sorpresa.

—No es posible. Juana Manuel y yo nos casaremos tan pronto cumpla los quince años. El rey sabe que este matrimonio fue concertado por mi padre y don Juan Manuel.

—Sí, lo sabe, pero también sabe que una boda con Juana Manuel dará estabilidad al reino y legitimará su reinado o, mejor dicho, evitará legitimar el tuyo.

El conde de Trastámara comenzó a entender.

—Pero Juana solo tiene once años…

—Don Pedro puede casarse con ella y consumar el matrimonio cuando cumpla los quince años.

—¿Cuándo está previsto el enlace?

—Las negociaciones de boda acaban de iniciarse. Aún tenemos tiempo, poco bien es cierto, pero el suficiente.

—¿Qué opina don Juan Núñez de Lara de este enlace?

—Él fue quien me avisó.

—Ya, entiendo… es Fernando Manuel quien desea romper nuestro compromiso, ¿verdad?

—Así es, el hermano de Juana Manuel está entusiasmado con la idea de que su hermana sea proclamada reina de Castilla.

El conde de Trastámara se mesó pensativo la barba. La boda de Juana Manuel con don Pedro era una posibilidad que nunca se había planteado. El rey Alfonso y don Juan Manuel acordaron la boda de sus hijos y jamás juzgó que nadie se atrevería a romper tal compromiso.

—Este gesto de intolerable deslealtad me libera de cualquier responsabilidad en los actos que pudiera cometer en contra del rey a partir de ahora. Yo no lo he traicionado. Ha sido él quien ha actuado como un miserable, como un cobarde.

Don Enrique se sintió aliviado. Había encontrado el pretexto perfecto que le permitiría justificar cualquier acto de rebeldía en contra de don Pedro. Su traición le había obligado a proceder en su contra. Como miembro de la alta nobleza castellana, estaba obligado a defender sus derechos, su honor.

—¿Tienes algún plan, madre?

Doña Leonor sonrió extremadamente satisfecha.

—Tu madre siempre tiene un plan.

OceanofPDF.com

11

Sevilla, julio de 1350

Alburquerque caminaba a toda prisa al encuentro del rey. Su gesto mostraba enfado y preocupación. Había aconsejado a don Pedro con insistencia la importancia de reconducir su relación con la Iglesia, pero no le había hecho caso. Además, su predilección por rodearse de consejeros y médicos judíos tampoco le ayudaba a ganarse la simpatía de los clérigos castellanos. El canciller entró en la biblioteca, donde se encontraba don Pedro revisando el trabajo de unos copistas.

—Mi señor —saludó Alburquerque.

Don Pedro le miró molesto. La biblioteca, un espacio rodeado de libros donde solo imperaba la quietud y silencio, le confería unos necesarios y valorados momentos de paz. Don Juan Alfonso de Alburquerque sabía que al rey no le agradaba ser molestado en aquel lugar, pero las urgencias apremiaban.

—¿Qué deseas, canciller?

—El arzobispo de Toledo se ha marchado a Aviñón —respondió Alburquerque. En sus ojos había reproche, frustración e impotencia.

Don Pedro le miró confuso.

—No entiendo, ¿por qué se ha marchado? Solo le pedí que entregara una parte de las innumerables posesiones de las que disfrutaba.

—Debe saber algo que desconocemos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el rey, sin entender sus palabras.

Alburquerque miró a los copistas y el rey entendió. Aquel no era el lugar adecuado para hablar de asuntos de Estado. Caminaron a buen ritmo

hasta que llegaron a la sala del rey, un espacio más reducido que la sala de audiencias, donde don Pedro recibía las visitas privadas.

—¿Y bien? —preguntó el rey tomando asiento.

—No lo sé, mi señor. Creo que las desavenencias que habéis tenido con el arzobispo no son motivo suficiente para que huya a refugiarse en el papado.

—¿Crees que hay algo más?

—Algo debe haber, pero desconozco qué puede ser. Su comportamiento es de lo más extraño. Se ha marchado de un día para otro.

—No lo entiendo… los nobles me han jurado lealtad. Castilla se encuentra en paz… no lo entiendo.

—Algo trama, pero desconozco el qué —dijo el canciller.

«Gil Carrillo de Albornoz, el arzobispo de Toledo, un fiel partidario de los Guzmanes. Si ha huido…». La cabeza del rey bullía buscando una respuesta, un motivo que justificara su inesperada y urgente huida. Miró al canciller y con los ojos entornados, preguntó:

—¿Crees que Leonor o alguno de sus hijos traman algo?

—Los bastardos la visitan con regularidad, pero mis agentes no me han trasladado motivo alguno de desconfianza. No obstante, no podemos descartar que la amante de vuestro padre esté detrás de alguna confabulación.

—Pero no hay pruebas, ¿verdad?

—No, no las hay.

Don Pedro asintió levemente, la respuesta del canciller le sosegó. Quizá el arzobispo se había marchado a Aviñón simplemente a visitar al papa y ganarse su favor, pues era conocida en toda Castilla sus aspiraciones de ser nombrado cardenal. Un viaje rutinario y habitual de un insigne miembro del clero castellano a Aviñón, la sede del papado. Los temores del canciller parecían infundados.

—A veces hablas como mi madre —comenzó a decir—. Para ella, toda la culpa de sus males y de los míos es responsabilidad de Leonor de Guzmán.

Al canciller le extrañó que don Pedro no la llamara *la Perra*, como la denominaba doña María de Portugal y como el propio rey la había llamado

desde la muerte de su padre.

—Un día me contó una historia extraña, inverosímil. Me dijo que Leonor había solicitado los servicios de una bruja para que, durante mi nacimiento, provocara nuestra muerte sirviéndose de su magia y malas artes —prosiguió—. Pero mi padre, el rey, después de diez días de parto, solicitó los servicios de un médico judío que con sus habilidades y conocimientos logró salvarnos la vida. Eso sí, según asegura mi madre, mi cojera fue debida a los problemas surgidos del parto, ¿conoces la historia?

—Algo he oído.

—¿Y tú qué crees?

—Que la historia es falsa, mi señor.

Don Pedro arqueó los ojos, confuso.

—¿En serio?

—Nacisteis en Burgos, el 30 de agosto. Ese día, vuestro padre se encontraba sometiendo una revuelta nobiliaria en Ferrera. Hasta que no conquistó el castillo y firmó la paz con don Juan de Lara, no regresó a Burgos. Cuando nacisteis, vuestro padre se encontraba combatiendo. No era posible que estuviera en dos sitios a la vez.

Don Pedro sintió un pinchazo en el corazón. Deseó que la historia hubiera sido cierta. Al menos, ese día, su padre habría estado con él. Habría permanecido al lado de su madre mientras sufría los rigores del parto. Respiró hondo y se calmó. Ya era tarde para lamentaciones. Su padre, en su día, tomó sus propias decisiones y ahora le tocaba a él tomar las suyas.

—¿Aseguras que la historia de la bruja mora se la inventó mi madre? —El rey temía que el odio enfermizo que su madre sentía por doña Leonor de Guzmán le impulsara a inventarse cuentos y embustes.

—Desconozco si la reina doña María se la inventó o si alguien se la contó. Quizá crea realmente que así fue como sucedió vuestro nacimiento, pero los hechos fueron bien distintos —respondió el canciller.

—Entonces, ¿puede ser que Leonor de Guzmán no sea tan malvada como muchos consideráis?

—No estoy aquí para juzgar a doña Leonor de Guzmán, sino para advertiros de la huida del arzobispo. Se ha marchado con sus pertenencias lo que revela que no tiene intención de regresar, al menos durante algún

tiempo. Me temo que algo se trama en la Corte y que los Guzmanes están detrás de todo ello, pero por desgracia, desconozco el qué.

—Pues entonces no perturbes mi paz con tus sospechas —repuso molesto el rey—. Envía a tus espías a las cuatro esquinas del reino si es necesario, pero no me molestes más con este tema hasta que no tengas más información. Ahora márchate.

Don Juan Alfonso de Alburquerque apretó irritado los labios. No necesitaba enviar a sus espías a las cuatro esquinas del reino. Era suficiente con que estuvieran muy atentos a todo lo que acontecía en el alcázar de Sevilla.

OceanofPDF.com

12

Sevilla, julio de 1350

Doña Juana Manuel, una niña de pelo negro y largo, mejillas sonrosadas y mirada inocente, bordaba como cada tarde en los aposentos de doña Leonor de Guzmán. El sol iluminaba la estancia y de los jardines del palacio les llegaba el suave trino de los mirlos. Era una hermosa tarde de verano. La chiquilla entretenía con su conversación sencilla e infantil a doña Leonor, a quién quería y consideraba una madre desde que su progenitora, doña Blanca Núñez de Lara, muriera hacía tres años. Desde muy pequeña sabía que su apellido, los Manuel, estaba muy vinculado a la familia Guzmán, y más cuando el rey Alfonso y su padre don Juan Manuel acordaron su matrimonio con don Enrique de Trastámara. La niña bordaba y sonreía tímida cada vez que cruzaba una mirada con doña Leonor. Se sentía feliz. Hacía unos días pudo coincidir con quien, en unos años, sería su marido. Fue algo rápido. Un encuentro fugaz en los jardines del alcázar. Apenas pudieron intercambiar unas palabras, pero para ella tuvieron un significado muy especial. Desconocía lo que era el amor, pues apenas era una niña, pero sentía un profundo respeto y admiración por don Enrique, de quién siempre se había sentido fascinada.

—¿De qué te ríes pequeña? —preguntó doña Leonor con una sonrisa.

Doña Juana Manuel se sonrojó avergonzada. Doña Leonor no necesitó que le respondiera.

—Sé que hace unos días hablaste con mi hijo, Enrique.

La niña bajó la vista y sonrió con timidez, como si la hubiera sorprendido cometiendo una inocente travesura.

—Ja, ja, ja —rio doña Leonor—, no tienes de qué avergonzarte. Es tu prometido. Estáis unidos desde que tú tenías tres años y él solo ocho. Prácticamente, antes de que nacierais ya estabais predestinados a pasar vuestra vida juntos.

De pronto el rostro de la niña se entristeció.

—¿Qué te ocurre pequeña? ¿Qué es lo que te aflige? —preguntó doña Leonor. Se incorporó y se arrodilló frente a la niña.

—Mi hermano dice que no voy a casarme con Enrique.

—¿Qué más dice Fernando, cariño?

—Que con quien me voy a casar es con el rey, pero yo no quiero…

Doña Juana Manuel se derrumbó y rompió a llorar en el regazo de doña Leonor.

—Tranquila, mi pequeña.

Doña Leonor la intentó consolar, acariciando con suavidad sus sedosos cabellos. En sus labios asomó una sonrisa de satisfacción. Durante los últimos años, no había hecho más que hablarle de las virtudes de su hijo don Enrique. De lo feliz que serían en sus propiedades en Asturias, de los numerosos y bellos hijos que tendrían, del respeto y la admiración que despertaría en la Corte como condesa de Trastámara. Y, desde que se encontraba confinada en el alcázar de Sevilla, no había perdido ocasión de decirle lo cruel y despiadado que era el rey con ella, lo mal que la estaba tratando. Mentiras y engaños que arreciaron cuando don Juan Núñez de Lara, tío de doña Juana, le informó de la intención de don Pedro de desposarse con ella. Debía preparar el terreno, ir sembrando la semilla del temor y del rechazo, para poder culminar su audaz plan con éxito.

—¿Te gustaría que Enrique estuviera aquí, ahora? —preguntó doña Leonor.

La niña asintió en silencio, enjugándose las lágrimas.

—¿Y te gustaría que te llevara a Asturias? ¿Lejos de las malvadas garras del rey?

Doña Juana Manuel volvió a asentir. Doña Leonor se puso en pie e hizo un gesto a una de sus sirvientas de confianza, que salió rauda de la alcoba.

—Tranquila, cariño, todo saldrá bien. —Doña Leonor abrazó con ternura a doña Juana Manuel. Sintió en su pecho como su respiración se iba

sosegando—. Te prometo que no te casarás con el malvado rey.

No tardó en regresar la sirvienta. Le acompañaba un fraile de rostro redondo y rasurado, y mirada afable.

—Mi señora —dijo el fraile nada más entrar en la alcoba.

Doña Leonor le saludó con un gesto con la cabeza y dijo:

—Mi niña, este es fray Sancho de Pedraza, mi confesor.

Doña Juana Manuel saludó con una leve reverencia, lo que desató las risas del fraile y de doña Leonor.

—No, pequeña, no hace falta que me saludes con tanta solemnidad, no soy el papa, ja, ja —rio el fraile.

—Lo siento.

El fraile acarició el pelo de la niña y dirigiéndose a doña Leonor, dijo:

—Tal y como acordamos con el arzobispo, aquí estoy. ¿Dónde está don Enrique? —preguntó, mirando en rededor con gesto inquieto—. No me gustaría permanecer en el alcázar más de lo debido.

—Ya está avisado. Vendrá en cualquier momento. Mientras tanto, puedes empezar a confesar a Juana Manuel.

La niña los miraba sin entender de qué estaban hablando, pero como confiaba en doña Leonor como si se tratara de su propia madre, se dejó hacer. El fraile la retiró a una esquina de la estancia, cerca de la ventana. Buscaba un poco de intimidad para que la niña se sintiera más cómoda y confiada, y pudiera confesar sus pecados lejos de oídos de terceros. Doña Leonor contempló la escena y escuchó los susurros del fraile y de la niña, que confesaba sus pecados al tiempo que le lanzaba furtivas miradas. Doña Leonor la sonreía y asentía con la cabeza, mientras escuchaba como se confesaba de sus inocentes travesuras. El fraile le absolvía de sus pecados, cuando la puerta de la alcoba se abrió y don Enrique de Trastámara hizo acto de presencia.

—¡Por fin! —exclamó aliviado el orondo fraile soltando un largo suspiro.

—Mira, Juana, mira quién ha venido a verte. —Doña Leonor miraba a la pequeña con gesto sonriente y amable.

Don Enrique se acercó a ella y besó con suavidad su mano. La niña volvió a ponerse roja.

—Te prometí que no te casarías con el rey Pedro, ¿verdad?

La niña asintió. Doña Leonor acarició la mejilla de doña Juana Manuel y prosiguió:

—Hoy es un día de enorme dicha para mí, hija mía. Sí, te puedo llamar hija, porque hoy, ahora, te vas a desposar con mi hijo, Enrique.

Doña Juana Manuel los miró confusa y con temor. A pesar de su corta edad, comenzaba a entender qué hacía en la alcoba con un fraile y con don Enrique.

—Pero… yo… mi hermano…

—¡Chist! —chistó doña Leonor, poniéndole un dedo en la boca a la niña —. Confías en mí, ¿verdad?

Doña Juana estaba inmersa en un mar de dudas. Don Enrique era su prometido. Era consciente de ello desde que tenía uso de razón, pues tanto su familia como los Guzmanes se habían preocupado en repetírselo en infinidad de ocasiones. Pero ahora echaba de menos la compañía de su madre y de su padre, muerto hacía solo dos años. Desde entonces, quedó bajo la protección de su hermano don Fernando y de su tío don Juan Núñez de Lara, pero ¿dónde estaban? ¿Qué opinaban ellos de esta boda? No sabía qué hacer y decidió confiar en la mujer que con tanto cariño le había tratado y que, en esos momentos de confusión y desconcierto, la había llamado hija.

La ceremonia fue extremadamente rápida. El fraile tenía prisa por cumplir con la misión que le había encomendado don Gil Carrillo de Albornoz, el arzobispo de Toledo. No estuvo nada de acuerdo en celebrar el enlace en secreto, a escondidas, como si se tratara de una boda entre judíos o moriscos. No, no se sentía cómodo, pero el arzobispo era un hombre extremadamente persuasivo y no pudo negarse. Era una boda que, probablemente, no disfrutaba del beneplácito del rey y celebrarla sin su consentimiento suponía una temeridad, un insulto. Por tal motivo no le sorprendió que don Gil Carrillo de Albornoz se marchara a Aviñón nada más ordenarle celebrar el enlace. El fraile tenía prisa por salir de esa habitación, del alcázar, de Sevilla… Eso es lo que haría y eso fue precisamente lo que hizo. Tan pronto terminó la ceremonia, repartió sus bendiciones y se marchó casi sin despedirse de los recién casados y de doña

Leonor, que se mostraba indiferente a los miedos y emociones que abrumaban a su confesor. De él había obtenido lo que necesitaba y ya no le era de utilidad. No tardaría en encontrar otro fraile al que contarle sus pecados y faltas.

—¿Eres feliz hija mía? —preguntó doña Leonor, acariciándole la mejilla.

Doña Juana Manuel asintió porque era lo que se esperaba de ella. Aún se hallaba tremendamente confusa y desconocía si había hecho lo correcto. Temía la reacción de su hermano cuando se enterara, pero don Enrique era ahora su esposo. Él la protegería…

—Ahora debo dejaros. Ha llegado el momento de que consumáis el matrimonio. —Doña Leonor se despidió de doña Juana y de don Enrique dándoles un beso en la mejilla.

Ahora se encontraba sola, a sus once años, en una alcoba con don Enrique de Trastámara, cinco años mayor que ella, preguntándose qué significaba «consumar el matrimonio». Don Enrique la cogió en brazos y la llevó a una cama próxima. No tardó en comprender el significado de las palabras pronunciadas por quien se hacía llamar, su madre.

OceanofPDF.com

13

Sevilla, agosto de 1350

En la sala del rey el ambiente era tenso, casi irrespirable. Don Pedro permanecía sentado con la mirada perdida. Alburquerque y la reina doña María de Portugal le acompañaban. Estaban furiosos. Doña Leonor de Guzmán, a pesar de estar confinada en sus aposentos, había logrado urdir una atrevida artimaña para casar a su hijo con doña Juana Manuel. *La Perra*, con la muerte de don Alfonso, había perdido gran parte de su influencia y poder, pero en la sombra seguía manejando los hilos del reino a su antojo, a su voluntad. Como siempre lo había hecho. Era intolerable. Alburquerque paseaba por la estancia con los ojos encendidos de ira. No solo doña Leonor había evitado la boda del rey, sino que ahora su familia y sus partidarios serían más poderosos. Doña María de Portugal estaba desolada. Su rival, su enemiga, había logrado vencerla… una vez más. Era agotador intentar estar a su altura. Jamás lo conseguiría. Pero algo tendrían que hacer, no podían permitir que doña Leonor de Guzmán se saliera con la suya o, al menos, que no recibiera un grave castigo, un serio correctivo que terminase de una vez por todas con sus intrigas y conspiraciones.

—Debes ordenar su muerte —dijo doña María de Portugal con la mirada fría y los labios apretados.

—Es un peligro para el reino, para vos —intervino don Juan Alfonso de Alburquerque—. Doña Leonor… —se interrumpió al percibir la furiosa mirada de la reina—… *la Perra* y su cachorro deben morir. Sus ejecuciones servirán de escarmiento para todos aquellos que osen intentar doblegar la voluntad del rey.

—¿La voluntad del rey o la tuya? —preguntó don Pedro levantando la vista del suelo.

Doña María de Portugal y Alburquerque intercambiaron miradas de desconcierto.

—¿Señor?

—¿No es cierto que el matrimonio entre Enrique de Trastámara y Juana Manuel fue concertado por el rey Alfonso, mi padre, y por don Juan Manuel hace años?

—Sí, pero…

El rey interrumpió al canciller con un gesto de mano.

—¿Es correcto que un rey viole los acuerdos y pactos firmados por su padre?

El canciller calló y doña María de Portugal comenzó a gimotear. Temía que, una vez más, su hijo fuera extremadamente clemente con *la Perra* y sus bastardos.

—Hasta un rey tiene ciertos límites. Si vulnero los pactos firmados por mi padre, ¿qué clase de rey concluirán los nobles que soy? —prosiguió don Pedro—. ¿Digno de confianza? ¿Leal y respetuoso con los tratados y acuerdos firmados? De hecho, tras este desgraciado acontecimiento, ¿qué piensan realmente los nobles de mí? Enrique ha consumado el matrimonio que nuestros padres acordaron hace años. Un pacto entre grandes de Castilla que yo, influido por ti, canciller, he estado a punto de romper. Es cierto, mi hermano debería haberme consultado, haber pedido mi consentimiento para celebrar la boda. Enrique ha obrado de forma precipitada. Le habría concedido el permiso y mis bendiciones, pues entiendo sus motivos. La boda se habría celebrado por todo lo alto, con el pueblo de Sevilla como testigo y no a escondidas, como prófugos, como traidores. Sí, mi hermano debió solicitar mi consentimiento, pero quizá temía que me negara o, peor aún, que lo encarcelara. Fue el miedo, fue el temor a ser encarcelado o ejecutado lo que ha llevado a Enrique a casarse de esta manera tan poco digna para un noble castellano, pero yo os pregunto, os pregunto a los dos ¿debo culparle por ello?

El rey los miró a los ojos sin esperar respuesta.

—Fue un error, un clamoroso y lamentable error —continuó, levantándose de la silla y dirigiéndose hacia la ventana—. No debí aceptar tu consejo.

Don Pedro miró la ciudad de Sevilla. Era media tarde y las callejuelas estaban prácticamente vacías. A finales de julio, el sol abrasador del verano convierte en intransitables las calles de la ciudad. Don Enrique de Trastámara tenía todo el derecho a tomar como esposa a doña Juana Manuel. Pero habría sido más sencillo si hubiera recurrido a él. Lo habría entendido. Pero le preocupaba doña Leonor. ¿Cómo era posible que encerrada en el alcázar pudiera urdir tal maniobra? A sus labios asomó una amarga sonrisa de admiración. La había menospreciado. Consideraba que sin el apoyo y protección de don Alfonso, doña Leonor sería tan inofensiva como una serpiente a la que hubieran arrancado los colmillos. Por mucho que persistiera, sería incapaz de inocular su mortal veneno. Pero se había equivocado. Doña Leonor era astuta, audaz, y temeraria, terriblemente temeraria. Una seria amenaza para él y para el reino.

—Ahora entendemos por qué el arzobispo huyó a toda prisa a Aviñón —dijo el canciller.

Don Pedro asintió, advirtiendo que don Gil Carrillo de Albornoz tuvo mucho que ver en el enlace.

—Y, seguramente, don Juan Núñez de Lara o incluso don Fernando Manuel, el hermano de doña Juana, estén también involucrados en esta trama —Alburquerque prosiguió, sugiriendo los nombres de posibles sospechosos. Si el rey se negaba a castigar a don Enrique, que al menos alguno de los otros conspiradores fuera ajusticiado. Don Juan Alfonso de Alburquerque consideraba que don Pedro debía actuar con rapidez y contundencia o la nobleza castellana advertiría en él a un rey débil, pusilánime y cobarde.

—Debemos apresar al fraile Sancho de Pedraza, fue él quien celebró el enlace —dijo doña María de Portugal.

—No —respondió el rey en apenas un susurro—. El fraile cumplía órdenes —y girándose hacia su madre, añadió—: El único responsable de este desastre he sido yo. He obligado a un fiel vasallo a tomar a través de engaños lo que le correspondía por ley.

—¡No puedes permitir que *la Perra* se salga con la suya! —exclamó furiosa doña María de Portugal.

—¿Dónde está Enrique? —preguntó don Pedro a Alburquerque, ignorando la petición de su madre.

—Temiendo ser apresado, ha huido a su condado en Asturias con don Pedro Carrillo y don Men Rodríguez de Sanabria.

—¿Y Leonor?

Doña María de Portugal sintió un pinchazo cuando escuchó ese nombre, pero no se atrevió a corregir a su hijo.

—Se encuentra en sus aposentos —respondió el canciller.

El rey tomó asiento y dijo:

—No tengo nada en contra de los Manuel. Tampoco castigaré a mi hermano Enrique. Han obrado como posiblemente yo lo hubiera hecho. Nada tengo que reclamarles, ni reprocharles. Pero Leonor de Guzmán ha demostrado ser un peligro.

A doña María de Portugal le palpitó con energía el corazón, ¿llegó el momento de cobrarse su anhelada venganza?

—Será trasladada a Carmona, lejos de la Corte para que no pueda proseguir con sus maquinaciones e intrigas. —Su madre bajó la vista decepcionada—. No recibirá visitas. Permanecerá encerrada en una estancia y ni siquiera disfrutará de la compañía de sus sirvientas. De alimentarle y asistirle, se ocupará mi guardia personal.

—¿En cuánto a don Enrique de Trastámara? —preguntó el canciller.

Este era un asunto más escabroso. No habían pasado muchos días desde que don Enrique le rindió vasallaje. Parecía que la relación entre ambos hermanos se había reconducido. Este, al menos, era su deseo.

—Ha obrado con legitimidad, haciendo cumplir un mandato de nuestro padre, pero es cierto que las formas no han sido las más afortunadas. No puedo culparle por hacer cumplir un acuerdo, pero su comportamiento ha sido extremadamente osado. Tomar como esposa a Juana Manuel, en el alcázar, en mi propia casa, es un acto muy audaz que podría animarlo a tomar decisiones mucho más arriesgadas.

—Ahora, con su matrimonio con Juana Manuel, disfruta de cierta legitimidad al trono —intervino su madre.

—No deja de ser un bastardo. Eso no me preocupa —replicó el rey, moviendo la mano como si apartara a una mosca incómoda—. Tenle vigilado, Alburquerque. Quiero estar informado de todos sus movimientos.

El canciller asintió decepcionado. Consideraba que la boda a escondidas de don Enrique de Trastámara con doña Juana Manuel suponía un terrible acto de traición. Todos, incluida la pequeña doña Juana, deberían ser castigados. Había advertido una formidable oportunidad para desprenderse de don Juan Núñez de Lara, con quien mantenía una enconada rivalidad desde hacía años. No comprendía porque el rey era tan comprensivo e indulgente con aquella familia de bastardos y con sus desleales partidarios.

—Solo espero que no tengamos nunca que lamentarnos por no haber tomado decisiones más contundentes con los inspiradores de este grave acto de traición —espetó don Juan Alfonso de Alburquerque con gesto serio.

—Y yo espero que, en el futuro, sepas darme mejores consejos, canciller. Ahora marcharos, quiero estar solo.

OceanofPDF.com

14

Sevilla, agosto de 1350

El rey estaba postrado en la cama consumido por la fiebre. A su lado se encontraban su médico personal, un judío delgado, de corta estatura, con la nariz aguileña y ojos de ratón, y don Juan Alfonso de Alburquerque. Ambos contemplaban su rostro, sudoroso y macilento, con el gesto demudado por la preocupación. En tal precaria situación se encontraba don Pedro desde hacía pocos días. Enfermó poco después de que don Enrique de Trastámara hubiera huido a Asturias, tras casarse en secreto con doña Juana Manuel. Una mañana, un sirviente personal acudió a su alcoba para asistirle y se lo encontró desmayado en el suelo. Desde entonces, su estado de salud no había mejorado, sino todo lo contrario.

—Cada día se encuentra peor —observó el canciller.

—Le he aplicado emplastes fríos y sangrías, poco más puedo hacer —dijo el galeno.

—Pero ¿qué le sucede? Estamos en agosto y está tiritando de frío.

—La enfermedad le devora y su cuerpo se resiste. De ahí la fiebre.

—¿Crees que…? —Don Juan Alfonso de Alburquerque no quiso terminar la frase.

El médico se acercó al rey y le tocó la frente. Sintió como ardía como brasas incandescentes.

—Puede ser cuestión de horas, días o quizá unas pocas semanas, pero el rey no sobrevivirá a la enfermedad. Lo siento.

Alburquerque le cogió con brusquedad de los hombros y lo levantó del suelo.

—¡Haz lo que tengas que hacer, pero salva al rey si en algo valoras tu vida! —exclamó furioso. No esperó respuesta. El canciller dejó caer al médico y salió a toda prisa de la alcoba, dejándole con el gesto contraído por el miedo.

El canciller debía actuar con celeridad. Si el galeno tenía razón y el rey fallecía, la guerra civil se cerniría sobre Castilla. Don Pedro aún no se había casado y, por lo tanto, carecía de un heredero legítimo. Cualquier noble con ambición y parentesco con la realeza, aunque fuera lejana, podría reclamar su derecho a la Corona. Naturalmente, don Juan Alfonso de Alburquerque ya había mantenido contactos con quién consideraba su legítimo sucesor y, tras la conversación con el galeno, concluyó que había llegado el momento de trabajar seriamente en esa candidatura. El canciller no era necio. Estaba persuadido de que aquel a quién ayudara a alzarse con la Corona le estaría muy agradecido y le recompensaría generosamente. Con paso rápido cruzó los largos pasillos del alcázar hasta que se encontró frente a la puerta de la estancia ocupada por don Fernando de Aragón, primo del rey. Dos soldados custodiaban la puerta.

—Quiero ver a don Fernando de Aragón.

Un soldado llamó a la puerta, anunció la llegada del canciller y autorizó su entrada.

—El galeno asegura que el rey va a morir —dijo Alburquerque como saludo, dirigiéndose directamente a una mesa donde había una jarra de vino. Sirvió dos vasos y le entregó uno a don Fernando de Aragón.

—Entonces debo agradecerte tu propuesta de proteger mi estancia con soldados. Si el rey muriese, podría sufrir un desafortunado accidente —dijo el infante, cogiendo el vaso de vino.

Don Fernando de Aragón tenía veintiún años. Era alto, de facciones agraciadas, largos cabellos y barba cobriza. Alburquerque le consideraba el legítimo heredero, pues su madre, doña Leonor de Castilla, esposa en segundas nupcias del rey aragonés Alfonso IV, era la hermana mayor del rey Alfonso. Cuando en 1336 murió Alfonso IV, fue proclamado rey su hijo don Pere, fruto de su primer matrimonio con doña Teresa de Entenza. Don Fernando permaneció en la Corte aragonesa junto a su madre doña Leonor y su hermano don Juan, hasta que tomó partido por la Unión nobiliaria, una

Liga de nobles que se alzó en armas contra don Pere. Sofocada la sublevación por el rey de Aragón, don Fernando y don Juan, junto a su madre doña Leonor, huyeron a Castilla en busca de protección y refugio.

—Pronto, no solo tendrás que agradecerme la protección de tu vida —dijo Alburquerque, bebiendo un trago de vino.

—Si el rey falleciese, Dios no lo quiera, yo debería sucederle. Soy primo de don Pedro. Mi derecho al trono es incontestable.

—Así es, pero no te quepa la menor duda de que aparecerán peligrosos rivales. Es de vital importancia que vayamos ganando adeptos y partidarios. Tu fuerza, tu autoridad, tu legitimidad deben ser incuestionables si pretendemos evitar que Castilla sea devorada por el fuego de la guerra.

—¿Quién está a nuestro favor? —preguntó don Fernando.

—Don Juan Núñez de Prado y creo que también podremos contar con el favor de la reina doña María de Portugal.

—¿La reina?

—Su apoyo es fundamental, imprescindible —respondió Alburquerque —. Si logramos que te cases con ella, tu candidatura jamás podría ser cuestionada.

—¿Matrimonio? —preguntó confuso el infante mesándose la barba.

—Tu boda con doña María legitimaría tu candidatura. Además, contarías con el apoyo económico y militar de su padre, el rey Alfonso de Portugal. Quien logre casarse con ella, será el nuevo rey de Castilla.

En los planes de don Fernando no estaba tomar esposa en tan breve espacio de tiempo, pero era consciente de que si pretendía alzarse con la Corona de Castilla necesitaba de pactos, alianzas y concesiones. Y estaba dispuesto a firmar acuerdos, a comprar voluntades, a regalar prebendas y títulos si le ayudaban a alcanzar tan ambicioso propósito. Todo esfuerzo, todo sacrificio, incluso el matrimonio, sería pequeño, asumible.

—Si yo no me caso con doña María, probablemente lo hará otro candidato. En tal caso, mis pretensiones al trono se verían seriamente amenazadas —observó el infante. El canciller asintió—. ¿Y doña María qué opina?

—He hablado con ella y hará lo que tenga que hacer por el bien de Castilla. No obstante, su futuro marido, el futuro rey, debe tener el visto

bueno de su padre, el rey de Portugal. Somos países vecinos y quiere estar seguro de que en el nuevo rey no encontrará más que un amigo, un aliado. No desea entrar en conflictos con Castilla, sino todo lo contrario. Portugal y Castilla están condenadas a entenderse, a colaborar unidas.

—¿Crees que el rey de Portugal me aceptaría como yerno?

—Después del trato vejatorio y las humillaciones con las que don Alfonso castigó a doña María, cualquier candidato que la trate con respeto y consideración, será del agrado del rey de Portugal.

Don Fernando de Aragón sonrió y sirviéndose más vino dijo:

—Bien es cierto, que podría ser mi madre, pero aún es bella. Le puedo asegurar al rey de Portugal que su hija no encontrará un esposo más devoto, fiel y entregado que yo.

—Ya lo sabe.

—¿Cómo? —preguntó confuso el infante.

—Le envié una carta trasmitiéndole nuestras intenciones.

Don Fernando de Aragón sonrió ante la audacia del canciller. Siempre un paso por delante de los demás.

—¿Y bien? ¿Has recibido respuesta?

Don Juan Alfonso de Alburquerque se recostó complacido.

—Está encantado de que su hija vuelva a ser la esposa del rey de Castilla.

—Excelente —agradeció don Fernando con un gesto de cabeza.

OceanofPDF.com

15

Sevilla, agosto de 1350

Aunque don Juan Alfonso de Alburquerque intentó mantener la noticia en secreto, por toda Sevilla corrían rumores sobre el frágil estado de salud del rey. Don Juan Núñez de Lara, señor de Vizcaya, era un hombre poderoso y bien informado. No era ajeno a los esfuerzos del canciller por posicionar conveniente a su candidato, don Fernando de Aragón, en la disputa por el trono de Castilla. Naturalmente, sus planes eran bien distintos. Se encontraba en su palacio, próximo al alcázar, con su fiel amigo don Garcí Laso de la Vega, adelantado de Castilla. Atardecía, y paseaban plácidamente por los jardines del palacio, disfrutando del frescor de las fuentes y de la suave fragancia de las flores.

—Deberías reclamar el trono y hacerlo cuanto antes o será demasiado tarde —sugirió don Garcí Laso de la Vega, un recio soldado que no llegaba a los cuarenta años, con el pelo negro como el ala de un cuervo y barba finamente recortada.

Don Juan Núñez de Lara había meditado presentar su candidatura al trono en el caso de que el rey falleciera, pues tenía sobrados motivos de sangre y parentesco para hacerlo. Su abuelo era don Fernando de la Cerda, nieto del rey Alfonso X. Por sus venas, como por las de su sobrina doña Juana Manuel, corría la sangre de los más notables reyes castellanos. Su estirpe era incluso más noble que la del propio rey Pedro.

—Si lo que dicen es cierto y Alburquerque consigue coronar a don Fernando de Aragón, su poder será absoluto. Debemos evitarlo a toda costa o nuestra influencia en Castilla estará seriamente amenazada —prosiguió don Garcí Laso.

—Lo sé —se limitó a confirmar el señor de Vizcaya.

Don Juan Núñez de Lara y don Juan Alfonso de Alburquerque llevaban años manteniendo serios y graves enfrentamientos. Representaban a las dos familias más poderosas y ricas de Castilla. La muerte del rey Alfonso los distanció aún más, pues Alburquerque tomó partido por don Pedro, mientras que don Juan Núñez de Lara mantuvo su apoyo y protección a doña Leonor de Guzmán y a sus hijos. La enconada rivalidad entre ambos nobles no tardaría en estallar.

—Yo te apoyaré —dijo don Garcí Laso deteniéndose enfrente de él—. Y don Alfonso Fernández Coronel también. Se siente avergonzado por haber abandonado a doña Leonor y quiere reparar su falta. Los nobles de Castilla estamos contigo.

Era una decisión difícil y peligrosa. Si presentaba su candidatura al trono no habría vuelta atrás. Si el rey fallecía, casi con toda seguridad se desataría una guerra en Castilla entre sus parciales y los de don Fernando de Aragón. Y si el rey sobrevivía, el mero hecho de haberse postulado como sucesor le granjearía su enemistad. Incluso lo podrían acusar de traición, tanto a él, como a sus partidarios. Pero permanecer impasible, despreocupado a lo que estaba aconteciendo en Castilla, sería negligente, insensato. No era una opción. Si el rey fallecía y don Fernando de Aragón era proclamado rey, su destino y el de los suyos, estaría en manos de *el Portugués*, como él llamaba a Alburquerque. Una afrenta que no estaba dispuesto a tolerar, pues su futuro, su vida, únicamente debían estar en manos de Dios y no en las de un canciller extranjero.

—Bien, sea pues —dijo al fin el señor de Vizcaya—, reclamaré lo que en justicia me pertenece: la Corona de Castilla.

⁂

La salud del rey no mejoraba. Las sangrías, emplastes y rezos no sirvieron para aliviar sus males. Postrado en la cama, poco a poco la vida se le escapaba devorado por la fiebre. Su madre permanecía constantemente a su lado. Sentada en un escabel se bebía las lágrimas, mientras no dejaba de implorar por su vida. El galeno no concedió esperanza alguna. Incluso se

extrañaba de que el rey aún permaneciera con vida. Ante la inminencia de su muerte y con el propósito de asegurarle la vida eterna, el arzobispo de Sevilla, don Nuño de Fuentes, le había administrado la extremaunción. Detrás de la reina, en pie, contemplando el enjuto y desvaído rostro de don Pedro, se encontraba don Juan Alfonso de Alburquerque. Tragaba saliva al tiempo que negaba con la cabeza. El rey iba a morir. Solo un milagro podría evitarlo. Y el canciller no creía precisamente en los milagros, sino en los hechos. Su red de espías le había informado del encuentro que don Juan Núñez de Lara había mantenido con don Garcí Laso de la Vega, así como de otras reuniones más o menos ocultas o clandestinas, que el señor de Vizcaya había tenido con otros miembros de la aristocracia y del clero castellano. Era evidente que don Juan Núñez de Lara estaba ponderando apoyos con la intención de presentar su candidatura al trono. Y lo estaba consiguiendo. Gran parte de la nobleza y del clero le apoyaban. La Iglesia aún estaba dolida y resentida por la actitud de don Pedro con el arzobispo de Toledo. Hombre excesivamente poderoso como para tenerlo de enemigo. Confiscarle sus tierras fue una decisión visceral e irresponsable. Pero el taimado canciller aún contaba con una baza a su favor: la reina María de Portugal. Era cierto que su padre, el rey Alfonso IV, estaba entusiasmado ante la idea de que su hija fuera nuevamente reina de Castilla. Como era cierto que, según le habían informado, don Juan Núñez de Lara también había mostrado un profundo interés en casarse con ella. Sea como fuere, si don Pedro fallecía, doña María volvería a ser reina de Castilla, pues se casaría con uno u otro pretendiente. Por tal motivo, debía ganarse su voluntad antes de que don Juan Núñez de Lara se le adelantara. Quien disfrutara de la mano de doña María de Portugal tendría el favor de su poderoso padre y, por lo tanto, sería proclamado rey de Castilla.

—Mi reina —dijo Alburquerque en apenas un susurro acercándose al oído de doña María de Portugal—, necesito hablar con vos. Disculpadme, pero son temas apremiantes que no admiten demora.

Doña María entendió que debía de tratarse de algún asunto extremadamente urgente para apartarle del lecho de su hijo. Giró el rostro y dijo:

—Solo te concederé unos minutos, no quiero separarme ni un instante de Pedro.

—No saldremos de la alcoba, mi señora.

La reina se incorporó y se dirigió a una esquina de la estancia, donde podía ver cómo su hijo, con una respiración cavernosa e irregular, aún pugnaba por su vida.

—Mi señora… ha llegado el momento de enfrentarnos al peor escenario posible —comenzó a susurrar el canciller—. Debemos pensar en Castilla y en la situación de inestabilidad política que la amenaza si el rey…

—Entiendo —se limitó a decir doña María de Portugal.

—No hay un sucesor claro y si no actuamos con celeridad, corremos el riesgo de que en Castilla estalle la guerra.

—¿Qué es lo que propones?

—Don Juan Núñez de Lara está tramando alzarse con la Corona. Ha sobornado a altos miembros de la nobleza y del clero castellano, ofreciéndoles títulos, prebendas y propiedades a cambio de su apoyo —mintió—. Es capaz de dilapidar el tesoro de Castilla con tal de satisfacer sus ambiciones. Además, sabéis que siempre ha estado al servicio de *la Perra*. En el caso de que falleciera su hijo Nuño, podría ceder la Corona a don Enrique de Trastámara.

—¡No! —exclamó la reina, en un tono más alto del que hubiera deseado. Miró a su hijo con temor de haberlo despertado—. Eso jamás —continuó en un tono más sosegado—. Jamás consentiré que Castilla sea gobernada por los bastardos de *la Perra*, jamás.

El astuto canciller tenía a la reina justo donde quería.

—Pero para lograrlo, el señor de Vizcaya necesitaría de vuestra colaboración. Es más, cualquier candidato al trono necesitará de vuestro favor.

—¿Qué quieres decir? Don Juan Núñez de Lara nunca tendrá mi apoyo en este asunto. Lo sabes.

—Sois la hija del rey de Portugal, un poderoso aliado para cualquiera que pretenda erigirse sucesor a la Corona.

—Entiendo…

—Si finalmente nuestro rey no supera la enfermedad, quién porte la Corona dependerá única y exclusivamente de vos.

Doña María de Portugal asintió, adivinando las intenciones del canciller.

—Ya te dije que haría todo lo que estuviera en mi mano para evitar la guerra en Castilla en el caso de que mi hijo… —un nudo en la garganta le impedía proseguir, terminar la aciaga frase. Lanzó un profundo suspiro—… mi hijo falleciera. Aseguras que hay dos candidatos al trono; don Juan Núñez de Lara y don Fernando de Aragón, ¿verdad?

—Así es, mi señora.

—¿Y Enrique de Trastámara no podría considerarse candidato tras su enlace con doña Juana Manuel?

—Es un bastardo, de ningún modo puede ser tomado en serio como heredero teniendo otros mucho más válidos y legítimos como don Fernando o el señor de Vizcaya.

—Si don Juan Núñez de Lara es proclamado rey y su hijo, Nuño, falleciese, podría nombrar al bastardo de Enrique como su heredero, pues es el marido de su sobrina doña Juana Manuel.

—Es una posibilidad, mi señora.

El canciller había conseguido que la reina hiciera suyas sus propias conjeturas. Había jugado con el temor de doña María a que don Enrique de Trastámara pudiera ser proclamado rey de Castilla para orientar su voluntad a favor de sus intereses.

—Tomaré como esposo a quién sea necesario para evitar que el cachorro de *la Perra* sea proclamado rey. Aunque tenga que desposarme con el mismísimo demonio.

—Señora… —Alburquerque fingió escandalizarse por tal blasfemia, pero en su interior había disfrutado como un niño con la conversación.

—Dile a don Fernando de Aragón que, si mi hijo finalmente nos abandonara… —sintió un pinchazo en el alma y su voz se entrecortó. Desvió la vista hacia don Pedro, que permanecía dormido con la boca abierta, dando angustiosas bocanadas de aire como un pez fuera del agua. No era necesario ser médico para advertir que estaba perdiendo la guerra con la vida y que en cualquier momento sería llamado por el Todopoderoso

—… con sumo agrado aceptaré ser su esposa. Así también se lo haré saber a mi padre, el rey de Portugal.

—Como ordenéis, mi señora —dijo el canciller, omitiendo que su padre, el rey Alfonso, ya había sido debidamente informado.

OceanofPDF.com

16

Sevilla, agosto de 1350

El rey abrió los ojos. Entre penumbras advirtió la imagen atribulada de su madre. Dormitaba a su lado sentada en una silla. Desconocía cuando tiempo llevaba postrado en la cama. Las fiebres le habían castigado con terribles pesadillas en las que solo encontraba muerte y destrucción. Toda Castilla aparecía sumergida en un mar de sangre. Su madre, sus hermanos, los nobles más fieles y aquellos que le eran adversos, todos morían de forma cruel y sangrienta. No entendía el significado de aquellos terribles sueños, ¿serían premoniciones o simplemente alucinaciones provocadas por la fiebre? Sintió un escalofrío y se arrebujó en la manta. Estaba muerto de sed, pero no quería despertar a su madre. Pero no hizo falta. Doña María de Portugal con ese instinto que tienen solo las madres para advertir cuándo sus vástagos les necesitan, se despertó y, a pesar de las sombras que envolvían la alcoba, vio como su hijo, su amado hijo, había despertado.

—Hijo mío.

Doña María de Portugal se lanzó sobre don Pedro entre sollozos.

—Hijo mío.

—Tengo… tengo sed —balbuceó el rey.

Su madre se acercó a una mesa, cogió una jarra y vertió un poco de agua en un vaso. Con sumo cuidado le dio de beber a su hijo.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? —susurró don Pedro, sin apenas fuerzas.

—Casi un mes. Pero ahora descansa.

El rey obedeció y cerró los ojos, quedando sumido en un profundo y reparador sueño.

⁂

Don Juan Alfonso de Alburquerque no se alegró precisamente de la recuperación del rey. Había urdido un magnífico plan para alzar al trono a don Fernando, a cambio de aumentar considerablemente su poder e influencia en Castilla. El infante de Aragón sería rey, pero las responsabilidades de gobierno recaerían sobre él. Y tal y como había acordado con el infante, su primera decisión habría sido desprenderse de doña Leonor de Guzmán, de sus bastardos y de sus incómodos partidarios, como don Juan Núñez de Lara y don Garcí Laso de la Vega, aunque para lograrlo tuviera que arrastrar a toda Castilla a la guerra. No le importaba lo más mínimo devastar el reino si con ello lograba sus propósitos. Estaba hastiado, aburrido de la benevolencia del rey para con *la Perra* y sus bastardos. Así lo había acordado también con doña María de Portugal, que se hallaba entusiasmada ante la perspectiva de ver cumplida su anhelada venganza. Don Juan Alfonso de Alburquerque tenía todo previsto y planificado. El canciller no era hombre que dejara detalle alguno a la improvisación o al azar. Pero ahora, con la recuperación milagrosa del rey, su colosal proyecto se desvanecía antes incluso de que pudiera iniciarse. La situación había cambiado. Debía adaptarse a la nueva realidad. Entró en los aposentos reales y encontró al rey ligeramente incorporado en la cama, leyendo unos documentos. Se hallaba completamente recuperado, pero el galeno le aconsejó que permaneciera unos días en la cama para evitar una posible recaída. Don Pedro se encontraba solo en una estancia iluminada por los rayos del sol estival.

—Mi rey —saludó Alburquerque con una suave inclinación de cabeza.

—Ah, si está aquí mi fiel canciller, mi hombre de confianza —dijo el rey, apartando la vista de los documentos.

—Me alegro de veros tan recuperado.

—En plena forma, diría yo. Tanto, que quiero que envíes cartas a los nobles castellanos comunicándoles que en unos meses reuniré las Cortes de Valladolid.

—¿Tan pronto, mi señor? ¿No sería mejor esperar a vuestra total recuperación para emprender tan largo viaje?

—La voluntad de muchos nobles es voluble y quebradiza. No deben albergar la menor duda de que soy yo, su rey, quien gobierna Castilla.

—Todo el reino lo sabe, mi señor.

Don Pedro sonrió.

—Es posible, pero es mejor evitar malentendidos, ¿no crees?

Alburquerque se limitó a asentir con un leve gesto de cabeza.

—Hablando de malentendidos —prosiguió el rey—, he sido informado de que no tardaste en tomar partido por mi primo Fernando en el caso de que el trono de Castilla quedara… huérfano.

—No fue exactamente así, mi señor —protestó el canciller.

—Ah, ¿no?, ¿y cómo fue exactamente?

—Don Juan Núñez de Lara reclamó los derechos al trono y me vi obligado a buscar un candidato para evitar que lograra su propósito. El señor de Vizcaya tiene poderosos aliados entre la nobleza y el clero —se defendió el canciller.

—Y por ello incluso concertaste la boda de mi madre con el infante.

—Vuestra madre aceptó. O se casaba con el infante o con el señor de Vizcaya. No había otra opción.

—Tenías todo bien organizado…

Alburquerque se acercó a la cama y con tono más sosegado dijo:

—Mi rey, estabais muy enfermo. El galeno no nos concedía esperanza alguna. Debíamos actuar con agilidad si pretendíamos evitar una guerra en el caso de que fallecierais, pero gracias a Dios, no ha sido así —y con gesto serio y humillando la cabeza, añadió—: Siento haberos molestado con mis actos y decisiones. Si ya no confiáis en mí, entenderé que me releguéis de mi cargo y obligaciones.

El rey sonrió y dijo:

—Ni mucho menos, mi querido amigo. Gracias a tu celo por el bienestar de Castilla, ahora sé que tanto Fernando de Aragón como Juan Núñez de Lara ansían la Corona. Son como los buitres que otean una oveja moribunda desde el cielo, en espera de que exhale su último estertor, para lanzarse a devorar sus restos. Pero, por desgracia para ellos, esta oveja está aún muy viva. Por cierto ¿qué ha sido de los candidatos frustrados? Entiendo que no estarán muy felices con mi recuperación.

El canciller respiró más aliviado.

—Don Fernando de Aragón permanece en el alcázar, pero don Juan Núñez de Lara ha regresado a su castillo en Lerma.

—¿Ha huido?

—No sé si definir su marcha así, mi señor.

—Sus gestos le delatan. Fernando de Aragón ha sido prudente y precavido quedándose en el alcázar, pero Juan Núñez de Lara ha huido impelido por su sentimiento de culpa. ¿Quiénes han apoyado su candidatura?

—Don Garcí Laso de la Vega y don Alfonso Fernández Coronel entre otros.

El rey tomó buena cuenta de esos nombres y dijo:

—De camino a Valladolid nos desviaremos a Lerma y después a Burgos, donde haremos una visita cordial a Juan Núñez de Lara y a Garcí Laso de la Vega. De Alfonso Fernández Coronel nos ocuparemos más adelante.

OceanofPDF.com

17

Llerena, Badajoz, febrero de 1351

Don Juan Núñez de Lara falleció el mes de noviembre de 1350, y pocos meses después lo hizo don Fernando Manuel. Unas muertes tan inesperadas como convenientes para los intereses del rey Pedro y de don Juan Alfonso de Alburquerque despertaron todo tipo de comentarios, sospechas y conjeturas. Mientras unos culparon de tales infortunios a la peste que azotaba sin compasión a Castilla, otros concluyeron que fueron envenenados por orden del rey como castigo por haber favorecido el matrimonio de don Enrique de Trastámara con doña Juana Manuel. Sea como fuere, el rey, directa o indirectamente, se había desprendido de dos incómodos, poderosos y molestos adversarios.

Sin percibir amenaza alguna a su poder y autoridad, el rey, completamente recuperado de su grave enfermedad, pudo dedicarse a dos de sus máximos placeres y entretenimientos; la caza y la persecución de doncellas por el alcázar. Tras los complicados e inestables primeros meses de reinado, don Pedro se hallaba más tranquilo y confiado. La paz reinaba en Castilla y decidió delegar parte de sus responsabilidades y tareas en el canciller, en quien ciertos nobles habían derramado su enemistad y resentimiento, pues le consideraban responsable último de las muertes de don Fernando Manuel y de don Juan Núñez de Lara. Además, no era del agrado de la nobleza castellana el enorme poder que detentaba; un hombre tan rico y poderoso, suponía una alarmante amenaza a sus privilegios e intereses.

Con doña Leonor de Guzmán bajo custodia e incomunicada, los nobles sometidos y los maestrazgos apaciguados, el rey pudo emprender con

tranquilidad y garantías su viaje a Valladolid, con el propósito de reunir las Cortes. Para asegurarse de que doña Leonor de Guzmán no conspiraba a sus espaldas, decidió llevarla consigo a Valladolid. Su madre, doña María de Portugal, le acompañaría. No había en toda Castilla mejor y más entusiasta carcelera.

La primera parada de la comitiva real fue en el castillo de Llenera, feudo de la Orden de Santiago y donde don Fadrique tenía establecida su residencia. Era finales de febrero y unas nubes negras cargadas de lluvia amenazaban con hacer caer sobre el séquito real todo su contenido. Don Pedro miró al cielo y espoleó a su montura. El castillo de Llerena se veía en lontananza y era conveniente llegar antes de que les empapara el aguacero. Don Gutier Fernández de Toledo, voz en grito, ordenó a los jinetes que aceleraran el paso. Don Fadrique, desde la ventana de la torre del homenaje, contemplaba como la lejana hilera se aproximaba inexorablemente a sus dominios. Respiró hondo. Su corazón latía con fuerza. Estaba al corriente de que, acompañando al rey y como si de una rehén se tratara, se encontraba su madre. Con doña Leonor prisionera y su hermano refugiado en Asturias, sería del todo comprensible que el rey dudara de su fidelidad. Debía ser cauto y exhibir una total sumisión si pretendía conservar la vida. Don Fadrique se giró y descendió por las escaleras de piedra de la torre del homenaje. Se dirigía al encuentro de don Pedro.

—Mi señor —saludó al rey cuando este se disponía a cruzar la puerta de la muralla, encabezando la comitiva.

—Espero que tu hospitalidad sea mejor que vuestro clima —replicó el rey como saludo, justo en el momento que empezaba a llover.

Una lluvia torrencial se desató sobre los recién llegados, que corrieron raudos a guarecerse en el castillo. Don Fadrique, bajo la lluvia, buscó con la mirada a su madre, pero no la encontró. Entendió que se encontraba oculta en alguno de los carros que acompañaban a la comitiva. Negó con la cabeza y se dirigió a la torre del homenaje. Tendría que esperar un mejor momento. Tal y como había sido informado, el rey y su séquito harían noche y continuarían su viaje a Valladolid al amanecer. Si quería hablar con su madre, tendría que darse prisa. Los asistentes de la Orden acompañaron a los recién llegados a sus estancias, ocupando el rey la sala principal. Los

soldados y auxiliares tendrían que conformarse con guarecerse en las tiendas que montaron en el patio de armas o en las caballerizas. Aunque don Fadrique se ofreció a celebrar una gran cena en honor a tan ilustre visita, el rey se negó y pidió que le subieran vino y carne de cordero a sus aposentos. Tal petición fue del agrado de don Fadrique, pues le concedía una excelente oportunidad de hablar a solas con él. El maestre de la Orden de Santiago entró en la sala portando una bandeja con pan, vino, queso y carne asada de cordero. El rey se sorprendió. Esperaba que un sirviente le llevara la cena, no su hermano.

—Vaya, vaya, el mismísimo maestre de Orden de la Santiago me trae la cena. Todo un lujo —dijo con sarna el rey.

—Siempre para serviros, mi señor —dijo don Fadrique, dejando la bandeja en una mesa.

—Bueno, ya que estás aquí, sírvete un vaso de vino y charlemos.

Don Fadrique tomó una jarra y sirvió dos vasos, ofreciéndole uno de ellos al rey.

—Mi señor —comenzó a decir el maestre con la cabeza inclinada en señal de sumisión—, me gustaría haceros una petición.

El rey sonrió y dijo:

—Imaginaba que tanta atención no iba a ser gratuita.

—Señor, yo…

Don Pedro levantó la mano.

—No te preocupes, ¿qué puede hacer tu rey por ti?

—Me gustaría hablar con mi madre, aunque solo fuera una hora.

El rey torció el gesto y carraspeó.

—La última vez que Leonor se reunió con uno de sus hijos, este acabó casándose con mi prometida y huyendo a sus tierras en Asturias.

—Mi señor, solo quiero hablar con mi madre. Yo… yo solo pretendo tener una conversación sencilla, trivial, inocente con ella. Hace meses que no la veo. —Don Fadrique se hallaba terriblemente nervioso. Temía que el mínimo descuido o malentendido pudiera desatar la ira del rey—. La boda de Enrique con Juana fue un grave, un gravísimo error. Un acto impropio de un noble de Castilla. Pero te ruego que no me juzgues, ni ponderes mi lealtad por los actos de mis hermanos, ni siquiera por los de mi madre.

El rey asintió. Recordó como a su madre, doña María de Portugal, le dijo un día palabras similares.

—Es cierto que estaban comprometidos —comenzó a decir don Pedro, como si hablara para sí mismo—. Si me lo hubiera dicho, si me lo hubiera advertido, yo lo habría entendido. Mi más ansiado deseo siempre ha sido reconciliarme con mis hermanos. He envidiado cada instante, cada momento que habéis disfrutado de la presencia de mi padre. —El rey hizo una pausa. Tenía la mirada ausente como si se hubiera sumergido en recuerdos lejanos y no precisamente dichosos—. Yo permanecía solo, en el alcázar, con mi madre, mientras vosotros, toda vuestra familia, estabais con el rey en Medina Sidonia. Yo quería estar allí y deleitarme con su presencia. Jugar, charlar, reírme con mis hermanos. Era un niño. Simplemente pretendía disfrutar de una infancia que me ha sido arrebatada. Pero ahora… —el rey se detuvo y negó con la cabeza—. Tanta desconfianza, tanto recelo, ¿a dónde nos puede llevar?

La pregunta la lanzó al aire sin esperar respuesta, pero don Fadrique se aventuró a responder:

—Señor, somos hermanos, yo jamás conspiraría contra vos.

A los labios de don Pedro asomó una amarga sonrisa.

—¿Y tus hermanos? ¿Tus hermanos conspirarían contra mí?

Don Fadrique agachó la cabeza y desvió la vista al suelo.

—Veo que no eres capaz de responder por tus hermanos, por mis hermanos —puntualizó.

El maestre de Santiago alzó la vista y miró al rey.

—Mis hermanos son responsables de sus actos, como yo soy responsable de los míos.

—Así es, Fadrique, así es.

Se produjo un incómodo silencio y don Pedro se incorporó de la silla. Meditaba si conceder a don Fadrique su petición. Sin duda, era extremadamente arriesgada. Doña Leonor de Guzmán podría instigar a su hijo para que conspirara en su contra y, en unos días, la alta nobleza se reuniría en las Cortes. Tendría una magnífica oportunidad para extender su veneno entre los nobles castellanos, manipulando su voluntad, provocando

una sublevación. Sería terriblemente peligroso, pero don Fadrique era su hermano y le quería, como al resto de sus hermanos.

—Si permito que te reúnas con tu madre, no podrás asistir a las Cortes de Valladolid, ni salir de tu maestrazgo sin mi permiso, ¿entiendes lo que te quiero decir?

Don Fadrique asintió. Comprendía las preocupaciones del rey. Debería permanecer aislado en su castillo, alejado de todo contacto con la nobleza y alto clero castellano. Ese era el precio que debía pagar por ver a su madre y estaba dispuesto a asumirlo.

—Si esta es vuestra voluntad, así haré. Permaneceré en Llerena hasta que vos, mi rey, estiméis oportuno —aceptó don Fadrique.

—Sea, entonces. Ve a hablar con tu madre, si este es tu deseo.

⁂

La sofisticada y eficiente red de espías de don Juan Alfonso de Alburquerque no tardó en informarle de la reunión que, mediante autorización previa de rey, don Fadrique había mantenido con doña Leonor de Guzmán. El canciller se hallaba profundamente irritado. ¿No había aprendido el joven rey de sus errores? ¿Cómo era posible que lo hubiera consentido? ¿Acaso no recordaba que don Enrique le robó a su prometida por mediación de *la Perra*? ¿Por qué era tan débil e indulgente con sus hermanos? Las preguntas se arracimaban atropelladamente en su cabeza. Era bien entrada la tarde. El canciller se encontraba en su estancia. Esperaba la visita de doña María de Portugal, a quien había informado del encuentro entre don Pedro y don Fadrique. Algo tenían que hacer si quería librarse, de una vez por todas, de la perniciosa presencia de doña Leonor de Guzmán. La reina no tardó en hacer acto de presencia.

—¿Qué significa esto? —preguntó fuera de sí, nada más entrar en la estancia—. ¿Cómo mi hijo ha permitido que *la Perra* se reúna a solas con uno de sus bastardos?

—Mi reina, os he informado tan pronto he tenido constancia de ese encuentro.

Doña María de Portugal negaba constantemente con la cabeza.

—¿Cuándo esa mujer dejará de intrigar y manipular? —se preguntaba, aunque conocía bien la respuesta.

—Es un peligro para Castilla… para vuestro hijo —dijo el canciller—. Sus malas artes son capaces de destruir todo el reino.

—Hechizó a mi esposo, logró apartarlo de mí. Y ahora está intentando hacer lo mismo con mi hijo. ¡Debemos evitarlo antes de que sea demasiado tarde!

Don Juan Alfonso de Alburquerque caminó por la sala con semblante serio y meditabundo. Se detuvo y se mesó la barba. Sonrió como si acabara de encontrar una solución contundente y definitiva. Pero el canciller ya tenía previsto cómo resolver el problema desde hacía días. No era un hombre proclive a la improvisación y sus decisiones nunca eran irreflexivas o viscerales.

—De camino a Valladolid, haremos parada en Talavera de la Reina.

—Soy señora de aquellas tierras —dijo doña María de Portugal, entendiendo las intenciones del canciller.

—Que *la Perra* continúe con nosotros hasta Valladolid es un enorme e inútil riesgo. Su presencia no aporta nada más que divisiones, intrigas y discordias. Durante las Cortes le sería extremadamente sencillo hacer llegar mensajes a sus partidarios, incitándolos a la sublevación. Persuadiré al rey de la conveniencia de dejarla a buen recaudo en el alcázar de Talavera.

—¡Hazlo!, Tienes que hacerlo.

—Lo haré, mi señora, lo haré.

OceanofPDF.com

18

Talavera de la Reina, marzo de 1351

La mañana siguiente el séquito real prosiguió el viaje a Valladolid. El día amaneció frío, pero despejado. Había llovido durante toda la noche y los caminos embarrados dificultaron la marcha. Tras dos días de fatigoso viaje, la comitiva real llegó a Talavera de la Reina. Encontraron acomodo y descanso en el alcázar, dominio de la reina María de Portugal. Don Pedro, cansado de soportar las reprimendas de su madre y las advertencias del canciller, accedió a que doña Leonor de Guzmán quedara recluida en Talavera, mientras ellos continuaban su camino a Valladolid. Después de permanecer dos días en el alcázar, retomaron el viaje y se dirigieron a Illescas, su próxima parada. Desde la ventana de su alcoba, doña Leonor de Guzmán contemplaba como la hilera real cruzaba las murallas y abandonaba el alcázar. El canciller fue quien le informó del deseo del rey de que permaneciera en Talavera de la Reina. El camino era demasiado incómodo y fatigoso. Sonrió, ¿desde cuándo el rey o el canciller se preocupan por su bienestar? Doña Leonor de Guzmán sabía que otras eran las razones por las cuales ella permanecía recluida en el alcázar, feudo de doña María de Portugal. Tenía miedo, mucho miedo. Rezaba insistentemente mientras contaba las cuentas de su rosario. Pidió a los guardias que custodiaban la entrada de su alcoba que llamaran a un sacerdote. Quería estar en buena disposición con Dios por lo que pudiera suceder. Un soldado accedió a su petición y fue a buscar a un fraile. Las órdenes que habían recibido del canciller eran claras y tajantes: nadie podía entrar en sus aposentos, salvo un hombre de Dios que confesara sus pecados

y aliviara su martirizada alma. Quién violara tal orden sería ejecutado. No tardó mucho tiempo en regresar el soldado acompañado del monje.

—Mi señora —saludó el clérigo, nada más entrar en la estancia. El soldado que lo acompañaba cerró la puerta a su espalda.

Doña Leonor de Guzmán le miró, pero apenas pudo distinguirlo. Vestía una túnica marrón y una capucha de tamaño desproporcionado le ocultaba prácticamente todo el rostro, permitiendo solo la vista de una barba profusa, castaña y enmarañada. Tenía ambas manos ocultas en las amplias mangas de la túnica. El monje le transmitió miedo, mucho miedo.

—Me habéis hecho llamar, ¿queréis confesar vuestros pecados? —preguntó el monje con voz grave, cavernosa, acercándose a ella.

Doña Leonor de Guzmán echó instintivamente un paso hacia atrás, como si percibiera en el monje una amenaza, pero él seguía aproximándose poco a poco, con sus manos ocultas en las mangas.

—Será mejor que te vayas —dijo con voz temblorosa.

—¿Acaso no tenéis pecados de qué lamentaros?

Intentó gritar, pero fue demasiado tarde. El asesino, oculto en el hábito de fraile, mostró al fin sus manos y se lanzó con violencia sobre ella. Un puñal relució en la estancia durante apenas un instante, justo antes de hundirse en su vientre. Sus labios emitieron un postrero estertor y cayó al suelo sobre un charco de sangre, su sangre. Lo último que vieron sus ojos, antes de quedar sumidos en la más insondable de las tinieblas, fue como su asesino salía de la habitación, sin prisa, con la seguridad de quién ha cumplido con éxito su cometido.

⁂

No importó si la orden procedió de doña María de Portugal o de don Juan Alfonso de Alburquerque, todos, absolutamente todos los nobles castellanos concluyeron que el rey estaba detrás del asesinato de doña Leonor de Guzmán. Incluso don Gutier Fernández de Toledo, su más fiel servidor, le advirtió que había sido un gravísimo error. Si por algún momento consideró que habría posibilidad de reconducir la relación con sus hermanos, esta se había esfumado con el vil y cobarde asesinato de la amante de su padre.

Habían hecho parada en Illescas, donde el rey fue informado de la muerte de doña Leonor de Guzmán. ¿Qué debía hacer? ¿Castigar a su madre o al canciller? ¿Provocar una nueva ejecución? ¿Olvidar este crimen y actuar como si no hubiera pasado nada? Desde la sala principal del castillo, el rey contemplaba como el sol se ocultaba tras el horizonte. Tenía frío. Era principios de marzo y el invierno se negaba a adelantar su marcha. Había hecho llamar al canciller. A su madre no quería ni verla. Se sentía utilizado. Había sido manipulado por don Juan Alfonso de Alburquerque para que permitiera que doña Leonor de Guzmán quedara recluida en el alcázar de Talavera de la Reina, dominios de su madre. Qué ingenuo había sido. Su hermano don Enrique de Trastámara se había casado a escondidas con su prometida y ahora Alburquerque y su madre confabulaban y le engañaban para poder tener a doña Leonor de Guzmán a su merced. ¿Acaso todos en la Corte pensaban que era estúpido? Don Fernando de Aragón y don Juan Núñez de Lara ambicionaban el trono. Aprovecharon su enfermedad para revelar sus verdaderas intenciones. Y, ahora, el asesinato de doña Leonor de Guzmán evidenció que no podía confiar ni en su más cercano colaborador, el canciller de Castilla, ni en su propia madre. El rey concluyó que todos en la Corte conspiraban contra él y que no podía fiarse de nadie. Absolutamente de nadie.

—Señor.

El rey se giró y sus ojos se cruzaron con los de Alburquerque.

—Gracias a ti y a mi madre ahora todos en la Corte me consideran un asesino.

—Señor, yo no…

El rey levantó suavemente la mano.

—Lo hecho, hecho está —prosiguió, interrumpiendo al canciller—. El asesinato de Leonor ha sido una gravísima equivocación de consecuencias inimaginables. Ahora todos me temen.

—¿Y eso es malo, mi señor?

—Un rey debe ser respetado, no temido.

Alburquerque guardó silencio. El rey se encontraba tremendamente irritado y consideró oportuno no entrar en estériles debates.

—Tú no me temes, ni me respetas —dijo el rey.

—Eso no es cierto, mi rey.

Don Pedro negó con la cabeza, aburrido de la presencia del canciller. Estaba persuadido de que había delegado en él demasiadas responsabilidades.

—El asesinato de Leonor de Guzmán ha sido un grave acto de insubordinación. Su destino estaba únicamente en mis manos, no en las tuyas o en las de mi madre.

—Su muerte será muy ventajosa para el reino y para vos, mi señor. Se acabaron sus intrigas y confabulaciones…

—Se acabaron las suyas, bien es cierto —interrumpió el rey—, pero mucho me temo que las tuyas no han hecho más que comenzar —miró al canciller a los ojos y este agachó sumiso la cabeza—. Comete otro descuido, vuelve a conspirar con mi madre y no será Leonor de Guzmán la única que reciba la visita de tan misterioso fraile.

OceanofPDF.com

19

Burgos, mayo de 1351

La ciudad de Burgos era bastión de la familia Núñez de Lara. Antes de acudir a Valladolid era necesario que el rey visitara la ciudad con el propósito de calmar los ánimos y evitar un posible conato de sublevación. Las tropas reales cruzaron las murallas de Burgos el 21 de mayo ante la mirada de desconfianza y cautela de sus habitantes, pues temían que sus empedradas calles fueran testigos de un enfrentamiento entre las tropas reales y las de don Garcí Laso de la Vega, cabeza del partido opositor al rey tras la muerte de don Juan Núñez de Lara. El rey encabezaba las tropas. A su derecha, en un lugar bien visible, se encontraba don Tello, el hermano de don Enrique y don Fadrique. Don Pedro le miró y a sus labios asomó una sonrisa. Recordó cuando llegó a Palenzuela, residencia de don Tello, y le preguntó si estaba al corriente de que su madre había muerto. Entonces, el joven de catorce años le respondió: «Señor, yo no tengo más padre, ni madre, que a vos». Desconocía si las palabras eran sinceras o si se debían al miedo y la cobardía, no obstante, decidió que don Tello le acompañara a Burgos, una de las ciudades más hostiles a su autoridad, para que pudiera demostrar su fidelidad. Además, que uno de los hijos de la fallecida doña Leonor le acompañara tranquilizaría los ánimos de más de un noble inquieto o molesto. Al rey no le pasó desapercibido el mal gesto con el que fue recibido por los burgaleses. Estaba persuadido de que don Garcí Laso de la Vega tenía mucho que ver en su gélido recibimiento. Marchó directamente a palacio, tenía urgencia por consultar con Alburquerque el mejor modo de proceder con aquel noble tan arisco y malencarado.

La sala era espaciosa y bien iluminada. El rey miraba por la ventana como los burgaleses continuaban con sus quehaceres. Un grupo de pastores guiaba con largas varas a una manada de toros bravos hacia la plaza, mientras voz en grito, alertaba a los asustados transeúntes. Al día siguiente se celebraría un festejo taurino. Un sirviente entró en la estancia y dejó sobre la mesa una bandeja con vino, pan, queso y algo de fruta. Una vez hubo cumplido con su cometido, se marchó raudo como si estar en presencia del rey le incomodara. Debido a los nervios y a las prisas, el sirviente casi tropezó con el canciller, que se disponía a entrar en la estancia.

—¡Ten cuidado por Dios! —le espetó Alburquerque, dándole un empujón que lo envió a varios pasos de distancia.

—Alburquerque, te veo malhumorado, ¿va todo bien?

El canciller torció el gesto y se sirvió un poco de vino.

—Esta ciudad rezuma traición y deslealtad en cada esquina.

—Precisamente por eso estamos aquí, para apaciguarla y reconducirla. Juan Núñez de Lara se preocupó mucho en levantarla contra mi persona y va a llevar un tiempo y esfuerzo conseguir que los burgaleses vuelvan al redil.

—Señor, no solo va a ser cuestión de tiempo.

—De eso también quería hablarte, ¿cómo crees que debería actuar con Garcí Laso de la Vega y los demás partidarios de Núñez de Lara?

Don Juan Alfonso de Alburquerque sonrió. Esperaba que el rey le hiciera esa pregunta. Tras la muerte del señor de Vizcaya, don Garcí Laso de la Vega se había convertido en su adversario más temible y peligroso. Había vertido graves acusaciones sobre él, tildándolo de corrupto y codicioso, al que movía únicamente una enfermiza e insaciable ambición de riqueza y poder. Al igual que don Juan Núñez de Lara, le llamaba despectivamente *el Portugués* y le consideraba un canciller indigno por ser extranjero. Era un rival incómodo del que era mejor deshacerse.

—Mi rey, meditando mucho la respuesta no encuentro otra alternativa que la ejecución.

—¿Tu sugerencia no es un tanto desproporcionada?

—No lo es. Cuando os recuperasteis de vuestra enfermedad, don Núñez de Lara, que había presentado su candidatura al trono, decepcionado por vuestra milagrosa recuperación, marchó raudo a sus dominios burgaleses para armar un ejército con el firme propósito de derrocaros. Don Garcí Laso de la Vega y sus cuñados don Ruy González de Castañeda y don Pero Ruiz Carrillo le siguieron. La rebeldía hay que extirparla de raíz o corremos el riesgo de que se extienda por todo el reino. Es vuestro enemigo.

El rey sonrió al recordar la oportuna e inesperada muerte de don Juan Núñez de Lara. Pero ahora estaban en Burgos para tratar el asunto de don Garcí Laso de la Vega. Desde su tumba, el señor de Vizcaya pocas conspiraciones podría tramar.

—¿Garcí Laso de la Vega es mi enemigo o el tuyo? —preguntó el rey.

—Vuestro, mi señor, sin lugar a duda. Si don Garcí Laso de la Vega siente algún tipo de odio o resentimiento hacia mi persona, es simplemente por serviros. Para estos rebeldes, quienes os servimos con fidelidad y lealtad, somos sus enemigos.

El rey se mesó pensativo la barbilla. Dudaba si debía obrar con tanta dureza contra el noble castellano. Doña Leonor de Guzmán había sido ejecutada, don Juan Núñez de Lara y don Fernando Manuel habían muerto de forma un tanto sospechosa, y si ahora otro aliado de los Guzmanes sufría la misma suerte, ¿qué pensaría la nobleza?

—A veces, un rey debe tomar decisiones ingratas, duras. Debe manchar sus manos con la sangre de sus enemigos si realmente desea mantenerse en el poder —dijo Alburquerque como si leyera sus pensamientos—. Es necesario actuar con rapidez y contundencia. Cualquier acto de clemencia sería interpretado como cobardía por nuestros enemigos. ¡Hay que extirpar la rebeldía de raíz! —exclamó golpeándose la mano con un puño.

El rey asintió no muy convencido. Era evidente que don Garcí Laso de la Vega era partidario del señor de Vizcaya y este pretendió el trono de Castilla durante su enfermedad. Tenía serias dudas, pero consideró más prudente y beneficioso para el reino correr el riesgo de ejecutar a un inocente, que dejar libre a un culpable.

—Bien, tráelo mañana ante mi presencia.

Alburquerque asintió tremendamente satisfecho. Cumpliría con sumo agrado la orden.

⁂

Don Garcí Laso de la Vega fue llevado ante en rey. Nada más entrar en la sala entendió que difícilmente saldría de allí con vida. El rey estaba acompañado por Alburquerque, el alcaide real y por varios soldados y ballesteros. Había sido su decisión. Cuando don Juan Núñez de Lara le pidió su colaboración para alzarse contra el todopoderoso Alburquerque, no lo dudó, pues consideraba que bajo el gobierno del codicioso portugués, Castilla se convertiría en un erial. Pero sublevarse contra Alburquerque significaba alzarse también contra el rey, pues era su canciller y hombre de su máxima confianza. No había otra opción. Si pretendían derrocar a Alburquerque, tendrían que sublevarse contra don Pedro. Respiró hondo y, asumiendo su destino con dignidad, caminó hacia el rey.

—Señor.

—Aquí tenemos a don Garcí Laso de la Vega, a quien yo mismo otorgué la dignidad de adelantado de Castilla. ¿Y es así como me agradeces mi generosidad? ¿Sublevándote contra tu rey y señor?

—Nos rebelamos contra vuestro canciller y su desproporcionado poder. Nada tenemos contra vos, mi señor. Aceptamos vuestra autoridad como legítimo sucesor de don Alfonso.

—¿Nos rebelamos? ¿Aceptamos? ¿De quiénes estás hablando? —preguntó el rey.

—Hablo de quienes amamos Castilla y nos negamos a ser gobernados por un extranjero, por un portugués.

—¡Basta! —exclamó Alburquerque, temiendo que las palabras de don Garcí Laso de la Vega confundieran al rey—. ¡Eres un traidor y mereces ser ejecutado! ¡Detenle! —ordenó al alcaide real.

El alcaide real miró al rey solicitando su aprobación, pues no estaba obligado a obedecer una orden del canciller estando él presente. El rey asintió y el alcaide se dirigió hacia don Garcí Laso de la Vega.

—Señor, si vuestra intención es ordenar mi ejecución, permitidme que antes confiese mis pecados y ponga mis asuntos en orden con Dios —dijo don Garcí Laso de la Vega.

—¡No! —exclamó furioso Alburquerque—. ¡Ejecutadlo! —ordenó a los ballesteros.

El rey levantó suavemente la mano y dijo:

—Traed a un sacerdote. No permitiré que un cristiano no reciba el sacramento de la confesión si así lo ha solicitado.

—Pero… —intentó protestar el canciller.

—Es mi decisión. Id a buscar a un sacerdote.

El alcaide real salió de la estancia para cumplir la orden del rey. Momento que aprovechó Alburquerque para acercarse a don Pedro.

—Señor, debéis ordenar su ejecución —susurró casi entre dientes.

—No entiendo tus prisas.

—Al enemigo no debemos concederle el mínimo respiro o logrará confundirnos.

Don Pedro sonrió y dijo:

—¿Acaso temes que me retracte de mi decisión? —preguntó, y mirándole a los ojos añadió—: Juan Núñez de Lara, Garcí Laso de la Vega… ¿realmente se han rebelado contra mí o contra ti?

—¿Qué importa, mi señor? —preguntó desafiante Alburquerque—. Soy el canciller de Castilla, ejecuto las órdenes de mi rey. Aquellos que me traicionan, también traicionan al rey.

—Efectivamente, en eso tienes toda la razón. Eres mi mano derecha, el canciller de Castilla. Tus enemigos son mis enemigos.

—Así es, mi señor.

—Siempre y cuando tú sigas siendo el canciller de Castilla —replicó el rey.

Don Juan Alfonso de Alburquerque sintió un nudo en la garganta y un escalofrío recorrió su espinazo. Las palabras del rey fueron un aviso, una advertencia que no debía desdeñar. Como canciller de Castilla se había ganado infinidad de enemigos entre la nobleza. Solo la larga sombra del rey le protegía. Si perdía su favor, su futuro y su vida podrían correr serio peligro. Y como hombre práctico que era, en aquel momento entendió que

no podía permitir que su vida dependiera del capricho de una persona, por muy rey que fuera. El sonido de una puerta le distrajo de sus pensamientos y vio como el alcaide real entraba en la sala acompañado por un fraile. Un soldado tomó un par de escabeles y los colocó en una esquina de la estancia. Allí, don Garcí Laso de la Vega podría confesar sus pecados con total discreción e intimidad.

—Debemos acabar cuanto antes con todo esto. —El canciller se movía inquieto en torno al rey.

—Paciencia, Alburquerque, paciencia. Como buen hombre de Dios si tú te encontraras en la misma situación, entiendo que rogarías por la presencia de un clérigo a quien confesar tus pecados y faltas. —El canciller calló y rogó a Dios no encontrarse jamás en la misma tesitura en la que se hallaba el adelantado de Castilla.

Pasados unos minutos, que al canciller se le hicieron eternos, el fraile y don Garcí Laso de la Vega se incorporaron de los escabeles. El fraile presentó sus respetos al rey y abandonó la estancia. Don Garcí Laso de la Vega, aliviado al saber que sus pecados habían sido perdonados, respiró hondo y caminó hacia el rey, asumiendo su destino.

—Ordenad su ejecución —susurró Alburquerque a don Pedro—. Ya está limpio de pecado, no hay motivo para retrasar su condena.

Los ballesteros apuntaron sus armas hacia el adelantado de Castilla, pero dudaron. Miraron al rey esperando su orden. Don Garcí Laso de la Vega miró fijamente a los ojos al canciller, mientras susurraba unas palabras ininteligibles, como si le estuviera lanzando una maldición. El rey hizo un gesto con la cabeza y el alcaide real, que portaba una porra, golpeó en la cabeza a don Garcí Laso de la Vega, que cayó malherido al suelo. El alcaide real desenfundó un puñal y se acercó a su víctima, que permanecía en el suelo semiinconsciente. Miró a don Pedro y este le asintió, confirmando la orden de ejecución. El alcaide real alzó el puñal y lo descargó con fuerza en el pecho del adelantado de Castilla una, dos, tres veces, hasta que se aseguró de haber cumplido con su cometido.

—Todas las propiedades y riquezas de Garcí Laso de la Vega y de Núñez de Lara serán confiscadas y pasarán a ser propiedad de la Corona —ordenó el rey.

—¿Qué hacemos con el cuerpo, mi señor? —preguntó el alcaide real.

Don Pedro recordó que el día anterior vio a unos pastores guiando a una manada de toros hacia la plaza.

—Hoy hay un festejo taurino, aquí en la ciudad, ¿verdad?

—Se celebran unos encierros, mi señor —respondió el alcaide real.

—Excelente. Que arrojen el cuerpo del traidor a la calle y que sea pisoteado por los toros. Después, colgad sus restos de los muros de la ciudad —miró fijamente a Alburquerque y añadió—: Que el pueblo y los nobles de Burgos sean testigos del horrible final que les espera a todos aquellos que osen alzarse en contra de mi gobierno o de mi canciller.

—Así se hará, mi señor —obedeció el alcaide real.

Don Juan Alfonso de Alburquerque aguantó confuso la fría y decidida mirada del rey. No entendía como su señor había cambiado tan pronto de parecer; de dudar si el adelantado de Castilla debía ser condenado a muerte, a ordenar que fuera ejecutado con un golpe en la cabeza y a cuchilladas. Y no satisfecho, decidió arrojar su cadáver a los toros y colgarlo de los muros como un vulgar criminal. Incluso para él, que odiaba a don Garcí Laso de la Vega, aquel castigo había sido excesivo, desproporcionado. Don Juan Alfonso de Alburquerque percibió un notable cambio en la personalidad del rey después de haber superado su grave enfermedad. Su comportamiento era errático, caprichoso, irascible. Temió que su proceder fuera derivando en prácticas crueles y desalmadas. El canciller bajó la vista al suelo y se secó el sudor frío que recorría su frente.

OceanofPDF.com

20

Valladolid, junio de 1351

Los asesinatos de doña Leonor de Guzmán y de don Garcí Laso de la Vega, y las inesperadas y sospechosas muertes de don Juan Núñez de Lara y don Fernando Manuel, provocaron un gran revuelo en toda Castilla. Muchos nobles, temerosos de sufrir el mismo final que el adelantado de Castilla, huyeron a Aragón o Portugal en busca de refugio. Otros, ya fueran fieles partidarios o simplemente nobles asustados, acudieron raudos a su presencia para rendirle vasallaje y fidelidad. No podía haber duda alguna de su abnegada lealtad. En Castilla no quedó nadie que pudiera desafiar la autoridad de don Pedro, salvo Nuño Díaz de Haro, hijo de don Juan Núñez de Lara, un niño de cuatro años que, en el futuro, podría reclamar el señorío de Vizcaya y unir a la nobleza disidente en su contra. El rey ordenó su captura y ejecución, pero los sirvientes lograron ponerlo a salvo en Bermeo. No obstante, Nuño Díaz de Haro nunca llegó a representar una verdadera amenaza para el rey, pues murió un año después de la ejecución del adelantado de Castilla.

Don Enrique de Trastámara, como otros tantos nobles, abandonó sus tierras en Asturias y huyó en busca de refugio a Portugal. En tierras portuguesas encontró la protección de Alfonso IV, el padre de doña María de Portugal. Hombre prudente, le había acogido en su reino a pesar del enfermizo odio que le profesaba su hija. Incluso el rey portugués se ofreció a mediar con don Pedro, para que pudiera obtener su perdón y poder así regresar a Castilla sin temor. Don Enrique de Trastámara le agradeció el gesto, pues, para sus planes, era conveniente que el rey de Castilla considerara que se había sometido a su poder y autoridad. Nada más lejos

de la realidad. Don Enrique odiaba a don Pedro, a quien culpaba de la muerte de su madre. Le había arrebatado lo que más quería en el mundo y no cejaría en su empeño de cobrarse cumplida venganza. Pero todavía no había llegado el momento. Con don Juan Núñez de Lara y don Garcí Laso de la Vega fallecidos y muchos nobles huidos a Aragón y Portugal, eran pocos los apoyos con los que contaba el bastardo en Castilla. Si el rey de Portugal conseguía que don Pedro le perdonara, simularía ser un vasallo digno y sumiso. Debía tener paciencia y esperar el momento propicio para alzarse contra él y reclamar la Corona. Sí, reclamar la Corona. Pues un rey cruel capaz de asesinar a una mujer indefensa y de ejecutar y arrojar el cadáver de un caballero castellano a los toros, para ser pisoteado y humillado, no era digno de ser llamado rey. Era un hombre cruel, un loco peligroso. Y no hay nada más peligroso que un perturbado con poder de decisión sobre la vida de los demás. Así debían entenderlo los nobles y clérigos castellanos: el reino de Castilla estaba en manos de un loco asesino y cualquiera, sea noble, clérigo, campesino, amigo o enemigo, podría correr la misma suerte que el desdichado de don Garcí Laso de la Vega. Pero antes de poner en marcha su ambicioso plan, tendría que confiar en la mediación del rey portugués. Debía tener un poco de paciencia.

⁂

El séquito real llegó a Valladolid a finales de junio para convocar las Cortes. Don Juan Alfonso de Alburquerque, después de haberse deshecho de sus enemigos más peligrosos, se erigía como el hombre más poderoso del reino, solo superado por el propio rey. En las Cortes se congregarían los miembros de la nobleza, el clero y los procuradores de las ciudades y villas. Graves y urgentes eran los asuntos por tratar. La ciudad bullía frenética, pues no era habitual encontrar paseando por las calles a tan ilustres personalidades. La llegada del rey suponía todo un acontecimiento. Los niños corrían y reían divertidos detrás de los soldados. El rey escuchaba complacido los vítores de alegría del pueblo vallisoletano. El recibimiento fue muy distinto al que le dispensaron los burgaleses hacía pocas semanas. Si el pueblo le quería o le temía era un detalle insignificante. El castigo

infligido al traidor de don Garcí Laso de Vega había surtido efecto y eso era realmente lo importante. Quizá no hubiera sido necesario golpearle en la cabeza y matarlo a cuchilladas. O también, podría haberse ahorrado el arrojar sus restos a las calles de Burgos para que fueran pisoteados por los toros y, naturalmente, quizá tampoco fuera imprescindible colgar su cadáver de los muros de la ciudad. No, no lo era… ¿o tal vez sí? Su sentencia, cruel, atroz, despiadada, había desenmascarado a sus enemigos, que huyeron como ratas temiendo por sus vidas. Fue suficiente ordenar la ejecución de un traidor, para evitar una guerra. Sea como fuere, la decisión había sido tomada y el éxito de esta era incuestionable. Ahora tenía otras preocupaciones en mente.

Junto con el tesorero real, Samuel Leví, y varios de sus consejeros, entre los que se encontraba don Gutier Fernández de Toledo, había redactado una serie de leyes y reglamentos que se disponía a presentar ante las Cortes para ser votadas. En alguna de ellas había participado el canciller, pero en otras no, pues don Pedro estaba convencido de que se opondría con vehemencia. El rey hizo un gesto a don Gutier Fernández de Toledo y este apuró el paso de su caballo hasta llegar a la altura de su señor.

—Cuando lleguemos al palacio, quiero que te reúnas con Alburquerque y le compartas las leyes en cuya redacción no ha participado.

—Así haré, señor.

—Dudo mucho que estas leyes sean de su agrado, pero tampoco es conveniente que se entere de su existencia el mismo día que den inicio las Cortes.

—Yo se las comunicaré y os trasmitiré su parecer.

—Bien, aunque ya me lo imagino.

⁂

Don Gutier se encontraba en sus aposentos, en el palacio de Valladolid. Estaba sentado frente a una mesa llena de documentos y legajos. Después del viaje, se disponía a ordenar las leyes y disposiciones que pronto se discutirían y votarían en las Cortes. Había hecho llamar al canciller y esperaba su visita. Bebió un poco de vino y sonrió. Durante semanas el rey

había trabajado en la redacción de aquellas leyes apoyado en juristas y consejeros. En algunas había participado el canciller, pero en otras no. El rey sospechaba cuál sería su reacción y no deseaba un conflicto con él, después del asesinato de doña Leonor de Guzmán y de la ejecución de don Garcí Laso de la Vega. Consideró oportuno que don Gutier Fernández de Toledo se las trasladase y el canciller, con tiempo y calma, las digiriese. Una vez que se hubiera sosegado, le explicaría la conveniencia de estas. Aunque el enojo del canciller ya estaba garantizado por el hecho de que en las Cortes se presentaran una serie de leyes en las que él no había participado. Alburquerque era un hombre extremadamente poderoso, pero el rey quería demostrarle que quién gobernaba Castilla era él.

Don Gutier seguía ordenando la mesa cuando la puerta de la estancia se abrió y Alburquerque hizo acto de presencia.

—Ah, canciller, ya estás aquí.

—Saludos, Gutier.

Don Juan Alfonso de Alburquerque se acercó a don Gutier, cogió uno de los documentos que estaban esparcidos por la mesa y preguntó:

—¿Qué son?

—El motivo por el que te he hecho llamar.

El canciller comenzó a leer un documento y frunció los labios.

—Se regulará el horario de los campesinos y de los menestrales, para evitar los abusos de sus señores.

Arrojó el documento a la mesa y cogió otro.

—Cada ciudad tendrá autoridad para proteger los caminos, administrar justicia y elegir a sus representantes en las Cortes. ¿Qué significa todo esto Gutier?

El canciller estaba rojo de ira. El rey, a sus espaldas, había redactado una serie de leyes que iban contra los principios y la propia naturaleza de los estamentos castellanos.

«¿Cuántas insensateces más habrá promulgado? ¿Por qué no ha contado con mi consejo? ¿Ya no confía en mí?», se preguntaba.

—Siéntate, bebe un poco de vino y escucha.

—¿Qué más debo escuchar? ¿Por qué eres tú y no es el mismo rey quién me comunica estos disparates? ¿Quién está detrás de la redacción de

estas leyes? —Alburquerque preguntaba de forma atropellada.

«Está fuera de sí y eso que solo ha leído dos leyes», pensó don Gutier Fernández de Toledo.

Alburquerque comenzó a caminar por la sala. Necesitaba comprender el escenario completo, conocer las leyes redactadas sin su consentimiento y que iban a ser votadas en las Cortes. Respiró hondo, intentó tranquilizarse y pidió a don Gutier que expusiera las leyes.

—Las barraganas de los clérigos vestirán tocado o lienzo rojo para diferenciarlas de las mujeres honradas y casadas —comenzó a leer don Gutier.

—Bien —se limitó a decir Alburquerque.

—Los recaudadores de impuestos y los empadronadores deberán saber leer y escribir —continuó don Gutier—. Se prohíbe el monopolio de los gremios para la enseñanza de las artes y de los oficios. Cualquiera que desee aprender una profesión tendrá derecho a hacerlo y cualquiera que esté en disposición de enseñarla lo podrá hacer, aunque no pertenezca a ningún gremio.

Eran leyes justas y totalmente aceptables. Alburquerque asintió, quizá se había precipitado con su desmesurada reacción. Don Gutier sonrió, había dejado las leyes más controvertidas para el final.

—El pago de los jornales a los campesinos y menestrales será por horas y días de trabajo y estará sujeto a un contrato —don Gutier levantó la vista y miró al canciller en espera de alguna reacción, pero este se contuvo, decidido a terminar de oír todas aquellas disposiciones—. Para evitar el abuso de los señores y amos de las tierras y del ganado, se fijará un salario fijo para cada jornal, que quedará regulado en un contrato —don Gutier se detuvo en espera de la reacción del canciller.

—Continua —se limitó a decir Alburquerque.

—Se prohíbe el trabajo a niños menores de doce años. Se regulará la tala incontrolada de árboles. Solo se talarán los imprescindibles y necesarios para la construcción de la flota castellana…

—Espera —interrumpió el canciller—. ¿Has dicho flota castellana?

—Es deseo del rey armar una poderosa flota que proteja nuestras costas, así como a las naves mercantes que transportan la lana a Flandes de los

ataques de los ingleses o franceses. El rey está seguro de que el futuro y la gloria de Castilla están en el mar.

—Menuda locura —dijo el canciller con una media sonrisa—. Prosigue. Estoy impaciente por ver con cuántos despropósitos más me sorprenden el rey y sus consejeros…

A don Gutier no se le escapó el tono desconsiderado del canciller, pero continuó:

—Se garantizará la libertad de culto a los judíos, así como la práctica de la medicina, las finanzas, las ciencias y las artes. También podrán elegir a sus propios representantes.

—¡Lo que faltaba! —bufó el canciller—. Es aún peor de lo que pensaba, ¿leyes para proteger a los judíos? Supongo que la mano del tesorero real está detrás de esta disposición. ¡Qué desfachatez!

—¿Continúo? —preguntó don Gutier, ignorando las palabras del canciller.

—No necesito saber más —respondió Alburquerque—. ¿Sois conscientes tú, el rey o ese judío de la gravedad de estas leyes?

—Son leyes justas…

—¿Justas? —interrumpió Alburquerque—. ¿Para quién? ¿Acaso el rey quiere ganarse la enemistad de la nobleza y del clero?

—En Castilla no solo conviven los nobles y los clérigos —respondió sereno don Gutier. Se incorporó de la silla y comenzó a pasear por la estancia—. También conviven los campesinos, los menestrales, los comerciantes, los procuradores de las ciudades y las villas… los judíos. Todos ellos también forman parte de Castilla. Los nobles y los clérigos disfrutan de sobrados recursos, pero ¿y el resto? ¿Y los campesinos o menestrales? ¿Quién los protege? Es a ellos, a los desfavorecidos, a los que van dirigidas estas leyes.

Don Gutier Fernández de Toledo se acercó a la mesa, bebió un poco de vino y continuó:

—Entiendo que, a ti, Alburquerque, que posees enormes latifundios y la ganadería más extensa de Castilla, no te agraden estas leyes. Pero si las analizas con detalle, entenderás que, a largo plazo, incluso las grandes fortunas de Castilla saldrán beneficiadas.

—¿Cómo nos beneficiarán? —preguntó con sarcasmo.

—Un salario digno, una jornada laboral respetuosa con los descansos, aumentará la productividad de los trabajadores, por lo tanto, supondrá más dinero para los propietarios de las tierras y del ganado.

—¿Cómo un salario fijo puede aumentar los beneficios de los propietarios de las tierras y de los ganados? —preguntó escéptico el canciller.

—Debido a la peste, muchas regiones de Castilla se han quedado despobladas. Gran parte de sus habitantes han muerto o se han desplazado a otras regiones huyendo de la enfermedad. Esto ha provocado que, en las zonas despobladas, los campesinos y menestrales exijan salarios desorbitados, pues son muy pocos los que están en condiciones de trabajar. En cambio, en las regiones en las que hay muchos campesinos, existe una gran competencia por muy pocos trabajos, lo que ha supuesto una bajada de los salarios. Lo que el rey pretende con estas leyes es que los salarios no sean tan bajos, que no permitan la subsistencia del campesinado, ni que sean tan altos como para que a los señores no les sea rentable cultivar las tierras y los campos queden baldíos.

Alburquerque escuchó atento tales razonamientos y dijo:

—Te has vuelto un experto en asuntos de dineros.

—El experto es el tesorero real, Samuel Leví.

—Ya… ese judío.

El canciller reflexionó si Samuel Leví estaba acumulando demasiado poder e influencia sobre el rey. Ya era grave que el tesorero real fuera un judío, como que, además, se valorase su opinión en trascendentales decisiones de gobierno. Imaginaba al arzobispo don Gil Carrillo de Albornoz en Aviñón rasgándose las vestiduras y lanzando todo tipo de improperios.

Don Gutier prosiguió:

—Más dinero en los bolsillos de los campesinos y menestrales supondrá más dinero para gastar en alimentos, ropas, aperos de labranza… El dinero fluirá por Castilla y con ello, aumentará la recaudación de impuestos. Es decir, más dinero para las arcas reales. Además, un pueblo con el estómago lleno es menos proclive a la sublevación y a provocar disturbios.

—Es más sumiso y manejable.

—Sosegado y tranquilo, diría yo. Como ves, todo son ventajas.

—¿Y los judíos? ¿Por qué debería el rey beneficiar a los judíos?

—No los beneficia —corrigió don Gutier—. Simplemente regula por ley lo que ya están haciendo, pero a escondidas.

—Esta ley no gustará a la Iglesia.

—Después de haber obligado al arzobispo de Toledo a devolver las propiedades y las tierras que doña Leonor de Guzmán le había concedido de forma ilegal, nada de lo que haga nuestro rey agradará a la Iglesia.

Don Juan Alfonso de Alburquerque entendió por qué el rey había redactado estas leyes sin su conocimiento. Tras la muerte de don Juan Núñez de Lara, él era el noble más rico de Castilla. Poseía inmensas propiedades en Extremadura y en Tierra de Campos y sus rebaños contaban con decenas de miles de ovejas. El rey entendió que él estaría en contra. Aunque los argumentos de don Gutier eran coherentes y lógicos, pocos serían quienes entenderían que el propósito de estas leyes era lograr un reparto más equitativo de la riqueza. Pero el rey no había contado con él para la elaboración de estas leyes y eso le preocupaba. Y esta no era su única inquietud. Cuando estas leyes fueran expuestas en las Cortes, la nobleza y el clero castellano advertirían un ataque directo contra sus privilegios y derechos. Él podría explicarles las virtudes y loables motivaciones de estas, pero no le entenderían. El rey podría perder el favor de tan importantes y poderosos aliados. No hay rey en el mundo que pudiera sustentar su Corona solo con el apoyo del campesinado y de la burguesía. Y así intentó hacérselo ver a don Gutier.

—Entiendo la naturaleza de estas leyes, pero discrepo de sus resultados. No serán del agrado de la aristocracia y el clero y, por lo tanto, representan una amenaza para la estabilidad de Castilla —negó con la cabeza y continuó—. A mí el rey no me va a escuchar, pues ni siquiera ha solicitado mi consejo y recomendación a la hora de redactar estas leyes. Por ello, te pido que hables con él y le ayudes a recapacitar.

—¿Qué es lo que pretendes que haga exactamente?

—Tienes que persuadirle para que retire estas leyes. No deben ser presentadas ante las Cortes.

La relación de don Gutier Fernández de Toledo con el canciller siempre había sido razonablemente correcta y respetuosa, aunque no exenta de fricciones y enfrentamientos. Ambos tenían una visión muy distinta de los problemas que acuciaban a Castilla y, sobre todo, de las soluciones que eran necesarias administrar. Esas leyes representaban un claro ejemplo de ello.

—No, no haré lo que me pides —dijo don Gutier con determinación—. Yo mismo he trabajado en ellas. Están muy meditadas. Se han ponderado escrupulosamente sus consecuencias, tanto para la nobleza como para los menestrales, y hemos concluido que son leyes justas y necesarias.

—¿Es tu última palabra?

—Lo es.

—Bien, en tal caso no tendré más opción que hablar yo mismo con don Pedro.

El canciller se marchó malhumorado, herido en su propio orgullo. El rey le había ignorado a la hora de redactar esas leyes. ¿Qué poder ejercía ahora don Gutier sobre el rey? ¿Y el judío? ¿Sería Samuel Leví su consejero de confianza? ¿Cuál sería su lugar y, sobre todo, su autoridad en el Consejo de Castilla? Se habían redactado unas leyes que afectaban a todo el reino sin su consentimiento ni aprobación. Una afrenta, una humillación que no estaba dispuesto a tolerar.

⁂

El rey esperaba la visita de don Juan Alfonso de Alburquerque. Sabía que no sería del agrado del canciller haber elaborado unas leyes sin su conocimiento y aprobación, pero debía hacerlo. La nobleza había actuado de forma desleal con su padre, el rey Alfonso, forzándolo a luchar y someter a nobles levantiscos como don Juan de Haro, conocido como el Tuerto tras haber perdido un ojo en una batalla, a don Juan Manuel o al propio don Juan Núñez de Lara. Y no había pasado un año de su proclamación como rey de Castilla y ya había ordenado la ejecución de don Garcí Laso de la Vega. Además, varios nobles rebeldes habían huido a Aragón o Portugal, como su hermano don Enrique. Se auguraba un reinado conflictivo, con frecuentes enfrentamientos con la nobleza castellana. Pero

el rey no contemplaba ceder ante las imposiciones de la nobleza y del clero. Ya se habían enriquecido lo suficiente con propiedades y tierras que su padre les había regalado para saciar su codicia. Los nobles y los clérigos debían tener bien claro quién mandaba en Castilla. Y lo demostraría desde el primer instante, desde la celebración de las Cortes de Valladolid. Allí, delante de todos los representantes de la nobleza, los altos dignatarios eclesiásticos y los procuradores de las ciudades, expondría sus leyes y disposiciones. Don Juan Alfonso de Alburquerque era su principal consejero, pero también el noble más rico de todo el reino. Había llegado el momento de que el canciller demostrara si estaba dispuesto a sacrificar sus propios intereses por los de Castilla.

—Señor —saludó el canciller nada más entrar en la sala.

Don Pedro, que se encontraba leyendo unos documentos, levantó la vista y le saludó con un leve gesto con la cabeza.

—Alburquerque.

—Señor, traigo gratas noticias.

—Ah, ¿sí? —dijo el rey sorprendido. Esperaba que el canciller le recriminada directamente por no haber contado con su sabiduría y experiencia para elaborar las leyes que regirían Castilla durante los próximos años.

—Ha llegado un mensajero de Francia. Os puedo confirmar que las negociaciones para concertar vuestra boda con doña Blanca de Borbón han concluido con éxito.

—Bien, te felicito por ello —dijo el rey con indiferencia.

El canciller llevaba meses trabajando intensamente con doña María de Portugal y el papa Clemente VI para concertar el matrimonio de don Pedro con doña Blanca de Borbón, una niña de doce años sobrina del rey francés Juan II. Don Pedro, don Gutier Fernández de Toledo y Samuel Leví, eran partidarios de pactar con los ingleses, pues consideraban que favorecería el comercio de lana de las naves castellanas que debían cruzar el Canal de la Mancha en su viaje a los puertos de Flandes. Allí, en el Canal, eran hostigados por los barcos ingleses. Además, las últimas victorias militares de los ingleses sobre los franceses hacían presagiar que finalmente ganarían la guerra. Ambos reinos, el de Francia y el de Inglaterra, pugnaban con

ahínco por ganarse el favor de Castilla, pues su colaboración podría decantar la victoria para uno u otro bando. En su momento, el rey Alfonso, también partidario de la alianza con los ingleses, había acordado el matrimonio de don Pedro con doña Juana Plantagenet, la segunda hija del rey Eduardo III, pero la incapacidad de este para hacer frente al pago de la dote evitó que finalmente la alianza entre ambos reinos concluyese con éxito.

—El rey de Francia pagará 300 000 florines como dote —dijo el canciller, confuso ante la indiferencia del rey—. Esta cantidad aliviará, aunque solo sea en parte, la apremiante necesidad de fondos que padece el reino. Como dote cederíamos a doña Blanca de Borbón las plazas de Coca, Mayorga, Arévalo y Sepúlveda.

Don Pedro levantó la vista y dijo:

—Creo que tanto tú como mi madre os habéis confundido de aliado —su tono era reprobatorio—. Pero he aceptado esta boda siguiendo tus consejos y por el bien de Castilla. Francia está perdiendo la guerra contra Inglaterra y tengo informes que aseguran que las arcas francesas están vacías. 300 000 florines es una fortuna que sospecho que Juan II no está en disposición de satisfacer.

El canciller arrugó el gesto. Estaba contrariado. Pretendía iniciar la reunión con una buena noticia, para después, recriminarle no haber contado con él para elaborar las leyes que iban a presentarse en las Cortes. El semblante serio y disgustado del rey le obligaron a replantear su estrategia.

—Es cierto, mi señor, una auténtica fortuna. 300 000 florines es el resultado del incuestionable éxito de nuestras negociaciones. Pero somos conscientes de que la absurda guerra que Francia e Inglaterra persisten en mantener está dejando exhaustas las arcas de ambos reinos. Por ello, se ha acordado que el pago de la dote se ejecute a plazos.

—Explícate —exigió el rey, algo molesto.

Don Juan Alfonso de Alburquerque tragó saliva. Advirtió la áspera mirada que don Pedro le estaba dispensando.

—El pago de los primeros 25 000 florines se realizará cuando doña Blanca de Borbón salga de Francia en noviembre de este año —comenzó a decir—. Otros 25 000 florines serán saldados la Navidad del próximo año,

en 1352. La boda se celebrará en junio de 1353 y esa misma Navidad, se pagarían otros 50 000 florines.

—Si he calculado bien, para el año de mi boda, el rey francés habrá pagado 100 000 florines, quedando pendientes otros 200 000.

—Así es, mi señor. Cada Navidad, Juan II pagará 50 000 florines hasta cancelar totalmente el pago de la dote.

El rey hizo un cálculo mental y dijo:

—Bien, estamos en junio de 1351 y, según tu propuesta, el rey francés cancelará la deuda dentro de 6 años… Pero yo, el rey de Castilla, no me voy a casar a plazos con doña Blanca de Borbón, ¿cierto? —el rey se incorporó y empezó a pasear por la sala—. ¿Las villas que le debo entregar a doña Blanca también serán a plazos? ¿Primero una, luego otra, luego otra? ¿O más bien le entregaré un edificio, una calle, una parcela? —el rey hablaba con hiriente sarcasmo. Pretendía hacer entender a su consejero que la negociación no había sido tan exitosa como él había concluido.

Se detuvo un instante y negando con la cabeza miró al canciller. En sus ojos Alburquerque advirtió una enorme decepción.

—¿Quién me asegura que el rey Juan hará frente a todas sus obligaciones?

—Señor…

—Seis años es mucho tiempo y más para un reino que lleva largos años en guerra contra otro no menos fuerte y poderoso —interrumpió el rey con un suave movimiento de mano—. Una guerra, que por lo demás, todo hace indicar que está perdiendo. Esta boda o, mejor dicho, esta alianza que tú y el papa Clemente habéis fraguado, ¿realmente es beneficiosa para los intereses de Castilla o simplemente satisfacen los del papado de Aviñón?

El canciller apretó los labios.

—Para Castilla es tremendamente beneficioso mantener buenas relaciones con el papado —replicó.

—En Aviñón se encuentra Gil Carrillo de Albornoz, el arzobispo de Toledo que huyó cobardemente después de haber urdido la boda de Enrique con Juana Manuel. ¿No habrá tenido él algo que ver con todo esto?

—Desconozco la influencia que el arzobispo ejerce sobre el papa, pero creo que no es necesaria. El papado de Aviñón es aliado de Francia en la

guerra que esta mantiene con Inglaterra. Es lógico que se vuelquen en apoyar esta alianza. Si Castilla no se alía con Francia, acabará haciéndolo con Inglaterra. No podemos mantener la neutralidad mucho más tiempo.

—Bien, agradezco esta buena noticia. Estoy convencido de que estar a bien con Aviñón agradará a los obispos castellanos —aceptó el rey y mirando con suspicacia al canciller, preguntó—: ¿deseas algo más?

El canciller carraspeó, dispuesto a desvelar el verdadero motivo de la visita.

—Mi señor, quiero trasladaros mi más profundo pesar por no haber sido tenido en cuenta para elaborar algunas de las leyes que van a presentarse ante las Cortes. Parece que ya no precisáis de mis servicios, pues no valoráis mis recomendaciones y consejos —el canciller hizo una leve pausa, para que el rey entendiera la gravedad de sus palabras—. Por lo tanto, os ruego que aquí y ahora, me confirméis en mi cargo de canciller y consejero o bien, me destituyáis de forma inmediata. Yo partiré entonces a mis tierras de Extremadura, y me preocuparé, desde la más absoluta lealtad a mi rey, exclusivamente de velar por mis haciendas y mis ganados.

El rey, que esperaba recibir el compresible lamento del canciller, se acercó a él, le cogió de los hombros y con tono condescendiente le dijo:

—No, mi buen amigo, no quiero desprenderme de tus sabios consejos, que tanto ayudaron a mi padre y que tanto me están ayudando a mí. Simplemente quiero hacerte entender que hasta el más sabio de entre los sabios comete errores y que a veces, es mejor no pedir consejo a quien es juez y parte. Estarás de acuerdo conmigo en que la redacción de estas leyes genera un conflicto de intereses y para evitar malentendidos y falsas interpretaciones, he considerado oportuno dejarte al margen.

Cuando el rey advirtió que el gesto de Alburquerque se había relajado, reinició su paseo por la estancia:

—Eres el hombre más rico de Castilla —comenzó a decir—. Realmente desconozco si posees más tierras y ganado que el propio rey —sonrió para aliviar un poco la tensión—. Pero eso no importa. Quiero que entiendas que no podía contar contigo para la redacción de unas leyes que, aunque siendo muy beneficiosas para todo el reino, serán muy difíciles de entender por parte de la nobleza y del clero castellano. Y tú ya tienes suficientes

enemigos. Recuerda cómo Garcí Laso de la Vega te usó como pretexto para sublevarse contra mí. No quiero que algo así vuelva a suceder. Mi intención, al prescindir de tu participación en la redacción de estas leyes, no fue otra que protegerte. Quería y quiero dejar claro que solo el rey es el responsable de estas leyes.

Don Juan Alfonso de Alburquerque por fin lo entendió. El rey había decidido enfrentarse solo a la nobleza y al clero castellano. No deseaba que sus decisiones lastimaran, aún más, la relación que el canciller y hombre más rico de Castilla, mantenía con el resto de la nobleza. Don Pedro estaba dispuesto a mantener una pugna, un pulso constante con la nobleza durante todo su reinado. Y, llegado el momento, Alburquerque tendría que decidir de qué lado debía luchar.

—Comprendo vuestros motivos, mi señor —dijo el canciller—, pero debo deciros que el rey debe apoyarse en la nobleza y no luchar contra ella. Castilla necesita a su rey, pero también necesita a los nobles y a los clérigos para poder subsistir, para poder vivir en paz y armonía. Si el equilibro existente entre el rey y la nobleza se rompiera, se desataría la guerra en el reino.

—Ahí es donde te equivocas —corrigió el rey—. Jamás debe existir un equilibro entre un rey y sus súbditos. El rey está en la cúspide del poder. Sus súbditos deben limitarse a obedecer, sean estos nobles, clérigos o simples campesinos. Es ley de Dios que así sea.

—Pero el rey necesita a la nobleza, tanto como la nobleza necesita a su rey —repuso el canciller.

—El rey solo necesita que la nobleza le sea leal. Nada más.

Alburquerque guardó silencio. El rey había tomado una decisión y no merecía la pena mantener una conversación estéril, que solo provocaría su enfado y malestar.

—En cuanto a mi boda con doña Blanca de Borbón —comenzó a decir el rey, cambiando de tema y dando el asunto de las Cortes por zanjado—, 300 000 florines de dote es mucho dinero. Aunque sean pagados a plazos, nos serán de gran utilidad para financiar los proyectos y retos que vamos a afrontar, incluida la construcción de una poderosa armada. Te felicito por ello.

—Gracias, mi señor. Me alegro de que el acuerdo sea de vuestro agrado.

—Lo será definitivamente si dentro de seis años, el rey Juan ha hecho efectivo el pago de los 300 000 florines.

—Así será, mi señor, os lo garantizo.

—Eso espero, pues te haré responsable del éxito o del fracaso de este acuerdo —concluyó tajante el rey.

OceanofPDF.com

21

Ciudad Rodrigo, Salamanca, noviembre de 1351

Las Cortes se reunieron y aunque las leyes presentadas por el rey desataron un gran alboroto y malestar entre los representantes de la nobleza y el clero, finalmente fueron aprobadas. Don Juan Alfonso de Alburquerque, a pesar de estar en contra de gran parte de ellas, las defendió con vehemencia y convicción, persuadiendo a los altos dignatarios de la importancia de su aprobación. Que el canciller fuera el hombre más rico del reino y, por lo tanto, el mayor perjudicado, animó al resto de los nobles castellanos a aceptarlas, aunque ni mucho menos fueran de su agrado. En las Cortes de Valladolid se produjo un irreversible distanciamiento entre la nobleza y la monarquía, que el paso del tiempo no hizo más que acrecentar. Pero don Pedro estaba satisfecho. Había doblegado a la nobleza y al clero. Él era el rey y, a pesar de su juventud, no se dejaría intimidar ni amedrentar por ningún noble u obispo, por muy poderoso y rico que fuera.

Una vez concluidas las Cortes, el rey se dirigió a Ciudad Rodrigo, donde tenía previsto reunirse con su abuelo, el rey Alfonso IV de Portugal. Estaba emocionado, pues no le veía desde hacía años. Don Pedro caminaba raudo por los pasillos del alcázar de Ciudad Rodrigo. Su abuelo ya se encontraba allí y le esperaba en la sala de audiencias. En sus labios asomó una gran sonrisa cuando entró en la estancia y vio a su abuelo, que miraba distraído por la ventana.

—Mi señor —saludó don Pedro.

Don Alfonso se giró y sonriendo a su nieto, saludó:

—Mi señor, don Pedro, el rey de Castilla.

Ambos reyes se fundieron en un caluroso abrazo. Don Alfonso era alto y fornido, disfrutaba de la constitución de un poderoso guerrero. Le llamaban *el Bravo*, por su arrojo y valentía en combate. Sus ojos eran oscuros y profundos y, de su barba castaña, apenas asomaban algunas hebras de plata. Parecía más un joven y apuesto guerrero, que un anciano rey de sesenta años.

—La última vez que nos vimos no eras más que un chiquillo juguetón y asustadizo —comenzó a decir el rey de Portugal, separándose un poco de su nieto para observarle mejor—, pero ahora mírate. Estas hecho todo un hombre, todo un rey.

—Gracias, mi señor. La muerte de mi padre ha sido un golpe muy duro y las responsabilidades de gobierno me han obligado a madurar.

—Tu padre… —susurró el rey, negando con la cabeza—, tu padre…

Don Pedro estaba persuadido de la mala relación que don Alfonso mantenía con su padre a causa de sus amoríos con doña Leonor de Guzmán y el olvido y aislamiento al que este había sometido a su hija, doña María de Portugal. Tomaron asiento y unos criados llevaron bandejas con comida y vino.

—Odiaba a tu padre, ¿lo sabías? —don Alfonso lanzó la pregunta sin esperar que fuera respondida. Apretó los labios y negó con la cabeza. Una expresión triste y sombría cruzó su mirada—. Le hizo tanto daño a mi hija. Tanto daño. Estaba locamente enamorado de Leonor de Guzmán. Hechizado por esa mujer. Coincidí con ella en un par de ocasiones. Era bella, bien es cierto. Pero tu madre también lo es. Muy bella, ¿verdad? Sí que lo es —hizo una pausa y bebió un trago de vino—. Supe de la trágica muerte de Leonor de Guzmán. ¿La ordenaste tú o tu madre? No, no importa —negó con un gesto de mano—. Quizá fue tu canciller, Juan Alfonso de Alburquerque. Menudo truhan —el rey sonrió con malicia, como si conociera algún secreto que no estaba dispuesto a desvelar—. Bueno ya da igual, está muerta y ha dejado de dar problemas —hizo un ademán desdeñoso, como si quisiera apartarla de su mente—. Mira hijo, tu padre hizo mucho daño a tu madre, mucho. La menospreció y ninguneó delante de toda la Corte. Leonor de Guzmán era la verdadera señora de Castilla. En

la sombra, bien es cierto, pero reinaba y todos acudían a ella para pedirle audiencia, favores, o simplemente para solicitar su mediación con el rey.

Don Alfonso hizo una pausa, comió un poco de carne y con la boca todavía llena continuó:

—Mientras los nobles y clérigos de Castilla rendían pleitesía a la amante de tu padre, tú y María permanecíais olvidados en el alcázar de Sevilla. No es de extrañar que tras la muerte de don Alfonso, tu madre pretendiera desquitarse, cobrarse cumplida venganza por las afrentas sufridas. Lo entiendo.

Don Pedro comía y bebía atento a lo que decía su abuelo.

—Recuerdo cuando tu madre acudió a mí para que ayudara a tu padre en la guerra contra los benimerines, ¿lo sabías?

—Sí, claro —respondió don Pedro—. Un formidable ejército de benimerines cruzó el estrecho con la intención de recuperar Andalucía. Mi padre buscó aliados entre todos los reyes y nobles de España. El papa Benedicto elevó la campaña militar a Cruzada y prometió perdonar los pecados a quienes participaran en ella. Castilla y sus aliados lograron armar un poderoso ejército en el que tú participaste. Y, según me aseguró mi preceptor, tú fuiste uno de los principales responsables de la victoria.

—¡La batalla del Salado! ¡Qué gran victoria! —exclamó, levantando los puños—. ¡No verán los tiempos venideros una batalla igual!

—Si hubieran vencido los benimerines, ahora toda Castilla sería mora —observó don Pedro—. Y quién sabe si también Aragón y Portugal.

—Quién sabe, hijo mío —dijo el rey de Portugal, recordando con regocijo aquel histórico momento—. Tu padre fue muy hábil. Consiguió engatusarnos al papa y a mí para que participáramos en la batalla.

—¿Cómo? —preguntó interesado don Pedro.

—A cambio de nuestro apoyo, accedió a encerrar a Leonor de Guzmán en un convento.

—Eso lo desconocía.

—Lo recuerdo como si fuera ayer —prosiguió el rey de Portugal—. Firmamos el acuerdo el 10 de Julio de 1340. ¡Te podrás imaginar el calor que hacía en Sevilla! —don Alfonso rio—. Con aquel pacto, acepté marchar junto a tu padre contra los benimerines y él, a su vez, se comprometía a

apartar de su vida a su amante, Leonor de Guzmán. Gracias a la mediación de Jesucristo, Nuestro Señor, logramos la victoria.

—Y tú rechazaste la parte que te correspondía del botín.

Don Alfonso asintió complacido de que su nieto conociera esa parte de la historia.

—Así fue, pero ¿sabes por qué lo hice? —le preguntó.

—No, no lo sé —reconoció don Pedro.

—Dicen que fue un gesto de extraordinaria generosidad por mi parte, pero no es cierto. Para mí, no había mayor premio, mayor tesoro, que la felicidad de mi hija. No acepté mi parte del botín, pues no lo necesitaba. Ya tenía lo que quería: el compromiso de don Alfonso, el rey de Castilla, de recluir a Leonor de Guzmán en un convento. Mi hija recuperaría al hombre que amaba y el lugar en la Corte que le correspondía. Se desprendería por fin de la amargura y el resentimiento que anidaban en su alma y volvería a ser dichosa, feliz. Pero tu padre… tu padre no cumplió lo acordado.

Don Pedro agachó avergonzado la cabeza sintiéndose culpable por la deslealtad de su padre. El rey de Portugal amaba con locura a su hija, sus ojos emocionados así lo revelaban y aquel recuerdo, lejano en el tiempo, pero cercano en el corazón, entristecieron su ánimo.

—Tu padre, el rey de Castilla, no cumplió ninguna de sus promesas —prosiguió su abuelo—. Ninguna.

Bebió un trago de vino y continuó:

—Tanto tu madre como yo tuvimos que resignarnos a aceptar la triste realidad: don Alfonso jamás abandonaría a Leonor de Guzmán.

—Lo siento… —se lamentó don Pedro, haciendo propios los errores de su padre. Sentía tristeza por su abuelo y vergüenza por el indigno comportamiento de su padre. Era impropio de un rey quebrantar un acuerdo firmado con otro rey o con el papa de Aviñón. Definitivamente, su padre estaba endemoniado, hechizado, sometido por aquella bruja que respondía al nombre de Leonor de Guzmán.

—Fue duro para mí, es cierto —prosiguió el rey de Portugal—, pero peor fue para tu madre. Un odio enfermizo anidó en su corazón y comenzó a devorarle las entrañas.

—Tenía motivo —interrumpió don Pedro—. Mi padre apenas nos visitaba en el alcázar y cuando lo hacía, permanecía con nosotros solo unas horas. Recuerdo su gesto aburrido, indiferente, hastiado —su mirada se ensombreció—. Intercambiaba con nosotros algunas palabras y se marchaba apresuradamente, como si nuestra presencia le incomodara. Mi madre decía que corría como un perro en celo para revolcarse en el lecho con *la Perra*.

—*La Perra* —a los labios del rey asomó una triste noticia—. *La Perra*… ¿sigue sin poder llamarla por su nombre, a pesar de estar muerta?

—Mi madre siempre la llamará *la Perra*, esté viva o muerta.

—¡Ja, ja, ja! Tu madre la seguirá odiando hasta el final de sus días —bebió un trago de vino y añadió—: Pero hay una cosa que te voy a decir, a pesar de todo el daño y sufrimiento que Leonor de Guzmán le ha ocasionado, tu madre debería estarle, hasta cierto punto, agradecida.

—¿Mi madre agradecida? ¿Te has vuelto loco?

Don Alfonso miró a su nieto con cierto aire de misterio, incrementando así su interés.

—Leonor de Guzmán era muy ambiciosa, pero tenía sus límites.

—¿Qué quieres decir?

—Nunca le pidió a tu padre que repudiara a tu madre.

—¿Lo podría haber hecho?

—¡Por supuesto! —exclamó—. Tu padre estaba loco por ella, completamente loco. Si Leonor de Guzmán le hubiera pedido que se matase como muestra de su inconmensurable amor, vive Dios que tu padre hubiera desenfundado su puñal y se habría cortado el cuello delante de ella.

—¿Y por qué no pidió a mi padre que la repudiara?

—Era terriblemente ambiciosa pero no estúpida. Si tu padre hubiera repudiado a tu madre, gran parte de la nobleza y del clero castellano se habría puesto en su contra. ¡Y qué decirte de mí, el padre de la esposa despechada y repudiada! Posiblemente, hijo mío, hubiera estallado una guerra entre Portugal y Castilla. Yo no podría consentir que tu madre fuera repudiada. Habría sido un deshonor para nuestra familia. Tu madre, María de Portugal, hija de un rey y esposa de otro, repudiada… Sería intolerable, una vergüenza, un ultraje. No habría tenido otra opción que declarar la guerra a Castilla —añadió, encogiéndose de hombros.

—Por suerte no fue necesario declarar ninguna guerra…

—Así es, al menos tenemos algo que agradecerle a Leonor de Guzmán. Hasta ella conocía sus límites.

—¡Qué mi madre no te oiga! —exclamó don Pedro con una carcajada.

El rey de Portugal rompió también en carcajadas. Se secó una lágrima producto de la risa y dijo:

—Te digo todo esto, hijo mío, para que no cometas los mismos errores. El odio, la venganza, la sinrazón nunca han sido buenos consejeros de un rey.

—¿Qué quieres decir? —preguntó confuso don Pedro.

—Sabes que tu hermano Enrique de Trastámara se encuentra en Portugal.

—Lo sé.

—Bien, yo le invité. Espero que no te moleste.

Don Pedro se encogió de hombros.

—¿Por qué iba a molestarme? Si acaso me sorprende que des amparo a uno de los hijos de la mujer que martirizó en vida a mi madre, a tu hija.

Don Alfonso encajó el dardo envenenado con entereza y prosiguió:

—Enrique huyó de Sevilla con su esposa Juana Manuel, tras casarse…

—Se casó a escondidas con quien era mi prometida.

La conversación que hasta ese momento había sido cordial y distendida, comenzaba a tensarse.

—Tu padre y Juan Manuel acordaron ese matrimonio hace años —puntualizó el rey de Portugal—. Entiéndeme, hijo, no le justifico —continuó, intentando apaciguar los ánimos—. No debió huir como un criminal, sino hablar contigo y explicarte sus razones y derechos antes de tomar a Juana Manuel como esposa.

—En eso estamos de acuerdo.

—Pero su boda ya estaba acordada y el compromiso no debía romperse —miró a don Pedro con severidad—. Te guste o no, debiste respetar la decisión de tu padre.

Don Pedro estuvo a punto de replicar que fue don Juan Alfonso de Alburquerque quien le propuso el matrimonio con doña Juana Manuel, pero decidió callar, pues podría haberse negado.

—Cuando llegó a mis oídos la noticia de la muerte de Garcí Laso de la Vega —prosiguió don Alfonso—, persuadí a Enrique de Trastámara para que huyera de Asturias y se refugiara en Portugal, donde estaría más seguro.

—¿Seguro de mí?

—De ti, de tu madre, de Alburquerque… ¿qué sé yo? Lo único que pretendía era salvarle la vida y evitar así una guerra.

Don Pedro empezaba a entender.

—Tu hermano tiene poderosos aliados tanto en Castilla como fuera de ella. Debes ser prudente y pensar únicamente en la estabilidad y el bienestar del reino.

—No tengo ninguna intención de emprender una guerra contra Enrique —dijo don Pedro, levantándose de la mesa—. Sino todo lo contrario. Siempre ha sido mi deseo reconciliarme con mis hermanos y contar con su apoyo y estima.

—¿No los odias como tu madre?

—No, no los odio. Son mis hermanos y los quiero. Aunque he de reconocer que la boda de Enrique con Juana Manuel y su posterior huida no fueron precisamente de mi agrado.

—¿Tu madre no te ha contagiado sus deseos de venganza? —insistió el rey de Portugal—, ¿no te ha persuadido para que los mates a todos?

—Por supuesto, ya sabes lo obcecada que puede llegar a ser y más cuando se trata de perjudicar a Leonor de Guzmán y a sus hijos.

El rey de Portugal soltó una estruendosa carcajada. Estaba muy equivocado sobre los sentimientos que su nieto profesaba hacía sus hermanos.

—¿Perdonarás entonces a Enrique?

—Siempre y cuando él acepte mi perdón.

—Lo aceptará, no tengas la menor duda. Enrique está impaciente por reconducir su relación contigo, su hermano, el rey.

Don Alfonso se acercó a don Pedro. Sus labios mostraron una gran sonrisa y sus ojos brillaban llenos de orgullo.

—Tu padre y Leonor de Guzmán han muerto. Es hora de pasar página y vivir en paz. Sin revanchas, sin odios, sin rencores. Para un rey, es

infinitamente más complejo mantener la paz que desatar una guerra —le dijo, cogiéndole de los hombros—. Nunca lo olvides.

—No lo olvidaré, mi señor.

OceanofPDF.com

22

Aguilar de la Frontera, Córdoba, enero de 1352

Hacía frio y unas desafiantes nubes negras amenazaban con vaciar todo su contenido sobre los veinte soldados reales que se dirigían a Aguilar de la Frontera, feudo de don Alfonso Fernández Coronel. Llevaban semanas patrullando por aquellas tierras próximas al reino musulmán de Granada. El oficial al mando contempló las murallas del castillo y lanzó un largo suspiro. Por fin podrían descansar y calentar sus ateridos huesos cerca de una lumbre. Espoleó su montura. Los soldados que le seguían hicieron lo propio.

—¡Alzad bien los pendones y banderas! —ordenó—. ¡Que los del castillo no tengan duda de que somos soldados del rey!

Desde la muralla, don Alfonso Fernández Coronel observaba como la hilera de soldados se acercaba al castillo. A su lado se encontraba su yerno, don Juan de la Cerda, marido de su hija doña María.

—Los mensajeros llegarán a Asturias en pocos días y confirmarán a don Enrique que hemos aceptado su propuesta —dijo don Alfonso Fernández, ante el asentimiento de su yerno—. Ha llegado el momento, nuestro momento.

—Partiré a Granada y me reuniré con el rey Yusuf. No podrá negarnos su ayuda.

Don Alfonso Fernández Coronel se limitó a responder con un leve asentimiento. Miró de soslayo como su yerno se marchaba raudo a cumplir su cometido y luego volvió a dirigir la vista hacia los jinetes del rey. Continuaban aproximándose a las murallas.

—¡Abrid las puertas a los soldados de don Pedro! —ordenó el oficial, una vez se encontraban a pocos pasos de la entrada al castillo.

Su petición no fue atendida e insistió.

—¡Abrid las puertas a los soldados del rey!

El oficial miró perplejo a sus soldados sin entender qué estaba sucediendo. De pronto, un silbido rompió el tenso silencio y uno de los jinetes cayó al suelo con una flecha clavada en el pecho.

—¡Nos atacan! —gritó el oficial, justo antes de que una lluvia de flechas cayera sobre ellos.

⁂

En el salón principal del alcázar se encontraban don Pedro, don Gutier Fernández de Toledo, don Juan Alfonso de Alburquerque y doña María de Portugal. El gesto del rey mostraba una expresión sorprendida y contrariada. Era una mañana gélida y gris, y aunque la enorme chimenea que caldeaba la sala se encontraba bien alimentada, un escalofrío estremecedor recorrió el cuerpo de don Pedro.

—¿Cuántos soldados han muerto? —preguntó el rey, contemplando por la ventana el plomizo cielo de enero.

—Diez, mi señor —respondió don Gutier—. Los supervivientes regresaron con nuestras enseñas desgarradas. Les atacaron sin mediar provocación alguna. Los soldados pretendían encontrar cobijo y refugio en el castillo.

—Yo mismo le concedí esa plaza a Alfonso Fernández Coronel, como muestra de amistad y reconciliación. ¿Y ahora se alza contra mí? —preguntó el rey, sin esperar respuesta.

—No hay que buscar explicación en los actos de los traidores y cobardes —dijo Alburquerque.

El rey se giró y miró al canciller.

—¿Y dices que mis hermanos Enrique y Tello también se han sublevado?

El canciller se acercó al rey y le dijo:

—Estoy convencido de que el levantamiento de don Alfonso Fernández Coronel no ha sido un hecho aislado —y con mirada sombría añadió—: Mi señor, mucho me temo que nos enfrentamos a una sublevación urdida por los bastardos.

—¡Te lo dije! —exclamó doña María de Portugal—. ¡Te lo dije! Pero tú nunca has querido escucharme. ¡Cuídate de los bastardos, cuídate de los bastardos o irán a por ti, a por tu Corona! ¡Te lo dije!

—¡Basta! —exclamó don Pedro lanzándole una furiosa mirada—. ¡No tengo tiempo para tus reproches!

Doña María, envuelta en un mar de lágrimas, tomó asiento en un banco situado en una esquina de la estancia. El rey se hallaba terriblemente confuso y apenado. Hacía apenas unas semanas que su abuelo, el rey Alfonso de Portugal, le había pedido que perdonara a su hermano don Enrique por haberse casado con su prometida doña Juana Manuel. Él accedió de buen grado, complacido por tener la oportunidad de congraciarse con su hermano. ¿Y ahora se sublevaba contra él? ¿Pero por qué? ¿Por qué pide su perdón y luego le traiciona? ¿Tendría su madre razón y lo único que deseaba don Enrique era el trono de Castilla? Las dudas, las preguntas, revoloteaban atropelladamente en su cabeza. Pero el rey estaba convencido de que pronto, muy pronto, hallaría la respuesta.

—¿Y Fadrique? —preguntó el rey.

—De momento sigue en Llerena. Le tenemos estrechamente vigilado. No parece que esté implicado en la sublevación —respondió el canciller.

—Bien, capturarle si pretende salir de Llerena. Sabe que necesita de mi autorización expresa para hacerlo —dijo don Pedro, ante el asentimiento de sus consejeros—. ¿Cuál es la situación?

—Don Alfonso Fernández Coronel se encuentra parapetado en su castillo de Aguilar de la Frontera —respondió don Juan Alfonso de Alburquerque.

—Don Tello se dirige a la frontera de Aragón —dijo don Gutier.

—¿Y Enrique?

—Se ha sublevado en Asturias —respondió Alburquerque—. Su ejército ha asediado Avilés y Oviedo, pero ha fracasado en su conquista.

Las plazas siguen siendo fieles a la Corona. La rebelión tampoco ha encontrado apoyo entre la nobleza asturiana.

—Avilés y Oviedo serán recompensadas por su fidelidad —aseguró el rey.

Don Pedro comenzó a pasear por la estancia. Recordó la conversación que mantuvo hacía pocas semanas con su abuelo, don Alfonso, en la que este le aseguraba lo complicado que era para un rey mantener la paz en el reino. No tardó en advertir la razón que emanaba de tales palabras.

—Cualquier idiota puede sublevarse con un puñado de soldados. Hasta el incapaz y cobarde de Tello —susurró don Pedro.

—¿Señor? —preguntó Alburquerque sin entender sus palabras.

El rey levantó la vista y miró al canciller con fría determinación. En sus labios asomó una confiada sonrisa.

—Tello es débil y pusilánime —comenzó a decir—. No será capaz de arrastrar a ningún noble con él. Es tan estúpido y necio que no merece la pena prestarle la mínima atención —sonrió con malicia—. Alfonso Fernández Coronel se encuentra encerrado en su propia ratonera —desvió la vista hacia el canciller y le ordenó—: Envía a Aguilar de la Frontera a Juan Núñez de Prado y a Men Rodríguez de Biedma. Que cerquen la plaza y construyan minas hasta las murallas, pero no quiero que asalten el castillo, ¿me has entendido? —Alburquerque asintió—. La plaza debe rendirse por hambre y sed. La captura de ese traidor no merece el sacrificio de ninguno de mis soldados.

—Así se hará, mi señor —obedeció el canciller.

—¿Y don Enrique? —preguntó don Gutier—. ¿Qué hacemos con él?

El rey cogió una copa de vino, bebió un largo trago y respondió:

—Enrique sí que representa un problema. Avilés y Oviedo han resistido, pero al igual que ha engañado a Alfonso Fernández Coronel para que se una a su causa, puede engañar a otros más.

—¿Qué proponéis? —preguntó Alburquerque.

—Acudiré personalmente a Asturias con mis ejércitos y someteré a los nobles rebeldes —y mirando al canciller, añadió—: Tú, Alburquerque, me acompañarás.

—Señor —aceptó el canciller con un leve asentimiento.

—Gutier —prosiguió el rey, mirando a su consejero—. Tú permanecerás en Sevilla. A tu mando quedará la guarnición de la ciudad. Dispón de ella como estimes oportuno para reforzar el asedio de Aguilar de la Frontera o para reprimir nuevas insurrecciones en el caso de que se produjeran.

—Espero que no sea el caso… —dijo don Gutier.

—Yo también lo espero, pero debemos estar preparados —dijo el rey—. Es evidente que las sublevaciones de Tello, Alfonso Fernández Coronel y Enrique han sido planificadas. Desconocemos si otros nobles permanecen agazapados en sus madrigueras en espera del momento propicio para unirse a ellos.

—Mátalos —dijo de pronto doña María de Portugal, todos dirigieron sus miradas hacia la reina—. Mátalos a todos o ellos te matarán a ti.

—Ya está bien, madre —dijo Pedro con tono condescendiente.

Doña María corrió hacia su hijo con los ojos enrojecidos por el llanto.

—Te matarán —insistió abrazándole con fuerza.

Don Pedro intentó zafarse de ella, pero su madre le tenía aferrado con fuerza. Finalmente tuvieron que intervenir don Gutier y el canciller para separarle de su hijo.

—Llamad al médico —ordenó el rey a un sirviente.

—¡Te matarán! ¡Te matarán!

Don Pedro abandonó inquieto la sala, dejando atrás los desgarradores lamentos de su madre. El odio había corrompido su corazón y amenazaba con confundir su cordura.

OceanofPDF.com

23

Gijón, primavera de 1352

Su plan no se estaba desarrollando como había previsto. Gracias a la intervención de Alfonso IV, rey de Portugal, había conseguido el perdón de don Pedro y la oportunidad de desplazarse libremente por Castilla en busca de partidarios que le ayudaran en su propósito de derrocar al rey. Pero solo don Alfonso Fernández Coronel y su hermano don Tello habían respondido a su llamada. El resto, o le rechazaron con buenas palabras o respondieron de forma ambigua. Cobardes desagradecidos. Todo lo que eran, sus títulos, propiedades, privilegios… se lo debían a su madre, ¿acaso lo habían olvidado? Pero estaban atemorizados. El asesinato de doña Leonor de Guzmán, las sospechosas muertes de don Juan Núñez de Lara y de don Fernando Manuel, y la cruel ejecución de don Garcí Laso de la Vega eran claras advertencias del destino que sufrirían todos aquellos que osaran enfrentarse al rey o a su todopoderoso canciller. El conde de Trastámara solo pudo contar con los caballeros que huyeron con él a Portugal o con los que marcharon a Aragón con su hermano don Tello. Había intentado conquistar Avilés y Oviedo, pero no lo había conseguido. Al menos, don Alfonso Fernández Coronel resistía tras los muros de Aguilar de la Frontera. Don Enrique ponderaba la situación en la sala principal de su palacio en Gijón. Había ordenado reforzar las murallas y armar a la población. Era solo cuestión de tiempo que el rey marchara con sus tropas hacia Asturias.

—Señor, podremos resistir —dijo don Pedro Carrillo, uno de sus más leales partidarios, como si leyera sus pensamientos. Tenía algo menos de cuarenta años y el porte recio de un experimentado soldado. De sus cabellos

y barba negra empezaban a brotar incipientes hileras plateadas. Sus ojos eran oscuros, penetrantes, profundos, y sus labios apretados mostraban un gesto serio y grave. Fue leal servidor del rey Alfonso y de los Guzmanes. Estaba casado con doña Urraca Laso de la Vega, sobrina de don Garcí Laso de la Vega. Temiendo por su vida, huyó con don Enrique de Trastámara tras la ejecución de su tío político.

El conde de Trastámara, que miraba distraído por la ventana, se giró. En sus ojos advirtió una férrea determinación.

—Debemos valorar todos los escenarios —comenzó a decir don Enrique—. Ahora mismo solo contamos con don Alfonso Fernández Coronel y con mi hermano, pero todos sabemos que de Tello debemos esperar más bien poco. En cuanto vea aparecer los pendones del rey, se rendirá o huirá como un cobarde a Aragón. Es mi hermano y le quiero, pero no he conocido a nadie más cobarde en mi vida. Él lo niega, pero aseguran que cuando don Pedro le preguntó si sabía que mi madre había muerto, él le respondió que no tenía más padre ni madre que él.

—Como dices, él niega haber dicho eso.

—¿Tú qué crees?

Don Pedro Carrillo respondió encogiéndose de hombros. Don Enrique sonrió.

—Insistiremos, amigo —comenzó a decir don Enrique de Trastámara—. Envía de nuevo mensajeros a los nobles que han sido afines a mi familia hasta que falleció mi padre, el rey Alfonso. Recuérdales que lo que tienen se lo deben a mi madre. Ha llegado el momento de que nos compensen por todo lo que hemos hecho por ellos y demuestren la fidelidad que un día nos prometieron. Recompensaré generosamente a los que me sigan y aquellos que no respondan a mi llamada serán considerados traidores y, cuando sea proclamado rey, recibirán el castigo que su deslealtad y cobardía merecen.

—Así haré, mi señor.

—Hay algo más…

—¿Señor?

Don Enrique de Trastámara se mesó la barba, pensativo. Si realmente ambicionaba ser proclamado rey de Castilla debía ganarse el favor y la simpatía de la mayoría de los nobles y clérigos castellanos. ¿Cómo

lograrlo? Recordó la muerte de su madre, brutalmente asesinada en su alcoba; la de don Juan Núñez de Lara y don Fernando Manuel, sorprendentes e inesperadas. Y, por último, la de don Garcí Laso de la Vega, ejecutado a cuchilladas delante del rey, y cuyos despojos fueron arrojados a los toros y colgados de la muralla de Burgos. Muertes todas ellas crueles e injustificadas. Desconocía si habían sido ordenadas por el rey, por doña María de Portugal o por don Juan Alfonso de Alburquerque, pero advirtió una buena ocasión para sacar provecho de ellas.

—Recuerda a los nobles las muertes de mi madre, de don Juan Núñez de Lara, de don Fernando Manuel y de don Garcí Laso de la Vega —comenzó a decir, mirando con frialdad a don Pedro Carrillo—. Todas ellas fueron muertes injustas e innecesarias, producto de las arbitrarias decisiones de un rey loco.

—¿Señor? —preguntó confuso don Pedro Carrillo.

—Sí, mi querido amigo —dijo don Enrique, cogiéndoles de los hombros—. Es necesario sembrar la semilla de la desconfianza, del miedo, del terror, en los corazones de los nobles. Debemos convencerles de que ellos podrían ser los siguientes en sufrir su ira.

—Entiendo…

—Tienen que comprender que ellos, me apoyen o no, pueden sufrir el mismo destino. Que mueran de forma cruel y despiadada no depende de ellos, de sus inclinaciones o lealtades, sino de las irracionales decisiones de don Pedro. Es fácil manipular la voluntad de los que tienen el corazón y espíritu anegado con el miedo y el temor.

El conde de Trastámara comenzó a pasear por la sala con gesto pensativo. Después de unos instantes, miró a don Pedro Carrillo y dijo:

—Cruel…, le llamaremos *el Cruel*. Pedro *el Cruel*.

—Un nombre que provoca terror solo con escucharlo —dijo don Pedro Carrillo.

—Esa es precisamente mi intención: que cale en las conciencias y en los sentimientos de los nobles castellanos.

—Que provoque miedo, terror, pánico…

Don Enrique asintió con una gran sonrisa.

—El miedo nos hace actuar de forma pasional, apresurada. Debemos utilizarlo en nuestra propia conveniencia.

Don Pedro Carrillo asintió ante la ingeniosa idea de don Enrique de Trastámara. Poco importaba si realmente don Pedro estaba detrás de todas esas muertes. Lo importante era lo que los nobles creyeran, y allí estaban ellos, para esclarecer sus dudas y aliviar sus temores.

OceanofPDF.com

24

Sahagún, León, primavera de 1352

El rey ordenó a todos los nobles de Castilla que enviaran sus ejércitos a León. Una vez que todas las tropas hubieran sido congregadas, marcharía a Gijón para someter al levantisco de don Enrique de Trastámara. De camino a León, el ejército de don Pedro hizo parada en Sahagún, donde don Juan Alfonso de Alburquerque disfrutaba de amplias posesiones, entre ellas un espléndido palacio. En Sahagún se encontraba doña Isabel de Meneses, la mujer del canciller. Allí permanecía largas temporadas protegida del calor y, sobre todo, de las maquinaciones e intrigas palaciegas que proliferaban en el alcázar de Sevilla. El ejército del rey acampó a dos leguas de la ciudad para evitar conflictos con una población proclive a inquietarse ante la llegada de hombres armados. Don Pedro y Alburquerque, escoltados por la guardia personal del rey, se dirigieron al palacio, donde les aguardaba expectante doña Isabel de Meneses, acompañada de una joven de unos dieciocho años.

—Mi señor —saludó doña Isabel de Meneses al rey con una suave inclinación.

—Mi señora —respondió el rey, sin dejar de prestar atención a la joven que le acompañaba.

Alburquerque besó a su mujer en la mejilla y dijo:

—Señor, os presento a doña María de Padilla, hija de don Juan García de Padilla, Dios lo tenga en su Gloria, y sobrina de don Juan Fernández de Hinestrosa, noble burgalés de lealtad inquebrantable. Cuidamos de ella desde que era una niña y la queremos como a una hija.

Don Pedro quedó completamente prendido de la joven. Era delgada y pequeña, pero extremadamente hermosa.

—Mi señor —saludó doña María de Padilla con timidez, impresionada ante la presencia del rey.

—Su tío, don Juan Fernández de Hinestrosa y su hermano don Diego García de Padilla, se unirán a la campaña contra el bastardo —comenzó a decir Alburquerque, pero don Pedro no le escuchaba.

—Te saludo, mi señora —dijo el rey, sin poder apartar la mirada de los embriagadores ojos marrones de doña María.

Doña Isabel de Meneses y el canciller intercambiaron una mirada de complicidad.

—Mi señor, quizá estéis cansado por el largo viaje y deseéis descansar en vuestros aposentos antes de la cena o bien… —dijo Alburquerque.

—¿O bien…? —preguntó el rey.

—Doña María podría enseñaros los jardines del palacio. Está atardeciendo, pero aún hay tiempo para poder disfrutar de la paz y el sosiego que generosamente regalan el murmullo de las fuentes y la dulce fragancia de las flores —respondió doña Isabel de Meneses.

El rey desvió la mirada hacia doña María y ofreciéndole su mano, dijo:

—Es cierto que está siendo un viaje agotador, pero me vendrá bien dar un paseo por vuestros jardines y, más, si voy acompañado por tan bella mujer.

Doña María aceptó la mano del rey con una sonrisa y ambos jóvenes se marcharon.

—¿Crees que hacemos bien? —preguntó doña Isabel de Meneses observando a la pareja.

—Sin duda —respondió tajante Alburquerque—. El rey está demasiado involucrado en los asuntos de Castilla. Es necesario buscarle un juguete, un pasatiempo con el que distraerle. Don Pedro es muy joven. Apenas ha disfrutado de la experiencia de gobierno y de los conocimientos de su padre, don Alfonso. No se deja aconsejar por gente más sabia y experimentada. Es mejor que se distraiga, que disfrute de su juventud. Ya tendrá ocasión de tomar decisiones cuando madure y adquiera práctica y veteranía.

—Y, hasta que eso suceda, delegará en ti mayores responsabilidades.

—Esa es la idea, mi querida esposa, esa es la idea.

⁂

En Sahagún permaneció el rey tres días, cuando la intención inicial era hacer una breve parada antes de proseguir el viaje a León, pero la compañía de doña María de Padilla le distrajo de sus obligaciones. Someter a su hermano don Enrique dejó de ser una prioridad. No había prisa. Los espías de don Juan Alfonso de Alburquerque le confirmaron que el conde de Trastámara se encontraba protegido tras las murallas de la ciudad y que sus intentos de extender la sublevación por Asturias habían fracasado estrepitosamente. El rey podría descansar en Sahagún, acompañado de doña María de Padilla, todo el tiempo que estimase oportuno.

El canciller se encontraba sentado en un banco de piedra en los jardines del palacio, revisando unos documentos. Era una mañana clara y fresca. El trino de los mirlos y el olor de las flores conferían una calma y serenidad que ayudaba a tomar prudentes y oportunas decisiones. Se encontraba tan concentrado en sus asuntos que no reparó en la llegada de dos nobles castellanos.

—Mi señor —saludó don Juan Fernández de Hinestrosa.

—Mi señor —le siguió don Diego García de Padilla.

Alburquerque levantó la vista de los documentos y sonrió.

—Ah, si son mis amigos don Juan Fernández de Hinestrosa y don Diego García de Padilla. Que alegría que hayáis podido acudir tan rápidamente a Sahagún.

El canciller cogió los documentos, se incorporó y les invitó a dar un paseo por los jardines con un gesto de mano.

—Nuestros soldados están acampados cerca de vuestro campamento —comenzó a decir don Juan Fernández de Hinestrosa—. Listos e impacientes por someter al bastardo.

—Bien, bien.

—¿Y mi hermana…? —preguntó don Diego García de Padilla.

Alburquerque sonrió.

—Todo trascurre según lo previsto. El rey está completamente embelesado con María. No se ha separado de ella ni un solo instante desde que les presentamos.

—Mi sobrina y el rey… —dijo Hinestrosa con una sonrisa.

Don Diego García asintió satisfecho. El hermano de doña María de Padilla no era precisamente alto y sus ojos eran pequeños, oscuros y astutos como los de un huidizo ratón. Tenía algo más de veinte años y sus ambiciones eran insaciables. Y que su hermana mantuviera una relación con el rey podría consumar muchas de ellas. Hinestrosa tenía algo más de cuarenta años. De ojos castaños y barba canosa, tenía el porte de un guerrero y la mirada fría como el acero. Ambos pertenecían a la baja nobleza castellana y estaban muy vinculados a la poderosa familia de los Meneses, a quienes debían favores y posesiones.

—Quiero conocer al rey —dijo don Diego García, mirando al canciller.

—Pues vas a tener suerte —dijo Alburquerque, señalando a don Pedro, que se aproximaba hacia ellos acompañado de doña María de Padilla.

Doña María corrió al encuentro de su hermano y de su tío nada más verlos, fundiéndose en un cariñoso abrazo.

—Supongo que tú eres Diego García de Padilla y tú, Juan Fernández de Hinestrosa —dijo el rey sonriendo.

—Mi señor —saludaron ambos al unísono.

—¡Qué alegría que estéis aquí! —exclamó doña María con una jovialidad casi infantil.

—Hemos acudido a la llamada de nuestro rey. Nuestros soldados están acampados junto a los vuestros. No son muchos, apenas una decena, nuestras posesiones no dan para más —se lamentó Hinestrosa—. Pero son leales y lucharán con bravura y fidelidad por nuestro rey.

—Excelente —aceptó el rey—. Lo que más necesito en estos momentos es lealtad. Los soldados llegarán más adelante.

—Y la tenéis, mi señor —dijo don Diego García con vehemencia—. Nuestras espadas siempre estarán a vuestro servicio.

—De eso precisamente quería hablaros, mi señor —dijo Alburquerque —. La mayoría de los nobles convocados ya se encuentra en León con sus

tropas, en espera de vuestra llegada. Llevamos aquí tres días y creo que ha llegado el momento de que nos marchemos.

El rey torció el gesto disgustado.

—Alburquerque, tú siempre abrumándome con infinitas responsabilidades. ¿No me aseguraste que mi hermano estaba en Gijón? De ahí no creo que se mueva, al menos de momento.

—Mi señor —dijo Hinestrosa—, debo interceder por el canciller. Creo que debemos partir a León, someter al bastardo y tomar Aguilar de la Frontera, donde don Alfonso Fernández Coronel sigue sin rendirse a pesar de que el castillo lleva meses sitiado.

—Quizá Juan Núñez de Prado no esté cumpliendo con su cometido con el debido celo, y Alfonso Fernández Coronel esté recibiendo suministros del exterior —observó el rey con un gesto de desconfianza—. Bueno, veo que todos estáis de acuerdo. Sometamos de una vez a esos rebeldes. Alburquerque, organiza la marcha. Partiremos mañana al amanecer.

—Como ordenéis, mi señor —dijo el canciller.

—Ahora déjanos, tengo asuntos importantes que tratar con estos caballeros.

Alburquerque contempló con inquietud como el rey se marchaba acompañado de Hinestrosa y de don Diego García. El rey estaba feliz y reía a carcajadas mientras cogía del hombro al hermano de doña María de Padilla. Empezaba a dudar si haber forzado el encuentro de don Pedro con la muchacha había sido una decisión afortunada.

OceanofPDF.com

25

León, junio de 1352

Un formidable ejército acampó extramuros de la ciudad de León. Muchos fueron los nobles que acudieron a la llamada del rey, bien por convicción, bien por temor a ser considerados traidores y acabar siendo ejecutados. Don Pedro, desde su montura, observaba complacido la extraordinaria demostración de fuerza. A su lado, con gesto malhumorado se encontraba el canciller. La decisión de don Pedro de que doña María de Padilla los acompañara no fue de su agrado. Intentó persuadirle, convencerle de que un campamento militar era un lugar incómodo e inapropiado para una dama, pero el rey no quiso escucharlo. No obstante, lo que más irritaba al canciller era la constante e incómoda presencia en el entorno del rey de don Juan Fernández de Hinestrosa y don Diego García de Padilla. Cuando don Pedro no estaba acompañado de doña María de Padilla, lo estaba de sus parientes. Se habían vuelto inseparables. Temía que la poderosa influencia que los Padilla ejercían sobre el rey pudiera afectar al acuerdo de matrimonio con doña Blanca de Borbón. Confiaba en que don Pedro no sería tan insensato como para poner en riesgo la alianza con Francia por un capricho, por un pasatiempo. Su expresión se tornó grave y severa cuando recordó como la relación del rey Alfonso con doña Leonor de Guzmán estuvo a punto de provocar una guerra con Portugal.

—¿Todo bien, Alburquerque? Tienes gesto serio y preocupado, ¿acaso dudas de nuestra victoria? —le preguntó el rey, distrayéndole de sus pensamientos.

—No es la victoria lo que me preocupa, mi señor, pues estoy convencido de que será vuestra.

—¿Entonces? ¿Qué es lo que te aflige? Desde que salimos de Sahagún apenas hemos tenido ocasión de conversar.

—Quizá sea porque dispensáis todo vuestro tiempo con doña María de Padilla y sus familiares —dijo el canciller sin ocultar cierto malestar.

—En Sahagún me dijiste que María era como una hija para ti. Así pues, entiendo que a Diego García lo querrás como a un hijo. En cuanto a Juan Fernández de Hinestrosa, es buen amigo tuyo, de tu familia y de la familia de tu mujer. Son nobles leales en quien puedo confiar. No entiendo tus recelos.

—A los Padilla los conozco desde hace años. Nuestras familias están muy unidas y jamás dudaré de su lealtad. Pero considero que les concedéis demasiado tiempo y quizá hayáis desatendido ciertas responsabilidades de gobierno.

—Entiendo…

—Doña María no puede ser para vos más que un pasatiempo, una dulce distracción —y mirándole con severidad añadió—: No debéis olvidar vuestro compromiso con la princesa Blanca de Borbón. No cometáis el mismo error que vuestro padre.

El rey le miró con gesto reprobador y con los labios fruncidos le dijo:

—Hoy ha amanecido un día espléndido. Centenares de pendones y banderas con mi enseña ondean mecidas por la suave brisa. Miles de soldados y nobles me siguen en la guerra contra mi hermano. Estoy rodeado de caballeros leales y comprometidos. Hoy era un día feliz, radiante, inolvidable hasta ahora… tienes la irritante habilidad de ensombrecer mi ánimo con una sola frase.

—Mi misión, señor, es serviros a vos y a Castilla —repuso con dureza el canciller—. Y eso me obliga a deciros verdades que quizá no estéis dispuesto a escuchar.

—Organiza la marcha, partiremos a Gijón de inmediato —se limitó a ordenar el rey, al tiempo que espoleaba su montura con el propósito de alejarse del canciller. Su presencia le era cada vez más exasperante e incómoda.

Don Juan Alfonso de Alburquerque asintió mientras observaba como el rey se distanciaba de él, seguido de los parientes de doña María de Padilla.

⁂

Con el pretexto de encontrar aliados que le ayudaran en su enfrentamiento con el rey, don Enrique de Trastámara abandonó Gijón, delegando la responsabilidad de la defensa de la plaza y la protección de su mujer, doña Juana Manuel, en don Pedro Carrillo. Las murallas de la ciudad se erigían imponentes, poderosas, pero el ejército del rey de Castilla era formidable. Don Pedro Carrillo, desde el adarve, contemplaba con preocupación cómo los soldados del rey se preparaban para el asedio. A su lado se encontraba doña Juana Manuel.

—¿Crees que mi marido regresará con refuerzos? —preguntó doña Juana Manuel, deseando escuchar una respuesta que aliviara su inquietud.

—Estoy convencido —mintió don Pedro Carrillo, temiendo que las verdaderas intenciones de don Enrique de Trastámara eran abandonar la ciudad y evitar así ser capturado por el rey.

—Dios te oiga.

Don Pedro Carrillo asintió, haciendo propios los deseos de doña Juana Manuel.

⁂

El rey ordenó que Gijón fuera cercada por tierra y por mar, pero sus murallas eran gruesas y altas, y no deseaba que su conquista resultara demasiado costosa en vidas humanas. Todavía tenía que someter a don Tello y, sobre todo, a don Alfonso Fernández Coronel. Necesitaba de todos sus soldados. Así pues, dispuso que la ciudad debía ser sometida por hambre y sed, pero no por asalto.

—Pero mi rey, no tenemos tiempo —repuso don Juan Alfonso de Alburquerque—. Debemos conquistar Gijón, ejecutar al bastardo y marchar cuanto antes a Aguilar de la Frontera. Si nos demoramos, correremos el riesgo de que la sublevación se extienda por toda Castilla.

Pero don Pedro no le escuchaba. Ese era el plan que había ideado con Hinestrosa, a quien había nombrado consejero personal, y que

definitivamente tenía previsto ejecutar.

—Hinestrosa —comenzó a decir don Pedro, ignorando la sugerencia del canciller—, irás con Diego García de Padilla y un par de hombres de confianza a negociar con mi hermano la rendición de la ciudad.

Se encontraban en el campamento, en la tienda del rey. Alburquerque, muy a su pesar, tuvo que aceptar la molesta presencia de Hinestrosa, de don Diego García de Padilla y, de forma más habitual de la que hubiera deseado, de doña María de Padilla, de quien el rey también recibía sugerencias y consejos.

—¿Negociar? —preguntó el canciller—. ¿Desde cuándo un rey negocia con traidores? Debemos asaltar la ciudad, ejecutar a vuestro hermano y colgarlo de las murallas como hicimos con don Garcí Laso de la Vega.

—Qué hacer con mi hermano es decisión mía, no tuya —replicó don Pedro—. Hinestrosa, no pierdas más tiempo. Ve a las murallas y habla con mi hermano. Confiemos en que entre en razón.

Don Juan Fernández de Hinestrosa asintió, se levantó del escabel y salió de la tienda acompañado de don Diego García de Padilla. A don Juan Alfonso de Alburquerque le ardían las entrañas. Negociar con un noble sublevado era contraproducente. Las sublevaciones hay que someterlas a sangre y fuego. Los rebeldes deben sufrir en sus carnes un despiadado castigo. Es necesario trasladar a los nobles y poderosos del reino el inequívoco mensaje de que el rey no tolerará el mínimo atisbo de insurrección. Por ello, negociar con don Enrique de Trastámara suponía un gravísimo error. Los nobles interpretarían ese gesto como duda, debilidad, cobardía. Pero la decisión ya estaba tomada. Solo esperaba que el bastardo rechazara la propuesta de rendición para que el asalto a las murallas de la ciudad fuera inevitable.

—Mi señor, hay otro asunto que me gustaría discutir con vos —y mirando a doña María de Padilla, añadió—, a solas.

El rey asintió a doña María de Padilla y esta abandonó la tienda despidiéndose del rey y del canciller.

—¿Qué es lo que te perturba ahora, canciller? —preguntó el rey, levantándose para servirse una copa de vino.

Alburquerque ignoró el tono hastiado del rey que, por otro lado, era cada vez más habitual en sus despachos y conversaciones, y dijo:

—No han tardado en llegar a la Corte de París los rumores de vuestra relación con doña María de Padilla.

—¿Y?

El canciller carraspeó.

—El rey Juan y su hermano, don Pedro de Borbón, padre de doña Blanca de Borbón, quieren garantías de que el acuerdo matrimonial y la alianza con Francia siguen vigentes.

El rey lanzó un largo suspiro. Bebió un trago de vino y dijo:

—Mi relación con María de Padilla no es de su incumbencia, como tampoco lo es de la tuya. De hecho, tengo que darte las gracias porque tú y tu mujer me la presentasteis en Sahagún. Soy un rey que respeta lo que firma y me casaré con doña Blanca de Borbón, pues así ha sido acordado. Solo espero que los franceses también cumplan lo pactado y, en su momento, paguen los 300 000 florines de dote.

—Lo harán, mi señor. De eso no tengáis la menor duda.

—Te lo dije en su día y te lo repito: te hago responsable del éxito o del fracaso de este acuerdo.

—Asumiré mi responsabilidad con dignidad, como siempre lo he hecho.

—Bien, ahora márchate y llama a María. Necesito de su presencia.

⁂

En la tienda real se encontraban los familiares de doña María de Padilla, el rey y el canciller. Hinestrosa y don Diego García de Padilla acababan de regresar de Gijón y se disponían a informar al rey del resultado de las negociaciones con don Enrique de Trastámara.

—No está en la ciudad, mi señor —dijo Hinestrosa.

—¿Cómo? —preguntó incrédulo el rey.

—Don Pedro Carrillo no tiene autoridad para aceptar la rendición de la ciudad, y doña Juana Manuel, tampoco.

—¿Dónde está el traidor? —preguntó furioso don Juan Alfonso de Alburquerque.

—Don Pedro Carrillo se ha limitado a decir que don Enrique de Trastámara no se encuentra en Gijón y que él no puede decidir la suerte de la ciudad —respondió don Diego García de Padilla.

—¡Bastardo! —exclamó Alburquerque—. Habrá huido como un cobarde al ver llegar nuestros ejércitos o, peor aún, quizá se encuentre en Aragón o en Portugal buscando aliados. En aquellas tierras hay muchos nobles que todavía dudan si unirse a su causa. ¡Debemos atacar Gijón ya!

El rey caminaba por la tienda con la mirada fija en el suelo. Que su hermano no se encontrara en Gijón suponía una grave contrariedad. Le parecía del todo inverosímil que hubiera abandonado a su suerte a la única ciudad que había apoyado la sublevación.

—¿Y Juana Manuel se encuentra en Gijón? —preguntó el rey.

—Así es, mi señor —respondió don Diego García.

—La vimos con nuestros propios ojos. Se encontraba en la muralla junto a don Pedro Carrillo —confirmó Hinestrosa.

—Abandona a su mujer y huye como un cobarde… ¿qué se puede esperar de un bastardo?

—Mide tus palabras Alburquerque. Tu padre también fue un bastardo y a ti no te ha ido del todo mal —le espetó el rey.

Don Juan Alfonso de Alburquerque apretó los puños llenos de furia, sus ojos le ardían como terribles llamas: el rey le estaba humillando delante de los parientes de su amante. Cada vez estaba más convencido de que presentarle a doña María de Padilla había sido un gravísimo error de consecuencias incalculables.

—No te enfades —le dijo advirtiendo la ira en sus ojos—, ¿acaso no es cierto que tu padre fue fruto de los amoríos del rey portugués Dionís con tu madre, Aldonza Rodríguez? —tocó el hombro del canciller con condescendencia y continuó—: Ser bastardo no significa ser un cobarde, simplemente niega unos derechos. Pero el asunto que ahora nos ocupa nada tiene que ver con cuestiones jurídicas, sino con cómo someter a los nobles sublevados. Y debo reconocer que el conde de Trastámara no se encuentre en Gijón es un inconveniente con el que no contábamos. ¿Qué opináis vosotros? —preguntó a don Juan Fernández de Hinestrosa y a don Diego

García de Padilla—. ¿Debemos atacar como sugiere nuestro canciller o mantenemos el asedio?

—Debemos atacar y cuanto antes mejor —respondió Hinestrosa, mirando al canciller.

—Opino lo mismo, mi señor —confirmó don Diego García.

A Hinestrosa no le agradó el trato que el rey estaba dispensando al canciller. No era necio y sabía que la atención que los Padilla recibían de don Pedro estaba afectando a su relación. Tanto él, como don Diego García, le debían numerosos favores y no era sensato tenerlo como enemigo. Debían conservar la larga amistad que les unía y que había sido tan fructífera como conveniente. Intentaría no ofender al canciller y apoyarle siempre que tuviera ocasión. Al fin y al cabo, gracias a su mediación, ahora era uno de los privados del rey.

—Bien, entonces está todo dicho. Alburquerque prepara las tropas, mañana al amanecer atacaremos Gijón —dijo el rey.

Alburquerque miró a Hinestrosa y este le asintió con una sonrisa. Un gesto amable que el canciller no devolvió. Se limitó a salir bruscamente de la tienda para cumplir la orden recibida.

⁂

Nada, absolutamente nada, había salido según lo planeado. La sublevación había sido un completo fracaso. Don Enrique de Trastámara solo contaba con algunas plazas de su hermano don Tello y la tozuda fidelidad de don Alfonso Fernández Coronel. El resto de los nobles habían ignorado su petición de ayuda. Durante días había cabalgado de castillo en castillo, pero sus puertas no le fueron abiertas. Ni siquiera los nobles castellanos exiliados en Aragón o en Portugal dieron señales de vida. Agazapados, escondidos en sus madrigueras, se sentían protegidos y no tenían ninguna intención de arriesgar sus vidas por una causa que no consideraban propia. Don Enrique de Trastámara, desde un monte próximo a Gijón, contemplaba escoltado por dos soldados de su confianza como el ejército de don Pedro avanzaba hacia la ciudad. Eran miles de soldados. Gijón no tendría ninguna oportunidad de resistir. Su sacrificio sería del todo inútil. Además, detrás de

aquellos muros se encontraba su esposa. ¿Qué opinarían los nobles castellanos si la ciudad era conquistada y él se encontraba huido? Le calificarían de traidor y cobarde. Un bastardo indigno que huyó, dejando a su mujer a expensas de sus enemigos. ¿Qué terrible castigo infligirían a doña Juana Manuel? Recordó que don Garcí Laso de la Vega fue asesinado a cuchilladas y sus restos arrojados a la calle para ser pisoteados por los toros. Si permitía que eso mismo le ocurriera a doña Juana Manuel, sería su fin, pues nadie apoyaría a un hombre que abandonó a su mujer para que fuera asesinada y ultrajada. Descabalgó y comenzó a escribir en un legajo.

—Toma, entrega este documento al rey —dijo, dándole el papel a uno de los dos soldados que le acompañaban—. Y date prisa, tienes que entregárselo antes de que intenten asaltar los muros de la ciudad.

—Sí, mi señor —obedeció el soldado.

Don Enrique de Trastámara observó como el jinete descendía por el monte a galope.

—Ya habrá mejor ocasión —susurró entre dientes.

⁂

La llegada del mensajero de don Enrique de Trastámara obligó a detener el avance de las tropas. El rey ordenó que fuera conducido a su tienda. El soldado entró desarmado y acompañado por dos miembros de la guardia personal del rey fuertemente armados. Allí, ya se encontraban don Pedro, don Juan Alfonso de Alburquerque, don Juan Fernández de Hinestrosa y don Diego García de Padilla.

—¿Y bien? —preguntó el rey, sentado en un escabel, mirando con indiferencia al enviado de su hermano.

—Mi señor, este soldado trae un mensaje de don Enrique de Trastámara para vos —dijo uno de los guardias reales, acercándole el documento.

—Alburquerque. —El rey miró al canciller y con un gesto con la cabeza le indicó que cogiera el documento—. Podéis retiraros.

El mensajero de don Enrique de Trastámara salió de la tienda escoltado por la guardia del rey. El canciller leyó en silencio el documento y cuando hubo concluido dijo:

—Don Enrique de Trastámara acatará la autoridad regia y promete no volver a sublevarse contra vos, a cambio de una serie de peticiones.

—Interesante… —El rey sonrió aliviado, parecía que don Enrique había entrado en razón—. ¿Qué es lo que pide mi querido hermano?

Alburquerque dirigió la vista al documento y comenzó a leer:

—Suplica que perdonéis la vida a los ciudadanos de Gijón, así como a los nobles de Asturias que han apoyado la sublevación. Que devolváis a doña Juana Manuel todas las posesiones que por derecho le pertenecen y que fueron confiscadas por la Corona tras la trágica muerte de don Garcí Laso de la Vega. —El canciller hizo una pausa y desvió la vista hacia el rey, que le observaba con gesto serio pero imperturbable. Don Pedro le hizo un ademán para que prosiguiera—. Exige que devolváis las propiedades que doña María de Portugal confiscó a su madre, doña Leonor de Guzmán…

—¿Exige? —interrumpió el rey.

Don Juan Alfonso de Alburquerque asintió.

—Mi hermano no está precisamente en condiciones de exigir nada, pero continúa, ¿qué más reclama el conde de Trastámara?

—La siguiente petición me atañe a mí —dijo Alburquerque.

—¿En serio? —preguntó divertido el rey, haciéndole un gesto con la mano para que continuara.

—Pretende que me ordenéis retirar la demanda que tengo en su contra por unas tierras en Portugal que son propiedad de mi esposa y que vuestro hermano ha usurpado ilegalmente, pues considera que fueron parte de la herencia que recibió de su padrino, don Rodrigo Álvarez de las Asturias.

—¿Me pide que interceda a su favor en un litigio privado con el canciller de Castilla? —preguntó el rey, entre asombrado e incrédulo.

—Si no queréis intervenir en este asunto —continuó Alburquerque—, vuestro hermano solicita que, al menos, concedáis que este pleito quede en manos del rey de Portugal, para que sea él quien determine a quién corresponde la propiedad de esas tierras.

—¿Dices que esas propiedades están en Portugal? —preguntó don Pedro.

—Así es, mi señor —respondió el canciller.

El rey se levantó del escabel y se dirigió hacia el canciller.

—¿Qué consideras que debo hacer? —le preguntó.

Don Juan Alfonso de Alburquerque hubiera respondido que arrasar Gijón hasta sus cimientos, colgar a don Pedro Carrillo y a doña Juana Manuel de las murallas y perseguir a don Enrique de Trastámara hasta capturarle y darle muerte, pero se contuvo. El canciller estaba persuadido de que nada agradaría más al rey que reconciliarse con su hermano. Jamás se cansaría de perdonarle sus ofensas y traiciones. Además, la relación que mantenía con don Pedro era ya demasiado tensa y no tenía ningún interés en provocar un nuevo enfrentamiento.

—Mi señor, en lo que a mí respecta, estoy dispuesto a retirar mi demanda y concederle a don Enrique de Trastámara las tierras que disputamos en Portugal. Me niego a ser un obstáculo para lograr la paz —respondió con fingida humildad.

Don Pedro asintió sorprendido. Esperaba otra respuesta por parte del canciller.

—Es un gesto muy noble por tu parte —reconoció.

—Un sacrificio sin importancia, mi señor —dijo Alburquerque.

—Creo que las peticiones de don Enrique de Trastámara son razonables —intervino don Diego García.

El rey miró a Hinestrosa, esperando su respuesta. El tío de doña María de Padilla miró a Alburquerque y este le asintió.

—Debemos aceptar sus condiciones, si con ello nos garantiza su compromiso de someterse al poder real.

Don Pedro asintió satisfecho.

—Sus exigencias son muchas, pero razonables —se acercó al canciller y le dijo—. Alburquerque, no quiero perjudicarte. Pediré a mi abuelo, el rey de Portugal, que medie en vuestro litigio, pero le recordaré que tenga muy presente que una de las partes enfrentadas es el canciller de Castilla, mientras que la otra es un noble de dudosa lealtad.

El canciller aceptó las palabras del rey con un suave gesto de cabeza. Su decisión había sido acertada.

—Me alegra comprobar que, por una vez, estamos todos de acuerdo —prosiguió—. Ahora vayamos a por Tello y luego a Aguilar de la Frontera. Todavía queda mucho noble rebelde por someter.

OceanofPDF.com

26

Tarazona, Aragón, octubre de 1352

Apaciguado don Enrique de Trastámara, el rey continuó la campaña contra los sublevados y se dirigió a Fuentidueña, dominio de don Tello. A doña María de Padilla la envió de regreso a Sevilla custodiada por su tío y su hermano. La campaña duraba ya demasiados meses y la joven se hallaba agotada, exhausta. Muy a su pesar, el rey tendría que separarse de ella. Alburquerque estaba encantado por haberse librado de la molesta presencia de doña María de Padilla y de sus familiares. Eran amigos, clientes, pero también un estorbo imprevisto. Se sentía más cómodo y sosegado sin ellos revoloteando como moscas en torno al rey.

Fuentidueña fue tomada sin ofrecer resistencia. Tan pronto don Tello divisó en lontananza al ejército del rey, huyó a Monox, en busca de protección. La ciudad estaba a cargo del único noble que apoyó a don Tello, don Pedro Ruiz de Villegas. Y al igual que sucedió en Fuentidueña, Monox no tardó en rendirse al ejército real. Don Tello y don Pedro Ruiz de Villegas huyeron entonces a Monteagudo. Ante el constante acoso de las tropas del rey, abandonaron apresuradamente la villa y cruzaron la frontera de Aragón, donde juraron vasallaje al rey Pere.

Don Pedro persistió en su persecución, pero tuvo que detenerse a pocas leguas de Tarazona, ciudad aragonesa fronteriza con Castilla. Allí, por mediación de don Juan Alfonso de Alburquerque, se celebró un encuentro entre don Pedro de Castilla y don Pere de Aragón, con el propósito de firmar unos acuerdos que recondujeran una relación muy dañada a causa de los conflictos internos que sufrían ambos reinos. El encuentro tuvo lugar en la Torre del Rey, fortificación anexa a las murallas que circundaban la

ciudad. En la sala de audiencias se encontraban el rey aragonés, Pere IV y su canciller, don Bernat de Cabrera, sentados frente a una mesa revisando los documentos a firmar.

—Este pacto será muy beneficioso para el reino —dijo don Bernat de Cabrera, hombre de mediana edad, con el pelo cano, rostro enjuto y mirada despierta y audaz.

—Si pretendemos someter Cerdeña, debemos despreocuparnos de Castilla y de mis hermanos, los infantes —dijo don Pere.

—Los infantes dejaron de suponer un problema cuando vencimos a los nobles rebeldes de la Liga de la Unión en la batalla de Épila.

El rey sonrió al recordar aquella batalla.

—Han pasado cuatro años, pero recuerdo aquella batalla como si se hubiera librado ayer —comenzó a decir—. Los nobles se unieron en una Liga y cuestionaron mi poder y autoridad —el rey hizo una pausa como si su mente regresara a aquel instante—. La nobleza… codiciosa, desleal, ingrata. Siempre exigiendo prebendas y privilegios que no le corresponden. Y cuando le solicitas su ayuda y colaboración, huye como ratas cobardes o se revuelve como perros rabiosos. Solo se preocupa de incrementar sus posesiones, sus riquezas, indiferente a los problemas y dificultades que se abaten sobre el reino —don Pere negó con la cabeza y desvió la vista hacia don Bernat de Cabrera—. Estábamos en guerra en Sicilia, ¿lo recuerdas? —el canciller asintió—, ampliando las posesiones de la Corona por el Mediterráneo y ellos se negaron a colaborar con tropas y dinero —a sus labios asomó una áspera sonrisa—. No satisfechos con su deslealtad, una vez que sometimos a los sardos, me exigieron que les cediera parte de los territorios conquistados. Se negaron a apoyarme, a apoyar a su rey y señor, y luego me exigieron que compartiera con ellos el botín. ¡Qué desfachatez!

—Fue una provocación, mi señor. Hicisteis muy bien en no ceder a sus peticiones —dijo el canciller.

—Jamás hubiera compartido nada con aquellos nobles indignos y traidores, ni siquiera un mohoso y repugnante mendrugo de pan —don Pere se reclinó satisfecho en la silla y prosiguió—: Y en Épila acabé con ellos. Armaron un poderoso ejército de miles de caballeros y peones con el

propósito de derrocarme y sustituirme por el infante Fernando. Eran muchos, bien es cierto, y estaban seguros de la victoria.

—Pero fueron derrotados.

—¡Fueron aplastados! —exclamó don Pere golpeando su mano con el puño—. Los exterminamos como ratas. Juan Ximénez, Jimén Pérez de Pina y Gombal de Tramacet, los principales conspiradores, junto con el infante, murieron y otros tantos traidores fueron hechos prisioneros.

—Por desgracia el infante Fernando logró huir a Castilla.

Don Pere asintió con pesar.

—Él fue uno de los conjurados. El principal beneficiado si la sublevación hubiera tenido éxito —dijo el rey de Aragón.

—Vuestro hermano, el infante Fernando, habría sido proclamado rey.

—Mi hermano… querrás decir el hijo que tuvo mi padre con su segunda esposa, Leonor de Castilla, hermana de don Alfonso y tía de don Pedro —puntualizó el rey.

El canciller sonrió divertido por ese matiz y dijo:

—Es un gran alivio que toda la familia se encuentre en Castilla, alejada de la Corte de Aragón. Que don Pedro se cuide del infante Fernando, pues es su primo y, mientras no tenga sucesor, su heredero.

—Hubiera preferido acabar con él en Épila —objetó don Pere—, pero tienes razón. El infante Fernando y su madre, Leonor de Castilla, son unos intrigantes. No cejarán en su empeño hasta que se alce con una Corona, ya sea la de Castilla o la de Aragón.

—Doña Leonor de Castilla es una mujer ambiciosa y extremadamente peligrosa —observó el canciller.

—¿Conoces a alguna Leonor que no lo sea? Ja, ja, ja, —rio don Pere al recordar a doña Leonor de Guzmán.

—Ja, ja, ja, —le siguió en las risas el canciller—. Así es. Cuando les derrotamos en la batalla de Épila, los infantes Fernando y Juan, y su madre, doña Leonor, huyeron en busca de refugio a Castilla. Allí curaron sus heridas en espera de una mejor ocasión para regresar a Aragón o, llegado el momento, reclamar la Corona de Castilla.

—Como sucedió durante la enfermedad del rey —recordó don Pere.

—Tardó poco el infante Fernando en reclamar la Corona.

—Y eso que don Pedro todavía estaba vivo.

—Imagino la cara del infante cuando fue informado de que el rey de Castilla había superado la enfermedad. Se sentiría como un gato al que hubieran arrojado un cubo de agua fría —dijo el rey de Aragón.

Los hombres rompieron en una estruendosa carcajada.

—Sea como fuere, allí sigue, en Castilla, donde ha encontrado refugio y protección —observó don Pere.

—Al igual que don Tello y otros nobles castellanos huidos de Castilla han encontrado refugio en Aragón.

Don Pere asintió con los labios apretados.

—Es evidente que los nobles de uno y otro reino se sirven de nuestra paciencia y generosidad para proseguir con sus intrigas y conspiraciones.

—De ahí lo conveniente de firmar este acuerdo entre ambos reinos.

—El rey Pedro necesita la paz para poner orden en Castilla…

—Y nosotros para poder expandir nuestros territorios por el Mediterráneo, sin tener que preocuparnos de las fronteras castellanas —terminó de decir el canciller.

El rey de Aragón tenía algo más de treinta años, cabellos largos y cobrizos, y barba profusa. Sus ojos, azules y cristalinos, irradiaban carácter y determinación. Ambicionaba extender el reino de Aragón por el Mediterráneo y para lograrlo, necesitaba congraciarse con el rey de Castilla y que los conflictos internos de uno y otro reino le distrajeran lo menos posible.

—Mi señor —dijo un sirviente a sus espaldas—. Don Pedro, rey de Castilla y el canciller, don Juan Alfonso de Alburquerque.

En sus labios asomó una gran sonrisa cuando vio entrar en la sala a tan ilustres invitados.

—Mi señor —dijo el rey de Aragón dándole un abrazo.

—Mi señor —correspondió don Pedro de Castilla.

Los cancilleres hicieron lo propio y los cuatro hombres tomaron asiento. El rey pidió a un sirviente comida, vino y agua. Durante unos minutos intercambiaron amables palabras de cortesía, hasta que don Juan Alfonso de Alburquerque, hombre pragmático y conciso, reparó en los documentos que estaban sobre la mesa.

—¿Estos son los pliegos que han redactado nuestros procuradores? —preguntó.

—Así es —confirmó don Bernat de Cabrera.

Alburquerque comenzó a leerlos en silencio, mientras los reyes de Castilla y Aragón charlaban distendidamente. Entre otras disposiciones y acuerdos, el tratado ponía fin a las hostilidades entre ambos reinos, así como resolvía la devolución a doña Leonor de Castilla y a los infantes, de las propiedades confiscadas por don Pere de Aragón como castigo por su apoyo a la Liga nobiliaria de la Unión. Como contrapartida, el rey Pedro les retiraba su amparo y protección. De igual modo, el rey de Castilla devolvería a don Tello y a los nobles rebeldes huidos a Aragón las propiedades confiscadas, pero dejarían de estar al cuidado y refugio de don Pere. Con este acuerdo, los nobles levantiscos de ambos reinos ya no podrían excusarse en el mal trato recibido o en la injusta expropiación de territorios y propiedades para sublevarse. Todos quedaban perdonados y sus privilegios y títulos serían restituidos.

—Don Pedro, te propongo que mientras nuestros cancilleres se ocupan de estas labores tan tediosas, nosotros nos divirtamos en una jornada de caza —dijo el rey de Aragón.

—Una idea formidable, mi señor —aceptó el rey de Castilla, acostumbrado en delegar en Alburquerque las tareas administrativas y burocráticas.

—No se hable más. Comamos, descansemos y mañana disfrutaremos cazando venados. Te puedo asegurar que en los alrededores de Tarazona encontraremos magníficos ejemplares.

Varios sirvientes hicieron acto de presencia portando sendas bandejas con comida, vino y agua.

—Estoy impaciente —dijo don Pedro cogiendo un pedazo de carne de cerdo.

El rey Pere alzó su copa de vino y brindó por la paz entre Castilla y Aragón. Estaba feliz, satisfecho, impaciente por armar la flota y partir a la conquista del Mediterráneo. Don Pedro no estaba menos complacido. Sin la protección aragonesa, los nobles rebeldes tendrían que regresar a Castilla. Sus movimientos serían estrechamente vigilados y ante cualquier sospecha

de rebeldía, serían capturados. El acuerdo con Aragón ayudaría a asentar definitivamente la estabilidad en Castilla.

⁂

Era un día fresco del mes de octubre. El cielo amaneció cubierto por unas amenazantes nubes negras. Aunque el día no era el más propicio para ir de caza, los reyes no cancelaron sus planes y, a primera hora de la mañana, ya estaban preparados para disfrutar de la caza del venado. Mientras tanto, en la Torre del Rey, los cancilleres Alburquerque y Cabrera revisaban los detalles del documento y los prepararon para su firma.

—Este tratado es beneficioso para ambos reinos —comenzó a decir el canciller de Castilla, mirando por la ventana el cielo gris.

—Lo es. —Sentado frente a la mesa, don Bernat de Cabrera miraba los documentos por distracción, pues su contenido lo conocía prácticamente de memoria.

—Y ambos sabemos que es muy frágil —el canciller se giró y miró a Cabrera.

El canciller de Aragón repuso:

—Tan frágil como lo sea la voluntad de los firmantes.

—Así es, pero en determinadas ocasiones, que una paz perdure no depende de los firmantes, sino de terceras personas.

Alburquerque se acercó a la mesa y se sirvió una copa de vino.

—Don Enrique de Trastámara ha asegurado fidelidad al rey, pero todos sabemos que su lealtad es voluble, frágil —prosiguió el canciller, después de beber un generoso trago—. Por otro lado, tenemos al infante Fernando, que muy pronto regresará a Aragón para ponerse al servicio del rey don Pere, pero cuya fidelidad es tan cuestionable como la de don Enrique de Trastámara.

—¿A dónde quieres ir a parar, canciller? —preguntó Cabrera arqueando las cejas.

Don Juan Alfonso de Alburquerque comenzó a pasear meditabundo por la sala, con las manos en la espalda, sin apartar la vista del suelo.

—No me equivoco si afirmo que tanto don Enrique como don Fernando son una amenaza para la paz. Sus conjuras y confabulaciones pueden arrastrar a Castilla y a Aragón a la guerra.

—Entiendo…

El canciller se acercó a Cabrera y le dijo:

—Suponen una molestia, un inconveniente del que es mejor desprenderse —bebió un poco de vino y continuó—: Te propongo que, si don Enrique de Trastámara cruza la frontera de Aragón, hagas todo lo posible para que no regrese a Castilla. Por mi parte, haré lo propio con el infante Fernando. Naturalmente, nuestros señores deben quedar al margen de todo este asunto, ¿no sé si me he explicado correctamente?

Don Bernat de Cabrera meditó durante un instante la propuesta de Alburquerque. No le faltaba razón al canciller de Castilla al afirmar que tanto don Enrique como el infante Fernando suponían una amenaza para la estabilidad de ambos reyes. Lo más sensato y prudente sería deshacerse de ellos en cuanto surgiera la menor ocasión.

—Ambos pretendemos lo mismo; que entre los reinos de Castilla y Aragón haya una larga relación de paz y amistad. Te puedo asegurar que haré todo lo que esté en mi mano para que así sea.

Alburquerque le escrutó con una mirada indagadora, intentando discernir si con esas palabras el canciller de Aragón aceptaba su propuesta. Cabrera advirtió la duda en el canciller y dijo:

—Sea, pues. Si don Enrique de Trastámara cruza la frontera de Aragón, no regresará a Castilla.

Don Juan Alfonso de Alburquerque sonrió satisfecho y dio dos leves golpes en el hombro de Cabrera.

—Y yo me preocuparé de que el infante Fernando sufra el mismo destino si vuelve a Castilla. Este pacto que acordamos aquí, en Tarazona, será realmente fructífero y provechoso para Castilla y Aragón —dijo Alburquerque.

Los labios de don Bernat de Cabrera dibujaron una sonrisa irónica. El pacto al que se refería el canciller no tenía nada que ver con los documentos que tenía entre manos.

OceanofPDF.com

27

Sevilla, noviembre de 1352

Firmados los acuerdos con Aragón, el rey regresó a Sevilla en busca de un merecido descanso, y no encontraría mejor lugar para aliviar tensiones y sosegar su espíritu que la alcoba de doña María de Padilla. Allí permanecería unas semanas, antes de marchar a Aguilar de la Frontera, para someter a don Alfonso Fernández Coronel, el único noble que aún se resistía a su autoridad. El rey entró en el alcázar y se dirigió raudo a los aposentos de doña María de Padilla. Allí la encontró, de espaldas, mirando por la ventana el hermoso atardecer de Sevilla.

—María… —dijo el rey, en apenas un susurro.

Su amada se giró esbozando una gran sonrisa. Los ojos de don Pedro se arquearon incrédulos cuando advirtió el prominente bulto de su vientre. Sin decir palabra, corrió hacia ella y la estrechó entre sus brazos, mientras la besaba con pasión.

—Amor mío, amor mío —dijo lleno de júbilo.

Después de unos minutos, el rey se apartó ligeramente de ella para contemplar con mayor detalle su vientre. Con suma dulzura lo tocó.

—Vas a tener un hijo —dijo doña María con los ojos húmedos por la emoción.

—¿Por qué no has enviado un mensajero para informarme de esta magnífica noticia? —preguntó el rey.

—Quería ser yo, vida mía, quién te lo dijera. —A doña María se le nubló la mirada—. Quería estar segura de que te haría feliz, de que lo deseabas.

—¡Pues claro que lo deseo! ¡Ja, ja, ja!

El rey se hallaba feliz, dichoso como jamás lo había sido. Pronto tendría un hijo. Que no pudiera ser su heredero legítimo no desmerecía un ápice el amor que sentiría por él.

—Ahora lo entiendo… —dijo de pronto el rey.

—¿Amor?

El rey tomó asiento en un banco próximo a la ventana. Los últimos rayos del sol iluminaban la estancia otorgándole tonalidades anaranjadas.

—Ahora entiendo porque mi padre amaba más a mis hermanos que a mí.

—¿Qué quieres decir?

—Mi padre amaba a Leonor de Guzmán. La amaba con locura, como yo te amo a ti. En cambio, mi madre para él no era más que una imposición, un incómodo compromiso de Estado. Un tedioso trámite. Mi padre anhelaba disfrutar de la compañía de Leonor de Guzmán y de mis hermanos, en cambio, el tiempo que nos dispensaba a mi madre y a mí era por obligación. Un deber del que deseaba librarse cuanto antes. Por eso, apenas permanecía con nosotros un instante antes de marcharse a Medina Sidonia. Nos rehuía. Cada momento que pasaba con nosotros le robaba valiosísimo tiempo que dedicar a su otra familia. A quienes realmente amaba. Ahora lo entiendo…

Doña María de Padilla se sentó a su lado y le abrazó con fuerza.

—Tu padre te quería a ti tanto o más que a tus hermanos. No te castigues, no seas tan injusto contigo. No debes sentirte culpable por el abandono de tu padre. No te lo mereces. Él eligió a doña Leonor de Guzmán, en lugar de a tu madre y tú vivías con ella. Esta es la realidad. A quién rehuía tu padre era a tu madre, no a ti —le dijo acariciándole con ternura el rostro—. Pero olvídalo, vida mía, olvida todo eso. Ahora estamos juntos y eso es lo que realmente importa.

⁂

Don Juan Alfonso de Alburquerque se dirigía apresuradamente a la sala del rey, portaba el tratado matrimonial que uniría en matrimonio a don Pedro con doña Blanca de Borbón. Ya no había vuelta atrás. Ni siquiera el inoportuno embarazo de doña María de Padilla podría evitar lo que era

irremediable: la boda del rey con la princesa de Francia. El ánimo del canciller estaba invadido por sentimientos confusos, contradictorios. La firma del tratado suponía un éxito diplomático y ponía fin a meses de duras negociaciones con los embajadores franceses, pero por otro lado, al canciller no le agradaba ser portador de lo que consideraba que el rey interpretaría como malas noticias, pues le despertaría de su romántico y apasionado sueño, arrastrándolo a la cruda realidad. Su relación con el rey había mejorado en las últimas semanas, pero en cualquier momento podría volver a torcerse. Don Diego García de Padilla y don Juan Fernández de Hinestrosa continuaban siendo la sombra del rey, y más ahora que doña María de Padilla iba a concederle un hijo.

«No será el primer bastardo que nace en la familia. Solo espero que no dé tantos problemas», pensó el canciller.

Entró en la sala del rey. Allí, como esperaba, don Diego García de Padilla y don Juan Fernández de Hinestrosa se encontraban reunidos con el monarca.

—Mi señor —el canciller saludó al rey, desvió la vista hacia sus acompañantes e inclinó suavemente la cabeza a modo de saludo.

—Alburquerque —dijo el rey con una gran sonrisa—. Supongo que ya habrás sido informado de la grata noticia. De hecho, con tantos espías que tienes repartidos por todo el reino, es posible que te enterases antes que yo. ¡Incluso antes que María! —exclamó entre risas.

Don Diego García e Hinestrosa le acompañaron en las risas. El canciller logró esbozar una leve mueca.

—Toma, bebe un poco de vino para celebrarlo —le dijo el rey ofreciéndole una copa.

—Os felicito, mi señor —dijo Alburquerque levantando la copa—. Y a vosotros también —añadió mirando a los familiares de doña María de Padilla.

—Un hijo es siempre una alegría —dijo don Juan Fernández de Hinestrosa.

—Me siento tremendamente feliz —dijo sincero el rey, con los ojos emocionados.

—¿Para cuándo está previsto el nacimiento? —preguntó Alburquerque con toda la intención.

—Para marzo, dice María —respondió el rey.

Alburquerque se quedó pensativo unos segundos. Hizo unos cálculos mentales y apretó con inquietud los labios. El rey desplazó su mirada hacia los documentos que portaba el canciller y preguntó:

—¿Qué son esos papeles?

El canciller se sintió un poco incómodo, pero no tuvo más opción que, una vez más, ser portador de malas noticias para el rey.

—El tratado matrimonial con doña Blanca de Borbón, firmado por el rey de Francia y por el padre de la prometida, don Pedro de Borbón.

El rey torció el gesto de disgusto.

—La princesa ya ha salido de Francia —prosiguió Alburquerque, ofreciéndole el tratado.

El rey lo cogió de mala gana y preguntó:

—¿Incluye el pago de los 300 000 florines?

—Así es, mi señor, además de un valioso ajuar.

—¿No es peligroso para una princesa hacer un viaje tan largo desde París a Valladolid en invierno? —preguntó don Pedro, aferrándose al arriesgado y fatigoso viaje como a un clavo ardiendo, para intentar retrasar lo que ya era ineludible.

—Está impaciente por conoceros, mi señor —respondió el canciller.

El rey soltó un bufido de desagrado y leyó el tratado buscando algún ardid, alguna excusa, por nimia que fuera, que justificara su negativa a firmarlo. Deseaba retrasar la boda, incluso anularla si fuera posible. Alburquerque miró a Hinestrosa y le hizo un gesto con la cabeza.

—Señor, creo que es conveniente que firméis ese documento. La boda con doña Blanca de Borbón será muy beneficiosa para Castilla. Debéis pensar en el reino —intervino Hinestrosa.

—¿Acaso crees que no lo hago? —preguntó irritado el rey—. Constantemente, solo pienso en el bien del reino. ¡Solo en eso!

Se sentó en el sitial, meditabundo, disgustado. Sus consejeros le contemplaban en un profundo y denso silencio.

—¿Cuándo está previsto que llegue mi prometida a Valladolid? —preguntó don Pedro.

Los presentes dirigieron la mirada al canciller.

—En febrero —respondió.

—Y mi hijo nacerá en marzo… —susurró el rey. Se levantó del sitial y se dirigió a la ventana. El día era gris y desapacible. Tenía las manos en la espalda, aferrando con fuerza el tratado matrimonial.

—Mi padre se encontraba en Lerma, combatiendo a Juan Núñez de Lara, cuando yo nací —comenzó a decir—. Yo no cometeré el mismo error que mi padre.

—¿Señor? —preguntó confuso el canciller.

—Firmaré estos documentos —don Pedro dejó el tratado sobre la mesa —. Por el bien de Castilla, me casaré con doña Blanca de Borbón. Pero estaré presente durante el nacimiento de mi hijo.

—Pero mi señor, la princesa llegará a Valladolid en febrero, no podemos…

El rey alzó despacio la mano y el canciller enmudeció.

—La boda se celebrará… llegado el momento.

Don Pedro se acercó a Alburquerque y cogiéndole de los hombros, le dijo:

—Te dije en su día que soy un rey que respeta los acuerdos que firma. Me casaré con doña Blanca de Borbón, cumpliré con mi parte del pacto —miró al canciller con frialdad y prosiguió—: Mantenme bien informado del viaje de la princesa, así como de los pagos de la dote. Creo recordar que el rey francés tenía el compromiso de pagar 25 000 florines una vez mi prometida iniciara el viaje a Castilla.

—Así es, mi señor —confirmó Alburquerque.

—Bien, por otro lado, tampoco es mi deseo que mi hizo nazca y yo me encuentre sitiando el castillo de Aguilar de la Frontera —dijo el rey, sirviéndose otra copa de vino—. Es conveniente que sometamos cuanto antes al traidor de Alfonso Fernández Coronel. Su insurrección ha durado demasiado tiempo —desvió la mirada hacia el canciller y ordenó—: Alburquerque, prepara las tropas. Partiremos en tres días. Ahora dejadme solo.

Sus consejeros se despidieron con un gesto con la cabeza y abandonaron la sala. Su breve instante de felicidad se había esfumado abrumado por las responsabilidades de su cargo. Deseaba con toda su alma permanecer en el alcázar, al abrigo de los brazos de su amada. Pero debía partir hacia la guerra y, peor aún, casarse con una mujer a la que no amaba, a la que ni siquiera conocía. Se sirvió otra copa de vino que apuró de un trago. Luego se sirvió otra y tomó asiento en el trono. Bebió un sorbo y pensó en doña María. Su amante estaba al corriente de su compromiso con la princesa Blanca de Borbón y se le partía el corazón cada vez que pensaba que tendría que compartir al hombre que amaba con otra mujer. Pero él la insistía en que no habría más mujer en su vida que ella. Que la amaría por siempre y que jamás la abandonaría. Su boda con doña Blanca de Borbón era un compromiso de Estado, una obligación ineludible. Castilla necesitaba una alianza con Francia y un heredero legítimo. Eso era para él doña Blanca de Borbón: un contrato político que archivar en algún viejo y olvidado arcón, una vez hubiera cumplido su propósito. Ligeramente embriagado por los efectos del vino, el rey se levantó y se dirigió a los aposentos de doña María de Padilla. Echó un último vistazo atrás y desplazó su mirada hacia la mesa, donde reposaba el tratado matrimonial. Negó apesadumbrado y soltó un largo suspiro.

OceanofPDF.com

28

A pocas leguas de Aguilar de la Frontera, Córdoba, diciembre de 1352

Don Pedro de Castilla había sofocado en pocos meses la sublevación de don Enrique de Trastámara, sometido a don Tello y firmado la paz con Aragón. Una paz que además permitiría a los nobles castellanos recuperar las propiedades confiscadas y regresar a sus territorios sin temor. Ya no tenían motivo ni razón para sublevarse. Solo quedaba pendiente por pacificar Aguilar de la Frontera y la deseada paz regresaría al fin a Castilla. Pero el rey no estaba satisfecho, no era feliz. Había firmado el tratado matrimonial, confirmando así su matrimonio con doña Blanca de Borbón y la alianza con Francia. Su corazón lloraba al haber dejado a su amada en el alcázar. Aún recordaba sus ojos llorosos y su cuerpo tembloroso cuando le confirmó que su boda con la francesa sería inminente. Ella se arrojó a sus brazos en un mar de lágrimas, pero entendió que no tenía más opción que aceptar el papel de concubina del rey con la mayor dignidad.

El gesto serio y el semblante taciturno de don Pedro no invitaba a la conversación. Intentó apartar de su mente a doña María de Padilla y al incierto futuro que le aguardaba con doña Blanca de Borbón. Ahora debía enfrentarse a otras urgencias mucho más apremiantes. Cabalgaba flanqueado por don Gutier Fernández de Toledo y por don Juan Alfonso de Alburquerque. Era una mañana fría y brumosa. Encabezaba una hilera de cientos de jinetes y peones que se disponían a derribar los muros de Aguilar de la Frontera, el último bastión que persistía en someterse a su voluntad. Sitiando el castillo, se hallaban don Juan Núñez de Prado, maestre de Calatrava, y don Men Rodríguez de Biedma a los que había enviado hacía meses para que rindieran la ciudad por hambre y sed. Pero el feudo de don

Alfonso Fernández Coronel ofreció una contumaz resistencia. Don Pedro y Alburquerque sospechaban que el maestre de Calatrava y don Men Rodríguez de Biedma habían actuado de forma negligente, permitiendo que los sublevados recibieran suministros del exterior. Tendría que ser el rey, en persona, quién doblegara al obstinado noble insurrecto. Ya no podía demorar más la toma del último reducto rebelde.

El camino serpenteaba por infinitos olivares que se perdían entre colinas de baja altura. Los campesinos vadeaban los olivos y recogían las telas donde caía el preciado fruto, para verterlas en las espuertas. Muchos de ellos, temerosos, se apartaron del camino, manteniéndose a cierta distancia de los soldados. Los campesinos no sabían ni leer ni escribir, pero no hacía falta ser muy despierto para entender que ese ejército, comandado por el rey Pedro, se dirigía a Aguilar de la Frontera, cuyo castillo llevaba sitiado desde hacía casi un año. Los labriegos trabajaban para don Alfonso Fernández Coronel. Que su señor se hubiera rebelado contra el rey, y que permaneciera sitiado en su fortaleza, no les impedía trabajar todos los días, si pretendían llevar a sus casas un mendrugo con el que engañar el hambre de sus hijos. «Son guerras entre señores, de las que los campesinos no entendemos», decían unos, «los nobles se declaran la guerra, pero los que pasamos hambre y penalidades somos nosotros, los pobres», decían otros. Los soldados del rey los miraban con desconfianza. Eran tierras del enemigo. Detrás de cada colina, de cada olivo, podría haber soldados rebeldes al acecho.

—Envía una avanzadilla que vaya despejando el camino de labriegos —ordenó el rey a un oficial de su guardia—. No quiero sorpresas.

El oficial obedeció con un asentimiento y ordenó a veinte jinetes que galoparan delante de la columna, para que apartaran con sus monturas a los campesinos que se encontraran a su paso.

—No deberíais castigar a los campesinos por las faltas de su señor —dijo don Gutier Fernández de Toledo, que cabalgaba a la derecha del rey.

—Esta villa no es más que un nido de traidores. Si no estuviera tan cerca de la tierra de los moros la destruiría y deportaría a sus habitantes —replicó el rey con dureza.

—Debemos someter cuanto antes a don Alfonso Fernández Coronel —intervino Alburquerque. En su mente estaba muy presente la boda del rey con doña Blanca de Borbón.

—Así es. Quiero estar presente en el nacimiento de mi hijo —dijo el rey, cuyas motivaciones eran bien distintas.

—Las murallas de Aguilar caerán y el traidor será capturado. Os garantizo que podréis acompañar a doña María cuando llegue tan afortunado momento —dijo don Gutier.

El rey asintió, miró a su espalda y contempló la larga hilera de soldados y jinetes que ese perdían entre los olivares. El poderoso ejército que comandaba era la mejor de las garantías.

Alburquerque permanecía en un elocuente silencio. El embarazo de doña María de Padilla no fue una buena noticia y el nacimiento de la criatura coincidiría con la llegada de doña Blanca de Borbón a Castilla. El canciller temía que la boda con la princesa francesa y el nacimiento del pequeño bastardo coincidieran en el tiempo. El rey había firmado el tratado matrimonial, pero los franceses no habían hecho todavía efectivo el pago de los 25 000 florines acordados. Afortunadamente, el rey no le había preguntado por ese asunto, pero muy pronto lo haría. Ahora su prioridad era derribar las murallas del castillo de Aguilar de la Frontera, pero una vez que hubiera logrado su propósito, le preguntaría por dicho pago. ¿Qué haría entonces el rey? ¿Retrasaría la boda? ¿La anularía? Don Pedro buscaba una justificación que retrasara, o incluso, cancelara la boda. Y la demora en el pago del primer plazo de la dote suponía un grave contratiempo. La alianza con Francia dependía de esa boda, así como los 300 000 florines de dote que ayudarían a saciar las sedientas arcas del Tesoro… si es que los franceses eran capaces de afrontar su pago, de lo que el canciller tenía cada vez más dudas. Don Juan Alfonso de Alburquerque desvió la vista hacia el rey y advirtió su mirada ausente. Posiblemente sus pensamientos se hallaran en Sevilla, en el alcázar, donde le esperaba impaciente doña María de Padilla. El rey no se separó ni un instante de ella desde que supo de su embarazo. Estaba locamente enamorado de su amante, como su padre, don Alfonso, lo estuvo de doña Leonor de Guzmán. En los labios del canciller asomó una amarga sonrisa. Don Pedro no solo había heredado de su padre

la Corona, sino también la arriesgada insensatez de perder la cabeza por quién no debía.

—¿Todo bien, Alburquerque?

La pregunta de don Gutier Fernández de Toledo le distrajo de sus pensamientos.

—Todo bien. Deseando acabar con el traidor y que la normalidad regrese a Castilla.

Don Gutier negó con la cabeza:

—Dios te oiga, pero mucho me temo que la normalidad tardará muchos años en asentarse por estas tierras.

—¿Qué quieres decir?

—Son muchos los enemigos de nuestro rey —comenzó a responder don Gutier, divisando a lo lejos el castillo de Aguilar de la Frontera—. Y muchos los intereses que se han creado en su entorno.

Alburquerque asintió, recordando a doña María de Padilla y sus familiares.

—Y ahora, la llegada de la princesa… justo cuando está previsto el nacimiento del primer hijo de don Pedro —prosiguió don Gutier—. Permíteme un consejo, canciller: cuídate mucho de que el rey Juan de Francia pague la dote de doña Blanca de Borbón o toda la ira del rey caerá sobre ti.

Alburquerque mantuvo la mirada al frente, fija al castillo que se disponían a conquistar, meditando las palabras de don Gutier.

—El rey de Francia pagará la dote como está previsto, como está firmado. La pagará, seguro que lo hará —dijo, intentando trasmitir una confianza de la que carecía.

⁂

Don Juan Núñez de Prado y don Men Rodríguez de Biedma, acompañados por una pequeña escolta, acudieron a caballo al encuentro del rey. A pesar de que ambos llevaban casco con protección nasal, en sus rostros se pudo adivinar preocupación, pues después de un año de asedio, la ciudad no se había rendido.

—Mi señor —saludó el maestre de Calatrava cuando llegó a la altura del rey.

—Mi señor —dijo don Men Rodríguez de Biedma.

—¿Cuál es la situación? —preguntó el rey a modo de saludo, contemplando las gruesas murallas que protegían el castillo.

—Don Alfonso Fernández Coronel permanece tras los muros —respondió don Men Rodríguez.

—Hemos conseguido que no escape —dijo don Juan Núñez de Prado.

—No seas necio, maestre de Calatrava. No pretendas venderme como un éxito lo que ha sido un absoluto fracaso. Tú y Rodríguez de Biedma lleváis casi un año aquí, sitiando la ciudad y no habéis conseguido someterla. Si Alfonso Fernández Coronel no ha huido es porque jamás ha tenido intención de hacerlo.

—Señor, nosotros…

Don Juan Núñez de Prado se disponía a defenderse, cuando unos gritos provenientes del castillo le distrajeron.

—¡Aguilar! ¡Aguilar! ¡Aguilar!

Desde las murallas, los soldados sitiados alzaron sus lanzas y espadas, prorrumpiendo en gritos al advertir la llegada del rey.

—¿Qué significa esto? —preguntó el rey.

—Es su grito de guerra, mi señor —respondió don Men Rodríguez.

El clamor proveniente del castillo irritó al rey. Ese rugido era una llamada a la rebeldía, a la insubordinación. Suponía una amenaza a su autoridad. Debía acallarlo antes de que se extendiera por toda Castilla.

—Pronto esos gritos serán silenciados, mi señor —dijo Alburquerque, advirtiendo el semblante serio y preocupado de don Pedro.

El rey cabalgó y se aproximó a una distancia prudencial del castillo. Sus ojos se cruzaron con los de don Alfonso Fernández Coronel. Al menos, el cabecilla de la revuelta permanecía tras aquellos muros. A pesar de la distancia, en su gesto, duro y desafiante, advirtió una férrea determinación.

«Eres un cobarde, un traidor. Serás capturado y ejecutado. Estás muerto, aunque aún no eres consciente de ello. Y cuando acabe contigo, regresaré a Sevilla con María. Podré acompañarla cuando nazca nuestro hijo. Y después la boda… —su gesto se torció como si le hubieran clavado un

cuchillo—. La boda, esa maldita boda que me separará de María… Bueno, ya llegará el momento de afrontar ese compromiso. Ahora capturemos a ese bastardo», pensó el rey. Desvió la vista hacia el maestre de Calatrava y preguntó:

—¿Has terminado la construcción de las minas como te ordené?

—Sí, mi señor.

—Has tenido un año para hacerlo —dijo con inquina el rey—. Bien, prended las minas. Mañana al amanecer asaltaremos el castillo.

⁂

El día amaneció frío y plomizo. La lluvia no había cesado en toda la noche, dificultando el descanso de los soldados. Dispersas ráfagas de viento portaban el olor a tierra mojada. Durante la noche, los soldados del rey prendieron fuego a las minas con el propósito de derribar las murallas, pero aún no lo habían conseguido, pues aún permanecían sólidas y firmes protegiendo el castillo. El rey miró a su espalda, como pasando revista a los miles de peones y jinetes que le acompañaban. Según los informadores de Alburquerque, parapetados tras las murallas no debería haber más de mil soldados. Bien es cierto que don Alfonso Fernández Coronel envió a su yerno, don Juan de la Cerda, al reino de Granada para solicitar la ayuda del rey Yusuf, pero nunca más volvió a saberse de él. Posiblemente, informado de la claudicación de don Enrique de Trastámara y de la huida de don Tello a Aragón, se había escondido como una rata en Aragón o en Portugal. Don Juan de la Cerda no suponía una preocupación, pero don Pedro tampoco podía demorar la conquista del castillo mucho más tiempo.

—Seamos generosos, concedamos al traidor la última oportunidad de rendirse antes de asaltar la fortaleza —el rey miró a don Gutier y añadió—: Ve con Núñez de Prado y negocia con Fernández Coronel su rendición.

Don Gutier Fernández de Toledo asintió, hizo un gesto a un par de jinetes y, seguido por el maestre de Calatrava, se dirigió al castillo. Los gritos de ¡Aguilar! ¡Aguilar!, arreciaron ante la llegada de los enviados del rey. Don Alfonso Fernández Coronel les contemplaba con gesto serio desde las almenas. Llevaba meses aguardando ese momento. Había depositado sus

esperanzas en que don Enrique acudiera en su auxilio o en el regreso de su yerno con los feroces y hábiles jinetes musulmanes. Pero después de un año de largo asedio, sus esperanzas se desvanecieron definitivamente cuando advirtió en el horizonte los pendones y banderas del rey de Castilla. Ya no había esperanza de victoria, pero la rendición tampoco era una opción. Avergonzado, negó con la cabeza al recordar su traición a doña Leonor de Guzmán, al devolverle la tenería de Media Sidonia nada más fallecer el rey Alfonso. Fue un error, un gravísimo error. El rey y don Juan Alfonso de Alburquerque se habían propuesto exterminar a todos sus rivales políticos. Uno a uno. Las muertes de don Juan Núñez de Lara, don Fernando Manuel, doña Leonor de Guzmán y don Garcí Laso de la Vega eran prueba de ello. Los siguientes serían los hermanos bastardos del rey, su yerno, don Juan de la Cerda, y demás nobles afines a los Guzmanes, incluido él. Observó como los arqueros y los ballesteros apuntaban a los hombres del rey. Les ordenó que bajaran sus armas con un gesto de mano: don Gutier y el maestre de Calatrava tenían intención de parlamentar.

—¡Amigo mío! —comenzó a exclamar don Gutier, intentando hacerse oír entre el clamor proveniente del castillo—. ¡Amigo mío! Aún me pregunto por qué tomaste esta determinación, por qué has traicionado a tu rey y señor.

Fernández Coronel ordenó silencio y los gritos de ¡Aguilar! ¡Aguilar!, fueron remitiendo.

—Don Gutier Fernández de Toledo, amigo mío. Tu rey y señor asesinó a doña Leonor de Guzmán, quien fue mi señora, también asesinó a don Juan Núñez de Lara, a quién serví durante largos años, y a don Fernando Manuel, un noble de recio linaje y hermano de doña Juana Manuel, esposa de don Enrique de Trastámara. Y, por último, asesinó cruelmente a mi buen amigo don Garcí Laso de la Vega, arrastrando sus despojos por las calles de Burgos y colgando su cadáver de los muros de la ciudad —Fernández Coronel hizo una leve pausa, para que don Gutier asimilara la gravedad de sus palabras y prosiguió—: Yo te pregunto, amigo don Gutier Fernández de Toledo, ¿quién es realmente el traidor?

Los gritos ¡Aguilar, Aguilar, Aguilar!, arrecieron en el castillo al escuchar las palabras de Fernández Coronel, que asintió orgulloso por la

lealtad mostrada por sus soldados.

—¡Ríndete don Alfonso, rinde la plaza y tu vida será perdonada! —exclamó don Gutier, sin pretender entrar en otras cuestiones que no fueran la entrega del castillo—. ¡No tienes más opciones!

—¡Te equivocas, don Gutier! —exclamó Fernández Coronel, al tiempo que con un gesto de mano pedía a sus hombres que cesaran los gritos—. ¡Siempre hay una opción para los que prefieren morir con honor, que vivir bajo el gobierno de un rey cruel y traicionero, de un tirano!

Los soldados de Fernández Coronel levantaron sus armas y gritaron exaltados ante las palabras de su señor.

—¡Aguilar, Aguilar, Aguilar! —rugió Fernández Coronel, alzando su espada y avivando con la fuerza de su voz y el carácter de su espíritu a sus soldados, que lanzaron al aire gritos apasionados, cargados de confianza y orgullo.

—Si esta es tu decisión, que así sea —susurró don Gutier con tristeza, girando su montura y regresando a la posición del rey.

Don Pedro no pudo escuchar el contenido de la conversación que don Gutier Fernández de Toledo había mantenido con don Alfonso Fernández Coronel, pero el griterío proveniente del castillo revelaba que las negociaciones habían fracasado. Miró al canciller y le dijo:

—Prepara a los arqueros y que la infantería avance con las escalas.

—Mi señor, ¿no será mejor esperar a que las minas derrumben los muros? —preguntó.

—He intentado evitar el asalto al castillo, pero Fernández Coronel no ha entrado en razones.

—Pero, mi señor…

El rey le lanzó una mirada gélida y cargada de furia. El canciller entendió que don Pedro no toleraría una nueva réplica.

—Ordena a los arqueros que se preparen —dijo Alburquerque a un oficial, que no tardó en cumplir su mandato.

—¡Arqueros, preparados! —gritó el oficial.

Centenares de arqueros avanzaron en tres hileras, deteniéndose a pocos centenares de pies de las murallas, protegiéndose del alcance de los proyectiles enemigos.

—Llegó el momento, ordena a los peones el asalto al castillo —dijo el canciller al oficial.

—¡Soldados! ¡Al ataque! —gritó el oficial.

Centenares de peones corrieron a voz en grito hacia las murallas, protegidos por escudos y portando las escalas. Los arqueros avanzaron su posición, disparando a discreción sus arcos, para proteger el avance de la infantería. Primero una hilera, luego otra, y luego otra, para que la lluvia de flechas fuera incesante y los defensores se vieran obligados a ocultarse tras las almenas. Los primeros soldados llegaron a las murallas y fueron recibidos con flechas, piedras y arena ardiente, que mecida por la suave brisa se dispersó por la muralla quemando a los soldados que subían por las escalas. Los defensores lucharon con bravura y lograron repeler la primera embestida. El rey y los nobles contemplaban preocupados el asalto desde la distancia.

—Envía al asalto a todos los soldados, incluida la caballería —ordenó el rey a Alburquerque.

El canciller asintió y trasladó la orden a un oficial; no volvería a cuestionar una orden del rey por muy insensata que fuera.

—Men Rodríguez y Juan Núñez de Prado comandad este ataque —dijo el rey, desviando la vista hacia los nobles, recriminándoles con la mirada que no hubieran sido capaces de rendir una ciudad que ahora tendría que someter a sangre y fuego.

Los nobles asintieron, desenfundaron sus espadas y cabalgaron a toda velocidad hacia el castillo. Aunque las tropas del rey eran mucho más numerosas, los soldados de Fernández Coronel se defendían con bravura y bien protegidos tras los sólidos muros del castillo. Una tras otra, las escalas fueron alzadas en las murallas y los soldados del rey, pese a la feroz resistencia de los defensores, lograron subir por ellas. Los gritos de dolor, furia y miedo llegaban a los oídos de don Pedro. Era su primera batalla y no estaba dispuesto a permanecer en la retaguardia, impasible, observando como sus soldados luchaban y morían. Desenfundó su espada y cabalgó hacia el castillo. Don Juan Alfonso de Alburquerque y don Gutier Fernández de Toledo, sorprendidos por el arrebato del rey, intercambiaron una mirada y asintieron. Desenfundaron las espadas y acompañaron a su

rey. Cabalgaban con la vista fija en el castillo, cuando vieron como una parte de las murallas se desmoronaba. Las minas habían cumplido con su cometido justo en el momento más oportuno. El ruido fue estremecedor, haciendo temblar el suelo bajo sus pies. Durante unos instantes gran parte de la muralla quedó oculta tras una nube de tierra, polvo y humo.

—¡Adelante, mis soldados, adelante! —gritó el rey, infundiendo ánimo a sus soldados—. ¡Al ataque!

Desde el adarve, don Alfonso Fernández Coronel contemplaba impotente como los soldados del rey cruzaban la derrumbada muralla con el ímpetu de un río desbordado. Sus soldados acudieron con presteza a cerrar la brecha, pero todo era inútil; la batalla estaba perdida. Fernández Coronel descendió por las escaleras, dejando atrás los desgarradores gritos de dolor y furia de sus soldados. Se dirigió a la torre del homenaje, donde le esperaba un capellán. Echó un último vistazo a atrás. Sus soldados formaron un muro de escudos en el patio de armas, intentando proteger la torre del homenaje de las continuas embestidas enemigas. Sintió un profundo orgullo por aquellos hombres que estaban dispuestos a ofrecer su vida en sacrificio por proteger la suya. Lanzó un hondo suspiro y entró en la torre. Pronto acabaría todo. Subió por las escaleras de piedra y se detuvo en la sala principal. Se santiguó y tomó asiento en un escabel. Fuera, en el exterior, el sonido metálico de espadas y escudos se confundía con los gritos de rabia, miedo y dolor. El capellán se acercó con paso nervioso a don Alfonso Fernández Coronel. Temblaba de miedo. A sus oídos llegaba el clamor de la terrible batalla que se estaba librando en el patio de armas. Los soldados del rey no tardarían en hacer acto de presencia. Don Alfonso Fernández Coronel le apremió con la mirada. El capellán carraspeó y con manos temblorosas se dispuso a escuchar sus pecados.

Un mar de soldados reales inundó el castillo, derrotando a los pocos defensores que permanecían con vida en el patio de armas y que persistían en continuar con la estéril lucha.

—¿Dónde está Fernández Coronel? —preguntó el rey, que en la brega había desmontado y se encontraba manchado de polvo y sangre—. ¡Encontradlo!

A su alrededor los gritos fueron cesando. Un puñado de defensores tiraron sus espadas al suelo en señal de rendición. El rey buscó con impaciencia el cadáver de Fernández Coronel. A su alrededor yacían los cuerpos de cientos de soldados. Los heridos gritaban de dolor y miedo, pues presagiaban una muerte cercana. El olor a polvo, sangre y orines impregnaba el patio de armas, donde la lucha fue sangrienta, encarnizada, terrible.

—Mi señor, hemos encontrado a Fernández Coronel —dijo un oficial, casi sin resuello y con el rostro sucio de polvo y sangre.

—¿Dónde está?

—En la torre del homenaje.

El rey respiró más tranquilo. Su enemigo no había logrado escapar.

—Quiere veros —dijo el oficial.

A don Pedro le extrañó la petición de don Alfonso Fernández Coronel. Se encogió indiferente de hombros y dijo:

—No le daré esa satisfacción. Dile al canciller que hable con él. No tengo ningún interés en reunirme con traidores.

El soldado asintió y fue en busca de Alburquerque, a quien encontró en compañía de don Gutier, haciendo balance de muertos y heridos. El canciller se dirigió a la torre del homenaje. De camino, se cruzó con el rey y este le asintió, apremiándole para que se reuniera con Fernández Coronel y poder marcharse cuanto antes de aquel infierno de muerte y desolación. El canciller subió las escaleras de piedra y llegó a la sala principal, donde se encontraba esperando don Alfonso Fernández Coronel.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó con gesto iracundo Alburquerque, sin ánimo ni necesidad de conversar con uno de sus más temibles enemigos. Sus soldados habían muerto a causa de su insensatez y obstinación.

Don Alfonso Fernández Coronel se había cambiado de ropa y vestía un gambax y una loriga limpia y reluciente. El canciller no le pasó por alto ese detalle.

«Sabe que va a morir. Se ha vestido con sus mejores ropajes para ser recibido por el Todopoderoso como corresponde», pensó. Una malvada sonrisa se dibujó en sus labios.

—Quiero ver al rey —respondió con autoridad Fernández Coronel, sentado en un sitial. El eco de su voz resonó poderosa en la sala.

—Qué decisión tan errónea has tomado —comenzó a decir el canciller en tono condescendiente—. Tú, un notable castellano, a quien el rey ha colmado de regalos y propiedades, incluida esta plaza, ¿osas rebelarte contra su autoridad? ¿A qué es debida tanta ingratitud?

—Don Juan Alfonso, así es Castilla, que hace a los hombres y luego los gasta —respondió don Alfonso Fernández Coronel.

El canciller negó con la cabeza.

—Matadlo —ordenó a uno de los soldados que lo acompañaban.

Fernández Coronel se incorporó y miró a los ojos al canciller, asumiendo con dignidad y coraje el fatal destino que le aguardaba. El soldado desenfundó su daga y se la clavó en el costado. Fernández Coronel cayó en el sitial. Su herida sangraba profusamente, pero seguía vivo. El soldado miró a Alburquerque y este le asintió. No necesitó saber más. Apretó la daga y la hundió con fuerza en el estómago de su víctima. Los ojos de Fernández Coronel se velaron mientras miraba fijamente a Alburquerque.

—Buen trabajo —dijo el canciller, arrojando una bolsa con monedas al improvisado verdugo.

En el patio de armas se encontraba don Pedro acompañado de sus principales, cuando llegó Alburquerque y le informó de la ejecución de don Alfonso Fernández Coronel. El rey asintió complacido. Había conquistado Aguilar de la Frontera. Podría regresar a Sevilla.

—¡Ordeno demoler las murallas de esta ciudad! —proclamó el rey, escupiendo con desprecio en el suelo—. ¡Su nombre, Aguilar, es símbolo de traición y rebelión! ¡Debe ser borrado, olvidado! —añadió mirando a los caballeros—. ¡Así como su escudo! Un águila es un animal demasiado noble, poderoso y digno como para representar a esta villa de malhechores y traidores. A partir de hoy, es mi deseo que esta villa se llame Monte Real y que su escudo sea el de un rey sedente con la espada desenfundada, pues ha sido un rey quien, con el valor de sus soldados y la fuerza de su espada, ha logrado someterla.

—Así será, mi señor —dijo Alburquerque.

El rey estaba satisfecho. La paz y el orden reinaban por fin en Castilla. Podría regresar a los brazos de su amada. Incluso antes de lo previsto. Solo una inquietud perturbaba su ánimo: la boda con doña Blanca de Borbón. Pero sonrió: si su padre pudo mantener su relación con doña Leonor de Guzmán a pesar de estar casado con su madre, él también podría hacerlo. Don Pedro no reparó en el sufrimiento y el pesar que, para su madre, doña María de Portugal, y para él mismo, entrañaron los amoríos de don Alfonso con su amante. Tan cegado estaba por el amor que sentía por doña María de Padilla, que cualquier consideración que no fuera estar con ella carecía de importancia.

OceanofPDF.com

29

Córdoba, marzo de 1353

Doña María de Portugal se encontraba en el alcázar de Córdoba, en la sala del rey. Tenía que hablar urgentemente con su hijo. La princesa Blanca de Borbón llevaba en Valladolid varias semanas y don Pedro no tenía intención de reunirse con ella. Había prometido a doña María de Padilla que estaría presente en el nacimiento de su hijo, y así haría. Don Juan Alfonso de Alburquerque suplicó a doña María de Portugal que acudiera cuanto antes a Córdoba con el propósito de persuadir, de arrastrar a su hijo si fuera necesario a Valladolid, donde ya estaba todo dispuesto y preparado para la boda. Solo faltaba don Pedro.

—¿Me has hecho llamar, madre? —preguntó el rey nada más entrar en la sala. Su rostro mostraba preocupación y fatiga. Doña María de Padilla llevaba dos días dando a luz, pero la criatura se negaba a salir de sus entrañas. Durante todo este tiempo, el rey apenas se había separado de ella. Doña María de Portugal sabía que no era un buen momento, pero había recibido un nuevo mensaje del canciller apremiándola para que convenciera a su hijo. La delegación francesa, encabezada por el vizconde de Narbona, se estaba impacientando y los mensajes que Alburquerque le enviaba al rey eran ignorados. Don Pedro solo tenía en mente a doña María de Padilla.

—Hijo mío —dijo doña María de Portugal, cogiéndole de las manos—, tienes aspecto de estar exhausto, agotado. Deberías descansar o acabarás enfermando.

—María está bien, madre —dijo don Pedro, con una chispa de ira en sus ojos, ante la indiferencia de doña María de Portugal por el estado de salud

de su amante—. Tu nieto es terco y fuerte. Se resiste a ver la luz del sol, pero pronto lo hará.

La relación entre doña María de Padilla y doña María de Portugal era inexistente. Al principio doña María de Portugal toleraba la presencia de la amante de su hijo, pues la consideraba un entretenimiento, un capricho pasajero. Pero el enfermizo interés por ella y las desmesuradas atenciones que la dispensaba, no tardaron en preocuparle. Temía que el amor insano e irracional que sentía por ella le apartara de sus obligaciones como rey. Y, ahora, su principal responsabilidad era casarse con doña Blanca de Borbón y tener un heredero. Un hijo legítimo y no un bastardo.

—Me alegro —mintió doña María, apartándose de su hijo.

—¿Y bien? ¿Para qué me has llamado? —preguntó don Pedro, deseando salir de aquella sala y regresar a la alcoba donde su amante daría a luz en cualquier momento.

—Hijo, debes ir a Valladolid —dijo al fin—. Tu presencia no puede demorarse más tiempo. Los dignatarios franceses se están impacientando. No entienden los motivos de tu tardanza y Alburquerque se está quedando sin excusas.

—Los dignatarios franceses están inquietos y preocupados… —repitió el rey—. ¿Te ha confirmado Alburquerque si esos dignatarios traen consigo los 25 000 florines que me deben?

Doña María de Portugal tragó saliva. Estaba al corriente de que los franceses no habían hecho efectivo el pago de los primeros 25 000 florines que debían haberse abonado en Navidad.

—Lo desconozco —respondió la reina.

—Alburquerque me hostiga con sus mensajes para que acuda cuanto antes a Valladolid, pero de los 25 000 florines no dice nada.

—Debes pensar en Castilla y en la alianza con Francia —dijo doña María de Portugal, cogiéndole de nuevo de las manos.

El rey se apartó con brusquedad. La conversación le aburría y deseaba estar con doña María de Padilla.

—Todos los nobles y obispos ya se encuentran en Valladolid. Solo faltas tú… —insistió.

—¡Basta! —exclamó encolerizado.

—¡Mi señor!

Escuchó una voz a su espalda y se giró: era una de las comadronas.

—Es una niña —dijo emocionada—. Doña María y la pequeña se encuentran perfectamente.

Don Pedro salió corriendo de la estancia seguido de la comadrona.

—Ahora tendrá que buscarse otra excusa para no ir a Valladolid —susurró doña María de Portugal.

El rey entró en la alcoba y se encontró a doña María de Padilla exhausta, sudorosa, pero tremendamente feliz. En sus brazos mecía a su hija recién nacida.

—Amor mío —dijo don Pedro, besándole las manos con los ojos húmedos de la emoción.

—Nuestra hija es hermosa, ¿verdad? —preguntó doña María en apenas un susurro—. La llamaremos Beatriz.

—¿Beatriz? —preguntó el padre.

—¿No te gusta?

El rey sonrió dichoso.

—Es un nombre precioso, para una niña preciosa.

Desde la entrada de la alcoba y sin atreverse a entrar, doña María de Portugal contemplaba la tierna escena. Sus ojos se emocionaron, pero por motivos bien distintos.

—Es igual que su padre —musitó con amargura, mientras se dirigía con paso lento y derrotado a sus aposentos.

Doña María de Padilla acarició con suavidad el cabello del rey, que seguía con la cabeza reclinada en su regazo sin poder apartar un instante la vista de su hija.

—Es tan bella como su madre —dijo.

—Y tan terca como su padre —replicó doña María.

—¿Qué quieres decir?

Doña María respiró hondo. Se encontraba muy débil, pero necesitaba hablar con él.

—Tú hija ya ha nacido, nada te ata a Córdoba —comenzó a decir.

—¿Qué? —preguntó el rey, sin entender sus palabras.

—Debes cumplir con tus obligaciones. Debes… —sintió un pinchazo en el corazón, pero en su fuero interno sabía que tenía que decirlo, tenía que sacrificarse por el bien de Castilla—… debes ir a Valladolid y casarte con la princesa de Francia.

No pudo contener más las lágrimas y rompió a llorar.

—No quiero servir de excusa a los nobles para que se alcen en tu contra. No… no podría soportar ser la causa de la ruina del reino, de tu ruina. Ve con ella, cásate, ten hijos, ten herederos. Yo…

—¿Y tú? —preguntó el rey.

—Me recluiré en un convento…

El rey se incorporó y exclamó:

—¡Jamás, eso jamás!

—Pues cásate con ella. ¡Compórtate como un rey!

Doña María no dejaba de llorar. Don Pedro volvió a sentarse en la cama. Secó sus lágrimas con las manos.

—Iré a Valladolid —dijo tras unos instantes—. Y me casaré con la francesa. Pero tú no te confinarás en un convento. Tú vivirás en Montalbán. Esa plaza pertenecía al traidor de Fernández Coronel y he decidido regalársela a nuestra pequeña. Te visitaré siempre que pueda, cuando las obligaciones del reino me lo permitan. ¿Estás conforme?

Doña María de Padilla se limitó a asentir, asumiendo con sumisa resignación su papel de amante, de concubina del rey. No era tan ingenua ni insensata como para considerar que algún día el rey pudiera hacerle su esposa. No, no lo era. Pero lo amaba con locura. Aceptó ser su amante y disfrutar de sus esporádicas visitas. Cualquier opción era mejor que no volver a verlo.

—Mi cuerpo estará en Valladolid, pero mi corazón y mi alma siempre estarán contigo, a tu lado. —El rey acercó sus labios a los de doña María y la besó con dulzura.

OceanofPDF.com

30

Valladolid, Mayo de 1353

Don Juan Fernández de Hinestrosa y don Diego García de Padilla cabalgaban plácidamente por los alrededores de Valladolid. Era una mañana fresca, clara y luminosa de primavera. Deseaban alejarse de una ciudad atestada de nobles, clérigos, procuradores, comerciantes… Demasiado bullicio y ruido, mucho ruido. Tío y sobrino se encontraban en la cúspide del poder. Eran los hombres de confianza del rey, sus privados. Don Pedro les había colmado de propiedades y títulos, y ofrecido su compañía y amistad. Pero estaban persuadidos de que su único mérito consistía en ser los familiares de doña María de Padilla. Su suerte estaba ligada a la de ella. Y a doña María de Padilla le había surgido una formidable y temible rival: la princesa Blanca de Borbón, la sobrina del rey Juan de Francia. Su boda con don Pedro suponía un contratiempo que amenazaba con dilapidar todo lo que habían conseguido hasta ahora.

—Me ha dicho don Gutier que el rey está de camino —dijo Hinestrosa, respirando el aire fresco de la mañana, impregnado con el olor a romero y jara.

—Dos meses han pasado desde que nació Beatriz.

Hinestrosa rio.

—Es evidente que el rey no tenía ninguna prisa por acudir a Valladolid.

—Alburquerque y doña María de Portugal han debido presionarle hasta la extenuación para obligarle a venir.

—No solo ellos. Son muchos los nobles que solo advierten beneficios en esta boda y en la alianza con Francia. Incluido el papa de Aviñón.

Don Diego negó con la cabeza y dijo:

—Será positiva para el reino, pero para nosotros…

Don Juan Fernández de Hinestrosa asintió.

—María ha tenido una hermosa niña, el rey la ama con locura, pero nunca se casará con ella —prosiguió don Diego.

—Pero, como bien dices, el rey la ama con locura. Quizá ahora no sea el momento, pero más adelante…

—¿Qué quieres decir? —preguntó Hinestrosa.

Don Diego detuvo su montura y mirando a su tío con firmeza respondió:

—Está en nuestras manos, al menos, intentar evitar esta boda.

El caballo de Hinestrosa dio un brinco, como si se hubiera asustado de las palabras de don Diego García.

—Si la boda con doña Blanca de Borbón fracasara, no solo mantendremos nuestra ascendencia sobre el rey, sino que podremos derribar al canciller —continuó don Diego.

—¿Al canciller? —preguntó atónito Hinestrosa—. ¿Te has vuelto loco? La familia de su mujer es pariente de la mía. Tu hermana María ha estado bajo su cuidado durante muchos años. Les debemos tierras y favores. Son nuestros amigos.

—No te falta razón. La familia de doña Isabel de Meneses es amiga, pero la de Alburquerque no. Ambos son miembros de la alta aristocracia castellana, mientras que nosotros… —don Diego sonrió con desgana—… nosotros para ellos no somos nadie. Pero ahora, como privados del rey, Alburquerque ya no nos puede despreciar como si fuéramos humildes labriegos. Ahora rivalizamos con su propio poder. Nos desprecia, nos esquiva… nos teme.

Don Juan Fernández de Hinestrosa asintió. Su relación con el canciller se había deteriorado notablemente desde que eran privados del rey. En sus ojos pudo advertir el recelo y la sospecha. Era a ellos a quienes el rey acudía a pedir consejo y opinión, y con quienes disfrutaba de sus breves momentos de descanso y esparcimiento cuando no estaba con doña María de Padilla. No le pasaba desapercibida la mirada de reprobación y despecho del canciller cuando acudía al encuentro con don Pedro y lo hallaba reunido con ellos, relajado, bebiendo y riendo, disfrutando de su compañía. Su

sobrino tenía razón, Alburquerque se sentía desplazado, herido en su orgullo. Un hombre como él no toleraría que nadie, absolutamente nadie, le hiciera sombra y menos unos infanzones clientes de su esposa, ¿cuánto tiempo más toleraría su presencia? ¿Cuándo tomaría medidas para desprenderse de ellos?

—Debemos provocar su caída o los que caeremos seremos nosotros —insistió don Diego, advirtiendo la duda en la mirada de su tío—. No podemos competir con él en dinero, ni poder. Hagámoslo pues en astucia. Seamos más inteligentes y hábiles que él.

—¿Tienes alguna idea de cómo hacerlo? —preguntó a su sobrino.

Don Diego sonrió; había convencido a su tío.

—¿Has escuchado los rumores que se están vertiendo sobre el maestre de Santiago? —le preguntó, espoleando su montura.

—¿Qué rumores? —preguntó Hinestrosa, poniéndose a su altura.

—Esos que aseguran que don Fadrique escoltó a la princesa de Francia durante una parte de su viaje por las frías tierras aragonesas…

—¿Qué insinúas? —preguntó Hinestrosa.

—Dicen que, durante el largo, frío y fatigoso camino, el maestre y la princesa intercambiaron algo más que regalos de cortesía.

En los labios de Hinestrosa asomó una pícara sonrisa.

—¿Y son ciertas esas habladurías? —preguntó.

Don Diego García soltó una carcajada.

—¿Qué más nos da? Podrán sernos muy útiles para nuestros propósitos. Además, el maestre de Santiago todavía no ha hecho acto de presencia.

—Eso es cierto, aún no ha sido visto por Valladolid.

—Tendríamos mucha suerte si no se presentara en la boda.

—Su ausencia daría pábulo a los rumores… —observó Hinestrosa.

Don Diego García asintió y dijo:

—Ese rumor, administrado sabiamente, podría sernos muy provechoso. Don Juan Alfonso de Alburquerque ha sido el principal impulsor de la boda del rey con doña Blanca de Borbón y quien ha llevado a cabo las negociaciones. Si la boda fracasara, él sería el máximo responsable y estoy convencido de que el rey jamás se lo perdonaría.

Don Juan Fernández de Hinestrosa detuvo su montura. Sus ojos estaban salpicados por la inquietud y el temor.

—Lo que pretendemos es muy arriesgado —dijo.

—Alto es el riesgo, bien es cierto, pero también alta será la recompensa —y mirándole con frialdad añadió—: Tú mantente muy atento a lo que acontezca en torno al rey. Yo me ocuparé del rumor sobre la relación de la princesa con don Fadrique.

—Espero que todo salga como esperamos —dijo Hinestrosa, no muy convencido.

—Saldrá, querido tío, saldrá.

OceanofPDF.com

31

Valladolid, mayo de 1353

El rey esperó a que doña María de Padilla se recuperara completamente del duro parto para viajar a Valladolid, donde su prometida llevaba esperándole tres largos meses. Con todo el dolor de su corazón, dejó a su amante en Montalbán y continuó el camino. Su gesto adusto y huraño revelaban que odiaba hacer ese viaje. Sentía como una extraña y tóxica desazón recorría sus entrañas. Había abandonado a la mujer que amaba y a su preciosa hija para casarse con una desconocida. Todo porque don Juan Alfonso de Alburquerque y su madre se habían empeñado en establecer una alianza con Francia. Él, como rey, estaba dispuesto a asumir su obligación, pero nadie, absolutamente nadie, le separaría de doña María. Ensimismado en sus pensamientos y abrigado por un profundo rencor, entró en la ciudad y se dirigió a las casas del abad de Santander, donde se hospedaría durante su estancia. A su alrededor se desató un tremendo revuelo. El pueblo de Valladolid vitoreaba a su rey, los niños corrían divertidos siguiendo a su montura, y los comerciantes gritaban entusiasmados su nombre. Pero él era ajeno a todo aquel bullicio. Deseaba que aquel infierno, aquella boda, concluyera lo antes posible y poder así huir y encontrar refugio seguro en el lecho de doña María. Entró en las casas del abad de Santander y se dirigió directamente a sus aposentos. Necesitaba descansar.

⁂

—No va a pagar.

La taberna estaba infestada de clientes. Al reclamo de la boda del rey con la princesa de Francia habían acudido a Valladolid miles de castellanos, con la intención de hacer negocios o simplemente para ver en persona a tan ilustres miembros de la nobleza y el clero castellano. La ciudad era una auténtica locura. El ruido en la taberna era ensordecedor. Don Juan Fernández de Hinestrosa y su sobrino, don Pedro García de Padilla, hablaban en una esquina evitando ser escuchados por oídos indiscretos.

—Me lo ha confirmado el vizconde de Narbona —prosiguió Hinestrosa.

—¿Cómo? —preguntó su sobrino.

Hinestrosa bebió un trago de vino y respondió:

—Ese francés no aguanta los caldos castellanos. Le invité a mis aposentos y estuvimos charlando y bebiendo durante horas. Gracias a Dios su castellano es mejor que mi francés.

—¿Y qué te dijo exactamente?

Los labios de Hinestrosa dibujaron una sonrisa nerviosa.

—Las arcas de Francia están vacías por la guerra contra Inglaterra. El rey Juan no solo ha retrasado el pago, sino que no contempla realizarlo hasta que acabe la guerra o, al menos, firmen una tregua con los ingleses.

—Eso significa…

—Que el rey de Francia no va a cumplir con su parte del acuerdo matrimonial —terminó de decir don Juan Fernández de Hinestrosa.

—¿Lo sabe el rey? —preguntó don Diego.

—El vizconde solo ha hablado de este asunto con Alburquerque.

Don Diego se reclinó en su silla tremendamente satisfecho y soltó un largo suspiro. Si el canciller estaba al corriente de las intenciones de los franceses de no hacer efectivo el pago de la dote y no informaba debidamente al rey, antes de que se celebrara la boda, cometería un imperdonable acto de traición. Su puesto de canciller o incluso su cabeza correrían serio peligro.

—Tenemos que hablar con el rey.

—Lleva tres días recluido en sus aposentos. No desea recibir visitas de nadie —dijo Hinestrosa, negando con la cabeza.

Don Diego asintió y dijo:

—Esperemos entonces, seamos pacientes. No es cuestión de precipitar los acontecimientos —sus labios esbozaron una malévola sonrisa.

⁂

Don Juan Alfonso de Alburquerque caminaba a toda velocidad por las casas del abad de Santander. Se dirigía a los aposentos del rey. Habían pasado cuatro días desde su llegada y no había salido de aquellas cuatro paredes. La delegación francesa estaba indignada y la princesa Blanca de Borbón lloraba por las esquinas sintiéndose despreciada. Y, ahora, por si no tuviera suficientes preocupaciones, los bastardos de don Enrique y don Tello habían acampado en los Cigales, a un par de leguas de Valladolid, con seiscientos jinetes y mil quinientos soldados. Se presentaban en la boda escoltados con todo un ejército. Desde que el rey llegó a Valladolid, intentó hablar con él en infinidad de ocasiones, pero don Pedro no deseaba hablar con nadie, ni siquiera con su madre, con don Gutier o con los Padilla. Le preocupaba que el rey hubiera enfermado de melancolía. Le había concedido tiempo y espacio, esperando que recapacitara y aceptara de una vez sus obligaciones, pero su tiempo había concluido: había un ejército a las puertas de Valladolid al que combatir.

—Necesito hablar con el rey. ¡Abrid la puerta! —ordenó Alburquerque al oficial que custodiaba la entrada de los aposentos de don Pedro.

—Mi señor, el rey ha dado orden de no ser molestado.

—Te felicito por tu lealtad y celo, pero hay un ejército enemigo acampado a dos leguas de la ciudad. Supongo que, como oficial del rey, estarás debidamente informado.

El oficial asintió.

—Bien, son más de dos mil hombres al mando de don Enrique de Trastámara, que como bien sabes, se ha sublevado contra nuestro rey en varias ocasiones. Y ahora se presenta en Valladolid con dos mil soldados. ¿No te parece este asunto lo suficientemente grave como para que el rey sea molestado?

El oficial no respondió, digirió unos instantes las palabras del canciller y después de reparar en la gravedad de estas, abrió la puerta de la estancia

del rey y entró, cerrando la puerta a su paso. No pasaron más de dos minutos cuando salió y autorizó la entrada al canciller.

—Gracias, buen trabajo —concedió el canciller entrando en la estancia.

Don Juan Alfonso de Alburquerque quedó envuelto en la penumbra. Los grandes ventanales estaban tapados por gruesas cortinas y el espacio apenas había sido ventilado. Sobre una mesa vio una bandeja con carne y fruta. Se acercó y cogió una jarra de vino. Estaba vacía. La alcoba era amplia y le costó encontrar al rey, que se hallaba sentado en una esquina de la alcoba con la mirada perdida y una copa en la mano.

—Mi señor, estas no son condiciones. Pediré que limpien y ventilen esta habitación.

—Aguarda —dijo el rey.

Alburquerque se detuvo.

—¿Qué es lo que quieres?

—Mi señor, son varios los asuntos que nos apremian —comenzó a responder el canciller, con voz sosegada—, pero uno de ellos es particularmente grave.

—¿Mis hermanos? —el rey se incorporó pesadamente y a punto estuvo de caer al suelo, como si estuviera borracho. El canciller se acercó a él, pero le detuvo con un gesto de mano—. ¿Qué ha querido decir el oficial con que están acampados cerca de Valladolid? ¿Dos mil soldados?

—Así es, mi señor.

—¿Y cuáles son sus intenciones? —el rey se dirigió a una palangana. Se lavó la cara y se mojó la cabeza con intención de despejar su mente.

—Lo desconocemos. Acabo de ser informado de su llegada.

Al rey le dolía horrores la cabeza. Desde que llegó a Valladolid no había salido de la habitación, limitando su alimentación al trasiego de varias jarras de vino al día. Se había refugiado en aquella sucia y oscura estancia, impidiendo que nadie entrara salvo para reponer las jarras vacías. Intentaba que pasara el tiempo, que la princesa de Francia y su séquito se aburrieran y regresaran por donde habían venido. Pero la boda con la francesa no era su único problema. Quizá se había comportado como un chiquillo cobarde, esperando a que los problemas se solucionaran solos sin tomar ningún tipo de determinación. Había descuidado sus obligaciones, provocando un vacío

de poder que no tardaría en ser ocupado por alguno de sus rivales. Don Pedro resopló, persuadido de que había llegado el momento de asumir sus responsabilidades antes de que lo hicieran otros.

—Entre vuestras tropas y las escoltas de los nobles que se encuentran en Valladolid contamos con seis mil soldados. Debemos marchar y combatir a los bastardos —dijo Alburquerque.

—¿Ese es tu consejo?

—¡Es una provocación intolerable! —exclamó el canciller.

—Dices que nosotros contamos con seis mil soldados y ellos con algo más de dos mil, ¿a eso le llamas provocación? No tendrían ninguna opción de victoria si se librara una batalla.

Don Juan Alfonso de Alburquerque apretó tanto los puños que se pusieron blancos. Una vez más, el rey evitaba enfrentarse a sus hermanos.

—Debemos capturar a don Enrique y a don Tello, y matarlos, mi señor. Este es mi consejo —dijo el canciller con tiento, persuadido de que su opinión no sería escuchada.

El rey bebió de su copa, pero estaba vacía. Cogió una jarra que estaba sobre la mesa, pero también estaba vacía. Se encogió de hombros resignado.

—Si he entendido bien —comenzó a decir—, me aconsejas que ataquemos y matemos a mis hermanos, a pesar de que desconocemos el motivo que los ha llevado a acudir a Valladolid con dos mil hombres, ¿cierto?

Alburquerque agachó la cabeza como respuesta.

—Creo que el odio que sientes hacia mis hermanos nubla tu entendimiento —prosiguió.

—Y yo creo que vuestra enfermiza persistencia por reconciliaros con ellos confunde el vuestro, mi señor —replicó el canciller.

Don Pedro tiró con fuerza la copa al suelo y un estridente ruido metálico resonó en toda la estancia.

—¡Basta! —gritó.

El canciller le miraba con gesto imperturbable.

—Ya conozco tu criterio —dijo el rey, mirando al suelo más sosegado —, ahora necesito conocer el de otros —levantó la vista y añadió—: Haz

venir a Hinestrosa y a Diego García de Padilla.

Don Juan Alfonso de Alburquerque apretó los dientes con gesto de rabia, de ira. «Esos bastardos desagradecidos… Todo lo que son, todo lo que tienen se lo deben a mi mujer y a mí. Fue idea mía que el rey conociera a María de Padilla en Sahagún y gracias a ese encuentro, ahora son sus privados y consejeros de confianza. ¿Qué diablos se creen esos menesterosos que son? Unos campesinos con los pies manchados de barro que visten caros ropajes. Eso es lo que son Hinestrosa y Diego García. Perros desagradecidos con ínfulas de grandeza. El rey les ha concedido alas y han volado muy alto, demasiado alto. Quizá ha llegado el momento de devolverles a la realidad», pensó el canciller.

—¿Todo bien, Alburquerque? —preguntó el rey, advirtiendo las llamas que brillaban en sus pupilas.

—Todo bien, mi señor —respondió el canciller con una sonrisa fingida.

El rey lo despidió con un gesto despectivo con la mano y este se marchó furioso a cumplir el mandato.

⁂

Abrigados por la oscuridad y con la única compañía de unas antorchas que les iluminaba el camino, don Juan Fernández de Hinestrosa y don Diego García de Padilla se dirigieron al campamento de don Enrique y don Tello. Cruzaron un riachuelo. En la penumbra vieron centellear las hogueras que los soldados habían encendido para calentar la cena e iluminar el campamento. El chapoteo de los caballos al cruzar el arroyo alertó a una patrulla que estaba haciendo una ronda para prevenir un ataque sorpresa del rey.

—¡Alto! —gritó el jefe de la patrulla de cuatro jinetes.

Hinestrosa y su sobrino se detuvieron.

—¿Quiénes sois? —preguntó el jinete, echando mano de su empuñadura. Los otros tres jinetes les apuntaron con sus lanzas.

—Somos don Diego García de Padilla y don Juan Fernández de Hinestrosa —se presentó Hinestrosa—. Nos ha enviado el rey para hablar con tus señores.

—¿A estas horas? —preguntó suspicaz el jinete.

—Cualquier hora es buena si se consigue evitar un derramamiento de sangre —intervino don Diego.

—Hay seis mil soldados en Valladolid dispuestos a atacar vuestro campamento mañana al amanecer —dijo Hinestrosa—. Si en algo valoras tu vida, será mejor que nos franquees el paso y nos guíes hasta don Enrique de Trastámara.

El jinete sabía muy bien quienes eran aquellos dos nobles que, en aquella noche si luna, le advertían sobre un ataque inminente de las tropas del rey. Y sabía muy bien la influencia que ejercían sobre el monarca. Si era cierto lo que decían, la suerte de sus señores y la suya dependían de ese encuentro.

—Seguidme —se limitó a decir, y giró su montura dirigiéndola al campamento de los Guzmanes.

Tras varios minutos de marcha, el jinete se detuvo frente a una hoguera donde calentaban carne don Enrique y don Tello.

—Mi señor —dijo el jinete, llamando la atención de don Enrique de Trastámara—, don Juan Fernández de Hinestrosa y don Diego García de Padilla desean hablar contigo. Aseguran venir en nombre del rey.

El conde de Trastámara levantó la vista, desconcertado por la inesperada visita. Desvió la mirada hacia don Tello y este se encogió de hombros. Como era costumbre, esperaba a que su hermano mayor tomara la iniciativa.

—Sed bienvenidos a mi campamento —dijo don Enrique incorporándose e invitando a los recién llegados a tomar asiento cerca del fuego.

Hinestrosa y don Diego García descabalgaron y se sentaron en unos escabeles.

—Tello, trae vino para nuestros invitados —ordenó don Enrique y su hermano obedeció dócilmente.

Hinestrosa aprovechó para echar un vistazo al campamento del conde de Trastámara. Calculó que, efectivamente, allí habría unos seiscientos jinetes y unos mil quinientos peones. Estaban bien pertrechados, pero poco

podrían hacer frente a los seis mil soldados que el rey y sus partidarios tenían acuartelados en Valladolid.

—Has hecho un buen despliegue —dijo Hinestrosa—. Si pretendías llamar la atención del rey, lo has conseguido. Mañana al amanecer recibirás su visita con seis mil soldados.

—¿Qué? —preguntó don Enrique echando mano de su espada.

—Tranquilo, sosiégate —dijo Hinestrosa con un suave movimiento de mano—. Estamos aquí por orden de don Pedro. Pretende evitar que un baño de sangre desluzca la boda real.

—Los nobles están sorprendidos por tu alarde de poder y autoridad —intervino don Diego—. Y entienden que no estás aquí, en Valladolid, en fechas previas a la boda del rey para intimidarlo o provocarlo, ¿no es así?

Don Enrique de Trastámara sonrió con malicia, pues precisamente esas eran sus intenciones. Después de su humillante sumisión tras el sitio de Gijón, quería demostrar a la nobleza castellana que no había sido derrotado y que, en cualquier momento, podría armar un poderoso ejército y enfrentarse a cualquier enemigo, incluido el rey.

—Don Pedro entiende que has acudido a Valladolid tan bien acompañado porque te inquieta que Alburquerque pueda atentar contra ti —dijo Hinestrosa.

Don Tello llegó con una jarra de vino y varios vasos. Los repartió y los llenó generosamente. Después, tomó asiento junto a su hermano.

—Continuad —dijo don Enrique, cada vez más interesado en lo que aquellos dos rufianes podrían ofrecerle.

—Y no te falta razón —prosiguió Hinestrosa, después de beber un trago —. El canciller, nada más ser informado de vuestra presencia, le recomendó al rey que os apresara y ejecutara por traidores.

—¿Cómo? —preguntó asustado don Tello. Se había perdido parte de la conversación y temblaba como un cervatillo.

—Tranquilo, Tello, tranquilo —le dijo su hermano, cogiéndole del hombro—. Es cierto que Alburquerque nos odia, como odiaba a mi madre. De hecho, aún desconozco si fue asesinada por orden del rey, del canciller o de doña María de Portugal. Bueno, eso ya no importa. El canciller es un

perro traidor y, como bien dices, temiendo sus intenciones, decidimos acudir a la boda real escoltados por un puñado de soldados.

—Dos mil soldados son algo más que un puñado… —observó don Diego García.

Don Enrique sonrió y dijo:

—Cualquier precaución es poca cuando se trata de protegerse de las aviesas intenciones del canciller —apuró un trago de vino y arrojó los posos al fuego—. ¿Es cierto que el rey nos atacará mañana? —preguntó, fingiendo indiferencia.

—El rey vendrá a Cigales mañana con su ejército —respondió don Diego García—. Ahora bien, que haya un enfrentamiento armado o no depende solamente de ti.

—¿Qué quieres decir?

—Alburquerque quiere destruiros y hemos sido enviados por el rey para evitarlo —prosiguió don Diego.

—¿Cuál es vuestra propuesta? —preguntó don Tello, paralizado por el miedo.

Don Enrique le miró y negó con la cabeza. «Si no fuera mi hermano, se lo entregaba personalmente a Alburquerque», pensó.

—El rey nos ha enviado con el propósito de evitar un enfrentamiento, una batalla —respondió Hinestrosa.

—Pero nosotros queremos ofreceros algo más —intervino don Diego.

Don Enrique le miró interesado. Le hizo un gesto apremiándole para que continuara.

—Queremos debilitar la posición de Alburquerque en la Corte y afianzar la vuestra, la de los Guzmanes —prosiguió.

—¿Afianzar la nuestra? —preguntó escéptico.

—El rey necesita que sus hermanos estén cerca de él. Que le apoyen —respondió Hinestrosa—. Recuerda con tristeza como, durante su enfermedad y apoyado por el canciller, el infante Fernando reclamó el trono.

—Los infantes son un riesgo para nuestro rey, al igual que lo es la insaciable ambición de Alburquerque —intervino don Diego.

—Son poderosos rivales… por lo tanto, el rey necesita de poderosos aliados.

El conde de Trastámara se irguió como un gallo henchido de orgullo. «Estos dos no son tan necios como parecen», concluyó.

—¿Qué podemos hacer por nuestro rey y hermano? —preguntó interesado.

—Tenéis que acudir a la boda desarmados y escoltados únicamente por cuatro o cinco soldados. —Don Diego García, advirtiendo que don Enrique se revolvía incómodo ante la perspectiva de encontrarse frente al rey y al canciller desarmado, añadió—: El rey garantiza vuestra seguridad.

—En lo que a vosotros respecta, el rey siempre ha cumplido con su palabra, ¿cierto? —preguntó Hinestrosa.

—Don Enrique, ¿no te perdonó cuándo huiste a Algeciras, o cuando te casaste con doña Juana Manuel y escapaste a Asturias o cuando te sublevaste en Gijón? —preguntó don Diego García—. Y, tú, don Tello, ¿no te perdonó por traicionarle y rendir vasallaje al rey de Aragón? ¿Acaso no te devolvió tus títulos y propiedades? ¿Qué más pruebas necesitáis, para que entendáis de una vez que el rey solo desea reconciliarse con vosotros?

Ambos hermanos asintieron.

—En eso tienen razón… —dijo don Tello, mirando a su hermano—. Siempre ha cumplido su palabra.

—Y lo volverá a hacer en esta ocasión —insistió don Diego García.

Don Enrique ponderó la propuesta de don Diego García de Padilla. Presentarse desarmado ante el rey era un riesgo, pero no lo era menos rechazar una generosa propuesta de paz. En Valladolid había seis mil caballeros en espera de librar una cruenta batalla la mañana siguiente. De ningún modo podría vencerlos solo con sus dos mil soldados. Sería una carnicería. Si rechazaba la propuesta de los Padilla tendría que huir, regresar a Asturias. Huir, una vez más. Una retirada humillante, vergonzosa, definitiva. Sería el hazmerreír de la Corte castellana. En cambio, si se presentaba desarmado en Valladolid y el rey lo apresaba, la nobleza castellana entendería que don Pedro habría actuado con cobardía y deslealtad, incumpliendo la palabra dada. Valoró las distintas alternativas y aceptó la que era más afín a sus intereses.

—Está bien, iremos a Valladolid, desarmados —decidió finalmente don Enrique.

Hinestrosa y don Diego García asintieron satisfechos; la conversación discurría por buen camino.

—Sabia y prudente decisión —dijo don Diego García.

—Todo sea por la paz —dijo un cínico don Enrique.

—El rey también persigue la paz, la reconciliación, pero necesita garantías de vuestra parte —intervino Hinestrosa.

El conde de Trastámara arrugó el ceño desconfiado y preguntó:

—¿Qué garantías? ¿No tiene suficiente con que nos presentemos en Valladolid desarmados?

—Vosotros entraréis desarmados en la ciudad, pero a dos leguas tenéis acampados a dos mil soldados. Y ellos sí que están armados —replicó Diego García.

Don Enrique soltó un bufido de desagrado y preguntó:

—¿Qué queréis?

—Que alguno de los nobles que os acompañan sean entregados como rehenes durante el tiempo que duren las celebraciones de boda —respondió don Diego.

—Serán liberados cuando os marchéis con vuestros soldados —dijo Hinestrosa.

Don Enrique de Trastámara se incorporó del escabel y se puso a caminar en torno a la hoguera. La vida de los nobles que le acompañaban le importaba más bien poco. Es más, si el rey los ejecutaba sin motivo, podría provocar un gran malestar y revuelo en la nobleza. Más le preocupaba entrar desarmado en Valladolid. Pero esos dos truhanes tenían razón: el rey siempre cumplía con lo pactado. Y debilitar la figura de Alburquerque, el hombre más poderoso de Castilla, suponía debilitar al propio rey. Sí, primero se desharía del canciller y luego… destronaría a don Pedro. De esos dos granujas se ocuparía más adelante, llegado el momento.

—No me hace precisamente feliz entregar a ninguno de mis partidarios como rehén —mintió el conde de Trastámara—, pero si este gesto de concordia y buena voluntad facilita la reconciliación con mi hermano, el rey, lo haré con agrado.

—Nos complace escuchar tus palabras —dijo Hinestrosa, mirando a su sobrino—. Mañana serán otros los que negocien con vosotros, pero las condiciones serán las mismas.

—Naturalmente, esta conversación jamás ha tenido lugar —dijo don Diego García.

—No queréis que Alburquerque sepa que habéis negociado a sus espaldas ¿verdad? —preguntó don Tello.

—Ni nosotros, ni el rey —replicó don Diego García.

El conde de Trastámara entendió que la relación del rey con el canciller era muy tensa, tanto, que en cualquier momento podría romperse.

—Decidle al rey que siempre le seré leal. Estaré a su lado, defendiendo su causa, cuando me necesite —dijo don Enrique de Trastámara, tomando partido ante un posible enfrentamiento entre don Pedro y don Juan Alfonso de Alburquerque.

—Y conmigo —se apremió a decir don Tello.

—Así haremos —dijo complacido don Diego García—. Pero hay algo más que nos gustaría pedirte.

—¿Algo más? —preguntó con tono aburrido don Enrique, cansado de las peticiones de los Padilla. Negó con la cabeza y le hizo un gesto para que continuara.

Don Diego García sonrió indiferente al ademán del conde de Trastámara, bebió un trago de vino y respondió:

—Tienes que evitar que tu hermano don Fadrique asista a la boda.

OceanofPDF.com

32

Cigales, a dos leguas de Valladolid, mayo de 1353

Armados para la guerra, seis mil soldados marcharon al encuentro de las tropas de los Guzmanes. Un espeso silencio, solo roto por el sonido de los cascos de los caballos al pisar el empedrado, los envolvía. La muchedumbre les observaba con nerviosismo y tensión. Una anciana se santiguó, mientras que otra rezaba una plegaria. El rey, acompañado de sus consejeros y de sus primos, los infantes de Aragón, los comandaba. Cruzaron las murallas y se dirigieron a Cigales. Atrás, desde las murallas, doña Leonor de Castilla, tía del rey, doña María de Portugal y doña Blanca de Borbón les observaban con preocupación. La madre del rey le había insistido a Alburquerque de que no encontraría mejor ocasión para deshacerse de los bastardos. Mientras ellos vivieran, su hijo correría serio peligro. El canciller estaba completamente de acuerdo, y por tal motivo persuadió a don Pedro para que acudiera a Cigales y capturara de una vez por todas a sus incómodos hermanos. Alburquerque cabalgaba junto al rey. Su rostro, serio y grave, no impidió que sus labios perfilaran una ladina sonrisa. Ese sería el gran día, su gran día. El rey aceptó su propuesta de marchar contra sus hermanos. Por fin, acabaría con los bastardos. Detrás del rey cabalgaban don Fernando y don Juan, los infantes de Aragón. Los pensamientos del infante Fernando eran bien distintos. Si se libraba la batalla y el rey fallecía, él sería su sucesor. «Hoy me he despertado como infante y quizá duerma como rey», pensó. Detrás de los infantes marchaban don Juan Fernández de Hinestrosa y don Diego García de Padilla. Su gesto era tranquilo y confiado. Ese día se librarían de un peligroso enemigo. Don Gutier Fernández de Toledo los seguía a cierta distancia. Tenía el semblante serio y preocupado. Deseaba de

corazón que no se produjera un enfrentamiento que podría arrastrar al reino a la guerra. Cada uno de aquellos nobles y caballeros cabalgaba inmerso en sus propias inquietudes, anhelos y ambiciones. Después de varios minutos de marcha, el ejército cruzó un arroyo y tres escuderos de don Enrique de Trastámara acudieron a pie a su encuentro.

—Mi rey —comenzó a decir uno de los escuderos—, venimos en nombre de nuestros señores don Enrique y don Tello.

—Hablad —ordenó el rey.

—Nuestros señores desean asistir a la boda, incluso desarmados si es vuestro deseo, pero temen sufrir daño por parte del canciller, don Juan Alfonso de Alburquerque.

El rey miró en rededor, asegurándose de que todos los nobles, incluido el canciller, habían escuchado las razones de sus hermanos para acudir a Valladolid escoltados por dos mil soldados.

—Alburquerque, parece ser que el responsable de todo este entuerto no es otro más que tú —dijo el rey, mirando a su canciller.

—Mi rey, no os dejéis engañar por los embustes de vuestros hermanos —replicó en apenas un susurro el canciller—. Yo no tengo nada que ver con toda esta farsa.

—No solo nuestros señores don Enrique y don Tello están dispuestos a entrar en la ciudad desarmados —continuó el escudero—, sino que, además, y como gesto de amistad y confianza, os entregarán como rehenes a los caballeros don Pedro Carrillo, don Pedro Ruiz de Villegas y don Gonzalo Bernaldo de Quirós.

—Debemos atacarlos, mi señor —susurró Alburquerque con los labios apretados, advirtiendo como se le escapaba una nueva oportunidad de acabar con los bastardos.

—Mi rey y señor. Ellos solo pretenden que se garantice su seguridad —prosiguió el escudero—. Insisten en que temen que el canciller atente contra sus vidas.

—¿Tenías pensado hacerlo? —preguntó don Pedro al canciller en voz baja, para que su conversación no fuera escuchada.

—¿Señor? —preguntó desconcertado don Juan Alfonso de Alburquerque.

—Habitualmente actúas de forma oscura y enigmática. No has dejado de incitarme a que ataque a mis hermanos… a que los mate. Sospecho que quizá lo que denuncia el escudero sea cierto y tu intención no era otra que atentar contra sus vidas.

—Esa acusación es totalmente falsa —repuso irritado el canciller.

—Me confundes Alburquerque, me confundes —soltó un largo suspiró y añadió—: A veces, no tengo claro si debo preocuparme más de la lealtad de mis revoltosos hermanos, que de la fidelidad de mi fiel canciller.

—Señor…

—¡Basta! —interrumpió el rey con un gesto de mano—. Bien, parece ser que esta incómoda situación ha sido debida a un malentendido —y dirigiéndose al escudero, añadió—: Dile a mis hermanos, Enrique y Tello, que su seguridad está garantizada. Nada han de temer.

El escudero asintió.

—Los nobles don Pedro Carrillo, don Pedro Ruiz de Villegas y don Gonzalo Bernaldo de Quirós serán entregados como rehenes al alguacil mayor don Juan Alfonso de Benavides y permanecerán bajo custodia hasta que concluyan los festejos. Entonces será liberados —prosiguió—. Y, como gesto de confianza y reconciliación, mis hermanos llevarán las riendas del caballo de doña Blanca de Borbón durante las celebraciones de boda.

—Así se lo haré saber a mis señores, mi rey —dijo el escudero.

—Me complace que todo este asunto haya quedado resuelto sin derramamiento de sangre. —El rey giró su montura y lanzó al canciller una mirada fría y cargada de reproche.

Alburquerque permaneció quieto, en silencio, observando como el ejército del rey regresaba a Valladolid sin que un solo soldado hubiera desenfundado su espada. Estaba perplejo, confundido. No entendía qué había pasado, cómo era posible que en apenas unos minutos se hubiera llegado a un acuerdo para impedir un enfrentamiento del todo inevitable. Negaba con la cabeza cuando su mirada se cruzó con la de los Padilla. A pesar de que cubrían sus cabezas con yelmos cónicos con protección nasal, pudo advertir en sus rostros una triunfante y satisfecha sonrisa. «¿Estarán estos dos detrás de esta farsa?».

⁂

El canciller no se sorprendió al ser reclamado por el rey esa misma tarde. Durante el día, había mantenido distintas reuniones con doña María de Portugal, los infantes de Aragón y don Gutier Fernández de Toledo. El supuesto motivo que justificaba estos encuentros fue concretar los detalles de la boda real que tendría lugar en unos días, pero la realidad era que necesitaba intercambiar impresiones respecto al extraño y confuso encuentro que habían mantenido con el escudero de los Guzmanes. Nadie supo darle más información de la que ya tenía. No obstante, a los infantes les advirtió incómodos con su presencia. La reina doña María de Portugal le reprochó que fuera incapaz de deshacerse de los bastardos, y que tendría que hacerlo ella misma, como ya ocurrió con doña Leonor de Guzmán. Don Gutier Fernández de Toledo le aconsejó que se contuviese y no soliviantara más al rey, pues ya se hallaba muy inquieto por la boda y, sobre todo, por estar separado de doña María de Padilla.

Alburquerque agradeció la oportunidad de entrevistarse con don Pedro. En ese encuentro intentaría limar asperezas y poder congraciarse con él. Como buen soldado, sabía cuándo debía retirarse de una batalla que estaba completamente perdida, ahorrando fuerzas y energías, para continuar la lucha más adelante.

—Mi señor —saludó Alburquerque, nada más entrar en la sala.

Don Pedro se encontraba frente a una mesa revisando unos documentos. Alzó la vista cuando entró el canciller y dijo:

—Alburquerque, que bien que ya estés aquí —cogió distraído unos documentos y añadió—: Estoy comprobando si el rey Juan de Francia ha hecho efectivo el pago de los 25 000 florines pendientes de la dote, pero no encuentro el documento que lo confirma, ¿sabes tú algo a este respecto?

El canciller se puso pálido y tragó saliva. Desde hacía días esperaba que llegase ese momento, pero aún no estaba preparado para afrontarlo. Intentó ganar algo de tiempo, pero la mirada firme e impaciente del rey, le obligó a responder con celeridad.

—Mi señor, el vizconde de Narbona me asegura que la deuda se saldará en los próximos días —respondió con una sonrisa nerviosa.

—Supongo que estarás al corriente de que el rey Carlos de Navarra no recibió la dote convenida con don Juan, cuando se casó con su hermana doña Juana.

Alburquerque se limitó a asentir.

—Y, por tal motivo, don Carlos, en defensa de lo pactado y defendiendo sus derechos e intereses, declaró la guerra a Francia.

—Mi rey, os puedo prometer que el pago…

El rey levantó suavemente la mano, haciendo callar al canciller.

—¿Debo cancelar la boda y declarar la guerra a Francia? —preguntó.

—Ya estáis casados por poderes —replicó Alburquerque—. A efectos legales, doña Blanca de Borbón es reina de Castilla.

—Bien, ¿entonces me aconsejas que la repudie? —preguntó don Pedro con una ladina sonrisa.

Alburquerque arqueó escandalizado los ojos.

—Doña Blanca de Borbón es una princesa, sobrina del rey Juan. Repudiarla podría desencadenar la guerra con Francia.

—No recibir el pago de la dote también podría suponer la guerra con Francia. Si don Carlos de Navarra le declaró la guerra al francés ¿por qué yo no debería hacerlo?

Las palabras del rey inquietaron al canciller. Estaba convencido de que sería capaz de declarar la guerra a Francia si con ello evitaba casarse con doña Blanca de Borbón. Debía ser prudente en sus palabras e intentar atemperar su ánimo.

—Os pido paciencia, mi señor. El vizconde…

—El vizconde te ha mentido a ti o tú me mientes a mí —el rey le miró con dureza, tenía los labios apretados y el gesto contraído por una ira mal contenida—. Explícate ¿quién de los dos está mintiendo?

Don Juan Alfonso de Alburquerque comenzó a andar nervioso por la sala. La acusación del rey era muy grave. La segunda que recibía ese mismo día. Alguien estaba contaminando su relación con don Pedro, alguien estaba interesado en destruirle, pero ¿quién? Apretó los puños al recordar las sonrisas de los Padilla en Cigales y entendió que, quizá, detrás de todos sus enfrentamientos con el rey estuvieran ellos. ¿Era posible que se hubieran reunido previamente con los Guzmanes? ¿Estarían informados de las

dificultades del rey de Francia para hacer frente al pago del primer plazo de la dote? Si fuera así, los había subestimado. Entonces lo entendió… ¿cómo había sido tan estúpido? Negó con la cabeza. Lo tenía delante de los ojos, pero había sido incapaz de verlo; la boda con doña Blanca de Borbón suponía un peligro, una amenaza para doña María de Padilla y para sus parientes. Había sido un necio. Debió haberlo previsto. Debería haberlos tenido bien vigilados desde que se anunció el compromiso. Don Juan Fernández de Hinestrosa y don Diego García de Padilla no eran nada sin doña María de Padilla y esta, tras la boda con la princesa de Francia, pasaría a un segundo plano. Sería simplemente la concubina del rey, su amante, como doña Leonor de Guzmán lo fue de su padre don Alfonso. Y los Padilla temían perder su poder y sus privilegios. Eran los primeros interesados en que la boda real se cancelara.

—Estoy esperando una respuesta —dijo el rey con tono grave y severo.

Alburquerque se giró y desvió la vista hacia él. Ya se ocuparía más adelante de esos dos perros desagradecidos. Ahora, lo urgente era salir de aquella reunión lo más indemne posible. Carraspeó y respondió:

—Nunca os mentiría, mi señor. Jamás. Es posible que el vizconde haya sobrestimado las posibilidades de pago del rey de Francia y…

—Las arcas de Francia están vacías. La guerra con Inglaterra ha agotado todos sus recursos. ¡El rey Juan no tiene intención de pagar la dote! —y dando un puñetazo en la mesa, gritó—: ¡Nos hemos aliado con Francia a cambio de nada! ¡Absolutamente de nada!

El rey levantó la vista y lanzándole una mirada terrible le dijo:

—Y tú lo sabías.

—Señor, no…

Don Juan Fernández de Hinestrosa había informado al rey de la conversación que había mantenido con el vizconde Narbona. Le confirmó que don Juan de Francia no podía hacer frente al primer plazo del pago de la dote y que el canciller estaba al corriente de la situación.

—Lo sabías —se levantó de la silla y se dirigió hacia él—. Sabías que el rey francés no tenía intención de pagar la dote. Nuestra alianza con Francia es gratuita. Pero no te ha importado. En este negocio, que tú has llamado boda, solo te has preocupado por tus propios intereses. Solo te ha interesado

que la lana de tus ovejas pueda ser transportada por tierras francesas y poder así venderla en Flandes.

—Siempre he mirado por el interés de Castilla, por el vuestro —replicó.

—¿Y Fadrique? —preguntó de pronto el rey a pocas pulgadas del canciller—. ¿Sabes dónde está Fadrique? ¿Sabes por qué no se encuentra aquí, en Valladolid, con los nobles?

Alburquerque dio un paso atrás incómodo. A sus oídos habían llegado comentarios acerca de la posible relación que el maestre de Santiago había mantenido con doña Blanca de Borbón durante su trayecto por Aragón, pero consideraba que no eran más que habladurías de holgazanes y alcahuetas.

—Se encuentra enfermo, en Llerena —respondió Alburquerque.

El rey comenzó a pasear por la sala. Se acercó a una mesa y se sirvió un vaso de vino.

—Dicen que en Aragón mantuvo relaciones con la princesa —dijo, contemplando como el sol declinaba por el horizonte.

—Rumores sin fundamento que no conviene concederles ni un atisbo de credibilidad.

—Desconoces si el rey francés va a pagar la dote, desconoces si Fadrique y Blanca de Borbón han compartido lecho… o tu red de espías ya no es lo que era o me estás ocultando información.

—Nunca haría tal cosa, mi señor.

—Tú me aconsejaste la alianza con Francia y el acuerdo de boda con Blanca de Borbón. Tú negociaste las condiciones con los franceses.

—Es cierto que el pago de la dote no se ha realizado en los plazos previstos, pero os puedo asegurar que los chismorreos sobre la relación de don Fadrique con doña Blanca de Borbón son falsos —el canciller se acercó con prudencia al rey—. Mi señor, la alianza con Francia es vital para Castilla, al igual que vuestra boda con la princesa. Castilla necesita un heredero legítimo. Recordad cuando enfermasteis el enorme revuelo que se levantó en toda Castilla. Aún respirabais y estuvo a punto de desatarse una guerra entre los partidarios del infante Fernando y los de don Juan Núñez de Lara. Tomad como esposa a doña Blanca, tened un heredero y luego haced lo que más os convenga.

—Sí, lo recuerdo perfectamente. —El rey le miró con ojos cargados de rabia, reproche, decepción—. En mi enfermedad, cuando era devorado por las fiebres y apenas podía respirar, tú no tardaste en favorecer al infante Fernando. Ni siquiera esperaste a que exhalara mi último estertor.

—Pretendía evitar una guerra y don Fernando es vuestro primo, vuestro familiar más directo. ¿Preferiríais que la Corona hubiera recaído en el señor de Vizcaya?

El canciller se acercó al rey y prosiguió con tono apaciguador:

—Mi señor, el rey Juan cumplirá con los pagos acordados. No debéis albergar la menor duda —insistió—. Respecto a doña Blanca, os puedo asegurar que vuestra dignidad y honor están completamente a salvo. La boda será todo un éxito y la alianza con Francia convertirá a Castilla en uno de los reinos más poderosos y temidos de Europa.

Las palabras del canciller sonaron huecas en los oídos del rey. Soltó un largo suspiro y le dijo:

—Cuatro días, Alburquerque, cuatro días le doy al vizconde de Narbona para que gestione con don Juan de Francia el pago de los 25 000 florines. Si después de este tiempo el rey francés no ha cumplido con su compromiso, no tendré la obligación de cumplir con el mío.

—Pero mi señor, para entonces ya se habrá celebrado la boda con doña Blanca —repuso el canciller.

—Puedo repudiarla o solicitar la anulación matrimonial al papado de Aviñón. Tengo argumentos suficientes para enviar a doña Blanca de vuelta a París. Cuatro días, Alburquerque, ni uno más.

Don Juan Fernández de Hinestrosa le aseguró a don Pedro que el rey Juan de Francia no pagaría la dote, pero las decisiones más drásticas y contundentes no deben basarse en conjeturas, sino en hechos. Concedería una última oportunidad a los franceses para que asumieran su parte del acuerdo y pagaran el primer plazo de la dote. Si pasados los cuatro días el pago no se hubiera hecho efectivo, entendería que Hinestrosa tenía razón y que el canciller llevaba meses engañándolo. A ojos del clero y de la nobleza castellana, tendría la legitimidad necesaria para tomar las decisiones que estimara oportunas.

—Hablaré con el vizconde de Narbona y le insistiré en la urgencia del pago de la dote. Ya no pueden demorarlo más tiempo —dijo Alburquerque y salió de la estancia dando largas zancadas.

Cuatro días, un mes, un año… daba igual, pues no era cuestión de tiempo. El canciller era consciente de que rey el Juan no tenía intención de pagar la dote. Así se lo había comunicado el vizconde de Narbona: no hay dinero, la guerra con Inglaterra consume cada florín que recauda el reino. Esas fueron sus palabras. Por el bien del enlace y de la alianza, le pidió que no difundiera esa información, pero por lo hablado en la reunión con el rey, el enviado francés no supo contener la lengua. Su futuro como canciller de Castilla estaba ligado a la boda con doña Blanca de Borbón y a la alianza con Francia. Y su éxito dependía del pago imposible del primer plazo de la dote. 25 000 florines era una auténtica fortuna que ni siquiera él estaba en disposición de afrontar. Podía pedir el dinero prestado, pero levantaría sospechas y pronto sus intenciones llegarían a oídos del rey. Solo podía esperar a que se celebrase la boda y que el rey recapacitase, que priorizara el beneficio estratégico de la alianza con Francia sobre el interés económico de la dote. En caso contrario, se auguraba un futuro muy sombrío tanto para él como para Castilla.

OceanofPDF.com

33

Valladolid, 3 de junio de 1353

Las campanas de las iglesias de Valladolid repicaron para celebrar el acontecimiento. El sol brillaba con todo su esplendor en un cielo azul completamente despejado. Los vallisoletanos salieron a las calles para aclamar a sus reyes y les arrojaron pétalos de rosas a su paso. Don Pedro y doña Blanca de Borbón iban montados en sendos caballos blancos. Le seguían doña Leonor de Castilla y doña María de Portugal montadas en mulas. Las riendas del caballo de doña Blanca las llevaban los hermanos del rey, don Enrique de Trastámara y don Tello. Los infantes de Aragón llevaban las riendas de las mulas de doña Leonor de Castilla y doña María de Portugal. Los invitados seguían a los reyes a pie entre aplausos, saludos y vítores. El pueblo estaba feliz y entusiasmado al poder presenciar el colosal desfile de personalidades, pues los más ilustres nobles y clérigos castellanos asistieron a la boda real. Todos salvo uno; don Fadrique, maestre de Santiago. Doña Blanca de Borbón sonreía y saludaba al pueblo vallisoletano. Su sonrisa forzada y su mirada triste revelaban que el viaje a Castilla y su relación con don Pedro no se estaban desarrollando como tenía previsto. Estuvo esperando tres meses en Valladolid para encontrarse con su prometido. Allí fue informada de que don Pedro acababa de tener una hija con una tal doña María de Padilla, su amante y de la que estaba profundamente enamorado. Con solo catorce años había abandonado a su familia y viajado a otro país, para casarse con un hombre que amaba a otra mujer. Se sentía sola, abandonada, terriblemente desgraciada. Discretamente se secó una lágrima que empezó a deslizarse por su mejilla. Don Pedro la miró con desdén. No podía negar que fuera bella. Tenía los

ojos azules y cristalinos, la piel blanca como la nieve y el cabello largo, rizado y dorado como finas hebras de oro puro. Sí, quizá podría haberse enamorado de ella si las circunstancias hubieran sido bien distintas. Pero ahora, en su corazón solo había lugar para una mujer: doña María de Padilla. El rey echó la vista a su espalda en busca de un noble al que no encontró. Desvió de nuevo la vista hacia doña Blanca. Su mirada de indiferencia se tornó en desconfianza. ¿Serían ciertas las habladurías? Si así fuera, su honor como rey habría sido mancillado. El gesto de don Pedro era serio, adusto, severo, no mostraba ningún atisbo de felicidad, aunque fuera su boda lo que estaba a punto de celebrarse. Deseaba que acabase esa mentira cuanto antes. El malogrado negocio que tan erróneamente había gestionado Alburquerque. Quería huir y refugiarse en Montalbán al amparo de doña María de Padilla y de la pequeña Beatriz. Levantó la vista y escuchó las campanas que no dejaban de repicar. Tan absorto estaba en sus pensamientos, que apenas había reparado en ellas y en la multitud que les vitoreaba y aclamaba. Respiró hondo, pronto llegarían a la iglesia de Santa María la Mayor, donde se celebraría el enlace. Pronto acabaría aquel tormento.

⁂

Don Juan Alfonso de Alburquerque estaba contrariado, afligido. Había depositado todas sus esperanzas en que la belleza y dulzura de doña Blanca de Borbón ablandaran el pétreo corazón del rey y lo hicieran entrar en razón. Pero no fue así. Los sirvientes le informaron de que los recién casados dormían en habitaciones separadas y que no habían tenido contacto desde el enlace. Ni siquiera habían pasado la noche de boda juntos. Probablemente, el matrimonio aún no había sido consumado. A su mente llegaron las palabras del rey que le advirtieron de que tenía cuatro días para solucionar la incómoda cuestión del pago de la dote. El canciller lo intentó. Habló con el vizconde de Narbona, pero este le trató con indiferencia, con desdén. El muy necio no era consciente de la gravedad de la situación. Le advirtió incluso de que, si Francia no saldaba la deuda, podría estallar la guerra. El vizconde francés se rio ante lo que consideraba una burda

amenaza. Desesperado, el canciller pidió ayuda a doña Leonor de Castilla y a doña María de Portugal, para que hablaran con el rey. Sus esfuerzos resultaron inútiles. El canciller paseaba inquieto por sus dependencias. Había hecho llamar a la única persona que don Pedro estaba dispuesto a escuchar. Sentía como le ardían las entrañas. La bilis corría amarga por su garganta. «Debe ser el sabor del orgullo». Intentó beber un trago de vino, pero le supo a hiel. Estaba absorto en sus inquietudes cuando escuchó como la puerta se abría. Don Juan Fernández de Hinestrosa entró en la estancia.

—Canciller.

—Hinestrosa, amigo mío —dijo Alburquerque con tono afable, cogiéndole de los hombros—. ¿Quieres un vaso de vino? ¿Algo de comer?

—Te lo agradezco, un poco de vino estaría bien.

Alburquerque sonrió y le sirvió un vaso.

—Bonita boda, ¿verdad? —preguntó el canciller, mientras invitaba a Hinestrosa a tomar asiento en una silla de tijera.

—Larga vida a los novios y que tengan muchos y fuertes hijos —dijo Hinestrosa levantando su vaso a modo de brindis.

Alburquerque hizo lo propio y después de beber un trago de vino, dijo:

—De eso precisamente quería hablarte.

Don Juan Fernández de Hinestrosa le miró con suma atención.

—Necesito tu ayuda, Castilla necesita tu ayuda —prosiguió el canciller.

—¿En qué puedo ayudarte?

—El rey confía en ti y en tu sobrino. —Alburquerque prefirió reunirse a solas con Hinestrosa, pues consideraba que don Diego García era demasiado joven, demasiado impulsivo y ambicioso. Más difícil de persuadir. A su tío lo conocía desde hacía muchos años. Tenía sus ambiciones, por supuesto, pero era un hombre práctico, sensato y prudente.

Hinestrosa asintió y bebió un trago de vino.

—Os escucha y es sensible a vuestros consejos y recomendaciones —prosiguió el canciller—. Necesito que hables con el rey y le hagas entender la importancia que tiene para Castilla su matrimonio con doña Blanca de Borbón. Debe aceptarla como esposa, consumar el matrimonio.

—¿El rey aún no ha consumado el enlace? —preguntó Hinestrosa, reprimiendo una sonrisa.

El canciller negó con la cabeza.

—No estoy del todo seguro, pero creo que no.

Hinestrosa entendió la gravedad de la situación. No haber consumado el matrimonio facilitaría su nulidad. El rey Pedro se estaba planteando abandonar a doña Blanca.

—La paz de Castilla depende del éxito de esta boda, de la alianza con Francia —prosiguió el canciller.

Don Juan Fernández de Hinestrosa advirtió en los ojos de Alburquerque una honda preocupación. Que hubiera reclamado su presencia era un gesto que evidenciaba desesperación y angustia. Su distanciamiento y rivalidad eran más que evidente. Apretó los labios intentando reprimir una sonrisa de satisfacción; era uno de los primeros interesados en que el matrimonio fracasara. Y el canciller lo sabía. Si quería ganarse su apoyo, si pretendía que Hinestrosa intercediera a favor de la alianza con Francia debía hacerle una oferta difícil de rechazar.

—Entiendo tus inquietudes y las de tu sobrino —comenzó a decir—. Teméis que el matrimonio del rey con doña Blanca pueda afectar a vuestra posición en la Corte. Lo entiendo —Hinestrosa le miraba con gesto serio—. Pero podéis olvidar vuestras preocupaciones. Te puedo asegurar, y te ofrezco mi palabra como garantía, que tanto tú como tu sobrino mantendréis vuestros cargos y responsabilidades. Es más, creo que incluso podrán ser incrementados.

El canciller intentaba ocultar sus nervios, pero el sonido vibrante de su voz le delataba. Don Juan Fernández de Hinestrosa le conocía desde hacía años y nunca le había visto tan alarmado y perdido. Bebió un trago de vino y dijo:

—Te equivocas, canciller. Nuestra única preocupación es servir al rey, servir a Castilla, no con quién se casa don Pedro. Si este matrimonio es beneficioso para el reino, sea, nosotros no haremos más que defenderlo, que protegerlo de sus enemigos. Siempre y cuando, como tú aseguras, sea beneficioso. Pero yo te pregunto, canciller, ¿realmente es provechoso para Castilla? Según tengo entendido el rey Juan aún no ha pagado el primer plazo de la dote. Y no se trata de un asunto insignificante y desdeñable. Si

los franceses son incapaces de pagar el primer plazo de 25 000 florines… ¿realmente crees que podrán pagar los 300 000 de toda la dote?

—Eso no tiene nada que ver —refunfuñó Alburquerque incorporándose de la silla.

—¡Claro que tiene que ver! —replicó Hinestrosa—. Si el rey francés no ha cumplido con su parte del acuerdo, no puedes exigir a nuestro rey que cumpla con la suya.

—Las propiedades de la Corona han sido incrementadas con las posesiones confiscadas a los traidores de don Juan Núñez de Lara, don Garcí Laso de la Vega y don Alfonso Fernández Coronel —comenzó a decir el canciller. Había llegado el momento de desvelar el precio que estaba dispuesto a pagar por el apoyo de los Padilla—. Hablaré con el rey, le persuadiré para que os entregue las villas y propiedades que os interesen. Incluso el señorío de Vizcaya si es de vuestro agrado —se acercó a una mesa y tomó un papel—. Toma, este es el listado de los títulos vacantes y de las propiedades confiscadas. Revísalo con atención con tu sobrino y decidme cuáles son de vuestro agrado, cuáles satisfacen vuestras ambiciones. Decidme, maldita sea, cual es vuestro precio —terminó de decir el canciller con tono tenso y mirada nerviosa.

Hinestrosa advirtió en el canciller a un animal herido, atrapado, furioso, al que sería terriblemente arriesgado dejar escapar de la jaula. Siempre se había sentido ninguneado por los Meneses, quienes le consideraban un pordiosero que debía su pan y su vino a su compasión y generosidad. Pero ahora la situación había cambiado. Era privado del rey, un hombre de su máxima confianza y aprovecharía su influencia como estimase oportuno. Ya no estaba obligado a agachar la cabeza y rendirle pleitesía al canciller como un sumiso y humilde labriego. Había tomado una determinación y obraría en consecuencia.

—Hablaré con el rey —Hinestrosa se incorporó, dejando al canciller con el documento en la mano—. Y sabré muy bien qué decirle.

—¿Hace falta recordarte que todo lo que tienes es gracias a mi mujer, a los Meneses? —preguntó Alburquerque con el gesto torcido por la ira. Intentó persuadirle con argumentos y regalos, pero había sido inútil. Había llegado el momento de utilizar el recurso de la amenaza—. Tanto tú como

tu sobrino os codeáis con el rey y con la alta nobleza castellana gracias a mí, ¿lo has olvidado? ¿Quién te presentó al rey en Sahagún? ¿Quién intercedió para que tu sobrina fuera la concubina del rey? No me desafíes Hinestrosa, no oses enfrentarte a mí. No seas tan insensato.

Don Juan Fernández de Hinestrosa ignoró la advertencia del canciller, fruto de la desesperación y agonía. Se disponía a abandonar la estancia cuando la voz del canciller resonó a sus espaldas.

—¡No te atrevas a desafiarme! ¡¿Me oyes Hinestrosa?! ¡No te atrevas!

El canciller, cargado de ira y frustración, le señalaba amenazante con el dedo. Hinestrosa le miró con desprecio, como quien contempla los despojos abandonados de un perro muerto a la vera de un camino. Negó con la cabeza y se marchó, dejándolo solo con sus tormentos y temores: al día siguiente concluía el plazo que le había concedido el rey para que el rey de Francia pagara los 25 000 florines.

OceanofPDF.com

34

Valladolid, 6 de junio de 1353

Doña Blanca de Borbón lloraba desconsolada en su alcoba. En París le habían asegurado que sería tremendamente feliz y dichosa en Castilla. Una vida de ensueño. El rey don Pedro, su futuro esposo, era alto y guapo. Ambos gobernarían uno de los reinos más poderosos de Europa. Pero desde que llegó a Valladolid lo que estaba llamado a ser una maravillosa vida se convirtió en un auténtico infierno. Solo encontraba consuelo en los brazos de doña María de Portugal y doña Leonor de Castilla. Con ellas paseaba por los jardines y por los alrededores de Valladolid, huyendo siempre del gentío. Y esas maliciosas habladurías… doña Blanca juraba que en ningún momento mantuvo relaciones con don Fadrique. Jamás. Entre lágrimas, aseguraba que apenas había intercambiado breves palabras de cortesía con el maestre de Santiago durante el tiempo que este escoltó a la comitiva francesa. No entendía de dónde procedían unos malintencionados rumores que se extendieron por toda la ciudad como una dañina peste. Doña María de Portugal la consolaba entre sus brazos y escuchaba su agitada respiración en su pecho. Sentía una profunda lástima por la pobre muchacha. Le recordaba tanto a ella…

Era noche cerrada en Valladolid y don Pedro se encontraba solo, en sus aposentos, acompañado únicamente por una jarra de vino. Durante los últimos días los comentarios y habladurías sobre el rey y el abandono al que estaba sometiendo a la reina Blanca corrieron desbordados por toda la ciudad. Apenas salía de su alcoba y no había hablado con su esposa desde el enlace. La Corte estaba agitada, inquieta. El rey contemplaba como la oscuridad envolvía con su negro manto la noche vallisoletana. Negó con la

cabeza y bebió un vaso de vino. Ese día venció el plazo que había concedido a los franceses para que pagaran la dote. Y no lo habían hecho. Se movía alterado por la estancia, sin saber qué hacer. «¿Declaro la guerra a Francia como hizo don Carlos de Navarra? ¿Repudio a Blanca? ¿Actúo con normalidad, con indiferencia, como si nada hubiera sucedido?», se preguntaba. Y por si no fuera suficiente, estaban las conjeturas sobre la relación de doña Blanca con don Fadrique… «¿Serían ciertas?». Las dudas asaltaban constantemente el ánimo del rey. Bebió un trago y luego otro más hasta que vació el vaso. Se disponía a rellenarlo, cuando un sirviente anunció la llegada de don Juan Fernández de Hinestrosa y don Diego García de Padilla. Don Pedro no tenía mucho interés en recibir visitas, pero quizá sus privados tuvieran noticias de doña María y de su hija doña Beatriz. El rey asintió al siervo y los dos hombres entraron en la estancia.

—Mi señor —saludó Hinestrosa con una suave inclinación de cabeza.

—Mi rey —saludó don Diego.

La sala se encontraba en penumbra, apenas iluminada por la luz de unas pequeñas y titilantes velas. Don Pedro había encontrado refugio, consuelo y paz en la oscuridad. Rellenó su vaso y con un gesto de mano les invitó a que tomaran asiento en torno a una mesa.

—¿Cuál es el motivo de vuestra visita? ¿Tenéis noticias de María y de Beatriz? —preguntó con tono áspero.

—Se encuentran bien, mi señor —respondió Hinestrosa.

—Deseando veros —intervino Diego.

El rey sintió un pinchazo en el corazón. Se sentía espantosamente atrapado en Valladolid. Le faltaba el aire. Una terrible angustia amenazaba con arrebatarle definitivamente el ánimo. Hubiera vendido el reino a cambio de poder huir a Montalbán donde se encontraban doña María y su hija.

—¿Y bien? —preguntó el rey con tono apremiante, impaciente por volver a su soledad.

Hinestrosa y don Diego García se miraron sin saber muy bien por dónde empezar. Finalmente fue don Juan Fernández quien habló.

—Señor, Alburquerque me ha persuadido para que hable con vos.

—Continua —dijo el rey con un gesto de mano.

—Insiste en que debéis cambiar de actitud, aceptar definitivamente a doña Blanca de Borbón como vuestra esposa.

—No puede ser… ¿vosotros también? —refunfuñó el rey, poniéndose en pie.

—¿Mi señor? —preguntó don Diego García.

Don Pedro se acercó a una ventana y desvió la vista hacia la ciudad. Bebió un trago y dijo:

—Esta mañana me han visitado mi madre y mi tía Leonor con las mismas intenciones. Blanca les ha asegurado que no hemos consumado el matrimonio y que me dispongo a abandonarla.

—¿Y es cierto? —preguntó esperanzado don Diego.

El rey no respondió, continuó mirando en silencio por la ventana.

—Nuestras intenciones no son las de convenceros para que hagáis algo que no deseáis, mi rey —prosiguió don Diego.

—Son extremadamente persistentes, casi van a lograr que la aborrezca, aún más —dijo el rey, bebiendo otro trago.

Tío y sobrino intercambiaron una mirada de complicidad.

—Entiendo que los franceses no han pagado la dote… —dijo Hinestrosa.

Don Pedro se limitó a negar con la cabeza.

—Mi rey, Alburquerque negoció con los franceses tanto el acuerdo matrimonial como la alianza —prosiguió—. Si don Juan de Francia no ha cumplido con su parte el acuerdo, no entiendo su persistente interés en que vos cumpláis con la vuestra.

El rey desvió la mirada hacia los Padilla.

—Alburquerque está muy interesado en cerrar esta alianza con independencia de que los franceses paguen o no la dote. Es evidente que está más preocupado de sus asuntos que de velar por los intereses de Castilla. —Don Diego García de Padilla hizo una breve pausa, para que don Pedro ponderara la gravedad de sus palabras—. El rey Eduardo de Inglaterra está ganando la guerra a don Juan de Francia. Deberíamos aliarnos con el bando vencedor y no con el perdedor. ¿A qué es debido pues el interés de Alburquerque con Francia?

—El canciller es el mayor propietario de tierras y de ganado de Castilla. La alianza con Francia le permitirá transportar su lana por tierras francesas hasta Flandes sin pagar impuestos ni aranceles —dijo Hinestrosa.

—Tanto interés, tanta obstinación en aliarse con los franceses es sospechosa. No sería de extrañar que el rey francés le hubiera sobornado con algún trato preferente en sus exportaciones de lana o concedido cualquier otro favor o privilegio —se atrevió a acusar don Diego.

Hinestrosa hizo un gesto a su sobrino para que guardara silencio. Lanzar infundadas acusaciones de corrupción no era el camino idóneo para desembarazarse de Alburquerque. No lo necesitaban.

—Mi señor, os dije que el canciller estaba al corriente de que los franceses no iban a pagar la dote —comenzó a decir Hinestrosa—. Lo sabe desde hace meses. Ha ocultado una información que hubiera evitado el terrible error de firmar una alianza con Francia, un reino arruinado y derrotado. Y vuestra boda, mi señor, vuestra boda jamás se hubiera celebrado. Castilla no se merece este indigno acto de cobardía y traición.

El rey giró la vista hacia la ventana y bebió un trago de vino. Don Juan Fernández de Hinestrosa tenía razón. Si hubiera sabido que los franceses no tenían intención de pagar la dote no se habría casado con doña Blanca ni firmado la alianza. Por tal motivo, el canciller le ocultó que los franceses no podían hacer frente al pago de la dote. Alburquerque se había reído de él, le había humillado delante de la delegación francesa. Le había traicionado.

—Los franceses no van a pagar los 25 000 florines pendientes, como no pagarán los 275 000 restantes —insistió Hinestrosa.

—Deberíais… —don Diego dudó si continuar con la frase. Miró a su tío y este le asintió—… deberíais repudiar a doña Blanca de Borbón y rechazar la alianza con Francia.

—Francia no ha cumplido con su compromiso; Castilla no debería cumplir con el suyo. En caso contrario ¿qué mensaje estaremos trasmitiendo? —preguntó Hinestrosa.

Don Diego García se levantó, se acercó al rey y casi en un susurro, respondió la pregunta de tu tío.

—De debilidad mi rey, de absoluta y total debilidad.

⁂

La madrugada se cernía sobre Valladolid. El rey cruzó sus murallas cabalgando a toda velocidad, dejando atrás el eco de los cascos de su montura al chocar violentamente con el empedrado. Don Diego García de Padilla y dos caballeros de su entera confianza le acompañaban. Portaban antorchas para iluminar el camino en la oscura noche. Don Pedro había tomado su decisión: abandonaría la Corte de Valladolid y se reuniría con doña María en Montalbán, aunque tuviera que cabalgar sin descanso durante toda la noche. En Valladolid permanecería don Juan Fernández de Hinestrosa para mantenerle informado de los movimientos de Alburquerque y del resto de los nobles. El canciller le había traicionado. El rey no tenía ninguna duda, pero necesitaba saber si había alguien más involucrado en sus pérfidas maniobras. Y estaba persuadido de que pronto lo averiguaría. Sobre los traidores, sobre los conspiradores que habían tratado de engañarle, conduciéndole a la firma de un acuerdo mezquino y humillante con Francia desataría toda su ira, toda su justicia. Sin embargo, negó con la cabeza mientras cavilaba qué hacer con doña Blanca de Borbón, la reina de Castilla. No, no la repudiaría. La chiquilla era una pieza más en aquella partida, en aquel juego que se traían entre manos don Juan de Francia y Alburquerque. Bastaría con apartarla de su vida. No debería suponer una molestia que perturbara su relación con doña María.

El sol despuntaba por el horizonte cuando el rey llegó a Montalbán. Descabalgó de un salto y corrió en busca de doña María. Había cabalgado toda la noche, pero no se encontraba cansado. Su corazón latía con fuerza excitado ante la promesa de encontrarse con su amada. Entró en la alcoba y allí la encontró, durmiendo. Junto a ella, la cuna de Beatriz. Don Pedro se acercó en silencio a la cuna y besó a su hija con ternura. Luego se arrodilló junto al lecho y tomó a doña María de la mano. Contemplaba distraído su hermoso y dulce rostro, cuando su amante se despertó.

—¿Tú? ¿Qué haces aquí? —preguntó inquieta, asustada, ante la inesperada presencia del rey.

En los labios de don Pedro asomó una sonrisa y preguntó:

—¿Tanto te alegras de verme?

Doña María se lanzó sobre él y lo besó.

—¿Pero…? —preguntó confusa, nerviosa.

—Nadie logrará separarme de ti, nadie —se limitó a responder el rey.

Los ojos de doña María se velaron por la preocupación. El rey había abandonado a la princesa Blanca de Borbón, a la reina de Castilla, pocos días después de haberse celebrado el enlace. ¿Cuál sería la respuesta del clero y de la nobleza castellana? ¿Toleraría el rey de Francia tal afrenta? ¿Estallaría la guerra? Oscuros presagios se cernían sobre Castilla.

—Amor mío, pero qué has hecho… —Doña María acarició con dulzura el rostro de su amado. Su mirada quedó velada, oculta tras las tinieblas de la preocupación.

OceanofPDF.com

35

Valladolid, 7 junio de 1353

Valladolid se convirtió en un hervidero tan pronto trascendió la noticia de la huida del rey. Los nobles se hallaban terriblemente nerviosos sin saber qué hacer, ¿debían permanecer en Valladolid en espera de su regreso o marchar a Toledo donde se aseguraba que se encontraba? ¿Por qué se había marchado? ¿Regresaría? ¿Cuáles eran sus intenciones? ¿Qué sucedería con doña Blanca de Borbón? ¿Y con el pacto con Francia? Las dudas, las inquietudes, eran muchas y uno de los pocos nobles que podría tener alguna respuesta era don Juan Fernández de Hinestrosa. A él acudieron don Enrique de Trastámara y su hermano don Tello tan pronto tuvieron noticia de la espantada del rey. Estaban satisfechos; don Pedro, antes de su partida, había ordenado la liberación de los rehenes don Pedro Carrillo, don Pedro Ruiz de Villegas y don Gonzalo Bernaldo de Quirós. La liberación de los partidarios de los Guzmanes fue un gesto de reconciliación y concordia por parte del rey; los necesitaba como aliados en el caso de que se produjera un más que probable enfrentamiento con don Juan Alfonso de Alburquerque.

Hinestrosa se encontraba en su cámara ordenando unos documentos, cuando recibió la visita de don Enrique y don Tello.

—¿Es cierto que el rey se ha marchado? —preguntó el conde de Trastámara a modo de saludo.

—Así es. Salió de la ciudad de madrugada. Mi sobrino le acompañaba —confirmó Hinestrosa con una sonrisa.

—Eso es bueno, ¿verdad? —preguntó don Tello a su hermano.

Don Enrique le miró con indiferencia.

—¿Por qué se ha marchado? —preguntó.

—Lo mejor que podéis hacer tú y tu hermano es seguirle. Se avecinan tiempos convulsos en Castilla y es conveniente que el rey no tenga ninguna duda de vuestra fidelidad. Por vuestro bien, acudid a Toledo. Es lo único que puedo decirte.

Don Enrique y don Tello se miraron sin saber muy bien qué hacer.

—Debemos estar junto al rey, es nuestra obligación —dijo don Tello.

—Buena idea —confirmó Hinestrosa con una sarcástica sonrisa.

Sin decir palabra, don Enrique de Trastámara se giró y abandonó la estancia seguido a pocos pasos de su hermano. Unas horas más tarde, marchaba a Toledo.

⁂

Don Juan Alfonso de Alburquerque se hallaba preocupado. Había expirado el plazo que el rey había concedido a don Juan de Francia para que pagara el primer plazo de la dote. Esperaba que su reacción fuera colérica, furiosa, pero huir, dejando en Valladolid a doña Blanca, la reina de Castilla, era absurdo, desproporcionado. ¿Qué sería lo próximo? ¿Repudiarla y declarar la guerra a Francia? Y respecto a él, ¿cuáles eran sus intenciones? ¿Ordenaría su ejecución? Un escalofrío recorrió su espalda e intentó desechar de su mente tales pensamientos. Soltó un largo suspiro y se dirigió a las dependencias de doña María de Portugal. Caminaba por el patio interior del palacio de las Huelgas, cuando se encontró con don Juan Núñez de Prado. Le estaba buscando.

—Los infantes Fernando y Juan se han marchado a Toledo —le dijo apresuradamente el maestre de Calatrava.

Alburquerque detuvo su paso. Advirtió la inquietud en los ojos del maestre.

—Y ayer lo hicieron los bastardos y don Juan de la Cerda —prosiguió —. Pero Hinestrosa sigue aquí, en Valladolid, cuando su sobrino se ha marchado con el rey…

—Hinestrosa sigue aquí por orden suya —dijo Alburquerque.

—La mayoría de los nobles se han marchado a Toledo. Esto no me gusta…

—Acompáñame —dijo Alburquerque—, vayamos a ver a doña María de Portugal. Tenemos tres reinas que consolar.

Tal y como el canciller esperaba, la madre del rey se encontraba en sus aposentos acompañada de doña Leonor de Castilla y de doña Blanca. El aspecto de las tres mujeres era de lo más triste y desolador. Doña Blanca lloraba en los brazos de su suegra y doña Leonor de Castilla miraba distraída por la ventana con gesto serio y malhumorado.

—Señoras —saludó Alburquerque nada más entrar en la estancia seguido por el maestre.

Las tres mujeres desviaron la mirada hacia ellos con la esperanza de que se tratara de don Pedro. Alburquerque no tardó en advertir en sus rostros cierto gesto de decepción. Durante un breve instante las tres reinas creyeron ilusionadas que el rey había cambiado de parecer y que regresaba a Valladolid para reconciliarse con su esposa.

—Debes ir a buscarlo —dijo doña María de Portugal, con los ojos húmedos, pero con firmeza—. Tienes que convencerlo de que ha cometido una insensatez. Tiene que volver con doña Blanca antes de que sea demasiado tarde.

—Esa furcia —escupió doña Leonor de Castilla. La tía del rey tenía algo más de cuarenta años, cabellos largos y castaños, y ojos marrones astutos y profundos—. Lo tiene hechizado como Leonor de Guzmán tenía hechizado a mi hermano.

Doña María de Portugal le lanzó una mirada dura y fría por pronunciar ese nombre maldito, prohibido.

—Lo siento… —se disculpó doña Leonor, bajando la vista.

—La huida de Pedro, dejando aquí a esta pobre niña, puede desatar una guerra —dijo doña María de Portugal, mirando al canciller—. La Iglesia recriminará a mi hijo su infantil comportamiento. Muchos nobles considerarán que no es digno y se alzarán en armas en su contra. ¡No ves que la guerra se cierne sobre Castilla!

—Sosegaros —dijo el canciller cogiéndola de los hombros—. No hay motivo para la guerra. Ningún noble castellano osará alzarse contra su rey. La Iglesia le amonestará, es cierto, pero pronto, muy pronto, las aguas volverán a su cauce y todo este feo asunto quedará olvidado.

Alburquerque sonrió no muy convencido de sus propias palabras, pero necesitaba transmitir un poco de paz y esperanza a aquellas mujeres, aquellas reinas.

—Habla con él —insistió doña María de Portugal—. Debe volver a Valladolid. Debe reconciliarse con su esposa.

—Así haré, mi señora. Pronto el rey regresará con la reina Blanca.

⁂

Pocos días después del encuentro con doña María de Portugal, Alburquerque marchó a Toledo acompañado por el maestre de Calatrava, veinte nobles y trescientos caballeros. Su misión suponía todo un desafío; liberar al rey de las garras de doña María de Padilla y devolverlo a los brazos de su esposa, la reina Blanca. Doña María de Portugal tenía razón. Muchos eran los nobles disgustados por el desconsiderado comportamiento del rey con su esposa. Lo consideraban un desprecio hacia la Corona de Francia. De ningún modo, un rey puede comportarse como un vulgar tabernero.

De camino a Toledo, Alburquerque y los nobles se detuvieron a descansar en Almorox. Los caballeros que los acompañaban acamparon a una legua de la villa para no inquietar a la población. Detuvieron sus monturas frente a una taberna que conocían muy bien, pues era parada habitual en los trayectos de Toledo a Valladolid. Era noche cerrada cuando entraron en la taberna, un local amplio de paredes blancas, que olía a ajo y a vino rancio. Solo un par de ancianos se encontraban en el local sentados en una esquina trasegando unos vasos de vino. Los ancianos, al ver entrar al grupo de nobles, decidieron prudentemente marcharse. El tabernero dejó de hurgarse las uñas con un cuchillo y corrió a atender a los recién llegados, que habían tomado asiento en una mesa alargada junto a una de las paredes. Poco más les pudo ofrecer salvo una sopa de ajo y varias jarras de vino. Alburquerque bebía un trago cuando vio entrar en el local a Samuel Leví, el tesorero del rey, un judío de barba lacia, nariz aguileña y mirada astuta. Samuel Leví le saludó con la mano y se acercó a él.

—¡Qué grata sorpresa verte aquí, canciller! —exclamó con una desdentada sonrisa.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó sorprendido Alburquerque, invitándole a tomar asiento con un gesto de mano.

—El rey me ha ordenado que fuera a buscarte a Valladolid, pues reclama tu presencia. De camino, he hecho parada en Almorox. Me encontraba en mi habitación, cuando he oído la llegada de unos jinetes. Me he asomado por la ventana y he visto que eras tú con tan buena compañía —Samuel Leví desvió la mirada hacia a don Juan Núñez de Prado—. Me has ahorrado un largo viaje, pues entiendo que vais a Toledo, ¿verdad?

Alburquerque asintió y le miró con recelo. La inesperada presencia de Samuel Leví en Almorox le incomodaba.

—Excelente.

Durante unos instantes, permanecieron envueltos en un tenso silencio. Samuel Leví era privado del rey, un consejero de su máxima confianza y fiel servidor de doña María de Padilla.

—¿Entonces el rey ya está en Toledo? —preguntó don Juan Núñez de Prado, que se encontraba sentado al lado del tesorero.

—Cuando el rey salió de Valladolid se dirigió a Montalbán. Allí permaneció un par de días con doña María y luego marchó a Toledo.

—¿Para qué reclama mi presencia? —preguntó Alburquerque.

Los nobles dejaron de beber y prestaron atención a la respuesta.

—Eres el canciller de Castilla. Tu obligación y deber es estar junto al rey —respondió Samuel Leví con frialdad.

—No es necesario que me recuerdes mis obligaciones —replicó Alburquerque con tono áspero—. Siempre he trabajado por el bien de Castilla y de mi rey.

—No me interpretes mal, mi buen amigo —dijo Samuel con tono conciliador—. Lo que he querido decir es que el rey ha establecido la Corte en Toledo, y es en la Corte donde debe estar su canciller.

Don Juan Alfonso de Alburquerque miró a Samuel Leví intentando escrutar en su rostro, en sus ojos, el significado real de sus condescendientes palabras. No obstante, el canciller no era un hombre que se dejara llevar por suposiciones o conjeturas. Días antes de salir de

Valladolid, había enviado espías a Toledo para que le informaran de los movimientos en la Corte y poder así estar alerta ante cualquier imprevisto. Y con uno de ellos había acordado encontrarse en Fuensalida, a medio camino entre Almorox y Toledo.

—El rey te espera con impaciencia —insistió el tesorero real.

—No hay mayor satisfacción para mí que la de servir a mi rey —dijo Alburquerque.

—Ese es el anhelo de todos los nobles y caballeros aquí presentes —puntualizó el maestre de Calatrava.

Unos murmullos de aprobación recorrieron la mesa. Samuel Leví sonrió tomando buena cuenta de los nobles que se encontraban allí sentados.

—Al rey le agradará la presencia en Toledo de tan leales caballeros —dijo Samuel Leví alzando su vaso—. Ahora es cuando más os necesita.

—¡Por el rey! —exclamó un noble, poniéndose en pie y levantando su vaso.

—¡Por el rey! —secundaron todos los presentes.

⁂

No esperaron al amanecer. Apenas durmieron unas pocas horas y continuaron el viaje. Alburquerque necesitaba que su espía le informara de lo que estaba sucediendo en Toledo. De las verdaderas intenciones del rey. Él era un hombre rico, poderoso, con una gran influencia en la nobleza y el clero castellano. Aunque la boda con doña Blanca y la alianza con Francia habían supuesto un estrepitoso fracaso, no consideraba que su vida corriera peligro. Y tenerlo como enemigo sería una temeridad. El rey no era tan insensato. Pero Alburquerque era un hombre prudente y por eso viajaba escoltado por trescientos caballeros y tenía espías desplegados en las cuatro esquinas del reino. Hablaría con el rey, le haría entrar en razón. Conseguiría llevarlo de regreso a Valladolid, aunque fuera a rastras. Todavía podía reconducir la situación.

En pocas horas llegaron a Fuensalida. Alburquerque ordenó a los nobles y los soldados que se detuvieran a una legua de la villa. Él continuaría solo. Cabalgaba en silencio mirando atento a su alrededor. El día era claro y

caluroso. Alburquerque se secó el sudor de la frente. Estaba agotado por el viaje, por la tensión. «Me estoy haciendo mayor», pensó con amargura. En un lugar discreto, junto a los muros del cementerio, le aguardaba su espía. Y allí lo encontró, sentado en una roca de granito, cobijándose bajo la sombra de un ciprés de los inclementes rayos del sol. El hombre se incorporó nada más verle.

—Siempre tan puntual, amigo Juan de la Cerda —saludó Alburquerque, descendiendo del caballo.

El yerno de don Alfonso Fernández Coronel era un hombre alto, de cabellos largos y oscuros, ojos claros y mentón ancho y rasurado. Cuando su suegro se alzó en armas contra el rey, acudió a Granada en busca de ayuda. Al no encontrarla, cruzó el estrecho y solicitó auxilio al rey de Fez, pero no tuvo mejor suerte. Tras la toma del castillo y el asesinato de su suegro, huyó en busca de refugio a Portugal, donde permaneció hasta que, gracias a la mediación de Alburquerque, el rey Pedro le perdonó. Pero la intervención del canciller para salvarle la vida no fue gratuita; don Juan de la Cerda debería convertirse en uno de sus informadores, de sus espías. Era nieto de don Alfonso de la Cerda y, por lo tanto, descendiente del rey Alfonso X. Un noble de tan recio linaje era un activo demasiado valioso como para dejarlo escapar. El yerno del desafortunado don Alfonso Fernández Coronel le era mucho más útil vivo que muerto.

Don Juan de la Cerda se incorporó, le cogió de los hombros y negando con la cabeza le dijo:

—No debes ir a Toledo.

—¿Cómo?

—Toledo es una trampa —respondió—. El rey te apresará tan pronto cruces las murallas.

Alburquerque sintió un vértigo estremecedor y desvió la vista al suelo. Tomó asiento en una roca de granito y negó con la cabeza sin entender qué estaba sucediendo.

—El rey no tiene nada en mi contra, ¿de qué me acusa? —preguntó más repuesto.

—De traición.

—¿Traición?

—Los Padilla le han dicho que estabas al corriente de que los franceses no iban a pagar la dote y que, aun así, tú has persistido en continuar con la boda y con la alianza con el rey Juan.

—¡Bastardos! —exclamó enfurecido—. ¡Malditos perros desagradecidos!

—Cuídate de los Padilla —prosiguió don Juan de la Cerda, haciéndole un gesto para que bajara el tono de voz—. Ejercen una enorme influencia sobre el rey.

Alburquerque asintió, miró a su espalda y en lontananza vio a los nobles y caballeros que le acompañaban.

—¿Y ellos? —preguntó, señalándolos—. ¿Y el maestre de Calatrava y los nobles que están conmigo?

—Tú lo has dicho, están contigo. Si van a Toledo sufrirán tu misma suerte.

El canciller negó con la cabeza y se mesó inquieto la barba. Ahora entendía las prisas del judío para que fuera a Toledo; el rey le había tendido una emboscada de la que no podría escapar.

—¿Y don Enrique de Trastámara y sus hermanos? —preguntó, debía buscar aliados y que mejor que aquellos que en su día se alzaron en su contra.

Don Juan de la Cerda sonrió entendiendo sus intenciones.

—Don Fadrique permanece en Llerena, y don Enrique y don Tello están en Toledo con el rey, pero…

—¿Pero…?

—Bueno, ya sabes que la ambición de don Enrique es insaciable. Ahora permanece agazapado como una fiera hambrienta, esperando con paciencia a que una apetecible presa se cruce en su camino para lanzarse sobre ella —se acercó al canciller y cogiéndole del hombro, añadió—: Aguarda el momento preciso para reclamar lo que considera suyo.

—La Corona de Castilla…

Don Juan de la Cerda se limitó a asentir.

«Necesitará poderosos aliados para lograr tan ambiciosa empresa», pensó Alburquerque, acariciándose la perilla.

—Te mantendré informado de sus movimientos —dijo don Juan de la Cerda, como si leyera sus pensamientos.

Alburquerque se limitó a asentir con los labios fruncidos.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó don Juan de la Cerda.

El canciller le miró con suspicacia. ¿Podría desvelarle sus planes, confiar en él? Naturalmente que no. Nadie se fiaba de nadie en Castilla. La Corte se había convertido en un nido de víboras traidoras y cobardes.

—Mi querido amigo, haré lo que considere mejor para Castilla.

OceanofPDF.com

36

Cuéllar, julio de 1353

Don Juan Alfonso de Alburquerque, don Juan Núñez de Prado y los nobles que los acompañaban, se refugiaron en sus propiedades a la espera de los acontecimientos. Confiaban en que las aguas, tarde o temprano, volverían a su cauce. El canciller viajó a sus tierras en la Extremadura portuguesa. Alejado de Castilla y amparado por el rey portugués, se sentía seguro, confiado. Además, su influencia en Castilla y su colosal fortuna le protegerían de las eventuales iras del rey. Don Juan Núñez de Prado se marchó a Almagro, feudo del maestrazgo de Calatrava, al abrigo de los caballeros de la orden.

El rey paseaba con Hinestrosa por el patio de armas del castillo de Cuéllar. Se hallaba liberado, satisfecho. Había logrado desprenderse de doña Blanca de Borbón y del molesto de Alburquerque. A doña María de Padilla la dejó en Olmedo, con su hija Beatriz. Deseaba apartarlas del insano y pútrido ambiente cortesano. A Cuéllar acudieron los principales nobles castellanos, incluyendo sus hermanos don Enrique, don Tello y don Fadrique. El canciller se encontraba en Portugal, según el rey, prueba inequívoca de su culpabilidad. El maestre de Calatrava se hallaba en Almagro. Le había enviado numerosas cartas asegurándole su obediencia y lealtad. Cartas que don Pedro no se molestó en responder. Era un día cálido, pero una suave brisa y las sombras de las murallas conferían un agradable y reconfortante frescor. Ambos hombres tomaron asiento en un banco de piedra. El rey hizo un gesto a un criado para que les sirviera vino.

—Ha llegado una carta del nuevo papa, Inocencio VI —comenzó a decir Hinestrosa que, tras la huida de Alburquerque, se había convertido en

el noble más poderoso de Castilla—. Os pide que regreséis con doña Blanca de Borbón.

El papa Clemente VI murió el 6 diciembre de 1352, poco después se reunió en Aviñón un cónclave de veintiséis cardenales, para elegir un nuevo papa. Tras dos días de deliberaciones, fue elegido el francés Étienne Aubert, que tomó posesión del solio pontificio con el nombre de Inocencio VI. La influencia de la Corona francesa en el papado de Aviñón era incuestionable, y explicaba el férreo apoyo de este a Francia en la guerra contra Inglaterra.

—¿Dice algo más? —preguntó don Pedro después de beber un trago.

—Es un poco larga, pero, en resumen, pide que la tratéis con el afecto y el respeto que la reina de Castilla se merece. También os recuerda que vuestro matrimonio está vinculado a una alianza con el reino de Francia.

—¿Dice algo de la dote que me deben los franceses?

—No.

—Entonces ya está todo dicho.

Hinestrosa sonrió y bebió un trago de vino.

—El papa también ha enviado cartas a vuestra madre, a doña Blanca de Borbón y a doña María.

—¿A María también? —preguntó el rey sorprendido.

—Le recrimina su injerencia en vuestro matrimonio, lo que considera una ofensa hacia a Dios, y le exige que se aparte de vuestra vida y se confine en un convento.

—Vaya…

—A vuestra madre, doña María de Portugal, le pide que hable con vos y que os persuada para que volváis con vuestra esposa.

—¿Y a Blanca qué le pide?

—Que sea amable con vos y que sepa ganarse vuestro cariño y amor.

—No debe tener mucho trabajo el nuevo papa de Aviñón si tiene tiempo para escribir tantas cartas —observó el rey con sorna.

—O quizá esté siendo presionado por don Juan de Francia, para que interceda en vuestra alianza —replicó Hinestrosa.

—Fueron los franceses los que incumplieron el pacto al no hacer efectivo el pago convenido —objetó don Pedro con desdén—. El papado de Aviñón es aliado de Francia en la guerra que mantiene contra los ingleses,

este es el motivo de su agotadora insistencia. Están siendo duramente derrotados y necesitan de nuestra flota, de nuestros ejércitos para revertir la situación.

El rey bebió un largo trago de vino y prosiguió:

—El rey francés jamás debió haber firmado un acuerdo que no estaba en disposición de cumplir. No solo ha fracasado la alianza, sino que se ha abierto la posibilidad de un acercamiento entre Castilla e Inglaterra. El rey Juan ha actuado con torpeza, con improvisación. No ha valorado las consecuencias de sus decisiones.

Hinestrosa asintió. El tío de doña María de Padilla era partidario de firmar una alianza con Inglaterra. Consideraba que saldría finalmente victoriosa de la guerra con Francia.

—Las inquietudes del papa no me preocupan —prosiguió el rey—. Son otros los temas que tenemos que resolver y cuanto antes.

—Entiendo que el más apremiante es Alburquerque… —dijo Hinestrosa.

—Es un hombre poderoso y bien relacionado —comenzó a decir don Pedro—. Sin duda, nos enfrentaremos a un formidable enemigo.

—Estoy de acuerdo —aceptó Hinestrosa—. Ahora se encuentra bajo la protección de don Alfonso de Portugal. Poco o nada podemos hacer contra él.

Don Pedro torció el gesto en señal de desagrado. Le incomodaba la obstinación de su abuelo en proteger a sus enemigos para evitar la guerra. Siempre tan comedido, tan dialogante. Pero Hinestrosa tenía razón. Mientras don Juan Alfonso de Alburquerque estuviera en tierras portuguesas, poco más podían hacer salvo tenerlo estrechamente vigilado. Ya tenía suficientes adversarios como para enemistarse también con su abuelo, el rey de Portugal.

—Salvo confiscar sus posesiones en Castilla —dijo finalmente don Pedro.

—No lo aconsejo, mi señor. En Cuéllar están presentes todos los nobles, incluidos vuestros hermanos. La nobleza castellana os es fiel, no hay nada que temer. Es momento de ser clemente y generoso con Alburquerque, con el maestre de Calatrava y con los nobles que consideréis que no

respondieron como deberían haberlo hecho cuando abandonasteis Valladolid.

—¿Qué propones?

—Don Juan Núñez de Prado y el resto de los nobles deben permanecer en sus feudos, sufriendo una angustiosa e insoportable espera. Ignorando qué les deparará el futuro. Desconociendo si han sido condenados o perdonados. Estaremos vigilando sus movimientos y ante cualquier atisbo de rebelión; los apresaremos.

—Continúa.

—Respecto a don Juan Alfonso de Alburquerque… —Hinestrosa hizo una pausa para captar el interés del rey—… debemos concederle libertad de movimientos, permitiéndole que regrese a Castilla o que permanezca en Portugal si este es su deseo.

—¿Me pides que perdone a *el Portugués*?

Tras su marcha de Valladolid, el rey empezó a llamar a Alburquerque *el Portugués*, el apelativo con el que se referían a él sus contrarios y rivales.

—No es un perdón, mi rey, es una tregua —Hinestrosa cogió la jarra y vertió vino en el vaso del rey—. Deberá jurar que no se sublevará contra su rey y nos entregará a su hijo, don Martín Gil, como rehén.

Don Pedro bebió un trago y consideró la propuesta de Hinestrosa. La mayoría de los nobles le eran fieles y se encontraba allí, con él, en Cuéllar. Sus hermanos incluidos. No podía temer que la nobleza se alzara en su contra. Alburquerque era un hombre poderoso y tenía a su disposición un formidable ejército, pero los nobles le habían dado la espalda. Sin aliados, era inofensivo. Además, estaba en Portugal y no podía capturarlo. Confiscar sus propiedades sería interpretado como un gesto de rapiña, de codicia injustificada. En cambio, concederle el perdón complacería a la nobleza.

—Bien, me parece buena sugerencia —aceptó don Pedro con un asentimiento.

Hinestrosa sonrió. Había conseguido desalojar a don Juan Alfonso de Alburquerque de la cancillería, pero lo necesitaba vivo. Lo utilizaría de contrapeso para equilibrar las ambiciones de otros nobles como los infantes de Aragón o los hermanos bastardos del rey. Hinestrosa estaba persuadido de que su ascenso y el de su sobrino no habían complacido a buena parte de

la nobleza castellana. No los consideraban de los suyos. Su linaje no era noble, ni distinguido. Sus cargos los debían al hecho de ser parientes de la concubina del rey. Necesitaba a Alburquerque para utilizarlo como aliado o como enemigo según las circunstancias.

—Otro asunto que es urgente dejar cerrado cuanto antes es la supuesta relación de vuestro hermano don Fadrique con doña Blanca de Borbón. —Resuelta la cuestión de Alburquerque, quedaba pendiente el espinoso asunto de los amoríos del maestre de Santiago con doña Blanca. Hinestrosa debía obrar con prudencia si pretendía que el rey aceptara su sugerencia—. Creo que lo más conveniente es olvidar las habladurías sobre esta presunta relación, pues no dejan de ser chismorreos de viejas ociosas. En estos momentos, la decisión más sensata es reforzar la posición de vuestros hermanos en Castilla. Con ellos a vuestro lado, ningún noble osará rebelarse contra vos.

—Mis hermanos… —susurró el rey.

—Siempre ha sido vuestro gran anhelo congraciaros con ellos, tenerlos a vuestro lado.

Don Pedro asintió.

—Ahora estáis en disposición de lograrlo —insistió Hinestrosa.

—¿Entonces, los rumores de la relación de Blanca con Fadrique eran infundados? —preguntó el rey, esperanzado.

Don Juan Fernández de Hinestrosa tenía serias sospechas de que, efectivamente, doña Blanca y don Fadrique habían mantenido relaciones durante el viaje de la reina de Castilla por tierras aragonesas. Pero carecía de pruebas y sus intereses eran proclives a favorecer la reconciliación del rey con los Guzmanes.

—Por supuesto. Falsedades sin fundamento, lanzadas al aire por vuestros enemigos con el único ánimo de perjudicaros —aseguró.

El rey asintió. Mejor así. No necesitaba de la infidelidad de doña Blanca, para solicitar al papado la nulidad de su matrimonio. Con el impago de la dote por parte de don Juan de Francia era suficiente. Su honor y dignidad estaban a salvo. Miraba distraído en rededor cuando observó a una joven que paseaba con dos amigas por el patio de armas. Sus miradas se cruzaron y la muchacha le regaló una insinuante sonrisa.

—Enviaré a Blanca a Arévalo. Allí permanecerá hasta que decida qué hacer con ella —dijo el rey sin apartar la vista de la joven.

Don Juan Fernández de Hinestrosa reparó en el juego de miradas que el rey se traía con la joven, a quien conocía muy bien. «Doña Blanca de Borbón es una molestia y desea apartarla de él», concluyó.

—Mi señor, ¿pido que doña María y vuestra hija doña Beatriz vengan a Cuéllar?

—No —se apresuró a responder don Pedro con un gesto de mano—, es mejor que permanezcan en Olmedo. Puedes marcharte.

Hinestrosa miró con ojos preocupados a la joven. Soltó un largo suspiro y negó con la cabeza. Se preguntaba si, algún día, su sobrina sufriría el mismo destino que la desafortunada reina de Castilla; ser recluida, olvidada en un lejano castillo, como un mueble molesto, viejo e inservible.

El rey esperó a que su privado se marchara y se dirigió al encuentro de las jóvenes. Fue recibido entre risitas de complicidad y miradas pícaras. Después de intercambiar breves saludos, dos de ellas se marcharon, dejando sola con el rey a doña Juana de Castro. Noble de rancio abolengo, era hija de don Pedro de Castro, primo del rey Alfonso XI. Era bella, de profundos ojos negros, largos cabellos castaños y sonrisa embaucadora. Había enviudado recientemente del prohombre don Diego López de Haro. Era rica, distinguida, dueña de un poderoso apellido y de múltiples propiedades en Galicia y Portugal. Solo su insaciable ambición podía rivalizar con su belleza. Don Pedro se acercó a ella. Se sentía hechizado, cautivado por esos ojos negros. Sus labios esbozaron una traviesa sonrisa al tiempo que besaba su mano.

⁂

Los nobles castellanos fueron convocados a una reunión en la torre del homenaje del castillo. La sala de audiencias era grande y espaciosa, iluminada por amplios ventanales que permitían la entrada de una brisa fresca y agradable. El rey había tomado asiento en el trono y los nobles se hallaban sentados en bancadas laterales. Don Pedro echó un vistazo y sonrió. Allí se encontraban los principales nobles del reino.

—Señor —dijo don Fadrique incorporándose—, quiero aprovechar la oportunidad que se me brinda para declarar que todos los comentarios que se han vertido sobre mi persona y mi supuesta relación con doña Blanca de Borbón son totalmente falsos. Mi lealtad hacia mi rey es inquebrantable. Lo digo, aquí y ahora, delante de los prohombres castellanos, para que no haya lugar a duda y dejar este lamentable asunto totalmente cerrado.

—Te creo, hermano. —El rey se incorporó y se acercó a don Fadrique —. Esos comentarios maliciosos y cobardes son falsos y están olvidados. Nunca dudé de tu lealtad, de tu inocencia —le cogió de los hombros con afecto—. Me siento tremendamente dichoso de que tú, Enrique y Tello —dijo desviando la mirada hacia sus hermanos—, os encontréis hoy aquí conmigo, a mi lado, donde vuestro hermano y rey os necesita.

—Siempre lo estaremos, mi señor —intervino don Enrique de Trastámara.

—Siempre fieles mi señor —dijo don Tello.

—Lo sé, querido Tello, lo sé, y como agradecimiento te concedo la mano de doña Juana de Lara y el señorío de Vizcaya.

—Mi señor —aceptó don Tello, henchido de júbilo, arrodillándose emocionado ante su hermano, el rey. Con el matrimonio con doña Juana de Lara, hija de don Juan Núñez de Lara, don Tello no solo recibía la propiedad del señorío de Vizcaya, si no también de innumerables posesiones por toda Castilla. La boda le convertiría en uno de los nobles más ricos del reino.

El rey desplazó la mirada hacia don Enrique y don Fadrique y dijo:

—A vosotros, Enrique y a Fadrique, os nombró adelantados de la Frontera con Portugal.

Ambos nobles se arrodillaron ante el rey, aceptando el cargo con satisfacción. Con ese nombramiento, don Pedro delegaba en sus hermanos la defensa de la frontera castellana con Portugal. Don Enrique desvió la mirada hacia Hinestrosa y asintió; estaba convencido de que el tío de doña María de Padilla estaba detrás de esos nombramientos. El rey, como medida de precaución ante una más que probable guerra con Alburquerque y sus partidarios, había fortalecido a los Guzmanes.

—Es el comienzo de una nueva Castilla. —El rey se hallaba tremendamente feliz. Por fin, después de largos años, se había congraciado con los bastardos—. Con mi familia, con mis hermanos a mi lado, nada ni nadie podrá detenerme.

OceanofPDF.com

37

Évora, Portugal, noviembre de 1353

Don Juan Alfonso de Alburquerque se encontraba en las dependencias del palacio real de Évora. Sentado frente a la chimenea, bebía un vaso de vino. Estaba tranquilo, despreocupado. Sus posesiones no habían sido confiscadas y era libre de regresar a Castilla. Pero ¿hasta cuándo? Estaba persuadido de que el rey no tardaría en arrebatarle sus títulos, tierras y propiedades, y ordenar su detención. Sonrió al pensar en el enorme error que había cometido don Pedro al colmar de riquezas y poder a sus hermanos. ¡Qué estúpido! Estaba alimentando a las fieras que algún día le devorarían. Había llegado el momento de actuar. Su mente dibujaba varias opciones para derrocarle y una de ellas implicaba a los Guzmanes. El rey había sido un necio acercándoles a sus tierras en Portugal. Pronto contactaría con ellos. No sería complicado llegar a un acuerdo. Los conocía muy bien. Sería suficiente con persuadir a don Enrique de Trastámara, para que tanto don Fadrique como don Tello le siguieran como unos dóciles perrillos. Pero don Juan Alfonso de Alburquerque era un hombre metódico, práctico, prudente. Desafiar al rey era una empresa demasiado arriesgada y audaz. Necesitaba de otras opciones más allá de confiar en las ambiciones de los Guzmanes. Y esa alternativa, esa otra opción, acababa de entrar en sus dependencias.

—¿Y bien? —preguntó Alburquerque a don Álvar Pérez de Castro.

—¿No vas a invitarnos a un vino?

—¿Estos son los modales que has aprendido en la Corte castellana? —preguntó doña Inés de Castro con una sonrisa.

Don Álvar Pérez y doña Inés eran los hijos ilegítimos de don Pedro de Castro, y por tanto, hermanos de doña Juana y don Fernando de Castro.

—Por supuesto —concedió Alburquerque—, incorporándose del asiento. Mis modales…

Alburquerque les ofreció vino y tomaron asiento cerca de la chimenea. Echó un leño a la lumbre y empezó a crepitar, levantando pavesas incandescentes. La estancia titilaba levemente iluminada con el fuego de la chimenea. Alburquerque conocía muy bien a los recién llegados, pues fueron criados en casa de su madre, doña Teresa Martínez. Don Álvar era un hombre apuesto, moreno, de rostro rasurado y gesto alegre y jovial. Doña Inés era una hermosa mujer de pelo castaño, piel blanca y ojos verdes. Era amante del infante Pedro, heredero del rey Alfonso de Portugal. Su relación se consolidó tras la muerte de la esposa del infante Pedro, doña Constanza Manuel. Doña Inés ejercía una gran influencia sobre el infante portugués y Alburquerque tenía la intención de aprovecharse de ella.

—¿Y bien? —insistió Alburquerque con una sonrisa.

—Don Pedro está en disposición de aceptar la Corona de Castilla —respondió don Álvar con una inclinación de cabeza—. Mi hermana puede ser muy persuasiva —añadió, mirando a doña Inés con una pícara sonrisa.

—Pero quiere estar seguro de que contará con los apoyos suficientes —intervino doña Inés, dándole un golpe en el hombro.

—De eso me ocupo yo. —Alburquerque se incorporó y se dirigió a la chimenea—. El infante Pedro es nieto de Sancho IV. Sus derechos dinásticos no serán cuestionados.

—Necesitas el apoyo de los nobles, los Guzmanes, los infantes de Aragón, los maestres… —observó don Álvar.

Alburquerque asintió y dijo:

—Pronto me pondré en contacto con los Guzmanes. Sabré como conseguir su apoyo. Respecto a los infantes de Aragón, las negociaciones de boda entre don Fernando de Aragón y doña María, la hija del infante Pedro y doña Constanza Manuel, están muy avanzadas. Es posible que en los próximos días queden resueltas. Este enlace será muy ventajoso para el infante Fernando, pues disfrutará de derechos dinásticos en los reinos de Aragón, Portugal y Castilla.

—Podría ser proclamado rey de cualquiera de los tres reinos —dijo don Álvar.

—O en los tres… —dijo doña Inés.

—No lo creo —objetó Alburquerque—. Lo más probable es que no lo sea de ninguno —sonrió con malicia—. Lo cierto es que el infante apoyará los intereses de su suegro, porque en un futuro podrían ser los suyos.

—¿Cómo tienes pensado ganarte la confianza de la nobleza castellana para que acepten al infante Pedro? —preguntó don Álvar.

En los labios de Alburquerque asomó una media sonrisa. Había desarrollado una serie de estrategias según fueran sus aliados, adaptándolas a sus inquietudes, ambiciones y necesidades.

—El rey Pedro no está en condiciones de gobernar Castilla. Es demasiado impetuoso, visceral. Sus decisiones son arbitrarias y caprichosas. Están fuera de toda lógica y sentido. Es un peligro para el reino. Es necesario, imprescindible apartarlo del trono cuanto antes y el mejor candidato para sustituirle no es otro que el infante Pedro de Portugal. Como he comentado antes, es nieto del rey Sancho IV, por sus venas corre la sangre de los reyes castellanos. Además, es el heredero de la Corona portuguesa. Con él sentado en los tronos de Castilla y Portugal ambos reinos serían uno; más fuerte, más poderoso, ¿os lo podéis imaginar? —Alburquerque hizo una pausa para que sus palabras se fueran asentando en la mente de doña Inés y don Álvar, y prosiguió—. La nobleza castellana tiene miedo. Ningún noble está libre… mejor dicho, ninguno estamos libres de sufrir la ira del rey. Yo soy ejemplo de ello. Soy el canciller de Castilla y he sido desterrado y perseguido sin motivo. Si el rey me hubiera capturado, ahora mismo estaría muerto. El miedo nos ayudará a manejar con habilidad la voluntad de la nobleza y del clero castellano.

Doña Inés y don Álvar asintieron. El plan podría funcionar; el miedo, gestionado con sabiduría, permite confundir al adversario y persuadir al indeciso. Alburquerque advirtió apoyo incondicional en la mirada de sus interlocutores. Sonrió satisfecho, pero había otro asunto del que quería tratar con los Castro. Tomó asiento a su lado y dijo:

—Me han llegado ciertos rumores que aseguran que vuestra hermana doña Juana tiene una relación con don Pedro.

—Esos rumores son ciertos —confirmó doña Inés.

Alburquerque negó incrédulo con la cabeza. El rey había rechazado a doña Blanca de Borbón, despreciándola por doña María de Padilla poco después de celebrarse la boda y, unos meses más tarde, yacía con otra mujer. Advirtió una magnífica oportunidad para acercar a su causa a todos aquellos que les desagradaba el comportamiento disoluto e impulsivo del rey. Pero debía ser prudente y cuidadoso si pretendía que sus proyectos concluyeran con éxito.

—Es necesario evitar que nuestros planes lleguen a oídos de doña Juana o podría desvelárselos al rey —dijo Alburquerque.

—Descuida —dijo don Álvar.

—Los planes de mi hermana son incompatibles con los nuestros… —dijo doña Inés.

Alburquerque la miró sin entender sus palabras.

—Pretende casarse con el rey, ser la reina de Castilla —aclaró doña Inés.

—Ja, ja, ja, ja, —Alburquerque rompió en una estruendosa carcajada—. Eso es imposible ja, ja, ja. ¡Imposible!

Doña Inés y don Álvar guardaron silencio. Conocían muy bien a su hermana. Sabían que era capaz de hacer cualquier cosa para lograr sus propósitos. No estaban tan convencidos. Alburquerque dijo:

—Don Pedro está legalmente casado. Solo podría contraer un nuevo matrimonio si la reina Blanca muriese o si el papado de Aviñón anulase la boda. Por otro lado, tenemos a doña María de Padilla. No es de noble cuna, pero le ha dado una hija. Doña María aceptó con resignación la boda de don Pedro, pues suponía también una alianza con Francia. Se trataba de un asunto de Estado. Doña Juana es rica y tiene numerosos títulos y propiedades, pero un rey debe casarse con una noble extranjera que permita a Castilla afianzar vínculos y firmar alianzas. Don Pedro cometería un terrible error si decidiera casarse con vuestra hermana. La nobleza jamás lo aceptaría. Lo interpretaría como el capricho pasajero de un rey impetuoso, necio e irresponsable…

Doña Inés y don Álvar le miraron y sonrieron.

—Ja, ja, ja, —Alburquerque volvió a prorrumpir en carcajadas. Se acercó a ellos y cogiéndoles de los hombros dijo:

—Queridos amigos, ahora tenéis una nueva misión: lograr que vuestra hermana doña Juana se case con el rey. —Alburquerque se arrodilló ante Inés y la cogió de la mano—. Pronto te casarás con el infante Pedro. Serás reina de Portugal… y de Castilla.

OceanofPDF.com

38

Valladolid, diciembre de 1353

Escondidos en el lecho, al calor de gruesas mantas de lana, jugaban don Pedro y doña Juana de Castro. Risas cómplices, gozoso resultado de juegos lascivos, resonaban en la alcoba. Los amantes se besaban y acariciaban protegidos del frio invierno castellano. En la alcoba llevaban dos días y no tenían intención de cambiar de planes.

—¿Me quieres? —doña Juana había detenido sus besos. Acariciaba y miraba fijamente a los ojos a don Pedro.

—Te quiero.

—No soy una concubina más que visita tu alcoba ¿verdad?

—¿Cómo dices eso?

El rey se lanzó sobre ella y le hizo cosquillas inundando la habitación con sus risas.

—Tendrás que demostrar que me quieres.

Doña Juana le miraba con gesto serio y labios apretados. Sus ojos revelaban que no bromeaba. Era una mujer rica, de noble linaje. No una campesina de pelo alborotado y pies sucios, que se arroja al lecho de cualquier hombre por un puñado de monedas.

—Pídeme lo que quieras y te lo concederé —dijo el rey, como si de un inocente juego se tratara.

Le mordió en la oreja y luego le susurró:

—Quiero los castillos de Jaén, Dueñas y Castrojeriz.

El rey arqueó sorprendido los ojos.

—Vaya, parece que lo tenías bien pensado.

Doña Juana se limitó a encogerse de hombros y soltar una inocente risita.

—Así sea, te concedo esos castillos —accedió el rey—. ¿La señora desea algo más de su fiel servidor?

Doña Juana deslizó su mano hacia el miembro inhiesto del rey y respondió:

—Quiero ser tu esposa, la reina de Castilla.

El rey suspiró de placer y la besó con pasión.

—Tendría que anular mi matrimonio con Blanca —dijo entre jadeos.

Su amante le besó, desatando todo su ardor, toda su lujuria.

—¿A qué estas esperando? Haz lo que tengas que hacer. —Doña Juana se puso encima de él y movió sus caderas rítmicamente, coordinando sus movimientos con los del rey.

—Lo haré, vive Dios que lo haré…

⁂

Don Pedro permaneció durante días en la alcoba junto a su amante, alejado de incómodos asuntos de gobierno y de preocupaciones familiares. Entre aquellas mantas, entre aquellos brazos, había encontrado cobijo, paz y, sobre todo, placer. Así pues, se irritó sobremanera cuando don Diego García de Padilla y don Juan Fernández de Hinestrosa irrumpieron bruscamente en la habitación, rompiendo súbitamente la magia, desvaneciendo irremediablemente su felicidad y gozo.

—¡¿Cómo osáis entrar de esa manera en mis aposentos?! —preguntó enfurecido.

Las miradas de Hinestrosa y don Diego García confluyeron en doña Juana de Castro. Permanecía tumbada en el lecho, completamente desnuda, sin pudor, indiferente a su presencia.

—Lleváis cinco días en esta alcoba y hay asuntos urgentes que necesitan de vuestra atención —respondió Hinestrosa sin dejar de mirar a la nueva amante del rey.

—No te preocupes, amor —dijo doña Juana—. Habrá más momentos como este y mucho mejores. —Besó al rey y se incorporó de la cama. Tomó

sus ropajes y comenzó a vestirse despacio, con calma, sin dejar de mirar con ojos retadores a los familiares de doña María Padilla, la rival con la que combatía en singular batalla por adueñarse del corazón del rey.

Don Diego García le lanzaba discretas miradas. En ella no advertía a una hermosa mujer, sino un serio inconveniente que podría perjudicar sus intereses. Todo lo que había conseguido fue gracias a que era el hermano de doña María de Padilla. Sus títulos, prebendas y propiedades se los debía a ella. Su futuro estaba vinculado irremediablemente al de su hermana. Si ella caía en desgracia, como le había sucedido a doña Blanca de Borbón, él caería con ella. Debía desembarazarse de esa entrometida. Doña Juana de Castro pasó junto a su lado antes de abandonar la habitación. Le miró con prepotencia, con soberbia; ella era una noble de Castilla y él simplemente el hermano de la concubina del rey. Un insignificante insecto al que podría exterminar con un simple pisotón.

—¿Qué es lo que sucede para que me hayáis importunado de esta manera? —farfulló el rey mientras se vestía.

—Don Martín Gil, el hijo de Alburquerque, ha escapado —respondió Hinestrosa, lanzando una última mirada a doña Juana. Compartía las mismas inquietudes que su sobrino.

El rey le miró confuso, sin querer entender el grave significado de sus palabras. Don Martín Gil fue entregado como rehén por don Juan Alfonso de Alburquerque como garantía de su lealtad. Su huida era toda una declaración de intenciones.

—Bien, si *el Portugués* desea la guerra, pues tendrá guerra —dijo el rey —. Ha llegado el momento de desembarazarnos de él.

—Fue oportuno llegar a un acuerdo con Alburquerque —dijo don Diego García—. Ha incumplido lo pactado, nos ha traicionado. Los nobles nos apoyarán. Entenderán que no tenemos más opción que responder a su desafío y sofocar la sublevación.

—Fue una hábil maniobra de tu tío —reconoció el rey, desviando la mirada a Hinestrosa, que asintió en señal de agradecimiento.

—Mi señor, antes de combatir a Alburquerque creo que sería conveniente capturar y deponer a don Juan Núñez de Prado. Su maestrazgo es poderoso y sus tropas podrían acudir en su ayuda —dijo Hinestrosa.

—Necesitamos un maestre digno de confianza y que haya demostrado una lealtad inquebrantable —dijo don Diego García. Tenía en mente al candidato idóneo y el rey no tardó en adivinar sus intenciones.

—¿Dónde se encuentra el maestre de Calatrava? —preguntó don Pedro.

—En Almagro —respondió Hinestrosa.

Al rey le sorprendió que don Juan Núñez de Prado todavía se encontrara en Almagro. El maestrazgo disponía de otras villas mucho mejor guarnecidas y fortificadas. «Mejor, así será más fácil su captura».

—Diego, tú irás a Almagro con Juan de la Cerda y lo apresarás. Mientras tanto, nosotros nos dirigiremos a Medellín y luego a Alburquerque, en la frontera con Portugal. Una a una iremos conquistando todas sus plazas.

Al rey no le pasó desapercibida la mirada que don Diego García le lanzó a doña Juana de Castro. No era necio e intuyó sus temores. Se estaba gestando una guerra y necesitaba de hombres leales. No le importaba que fueran nobles, campesinos, clérigos o judíos. El rey destacaba la fidelidad por encima de todo. Y necesitaba que tanto don Diego García como don Juan Fernández de Hinestrosa le fueran fieles. No podía advertir la duda en sus ojos. Se acercó a don Diego y cogiéndole del hombro le dijo:

—Toma Almagro y captura a Juan Núñez de Prado. Cumple con tu misión y serás el próximo maestre de Calatrava.

—Mi señor —aceptó don Diego García con un asentimiento.

Hinestrosa sonrió con satisfacción, agradeciendo el gesto del rey.

—Ahora marcharos y prepararos. Nos espera la guerra.

OceanofPDF.com

39

Alburquerque, Extremadura, Marzo de 1354

Don Juan Núñez de Prado fue capturado sin ofrecer resistencia. Insistió en su lealtad, en su inquebrantable fidelidad al rey, pero no fue escuchado. Enviado preso al castillo de Maqueda, murió en su celda asesinado por orden de don Diego García de Padilla. El hermano de la concubina del rey fue nombrado inmediatamente maestre de Calatrava a pesar de no haberse producido la obligatoria elección canónica. La ciudad de Medellín se rindió y el rey ordenó que demolieran sus murallas. Luego marchó a la villa de Alburquerque, el formidable bastión de quien un día fue canciller de Castilla. La fortaleza de Alburquerque se erigía sobre un espectacular risco de roca caliza. Sus altas y gruesas murallas eran colosales, insalvables. El rey cabalgaba seguido por su ejército sin apartar la vista del castillo. Sus hermanos don Enrique y don Fadrique le acompañaban. Era primavera, el día era azul y caluroso. Los soldados llevaban a sus espaldas varios días de infatigable marcha y se cocían de calor bajo los cascos, lorigas y corazas. Pero el rey tenía prisa por someter las plazas del insurrecto de don Juan Alfonso de Alburquerque. Necesitaba dar un golpe de efecto y exterminar la sublevación antes de que se extendiera por toda Castilla. Pero aquella fortaleza se advertía impresionante, formidable, inexpugnable.

—Mi señor, me temo que la conquista del castillo de Alburquerque va a resultar muy costosa. —Don Enrique de Trastámara cabalgaba a su derecha sin apartar la vista de las murallas.

—Quizá se rindan en cuanto adviertan nuestras tropas, como sucedió en Medellín —intervino esperanzado don Fadrique.

Don Pedro tenía la mirada fija en las altas murallas. Se encontraba dichoso por entrar en batalla junto a don Enrique y don Fadrique. Con sus hermanos a su lado, no había muralla en Castilla que no pudieran derribar.

—Asaltaremos las murallas. La fortaleza de Alburquerque será reducida a escombros —dijo el rey con determinación.

Los soldados descansaron aquella tarde y, nada más despuntar el amanecer, iniciaron el asedio. El primer ataque fue totalmente infructuoso. No solo el castillo estaba protegido por altas murallas, sino que en su interior se encontraban cientos de diestros ballesteros que apenas erraban sus disparos. Conquistar el castillo por asalto sería una tarea titánica, imposible. Recordó como don Juan Núñez de Prado sitió durante casi un año Aguilar de la Frontera sin éxito. Esas murallas eran mucho más gruesas y altas, y el castillo estaba mejor protegido. La roca sobre la que estaba asentado impedía la construcción de minas y el risco era tan vertical que dificultaba el asalto con escalas. El rey entendió que solo podría rendirlo por hambre y sed. Un asedio que podría durar semanas o incluso meses. Y no había tiempo. El sol se ocultaba por el horizonte y los oficiales ordenaron la retirada. Los soldados, exhaustos o heridos tras el fallido asalto, regresaron al campamento. Era el segundo día de combate y el resultado fue tan estéril como el primero. Apenas un puñado de soldados lograron llegar hasta las murallas, pero murieron alcanzados por las certeras flechas de los ballesteros. Decenas de cadáveres quedaron abandonados entre las rocas. En la tienda del rey se discutía la estrategia a seguir el siguiente día. Allí se encontraban don Enrique de Trastámara, don Fadrique, don Juan Fernández de Hinestrosa y don Gutier Fernández de Toledo. Sus ojos estaban cansados, preocupados. La toma del castillo de Alburquerque no se estaba desarrollando como esperaban.

—Señor —comenzó a decir don Gutier—, hemos intentado conquistar la fortaleza y no lo hemos conseguido. Nada indica que mañana o los próximos días vayamos a tener mejor suerte.

El rey bebió un trago de vino y preguntó:

—¿Qué propones?

—Alburquerque se encuentra en Portugal, fuera de nuestro alcance, protegido por el rey Alfonso. Tiene plena libertad de movimiento para

encontrar aliados a ambos lados de la frontera. Su libertad es más peligrosa que esta plaza. Su conquista no ayudará a derrotarlo.

—Estoy de acuerdo, pero no puedo permitir que Alburquerque cruce la frontera y encuentre refugio seguro en sus posesiones en Castilla —repuso el rey.

—Tengo entendido que Alburquerque se encuentra en Évora. En unas semanas se celebrarán los esponsales del infante Fernando de Aragón con doña María, la nieta del rey Alfonso —dijo don Gutier.

—Lo sé, mi madre marchó a Portugal hace unos días para asistir a la boda de su sobrina —dijo el rey con un tono de preocupación. Alburquerque y ella estaban muy unidos y temía que el excanciller pudiera persuadirla para que se uniera a la rebelión.

—Podríamos enviar una delegación a Évora. Negociar con el rey portugués la entrega de Alburquerque para que sea juzgado en Castilla —propuso don Gutier.

—Nosotros protegeríamos la frontera —intervino don Enrique—. Haré llamar a mis soldados de Asturias.

—Y yo a los míos de la Orden de Santiago —dijo don Fadrique.

—Si Alburquerque cruza la frontera por Extremadura se encontrará con nuestros ejércitos —dijo don Enrique.

—¡Y lo aplastaremos! —dijo don Fadrique golpeándose con fuerza la mano con el puño.

El rey desvió la vista hacia el resto de los consejeros y todos asintieron.

—Me parece una buena propuesta —aceptó Hinestrosa—. No considero probable que el rey Alfonso nos entregue fácilmente a Alburquerque, pero al menos nos permitirá ganar tiempo y tener controlados sus movimientos en Portugal.

—Protegiendo la frontera de Extremadura evitaremos cualquier sorpresa por parte de Alburquerque —dijo don Gutier.

—Bien, así se hará entonces. Mis hermanos vigilarán la frontera con Portugal. Vosotros iréis a Évora y le pediréis a don Alfonso que os entregue a Alburquerque —dijo mirando a don Gutier y a Hinestrosa.

Don Pedro se sirvió un vaso de vino y comenzó a pasear por la sala. Todavía tenía un asunto importante que tratar con sus consejeros.

—Yo iré a Sevilla.

Doña María de Padilla se encontraba en Sevilla. Estaba embarazada de su segundo hijo. Los consejeros interpretaron que la intención del rey era estar presente durante el parto, como ya hiciera con su hija Beatriz.

—Quiero hacerla partícipe de mi decisión de casarme con doña Juana de Castro.

Los consejeros cruzaron miradas de asombro. Su relación era conocida por todos, pero consideraban que doña Juana de Castro era un capricho pasajero, una amante más de las muchas que habían probado su lecho.

—¿Mi señor? —preguntó confuso Hinestrosa, con el gesto contraído, turbado.

—Doña Juana de Castro pertenece a la vieja nobleza castellana. No hace falta que os recuerde de quién es hija y quiénes son sus hermanos. Su familia es fuerte, poderosa. Tienen inmensas propiedades en Galicia y Portugal. Serán unos formidables aliados.

—Pero, estáis casado con doña Blanca… —balbuceó Hinestrosa, aferrándose a su actual matrimonio como a un clavo ardiendo. La boda del rey con doña Juana de Castro pondría en riesgo su relación con doña María y amenazaba su futuro en la Corte castellana.

—Todos sabéis que el matrimonio no fue consumado. Pediré su nulidad a los obispos de Ávila y Salamanca.

Don Enrique de Trastámara levantó su vaso y dijo:

—¡Felicidades, mi rey! —desplazó la vista a Hinestrosa y advirtió un gesto demudado por la preocupación. Para don Enrique, la boda era una magnífica noticia, pues debilitaba el poder y la influencia que los Padilla ejercían sobre el rey.

—Felicidades, mi señor —dijo don Gutier, levantando su vaso. El consejero estaba también muy interesado en desgastar el formidable poder que los Padilla habían acumulado en los últimos años.

—Mi señor —dijo Hinestrosa, alzando su vaso. En sus labios asomó una sonrisa forzada. Nunca consideró que los devaneos del rey con doña Juana de Castro pudieran llegar tan lejos. Hablaría con su sobrino. Tendrían que evitar que la boda se celebrara o, al menos, que sus consecuencias fueran lo menos traumáticas posible.

⁂

Doña María de Padilla se encontraba en sus aposentos del alcázar de Sevilla, jugando con la pequeña Beatriz. Se acarició su prominente barriga y soltó un apenado y triste suspiro.

—Si eres niño te llamaré Alfonso y si eres niña Constanza —susurró—. Vosotros sois mi consuelo, mi mayor alegría. —Se secó una lágrima que recorría su mejilla.

Se sentía tremendamente sola. Las visitas de don Pedro eran cada vez menos frecuentes, más distantes. A sus oídos llegaban constantes rumores sobre la relación que el rey mantenía con otras mujeres. De entre todas ellas, destacaba una: doña Juana de Castro. Una mujer rica, bella y distinguida. Sintió un pinchazo en el corazón. Doña Juana de Castro representaba todo aquello que ella no era. Se sentía frágil, vulnerable y triste. Insoportablemente triste. Los días pasaban largos y aburridos en Sevilla. Echaba terriblemente de menos a don Pedro, pero él… ¿acaso ya no la quería? Rompió a llorar sin poder soportar tanto dolor. Entre lágrimas se quedó dormida hasta que sintió una mano sobre el hombro. Se despertó sobresaltada, pero se tranquilizó cuando advirtió que a su lado se encontraba don Pedro. Se incorporó. Lo abrazó con fuerza y lo besó con pasión. Pero sus labios, sus besos, no fueron correspondidos. Se apartó ligeramente y en su rostro advirtió que no era portador de buenas noticias.

—Amor mío, ¿qué sucede?

Don Pedro se giró y comenzó a andar por la sala. Lo que se disponía a decir era tremendamente doloroso para él, para ambos. Le costaba encontrar las palabras adecuadas para expresarlo.

—Sabes que te quiero.

Doña María asintió. El rey se acercó a ella y le acarició con suavidad la barriga.

—Pero tengo obligaciones que no puedo demorar. Castilla necesita una reina, un heredero…

En los ojos de doña María brilló un destello de esperanza que apenas duró un fugaz instante.

—Un heredero legítimo.

Doña María se apartó para que su amado no pudiera ver las lágrimas que comenzaron a recorrer sus mejillas. Entendió el motivo de su visita, de su comportamiento gélido y distante.

—Voy a casarme —reveló don Pedro al fin. Cada palabra que salía de sus labios llevaba un pedazo de su alma—. Por el bien del reino, debo casarme.

Doña María tomó asiento en la cama de espaldas al rey. Un leve movimiento delataba que estaba llorando. Así permanecieron unos instantes: doña María llorando y el rey contemplándola, sin atreverse ni siquiera a consolarla, por temor a desatar aún más su angustia y dolor.

—¿Con doña Juana de Castro? —preguntó doña María. Su voz sonó cortada, nerviosa.

—Sí.

Doña María negó con la cabeza. Los rumores eran ciertos, pero desconocía que la relación que mantenía con doña Juana hubiera llegado tan lejos como para que la convirtiera en su esposa, en la reina de Castilla. Estuvo tentada de preguntarle por doña Blanca, pues todavía estaba casado con ella, pero se contuvo. Si don Pedro había tomado esa decisión era porque ya había planeado cómo deshacerse de la reina, como anular su matrimonio. Para el rey, doña Blanca siempre había sido una molestia, una desagradable obligación. Y doña María no pondría impedimentos. Hacía mucho tiempo que había asumido su papel en la Corte. No, ella no supondría un obstáculo en sus planes.

—Bien, haz lo que debas o quieras. Ahora vete —dijo doña María, sin dejar de mirar a la pared, incapaz de girarse y mirarle a los ojos. Temía ser débil, temía no aguantar por más tiempo el sufrimiento que devoraba sus entrañas. Temía arrojarse desconsolada, derrotada en sus brazos. Suplicarle entre lágrimas que reconsiderara su decisión. No, no podía mirarle. Sería arrastrada a un profundo mar de estériles súplicas y lamentos. Respiró hondo y cerró los ojos.

Don Pedro se acercó a ella para consolarla. La amaba. Su corazón sufría por haberla hecho daño. Pero era necesario. Castilla necesitaba una reina y ella nunca podría serlo. Ambos lo sabían. Posó con suavidad su mano sobre su hombro, pero doña María lo rechazó con brusquedad.

—¡Vete! —doña María se giró y le miró con los ojos llenos de lágrimas —. Ya no puedo soportarlo más. ¡Vete!

Don Pedro acarició sus húmedas mejillas.

—No quiero ser una molestia para ti —prosiguió doña María—. Me recluiré en un convento y allí permaneceré el resto de mis días. Solicitaré al papa Inocencio permiso para fundar un convento de clarisas en Astudillo. Estoy convencida de que el papa me lo concederá si con ello me alejo de ti. Nadie me quiere a tu lado. Nadie. Y ahora… ni siquiera tú.

Rompió a llorar y se arrojó a la cama sumergida en un océano de tristeza y dolor. Don Pedro se acercó a ella. Quiso consolarla, estrecharla entre sus brazos hasta que se calmara, hasta que aceptara la realidad, pero entendió que sus esfuerzos solo alargarían su angustia y sufrimiento. Se dirigió hacia la puerta y cuando se disponía a salir, dijo:

—Me ocuparé personalmente de que nada te falte. Ni a ti, ni a mis hijos.

OceanofPDF.com

40

Évora, Portugal, primavera de 1354

Don Gutier Fernández de Toledo y don Juan Fernández de Hinestrosa cruzaron las murallas del castillo de Évora, una poderosa fortificación que el rey Alfonso de Portugal estaba ampliando. Los consejeros intercambiaron una mirada de inquietud. Se preguntaban cuáles eran los motivos que habían conducido al rey portugués a reforzar aquellas murallas, ya de por sí robustas y sobrecogedoras. Se dirigieron a la torre del homenaje, donde un oficial les informó de que el rey se encontraba celebrando un banquete en honor a los novios, doña María de Portugal y don Fernando de Aragón. Los enviados del rey Pedro fueron conducidos por la guardia real a la espaciosa sala, donde se encontraban sentados en largas mesas el rey portugués y sus invitados, incluido don Juan Alfonso de Alburquerque. La mesa principal la presidía el rey Alfonso, a su derecha se encontraba la reina Beatriz de Castilla, tía abuela de don Pedro. Los reyes de Portugal estaban acompañados por el infante Pedro de Portugal y los novios, don Fernando de Aragón y doña María de Portugal, hija del infante Pedro. Hinestrosa desvió la mirada hacía los allí presentes. Le preocupó que doña María de Portugal, madre del rey, se encontrara sentada a la derecha de Alburquerque. Pero se sosegó al advertir que a su izquierda había tomado asiento don Fernando de Castro, el hermano de doña Juana, la futura esposa del rey. Su apoyo sería decisivo en la guerra contra el insurrecto de Alburquerque. También advirtió la presencia de doña Inés de Castro y de don Álvar Pérez de Castro, los otros hermanos de doña Juana. Otro de los presentes era don Pedro Estébanez Carpenteyro, comendador mayor de la Orden de Calatrava y sobrino de don Juan Núñez de Prado. Al

resto de los comensales, unos treinta, no los conocía. «Serán nobles portugueses», concluyó. Los allí presentes detuvieron sus conversaciones y desviaron las miradas hacia los recién llegados. Alburquerque bebió un trago de vino y susurró unas palabras al oído de doña María de Portugal. La madre del rey Pedro le miró con preocupación, pero el excanciller le sonrió con gesto tranquilizador, intentando calmar su inquietud.

—Mi señor —saludó don Gutier Fernández de Toledo, con una suave inclinación de cabeza.

Don Alfonso saludó con un gesto de cabeza y preguntó con tono molesto:

—¿A qué se debe vuestra visita, nobles castellanos? ¿Será que el rey Pedro ha accedido a asistir a la boda de mi nieta con el infante Fernando?

Don Gutier e Hinestrosa se miraron de soslayo.

—Desafortunadamente, mucho me temo que ese no es el motivo de nuestra visita, mi señor. El rey lamenta no poder asistir al enlace, pues apremiantes responsabilidades de gobierno se lo impiden. Pero me ha pedido que os trasmita sus más sinceras felicitaciones —respondió don Gutier.

—¿Entonces?

—Reclaman mi presencia en Castilla, mi señor —respondió Alburquerque.

Las miradas de los presentes se desviaron hacia el excanciller.

—Estos caballeros quieren apresarme y llevarme a Castilla para ser juzgado y condenado a muerte. Desconozco de qué se me acusa —mintió, pues conocía los motivos de la presencia en Évora de los notables castellanos—, pues lo único que he hecho en toda mi vida ha sido servir a Castilla, primero al servicio del rey don Alfonso y luego al de su hijo, don Pedro.

Alburquerque era un proscrito, pero su red de espías seguía en activo y le enviaba frecuentes informes de Castilla. En uno de ellos, le informaron de que unos enviados del rey acudirían a Portugal a reclamar su presencia en Castilla para ser juzgado por traición.

—Soy inocente de toda acusación que pretendan verter sobre mi persona —prosiguió Alburquerque—. Mi señor —dijo mirando al rey

Alfonso—, temo por mi seguridad en Castilla. Sin justificación, ni causa, las tropas del rey Pedro están asaltando mis villas y propiedades. Probablemente sea asesinado por la espalda nada más cruzar la frontera. Ejecutado cobardemente, como sucedió con el maestre de la Orden de Calatrava, don Juan Núñez de Prado —añadió, mirando a don Pedro Estébanez Carpenteyro—. Un fiel servidor del rey, cruelmente asesinado. Víctima de las ambiciones y la perfidia de uno de los Padilla, que no dudó en ordenar su muerte para poder usurpar ilegalmente su cargo. Son a ellos, a los Padilla, a los que habría que juzgar y no a mí.

—No hay mayor culpable que aquel que se defiende sin saber de qué se le acusa —espetó Hinestrosa, intentando reprimir la ira que sentía bullir en su interior.

—Mi rey, don Pedro os solicita que nos entreguéis a don Juan Alfonso de Alburquerque para que sea juzgado en Castilla por los crímenes cometidos —dijo Gutier, intentando apaciguar los ánimos.

—Me decepcionas Gutier, me decepcionas —Alburquerque arrugó el gesto, arrastrando cada palabra con asco, con desprecio—. Me conoces desde hace años y sabes que sería incapaz de traicionar a nuestro rey. Desconozco que oscuros motivos te han conducido a obrar de esta manera —soltó un suspiro y negó con la cabeza, relevando su profundo desengaño —. Y tú, Hinestrosa, vil conspirador —se incorporó y le miró con gesto amenazante y cargado de odio—. Tú y el bastardo de tu sobrino habéis medrado gracias a mí. ¡Me lo debéis todo! ¡Todo! Sin mi apoyo y sin la ayuda de la familia de mi esposa, estaríais cuidando cabras y con estiércol entre las uñas. ¡¿Y así es como muestras tu gratitud?! ¡¿Arrastrándome a una muerte segura?! ¡Eres un maldito perro desagradecido!

—¡Eres un traidor! —exclamó Hinestrosa señalándole con el dedo—. ¡Y serás juzgado como tal!

—¡Basta! —exclamó irritado el rey portugués, poniéndose en pie—. Mi nieto no solo me ofende al no asistir a la boda, sino que se atreve a enviar a Évora a dos castellanos para que apresen a uno de mis invitados. ¡Y ante mi presencia! ¿Qué insolencia es esta? —su voz resonó grave, potente, un gélido silencio envolvió toda la sala—. ¿Qué pretende mi sobrino?

—Que se haga justicia, mi señor —respondió don Gutier Fernández de Toledo.

—¿Justicia? ¿Realmente me estás diciendo que a Alburquerque le espera un juicio justo en Castilla? —la paciencia de don Alfonso se estaba agotando—. ¿Es mi nieto, don Pedro, un rey justo?

—Lo es, mi señor —se atrevió a responder Hinestrosa.

—¿Doña Leonor de Guzmán recibió un juicio justo? ¿Acaso don Alfonso Fernández Coronel fue juzgado? —lanzó una mirada acusadora a Alburquerque y este bajó avergonzado la mirada—. ¿Y don Juan Núñez de Prado? ¿Pudo defenderse de las acusaciones antes de ser acuchillado en una celda en Maqueda? Todos, absolutamente todos fueron cruelmente asesinados, ¿es esta la clase de justicia que se imparte ahora en Castilla? —el rey se sosegó y tomó de nuevo asiento—. Amo a mi nieto Pedro, pero sus procedimientos para impartir justicia ofenden a Dios. —Don Alfonso miró con severidad y determinación a los enviados del rey y añadió—: No os voy a entregar a Alburquerque. Desconozco los crímenes de los que se le acusa —mintió, pues estaba al corriente de todo lo que sucedía en Castilla, así como de las acusaciones vertidas sobre el excanciller—. Los aquí presentes sabemos que Alburquerque será asesinado si cae en manos de mi nieto. Y no lo voy a permitir. Marcharos de una vez, regresad a Castilla y dejadnos disfrutar de los festejos.

—Pero… —Hinestrosa intentó replicar, pero don Gutier le cogió del brazo y negó con la cabeza. La decisión ya estaba tomada y no era prudente enfurecer aún más al rey de Portugal.

Ambos nobles se despidieron de don Alfonso y de los comensales con un gesto con la cabeza y abandonaron la sala, tomando buena cuenta de los allí presentes.

⁂

Don Alfonso de Portugal se hallaba en la sala del rey del castillo de Évora. Sentado en el trono, se acariciaba la barba con gesto preocupado, ceñudo. La irrupción de los nobles castellanos le había importunado. Pronto se celebraría el enlace de su nieta doña María de Portugal con el infante

Fernando de Aragón y no iba a tolerar que nada, ni nadie lo arruinase. La Corte portuguesa estaba infestada de nobles castellanos que correteaban y susurraban por las esquinas, intrigando y conspirando los unos contra los otros. Incluso su hija doña María de Portugal, la madre del rey Pedro, estaba involucrada en alguna de las conjuras. Deseaba con impaciencia que se celebrara la boda y que todos aquellos castellanos volvieran a sus feudos al otro lado de la frontera. Incluida su hija. Su presencia comenzaba a incomodarle. Don Alfonso conocía muy bien a don Juan Alfonso de Alburquerque. Sabía que estaba participando en alguna de las conjuras que se estaban urdiendo en contra de su nieto. Pero en su casa, delante de los nobles castellanos y portugueses allí congregados, no podía consentir que dos enviados del rey de Castilla le exigieran la entrega de uno de sus invitados. No era el momento, ni el lugar. No, aquella petición fue un atentado contra su autoridad, una intolerable falta de respeto. El rey contemplaba con interés y preocupación los asuntos de Castilla. Todas sus decisiones iban encaminadas a evitar que Portugal acabara involucrada en un enfrentamiento civil entre nobles castellanos. Pretendía mantenerse al margen, adoptando una postura neutral siempre y cuando el conflicto no afectara a sus intereses. Su nieto don Pedro no era hombre que necesitara de muchos pretextos para declarar una guerra. Pero a sus oídos habían llegado rumores sobre una conjura que comprometía a altos miembros de la nobleza portuguesa y era su obligación, como rey, impedirla antes de que fuera demasiado tarde. Se hallaba tan absorto en sus pensamientos que no oyó una voz que le llamaba.

—Padre.

Don Alfonso alzó la vista y la desvió hacia su hijo, el infante Pedro, que acababa de entrar en la sala.

—Hijo, ven acércate, apenas puedo verte —dijo el rey con un gesto de mano.

El infante Pedro se acercó a su padre y lo besó en ambas mejillas.

—¿Me has hecho llamar?

Don Alfonso asintió y dijo:

—Sabes que estoy muy preocupado por los hechos que acontecen en Castilla. Son nuestros vecinos y es muy fácil que cualquier alboroto que allí

acontezca tarde o temprano nos afecte. La delegación castellana que nos pidió la entrega de Alburquerque es un claro ejemplo de ello.

—Hiciste bien en negarte a ceder a sus exigencias —dijo el infante. El heredero a la Corona portuguesa tenía algo más de treinta años, los ojos oscuros, cabellos largos y barba profusa y castaña.

—¿Por qué crees que hice bien? —preguntó el rey.

—Pues… Alburquerque es un noble de origen portugués, tiene amplias posesiones en Portugal, es tu invitado…

—Para, para… —dijo don Alfonso con un gesto de mano. Se incorporó del trono y se dirigió a un ventanal. Era un día espléndido de primavera. Sintió los templados rayos de sol acariciar su piel y respiró hondo.

—Los motivos de mi decisión nada tienen que ver con lo que tú dices. —Don Alfonso se giró y miró a su hijo con determinación—. Fui firme porque no quiero que nuestro reino se involucre en los asuntos internos de Castilla.

El infante Pedro apretó las mandíbulas.

—Sí, hijo. Estoy al corriente del ofrecimiento que te han hecho los Castro y el propio Alburquerque para que seas rey de Castilla.

—¡Padre, podría conseguirlo! —dijo don Pedro en tono de súplica.

—¿Conseguir el qué?

—La Corona de Castilla.

—¿Ah sí? —preguntó incrédulo don Alfonso.

—Alburquerque y los Castro me apoyan.

—Los Castro…

El rey de Portugal negó con la cabeza. Le habían informado de que los Castro y, especialmente doña Inés, la amante de su hijo, habían persuadido al infante para que liderara una Liga de nobles castellanos contrarios al rey Pedro de Castilla.

—Sé que no te agrada Inés, pero solo piensa en lo mejor para mí, para el reino —prosiguió el infante.

Don Alfonso le miró con severidad.

—De tu relación con la gallega hablaremos en otro momento…

—¿Por qué no ahora, padre? —le desafió el infante.

Don Pedro de Portugal tenía tres hijos ilegítimos con su amante doña Inés de Castro; doña Beatriz, don Juan y don Dionís. Y dos con doña Constanza Manuel, fallecida hacía nueve años; doña María y don Fernando. Al rey de Portugal le alarmaba la influencia que doña Inés de Castro ejercía sobre su hijo. La gallega le recordaba a doña Leonor de Guzmán y le preocupaba que el infante Pedro obrara del mismo modo que don Alfonso de Castilla, despreciando a su hijo legítimo en favor de sus bastardos.

—Mira a Castilla, hijo mío, contémplala con sabiduría y aprende de sus enseñanzas, de sus errores —se acercó al ventanal y desvió la vista hacia la ciudad de Évora—. En el banquete fuiste testigo de la división que existe entre los nobles castellanos. Y los bastardos… —negó con la cabeza, recordando a los Guzmanes—… los bastardos se mueven por la Corte gestando alianzas y alimentando conspiraciones en contra de su propio hermano, el legítimo rey. ¿Es eso lo que quieres para Portugal, que tus bastardos luchen a muerte con tu hijo Fernando por el trono? ¿A eso también te está incitando tu concubina? —sus labios esbozaron una media sonrisa—. Cuídate de su insaciable ambición o arrastrarás al reino a la ruina.

El rey se giró y miró a su hijo, que permanecía en silencio soportando con serenidad la reprimenda de su padre.

—Abandona a Inés de Castro. Reclúyela en un convento y cásate con una mujer que sea apropiada a tu dignidad y posición —suplicó—. No permitas que Portugal sea destruida por la ambición, la venganza y el odio, como, si Dios no lo evita, va a ocurrir en Castilla.

—Sabes que no lo haré —repuso con determinación don Pedro. Amaba con locura a su amante. Jamás la abandonaría.

Don Alfonso asintió, convencido de que, si pretendía alejar a su hijo de la perniciosa influencia de la gallega, tendría que usar otros métodos más contundentes y definitivos que el diálogo.

—Hablar contigo de tu concubina es una tarea inútil que me agota y entristece.

El infante suspiró agradecido de haber cerrado ese tema, al menos, de momento. Se acercó a su padre, que permanecía en silencio contemplando un bello atardecer.

—Y… Castilla… —musitó.

Don Alfonso se giró y lo miró con desdén.

—¿Castilla? No seas necio. Alburquerque y los Castro te están utilizando. Solo se preocupan de su propio interés y beneficio. ¿Crees que los nobles castellanos van a aceptar a un rey portugués? —Negó con la cabeza, admirado de la influencia que la gallega ejercía sobre su hijo. Con su embrujo le había persuadido para que se embarcara en una descabellada empresa que podría llevar a Portugal a la guerra con Castilla—. En unos días se celebrará la boda del infante Fernando de Aragón con María. A falta de herederos, Fernando de Aragón es el legítimo sucesor de Pedro. Es uno de los muchos candidatos que tiene la Corona de Castilla y que, sin duda, la nobleza y el clero castellano elegiría antes que a ti, un portugués. ¿Quieres que enumere al resto?

El infante negó con la cabeza, conocía bien sus nombres.

—De todos ellos, de quién más tiene que cuidarse Pedro es de Enrique de Trastámara —prosiguió el rey ignorando a su hijo. Empeñado en demostrarle que su pretensión de ser rey de Castilla no era más que una quimera, una fantasía inventada por Alburquerque y los Castro—. No por ser el bastardo del rey Alfonso, sino porque está casado con Juana Manuel, descendiente del rey castellano Fernando III. Su candidatura al trono estaría legitimada por el noble linaje de su esposa. Otro más podría ser Juan de la Cerda…

—Está bien, está bien —interrumpió el infante algo molesto. Comenzó a pasear por la sala. Digería con esfuerzo las palabras de su padre: el infante Fernando era primo del rey y don Enrique de Trastámara estaba casado con una descendiente de Fernando III. Ambos estaban mejor posicionados que él para alzarse con la Corona de Castilla. Además, había otros nobles como don Juan de la Cerda o el infante Juan de Aragón, hermano de don Fernando que también podrían aspirar al trono. Sonrió con desgana; prácticamente cualquier noble castellano tendría más posibilidades que él de ser proclamado rey de Castilla. Recordó como algunos nobles castellanos se referían a don Juan Alfonso de Alburquerque como *el Portugués* usando un tono insultante y despectivo. Si apenas toleraban que

el canciller de Castilla fuera de origen portugués, ¿cómo iban a aceptarle a él como rey?

—¿Dices que Alburquerque me utiliza? —preguntó el infante, aceptando la posibilidad de que hubieran intentado engañarle.

—Alburquerque y los Castro. No pretendas dejarles a ellos fuera de esta farsa.

—¿Cómo?

—Te utilizarán como reclamo para que otros nobles castellanos se unan a su Liga en contra de Pedro, su rey —se acercó al infante y cogiéndole de los hombros le insistió—. Si fracasan te culparán a ti. Dirán que se han dejado arrastrar por tus ambiciones y codicia, y se arrojarán a los pies de Pedro suplicándoles su perdón. Y si tienen éxito se desharán de ti y proclamaran rey a un noble castellano. Sea cual sea el resultado de la rebelión, no obtendrás ningún provecho. Hijo, jamás participes en una conjura que pretenda derrocar a un rey legítimo o sufrirás su mismo destino. Así funcionan los juicios de Dios.

El infante se hallaba confuso. Quizá su padre tenía razón. Los nobles castellanos no estarían dispuestos a servir a un rey portugués. Y al igual que se habían sublevado en contra de don Pedro de Castilla, también lo harían contra él y con más motivo, pues sería considerado un rey usurpador. Probablemente ni siquiera se molestarían en sublevarse. Utilizarían un método más pragmático; el veneno. Los castellanos eran proclives al uso de venenos para solventar conflictos y eliminar enemigos. Pero doña Inés, su amada doña Inés, se lo había suplicado con insistencia y odiaba decepcionarla. Don Alfonso advirtió la duda en los ojos del infante y dijo:

—Hijo mío, olvídate de ese absurdo proyecto. No te entrometas en los asuntos de Castilla. Observa los acontecimientos, analízalos, y aprende de ellos. Es lo único que puedes y tienes que hacer. ¿Me has entendido?

El infante soltó un largo suspiro y asintió. El rey Alfonso de Portugal no le estaba haciendo una pregunta, le estaba dando una orden.

—Castilla será pronto devorada por las llamas de la codicia y la traición. Es nuestra obligación evitar que el incendio se extienda por Portugal —insistió el rey.

El infante apretó los labios y bajó la vista con expresión triste. Detestaba decepcionar a doña Inés, pero su participación en una conjura extranjera podría conllevar consecuencias desastrosas para el reino. No deseaba que su pueblo fuera víctima de sus propias ambiciones y mucho menos de las luchas de poder entre los nobles castellanos.

—Haré lo que me pides, padre —aceptó finalmente.

—Bien, hijo mío. Has tomado la decisión correcta.

Don Pedro asintió con los labios apretados y abandonó la sala. Su padre se quedó observándole con pesar y una honda preocupación marcada a fuego en los ojos. Doña Inés de Castro había estado muy cerca de provocar una guerra con Castilla. La perniciosa influencia que esa mujer ejercía sobre el infante era descomunal, incontrolable y peligrosa, muy peligrosa. No podía permitir que la concubina persistiera en manipular a su hijo. Doña Inés podría lograr lo que se propusiera. Incluso que alguno de sus bastardos fuera proclamado rey de Portugal en lugar de Fernando, el legítimo heredero. Sería capaz de llevar al reino a una devastadora ruina si con ello lograba sus propósitos. Algo debía hacer y pronto, muy pronto, pues ya era anciano y se hallaba tremendamente fatigado. En cualquier momento tendría que rendir cuentas ante el Todopoderoso. Se sentó pesadamente en el trono y se mesó pensativo la barba.

«Me desharé de esa dañina influencia, pero antes tengo otras cuestiones no menos urgentes que atender», pensó el rey de Portugal.

OceanofPDF.com

41

Estremoz, Portugal, primavera de 1354

Después de asistir a la boda, don Juan Alfonso de Alburquerque acompañó al séquito de la reina María de Portugal en su regreso a Castilla. A lo lejos, sobre una colina, se divisaba el castillo de Estremoz, donde la comitiva haría una parada antes de proseguir el camino a Elvas y a Badajoz, donde Alburquerque se despediría de la reina, pues no era prudente adentrarse en tierras castellanas. Desde su montura el excanciller alzó la vista y miró al castillo. Se le acababa el tiempo. El rechazo del infante Pedro a su propuesta había sido un importante e inesperado contratiempo. Había contado con las dotes de persuasión de doña Inés, pero la intervención del rey Alfonso fue rotunda y definitiva. El infante portugués era una de las opciones que el excanciller castellano manejaba, pero no la única. Había llegado el momento de tantear otras alternativas, de encontrar otros aliados. Y uno de ellos era doña María de Portugal, la madre del rey. Con ella a su lado, lograría persuadir a otros nobles para que abrazaran su causa. Sería una tarea ardua, complicada, pero sabría como persuadirle, como lograr que se rebelara contra su propio hijo. Llevaba meses planeándolo, desarrollando la estrategia que pronto, muy pronto, se dispondría a ejecutar. El séquito llegó a las murallas del castillo y el excanciller aún permanecía absorto en sus pensamientos.

La luna llena brillaba en todo su esplendor, clareando con sus rayos argentados la oscuridad de la noche. Don Juan Alfonso de Alburquerque estaba sentado frente a la chimenea. En sus manos sostenía una copa de vino. El suave movimiento de las llamas y el sutil baile de las incandescentes pavesas le relajaban y le ayudaban a concentrarse, a

descender a lo más profundo de su mente para hallar la solución apropiada a toda dificultad o problema que fuera necesario resolver. Bebió un trago de vino sin apartar la vista del fuego. Permanecía concentrado, sumido en sus pensamientos cuando el metálico sonido de los goznes le distrajeron. La puerta de la estancia se abrió y uno de los sirvientes hizo acto de presencia.

—Señor, tiene una visita.

El excanciller frunció el ceño extrañado, preguntándose quién podría visitarlo a esas horas.

—Es un fraile franciscano, don Diego López de Rivadeneyra —terminó de decir el sirviente.

Alburquerque se incorporó casi de un salto.

—Haz que entre inmediatamente, ¿vamos a qué esperas? —le apremió.

Don Diego López de Rivadeneyra era el confesor de don Enrique de Trastámara. Su visita, a esas horas de la noche, no sería casual. Alburquerque sintió como su corazón se aceleraba en su pecho. El fraile franciscano entró en la estancia.

—Señor de Alburquerque —saludó.

Era un hombre mayor, con barba rala, gris y descuidada. Sus ojos eran claros, cristalinos y profundos. Vestía una túnica de lana marrón con capucha.

—Se bienvenido, fraile. Por favor, toma asiento.

Don Juan Alfonso de Alburquerque sirvió una copa de vino y se la ofreció al fraile. Ambos tomaron asiento enfrente del fuego.

—Te preguntarás a qué se debe mi visita a estas horas de la noche.

—Así es. Las visitas del confesor de don Enrique de Trastámara no suelen ser habituales.

El fraile sonrió y bebió un pequeño trago. Tenía un importante mensaje que dar y no pretendía dilatar su estancia en Estremoz más tiempo del estrictamente necesario. Así pues, fue directamente al asunto que le había llevado a Portugal.

—Don Enrique de Trastámara está dispuesto a unirse a tu causa.

Don Juan Alfonso de Alburquerque aguantó la sonrisa que luchaba por brotar en sus labios. Era una noticia inesperada, fabulosa. Sintió como su cuerpo bullía agitado por una irrefrenable emoción. Pero debía mantener la

calma. Su gesto debía permanecer hierático, imperturbable, indiferente. Esa actitud haría entender al emisario del bastardo que su colaboración no era imprescindible.

—Advierto que mi mensaje no te hace muy feliz —observó don Diego López.

—Agradezco el interés del conde de Trastámara, pero entiendo que su participación en esta cruzada no será gratuita, ¿qué desea a cambio de su colaboración?

—Llamar cruzada a esta conjura es muy audaz por tu parte —le reprochó el fraile—. Don Enrique no ofrece solo su colaboración, sino también la de sus hermanos y la de otros muchos nobles agraviados por el rey Pedro. Es más, mediará con el cardenal Gil Carrillo de Albornoz, para que interceda a vuestro favor con el papado de Aviñón.

El cardenal no había perdonado a don Pedro que confiscara sus propiedades y esperaba pacientemente el momento para cobrarse cumplida venganza. Como cardenal y hombre de confianza del papa Inocencio, sabría como persuadirle para que apoyara la sublevación. El rey había dejado tras de sí un reguero de cadáveres que no tardarían en levantarse para reclamar justicia.

—¿Disfrutaríamos de la bendición papal?

—Don Enrique de Trastámara lo tiene todo pensado desde hace años. Hasta el más mínimo detalle.

A don Juan Alfonso de Alburquerque no le sorprendieron las palabras del fraile. Siempre había sospechado de don Enrique de Trastámara. Pero ahora sus propósitos y ambiciones podrían serles de utilidad.

—Aún no has respondido a mi pregunta, ¿qué espera recibir don Enrique a cambio de su apoyo? —Bostezó y bebió un trago de vino, fingiendo indiferencia y aburrimiento.

El fraile negó con la cabeza y desvió la mirada hacia el fuego. Quizá no había sido buena idea acudir a Estremoz. Alburquerque no necesitaba de los servicios del conde. Bebió un trago de vino y respondió con celeridad, deseando abandonar el castillo lo antes posible.

—Ser proclamado rey en el caso de que don Pedro falleciera sin dejar descendencia.

—El legítimo sucesor es el infante Fernando de Aragón —repuso Alburquerque—. La irrupción de otro candidato a la Corona desataría una guerra.

El fraile se sentía incómodo. No estaba habituado a participar en conjuras nobiliarias. Era un humilde fraile, que Dios decidió que ejerciera como confesor de un miembro de la alta nobleza castellana. Había trasmitido el mensaje a don Juan Alfonso de Alburquerque. No era su propósito ni interés entrar en debates sucesorios. Se incorporó y dijo:

—Entiendo que la propuesta no es de tu agrado —dejó la copa sobre una mesa y añadió—: Así se lo trasmitiré a don Enrique. Se hace tarde y debo marcharme.

El fraile se disponía a salir de la estancia, cuando Alburquerque dijo:

—Espera.

Don Juan Alfonso de Alburquerque debía pensar con rapidez. No podía dejar escapar aquella excelente oportunidad. El apoyo de don Enrique supondría la colaboración de su hermano don Fadrique, el poderoso maestre de la Orden de Santiago, y de don Tello, el señor de Vizcaya. El favor de los bastardos y del papado de Aviñón arrastraría a su causa a un gran número de nobles castellanos. Desestimar su propuesta sería una insensatez, una locura. Era imprescindible ganar partidarios, armar un poderoso ejército con el que combatir al rey Pedro. La alianza con don Enrique de Trastámara le ayudaría a conseguirlo. Ya se preocuparía de la sucesión de don Pedro llegado el momento.

—Este es un asunto muy delicado que conviene discutirlo personalmente —dijo Alburquerque.

—Estoy de acuerdo —aceptó el fraile.

—Por favor, dile al conde que me gustaría reunirme con él en Elvas. Estoy convencido de que podremos llegar a un acuerdo.

El fraile asintió y sonrió satisfecho. Temía regresar a Castilla con las manos vacías. Al menos, podría trasmitirle a don Enrique la propuesta del excanciller de negociar personalmente las condiciones del acuerdo.

—Ambos sois hombres razonables. Yo también creo que, por el bien de Castilla, llegaréis a un acuerdo —dijo el fraile.

—Por supuesto, siempre por el bien de Castilla —dijo Alburquerque. En sus labios se dibujó una sonrisa.

⁂

La mañana era cálida, cristalina. Una suave brisa portaba el aroma a jara pringosa, espliego y tomillo. Don Juan Alfonso de Alburquerque y doña María de Portugal paseaban por un monte aledaño al castillo de Estremoz, escoltados por media docena de soldados. Pocos días antes, en la ciudad portuguesa de Elvas, cerca de la frontera castellana, el excanciller de Castilla había mantenido una reunión con don Enrique de Trastámara. Estaba muy satisfecho. Los acuerdos allí cerrados habían cubierto con creces la decepción que había sufrido tras la negativa del infante Pedro de Portugal de liderar la insurrección. Ahora, don Juan Alfonso de Alburquerque se disponía a informar a la reina madre de sus intenciones. Debía ser prudente, comedido, guiar la conversación hacia un callejón donde doña María de Portugal no encontrara otra salida que su adhesión al pacto firmado con don Enrique. Su apoyo atraería a un buen número de nobles indecisos. Había llegado el momento de mostrar sus cartas.

—¿Qué tal se encuentra la reina Blanca? ¿Sabéis algo de ella?

Doña María de Portugal exhaló un largo suspiro. En los pocos meses que don Pedro la permitió tratarla, antes de ordenar su reclusión en Arévalo, habían labrado una profunda amistad. Le parecía una mujer dulce, atenta, hermosa, una verdadera princesa. La reina perfecta para Castilla. No entendía como su hijo la había rechazado por doña María de Padilla. Se sentía dolida por el desprecio que su hijo la dispensaba. Incluso temía por su vida.

—Está triste y afligida —respondió doña María de Portugal—. Ya no es princesa de Francia, ni reina de Castilla. Es simplemente una mujer repudiada por un marido que la tiene cruelmente encerrada sin motivo.

—Es una joven inocente, que está pagando la insensatez de su tío, el rey. Si don Juan de Francia hubiera pagado la dote, no nos encontraríamos en esta tesitura.

—¿Eso es lo que crees? —preguntó doña María, negando con la cabeza —. No seas necio, mi hijo la hubiera repudiado de todas maneras. No es más que un muñeco, un títere manejado por las perversas manos de María de Padilla y sus parientes.

Don Juan Alfonso de Alburquerque estaba satisfecho; la conversación transcurría por la dirección que le interesaba.

—Doña Blanca me recuerda tanto a vos… —Alburquerque desvió una mirada condescendiente hacia doña María.

—Me siento muy identificada con ella —comenzó a decir—. Yo también fui abandonada. Gracias a Dios no llegué a ser repudiada como la pobre Blanca, pero sufrí la indiferencia y el desprecio de mi marido, el rey, que no dejaba de maltratarme y humillarme delante de la Corte. Me sentía tremendamente sola, menospreciada, rechazada —miró a Alburquerque y le sonrió—. Tú fuiste de los pocos que estuvieron a mi lado.

—Y siempre lo estaré, mi reina —Alburquerque le besó la mano—. Es cierto; el rey no os trató con la consideración que os merecéis. Ni a vos ni a vuestro hijo —doña María asintió en silencio—. Estaba completamente hechizado, enloquecido por Leo… por *la Perra*. Y ahora don Pedro sufre esa misma maldición. Está embrujado por María de Padilla.

—Hasta en eso nos parecemos Blanca y yo… —dijo la reina madre con tristeza.

—La influencia de María de Padilla y de sus familiares sobre don Pedro es tremendamente perniciosa. Os lo digo yo, que los conozco muy bien. Lamento el día que les presenté en Sahagún —Alburquerque torció el gesto y apretó con rabia los puños—. Como ha cambiado Castilla desde entonces; la reina Blanca encerrada en Arévalo, don Pedro manipulado por los Padilla y yo exiliado en Portugal, como si fuera un proscrito, un criminal.

—No te atormentes. —Doña María detuvo el paso y cogió a Alburquerque de las manos—. Tú siempre has perseguido lo mejor para Castilla y para mi hijo. La culpa de todo la tiene la Padilla, como en su momento la tuvo *la Perra*.

Alburquerque agradeció sus palabras de aliento con la mirada y retomaron el camino con paso lento. Doña María tomó del brazo al excanciller para animarle.

—Echo tanto de menos Castilla, Sevilla, la Corte… —suspiró Alburquerque.

Doña María asintió con nostalgia.

—Yo también lo echo de menos. Si hubiera alguna forma de volver a la normalidad.

Los labios de Alburquerque sonrieron; la reina había mordido el anzuelo.

—Sería una excelente noticia para Castilla que el rey abandonara a María de Padilla y regresara con su esposa, como es su deber y obligación.

—Yo sería la mujer más feliz del mundo —doña María esbozó una leve sonrisa.

Alburquerque detuvo su paso y ordenó a la guardia que se apartara con un gesto de mano. Lo que se disponía a decir no era conveniente que llegara a oídos indiscretos.

—Quizá…

Doña María de Portugal le interrogó con la mirada.

—Quizá haya un modo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó desconcertada doña María.

Alburquerque se apartó unos pasos y se mesó la barba como si de pronto se le hubiera ocurrido la solución a tan grave problema.

—Podríamos forzar al rey a que volviera con doña Blanca.

—¿Una sublevación? —Los ojos de doña María se abrieron por el espanto.

—No —respondió Alburquerque acercándose a ella—. No sería necesario. Sería suficiente con que un puñado de nobles le hicieran entender que está tomando erráticas y peligrosas decisiones por culpa de los Padilla. Es necesario persuadirle de que por su propio bien y el de Castilla, debe abandonar a María de Padilla y desprenderse de sus familiares.

—¿Solo tendría que abandonar a María de Padilla y regresar con Blanca?

—De ningún modo pretendería derrocarlo. Don Pedro es el legítimo rey. Son a los Padilla a los que debemos apartar de la Corte.

Doña María de Portugal se debatía en un torbellino de emociones. Se disponía a favorecer una rebelión en contra de su propio hijo. Una rebelión

que, por otro lado, restablecería el orden en Castilla. Si se mantenía al margen, si era negligente con sus responsabilidades, su hijo permanecería bajo el nocivo influjo de los Padilla. Don Pedro ya se había desprendido de Alburquerque, quien había servido a Castilla durante años con inquebrantable lealtad. ¿Qué otras lamentables decisiones tomará influenciado por María de Padilla y los suyos? ¿Quién será el próximo en sufrir sus injusticias? No podía comportarse con indiferencia ante lo que sucedía a su alrededor. Debía velar por el bien de Castilla, por el bien de su hijo. Era necesario actuar, tomar la decisión correcta, aun sabiendo que le produciría un terrible dolor. Nunca hay vencedor en un enfrentamiento entre madre e hijo.

—¿Me prometes que todo volverá a ser como antes? —preguntó esperanzada doña María cogiéndole de los hombros.

—El rey se reconciliará con la reina Blanca, tendrán un heredero y la paz retornará a Castilla. Os lo prometo.

—Entonces cuenta con mi favor.

Alburquerque estaba tremendamente satisfecho, pero todavía había un importante escollo que debía solventar.

—Para conseguir nuestro propósito necesitamos la adhesión de gran parte de la nobleza castellana —dijo el excanciller—. Es imprescindible que el rey advierta que los nobles castellanos repudiamos su comportamiento y a los Padilla. Solo así lograremos doblegar su voluntad.

La reina madre asintió.

—Nos guste o no, necesitamos a los Guzmanes —prosiguió Alburquerque.

Doña María le miró horrorizada, sin poder articular palabra.

—Los necesitamos, mi reina —se apresuró a decir Alburquerque ante su mirada de pánico—. Nada debéis temer. Necesitamos su apoyo, sus soldados, sus recursos. Con ellos a nuestro lado, nuestra misión tendrá éxito en pocas semanas. Os lo aseguro.

Doña María de Portugal apartó la vista escandalizada. Solo escuchar sus nombres le revolvía el estómago. «Esos malditos bastardos, ¿cuándo saldrán de mi vida?».

—No penséis en ellos, no penséis ni siquiera en el rey Pedro —insistió el excanciller leyendo sus pensamientos—. Pensad solo en doña Blanca, en liberarla de su cautiverio, de su injusta condena. En defender su honor. En darle la oportunidad que a vos os fue negada —se acercó a ella y cogiéndola de los hombros le dijo—: Os pido… os suplico este sacrificio. Desprendeos de vuestro odio hacia los Guzmanes hasta que en Castilla vuelva a imperar el orden. Después…

—¿Después? —preguntó doña María con una mirada desafiante.

Alburquerque se reservaba un último recurso del que servirse en el caso de que la reina madre se opusiera a la colaboración de los Guzmanes. Hubiera preferido no tener que utilizarlo, pero la indignación y furia que irradiaban sus ojos le persuadió a utilizarlo.

—Me ocuparé de ellos, personalmente —sus palabras sonaron profundas y lúgubres, como una sentencia a muerte.

Doña María odiaba a los Guzmanes y le revolvía el estómago compartir el mismo propósito, pero Alburquerque le ofrecía la oportunidad de librarse definitivamente de ellos. Una propuesta que difícilmente podría rechazar.

—Está bien. Confío en ti. Pacta con quien estimes oportuno si consideras que nos ayudará a alcanzar nuestros fines —aceptó doña María —. Solo espero que no tengamos que arrepentirnos por recurrir a la ayuda de esos bastardos.

«Ya está hecho», pensó aliviado Alburquerque; había logrado su propósito y con un rotundo éxito.

—En unos meses esta pesadilla habrá quedado olvidada —aseguró el excanciller.

—Y espero que para entonces tú cumplas con lo acordado —le advirtió doña María de Portugal.

OceanofPDF.com

42

Cuéllar, primavera de 1354

El rey estaba tumbado plácidamente en el lecho, disfrutando de las suaves caricias de doña Juana de Castro. A sus veintinueve años le ofrecía placeres que le eran completamente desconocidos. Era más fogosa, más entregada, más dispuesta a practicar juegos prohibidos que doña María de Padilla. Y pronto se casarían. Don Juan Lucero, obispo de Salamanca, y don Sancho Blázquez Dávila, obispo de Ávila, aceptaron pronunciar la sentencia de nulidad del matrimonio del rey con doña Blanca de Borbón. Ni el duque de Borbón, ni el rey Juan de Francia habían respetado las capitulaciones que establecían el pago de la dote. Además, el matrimonio no fue consumado. Los obispos no necesitaron más información. Tampoco tenían demasiado interés en enemistarse con el rey que había provocado el destierro del arzobispo de Toledo. En unos días se casarían en Cuéllar y el obispo de Salamanca oficiaría la boda. Pero el gesto de don Pedro no era de felicidad. No podía apartar de su mente a doña María.

—¿Estás bien? —le preguntó doña Juana incorporándose ligeramente y mostrando sus pechos desnudos.

—Sí, claro, no podría estar mejor —respondió don Pedro con una sonrisa.

—Estás como ausente…

—Disculpa, cariño. Asuntos de gobierno.

Doña Juana apoyó la cabeza sobre su pecho.

—Pronto tu boda con la francesa será anulada y tú y yo seremos marido y mujer… los reyes de Castilla.

Don Pedro asintió si demostrar excesivo interés. La voz de doña Juana le sonaba extraña, lejana, como si estuviera hablando con otra persona. Él estaba en el lecho con ella, pero su mente, su espíritu se hallaba con doña María de Padilla. La concubina permanecía aferrada a sus recuerdos, encadenada a su corazón. No podía desprenderse de ella. Desde que abandonó el alcázar de Sevilla no dejó un instante de pensar en ella y en su intención de recluirse en un convento. Entre julio y agosto nacería su hijo, ¿debería estar presente ahora que se disponía a casarse con otra mujer? ¿Se comportaría como su padre, relegándole y olvidándole como había hecho con él? La criatura no merecía ser olvidada, como tampoco lo merecía su pequeña Beatriz. A doña Juana de Castro no le pasó desapercibida la mirada perdida del rey. Temía los motivos. La boda debía celebrarse lo antes posible. Hizo uso de unas de sus habilidades para que el rey volviera al mundo real, al suyo. Debía despertarle de sus ensoñaciones. Se deslizó como una anguila entre las sábanas en busca de su miembro.

⁂

Don Diego Lopes Pacheco era un caballero de la Corte del rey Alfonso de Portugal. Uno de sus hombres de confianza y el encargado de ejecutar las misiones más arriesgadas y oscuras. Aquellas que requerían pocas preguntas y aun menos escrúpulos. Su rostro rasurado estaba marcado por una cicatriz que le cruzaba el lado derecho de la mejilla. Una marca que mostraba con orgullo, pues revelaba lo cerca que había estado de la muerte. Sus ojos eran negros e inexpresivos, propios de quien ha sido testigo o partícipe de la muerte en demasiadas ocasiones, tantas que quitar la vida ya carecía de importancia. Le acompañaban dos hombres de su máxima confianza, dos asesinos que protegían sus espaldas y obedecían sus órdenes con resuelta lealtad. A quienes había liberado de unas frías y oscuras mazmorras, de una condena a muerte a cambio de su total entrega y fidelidad. Habían cabalgado sin descanso desde Elvas y ya se encontraban próximos a la frontera castellana. A lo lejos, a pocas leguas, divisaban su objetivo: dos nobles castellanos y una pequeña escolta.

—¡Acelerad el paso! —ordenó y espoleó con vigor su cabalgadura.

El sonido de los cascos de los caballos alertó a los soldados que miraron a sus espaldas. Echaron mano de sus armas al divisar a tres jinetes cabalgando hacia ellos a toda velocidad. Don Juan Fernández de Hinestrosa y don Gutier Fernández de Toledo detuvieron sus monturas. El oficial de la escolta se dirigió hacia los tres jinetes y se interpuso en su camino.

—¡Alto! —ordenó alzando la mano. Dos soldados, lanzas en ristre, le flanqueaban.

—Soy don Diego Lopes Pacheco, caballero del rey don Alfonso de Portugal —se presentó con un correcto castellano, pero cargado de acento portugués.

Don Gutier escuchó su nombre y se aproximó a él. No lo conocía personalmente, pero estaba al corriente sus «hazañas» y del tipo de servicios que prestaba al rey portugués.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó el oficial.

—Hablar con don Juan Fernández de Hinestrosa y don Gutier Fernández de Toledo. Es urgente.

El oficial miró a su espalda y advirtió como Hinestrosa y don Gutier se aproximaban. Don Gutier asintió y el oficial franqueó el paso a los tres portugueses.

—Necesito hablar con vosotros… a solas —don Diego Lopes Pacheco espoleó su montura y la detuvo a unos pasos de los castellanos.

—Esperad aquí —ordenó don Gutier al oficial y se dirigió hacia el misterioso portugués, seguido por Hinestrosa.

—¿Quién es? —preguntó Hinestrosa.

—Un caballero, a quien don Alfonso de Portugal ordena ciertas tareas que no todo el mundo está dispuesto a cumplir.

Don Juan Fernández de Hinestrosa asintió entendiendo perfectamente a qué se refería. Los dos nobles castellanos detuvieron sus monturas frente a los portugueses.

—Tengo un mensaje urgente de mi rey y señor, don Alfonso de Portugal —comenzó a decir don Diego Lopes Pacheco.

—Habla pues.

—Alburquerque está conspirando contra el rey Pedro de Castilla.

Don Gutier chasqueó los labios con indiferencia y dijo:

—Dinos algo que no sepamos. —Don Gutier no se sentía cómodo en presencia de don Diego Lopes Pacheco y los dos jinetes de aspecto fiero y desalmado que le acompañaban. Se encontraba delante de tres peligrosos asesinos. Miró de soslayo a sus espaldas calculando la distancia a la que se encontraba su escolta. Instintivamente, echó mano a su empuñadura, gesto que no le pasó desapercibido a don Diego Lopes Pacheco. El portugués sonrió con arrogancia, con suficiencia. Si su misión hubiera sido matar a los dos nobles castellanos, ya estarían muertos.

—Alburquerque ha conspirado con doña Inés y don Álvar Pérez de Castro para ofrecerle el trono de Castilla al infante Pedro.

Hinestrosa y don Gutier cruzaron miradas de incredulidad.

—Es evidente que desconocíais esta información —en los labios de don Diego Lopes Pacheco asomó una sonrisa ladina.

—¿Doña Juana de Castro está al corriente de esta conjura? —preguntó don Gutier.

—Lo desconozco —respondió el portugués.

Hinestrosa inspiró satisfecho: «Esta información evitará la boda de don Pedro con doña Juana de Castro».

—¿El infante Pedro va a unirse a la conspiración? —preguntó don Gutier.

—De ningún modo. Mi rey quiere dejar bien claro que Portugal se mantiene al margen de todas las disputas y pleitos que los castellanos os traigáis entre vosotros.

—Debemos partir cuanto antes —dijo Hinestrosa, apremiando con la mirada a don Gutier. La boda del rey era inminente. Tenía que impedirla a toda costa. Su posición en la Corte dependía de ello.

—Hay algo más —dijo el portugués.

Hinestrosa y don Gutier desviaron sus miradas hacia don Diego Lopes.

—Don Enrique de Trastámara ha pactado con don Juan Alfonso de Alburquerque unirse a la sublevación contra vuestro rey. —Don Diego Lopes omitió que doña María de Portugal también estaba involucrada en la conjura. Don Alfonso de Portugal temía que don Pedro desatara su ira contra su propia madre.

El caballo de don Gutier dio un respingo, contagiado por la inquietud que recorrió el espinazo de su jinete. Don Gutier siempre había dudado de la lealtad de los Guzmanes, pero consideraba que los títulos y responsabilidades que el rey les concedió en Cuéllar habían apaciguado sus ánimos rebeldes y traidores.

—¿Estás seguro de lo que dices? —preguntó Hinestrosa.

—Por supuesto, no soy hombre que lance graves acusaciones en vano. Es más, don Fadrique también se unirá a su hermano en la sublevación.

Don Gutier y don Juan Fernández de Hinestrosa cruzaron una mirada de preocupación, aunque no les sorprendía que don Enrique pretendiera arrastrar a sus hermanos a la rebelión.

—¿Y don Tello? —preguntó don Gutier.

—Estamos seguros de la traición de don Enrique y don Fadrique. De don Tello no nos consta ningún movimiento.

Una vez más, don Tello permanecería protegido en su señorío de Vizcaya en espera de los acontecimientos.

—¿Por qué don Alfonso de Portugal quiere ayudarnos? —preguntó don Gutier—. ¿Por qué te ha ordenado que nos desveles esta información?

—El rey Pedro es su nieto y quiere protegerlo de perros rabiosos y traidores.

Don Gutier asintió agradecido y dijo:

—Dad las gracias a don Alfonso.

El portugués asintió y dijo:

—Afilad vuestras espadas. Pronto estallará la guerra en Castilla.

—No, si podemos evitarlo —repuso don Gutier.

Don Diego Lopes negó con la cabeza.

—Ya es tarde. Las tierras castellanas serán teñidas del color rojo de la sangre. Solo espero que vuestras deslealtades y traiciones no crucen jamás la frontera portuguesa. —Don Diego Lopes giró su montura y se marchó a toda velocidad seguido de cerca por su escolta. Don Gutier Fernández de Toledo y don Juan Fernández de Hinestrosa contemplaron en silencio como se marchaban, dejando atrás una nube de tierra y polvo. Negros presagios se cernían sobre el reino de Castilla.

OceanofPDF.com

43

Cuéllar, abril de 1354

La boda la celebró el obispo de Salamanca en la iglesia de San Martín. Un discreto templo para una boda sencilla y fugaz. Casi se casaron a escondidas, en secreto, como si hubieran sido culpables de un crimen que pretendían ocultar. Doña Juana de Castro había adivinado la duda en los ojos de don Pedro y tenía prisa, mucha prisa. Su ahora esposo no había olvidado a doña María de Padilla. Ella lo sabía y no podía permitir que se arrepintiera en el último momento. Estaba tan cerca de la gloria que casi la podía acariciar con sus propias manos.

Se casaron al día siguiente de que los obispos de Salamanca y Ávila certificaran la nulidad del matrimonio de don Pedro con doña Blanca de Borbón. Doña Juana de Castro estaba feliz, había cumplido su ansiado sueño. En cambio, el gesto del rey era compungido y su felicidad forzada. Su cuerpo estaba allí, en la iglesia, junto a quien sería su nueva esposa, pero su corazón se hallaba muy lejos. Esa misma noche, doña Juana de Castro se empleó a fondo en el lecho para que su esposo olvidara a doña María de Padilla. Ahora le pertenecía a ella, solo a ella, y jamás le dejaría escapar. Un obispo había celebrado un matrimonio que no tardó en consumarse. Ella no cometería el mismo error que la inocente y cándida francesa.

⁂

Cabalgaron durante días casi sin descanso. Estaban agotados, exhaustos, y sus caballos a punto de reventar por el insoportable esfuerzo. Tenían que llegar cuanto antes a Cuéllar y advertir al rey de las intenciones de

Alburquerque y los Guzmanes. Hinestrosa solo tenía en mente evitar la boda del rey con doña Juana de Castro. Don Pedro debía volver cuanto antes con su sobrina. Los Castro eran una familia ilustre y poderosa. El rey no tardaría en otorgarles importantes cargos y responsabilidades. Y él… él no era más que un infanzón, un miembro de la baja nobleza. Jamás podría competir con un apellido tan poderoso e influyente. Debía evitar la boda, aunque reventara su montura, aunque reventaran cien monturas. Por fin, a lo lejos, divisó la espléndida muralla de sillares de piedra caliza que circundaba el castillo de Cuéllar. Cruzaron la puerta de acceso y se dirigieron a la torre del homenaje. Un sirviente les informó de que los reyes de Castilla se encontraban en el comedor. Sin desprenderse del polvo del camino, fueron a trasmitirle las aciagas noticias.

—Mi señor —saludó Hinestrosa, casi sin resuello ignorando a doña Juana de Castro.

—Señor, señora —dijo don Gutier.

En ambas esquinas de una larga mesa de madera se encontraban don Pedro y doña Juana de Castro. Sobre la mesa había varias bandejas con carne de cerdo, aves y fruta, además de dos jarras de vino y agua. Hasta ese momento, tanto Hinestrosa como don Gutier no fueron conscientes del hambre y la sed que les ardía por dentro. Sus tripas comenzaron a protestar, exigiendo un poco de atención.

—¡Qué rápido habéis regresado! —exclamó el rey—. Pero tomad asiento. Comed y bebed. Tenéis un aspecto horrible.

Hinestrosa y don Gutier tomaron asiento cerca del rey. Doña Juana les observaba con preocupación; dos caballeros que se presentan ante su rey sucios y desaliñados no pueden ser portadores de buenas noticias.

—¿Habéis tenido éxito? ¿Me traéis encadenado al traidor de *el Portugués*?

Hinestrosa bebía con ansia de una jarra de vino, mientras que don Gutier devoraba con fruición un muslo de pollo. Hinestrosa se había calmado. Había concluido que el rey todavía no se había casado con doña Juana de Castro. «Hemos llegado justo a tiempo para evitar el enlace», pensó.

—Por vuestra apariencia, deduzco que ha sido un viaje largo y agotador —intervino doña Juana de Castro—. Entiendo que todavía no estáis al corriente de la buena nueva.

Hinestrosa y don Gutier desviaron la mirada hacia doña Juana.

—Ayer, el obispo de Salamanca ofició nuestra boda —prosiguió mostrando una sonrisa victoriosa.

Hinestrosa casi se atragantó con el vino y don Gutier la miró con la boca abierta, dejando caer restos de pollo a la mesa.

—¿Cómo es posible? —preguntó Hinestrosa, sin poder ocultar la desagradable contrariedad que le había causado la noticia.

—Los obispos de Ávila y Salamanca concedieron la nulidad de mi matrimonio con Blanca de Borbón…

—Y nos casamos inmediatamente —interrumpió doña Juana al rey—. Esta ha sido la noche más feliz de mi vida, ¿verdad amor? —preguntó al rey con picardía—. Estábamos impacientes por consumar un matrimonio bendecido por Dios.

Las palabras de doña Juana fueron dirigidas al tío de su máxima rival, doña María de Padilla, como un dardo envenenado. Pretendía dejar claro y ante testigos, que el matrimonio había sido consumado. Si el rey solicitaba su anulación, tendría que buscarse otras excusas.

—En tal caso, sentimos ser portadores de malas noticias —comenzó a decir don Gutier Fernández de Toledo, algo más repuesto.

—Mi abuelo, don Alfonso de Portugal, no os ha entregado a Alburquerque, ¿verdad?

—Así es, mi señor. Pero eso no es lo más grave —se adelantó a responder Hinestrosa—. Alburquerque se ha aliado con los Castro para ofrecerle la Corona de Castilla al infante don Pedro —Hinestrosa miró con ojos victoriosos a doña Juana.

—¿Cómo? ¿Con los Castro? —preguntó el rey incorporándose como un resorte de la mesa. Sin poder dar pábulo a lo que estaba escuchando.

El rostro de doña Juana palideció. Se sintió desfallecer.

—Alburquerque ha pactado con doña Inés de Castro y con su hermano don Álvar Pérez de Castro. No tenemos noticias de que don Fernando de Castro estuviera al corriente de esta traición —matizó don Gutier, lanzando

una mirada reprobatoria a Hinestrosa—. Para vuestra tranquilidad, el infante Pedro ha rechazado la propuesta.

El rey comenzó a pasear por la sala. Necesitaba aclarar sus ideas, ponderar convenientemente la situación. Don Juan Alfonso de Alburquerque pretendía pactar con los Castro, pero el infante había rechazado la propuesta. Asintió, estaba convencido de que su abuelo, el rey de Portugal, había persuadido a su tío, el infante, para que no se entrometiera en los asuntos de Castilla. Si Alburquerque había osado ofrecerle la Corona era porque tenía sobrados motivos para considerar que la aceptaría. Bien, parecía que la conspiración había sido anulada antes de que naciera. Pero todavía quedaban muchos interrogantes por aclarar. Se giró y preguntó a sus consejeros:

—¿Por qué los Castro querrían traicionarme?

—Doña Inés no se resigna a ser la amante del infante Pedro. Desea convertirse en su esposa, en reina de Portugal… y de Castilla —respondió Hinestrosa, mirando a doña Juana—. Si hubiera logrado su propósito, el infante Pedro reinaría en Portugal y en Castilla. Doña Inés y Alburquerque, con sus intrigas y traiciones, le habrían entregado todo un reino. Ningún noble portugués hubiera osado oponerse a su enlace con don Pedro. Es evidente que la ambición de los Castro es insaciable —Hinestrosa arrastró sus últimas palabras con asco y desprecio.

Doña Juana se sirvió temblorosa un vaso de agua. Temía que las confabulaciones y mezquindades de sus hermanos bastardos pudieran perjudicar su matrimonio con el rey.

«No puede ser… ya soy la reina. Por fin lo he conseguido. ¿Serán capaces de estropearlo todo? Esos bastardos no podrán tirar por tierra todo mi trabajo y esfuerzo. La zorra de Inés… siempre tiene que ser ella. Siempre tiene que ser la protagonista. No podía soportar que yo fuera reina y ella simplemente una vulgar concubina, una ramera. Juro que la mataré».

—¿Fernando de Castro no estaba al corriente de esta traición? —preguntó el rey.

—Lo desconocemos —respondió don Gutier.

—Y esta información… ¿quién os la ha proporcionado? ¿Es fiable? —preguntó.

—Proviene de…

—Del rey Alfonso de Portugal, vuestro abuelo —dijo Hinestrosa, interrumpiendo a don Gutier, que pretendía ser más conciso y responder que procedía de un caballero del rey portugués. Pero Hinestrosa estaba empeñado en envenenar la relación de don Pedro con los Castro.

El rey levantó la vista y la fijó en doña Juana. Sus ojos lanzaban abrasadoras llamas. Había llegado el momento que doña Juana tanto temía y que sabía que no tardaría en producirse.

—¿Tú lo sabías? —le preguntó, acercándose a ella.

Doña Juana se lanzó sobre él y lo abrazó con fuerza.

—No, amor mío. Jamás te traicionaría. Son asuntos de mis hermanos bastardos. Ni yo, ni mi hermano Fernando, tenemos nada que ver.

Doña Inés de Castro y don Álvar Pérez de Castro eran los hijos ilegítimos de don Pedro de Castro y su amante doña Aldonza Lorenzo de Valladares. Doña Juana de Castro y don Fernando eran hijos legítimos de su matrimonio con doña Isabel Ponce de León, descendiente directa del rey Alfonso IX de León.

—¿Cómo lo sabes?

Doña Juana levantó la vista y le miró con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Cómo estás tan segura de que tu hermano Fernando no tiene nada que ver?

El rey la apartó con brusquedad.

—¿Este es el regalo de boda de los Castro? ¿Es así como me agradece tu familia que haga de una Castro la reina de Castilla?

Don Pedro, fuera de sí, la abofeteó con rabia, con furia, haciéndole caer al suelo. Don Gutier se incorporó dudando si intervenir. Hinestrosa permanecía sentado, contemplando la escena con gesto imperturbable.

—¡Vete! —exclamó el rey señalando con el dedo la puerta de la sala.

—¡Yo no sabía nada, te lo juro!

El rostro de doña Juana estaba contraído, desfigurado por una inconmensurable angustia. Su corazón latía agitado en su pecho y sentía como le palpitaban las sienes. De su labio cortado comenzó a emanar un hilo de sangre. Una imagen deplorable, indigna para una reina de Castilla. Don Gutier sintió lástima por ella y le ayudó a incorporarse. Consideraba

que el rey se había excedido con ella, como en su momento se precipitó con doña Blanca de Borbón.

—¡Vete y no vuelvas! ¡No quiero saber nada de ti! ¡No quiero saber nada de los Castro! —exclamó enfurecido don Pedro.

Doña Juana se apoyó en don Gutier y este le acompañó hasta la puerta. El rey se acercó a la mesa y bebió un trago de vino. Tomó asiento y soltó un largo resoplido. Se sentía aliviado. En un breve instante, de una terrible ira había pasado a una placentera calma. Sus labios dibujaron una sonrisa cruel, mezquina. La traición de los Castro le había facilitado el pretexto para desprenderse de doña Juana. Ahora podría volver con doña María, a quien nunca debió abandonar. Este era el motivo de su inquietud, esta era la razón de su infelicidad y del profundo desasosiego que martirizaba su alma. No podía soportar estar un minuto apartado de ella. Casarse con doña Juana había sido un terrible error. Debió haberse limitado a los escarceos esporádicos. Eso debería haber hecho. Disfrutar de sus encantos y sus artes amatorias, y luego dejarla allí, desnuda en el lecho y regresar a los brazos de doña María. Su amada.

—No deberíais haberla golpeado —dijo don Gutier con gesto severo, una vez hubo acompañado a doña Juana—. Estoy convencido de que no tenía ni idea de lo que estaban tramando sus hermanos. Es la reina de Castilla. No tendría nada que ganar y sí un trono que perder.

—Eso ya no importa.

—¿Cómo? —preguntó don Gutier sin entender.

El rey se limitó a beber un trago de vino como respuesta. Don Gutier estaba furioso. No había recorrido centenares de leguas en pocos días para contemplar como el rey desataba toda su ira sobre una mujer inocente. Miró a don Pedro y en su media sonrisa advirtió sus motivos; pretendía deshacerse de doña Juana como ya había hecho de doña Blanca. Negó con la cabeza y se sirvió un vaso de vino.

—Si el infante Pedro ha rechazado unirse a estos traidores, entiendo que esta conjura ha quedado en nada, ¿verdad? —preguntó el rey.

—Así es, mi señor —respondió Hinestrosa. Estaba feliz, encantado con el espectáculo. Sus temores se habían esfumado acompañando los pasos lentos, pesados y afligidos de doña Juana.

—Pero se está incubando otra deslealtad y mucho más grave —dijo don Gutier.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el rey.

Don Gutier estaba disfrutando de una pequeña venganza por el vergonzante trato que el rey había dispensado a doña Juana.

—Mi rey, quiero decir que si a una mujer inocente, que además es vuestra esposa y reina de Castilla, le castigáis injustamente, que no haréis con vuestros hermanos, los bastardos de don Enrique y don Fadrique, que sí son culpables de alta traición.

El rey se incorporó lleno de ira con los puños apretados. Miró a Hinestrosa buscando una explicación.

—Mucho me temo que es cierto, mi rey. —Hinestrosa tragó saliva—. Alburquerque ha pactado con vuestros hermanos don Enrique y don Fadrique.

—Pero ¿por qué? —musitó el rey, dejándose caer en la silla derrotado, deshecho, terriblemente decepcionado—, ¿por qué…?

Les había perdonado sus ofensas, les había concedido regalos e importantes responsabilidades en Castilla. ¿Y aun así le traicionaban? ¿Qué clase de maldad putrefacta y pestilente estaba recorriendo el reino? ¿En quién podría confiar? Estaba furioso. Se sentía engañado. De un manotazo arrojó los objetos que estaban sobre la mesa. Cayeron estrepitosamente al suelo inundando la estancia con un eco metálico. No hacía muchas semanas le habían jurado fidelidad, le habían asegurado que protegerían las fronteras de un ataque de Alburquerque y ahora se unían a él. ¿Qué les habría prometido *el Portugués*? ¿A qué pacto habían llegado? Se levantó y se sirvió una copa de vino. Don Gutier y don Juan Fernández de Hinestrosa le observaban en silencio. Don Pedro bebió una copa de un trago y luego otra. Poco a poco estaba asimilando la situación: Alburquerque y los Castro confabularon en su contra, ofreciendo la Corona de Castilla al infante Pedro de Portugal, pero fracasaron. Pero una nueva conjura urdida de nuevo por un persistente Alburquerque se cernía sobre el reino. Una traición que podría desatar una guerra. Bebió otro trago e inspiró con fuerza, intentando desprenderse del desaliento y la frustración que embriagaban su espíritu. Él era el rey. No toleraría que nada ni nadie amenazara su autoridad.

—Bien, debemos saber quién más está detrás de esta traición. —Don Pedro murmuraba como si hablara para sí mismo. Lamentarse de su suerte no sofocaría la insurrección. Tenía que sobreponerse al torbellino de sentimientos que le hostigaban, que le aturdían. Debía someter a los traidores que amenazaban con sembrar de cadáveres los campos de Castilla —. Marcharé inmediatamente a Castrojeriz con mis tropas. Necesito saber quiénes están de mi lado y quiénes me han traicionado. —Habló con voz alta, clara y resuelta—. Hinestrosa, quiero que María esté conmigo en Castrojeriz. Ocúpate personalmente de su traslado y protección.

—Sí, mi señor —aceptó satisfecho Hinestrosa. «Las aguas vuelven a su cauce», pensó.

—Mi señor, doña María de Padilla ha solicitado autorización al papado para fundar un convento en Astudillo, a condición de recluirse en él. Si os acompaña, el papa Inocencio se sentirá engañado —dijo preocupado don Gutier. El rey ya tenía demasiados adversarios como para granjearse también la enemistad del papado de Aviñón.

Hinestrosa le lanzó una mirada reprobatoria.

—Lo que opine el papado de Aviñón de mi relación con María no me preocupa —repuso el rey.

—Pues debería —replicó don Gutier con su voz profunda y fuerte—. El papa puede ser un valioso aliado o un implacable enemigo. De vuestras decisiones dependerá que sea una cosa u otra.

—Mi decisión ya está tomada. No me perturbes más con este tema. Organiza las tropas para partir cuanto antes —ordenó el rey con un gesto de mano, dando el asunto por cerrado.

Don Gutier entendió que no merecía la pena desgastarse más en una batalla que estaba perdida.

—¿Y doña Juana? ¿Qué vais a hacer con ella? —preguntó.

Don Pedro se había olvidado de su reciente esposa. Demasiadas inquietudes abotargaban su mente.

—Custodiadla en el castillo de Dueñas. Es el único regalo de boda que le voy a permitir conservar.

—Don Fernando de Castro es un noble muy poderoso. Si confináis a su hermana, la reina, os labraréis su enemistad —observó don Gutier, el único

noble de la Corte castellana que osaba rebatir sus decisiones.

—Ya disfruto de su enemistad, ¿acaso sus hermanos Álvar e Inés no han confabulado para arrebatarme el trono? ¿Quién me asegura que él no está involucrado en esta traición?

—Tenéis muchos enemigos, mi señor, y muy peligrosos. Debéis evitar que su número aumente.

—Idos y haced lo que os he ordenado. Necesito descansar. —El rey empezaba a sentirse afectado por los efluvios del vino. Les despidió con un gesto despectivo con la mano. La conversación le aburría y no era hombre que aceptara consejos que no se adecuaran a sus intereses.

OceanofPDF.com

44

Gijón, abril de 1354

Don Fernando de Castro sentía como su corazón se agitaba excitado, convulso en el pecho. Pronto se reuniría con su amada, doña Juana. Por tal motivo había acudido a Gijón, a los feudos de don Enrique de Trastámara, arrostrando toda clase de amenazas y peligros. Necesitaba verla, estar con ella. Sentir sus besos y envolverse en sus abrazos. El reino estaba revuelto y los caminos dejaron de ser seguros si es que alguna vez lo fueron. Don Juan Alfonso de Alburquerque se había aliado con don Enrique de Trastámara y don Fadrique en contra del rey. Los motivos eran oscuros, confusos. Aseguraban que su alzamiento era leal, legítimo. Su mayor preocupación era proteger al rey y a Castilla de la perniciosa influencia de los Padilla. Don Pedro debía desprenderse de ellos, de doña María de Padilla y sus parientes, y regresar con la reina Blanca.

«Quieren apartar a los Padilla de la Corte para ponerse ellos», concluyó, mientras cabalgaba bajo un cielo plomizo y amenazante. «Pero ¿y Juana?».

La noticia de que el rey había rechazado a su hermana un día después de celebrarse la boda corría desbocada por Castilla. A su mente llegó la intención de sus hermanos bastardos, doña Inés y don Álvar Pérez, de coronar al infante Pedro como rey de Castilla.

«¿Por qué el rey la habrá repudiado?», se preguntaba. «Es evidente que habría sido gravemente perjudicada si Inés y Álvar hubieran tenido éxito». Negó con la cabeza mientras los pensamientos bullían, se agitaban como avispas furiosas en su mente. «Insensatos, el rey creerá que yo también estoy implicado».

La relación que mantenía con sus hermanos bastardos, así como con doña Juana no era buena. Doña Inés y don Álvar vivían en Portugal a la sombra del infante Pedro. Doña Juana, en cambio, se sentía cómoda frecuentando la Corte castellana, donde se movía como pez en el agua. Él, a sus dieciséis años, tenía la obligación de ocuparse de la titánica tarea de gestionar las inmensas propiedades que los Castro tenían en Galicia, Portugal y Castilla. Su padre, don Pedro Fernández de Castro, murió hacía diez años, durante el asedio del rey Alfonso a Algeciras. Don Fernando tenía solo seis años. Tuvo que madurar antes de lo que dicta la prudencia, renunciando a una vida regalada, sencilla, inocente. Sus hermanos bastardos no le preocupaban. Deberían responder de sus propias decisiones. Pero doña Juana… Él la conocía muy bien. Sabía de sus insaciables ambiciones, de su lujuria, de su impulsividad. Pero no se merecía el trato recibido. Su hermana, su familia, su ilustre apellido habían sido arrastrados por el fango. La vergüenza de la deshonra se cernía sobre los Castro, pero él pretendía ser leal al rey. Su familia siempre había permanecido fiel a la realeza castellana. Su mente estaba abotargada por sentimientos contradictorios. Su presencia allí, en Gijón, ya suponía todo un riesgo. Si era descubierto, muchos podrían interpretar que pretendía unirse a la sublevación. Pero estaba dispuesto a asumir toda suerte de peligros si le permitían encontrarse con la mujer que amaba. Quedaría en espera de los acontecimientos y tomaría una decisión. Cabalgaba escoltado por dos soldados. Había salido de Avilés hacía apenas una hora, donde tenía un palacio y varias propiedades. Allí aguardaba a que sus espías le informaran de que don Enrique de Trastámara no se encontraba en Gijón, para acudir al encuentro de doña Juana. La relación de los Castro con los Guzmanes nunca fue buena y temía que don Enrique de Trastámara no aceptara los encuentros que mantenía con su hermana. A pocas leguas ya podía divisar el castillo. Sus labios sonrieron impacientes. Se detuvo en una pequeña ermita y ordenó a uno de sus hombres que acudiera al castillo para avisar de su llegada a doña Juana. Allí, en la ermita, el lugar secreto donde ocultaban su amor, le esperaría. Don Fernando de Castro contempló con el corazón en un puño como el jinete cabalgaba a toda velocidad para cumplir su cometido. Los minutos parecían horas en la tensa espera. Comenzó a llover con fuerza. El tiempo

transcurría y doña Juana no hacía acto de presencia. Don Fernando de Castro temió que finalmente no acudiera al encuentro. Protegido bajo el pórtico de la ermita, fijaba impaciente la mirada en el camino por el que debían aparecer el jinete y doña Juana. El soldado que le acompañaba le miraba con gesto preocupado. No era prudente permanecer mucho más tiempo en Gijón. Por fin, entre la lluvia y la neblina aparecieron. Don Fernando de Castro corrió a su encuentro y la ayudó a descabalgar.

—Amor mío. —La abrazó y la besó con pasión bajo la lluvia.

Entraron abrazados en la ermita, quedándose los dos soldados custodiando la entrada. Doña Juana se encontraba triste, afligida. Don Fernando comprendió que algo no iba bien.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué habéis tardado tanto?

Doña Juana le miró con sus ojos castaños sumergidos en lágrimas y respondió.

—Me ha costado mucho esfuerzo desembarazarme de mi aya.

Tomaron asiento en un banco de piedra. La ermita era un edificio adusto, sobrio, sin ornamentos. Un lugar de culto y oración tampoco los necesita. Fuera se escuchaba la intensa lluvia caer sobre el tejado.

—Tendré que volver pronto o se preocuparán.

Don Fernando acarició con ternura su largo pelo castaño. Se deleitaba mirando su bello rostro salpicado por minúsculas pecas, su piel blanca como la nieve y sus ojos castaños, grandes, hermosos. Podría estar contemplando tanta belleza, tanto esplendor, durante horas. Acercó sus labios a los de doña Juana y la besó.

—Tenemos tiempo.

Doña Juana rompió a llorar y don Fernando la tomó entre sus brazos.

—¿Qué te sucede? ¿Qué ocurre? —preguntó preocupado.

—Es… es mi hermano…

—¿Está aquí? —preguntó inquieto.

La joven enamorada negó con la cabeza.

—Lleva semanas sin aparecer, galopando de castillo en castillo buscando aliados contra el rey.

—Entiendo… ¿entonces?

—Quiere que me case con un noble francés —respondió doña Juana, rompiendo de nuevo en lágrimas sin poder aguantar tanto dolor.

Don Fernando de Castro sintió en ese momento como se le rompía el corazón en mil pedazos.

—¿Cómo? —preguntó. Una honda desazón devoraba sus entrañas.

Doña Juana intentó reponerse y entre hipitos respondió:

—Es un anciano de sesenta años —levantó la vista y le miró a los ojos —. Le ha prometido a mi hermano tropas y dinero para luchar contra el rey si accede a entregarme en matrimonio. ¡Tendría que marcharme a Francia, me apartarían para siempre de ti! —descorazonada, hundió su rostro en el regazo de don Fernando.

Los dos jóvenes permanecieron abrazados varios minutos. Ella no dejaba de llorar y él de pensar en la forma de evitar ese desastre. La amaba con locura y no permitiría que nada ni nadie les separara. Durante un instante, por su cabeza pasó la insensata idea de fugarse, de raptarla y llevársela a Galicia. Allí, protegido por sus huestes, nadie podría arrebatársela. Pero pronto desechó tal ocurrencia. Don Enrique de Trastámara tenía poderosos aliados, como Alburquerque, y no toleraría que su hermana fuera raptada como una vulgar campesina. No podía consentir que la ambición de su hermano les separara. ¿Casarla con un noble francés? Don Enrique la trataba como si fuera simple mercancía, como ganado que subastar en una feria. Estaba dispuesto a ofrecérsela a un viejo a cambio de un puñado de soldados y algunas monedas. Tendría que evitarlo, pero ¿cómo? De pronto una idea apareció en su mente.

—¿Vuestro compromiso está confirmado? —preguntó esperanzado.

Doña Juana negó con la cabeza y respondió:

—Aún no. La propuesta se la hizo el noble francés por carta. Tienen previsto cerrar los detalles en las próximas semanas.

Don Fernando lanzó un largo suspiro de alivio.

—Bien, entonces todavía hay tiempo de evitar la boda.

—¿Cómo? —doña Juana le rogó con la mirada que sus palabras fueran ciertas, no simples frases vacías lanzadas al aire con el propósito de conceder un fugaz y estéril consuelo—. Si realmente me amas, te suplicó

que hagas todo lo posible para evitar que mi vida se convierta en un infierno, en una ruina de infelicidad y desdicha.

Don Fernando la besó con dulzura.

—Vida mía, te prometo que no te casarás con ese viejo francés. Pronto acabará esta pesadilla —dijo don Fernando con confianza, con seguridad. Resuelto a borrar la desesperación y el miedo que velaban la mirada de su amada.

OceanofPDF.com

45

Alburquerque, Badajoz, mayo de 1354

El papa Inocencio estaba furioso. Doña María de Padilla le prometió abandonar su vida disoluta e inmoral, y consagrar el resto de su existencia al rezo y a la oración recluida en un convento. Él, confiando en su palabra, emitió con urgencia la bula para la fundación del convento de las clarisas en Astudillo para este fin. Don Pedro, liberado de la nociva presencia de la concubina, regresaría con doña Blanca, ratificando la alianza entre Castilla y Francia. Acuerdo en el que el papado de Aviñón había depositado tanto interés y energía. Pero el rey se había vuelto a casar. Con urgencia, a escondidas, con la bochornosa colaboración de dos obispos. El papa se sentía engañado, humillado. El rey de Castilla había colmado su paciencia. Llamó a capítulo a los obispos que habían anulado su matrimonio con doña Blanca. Estaba dispuesto a procesarlos, a excomulgarlos. Cogió una pluma y se dispuso a escribir. Respiró hondo, necesitaba calmarse. Había enviado legados a Castilla para que negociaran con el rey, para que le hicieran recapacitar. Pero ignoró todas sus recomendaciones y consejos. Sus cartas eran respondidas con cortesía, con corrección, pero carentes de compromisos. Los tiempos de la prudencia y el acuerdo habían concluido. Debía tomar decisiones más contundentes si pretendía reconducir la voluntad de un rey, cuyas insensatas decisiones ofendían a Dios y llevaban a Castilla al desastre. No, no podía permanecer impasible.

Don Juan Alfonso de Alburquerque sostenía entre sus manos la carta que le había enviado el papa Inocencio y que le exigía, como buen hombre de Dios, que hiciera uso de todo su poder e influencia para persuadir al rey para que regresara con doña Blanca, la reina de Castilla. Bajó la vista,

volvió a leerla y sonrió. En cada una de las palabras advirtió el inconfundible estilo del anterior arzobispo de Toledo, ahora cardenal y privado del papa, don Gil Carrillo de Albornoz.

«Le advertí que fuera prudente con don Gil Carrillo de Albornoz y no confiscase sus propiedades, pero no me escuchó. Nunca escucha, ni reflexiona. Sus vísceras dominan su entendimiento y ahora está pagando las consecuencias».

En la misiva, el papa le insistía en que razonara con don Pedro, que le convenciera para que derogara su destierro y así poder regresar libremente a Castilla, a su hogar. Una vez dispensado de las acusaciones que el rey había vertido sobre él, debía persuadirle para que retomara la senda de la prudencia y el buen gobierno. En el caso de que el rey no entrara en razones, avalaba cualquier actuación que considerara oportuna emprender con ese propósito. Cualquiera, incluso la insurrección armada. Alburquerque sonrió. Su Liga nobiliaria contaba con la bendición papal. El rey estaba al corriente de la sublevación y en Castrojeriz hacía balance de aliados y enemigos. Y, Alburquerque, protegido tras las sólidas murallas de la fortaleza que le daba nombre, hacía lo propio. La empresa iba bien, muy bien. Mejor de lo esperado. El rey, al casarse con doña Juana de Castro, había cometido un grave, un gravísimo error. En verdad no dejaba de tomar decisiones desacertadas. Era como si realmente su propósito fuera inmolarse. ¿Qué pretendía con la boda? ¿Ganarse el favor de los Castro y de la vieja nobleza? ¿Y al día siguiente la repudia y la confina en Dueñas? Un sinsentido, un disparate que revelaba que quizá el rey no se encontraba en sus cabales. Era la segunda vez que obraba de tal modo; tomaba esposa y poco después la abandonaba. Don Juan Alfonso de Alburquerque negó con la cabeza. Si quería ganarse la simpatía de la vieja nobleza, había conseguido justo lo contrario; muchos nobles, indignados por su confuso comportamiento, se habían unido a su causa, pero no eran suficientes. Necesitaba el apoyo de muchos más y la carta del papa y el rechazo de don Pedro a doña Juana de Castro le iban a ayudar a conseguirlos. Alburquerque esperaba impaciente la llegada de uno de ellos. Uno de esos nobles que necesitaba convencer para que se unieran a su Liga nobiliaria. Se

encontraba en la sala principal del castillo, confiado y protegido en su formidable bastión. Allí estaba seguro, y sus aliados, también.

—Mi señor, la visita que esperaba ha llegado.

Una voz a sus espaldas le distrajo.

—Que pase —ordenó al sirviente.

Don Juan Alfonso de Alburquerque mostró una gran sonrisa cuando vio aparecer a don Fernando de Castro, el hermano de la reina, doña Juana. Se trataba de un joven de apenas dieciséis años. Entró en la estancia con paso resuelto y decidido. A pesar de su juventud transmitía una gran seguridad en sus maneras y una férrea determinación en la mirada. Era el cabeza de familia de los poderosos Castro. Sobre sus jóvenes espaldas sostenía una enorme responsabilidad.

—Mi señor —saludó don Fernando de Castro, mirando fijamente a Alburquerque con sus ojos castaños, confiados y profundos.

—Mi señor —saludó el excanciller con una amable sonrisa—. Por favor, toma asiento. Pediré que nos sirvan vino y algo de comer. Estarás cansado y hambriento después del viaje. La primavera extremeña puede suponer un tormento para los que no están acostumbrados a soportar las altas temperaturas.

Las propiedades de los Castro se hallaban principalmente en Galicia, pero también poseían tierras y castillos en gran parte de Castilla. Don Fernando de Castro se encontraba en una de sus haciendas, próxima a Alcántara, cuando recibió una carta del excanciller solicitándole una reunión en su castillo de Alburquerque. Naturalmente, la presencia de don Fernando de Castro a pocas leguas del castillo no era casual.

—Prefiero agua —repuso don Fernando de Castro—, me gusta tener la cabeza lúcida cuando he de tomar importantes decisiones.

Don Juan Alfonso de Alburquerque asintió, hizo un gesto a un criado que salió diligente de la estancia. Ese joven, con quién apenas había tratado en un par de ocasiones, le agradaba. Biznieto del rey Sancho IV, era digno sucesor de don Pedro Fernández de Castro, el primer caballero en recibir la insignia de la Orden de la Banda a manos del rey Alfonso, y de quien don Fernando había heredado los amplios señoríos de Lemos y Sarria, además de infinidad de propiedades. Realmente, media Galicia pertenecía a los

Castro. Con ellos a su lado, estaría preparado para iniciar la rebelión que derrocaría a los Padilla y le auparía de nuevo a la cancillería de Castilla, cargo que jamás debió abandonar.

—¿Has tenido buen viaje? —preguntó cortésmente Alburquerque.

—De Alcántara a tu castillo hay pocas leguas. Hoy mismo regresaré.

—Haz noche aquí. Descansa, ya partirás mañana si este es tu deseo.

En ese momento entró el sirviente con una bandeja con carne de cordero, verduras, dos jarras y varios vasos.

—Me lo pensaré —dijo enigmático don Fernando de Castro, una vez que el criado se hubo marchado.

Alburquerque asintió con una sonrisa y sirviéndole un vaso de agua le preguntó:

—¿Tienes alguna noticia de tu hermana, la reina? —El excanciller remarcó las últimas palabras, haciendo énfasis en que su hermana, doña Juana de Castro, era la actual reina de Castilla.

Don Fernando torció el gesto con desagrado. El trato que había recibido su hermana por parte del rey suponía una humillación, una ofensa para la familia.

—Según tengo entendido, permanece recluida en Dueñas —respondió con los labios fruncidos.

—Una reina encerrada injustamente en un castillo… —prosiguió Alburquerque negando con la cabeza.

—Es una intolerable afrenta a nuestro apellido.

—Que no debería quedar sin castigo —puntualizó el excanciller. Hombre sagaz, estaba convencido de que la presencia de don Fernando de Castro a pocas leguas de su castillo no era fortuita. ¿Tendría algo que ver el trato vejatorio que el rey había dispensado a su hermana? Quizá, pero también podrían ser otras sus motivaciones. Sería prudente e intentaría sondear las inquietudes, temores y ambiciones que le habían llevado a Alcántara, un lugar tan lejano a sus feudos y tan cercano a los suyos.

Don Fernando entendió cuáles eran las intenciones de don Juan Alfonso de Alburquerque, cuando recibió la carta solicitándole un encuentro. Precisamente estaba en Alcántara en espera de ser llamado por el excanciller. Necesitaba hablar con él. En Castilla se estaba fraguando una

sublevación y tanto el excanciller como el rey enviaron mensajeros a los nobles, para sondear adhesiones y exigir lealtades. El joven gallego recibió la carta de don Pedro, pero no respondió. No era el momento. ¿Qué decirle al hombre que había humillado a su hermana, condenándola a una reclusión cruel e injustificada? Se mantuvo en silencio ante la sugerencia de Alburquerque. Aún no se había presentado la oportunidad de desvelar sus intenciones.

—Me dijeron que tan pronto se deshizo de doña Juana, volvió a los brazos de doña María de Padilla —prosiguió Alburquerque, inasequible a la indiferencia del gallego—. El rey está embrujado, hechizado por esa mujer. Lo que le hizo a doña Blanca y lo que le ha hecho a tu hermana no tiene otra lógica; no es consciente de lo que hace. Es esa mujer y sus familiares; Hinestrosa, Pedro García… Son ellos quienes manejan al rey a su antojo. Don Pedro no es más que un títere, un muñeco en sus manos. Si nos libramos de los Padilla, la paz y la normalidad regresarán a Castilla.

Don Fernando tomó un pedazo de carne y lo masticó en silencio, despacio, escuchando atentamente las palabras de Alburquerque.

—Somos muchos los nobles que deseamos que vuelva la normalidad a Castilla —prosiguió el excanciller—. Tenemos el favor de doña María de Portugal, del papado y de los hermanos del rey, don Fadrique y don Enrique.

—¿Don Tello no se ha unido a vuestra Liga? —preguntó sorprendido don Fernando.

Alburquerque soltó una estruendosa carcajada y respondió:

—No le conoces, ¿verdad? —don Fernando negó con la cabeza—. Digamos que es extremadamente comedido y prudente con sus decisiones. Pero no tengas la menor duda de que lo hará.

Don Enrique de Trastámara se reunió con don Tello con el propósito de persuadirle para que se uniera a la Liga nobiliaria. Don Tello era el señor de Vizcaya. Poseía innumerables propiedades y las rentas de decenas de villas. Era un hombre rico y poderoso, ¿qué podría ofrecerle la Liga que ya no tuviera? Enfrentarse al rey era demasiado arriesgado, una imprudencia. Se mantendría al margen en espera de cómo se fueran desarrollando los acontecimientos. Entonces, cuando sobre el horizonte se vislumbrara al

claro vencedor, tomaría partido en la sublevación. A su hermano lo despachó con ambigüedades y buenas palabras. Era un asunto de máxima gravedad que debía ser considerado con reflexión, tiempo y cautela.

Don Juan Alfonso de Alburquerque bebió un trago de vino. Miró de soslayo a don Fernando. Parecía que el noble gallego no estaba muy interesado en unirse a su causa para vengar la afrenta sufrida por su hermana. Tendría que valerse de otros argumentos. Y el excanciller siempre barajaba distintas posibilidades, para utilizar la que más se ajustaba a sus intereses.

—Creo que conoces a doña Juana, la hermana del conde de Trastámara, ¿verdad? —preguntó tomando un pedazo de pan.

Don Fernando de Castro alzó la vista y asintió. Alburquerque advirtió como el joven se revolvía inquieto en la silla. Sonrió, había resquebrajado la coraza de indiferencia tras la que se había parapetado durante todo el encuentro. Ahora era todo suyo.

—Es una pena que la bella y dulce doña Juana contraiga pronto matrimonio con un… ¿un francés? —preguntó.

Don Fernando permanecía en silencio, mirando fijamente a Alburquerque, reprimiendo los sentimientos que estaban a punto de estallar. «Debo ser fuerte, debo ser fuerte». Se decía a sí mismo, una y otra vez.

—Por suerte, hay un modo de evitar ese enlace —prosiguió el excanciller. Sus palabras fueron pronunciadas como quien lanza un cebo al rio para que un cándido pez lo mordiera, confiando en darse un festín cuando lo que realmente le esperaba era una muerte segura.

—Ah, ¿sí? ¿Qué quieres decir? —preguntó don Fernando, fingiendo desinterés.

El pez había mordido el anzuelo. Ahora era cuestión de tirar y soltar el sedal para fatigarlo y evitar que lograra escapar.

—Pronto se enfrentarán en Castilla dos ejércitos y ningún noble podrá mantenerse al margen; o se está con el rey o se está con nosotros. No puede haber término medio. Don Enrique de Trastámara nunca concederá la mano de su hermana a quién considere su enemigo. El noble francés contribuirá con dinero y tropas a nuestra Liga. Es lógico por tanto que don Enrique le conceda la mano de doña Juana. Es un aliado, un amigo.

Don Fernando de Castro asintió.

—Pero disculpa —dijo Alburquerque con una gran sonrisa, tomando una copa de vino—. Te estoy aburriendo con asuntos de alcoba que no son de tu incumbencia. Dejemos de hablar de doña Juana y del francés. Simplemente deseemos felicidad y muchos hijos a la pareja. —Alburquerque alzó la copa, pero don Fernando no le acompañó.

—Entiendo que el motivo por el que me has hecho llamar es para invitarme a unirme a tu Liga, ¿verdad? —preguntó don Fernando.

—Por el bien de Castilla, así es —reconoció Alburquerque—. El rey debe abandonar a los Padilla y reconciliarse con doña Blanca. La nulidad de su matrimonio fue irregular, fraudulenta. Los obispos que tomaron tal determinación serán juzgados por el papa y posiblemente excomulgados. Su delito es extremadamente grave y vulnera las leyes de Dios. Para la Iglesia, la boda del rey con doña Juana, tu hermana, es nula. El rey sigue casado con doña Blanca y, por lo tanto, es la legítima reina de Castilla. Espero que lo entiendas.

—No es mi propósito que Juana sea reconocida como reina, pero no puedo tolerar que permanezca recluida como una criminal en Dueñas —dijo don Fernando.

—Únete a nuestra Liga y la liberaremos de su cautiverio —dijo Alburquerque más aliviado, temiendo que el propósito del noble gallego fuera restituir en el trono a su hermana.

—Juana es responsable de sus decisiones y de sus actos, pero no merece el trato recibido. Ella es uno de los motivos por los cuales acepté tu invitación.

—¿Cuáles son los otros? —preguntó interesado Alburquerque, aunque bien que conocía la respuesta.

—Amo a doña Juana y deseo casarme con ella —confesó al fin don Fernando, con voz resuelta y decidida, mostrando abiertamente sus intenciones.

Don Juan Alfonso de Alburquerque se recostó en la silla y asintió con gesto serio. Estaba al corriente de la relación que don Fernando mantenía con doña Juana a escondidas de don Enrique. Se lo dijo el propio conde de Trastámara. El aya de la muchacha se lo confesó. Él permitió que ambos

enamorados continuaran sus encuentros «secretos», persuadido de que podrían serles de gran utilidad en el futuro. Y no se equivocó.

Por fin el gallego reveló el verdadero motivo que le había conducido a Alcántara, a pocas leguas de sus propiedades, dispuesto a negociar su participación en la Liga nobiliaria. El pez se encontraba en la red, dando estériles bocanadas de aire, sin escapatoria posible.

—Entiendo.

—Has dicho que es posible evitar la boda —dijo don Fernando. Sus ojos ya no podían ocultar más la desazón que ardía en su interior.

El excanciller se incorporó y comenzó a pasear por la sala ante la atenta mirada del gallego. Demoró su respuesta, incrementando el nerviosismo y la tensión que oprimía a don Fernando. Ese era precisamente su propósito y disfrutaba con ello. Era un experto manejando los tiempos. Su inquietud le impulsaría a doblegarse dócilmente a sus intereses.

—Las conversaciones están muy avanzadas y la oferta del francés es muy generosa —comenzó a decir sin apartar la vista de la ventana, negando con la cabeza.

—Pero…

El excanciller le detuvo con un gesto de mano y dijo:

—Quizá haya una posibilidad. Quizá, con mi ayuda, podamos persuadir al conde de Trastámara para que reconsidere su decisión.

Don Fernando se incorporó y dijo:

—Haré lo que me pidas.

Alburquerque sonrió; lo tenía a su merced. Bebió un trago de vino, se giró y mirándole con fría determinación dijo:

—Únete a nosotros, únete a nuestra cruzada y convenceré a don Enrique de Trastámara para que doña Juana sea tuya.

—¿Me lo aseguras? —preguntó don Fernando esperanzado.

Alburquerque asintió plenamente convencido y dijo:

—Que doña Juana sea tu esposa solo depende de ti.

—¿Y el noble francés?

Alburquerque negó con la cabeza.

—¿El francés? —se encogió indiferente de hombros—. Olvídate de él. Si finalmente decides unirte a nuestra Liga, por lo único que deberás

preocuparte será de hacer feliz a doña Juana.

Don Fernando soltó un largo suspiro de alivio y tomó asiento. Más calmado, sintió la necesidad de cabalgar a Gijón y reunirse con doña Juana para decirle que no iba a sacrificar su vida, marchitando su juventud junto a un anciano francés. El precio que estaba dispuesto a afrontar era muy alto: unirse a Alburquerque y al resto de los sublevados contra el rey, pero tenía sobrados motivos. No solo anhelaba casarse con doña Juana, sino que sentía la imperiosa necesidad de restituir la honra de su hermana, de su familia, vilmente pisoteada por el rey. Y así se lo hizo saber al excanciller.

—Mi hermana ha sido ultrajada, engañada por el rey. Ahora se encuentra encerrada en Dueñas como si fuera una criminal, cuando su único delito ha sido enamorarse del rey y casarse con él. Mi hermana, mi apellido no merecen esta humillación.

—Y este loable motivo será el que explique tu colaboración en nuestra Liga. —Alburquerque se acercó a él y posó su mano sobre su hombro—. Amigo mío, no estás traicionando al rey. Ha sido el rey quién ha traicionado a tu hermana, a tu familia. Únete a nosotros, únete a nuestra cruzada y podrás cumplir ambos propósitos; vengar la afrenta del rey y casarte con doña Juana. —Alburquerque hablaba con pasión, con fuerza, con vehemencia, convencido de que, con la colaboración del noble gallego, la victoria sería suya.

Don Fernando asintió satisfecho. Había logrado su propósito; evitar que doña Juana se casara con el noble francés, al tiempo que restituía el honor de la familia, mancillado por el comportamiento caprichoso y frívolo del rey. Se incorporó del asiento y tomando a don Juan Alfonso de Alburquerque de los hombros, dijo:

—Cuenta con mi apoyo.

—Excelente, querido amigo, excelente —dijo satisfecho el excanciller —. Has tomado una sabia decisión. Castilla sabrá agradecértelo.

Don Fernando se hallaba feliz. Alburquerque persuadiría al conde de Trastámara para que le concediera la mano de doña Juana. Y solo tendría que unirse a la Liga nobiliaria. Una decisión que tenía más que tomada desde que el rey repudió a su hermana y la confinó en Dueñas. Sonrió satisfecho por el resultado de la reunión. Le embargaba una incontrolable

emoción. Deseaba abandonar cuanto antes el castillo, estrechar entre sus brazos a su amada y comunicarle la grata noticia.

⁂

Pero la de don Fernando de Castro no fue la única visita que recibió Alburquerque en su fortaleza. Muchos fueron los nobles que, sintiéndose agraviados por los parientes de doña María de Padilla o advirtiendo en aguas tan turbulentas una magnífica oportunidad de aumentar sus propiedades y riquezas, acudieron al feudo del excanciller para unirse a la Liga nobiliaria. Uno de ellos fue don Juan de la Cerda, que olvidando que fue perdonado por el rey por apoyar la sublevación de su suegro don Alfonso Fernández Coronel, acudió a Extremadura para intentar, como ya estaban haciendo otros nobles, sacar provecho de la situación. Alburquerque estaba exultante cuando fue informado de la visita. Que don Juan de la Cerda estuviera allí, en su fortaleza, ya suponía toda una declaración de intenciones. Simplemente faltaría por concretar cuál sería el precio fijado para colaborar en la insurrección, pues aún no había recibido la visita de ningún noble cuya adhesión a su causa hubiera sido gratuita. Estaba atardeciendo y Alburquerque decidió dar un paseo por el exterior del castillo. Corría una brisa fresca y agradable que portaba el aroma del romero y del tomillo que tapizaban la peña donde se erigía la fortaleza. Allí, en la puerta de la muralla, esperó a don Juan de la Cerda, que apareció con paso rápido y decidido.

—Mi señor de la Cerda, espero que no te importe que te reciba extramuros de mi castillo. Llevo todo el día encerrado en mis aposentos y tenía necesidad de respirar aire puro —dijo Alburquerque.

Don Juan de la Cerda no dejaba de admirarse de la majestuosa fortaleza que se erigía sobre aquella inexpugnable roca.

—Es una buena tarde para pasear y conversar plácidamente —aceptó.

—Pero no creas que soy desconsiderado con mis invitados —dio un par de palmadas y al rato apareció un sirviente con dos jarras de vino—. Supongo que estarás sediento.

Don Juan de la Cerda tomó una jarra y bebió un largo trago.

—Tus vinos son excelentes.

—Estos provienen de la ribera del Duero, donde cultivo mis mejores cepas.

Ambos caballeros anduvieron durante unos minutos. Dos soldados y un solícito sirviente los acompañaban a cierta distancia. El atardecer teñía de naranja los encinares que circundaban la villa de Alburquerque y una ligera brisa removió la hojarasca. El excanciller tomó asiento en una roca y don Juan de la Cerda hizo lo propio. Desde aquel peñasco se advertían los confines de las propiedades del excanciller, que llegaban hasta el monte de la Esperanza, ya en Portugal.

—Quiero unirme a tu ejército —dijo al fin don Juan de la Cerda.

Alburquerque asintió y dijo:

—Y serás bien recibido.

—Defenderé el honor de la reina Blanca y lucharé para apartar a los Padilla de la Corte castellana, pero necesito garantías.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Alburquerque confuso, preguntándose qué clase de garantías se podrían tener en una sublevación, en una guerra.

Don Juan de la Cerda se rascó la barba y respondió:

—Cuando el rey enfermó, se presentaron dos candidatos a sucederle.

—Así fue.

—Don Fernando de Aragón y don Juan Núñez de Lara.

—Lo recuerdo perfectamente.

—Pues bien, quiero que se me tenga en consideración en el caso de que el rey muriera sin dejar heredero legítimo.

—Entiendo…

—Soy miembro de la Casa de la Cerda y, por lo tanto, bisnieto del rey Alfonso X de Castilla. Tengo derecho a la Corona.

Don Juan Alfonso de Alburquerque tomó distraído una piedra y la arrojó con fuerza hacia el horizonte.

—Más derechos tiene don Fernando de Aragón, que es primo de don Pedro…

—Pero el infante está luchando junto al rey y yo estoy aquí contigo, ofreciéndote mis soldados y mi oro —replicó don Juan de la Cerda, que

también había tomado una piedra y lanzado hacia una encina.

—Si estás vivo es porque negocié con el rey Pedro tu perdón por haber secundado la sublevación de tu suegro, ¿no lo recuerdas?

Don Juan de la Cerda recordó el encuentro que mantuvo en Portugal, donde huyó después de su fracaso intento de encontrar aliados para la causa de su suegro entre los moros de Granada y Fez. Alburquerque le prometió el perdón del rey, pero a cambio debería mantenerle informado de todo lo que aconteciera en la Corte. Se había convertido en su espía a cambio de su vida.

—Por supuesto que me acuerdo, y te estaré siempre agradecido —miró al excanciller con sus ojos profundos y claros, y añadió—: Si me apoyas y finalmente soy proclamado rey de Castilla, tú serás mi privado, mi canciller. Soy un hombre generoso, desprendido. Sabré cómo agradecerte tu ayuda, como he sabido agradecerte que intercedieras por mí ante el rey.

El excanciller se rascó pensativo la cabeza. Había ofrecido el trono a don Enrique de Trastámara a cambio de su apoyo. Y ahora don Juan de la Cerda, que sin duda tenía más y mejores derechos que el bastardo, le solicitaba el mismo precio a cambio de su colaboración. No obstante, tener a un de la Cerda en sus ejércitos podría arrastrar a su Liga a otros nobles, pues numerosos eran sus clientes en Andalucía. Su propuesta no era nada desdeñable. Al igual que don Enrique de Trastámara, solicitaba la Corona en el caso de que el rey muriera sin dejar heredero. Una petición harto improbable si conseguía su propósito y finalmente don Pedro se reconciliaba con doña Blanca. Prácticamente ofrecían sus ejércitos y dineros por una suerte de apuesta de resultado incierto.

—Bien, tienes razón —accedió Alburquerque—. Tú estás aquí y el infante don Fernando combate a favor del rey —se incorporó de la roca y soltó un largo suspiro. «¿Es qué es toda Castilla es imposible encontrar a alguien que actúe por principios, sin esperar nada a cambio?». Sonrió ante su propio pensamiento, pues ni siquiera su participación en la Liga era desinteresada. Anhelaba recuperar la dignidad de canciller que tan injustamente le había sido arrebatada—. Sea, por la amistad que nos une; contarás con mi apoyo al trono de Castilla, si el rey falleciera sin dejar descendencia legítima.

Don Juan de la Cerda se levantó de la roca complacido. Ahora estaba en manos de Dios que su linaje recuperara el trono que tan injustamente le había sido arrebatado, tras la muerte del infante Fernando de la Cerda, el primogénito del rey Alfonso X.

—Tu causa es la mía —dijo, mostrando una sonrisa triunfal en sus labios.

Ambos nobles se estrecharon con fuerza las manos, sin apartar la mirada el uno del otro. Don Juan Alfonso de Alburquerque estaba satisfecho por incluir a don Juan de la Cerda entre sus filas, y este, por la eventualidad de ser proclamado rey si don Pedro fallecía prematuramente. Una vez que don Juan de la Cerda hubo conseguido el apoyo de Alburquerque a sus pretensiones, tendría que ocuparse de que el rey falleciera sin dejar descendencia legítima. Solo así podría ser proclamado rey de Castilla. Pero ahora debía tener paciencia y esperar el momento preciso. La paciencia es la virtud de los sabios y una prudente consejera.

OceanofPDF.com

46

Castrojeriz, Burgos, julio de 1354

—¿Cuál es la situación? ¿Con quién podemos contar? —El rey miraba a don Gutier y a Hinestrosa con la preocupación marcada a fuego en los ojos. Las hostilidades aún no habían dado comienzo, pero como si de una partida de ajedrez se tratara, con Castilla como tablero, ambos contendientes movían las piezas y ganaban posiciones, pero sin llegar a enfrentarse entre ellos. Había llegado el momento de la diplomacia, de los acuerdos, de la compra de voluntades y favores. Y Alburquerque era un adversario terrible en el noble arte de la diplomacia. Don Pedro, en cambio, era más visceral, más instintivo, más primario. El excanciller era metódico, reflexivo. Miraba más allá de los movimientos inmediatos, anticipando las jugadas de su adversario, lo que le facilitaba moverse siempre un paso por delante. Y el rey lo sabía.

—Los infantes de Aragón están con vos, mi señor —respondió Hinestrosa.

Don Pedro suspiró aliviado. La rivalidad existente entre don Enrique de Trastámara y don Fernando de Aragón había desequilibrado la balanza a su favor, pero ¿durante cuánto tiempo? Don Fernando deseaba ser proclamado rey. Tras su boda con doña María de Portugal, parecía que le daba igual de qué reino: Aragón, Portugal o Castilla. Y en Castilla tenía un serio oponente: don Enrique de Trastámara.

«Puede que algún día sean aliados. Incluso luchen juntos contra mí, pero sus ambiciones son las mismas. No tardarán en enfrentarse el uno con el otro. Debo alimentar el enfrentamiento entre los bastardos y los infantes», pensó.

—Bien, al menos una buena noticia. Que acudan con todas sus tropas a Toledo. Allí agruparé mis ejércitos y los de mis aliados y marcharemos contra los rebeldes. ¿Qué se sabe de Tello? ¿Ha apoyado a sus hermanos o todavía sigue dudando?

—Es un hombre indeciso…

—Es un cobarde —corrigió don Gutier a Hinestrosa—. Estará esperando, agazapado en su madriguera hasta advertir un claro vencedor. Entonces tomará partido por él. El valor no es su mayor virtud.

—Hicisteis bien en casar al infante Juan con doña Isabel de Lara —intervino Hinestrosa—. Llegado el momento, el infante puede reclamar sus derechos sobre el señorío de Vizcaya.

—La posibilidad de perder el señorío apacigua de momento los ánimos de don Tello, pero no creo que dure mucho tiempo. Tan pronto tenga ocasión de traicionarnos, lo hará —dijo don Gutier.

Don Pedro asintió. Precisamente concedió la mano de doña Isabel de Lara al infante Juan para desatar la rivalidad entre don Tello y el infante. Una enemistad que sabría muy bien cómo gestionar.

—Es capaz de traicionar a sus propios hermanos si con ello obtiene provecho. Debemos tenerlo vigilado y, ante cualquier sospecha de traición, capturarlo.

—Así haremos, mi señor —dijo Hinestrosa.

—¿Y Juan de la Cerda? —preguntó el rey—. ¿Sabéis algo de él?

—Está con Alburquerque y los bastardos —respondió don Gutier.

—Lo imaginaba. Era de esperar que me traicionara. Es otro perro que confía en apoderarse del trono, de mi trono —comentó don Pedro acentuando las últimas palabras—. Tendrá su merecido, ¿algo más? ¿Alguna otra traición de la que deba preocuparme? —su tono era molesto, cansado, decepcionado.

Don Gutier carraspeó y se mesó la barba con gesto inquieto. El rey le miró y, entendiendo que era portador de otro nombre, le apremió para que se hablara con un gesto de mano.

—Mi señor, don Pedro Estébanez Carpenteyro, comendador mayor de la orden de Calatrava, ha huido y se encuentra protegido en la fortaleza de Alburquerque.

El rey arrugó el ceño intentando hacer memoria y preguntó:

—¿Ese no es el sobrino de Juan Núñez de Prado?

—Así es, mi señor. Denunció el nombramiento de don Diego García como maestre de Calatrava. Ha promovido una nueva elección entre los caballeros y freires de la Orden, y él ha sido el elegido.

Don Pedro echó una mirada reprobatoria a Hinestrosa y dijo:

—Tu sobrino se precipitó al ordenar su ejecución cuando yo simplemente le pedí que lo encerrara en Maqueda. Ahora el comendador pretende vengarse de la muerte de su tío.

Hinestrosa bajó la vista. Estaba molesto por recibir una reprimenda que no le correspondía, pues él era responsable de sus actos, no de los de su sobrino.

—Sea, ya está hecho. De nada sirve regodearnos en decisiones pasadas, por muy erróneas que hayan sido. Y la decisión de nombrar maestre de la orden a Diego García fue mía.

—Así fue, mi señor. Recordad que la elección de los maestres recae exclusivamente en los caballeros y freires de las órdenes militares —comentó don Gutier.

El rey sonrió negando incrédulo con la cabeza.

—Los caballeros y freires de la Orden de Santiago no tuvieron reparo en elegir a Fadrique maestre cuando así se lo exigió Leonor de Guzmán y eso que solo contaba con nueve años. ¿Y ahora los de Calatrava me desafían?

—Están divididos, mi señor. Osuna, Martos y Porcuna se han puesto de lado del nuevo maestre… —dijo don Gutier.

—¡Un usurpador! ¡El legítimo maestre es Diego García! ¡Malditos traidores! —interrumpió el rey furioso. Cogió un vaso de vino y se lo bebió de un trago—. Los nobles, caballeros y freires son muy escrupulosos con los procedimientos y las normas cuando se pliegan a sus intereses. ¡Malditos! —tomó asiento y algo más calmado preguntó—: ¿Y Fernando Pérez Ponce, el maestre de Alcántara? Si Santiago y parte de Calatrava están bajo control de los rebeldes, es imprescindible que al menos la orden de Alcántara esté de nuestro lado.

—Permanece en Morón —respondió don Gutier—. No apoya a los sublevados, pero tampoco parece que tenga intención de acudir a Toledo.

Don Pedro negó con la cabeza. Si por él fuera los ejecutaría a todos. A unos por su manifiesta traición y a otros, como don Tello o el maestre de Alcántara, por su dudosa lealtad.

—Negociad con él. Dadle lo que pida —ordenó el rey—. No podemos permitirnos combatir a las tres órdenes militares. Son poderosas y ricas. No, no podemos.

—Debemos someter a la Orden de Santiago —dijo Gutier—. Es la más fuerte y poderosa. Además, está dirigida por don Fadrique. Si lo vencemos, será más sencillo acabar con don Pedro Estébanez Carpenteyro. La Orden de Calatrava estaría totalmente a nuestra merced.

—Gutier tiene razón —dijo Hinestrosa—. Dominadas las dos Órdenes, don Fernando Pérez Ponce no tendrá más opción que luchar en nuestro bando.

—¿Dónde se encuentra Fadrique ahora?

—En Jaén, en el castillo de Segura de la Sierra.

El rey se acarició preocupado la barbilla. El castillo de Segura de la Sierra era una formidable fortaleza construida por los musulmanes para proteger la comarca de los persistentes ataques cristianos. Fue erigida sobre una elevación de piedra y era prácticamente inexpugnable. Necesitaría de muchos soldados y pertrechos si pretendía conquistarla.

—Iremos a Toledo. Allí deberán unirse a nosotros todos los nobles a los que he exigido que demuestren su fidelidad. Al que no se presente en la fecha convenida, lo trataré de traidor —miró a Hinestrosa y añadió—: Envía un mensajero a Tello requiriendo su inmediata presencia en Toledo. Si se niega a obedecer mi orden, le entregaré el señorío de Vizcaya al infante Juan de Aragón, así como el resto de sus propiedades. Creo que mis argumentos le serán de lo más convincentes.

—Le pedís que luche contra sus hermanos —observó don Gutier.

—Tendrá que establecer sus prioridades: su señorío y riquezas o sus hermanos —dijo el rey.

Don Gutier soltó una carcajada.

—Creo que todos los aquí presentes sabemos muy bien cuál va a ser su decisión, ja, ja, ja.

OceanofPDF.com

47

Alburquerque, Badajoz, junio de 1354

—Ja, ja, ja, pobre criatura —don Juan Alfonso de Alburquerque disfrutaba recordando su encuentro con don Fernando de Castro. Se hallaba tremendamente satisfecho después de haber conseguido su apoyo en la guerra que se avecinaba. Bebía con don Enrique de Trastámara, quien había acudido a su fortaleza en Extremadura pocos días después del encuentro que hubo mantenido con el noble gallego.

—¿Entonces, picó el anzuelo? —le preguntó don Enrique con una sonrisa.

—Fue tan sencillo que hasta me dio un poco de lástima, ja, ja, ja.

Alburquerque le explicó con detalle como tan pronto tuvo información de que don Fernando de Castro se encontraba en Alcántara, le envió un mensaje para solicitarle una reunión en su fortaleza. Le contó a don Enrique toda la conversación y como el noble gallego cayó en la trampa que habían urdido. Don Enrique escuchó divertido el relato. Aunque entre los Castro y los Guzmán habían surgido ciertos enfrentamientos y desavenencias, don Fernando de Castro era un magnífico pretendiente para su hermana.

—Su aya me dijo que se veía a escondidas con don Fernando de Castro —comentó el conde de Trastámara—. Al principio me molestó. Ya sabes que mi familia y la suya llevan años enfrentadas por la propiedad de unos terrenos en Galicia.

—¿Unos terrenos? Según mis informaciones, se trata de un condado y dos fortalezas en Lemos que vosotros aseguráis que el rey Alfonso le regaló a tu madre, pero que los Castro afirman que les pertenecen —observó Alburquerque con una sonrisa.

—Siempre tan bien informado, canciller —dijo don Enrique con un leve asentimiento de admiración. Aún le trataba de canciller, para ganarse su aprecio y consideración.

Alburquerque alzó su vaso y dijo:

—Es mi obligación, querido amigo.

—Y no esperaba menos, ja, ja, ja. —Don Enrique levantó igualmente su vaso y prosiguió—: Pues bien, esos litigios provocaron cierta antipatía entre ambas familias. Lógicamente, que don Fernando frecuentara a mi hermana no fue de mi agrado. Estuve planteándome incluso encerrarla en un convento hasta que encontrara un buen marido para ella y un buen aliado para mí, claro —Alburquerque sonrió—. Poco después de sellar nuestra alianza, me acordé de don Fernando y su relación con mi hermana. Pensé que sería útil que luchara en nuestra Liga. Es un noble rico y dispone de un poderoso ejército. Es preferible tenerlo como amigo, más que como enemigo.

—Así es —corroboró divertido Alburquerque.

—Mi hermana lo desconocía, pero el aya me tenía bien informado de sus encuentros secretos. Había llegado el momento de… digamos, precipitar los acontecimientos.

—Y le dijiste lo del noble francés.

—Un viejo lleno de dinero y de vicios inconfesables.

—Un hombre que no existe…

—Ja, ja, ja, por supuesto. Fue suficiente con decirle a mi hermana que tenía un pretendiente y que me estaba planteando seriamente ofrecerla en matrimonio. Y tal pretendiente no podía ser más detestable: viejo y francés.

—Ya, un viejo horrible que además es francés, lo que le alejaría irremediablemente de él.

—Era necesario encontrar el candidato menos apetecible posible —dijo don Enrique con una cínica sonrisa.

Alburquerque pensó en lo irreflexivos que eran algunos hombres. Capaces de llevar a su país a la guerra o a su condado a la ruina por una mujer. Recordó al rey Alfonso de Castilla y sus amoríos con doña Leonor de Guzmán, al infante Pedro de Portugal que, bien manejado por doña Inés de Castro, estuvo a punto de provocar una guerra entre Portugal y Castilla.

Por supuesto al rey Pedro y como su relación con doña María de Padilla estaba llevando al país al más profundo de los abismos. Y ahora la relación de la hermana del conde de Trastámara con don Fernando de Castro y el rechazo del rey Pedro a doña Juana, decantarían en qué bando lucharía el noble gallego. Quizá por tal motivo se sintiera hasta cierto punto identificado con don Enrique de Trastámara. Hombre pragmático y resolutivo, había aceptado la propuesta de su madre, doña Leonor de Guzmán, de casarse con doña Juana Manuel, una descendiente del rey Alfonso X, para, si las circunstancias así lo determinaban, defender su legitimidad al trono de Castilla. Don Enrique de Trastámara tenía amantes, por supuesto, todos los nobles y reyes las tenían, pero para el conde no eran más que meros entretenimientos que desdeñar una vez que hubieran cumplido su cometido. La propia boda de don Juan Alfonso de Alburquerque con doña Isabel de Meneses consistió en un negocio de lo más beneficioso y lucrativo, pues a su ya abultado patrimonio, unió las inmensas propiedades que su mujer poseía en Tierra de Campos.

«Enamorarse de concubinas no acarrea más que molestias e incomodidades. Los reyes y nobles deberían pensar más con la cabeza y menos con la entrepierna», concluyó el excanciller.

—¿Y bien? Ahora que tenemos a don Fernando de Castro de nuestro lado, ¿cuál es el siguiente paso?

La pregunta distrajo al excanciller de sus pensamientos. Levantó la vista y la fijó en el conde de Trastámara. Sus ojos transmitían una gran seguridad y confianza. Como si fuera suficiente con la colaboración de don Fernando de Castro para ganar la guerra que pronto se libraría en Castilla. Tenía el apoyo del papado, de los bastardos, de parte de la orden de Calatrava y ahora también de don Fernando de Castro, además de otros nobles y caballeros menos poderosos.

—Según tengo entendido, en las próximas semanas doña María de Padilla dará a luz. Ahora se encuentra en Castrojeriz y es muy probable que el rey no quiera apartarse de ella durante el parto, como ya hizo con su primera hija, doña Beatriz. Que su padre no estuviera presente en su nacimiento ha debido afectarle de algún modo y no quiere cometer los mismos errores —sus labios perfilaron una sarcástica sonrisa, pues don

Pedro se estaba comportando con doña María de Padilla, como el rey Alfonso lo hizo con doña Leonor de Guzmán, postergando al olvido a sus legítimas esposas y desestabilizando al reino—. Su entregado interés por el parto de la concubina nos concederá más tiempo para fortalecer a nuestro ejército.

—¿Y luego? —preguntó don Enrique de Trastámara, impaciente por pasar cuanto antes a la acción.

«Jóvenes impulsivos e irreflexivos. Desconocen que la inmensa mayoría de las guerras se ganan en terrenos alejados del campo de batalla; comprando favores y voluntades, armando ejércitos, alimentando deserciones. Es así como realmente se alcanzan los grandes triunfos: con paciencia, mucha paciencia. La precipitación es la madre de la derrota».

El conde le apremió con la mirada como si fuera un perro de caza que esperaba recibir su premio por una presa capturada. Y Alburquerque se dispuso a concederle su golosina, su recompensa.

—Luego… marcharemos a Salamanca.

Don Enrique se recostó complacido en la silla. Bebió un trago de vino y dijo:

—Allí se encuentran los infantes de Aragón…

—Eliminados los infantes, el rey se encontrará prácticamente solo, apoyado únicamente por don Gutier y los Padilla —comentó Alburquerque.

«Libre de los incómodos infantes, y si el rey no tiene descendencia, mi ascenso al trono de Castilla estará completamente despejado», pensó el conde.

Don Juan Alfonso de Alburquerque advirtió la ambición en los ojos de don Enrique y le dejó que saboreara su recompensa como si ya la disfrutara entre sus manos. El camino que se disponían a emprender era largo, tortuoso y de éxito incierto, pero la confianza y la visión de una victoria segura eran premisas muy valiosas si deseaban llevar a buen término tan ambiciosa empresa.

OceanofPDF.com

48

Segura de la Sierra, Jaén, julio de 1354

En el mes de julio doña María de Padilla dio a luz a su segunda hija, Constanza. El rey permaneció a su lado durante el parto, pero las urgencias de la guerra le apremiaron a marchar a Toledo, donde se reuniría con sus parciales. Desde Toledo, tal y como estaba previsto, marcharon a Segura de la Sierra donde don Fadrique se había refugiado al amparo de los soldados del maestrazgo. Recorrieron sin descanso sesenta leguas diarias hasta que llegaron a la villa de Segura de la Sierra. Inmediatamente el rey dispuso a sus tropas para sitiar el castillo, una impresionante fortaleza de origen musulmán que la Orden de Santiago se había preocupado en ampliar y fortificar. Estaba situada sobre un escarpado cerro, sus murallas eran altas y gruesas y se encontraban en perfecto estado. Don Fadrique observaba desde el adarve como los soldados rodeaban el castillo. Estaba tranquilo, confiado. Tenían víveres y agua para aguantar el asedio durante meses. Y si el rey decidía asaltarlo, sus tropas serían recibidas por una incesante lluvia de flechas. El colosal castillo se encontraba en tierras fronterizas. Los musulmanes y los cristianos fortificaron con esmero sus defensas en previsión de un más que probable ataque enemigo. Y ahora don Fadrique se beneficiaba de ello. Observó como los soldados ascendían pesadamente con sus yelmos y sus corazas bajo un sol de justicia, deteniéndose a una distancia prudencial, evitando las flechas enemigas.

—Dobla la guardia y avísame de cualquier movimiento del enemigo —ordenó a un oficial de la Orden.

—Es extraño —observó el oficial sin dejar de mirar el movimiento de las tropas enemigas.

—¿Qué quieres decir? —preguntó don Fadrique.

—La primera hilera de soldados se ha detenido, pero detrás siguen ascendiendo más soldados. No nos están sitiando… ¡nos están atacando!

Don Fadrique se apoyó en una almena. No era posible. El rey no les había permitido descansar ni un solo día. Tales eran las urgencias por conquistar la plaza que envío a sus soldados directamente al asalto.

—Está loco, completamente loco —musitó entre alarmado y asombrado. Se giró hacia el oficial y exclamó—: ¡Da la voz de alarma, quiero a todos los arqueros en el adarve, ahora!

⁂

Desde su montura, don Gutier Fernández de Toledo negaba con la cabeza al tiempo que contemplaba como los soldados ascendían por el cerro protegidos de sus escudos. Había intentado persuadir al rey para que, al menos ese día, sus tropas se limitaran a cercar el castillo. Los soldados estaban cansados después de la larga marcha desde Toledo. Apenas habían disfrutado de unas horas de descanso. No eran necesarias tantas urgencias. Pero don Pedro no opinaba lo mismo y ordenó el inmediato asalto a las murallas. Don Gutier se secó el sudor que corría por su frente. Miró al cielo. Era de un azul intenso y estaba limpio de nubes. Hacía calor, mucho calor. En verano el calor puede ser insoportable en Jaén.

—No esperan que les ataquemos tan pronto —dijo el rey, que permanecía a su lado con la mirada fija en el castillo.

Don Gutier le miró, pero no dijo nada. Estaba cansado de discutir con él. El factor sorpresa cuando tu oponente está bien resguardado y protegido carece de efectividad, de importancia. Aquel día muchos soldados entregarán inútilmente sus vidas.

—Efectivamente, mi señor, no lo esperan. La victoria será vuestra —dijo don Tello.

Don Gutier le miró con desprecio y escupió al suelo. Tal y como se le había ordenado, el hermano bastardo del rey acudió a Toledo con sus tropas. Después de valorar todas las posibilidades, entendió que lo más prudente y beneficioso para sus intereses era enfrentarse a sus hermanos. Pero ¿cuánto

tiempo duraría su supuesta fidelidad? Don Gutier sentía un profundo desprecio por el bastardo. Lo consideraba un mezquino, un cobarde, un traidor.

—Si tan seguro estás de la victoria, envía a tus soldados —ordenó el rey a su hermano.

Don Tello enmudeció. Al igual que don Gutier, consideraba una locura intentar el asalto del castillo, pero no dijo nada. Incluso animó al rey a hacerlo. Pero ahora le pedía que enviara sus soldados a una muerte segura. Soldados que seguro que necesitaría en el futuro.

—Es más, ve tú con ellos —dijo el rey mirándole con determinación.

—¿A qué estás esperando? —le preguntó don Gutier con una malévola sonrisa—. ¿Tienes miedo, don Tello?

El hermano del rey apretó furioso las mandíbulas. Pero don Gutier tenía razón. Tenía miedo, un intenso miedo. Intentó tragar saliva, pero tenía la garganta seca. Su corazón latía con fuerza en su pecho. Respiraba agitadamente. Don Gutier y el rey le miraban atentamente. Desenfundó la espada y con voz vacilante dijo:

—Lo que ordenéis, mi señor.

Se disponía a marchar hacia el castillo cuando el rey exclamó.

—¡Espera!

Don Pedro observó como los primeros soldados llegaban a la línea de tiro de los arqueros y ballesteros del maestrazgo. Caían uno tras otro bajo una torrencial lluvia de flechas. Don Gutier tenía razón; se había precipitado al ordenar el improvisado asalto. Su impulsividad, su imprudencia, costaría muchas vidas. La guerra sería larga y no podía permitirse perder soldados gratuitamente.

—Gutier, ordena la retirada de los soldados. Hoy nos limitaremos a controlar el perímetro del castillo para evitar que reciban refuerzos del exterior y que Fadrique pueda huir.

—Me parece lo más sensato, mi señor —dijo don Gutier complacido.

—Y tú, Tello —dijo el rey desviando la vista hacia su hermano—. Ve al castillo y negocia con Fadrique su rendición.

Don Tello soltó un largo suspiro de alivio. Don Gutier ordenó la retirada y los soldados regresaron aliviados al campamento. Atrás dejaron una

decena de compañeros muertos. Pero podría haber sido peor, mucho peor. Podría haber sido una masacre. Cuando los soldados se hubieron retirado, don Tello, escoltado por dos jinetes, se dirigió al castillo. Desde el adarve, don Fadrique contempló como los soldados del rey se retiraban apresuradamente, mientras sus arqueros y ballesteros intentaban acertarles desde la distancia. Con un movimiento de mano ordenó que dejaran de disparar sus armas. El enemigo se encontraba fuera de su alcance y no era prudente malgastar flechas. Ese primer ataque fue un sinsentido provocado por el irrefrenable ímpetu de un rey impaciente por someter a los nobles rebeldes cuanto antes. En las guerras, las prisas no suelen ser buenas consejeras. Al tiempo que se retiraban los soldados, tres jinetes se aproximaban al castillo. Tardó unos instantes en advertir entre ellos a su hermano don Tello. Concluyó que se trataba de una delegación enviada por el rey para negociar su rendición. Dudó si debía hablar con él desde el adarve o si era más prudente mantener la conversación en un entorno algo más privado, alejado de oídos indiscretos. Se mesó la barba y decidió recibirle en la puerta del castillo. A pocos pasos de la muralla, don Tello ordenó a su escolta que se detuviera, continuaría él solo. Miró con aprehensión a los soldados del maestrazgo que le vigilaban desde el adarve. No apuntaban sus armas hacia él, pero eso no evitaba que su presencia fuera menos intimidante. Cabalgó unos minutos y se detuvo frente a la puerta de la fortaleza.

—¡Soy don Tello, señor de Vizcaya, quiero hablar con don Fadrique, maestre de la Orden de Santiago! —exclamó con la voz más resuelta y confiada de la que fue capaz.

Como respuesta, escuchó el chirrido de los goznes de la puerta de la muralla al abrirse. Don Fadrique salió a pie del castillo y se dirigió hacia su hermano.

—Desmonta y charlemos —le dijo.

Don Tello obedeció y llevando al caballo de las riendas comenzó a pasear con su hermano bajo la protectora sombra de las murallas.

—Advierto con pesar que te has decantado finalmente por el rey, traicionando a tus hermanos, a tu familia. Tello, jamás dejarás de sorprenderme —dijo don Fadrique.

—Soy fiel a mi señor, soy fiel a Castilla —replicó don Tello.

Don Fadrique rompió en una estruendosa carcajada.

—Ay, hermano, tú solo eres fiel a ti mismo. Pero puedo entender que en este momento estés al lado del rey. No pienso desgastarme intentando hacerte recapacitar.

—Efectivamente, no es el momento…

El maestre sonrió. El oportunista de su hermano aguardaría a una mejor ocasión para cambiar de bando. Debía organizar sus prioridades y ponderar los beneficios. En definitiva, era cuestión de tiempo.

—¿Y bien? Supongo que el rey te ha pedido que negocies la entrega del castillo, ¿cierto?

—Así es. Quiere tu rendición.

—Y la tendrá —dijo don Fadrique deteniendo el paso.

—¡Ah!, ¿sí? —pregunto don Tello, sorprendido por la inesperada respuesta de su hermano.

—Sí, claro que la tendrá —Don Fadrique retomó el paseo—. Simplemente debe abandonar a doña María de Padilla y a doña Juana de Castro y regresar con la reina, doña Blanca —su mirada se nubló cuando pronunció ese nombre. Recordó cuando escoltó a la comitiva francesa por tierras aragonesas. Fueron unos días maravillosos, inolvidables, pero cortos, muy cortos. Don Tello le miraba con los ojos entornados, como si sospechara algo. Carraspeó fingiendo tener la garganta seca y prosiguió—: Doña Blanca es la reina de Castilla, ¿qué crimen ha cometido para ser castigada con la prisión? Merece un respeto, una consideración. Si el rey trata de tal manera a su esposa, a la reina, ¿qué no hará con sus súbditos, sus vasallos? Debe regresar con ella y tener hijos legítimos que hereden la Corona —hizo una leve pausa y miró a su hermano—. Los hijos de doña María de Padilla no pueden sucederle —don Fadrique detuvo el paso y cogió de los hombros a don Tello—. Nuestro hermano Enrique, al estar casado con doña Juana Manuel, puede reclamar la Corona. Lo entiendes, ¿verdad?

—¿Enrique rey de Castilla? —preguntó don Tello.

—Tiene el apoyo de Alburquerque.

Don Tello retomó el paso en silencio, meditando las magníficas oportunidades que le ofrecía la eventualidad de que su hermano don Enrique fuera proclamado rey de Castilla. ¿Qué podría concederle, regalarle? Ya poseía el señorío de Vizcaya, la joya castellana. Pero Castilla era muy grande. Estaba llena de condados, villas y señoríos no menos extensos y ricos. ¿Y un título o cargo de responsabilidad? Tesorero, alguacil o incluso canciller. Sí, canciller estará bien, muy bien. O quizá ser maestre de alguna de las poderosas órdenes militares. Don Fadrique era el maestre de Santiago y no le iba nada mal. Era respetado, comandaba un formidable ejército y las propiedades de la Orden eran colosales. Si su hermano era proclamado rey, las posibilidades que se le presentaban eran infinitas. Pero de momento, solo era conde y, además, su enemigo. Don Fadrique le miraba de soslayo, dejando que digiriera lentamente cada una de sus palabras. Sabía que estaba ponderándolas debidamente. No tenía prisa. El castillo de Segura de la Sierra era inexpugnable y el rey estaba impaciente por someter a los sublevados. De ahí, su impulsividad al asaltar el castillo con unas tropas agotadas tras la larga marcha. El rey pronto se cansaría del asedio y se marcharía, buscando otros objetivos más factibles y rápidos de conquistar. Pero había sembrado la semilla de la ambición en el corazón de su hermano. Simplemente era necesario concederle algo de tiempo para que brotara en todo su esplendor. Tarde o temprano la codicia se adueñaría de su voluntad y regresaría con ellos. Como siempre había hecho.

—Hay algo más —dijo don Fadrique.

—¿Algo más?

—El rey debe alejarse de los Padilla y de la nefasta influencia que ha conducido a Castilla a la guerra. Díselo así al rey, palabra por palabra. No omitas nada. La paz depende de él. Nosotros lo único que queremos es poner un poco de orden en todo este caos.

⁂

Don Tello le trasladó al rey las condiciones de don Fadrique para rendir el castillo. Condiciones que no fueron aceptadas. Dos días después del encuentro entre ambos hermanos, don Pedro ordenó el asalto al castillo. Fue

un auténtico desastre. Desde las almenas los ballesteros del maestrazgo lanzaban sus flechas con una efectividad asombrosa. El rey se vio obligado a ordenar la retirada, pero persistió de nuevo en el asalto a la fortaleza al día siguiente con el mismo resultado. Don Gutier intentó persuadirlo para que dejara de enviar soldados a una muerte segura. Debían sitiar la fortaleza y rendirla por hambre y sed. No había otra opción, no había más alternativa. Pero no lo consiguió. Don Pedro ordenó un tercer asalto, pero en esta ocasión, fueron los soldados de don Tello quienes lo lideraron. Si no conseguía la victoria, al menos debilitaría a un más que probable rival. A don Tello no le agradó la orden del rey, pero la aceptó, y envió a sus soldados al asalto del castillo. Al menos, pudo contemplar el ataque desde la retaguardia, en una posición cómoda y segura. Y tal y como temían, las tropas fueron rechazadas con contundencia. Pero el rey persistió en la conquista de la plaza y pidió a las autoridades de Murcia que le enviaran inmediatamente ciento treinta ballesteros, de los cuales cincuenta serían pagados por la villa y los otros ochenta correrían a cargo de la Corona. Una vez llegaron los refuerzos de Murcia se produjo un nuevo asalto, un nuevo fracaso. Finalmente, el rey tuvo que aceptar que no lograría asaltar el castillo y que lo único que estaba consiguiendo era debilitar y desmoralizar a su ejército. Ordenó que una fuerte guarnición permaneciera cercando el castillo, más para evitar que don Fadrique pudiera huir, que para intentar su asalto. Frustrado, herido en su orgullo, el rey ordenó la retirada y marchó a Ocaña a lamer sus heridas y preparar una nueva campaña. Segura de la Sierra había supuesto un contratiempo, pero la guerra se auguraba larga, muy larga. Tendría ocasión de resarcirse.

OceanofPDF.com

49

Ocaña, agosto de 1354

La tarde era calurosa, seca, densa. El rey se secaba las gotas de sudor de su frente. Bebió un tragó de agua de un pellejo y se refrescó el rostro y el cuello. Había establecido su real a pocas leguas de Ocaña. Una breve parada para continuar el camino a Medina del Campo. Allí se encontraban los infantes. Unirían ambos ejércitos y juntos marcharían contra los rebeldes. Los infantes habían logrado detener el avance de don Juan Alfonso de Alburquerque y don Enrique de Trastámara en Salamanca, pero don Juan había resultado herido. Las informaciones eran confusas, incluso le llegaron a asegurar que el infante había fallecido a manos de don Enrique durante el trascurso de la batalla. Por suerte no fueron más que rumores y el infante Juan se encontraba vivo y dispuesto a continuar la lucha. El rey estaba sentado en una silla bajo la sombra protectora de una encina. El sonido agudo y estridente de las cigarras inundaba el campamento, soliviantando el humor del rey. Pero don Pedro no solo estaba molesto por el insoportable ruido de los insectos. Había fracasado en su intento de capturar a don Fadrique y, por lo tanto, en su propósito de controlar a la poderosa Orden de Santiago. Al menos don Tello había respondido a su llamada. Aunque su entrega en la batalla dejó mucho que desear. No fue capaz ni de comandar a sus propios hombres, observando desde la retaguardia como eran asaetados por los ballesteros del maestrazgo. No, no era un hombre valiente. Don Tello estaba sentado enfrente de él. Bebió un trago de vino sin dejar de mirar el suelo. Estaba flanqueado por Hinestrosa y don Gutier. Más parecía un prisionero que un aliado. Todos permanecían

expectantes, envueltos en un incómodo silencio. La resistencia de los rebeldes estaba siendo más tenaz de la que habían calculado.

—Hinestrosa, envía mensajeros a todos los caballeros y freires que aún me son fieles y que acudan a Ocaña cuanto antes —dijo el rey con voz firme y potente.

—¿Mi señor? —preguntó el interpelado con gesto interrogante.

—No podemos cometer el mismo error dos veces: el maestre de Santiago debe ser elegido por sus miembros. Quiero que los caballeros y freires de la Orden de Santiago vengan aquí y voten a un nuevo maestre.

—¿Creéis que con esa votación evitaréis un cisma como ha sucedido con la Orden de Calatrava? —preguntó escéptico don Gutier.

—Es imprescindible controlar la Orden. Hemos fracasado en el intento de capturar a Fadrique, por lo tanto, tenemos que valorar otras estrategias.

Don Tello, de vez en cuando, levantaba tímidamente la mirada del suelo y la dirigía hacia sus acompañantes. Se sentía incómodo ante la presencia del rey y de sus hombres de confianza. Había aceptado seguirle en la campaña contra su hermano don Fadrique, al igual que aceptó, con resignación y total sumisión, que el rey hubiera ordenado el asesinato de su madre. Era un hombre práctico de principios volubles y negociables. Las noticias que recibía eran preocupantes. Los sublevados avanzaban por Castilla sin resistencia. Muchos nobles, advirtiendo que la Liga nobiliaria se alzaría con la victoria, abrazaron la causa de don Juan Alfonso de Alburquerque y de sus hermanos. Empezaba a cuestionarse si se había equivocado de bando. De momento, permanecería junto al rey, siempre atento al devenir de los acontecimientos.

—¿Quién será vuestro candidato? —preguntó don Gutier.

—Juan García de Villagera —respondió el rey.

—¿El hermano bastardo de doña María de Padilla? —preguntó don Gutier sin dar crédito a la respuesta.

—Es el comendador mayor de Castilla. El candidato perfecto.

Don Gutier negó con la cabeza y dijo:

—Mi señor, una de las demandas de los sublevados es que apartéis de vuestro lado a los Padilla. —Hinestrosa arrugó molesto los labios y le envió una mirada desafiante—. Yo no voy a entrar en las razones de esos traidores

—don Gutier miró a Hinestrosa y levantó las palmas de las manos a modo de disculpa—, pero nombrar a don Juan García de Villagera maestre de Santiago no ayudará a calmar los ánimos. Debemos ser prudentes y ganarnos el apoyo de los nobles que aún permanecen indecisos. Ofrecer un cargo tan importante a otro Padilla será utilizado por los bastardos —don Tello no se inmutó por el insulto, pues ya estaba bien acostumbrado— y Alburquerque en nuestra contra. ¡Por todos los santos, un Padilla ya es maestre de Calatrava!, ¿queréis poner otro más al gobierno de la Orden de Santiago? Lo único que vais a conseguir será exasperar aún más los ánimos de la nobleza.

Un irritado Hinestrosa se disponía a responder, pero el rey se adelantó.

—¿Y quién pretende calmar los ánimos de nadie? —El rey miró a don Gutier, en cuyas palabras advirtió cierta insolencia—. Castilla está infestada de traidores y yo necesito caballeros leales, fieles a mi lado. Solo pido eso; lealtad. Y los Padilla lo son. Confió en ellos y les concederé tantos títulos y cargos como considere oportuno sin importarme quién está en contra. Lo que puedan opinar de este nombramiento los traidores de Alburquerque y los bastardos me es absolutamente indiferente.

—Mi señor, no debéis confundir lealtad con adulación —repuso don Gutier con acritud—. Debemos ser inteligentes y obrar con prudencia. Forzar el nombramiento de don Juan García de Villagera maestre de Santiago es un grave error —y en un tono más suave añadió—: Yo siempre os seré leal y por ello, porque deseo lo mejor para Castilla y para vos, os diré lo que pienso sin tener en consideración si mis palabras son de vuestro agrado o no.

—Yo también os seré siempre fiel, mi señor —se apremió a decir don Tello, incorporándose de la silla.

Los labios del rey mostraron una media sonrisa y le preguntó:

—¿Y qué opinas sobre todo esto? ¿Consideras oportuno el nombramiento de Juan García de Villagera maestre de Santiago?

—Sí, mi señor. Es una idea brillante.

Don Gutier negó con la cabeza al tiempo que hacía una mueca de desprecio. Hinestrosa sonrió con gesto divertido. Don Tello era un ser vil y despreciable. No merecía ser un privado del rey. Era un adulador, un

zalamero indigno de confianza. Un perro que en cualquier momento podría cambiar de amo.

—Entonces, si Tello, que es hermano del actual maestre de Santiago, está de acuerdo, no hay más de qué hablar. Hinestrosa, hay otro asunto del que me gustaría que te ocuparas —dijo el rey.

—Mi señor.

—Quiero que traslades a Blanca de Borbón al alcázar de Toledo. Los sublevados han hecho de ella su símbolo, su bandera. Debemos evitar que caiga en sus manos. En Toledo estará más protegida.

—Así haré, mi señor —respondió Hinestrosa, mirando a don Gutier con una sonrisa cínica.

Don Gutier entendió que al rey no le habían agradado sus palabras. Se había rodeado de pusilánimes halagadores que se limitaban a asentir ante cualquiera de sus propuestas por muy insensata que fuera. Personajes como don Tello, un blando de espíritu, que solo miraba por sus propios intereses. O los Padilla, cuya ambición no tenía límites. Acumulaban cargos y responsabilidades sin merecerlos, salvo por el hecho de que eran parientes de doña María de Padilla, la concubina del rey. Pero él servía a don Pedro con sinceridad, con franqueza, con lealtad. Su familia siempre había servido con fidelidad a los reyes castellanos. Su padre, don Fernán Gómez fue privado del rey Fernando IV y su madre, doña Teresa Vázquez de Acuña, fue elegida personalmente por Alfonso XI como aya del rey Pedro. Él mismo fue armado caballero de la Orden de la Banda durante la coronación del rey Alfonso XI. Siempre estaría al lado de su rey, protegiéndole de sus enemigos, tanto internos como externos. Aunque sus opiniones y consejos no fueran de tu interés o agrado.

—Mi señor. —Don Gutier se incorporó y con un gesto de cabeza, se despidió del rey.

Hinestrosa observó como se marchaba y dijo:

—Mi señor, si no deseáis nada más, me pondré inmediatamente con las tareas que me habéis encomendado.

El rey le despidió con un gesto de mano y bebió un trago de agua. El calor era insoportable. Hinestrosa se marchó en busca de don Gutier, dejando al rey con la incómoda presencia de su hermano bastardo.

—Espera.

Hinestrosa cogió del hombro a don Gutier, que giró sorprendido la vista.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó con frialdad.

—Vosotros, los nobles, no soportáis que otras personas que no pertenezcan a vuestra clase, a vuestro círculo, sino que provienen de orígenes más humildes, ocupen altas dignidades.

—Eso no es cierto.

—Nos consideráis unos usurpadores indignos de desempeñar ciertas responsabilidades que, por tradición, deberían estar ocupadas por miembros de la alta nobleza, independientemente de su valía. Pero ya has escuchado que el rey valora más la fidelidad que la cuna o el linaje.

—Busca fidelidad, es cierto. Pero una fidelidad sincera conlleva también la responsabilidad de decir que no, de discrepar, de debatir, de refutar las opiniones que son contrarias a toda razón o lógica. ¿Crees que don Tello le es fiel simplemente porque se comporta como un perro?

—Don Tello no tiene nada que ver con esto. Estoy hablando de mí y de mi familia, los Padilla, ¿qué tienes en contra de nosotros? ¿Acaso crees que somos los causantes de esta guerra?

—No, en eso tienes razón. Ni tú, ni doña Blanca habéis provocado esta situación. Los nobles se han sublevado contra el rey, porque advierten que sus privilegios están siendo amenazados. Apartar a doña María de Padilla y a tu familia de don Pedro es simplemente el pretexto del que se sirven como lo es defender la dignidad de doña Blanca. El rey no es hombre entregado a pactos o diálogos, y menos con la nobleza. Es más, podría considerarse que es enemigo de los grandes de Castilla y defensor de los campesinos y de los débiles, como los judíos. Y esto es un riesgo. Las guerras se ganan con la cabeza y no con el corazón. La nobleza es fuerte y poderosa. Es imprescindible alcanzar acuerdos con ella o la derrota será inevitable —don Gutier se detuvo unos instantes, para que Hinestrosa fuera asimilando sus palabras—. En toda negociación es necesario hacer cesiones si se desea llegar a un acuerdo y el nombramiento de otro Padilla como maestre de Santiago no hará más que dificultar el camino hacia la paz. La nobleza lo considerará como una provocación —le tomó del hombro y añadió—: No tengo nada en contra de ti, ni de los tuyos, pero si en verdad amáis al rey, si

es cierto que os preocupa el futuro de Castilla, deberéis dejar de atesorar cargos y títulos, y asumir de una vez por todas algún sacrificio.

Don Gutier continuó su camino dejando atrás a Hinestrosa que, con gesto serio y labios apretados, contempló como se marchaba.

OceanofPDF.com

50

Toledo, agosto de 1354

El viaje de Arévalo a Toledo fue largo y fatigoso. Una misión desagradable para Hinestrosa que tuvo que soportar durante todo el trayecto los silencios y las miradas recriminatorias de doña Blanca, como si fuera responsable de todos sus males y padecimientos por el hecho de ser el tío de doña María de Padilla. Hubiera preferido estar junto a su rey en lugar de acompañar a esa francesa mimada y consentida, que no dejó de gimotear durante todo el viaje. Pero su rey y señor le dio una orden y él se limitó a obedecerla. Por fortuna, a lo lejos ya se divisaba la ciudad. Pronto la dejaría a buen recaudo en el alcázar y podría regresar con don Pedro. Doña Blanca, escoltada por veinte jinetes del rey, cabalgaba a pocos pasos de Hinestrosa. Durante el trayecto hizo balance de su situación y lo desgraciada que había sido su existencia desde que llegó a Valladolid un maldito mes de febrero. Odiaba aquellas tierras castellanas, pobres, ásperas y rudas como sus gentes. Después de permanecer más de un año en Arévalo, su carcelero había decidido trasladarle de prisión. Desconocía los motivos, tampoco le importaban. Para ella, Toledo significaba una oportunidad para intentar cambiar su destino. Cruzó la muralla de la ciudad a paso lento, cadencioso, ante la atenta mirada de los toledanos, que abandonaron sus quehaceres y la contemplaron con ternura y compasión. Murmuraran entre ellos, y asentían con gesto compungido. «Es nuestra reina», decían unos, «el rey ha sido indigno con ella», decían otros. Hinestrosa observaba con preocupación sus miradas hostiles y desafiantes. El alcalde mayor de Toledo, don Martín Fernández de Toledo, fue el ayo del rey. La ciudad le era fiel, aunque las

miradas de sus gentes delataban todo lo contrario. Cruzaban delante de la catedral cuando doña Blanca detuvo su montura.

—Hinestrosa, te pido poder entrar en la catedral para rezar —solicitó en voz alta con un fuerte acento francés, para ser escuchada por la multitud.

Por las calles se agolpaba una multitud curiosa por ver a quien consideraban la verdadera y única reina de Castilla. No era prudente detenerse. Debían continuar su camino al alcázar.

—Por favor —suplicó doña Blanca.

—¡Solo quiere rezar! —exclamó un hombre, mirando a su alrededor en busca de adeptos.

—¿Qué clase de cristiano eres? —interpeló una mujer a Hinestrosa.

—Es una buena cristiana, no como nuestro rey —dijo otro toledano.

Hinestrosa echó instintivamente mano a su empuñadura y ordenó a sus jinetes que formaran un círculo alrededor de doña Blanca.

—¿Tienes miedo del pueblo? —le preguntó la misma mujer—. ¿No vas a permitir a la reina de Castilla que rece a nuestro Señor?

—Por favor, solo será un minuto —insistió doña Blanca con ojos suplicantes.

Hinestrosa entendió que no tenía otra opción. Varias decenas de personas habían formado un muro humano delante de ellos impidiéndoles el paso. Si se negaba, y continuaba su avance, se enfrentaría con aquellas gentes, entablándose una desigual batalla que sembraría el pavimento de cadáveres. El rey ya tenía suficientes enemigos, como para ganarse también la animadversión de los toledanos. Al fin y al cabo, doña Blanca lo único que pretendía era rezar.

—Está bien —Hinestrosa descabalgó y se acercó a la montura de doña Blanca. Le ayudó a descabalgar y ambos entraron en la catedral.

—¡Viva nuestra reina! —escuchó gritar a sus espaldas—. ¡Muerte a los Padilla! —Hinestrosa se giró y desenfundó su espada dirigiéndose con gesto amenazante a la muchedumbre. Buscaba a quién había prorrumpido tales palabras.

—¿Dónde vas Hinestrosa?

El interpelado se giró y vio en la puerta de la catedral a don Pedro Gómez de Gudiel, obispo de Segovia y al arzobispo de Toledo, don Vasco

Fernández de Toledo, hermano de don Gutier.

—¿Qué pretendes hacer con esa espada en la casa de Dios? —prosiguió con voz grave, poderosa y decidida el arzobispo de Toledo, un hombre de unos sesenta años, de rostro enjuto, labios finos y mirada penetrante—. Guárdala, aquí no hay más enemigos que tus propios miedos y recelos. ¿Y vosotros? —preguntó mirando a la multitud—. ¿No tenéis nada mejor que hacer? Volved a vuestros cometidos y dejar a esta humilde cristiana que solace su espíritu con el rezo y la oración.

El gentío fue abandonando el lugar, envueltos en murmullos que se fueron disipando según se alejaban. Hinestrosa enfundó el arma y se acercó a los clérigos.

—¿Qué tal está mi hermano? —le preguntó el arzobispo con la inquietud marcada en los ojos.

—Bien, bien, os envía saludos —respondió Hinestrosa, aun azorado por su intervención.

—Me alegro, rezo por él todos los días.

Hinestrosa se quedó en silencio sin saber muy bien qué decir. Doña Blanca permanecía detrás de los clérigos, como si buscara su auxilio y protección.

—Es mejor que permanezcas aquí, fuera, mientras doña Blanca reza —le dijo don Pedro Gómez de Gudiel. El obispo de Segovia tenía el rostro rollizo, sonrosado y afable. Su mirada era bondadosa y mostraba una gran sonrisa. Había acompañado a doña Blanca en su larga estancia en Arévalo. Fue su confesor, su guía espiritual, el hombro sobre el que derramó todas sus desdichas. Entre ellos nació una profunda amistad.

—Nada has de temer —intervino el arzobispo, advirtiendo la duda en los ojos de Hinestrosa, que temía que pudiera escapar aprovechando su entrada en la catedral.

—Está bien, esperaré fuera, pero solo unos minutos. Esta atardeciendo y es conveniente que lleguemos al alcázar antes de que anochezca. —A Hinestrosa le preocupaba encontrarse de noche con la multitud que le había increpado. Amparados por la oscuridad, los toledanos podrían atreverse a atacarles. Entre las estrechas callejuelas, sus monturas y espadas resultarían inútiles.

—Permaneceremos en el templo el tiempo suficiente y necesario. No hay prisa cuando se trata de apaciguar el alma de una buena cristiana —dijo el arzobispo y entró en la catedral seguido de doña Blanca y el obispo de Segovia.

Los minutos pasaban y doña Blanca no salía de la catedral. Hinestrosa y sus hombres se impacientaban. En pocos minutos anochecería. No podía esperar más tiempo. Con paso firme se dispuso a entrar en el templo cuando el arzobispo le cortó el paso.

—Se acoge a sagrado —dijo don Vasco Fernández de Toledo.

—¿Cómo? —preguntó desconcertado Hinestrosa.

—Ya me has oído —la voz del arzobispo era firme y su mirada desafiante—. Se acoge a sagrado en la catedral. Ahora está bajo la autoridad y protección de la Iglesia.

Don Juan Fernández de Hinestrosa entendió que había caído en una trampa, un ardid tramado por doña Blanca y los clérigos. Apretó enfadado los puños. Habían sido muy hábiles y él muy torpe. Al acogerse a sagrado, doña Blanca quedaba bajo la protección y el amparo de la Iglesia. No podría llevársela al alcázar. Tendría que esperar a que saliera por su propia voluntad del templo. Si entraba por la fuerza violaría las leyes de la Iglesia. Pero no podía regresar y decirle al rey que no había cumplido con su cometido, que había permitido que doña Blanca hubiera escapado de su confinamiento antes incluso de haber sido encerrada. Una misión que no entrañaba dificultad alguna se había complicado de tal modo que involucraba ahora al mismísimo arzobispo de Toledo. No, no podía regresar con las manos vacías. Sitiaría la catedral. No dejaría que nadie entrara o saliera de ella, hasta que doña Blanca se viera obligada a abandonar su protección por hambre o sed.

—¿Vuestro hermano sabe que sois un traidor? —le preguntó Hinestrosa con abierta hostilidad.

—Mide tus palabras Hinestrosa. Aquí no está el rey para protegerte. —Don Vasco Fernández hizo un gesto de mano y de pronto los soldados de Hinestrosa quedaron rodeados por decenas de toledanos portando antorchas y aperos de labranza—. Lo que ha hecho el rey con esta niña no tiene perdón de Dios. Doña Blanca es la legítima reina y no doña Juana de Castro

—hizo una pausa y negó con la cabeza con una mueca de desprecio—. Ni mucho menos, tu sobrina María, que con su infinita mezquindad ha llegado al extremo de engañar al mismísimo papa, al que hizo creer que se recluiría en un monasterio, abandonando su vida de lascivia y pecado. Los Padilla sois mezquinos y codiciosos. Por el bien de Castilla debéis ser apartados de la Corte.

Hinestrosa echó mano de su empuñadura. Tuvo que hacer un enorme esfuerzo por contener la ira que nacía en su interior. Con placer hubiera matado a aquel insolente y arrogante clérigo.

—¡Viva Castilla! ¡Viva el rey! ¡Muerte a los Padilla! —Comenzó a gritar la muchedumbre, al tiempo que alzaban desafiantes sus hoces, guadañas y horcas.

—Será mejor que te vayas. Abandona Toledo antes de que sea demasiado tarde —sugirió el arzobispo.

Hinestrosa miró en rededor. Observó con preocupación como la multitud se aglutinaba en torno a sus jinetes. Las monturas se movían inquietas rodeadas de las antorchas y el griterío de la enfervorizada turba. La noche se cernía amenazante y lúgubre sobre la ciudad.

—¿Dónde está don Martín Fernández de Toledo, el alcalde mayor? —Hinestrosa necesitaba conocer el grado de implicación de las autoridades toledanas en la revuelta. Temía que la ciudad hubiera caído en manos de los rebeldes.

—Ha sido apresado —respondió el arzobispo—. Pero no temas por su vida. Será liberado tan pronto el rey cumpla con sus obligaciones y regrese con la reina Blanca.

Un mar de antorchas iluminó la noche. Un océano embravecido por los gritos de los toledanos, que persistían en alzar sus aperos como si de lanzas y espadas se tratara. Que el alcalde mayor hubiera sido apresado por aquella turba significaba que Toledo estaba perdida. Hinestrosa advirtió que no podía hacer nada más que marchase cuanto antes, pues su vida corría peligro.

—Esto no quedará así —amenazó Hinestrosa con una mirada llena de ira.

—Quedará como Dios, Nuestro Señor, decida —replicó don Vasco Fernández con serenidad, confiado en que los designios de Dios están por encima de la voluntad de los hombres.

Don Juan Fernández de Hinestrosa se giró malhumorado, montó en su caballo y se abrió paso con brusquedad entre la multitud seguido de sus jinetes.

—¡Victoria! ¡Victoria! ¡Victoria! —exclamó a sus espaldas una exultante multitud.

El arzobispo de Toledo contempló en silencio como se marchaban los jinetes, mientras el gentío los insultaba y hacía gestos obscenos, burlándose de ellos. Pero él no se sentía dichoso. Y mucho menos victorioso. Temía que el rey desatara su ira contra su hermano don Gutier, quien no estaba al corriente de la insurrección. Pero no tenía otra opción. Había recibido una carta del papa Inocencio conminándole a proteger a doña Blanca, a quien llamaba reina de Castilla, y a apoyar a don Juan Alfonso de Alburquerque en su pretensión de deshacerse de los Padilla, sobre todo de la concubina que impedía que el rey Pedro volviera con su legítima esposa, la reina Blanca. El arzobispo no era necio. Sabía muy bien que detrás de esa petición estaba el profundo interés del papado en consolidar la alianza de Castilla con una Francia que estaba perdiendo la guerra contra Inglaterra. Los franceses contaban con la implicación de la flota castellana para revertir la contienda.

—¿Se han marchado ya?

La pregunta de don Pedro Gómez de Gudiel le devolvió a la realidad. Se giró y advirtió la preocupación en los ojos del obispo de Segovia.

—Esta no es una rebelión contra el rey, sino contra los Padilla. Concluirá cuando don Pedro y la reina Blanca se reconcilien —dijo el arzobispo, más para convencerse a sí mismo que para animar al obispo de Segovia.

—Pero volverán…

El arzobispo asintió y dijo:

—Y debemos estar preparados —se dirigió con paso firme y decidido a la catedral seguido por el obispo. Había mucho por hacer y tenían muy poco tiempo—. Llevaremos a la reina al alcázar, allí estará protegida.

Enviaremos mensajeros a don Juan Alfonso de Alburquerque informándole que ha sido liberada y le pediremos soldados que protejan Toledo de un más que probable ataque del rey —el arzobispo se detuvo en la puerta, miró con férrea determinación al obispo y añadió—: La reina es un símbolo de la lucha contra los Padilla y debemos protegerla con nuestra vida si llegara el caso.

El obispo, que no era tan valiente ni audaz como don Vasco Fernández de Toledo, tragó saliva asustado y asintió no muy convencido.

—Si es voluntad de Dios… —aceptó con voz nerviosa.

—Lo es amigo mío. Es su voluntad que don Pedro abandone a la concubina y se reconcilie con su legítima esposa. Nosotros no podemos hacer más que plegarnos a sus designios —le tomó de los hombros e intentando apaciguar sus dudas añadió—: La nobleza y el clero están en su contra. Un rey no puede asentar su trono solo con el apoyo de los menestrales y los campesinos. Don Pedro no tendrá otra opción que claudicar. Recemos para que Dios le ilumine y le ayude a reflexionar. Por su bien y por el de Castilla.

—Ruego que recapacite antes de que sea demasiado tarde y la guerra inunde de sangre y desolación las tierras de Castilla —dijo el obispo de Segovia soltando un largo suspiro.

OceanofPDF.com

51

Montealegre, Valladolid, agosto de 1354

Las noticias de la liberación de doña Blanca se extendieron rápidamente por toda Castilla. Muchos nobles, persuadidos de que la causa del rey estaba perdida, cambiaron de bando y acudieron a Montealegre donde se encontraban don Juan Alfonso de Alburquerque, don Enrique de Trastámara y un gran número de nobles rebeldes, don Tello y los infantes de Aragón entre ellos. Toledo había caído en manos rebeldes y doña Blanca estaba bajo la protección del arzobispo Vasco Fernández de Toledo. Que el rey fuera derrotado era cuestión de tiempo. Don Tello, calculador y oportunista, concluyó que había llegado el momento de arrimarse al bando vencedor. Los infantes, persuadidos por su madre, doña Leonor de Castilla, cabalgaron raudos a Montealegre. Aunque su propósito era el mismo que el de don Tello, traicionar a don Pedro y unirse a la Liga nobiliaria, sus ambiciones eran bien distintas.

El castillo de Montealegre era una formidable mole de piedra y argamasa erigida sobre una elevación rodeada de campos de trigo. Pertenecía a la familia de doña Isabel de Meneses y era prácticamente inexpugnable. Nunca había sido conquistado. Estaba situado a pocas leguas de Tordesillas, donde se encontraba el rey, lo que permitía a los nobles sublevados controlar fácilmente todos sus movimientos.

El infante don Fernando de Aragón solicitó reunirse a solas con Alburquerque. Tenía asuntos de vital trascendencia que tratar con el excanciller. Un sirviente lo acompañó a las estancias privadas, donde sería recibido a resguardo de oídos y miradas indiscretas. Allí podrían hablar con total tranquilidad. Don Fernando entró en una sala sombría, sin ventanas,

iluminada tenuemente por un par de antorchas y algunos candelabros. A pesar de que el día era caluroso, los gruesos muros del castillo conferían un agradable frescor a una estancia sobriamente decorada con pendones bordados con el blasón familiar de los Téllez de Meneses: un escudo con el fondo amarillo y cruzado diagonalmente con una cadena azul. Una mesa de madera, algunas sillas y una librería colmada de libros eran todo el mobiliario que ocupaba aquel espacio. Alburquerque se encontraba sentado frente a la mesa revisando unos mapas cuando reparó en la presencia del infante de Aragón.

—Saludos, don Fernando —dijo Alburquerque con una gran sonrisa. La traición de don Tello y de los infantes de Aragón era la mejor de las noticias. De todos los miembros de la alta nobleza castellana, solo el tenaz y persistente de don Gutier Fernández de Toledo, continuaba siendo fiel al rey.

—Mi señor —saludó el infante con una suave inclinación de cabeza.

—¿No ha venido contigo tu hermano?

—Ha tenido que regresar a Villabrágima. Asuntos urgentes han reclamado su presencia.

—Entiendo. Espero poder verlo pronto entre nosotros.

En Villabrágima se encontraba doña Leonor de Castilla. Don Juan Alfonso de Alburquerque estaba persuadido de que la madre de los infantes había tenido mucho que ver en su defección. Su mayor ambición era que don Fernando fuera proclamado rey. Eran tiempos turbulentos en Castilla y don Pedro se encontraba solo, acorralado. Don Fernando no encontraría mejor ocasión para traicionarlo y postularse como candidato al trono. El excanciller no era necio. Sabía cuáles eran los motivos que habían llevado a los infantes a cambiar de bando. Y ahora se encontraba reunido con don Fernando. A solas. ¿Cuánto tiempo tardaría en pedirle su apoyo al trono de Castilla?

—Solo se demorará unos días —dijo el infante.

—Excelente. Por favor toma asiento, ¿vino? ¿Agua? ¿Algo de comer? —preguntó el excanciller.

—Una copa de vino estaría bien.

Alburquerque tomó una jarra y sirvió un vaso al infante, que lo bebió con gusto. El semblante de don Fernando era serio. No era de su agrado encontrarse en esa tesitura. Cuando estalló la sublevación, luchó en el bando de don Pedro porque así se lo sugirió su madre. Le insistió en que debía permanecer a su lado, en una simulada lealtad. Pero sus movimientos siempre habían sido meditados, cuidadosamente ponderados. Que el rey permaneciera con doña María de Padilla favorecía a sus intereses. Si regresaba con doña Blanca, podría tener descendencia legítima y sus sueños de ser proclamado rey de Castilla se habrían esfumado para siempre. Pero ahora su derrota era inminente. La sublevación había tenido éxito y era un sinsentido permanecer en el bando perdedor. No obstante, su apoyo a los insurrectos no sería gratuito.

—Me alegra mucho que estés hoy aquí con nosotros. —Las palabras de Alburquerque eran afables, cercanas—. Con tu apoyo y el de tu hermano, acabaremos con una absurda guerra que no beneficia a nadie.

—Intenté persuadir al rey de que se desprendiera de los Padilla, pero no lo conseguí —hizo una pausa y bebió un trago de vino—. El nombramiento del hermano bastardo de doña María de Padilla como maestre de Santiago fue la gota que colmó el vaso de nuestra paciencia.

El infante intentaba justificar su deserción más allá de que considerara que la guerra estaba perdida y que poco beneficio podría obtener luchando en el bando del rey. A Alburquerque sus motivos le eran del todo indiferentes, lo que necesitaba era sus tropas y a los nobles que arrastraría con su defección.

—Ya sabes que ese es precisamente nuestro objetivo: que el rey abandone a doña María de Padilla y a sus parientes. Creo que no es mucho lo que le pedimos. El rey, con su insensato proceder, ha dividido al país, llevándolo a la guerra.

—Así es. Su enfermiza obcecación con esa familia está llevando al reino a la ruina. El nombramiento de García de Villagera como maestre de Santiago ha sido una vergüenza, una humillación para la Orden, ¿qué pretendía concediendo tan importante responsabilidad a otro Padilla? —el infante negó con la cabeza—. No, mi hermano y yo no hemos tenido otra

opción. Por el bien de Castilla nos hemos visto obligados a tomar la grave decisión de abandonarlo. Es necesario acabar con esta locura cuanto antes.

Alburquerque se incorporó de la mesa y se acercó a él. Le cogió del hombro y le dijo:

—Habéis hecho lo correcto. Contigo y con tu hermano a nuestro lado, acabaremos con la perversa influencia de los Padilla y lograremos que la paz reine de nuevo en Castilla.

—Para que la paz y la normalidad regresen a Castilla, no es suficiente con destruir a los Padilla. Debemos mirar más allá, preguntarnos qué será del reino una vez la rebelión haya concluido con éxito. Estoy hablando de estabilidad, de evitar que pueda desatarse una nueva guerra si el rey Pedro falleciera sin dejar descendencia.

Don Juan Alfonso de Alburquerque sonrió. Sus conjeturas no eran erróneas. Con un gesto de mano le invitó a que continuara.

—A día de hoy soy su legítimo sucesor. En este aspecto creo que ambos estamos de acuerdo, ¿verdad?

—Así es —corroboró Alburquerque con un leve asentimiento, recordando que ya había acordado con don Enrique de Trastámara y con don Juan de la Cerda apoyarles en sus aspiraciones a la Corona si el rey fallecía.

—Esta guerra está muy próxima a su conclusión, pero no es descartable que durante una última batalla, en un lance fortuito, el rey sufra el impacto de una flecha perdida, una desafortunada caída del caballo o una cuchillada traicionera que acabase lamentablemente con su vida.

—Las guerras son así, suelen morir personas —dijo Alburquerque con sarcasmo.

El infante Fernando sonrió y prosiguió.

—La Corona de Castilla quedaría entonces huérfana y varios serían los nobles que se postularían como candidatos al trono. La guerra civil se cerniría de nuevo sobre el reino. Una guerra que tú podrías evitar.

—Continúa —dijo Alburquerque, anticipando las intenciones de don Fernando.

—Cuando el rey sea derrotado y regrese con la reina Blanca —a Alburquerque no le pasó desapercibido que el infante se refiriera a doña

Blanca como reina y no como doña Blanca de Borbón o como la princesa de Francia, como solían referirse a ella los partidarios de don Pedro—, tú volverás a ser canciller de Castilla, por lo tanto, el noble más poderoso del reino. Más incluso que antes de la revuelta, porque don Pedro será consciente de tu inmenso poder. Te temerá, hará lo que le digas y sin mostrar queja alguna.

—Creo que me sobrevaloras —a los labios de Alburquerque asomó una sonrisa cínica, pues estaba completamente de acuerdo con sus palabras. Tal era su propósito; retomar el cargo que el rey le había arrebatado, pero con aún más poder y autoridad. Le habría demostrado que, si no se plegaba a su voluntad, con una sola palabra, con un simple gesto, podría levantar a todo el reino en su contra. Don Pedro sería el rey, pero don Juan Alfonso de Alburquerque sería quién gobernase en Castilla.

—Ambos sabemos que no —repuso don Fernando con una sonrisa—, pero esa no es la cuestión. Tendrás mi apoyo, pero a cambio necesito que convenzas al rey para que me designe su sucesor en el caso de que no tenga heredero legítimo. Me preocupa Castilla. Temo que, una vez más, sea consumida por las llamas de la guerra.

Alburquerque se recostó en la silla y dijo:

—Hablas como si ser el sucesor del rey fuera un sacrificio que estuvieras dispuesto a arrostrar en beneficio del reino —el infante se disponía a intervenir, pero el excanciller le interrumpió con un gesto de mano—. Pero te entiendo —prosiguió en tono conciliador—. No te falta razón y de hecho tuviste mi apoyo cuando el rey enfermó. ¿Por qué ahora iba a ser distinto?

El infante recordó cuando, a los pocos meses de ser proclamado rey, don Pedro enfermó de gravedad. Nunca había estado tan cerca del trono. El rey se consumía devorado por una persistente fiebre. Los físicos negaban con la cabeza, rechazando cualquier posibilidad de superar una enfermedad que amenazaba con arrebatarle la vida. Incluso recibió la extremaunción. Pero contra toda lógica, sobrevivió. Ahora, cuatro años después, se le presentaba una nueva oportunidad y no la dejaría escapar.

—Porque en aquel momento los bastardos eran tus enemigos y ahora son tus aliados. Me preocupa que don Enrique de Trastámara tenga la

osadía de reclamar la Corona.

—Don Enrique no deja de ser un bastardo —replicó Alburquerque con una malévola sonrisa—. Mi querido amigo, ya soy mayor y, por lo tanto, me aferro firmemente a las tradiciones. ¿Cuándo un bastardo ha sido proclamado rey de Castilla? Yo te lo diré: nunca —se incorporó de la silla y añadió—: Hace cuatro años, cuando el rey estuvo a punto de morir, apoyé tu candidatura a la Corona. Y vive Dios que, llegado el caso, obraré del mismo modo. Y lo haré porque considero que eres el legítimo heredero, lo haré para evitar una guerra y lo haré porque siempre he actuado por el bien de Castilla.

El infante se incorporó y tremendamente satisfecho dijo:

—En tal caso, puedes contar con mi ejército.

Ambos hombres se estrecharon la mano dando el acuerdo por cerrado. Uno más que el excanciller tendría que añadir a su cuenta de pagos y favores pendientes. El infante salió de la sala dando largas zancadas, como si fuera portador de una buena noticia y estuviera impaciente por compartirla. Don Juan Alfonso de Alburquerque se sirvió un vaso de vino y bebió un trago. Ya eran tres los candidatos a la Corona en el caso de que don Pedro falleciera sin dejar descendencia. Había puesto sus esperanzas en que el rey regresara con doña Blanca. Conocida su fogosidad, no tardaría en tener descendencia. Con un heredero, un hijo legítimo, las ambiciones de sus tres aliados circunstanciales se esfumarían como el humo de una chimenea tras un fuerte vendaval. Mientras tanto, debía evitar un enfrentamiento directo que pudiera causar la muerte del rey. Imaginaba a los tres candidatos cabalgando espada en ristre hacia don Pedro para derribarlo, para matarlo. Sí, debía eludir la batalla y centrar todos sus esfuerzos en encontrar un final dialogado al conflicto. Sus labios esbozaron una irónica sonrisa; debía proteger la vida del rey contra quien había levantado a todo un reino.

OceanofPDF.com

52

Tordesillas, septiembre de 1354

Don Fernando de Castro se desnaturalizó del rey. Ya no le debía vasallaje ni sumisión. Toledo había caído en manos rebeldes y doña Blanca, de quien los sublevados habían hecho bandera y causa de su levantamiento, había sido liberada. El alcalde mayor de Toledo, don Martín Fernández de Toledo, fue encarcelado en el alcázar, donde debido a las condiciones del encierro y su avanzada edad, enfermó de gravedad. El arzobispo de Toledo medió para que fuera liberado, pero murió poco después en su domicilio. Medina del Campo fue conquistada por las tropas de don Juan Alfonso de Alburquerque. Pronto marcharían a Tordesillas, donde se encontraba don Pedro con solo seiscientos jinetes. El magro ejército de un rey derrotado.

El rey hacía balance de su desoladora situación. Estaba sentado en su tienda, en el real, con la mirada perdida en el horizonte. Se sentía traicionado por todos, incluso por su madre, a quien había ordenado que le acompañara y a quien tenía permanentemente vigilada. Estaba cansado de ella, de su presencia. No dejaba de gimotear y lamentarse de la suerte de doña Blanca de Borbón, a quién doña María de Portugal había tomado un gran afecto. Desconfiaba de don Gutier, que no hacía más que cuestionar sus órdenes y cuyo hermano, el arzobispo de Toledo, le había traicionado, protegiendo a doña Blanca y entregando la ciudad a los rebeldes. ¿Hasta qué punto no estaría don Gutier involucrado en la confabulación? Se sentía solo, desamparado, perdido. La gran mayoría de los nobles castellanos le habían abandonado. Solo podía confiar en doña María de Padilla y en sus parientes. Solo en ellos.

—Mi señor, tenéis una visita —anunció Hinestrosa entrando en la tienda.

El rey se distrajo de sus nefastos pensamientos. Levantó la vista y la fijó en el tío de doña María de Padilla. Siempre le había sido leal. Había estado con él en los momentos más difíciles y todavía permanecía allí, en el real, a pesar de que su reino, su mundo, se desmoronaba. Nunca le estaría lo suficientemente agradecido. Le miró con afecto y preguntó:

—¿Quién es?

Como respuesta encontró a su tía doña Leonor de Castilla, primera esposa de Alfonso IV de Aragón y madre de los infantes. Entró en la tienda con la mirada altiva y el paso resuelto que la caracterizaban. Vestía una saya negra y cubría su cabello con una toca blanca.

—Mi rey —saludó doña Leonor con una suave inclinación de cabeza.

Don Pedro soltó un largo suspiro.

—¿A qué has venido? ¿Qué es lo que quieres? —preguntó con acritud, sin ocultar el desagrado que le causaba su presencia.

Doña Leonor le miró con arrogancia y respondió:

—¿Es así como recibes a tu tía, quien solo pretende ayudarte? Creo que llevas demasiado tiempo rodeado de gentuza. Te has dejado corromper con sus groseras maneras —le espetó, desviando la vista hacia Hinestrosa, que le devolvió una mirada furiosa.

—¿Has venido a insultar a mis amigos? ¿A eso has venido?

—No, naturalmente que no, sobrino.

—Entonces di lo que tengas que decir y regresa a Medina del Campo con los traidores de tus hijos.

Doña Leonor volvió a desviar la mirada hacia Hinestrosa y preguntó:

—¿Es necesario que esté él aquí?

El rey negó molesto con la cabeza e hizo un gesto con la mano a Hinestrosa conminándole a que se marchara.

—Me ha enviado la Liga nobiliaria para hablar contigo e intentar llegar a un acuerdo que permita concluir esta absurda e inútil guerra —dijo doña Leonor.

Don Pedro estuvo a punto de despedirla inmediatamente, pero con seiscientos soldados bajo su mando, pocas eran las opciones de las que

disponía.

—¿La Liga? —preguntó con sorna—. Os habéis aliado contra vuestro legítimo rey una caterva de nobles traidores cuyo único interés es colmar vuestra insaciable codicia. Pero te escucho, habla, ¿qué es lo que pretende de mí… la Liga?

Doña Leonor mantenía la barbilla elevada y la mirada entornada, como si no hubiera escuchado sus insultantes palabras.

—La Liga te pide, te exige, que abandones a María de Padilla. Envíala a Francia o a Aragón. Donde quieras, pero que sea lejos, muy lejos de Castilla. Y, por supuesto, la deben acompañar sus parientes.

—Algo más…

—Debes volver con la reina Blanca y ratificar la alianza con Francia.

—¿Solo eso? —preguntó con sarcasmo.

Doña Leonor de Castilla lanzó un largo suspiro y dijo:

—Sobrino, es poco lo que se te pide. En Medina del Campo están todos los nobles de la Liga con sus ejércitos y tú no tienes aquí más que un puñado de jinetes. Si no aceptas, eres un insensato o un loco.

—Dices que es poco lo que me pedís —don Pedro se incorporó de la silla y comenzó a pasear por la tienda—. Abandonar a la mujer que amo, a mis hijas… desprenderme de los pocos hombres que me han sido fieles, ¿eso es poco para ti, para vosotros? —el rey negó con la cabeza—. Y además me pedís que me una a una mujer cuya honorabilidad está en entredicho y que reafirme el pacto con una nación que nos insulta y nos menosprecia. ¿En serio los traidores de la Liga consideráis que vuestras peticiones son razonables?

Doña Leonor guardó un profundo silencio. Ella había cumplido con su misión; trasladarle al rey las condiciones de la Liga para que cesaran las hostilidades. No tenía ninguna intención de hacerle recapacitar. Sus intereses eran otros.

—Vuelve con la Liga —el rey tomó asiento, le aburría la presencia de su tía, mensajera y madre de conspiradores—, vuelve con tus hijos, con Alburquerque, con los bastardos y con todos aquellos que me han traicionado. Vuelve con ellos y diles que están muertos. Todos ellos, todos

aquellos que se han unido a… vuestra Liga serán encarcelados y ejecutados por traidores. Vuelve a Medina del Campo y trasmíteles mi decisión.

Doña Leonor intentó reprimir la sonrisa que amenazaba por brotar de sus labios. Era la respuesta que esperaba. Su sobrino era tan visceral, tan predecible… Cinco mil caballeros aguardaban en Medina del Campo la orden de atacar Tordesillas. Y todo soldado corre el riesgo de morir en el fragor de la batalla, incluido un rey. Su hijo, el infante Fernando, volvía a acariciar el trono de Castilla cuatro años después de que el rey enfermara.

—Compartiré con los nobles de la Liga tu rechazo a tan generosa oferta —aceptó doña Leonor fingiendo tristeza—. Lo siento de corazón… sobre todo por tu madre, que te quiere y vive un infierno viéndote en esta situación, empeñado como estás en arrojarte a un abismo sin salida ni esperanza.

Sin esperar contestación y con expresión soberbia y arrogante, doña Leonor abandonó la tienda. El rey contempló como se marchaba con gesto malhumorado. El encuentro con su tía le había irritado.

—¿Todo en orden, mi señor? —preguntó Hinestrosa, haciendo acto de presencia.

—Enviarás una carta a don Pere, el rey de Aragón —dijo el rey como respuesta.

—¿Mi señor?

El rey comenzó a pasear por la tienda. La Liga disponía de un potente ejército y de ilimitados recursos. Necesitaba aliados extranjeros si pretendía someter aquella revuelta con éxito.

—Le pediré ayuda en esta guerra. Él ya tuvo que enfrentarse a sus hermanos Fernando y Juan cuando se unieron a las revueltas de la Unión nobiliaria. Durante su reinado tuvo que combatir con firmeza a la nobleza aragonesa. Conoce las terribles consecuencias que provoca en un reino una nobleza excesivamente preocupada por aumentar sus riquezas, su poder, sus privilegios. Los reyes debemos ayudarnos, colaborar si pretendemos someter a los nobles traidores y levantiscos. Me ayudará, estoy convencido.

Hinestrosa asintió y dijo:

—¿Ordenas algo más, mi señor?

—Prepara las tropas, nos vamos a Toro.

OceanofPDF.com

53

Toledo, septiembre de 1354

Los soldados del rey que sitiaban el castillo de Segura de la Sierra desertaron y se unieron a las huestes de don Fadrique tan pronto tuvieron noticia de la liberación de doña Blanca y de la caída de la ciudad de Toledo en manos de la Liga. Don Fadrique recibió un mensaje de don Juan Alfonso de Alburquerque en el que le pedía que acudiera cuanto antes a Toledo, para proteger a doña Blanca. Acompañado por setecientos caballeros acudió complacido a cumplir su cometido. Entraron en la ciudad por el puente de San Martín y cruzaron la judería. Los toledanos se apartaban a su paso, atemorizados ante la presencia de unos caballeros que no tuvieron reparo en arrasar carros, tenderetes y puestos ambulantes a su paso. Tal eran las urgencias de don Fadrique por encontrarse con doña Blanca. Finalmente llegó al alcázar. Descabalgó y entró en el edificio apresuradamente. Su corazón latía con fuerza, con vigor, con entusiasmo. Encontró a doña Blanca en los jardines, protegida bajo la sombra de un manzano. Moderó su paso, a sus oídos llegaba el suave murmullo del agua de una fuente cercana y el trino de los pájaros. Sintió en su sudorosa piel el reconfortante frescor de una suave brisa. Sonrió cuando sus ojos se cruzaron con los de doña Blanca. Corrió a su encuentro y la besó con deseo, con la desenfrenada pasión que solo puede provocar un ardiente amor y una larga espera.

—Amor mío —dijo don Fadrique separándose de su rostro.

Doña Blanca lo aferró con fuerza entre sus brazos y rompió a llorar, desbordando años de angustia y de soledad sobre el pecho de su amante.

—Ya estoy aquí —murmuró don Fadrique mientras acariciaba con suavidad los cabellos de su amada.

Tomaron asiento en un banco. Durante unos minutos permanecieron en silencio, besándose, acariciándose, derramando un amor que durante dos años había estado contenido, reprimido. Las lágrimas acudieron a los ojos de doña Blanca. Don Fadrique sentía como su cuerpo se estremecía entre sus brazos. Sintió un profundo dolor y culpa, mucha culpa. Se arrepentía por haberla abandonado, permitiendo que se casara con un rey que no la merecía y de haber consentido que fuera confinada injustamente en Arévalo. Y allí permaneció sola y desamparada. Olvidada por todos, hasta que la nobleza hizo de ella su disculpa y justificación para sublevarse contra el rey. Entonces sí que fue útil, sí que fue necesaria. Él era tan vil y despreciable como el resto de los nobles de la Liga, como el propio rey, pero con el agravante de que él la amaba. La amó desde el primer instante que la vio, cuando sus caminos se cruzaron en las encomiendas de la Orden de Santiago en Aragón. Hasta allí había marchado para proteger al séquito francés durante su viaje por tierras aragonesas. Recordó aquel momento, aquellos maravillosos días. Sus risas, sus bromas, su alegría. Era la reina perfecta para Castilla. Don Pedro no era consciente de la formidable mujer con la que se había casado. Él seguía terriblemente enamorado de la concubina y no fue capaz de valorar el tesoro que el rey de Francia le entregaba. No, él la repudió y la encerró en un castillo, como si hubiera sido culpable de un horroroso crimen. El cobarde del rey debería haber desatado toda su cólera y frustración con don Juan de Francia por no haber satisfecho la dote, y no con doña Blanca, que fue víctima del engaño y acabó siendo despreciada por unos y por otros, pues el francés ni siquiera exigió su regreso a Francia, dejándola en Castilla, abandonada a su suerte. Acariciaba su pelo al tiempo que recordaba cómo, en la villa de Calatayud, estalló al fin el amor que durante varios días se fue incubando. En aquel palacio de la Orden, alejados de ojos y oídos indiscretos, ambos amantes se entregaron el uno al otro despreciando el mañana, sin importarles que en unas semanas la princesa de Francia se desposaría con el rey de Castilla. Allí, en Calatayud, solo existía el ahora, solo existían ellos. Pero el amanecer les despertó de su infantil e ingenuo sueño; debían continuar su inexorable camino a Valladolid. La realidad siempre tan desagradable, tan tozuda. A pocas leguas sus caminos se separaron. Don Fadrique no podía soportar como la

mujer que amaba se casaba con otro hombre y marchó a Llerena, para purgar sus culpas y sufrir en soledad su particular calvario.

—¿Qué va a ser de mí, de nosotros? —preguntó doña Blanca con sus ojos azules sumergidos en lágrimas.

Como única respuesta encontró las suaves manos de don Fadrique acariciando sus rubios cabellos, pues era consciente de que la respuesta a esa pregunta le rompería el corazón. Si la Liga tenía éxito, el rey Pedro se reconciliaría con ella, pero si fracasaba, sería encerrada en un castillo. Sea como fuere, el destino no les era favorable. Pero don Fadrique no podía consentir que doña Blanca volviera con aquel loco tirano. Jamás volvería a abandonarla.

—Vida mía, yo te protegeré —le musitó al oído—. Venceremos a don Pedro y mi hermano será proclamado rey. Entonces…

Doña Blanca levantó la vista y le miró con ojos suplicantes.

—¿Entonces?

Don Fadrique la besó con dulzura y respondió.

—Nos casaremos y nadie, absolutamente nadie, podrá separarnos.

Doña Blanca hundió su rostro en el pecho de don Fadrique y lo abrazó con fuerza, rogando a Dios y a todos los Santos que sus palabras fueran realidad. Habían sido años difíciles, angustiosos, donde solo encontró consuelo en doña María de Portugal y en la esperanza de reencontrarse con don Fadrique. Y ahora él estaba allí, con ella, pero ¿cuánto tiempo? ¿Cuándo debería volver a la guerra? Le abrazó aún con más fuerza y don Fadrique sonrió.

—No voy a poder respirar.

Doña Blanca aflojó un poco los brazos y preguntó:

—¿Cuándo te vas?

Don Fadrique torció el gesto, como si le hubieran arrojado una jarra de gélida realidad.

—En pocos días, cuando hayamos consolidado nuestro poder en Toledo y organizado su defensa —acarició sus húmedas mejillas—. Pero no hablemos de penas, ni tristezas. Disfrutemos del tiempo que el buen Dios ha aceptado regalarnos.

Un soldado cruzó por el jardín y se sintió incómodo cuando advirtió a la pareja. Don Fadrique sonrió y le hizo un gesto para que se marchara. Ya no tenían porqué ocultar su amor. Pronto el rey sería derrocado y su hermano se alzaría con la Corona de Castilla. Ese era el plan, ese era el ambicioso proyecto que los había llevado a aliarse con don Juan Alfonso de Alburquerque y sublevarse contra el rey. Y tanto don Enrique como don Fadrique harían todo lo que estuviera en sus manos por conseguirlo.

OceanofPDF.com

54

Medina del Campo, septiembre de 1354

Los nobles de la Liga se hallaban reunidos en Medina del Campo. Se encontraban en la torre del homenaje del castillo de la Mota, una formidable fortificación con altas y gruesas murallas circundadas por un profundo foso que, aunque estaba seco, dificultaba cualquier intento de asalto. En la cuarta planta de la torre recibieron los nobles la respuesta de don Pedro a su propuesta de paz. Sobre una larga mesa de madera tomaron asiento los principales conjurados: don Juan de la Cerda, don Fernando de Castro, los infantes de Aragón, don Enrique de Trastámara, don Tello, doña Leonor de Castilla y don Juan Alfonso de Alburquerque. El excanciller presidía la mesa. Los sublevados le habían entregado el liderazgo de la Liga nobiliaria. Le contemplaban en silencio, pero con la mirada llena de confianza y satisfacción. En una explanada próxima al castillo estaban acampados cinco mil jinetes y diez mil peones y el rey solo contaba con seiscientos jinetes. La victoria sería suya. Una victoria contundente, aplastante, definitiva. Tenían al rey a su merced, por tal motivo no entendían el gesto serio y contrariado del excanciller. Entre los nobles se fueron diluyendo los murmullos hasta que quedaron envueltos en un espeso y tenso silencio.

—¿Y bien? Ya tenemos la respuesta del rey a nuestra más que generosa propuesta; nos ha amenazado de muerte. ¿A qué esperamos para atacar Tordesillas? —preguntó el conde de Trastámara, dando por iniciada la reunión.

Un murmullo de aprobación recorrió la estancia. Alburquerque permanecía en silencio. Desvió la mirada, posándola un breve instante en cada uno de los nobles que le acompañaban en la mesa. Todos estaban allí,

con él, en su Liga, para satisfacer sus ambiciones. No les juzgó. Había creado una Liga, una alianza nobiliaria, con el propósito de restituir su autoridad e influencia en Castilla. No, no era quién para juzgarles. Pero si atacaban Tordesillas y el rey fallecía, ¿quién reinaría en su lugar? Miró a don Juan de la Cerda, al infante Fernando, a don Enrique de Trastámara… A todos ellos les había prometido su ayuda si el rey fallecía sin dejar descendencia. Y era evidente que don Pedro no saldría vivo de un ataque a Tordesillas. Los tres candidatos harían todo lo posible e imposible para que así fuera. ¿Qué sucedería entonces? Negó casi imperceptiblemente con la cabeza. Bien que conocía la respuesta; estallaría una nueva guerra en Castilla. Y estaba convencido de que él no participaría en ella. Probablemente sería asesinado por alguno de los allí presentes que, despechado, desataría sobre él toda su furia al sentirse engañado, traicionado. Sin haberlo previsto había unido su destino al del rey.

—Debemos esperar —respondió Alburquerque con voz grave y poderosa.

El murmulló cesó de pronto y todos los presentes desviaron su mirada hacia el excanciller.

—¿A qué? —preguntó don Juan de la Cerda—. ¿A qué se escape? Lo tenemos entre las manos. No vamos a disfrutar de una mejor ocasión.

Doña Leonor de Castilla miró a Alburquerque y asintió con vehemencia.

—Es mi sobrino y lo quiero. No le deseo ningún mal. Hablé con él, intenté persuadirle, hacerle entrar en razón. Pero fracasé —su gesto era fingidamente compungido, desolado—. Dios sabe que odio encontrarme en esta situación. Mis hijos han combatido en esta guerra, se han jugado la vida por Castilla y ahora, por fin, ha llegado el momento de terminar con esta locura. El rey está acorralado en Tordesillas. Solo los Padilla, don Gutier Fernández de Toledo y un puñado de jinetes le acompañan. Si es prudente, si es sensato, se rendirá tan pronto divise nuestras enseñas por el horizonte.

—¿Y si no lo hace? —preguntó Alburquerque. Leyó la profunda ambición que irradiaba en los ojos de doña Leonor y entendió que se había equivocado al enviarla a negociar con el rey.

—¡Le aplastaremos! —exclamó don Tello golpeándose la mano con el puño como si fuera una mosca.

De nuevo un rumor de aprobación se propagó por la sala. Todos los presentes estaban de acuerdo en atacar al rey y cuanto antes, para evitar que pudiera escapar. Alburquerque comenzó a sentirse mal. La cabeza le daba vueltas y sintió pinchazos en el estómago. Se tocó la frente y notó que estaba ardiendo. Intentó sosegarse, pero su corazón latía con fuerza en su pecho. Respiró hondo. Debía reponerse, superar su malestar. Si mostraba debilidad, aquellos ambiciosos nobles lograrían su propósito y atacarían Tordesillas, poniendo en riesgo la vida del rey.

—Hemos jurado fidelidad a nuestro rey —Alburquerque intentó que su voz sonase fuerte y confiada, aunque sentía como las fuerzas le abandonaban—. ¿Acaso establecimos esta Liga para matar al rey? —preguntó desviando la vista hacia los ojos de cada uno de los presentes—. ¿Ese era nuestro propósito? ¿Asesinar al rey a quien hemos jurado obediencia y fidelidad? —hizo una breve pausa para evaluar el impacto que sus palabras estaban produciendo entre los nobles y prosiguió—: Creo recordar, que el propósito de esta Liga, el motivo principal por el cual fue establecida era persuadir al rey para que abandonara a su concubina y se deshiciera de sus parientes. Lo que pretendíamos, o al menos así lo consideraba yo, era volver a la normalidad y que el rey y la reina Blanca se reconciliaran. Este, corregidme si me equivoco, fue el propósito de esta Liga.

—Y lo sigue siendo —intervino don Fernando de Castro—. Nadie ha hablado de asesinarlo, ¿verdad? —desvió la mirada buscando en los ojos de sus interlocutores una aprobación que no encontró—. ¿Queréis matar al rey? —preguntó escandalizado.

Como respuesta encontró un elocuente silencio.

—Me he desnaturalizado del rey ante notario. —Don Fernando de Castro se incorporó de su silla y miró a todos con furia en los ojos—. Ya no le debo obediencia, ya no soy su vasallo. Y a pesar del desprecio y desconsideración con el que ha tratado a mi hermana, no deseo su muerte. Es rey por la Gloria de Dios y no podemos hacer nada en contra de su voluntad.

—Sosiégate, don Fernando, nadie quiere matar al rey —intervino don Enrique de Trastámara con un gesto desdeñoso.

—Entonces, ¿por qué queréis ir a Tordesillas y entablar un combate tan desigual? —preguntó don Juan Alfonso de Alburquerque, agradeciendo el apoyo de don Fernando de Castro—. Estoy de acuerdo con vosotros: el rey no tiene ninguna posibilidad contra nuestro ejército —miró a doña Leonor de Castilla—. Ha sido un insensato al rechazar nuestro acuerdo. Es cierto, pero atacar Tordesillas y destruir al rey no es la solución, sino todo lo contrario. Como bien sabéis, el rey no tiene descendencia legítima, por lo tanto, tras su muerte ¿Quién heredaría la Corona? ¿Serías tú don Juan de la Cerda? —le preguntó, mirándole a los ojos—. ¿O quizá tú? —preguntó a don Enrique de Trastámara—. Tal vez, serías tú —Alburquerque miró fijamente al infante don Fernando. Ninguno de los tres dijo nada. No les interesaba desvelar que disfrutaban del apoyo de Alburquerque en el caso de que el rey falleciera sin dejar heredero, pues revelaría sus planes. Se limitaron a bajar la vista hacía la mesa. Sería una imprudencia postularse como candidato mientras el rey permaneciera con vida.

—¿Qué propones entonces, canciller? —le preguntó don Tello.

Alburquerque necesitaba ganar tiempo. Debía conseguir que don Pedro se plegara a sus exigencias sin que hubiera más derramamiento de sangre, sobre todo la suya, o las consecuencias serían desastrosas. Toda Castilla ardería en terribles llamas.

—El rey está falto de apoyo y de soldados. Que se rinda sin ofrecer resistencia es solo cuestión de tiempo, de paciencia —el excanciller lanzó un largo suspiro. Estaba fatigado. Se secó el sudor que se deslizaba por su frente y la sintió arder, ¿cuánto tiempo podría aguantar sin desfallecer? La reunión debía concluir cuanto antes—. Pero entiendo vuestros temores. Ahora el rey carece de aliados, pero esto no implica que no los encuentre en el futuro. Debemos persistir en negociar con él. Si se negara a entrar en razón, lo haremos preso hasta que reconsidere su postura. No podemos permitirnos que permanezca durante más tiempo libre por Castilla. Es un riesgo para el reino y para él.

—¿Propones encarcelar al rey? —preguntó don Enrique de Trastámara, interesado por la propuesta.

—Solo hasta que entre en razón.

Los nobles intercambiaron miradas de aprobación. Encerrar al rey evitaría que pudiera conseguir partidarios. Además, siempre podría recibir una visita inesperada, fortuita, casual. Una última visita.

—Me parece bien —aceptó don Enrique de Trastámara con un asentimiento.

—A mí también —dijo don Tello, como si su opinión tuviera que ser considerada.

Don Juan de la Cerda asintió aceptando la propuesta de Alburquerque. El resto de los nobles, entre asentimientos y murmullos de aprobación, hicieron lo propio. Don Enrique de Trastámara, don Juan de la Cerda y don Fernando de Aragón intercambiaron furtivas y desconfiadas miradas. Las palabras de Alburquerque preguntando quién heredaría la Corona si el rey falleciera les había hecho reflexionar. El nuevo rey no tendría nada fácil su ascenso al trono, aunque dispusiera del apoyo del excanciller. Ahora, en esa sala, en Medina del Campo, eran aliados, pero en un futuro próximo serían enemigos, los tres lo sabían. Mientras tanto, don Fernando de Castro contemplaba en silencio su vaso. No fue de su agrado que los notables de Castilla se plantearan asesinar al rey. Él no estaba allí para participar en ese crimen. Su fin era conseguir la mano de doña Juana y ya lo había conseguido. Vengar el honor de su hermana suponía un añadido, la justificación de su participación en la Liga, pues en todo caso, si tenían éxito, el rey regresaría con doña Blanca de Borbón, no con su hermana, que permanecía olvidada, recluida en Dueñas alejada de todos y de todo. Un rey puede equivocarse y es deber de la nobleza hacerle entender lo erróneo de sus decisiones, pero nunca asesinarlo. Y en los ojos de aquellos nobles advirtió tal intención. Unos nobles que son capaces de matar a un rey, ¿qué no serían capaces de hacer para consumar sus ambiciones? Por fortuna, Alburquerque encontró una solución a tan complejo entuerto.

—Ahora, si me permitís, voy a retirarme. Estoy un poco cansado —Alburquerque se incorporó con dificultad y salió de la sala con paso lento y la espalda ligeramente encorvada. Doña Leonor de Castilla salió detrás de él.

—Tienes mal aspecto —observó doña Leonor.

—Estoy bien, nada que no se solucione con un caldo bien caliente.

—En Medina está el físico de Fernando, le diré que vaya a verte —dijo doña Leonor.

—Gracias, sois muy amable —aceptó el excanciller con poco interés, reanudando su paso lento y fatigado.

⁂

La reunión de la Liga nobiliaria había concluido y doña Leonor de Castilla se encontraba en sus aposentos con su hijo don Fernando. Tenía la urgencia de hablar con él, de compartir sus impresiones y de valorar las acciones que debían emprender para alcanzar su propósito. A su hijo don Juan prefirió mantenerlo al margen. Al fin y al cabo, quien algún día heredaría la Corona de Castilla sería don Fernando, su primogénito y favorito. Estaba anocheciendo y la alcoba aparecía iluminada por la tenue luz del atardecer y por el fuego de una pequeña chimenea. Don Fernando se acercó a la lumbre y se frotó las manos. Empezaba a hacer frío en la meseta castellana.

—¿Y bien? —le preguntó doña Leonor de Castilla.

Don Fernando se giró y miró a su madre sin entender la pregunta.

—¿Qué te ha parecido la reunión, la propuesta de Alburquerque? —doña Leonor fue más concisa al advertir la duda en los ojos de su hijo.

—Bueno, tener al rey a nuestra merced es una buena idea.

Doña Leonor inspiró con profundidad y luego exhaló despacio negando con la cabeza.

—Hijo mío, no has entendido nada —doña Leonor tomó asiento en torno al fuego. El baile de las llamas y el crepitar de las brasas siempre le había relajado. Su hijo tomó asiento a su lado—. De esta reunión podemos extraer dos conclusiones; la primea es que Alburquerque no tiene ninguna intención de deshacerse del rey. El canciller ya no es útil a nuestros propósitos. Y la segunda, y más grave, es que tienes varios rivales en tus aspiraciones al trono de Castilla.

El infante don Fernando asintió.

—El canciller es astuto —prosiguió doña Leonor—. Para justificar su negativa a entrar en batalla y que el rey pudiera perecer en la misma, algo

más que probable, ha sembrado la semilla del enfrentamiento entre los candidatos al trono. Es hábil y escurridizo como una anguila.

—Alburquerque me aseguró que me apoyaría —repuso el infante.

—Ja, ja, ja —doña Leonor rompió en una estruendosa carcajada—. No seas necio, hijo mío. Estoy convencida de que el canciller también le ha ofrecido su apoyo a don Enrique de Trastámara y a don Juan de la Cerda. Pero este no es el problema.

—Entonces… ¿Qué hacemos?

Doña Leonor cogió las manos del infante.

—Hijo mío, tu abuelo fue Fernando IV de Castilla, tu padre Alfonso IV de Aragón y estás casado con doña María de Portugal, nieta del rey Alfonso IV. Estás predestinado a reinar y haré todo lo posible para que así sea.

Se incorporó y comenzó a andar por la alcoba. Pasear le ayudaba a concentrarse, a aclarar sus ideas.

—Bien, lo primero que has de hacer es ponerte al frente de la Liga nobiliaria.

—Pero es Alburquerque quien…

Doña Leonor detuvo el paso e interrumpió a su hijo con un gesto de mano.

—Vayamos poco a poco. Como te decía, lo primero que tienes que hacer es liderar la sublevación —comenzó a decir, retomando su lento caminar—. Después, tal y como sugería Alburquerque, debemos encarcelar al rey —hizo una pequeña pausa y prosiguió—: Y una vez en nuestro poder, nos aliaremos con él y lo liberaremos.

El infante torció el gesto sin entender.

—¿Pretendes que encarcele al rey y que luego lo libere?

Doña Leonor se acercó a su hijo con paso cadencioso y le cogió del hombro.

—Hijo mío, el rey está derrotado. Ya no es adversario para ti. Ahora tienes otros enemigos o, mejor dicho, otro enemigo.

—Don Enrique de Trastámara —dijo el infante.

Doña Leonor asintió.

—Es fuerte, poderoso y le mueve una insaciable ambición. Es de vital importancia que cuando tu primo, don Pedro, fallezca, en toda Castilla no haya un solo noble que pueda cuestionar tu legítimo derecho al trono. En caso contrario, el reino estaría abocado a sufrir una nueva guerra. Debemos tener al rey controlado y desprendernos de tus rivales. Y cuando el camino al trono de Castilla esté completamente despejado de obstáculos, nos libraremos de tu primo.

—¿Y don Juan de la Cerda? Él también puede ser un serio rival.

Doña Leonor sonrió y negó con la cabeza.

—Cuando nos deshagamos del bastardo de Trastámara, entenderá que él puede ser el siguiente y se arrodillará tembloroso a tus pies. Se contentará con un par de títulos y alguna que otra propiedad. No, don Juan de la Cerda no será un inconveniente.

—Entiendo… Pretendes que nos aliemos con el rey en contra de don Enrique de Trastámara. Una vez nos hayamos librado de él y de los bastardos, habrá llegado el momento de deshacernos de don Pedro.

—Lo has entendido perfectamente.

El infante quedó admirado ante la astuta maniobra de su madre. De nada servía asesinar a don Pedro, si luego tenía que enfrentarse a don Enrique de Trastámara en una guerra de resultado incierto. Era más sensato y prudente desprenderse previamente de sus rivales. Una vez libre el camino a la sucesión, solventaría el último obstáculo: el rey. Pero para llevar a cabo ese audaz plan, primero tendría que liderar a los notables sublevados.

—¿Y cómo pretendes que encabece la Liga? ¿Vas a negociar con Alburquerque? —preguntó a su madre.

—Eso déjamelo a mí. Tú, de momento, llama a tu físico y que venga aquí, ahora, a mis aposentos.

⁂

En su alcoba, el conde de Trastámara miraba las ascuas de la chimenea con aire pensativo. Su gesto era sosegado, tranquilo. Estaba sentado con las piernas cruzadas y tamborileaba distraído con los dedos su vaso de vino. Don Tello estaba sentado a su lado. Le contemplaba en un respetuoso

silencio, casi reverencial. A don Enrique tampoco le pasaron desapercibidas las palabras de Alburquerque, un hombre que no solía desperdiciar ni tiempo ni saliva pronunciando palabras sin contenido.

—Bien, Alburquerque no quiere ver muerto a don Pedro —comenzó a reflexionar para sí mismo, sin apartar la vista de las brasas—. Tendrá sus motivos. Y, como sucedió cuando enfermó el rey hace ya… —hizo una pausa intentando recordar—… ¿cuatro años? Sí, cuatro años, el mejor posicionado para sucederle es su primo, el infante Fernando.

—Pero nosotros somos hijos del rey Alfonso —protestó don Tello.

Don Enrique le miró con desdén, con indiferencia, como quien contempla a un perro callejero cruzarse en su camino.

—Supongo que el infante o, mejor dicho, su madre doña Leonor estará inquieta —don Enrique ignoró la intervención de su hermano, pues consideró que no merecía la pena recordarle que eran hijos ilegítimos y que los hijos ilegítimos no tenían derecho al trono—. Por algún motivo que se me escapa Alburquerque se ha delatado así mismo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó don Tello.

Don Enrique guardó silencio durante unos segundos.

«A veces creo que este no es hermano mío», pensó.

—A cambio de unirnos a su Liga, Alburquerque nos ha prometido el mismo apoyo a don Juan de la Cerda, al infante don Fernando y a mí en nuestras aspiraciones a la Corona de Castilla —aclaró.

—Pero eso no lo puede hacer —dijo don Tello.

—Por favor, cállate —le espetó don Enrique, cansado de su ineptitud y torpeza.

Durante unos instantes nadie dijo nada. Los dos hermanos se quedaron mirando absortos el caótico y cautivador movimiento de las incandescentes pavesas. Don Tello tenía el ceño fruncido y los labios apretados, como un niño que acabara de recibir una regañina. Don Enrique seguía cavilando cuál sería la mejor de las opciones, qué pasos debía dar si pretendía lograr su objetivo. Don Juan de la Cerda no era rival, pero el infante… Asintió y su rostro se contrajo por la preocupación. Don Fernando era primo del rey Pedro y sobrino de Alfonso XI… Además, contaría con el favor del rey Pere de Aragón. Su hermano le apoyaría en sus aspiraciones para evitar una

más que probable rivalidad con su hijo don Juan, de solo cuatro años, por el trono de Aragón. Sí, seguro que don Pere de Aragón le ayudaría. Y él jamás podría enfrentarse al ejército aragonés. Don Enrique tenía poderosos aliados, como don Fernando de Castro, pero no eran suficientes. Tendría que esperar y tener paciencia. Era lo único que podría hacer: esperar.

—Es de agradecer que Alburquerque lidere esta sublevación —dijo al fin, echando una ramita al fuego. Esperó unos instantes a que su hermano le preguntara el motivo de tal reflexión, pero como no abrió la boca, prosiguió —: De otro modo, estaríamos matándonos entre nosotros.

⁂

A pesar de los cuidados dispensados por el físico del infante Fernando, el estado de salud de Alburquerque no mejoraba, sino todo lo contrario. Los nobles estaban preocupados. Doña Leonor de Castilla, temiendo el peor de los escenarios posible, se reunió con don Juan de la Cerda, que le prometió apoyar a su hijo para que encabezara la Liga en el caso de que Alburquerque falleciera. Con don Fernando de Castro también lo intentó, pero el noble gallego fue más ambiguo en su respuesta, pues no deseaba enemistarse con quien, en unas semanas, sería su cuñado. Fueron días tensos, donde los nobles se miraban los unos a los otros con desconfianza, recelo. Alburquerque era la argamasa que los unía y si moría, la propia existencia de la Liga peligraba.

—¿Qué haremos si Alburquerque fallece? —le preguntó don Tello a su hermano don Enrique.

Se encontraban cabalgando a pocas leguas de Medina del Campo, respirando un poco de aire fresco. Alejados del ambiente denso y hostil que impregnaba cada sillar del castillo.

—Esperar —respondió don Enrique de Trastámara.

—¿Continuaremos en la Liga?

Don Enrique miraba fijamente hacia el horizonte. Intentaba ordenar sus ideas, valorar todas las posibilidades. Pero se encontraba en un callejón sin salida. Había hecho un viaje demasiado largo y dificultoso como para abandonarlo cuando se hallaba tan cerca de su destino.

—Don Juan de la Cerda está con don Fernando —dijo don Tello—. Él mismo me lo ha dicho. Apoyará a don Fernando para que lidere la Liga si Alburquerque muere.

El conde de Trastámara asintió. Estaba al corriente de este movimiento que, por otro lado, tampoco le sorprendía. El cielo se tiñó en pocos minutos de gris y la suave brisa tornó en un viento con olor a lluvia. Don Enrique giró su montura de regreso al castillo.

—Tú deberías liderarnos, no el infante —insistía don Tello—. Si Alburquerque fallece, quizá deberíamos marcharnos.

—No —don Enrique detuvo su montura y miró a su hermano con decisión.

—¿Te pondrás a las órdenes del infante Fernando? —preguntó don Tello arrugando las cejas.

—No importa quién lidere la sublevación. Estamos muy cerca de derrotar al rey como para echarnos atrás. Si abandonamos ahora y don Pedro es derrotado, ¿sabes quién será nombrado su sucesor? Sí, lo sabes. Y nosotros estaríamos muy lejos de Toledo, de la Corte, para intentar impedirlo. No, no nos marcharemos. Esperaremos acontecimientos y luego obraremos en consecuencia. Algo en lo que tú, querido hermano, eres un auténtico experto.

Don Tello torció el gesto irritado por el último comentario, pero agachó la vista al suelo, incapaz de aguantar la fría y penetrante mirada del conde. Desde niño se sentía intimidado, acobardado por su imponente presencia. Siempre había permanecido a su sombra. Lo seguía como un perrillo fiel al que don Enrique acariciaba o premiaba con un hueso cuando obedecía y se portaba bien. Pero don Tello ya no era tan niño. Su señorío de Vizcaya podía competir en extensión y riquezas con las posesiones de sus hermanos don Enrique y don Fadrique. Si había sido arrastrado a la guerra no fue por obedecer, una vez más, a sus hermanos, sino porque el rey no le dejó otra opción. Estaba tranquilo en sus propiedades, disfrutando de sus riquezas, de sus lujos. Incluso, al inicio de la sublevación, favoreció la causa del rey y negoció con su hermano don Fadrique durante el sitio al castillo de Segura de la Sierra. ¿Qué le podrían ofrecer don Enrique o don Fadrique que ya no tuviera? Si estaba allí, en Medina del Campo, apoyando a la Liga nobiliaria,

no era porque se sintiera obligado por sus hermanos o porque considerara que el rey debía regresar con doña Blanca. Con quién se casara el rey le era del todo indiferente. Pero cuando don Pedro concertó el matrimonio del infante Juan con la hermana de su esposa, doña Juana de Lara, advirtió que no tenía más alternativa que luchar en el bando de su hermano. Ya no podía permanecer impasible. Debía actuar y luchar por proteger lo que era suyo: el señorío de Vizcaya.

A lo lejos observaron como un hombre les hacía gestos levantando los brazos. Ambos hermanos intercambiaron una mirada de inquietud y espolearon sus monturas. En pocos minutos llegaron a la puerta de las murallas donde les esperaba un sirviente con el gesto demudado por la preocupación.

—¡Mi señor, don Juan Alfonso, mi señor don Juan Alfonso! —exclamaba el sirviente, sin dejar se señalar la torre del homenaje—. Está muy grave, se muere —logró decir con voz temblorosa. Rompió a llorar y ocultó el rostro entre sus manos.

Don Enrique y don Tello entraron a galope al castillo y llegaron a la torre del homenaje, donde dos palafreneros se hicieron cargo de sus monturas. Raudos subieron las escaleras que conducían a los aposentos de Alburquerque. Allí lo encontraron, en la cama. A su lado estaban el físico del infante Fernando, un clérigo que le estaba administrando la extremaunción y los nobles de la Liga. Doña Leonor tenía el gesto compungido y se tapaba la cara con un pañuelo. Don Juan de la Cerda y los infantes de Aragón le miraban con pesar y tristeza. Don Fernando de Castro se mantenía a cierta distancia, como si temiera contagiarse de la enfermedad que consumía al excanciller. Alburquerque agonizaba. Luchaba por respirar, por aferrarse a una vida que se le escapaba de entre las manos.

—No… no me enterréis —dijo Alburquerque en un hilo de voz, apenas un susurro gutural que parecía salir de lo más profundo de sus entrañas—. Hasta que no tengáis preso al rey… No podré descansar… en paz…

—Tranquilo, canciller, tranquilo —dijo don Enrique acercándose al lecho—. Así haremos.

Doña Leonor hizo un gesto al infante Fernando, que no tardó en acercarse también al lecho de Alburquerque.

—Encerraremos al rey en un profundo calabozo. Allí permanecerá hasta que entre en razón y acepte nuestras peticiones —dijo don Fernando, sin querer ser menos que el conde de Trastámara—. Este era tu plan y todos los aquí presentes nos comprometemos a llevarlo a cabo —desvió la mirada hacia los nobles y los miró fijamente a los ojos. Todos asintieron, aceptando la propuesta de Alburquerque.

—Bien, bien, que así sea… —musitó en un suspiro. A sus labios asomó una frágil sonrisa de agradecimiento. Sus ojos se cerraron y un último estertor advirtió que don Juan Alfonso de Alburquerque, el canciller de Castilla, había muerto.

OceanofPDF.com

55

Toro, noviembre de 1354

El alcázar de Toro era una robusta fortaleza protegida por una gruesa y alta muralla. Fue erigido sobre una elevación de terreno que dificultaba su conquista, pero no así su asedio. Era el último reducto, el último bastión del rey. Allí esperó el ataque de la Liga nobiliaria. Pero los nobles rebeldes no atacaron. Don Pedro se encontraba en el adarve. Miraba hacia el horizonte protegido por un abrigo de piel de oso. El viento gélido castellano soplaba con fuerza y el cielo estaba cubierto por unas nubes negras que amenazaban lluvia. Había sido informado de la muerte de Alburquerque. Su fallecimiento fue tan sorprendente, tan inesperado, que se rumoreaba que había sido asesinado. Para soliviantar aún más los ánimos de la Iglesia, del pueblo y de lo nobles castellanos, la Liga se preocupó de enviar mensajeros a las cuatro esquinas de Castilla asegurando que Alburquerque había sido envenenado por orden del rey Pedro, pues le consideraba impulsor y líder de la revuelta. Con el excanciller muerto, la Liga se desvanecería como la niebla durante un límpido amanecer. Don Pedro sonrió. Sus enemigos le estaban responsabilizando de todos los males que afligían a Castilla. Sintió la muerte de quien fue su hombre de confianza, su mentor. Le aseguraron que Alburquerque se había negado a ser enterrado, pues su última voluntad fue acompañar al ejército de la Liga nobiliaria hasta la victoria final. Así pues, le dijeron que su ataúd había sido cubierto por paños de oro y que seguía al ejército sublevado en una parihuela tirada por dos bueyes. Los labios del rey esbozaron una media sonrisa: «Es perseverante hasta después de muerto». Tuvieron sus discrepancias y enfrentamientos. El rey consideraba que, en no pocas ocasiones, Alburquerque estaba más

interesado en satisfacer sus ambiciones que en perseguir el bien y la prosperidad del reino. Pero ¿quién en Castilla no miraba por sus propios intereses? Él mismo podría haber cedido a las peticiones de la Liga. Podría haber abandonado a doña María, a sus parientes y reconciliarse con doña Blanca de Borbón. Supuestamente, con esta simple decisión la guerra hubiera concluido. Los dos eran hombres de carácter. Don Pedro bajo la vista y exhaló un largo suspiro. Lamentó con dolor sincero la muerte de quien se había erigido como el más terrible de sus enemigos. Se preguntaba cómo afectaría su muerte a los notables de la Liga, quién sería ahora su líder. La muerte de Alburquerque habría sido un fuerte golpe para la alianza… ¿o no? Si realmente había sido asesinado, uno de los nobles de la Liga habría sido el culpable, pero… ¿Quién? ¿Con qué propósito? Negó con la cabeza. Lo único cierto era que Alburquerque estaba muerto y ahora eran otros los asuntos que le inquietaban. Ya tendría tiempo de investigar su muerte si Dios le concedía la oportunidad. Miró hacia los muros y advirtió a los soldados que estaban de guardia. Vigilaban con celo y temor el horizonte. Desvió la vista hacia el patio de armas. Allí, en formación, entrenando o bruñendo sus armas se encontraban más caballeros. Uno de los soldados que hacía guardia en el adarve se cruzó con él. Le saludó con respeto y continuó la ronda. El rey advirtió el desánimo en su mirada. Le eran fieles, pero ¿cuánto tiempo? Ya solo podía contar con un puñado de hombres de confianza y varios centenares de soldados. En cambio, la Liga nobiliaria disponía de un ejército de miles de hombres. Había perdido el apoyo de la Iglesia, la nobleza y parte del pueblo, como tristemente pudo confirmar cuando Toledo se reveló en su contra para liberar a doña Blanca de Borbón. A la ciudad de Toledo le siguieron Cuenca, Córdoba, Jaén, Talavera… Un aire frio recorrió su espinazo y se arrebujó en el grueso abrigo. Estaba solo, abandonado por casi todos. Enfrentado a un poderoso ejército y a la nobleza castellana, ¿cuánto tiempo podría resistir? ¿Debería ceder a las exigencias de sus enemigos?

—¡Jinetes, jinetes! —exclamó un guardia, señalando el horizonte.

El rey corrió por el adarve hacia la muralla oeste, donde se encontraba el soldado que había dado la voz de alarma. A lo lejos se divisaba un grupo de jinetes. No eran muchos, apenas unos treinta. Cabalgaban despacio, sin

prisa, incluso con indolencia. Cuando se encontraban a unos cientos de pasos, uno de ellos se separó del grupo y galopó a toda velocidad hacia el castillo.

—Que el alguacil vaya a su encuentro —ordenó el rey a un soldado, que obedeció inmediatamente.

El jinete detuvo su paso a una distancia prudencial de las murallas, pues temía ser asaetado. Al poco, el alguacil, montado en un caballo blanco, se dirigió a él. Intercambiaron unos rápidos saludos y el jinete le entregó un documento. Luego, giró su montura y cabalgó hacia los suyos. El rey observó como el grupo de jinetes abría paso a una parihuela tirada por dos bueyes negros. Un pastor los guiaba. La parihuela portaba los restos mortales de don Juan Alfonso de Alburquerque. El pastor tiró de los bueyes y avanzó unos pasos hasta que el ataúd quedó a la vista de todo el castillo. Era cierto, don Juan Alfonso de Alburquerque se negó a ser enterrado. Don Pedro negó con la cabeza ante la intrépida tozudez del excanciller. Cuando el pastor ya hubo exhibido el ataúd, se giró y regresó con los jinetes, retomando el camino de vuelta. La misión del grupo había sido completada: entregar un mensaje y mostrar al rey de Castilla el ataúd de Alburquerque. Un aviso inequívoco de que la Liga no cederían en sus pretensiones, pues había dado su palabra a un moribundo. El rey se encontraba tan absorto e impactado con la imagen que no reparó en la llegada del alguacil.

—Mi señor —dijo si resuello después de haber subido con largas zancadas la escalera del adarve. Le entregó un documento que el rey comenzó a leer con avidez, con interés. Cuando hubo concluido, respiró hondo y desvió de nuevo la vista hacia el grupo de jinetes. La parihuela sobre la que reposaba el ataúd de Alburquerque se perdía en el horizonte tirada pesadamente por los dos bueyes negros.

⁂

—Me han propuesto mantener un encuentro en Tejadillos.

En la amplia sala se encontraban los únicos nobles que apoyaban al rey: don Gutier Fernández de Toledo, don Diego García de Padilla, don Juan Fernández de Hinestrosa y don Juan García de Villagera y Padilla. Doña

María de Portugal, aunque también se encontraba en Toro, permanecía recluida y bajo vigilancia en sus aposentos. El rey no se fiaba de ella.

—Puede ser una trampa —dijo don Juan García de Villagera, hermano bastardo de doña María de Padilla y maestre de Santiago por orden del rey.

Los labios de don Pedro mostraron una áspera sonrisa.

—¿Una trampa? ¿Acaso no estamos ya atrapados dentro de estos muros? —preguntó.

El ambiente en la sala era desolador. Eran conscientes de que habían sido derrotados. Sin el apoyo de la nobleza y de la Iglesia era prácticamente imposible tener éxito. Ya se lo advirtió Alburquerque en su momento, pero el rey no quiso escucharle. Solo con el pueblo, solo con el campesinado no se podía ganar ninguna guerra. Y ahora incluso carecía de su apoyo.

—¿Cuáles son las condiciones del encuentro? —preguntó Hinestrosa.

—Debemos encontrarnos en Tejadillos. Ambos bandos acudiremos con cincuenta jinetes armados para la guerra —respondió el rey.

—Los rebeldes han abandonado Medina del Campo y se encuentran en la villa de Morales. Tejadillos se encuentra a medio camino —observó don Gutier.

—Creo que sería conveniente aceptar su propuesta de reunión —dijo don Diego García.

—Elegiré a cincuenta de nuestros mejores soldados —dijo don Gutier —. Conozco bien el terreno. Tejadillos se encuentra en un inmenso llano. En el caso de entablarse una batalla, seríamos cincuenta contra cincuenta. No es posible caer en una emboscada.

El rey asintió y dijo:

—Bien, tú me acompañarás. Serás mi portavoz en esta negociación — don Gutier agradeció el gesto de confianza del rey con un asentimiento.

Desde que su hermano, el arzobispo de Toledo, participó en la liberación de doña Blanca de Borbón, su relación con el rey se había visto seriamente dañada. Desconfiaba de él, de su lealtad. Pero nada podía reprocharle, pues su propio hermano había entregado la ciudad de Toledo a sus enemigos. Y ahora se encontraba en aquella mesa, rodeado de los Padilla. Era el único miembro de la vieja nobleza que aún permanecía a su

lado. Confiaba en que el tiempo y su entregada fidelidad fueran limando sus recelos y sospechas.

—Señores —el rey se incorporó y apoyó las manos en la mesa—, se auguran tiempos difíciles, complicados. Nuestros enemigos nos superan en número, pero la razón y la verdad están de nuestro lado. Dios está de nuestro lado. Desconozco las exigencias de la Liga para concluir esta guerra, pero me las imagino… Dudo mucho que podamos llegar a un acuerdo, pero vive Dios que lo intentaré por el bien de Castilla. En caso contrario, lucharé hasta el final.

—¡Y nosotros con vos, mi señor! —dijo Hinestrosa, incorporándose como un resorte del asiento. Sus parientes le siguieron.

Don Gutier vio como todas las miradas confluían en él. Se incorporó de la silla, levantó su vaso de vino y exclamó:

—¡Hasta la muerte, siempre fiel, mi señor!

⁂

El viento soplaba con fuerza sobre aquel páramo abandonado donde la huella de la guerra era visible en los campos entregados al olvido e invadidos por las malas hierbas. Tierras yermas, pobres, hurañas. Apenas unos pasos separaban a ambos bandos. Cien caballeros armados con lanzas y espadas, y protegidos con escudos, cotas de malla, yelmos y canilleras. El cielo era gris y el frio atenazaba los músculos. Los caballos piafaban inquietos, el aire de sus ollares se volvía blanco en contacto con el gélido aire castellano. Entre las tropas de la Liga destacaba la figura del infante Fernando de Aragón. El rey fijó la vista en él. Los nobles sublevados tenían un nuevo líder. Se preguntó cómo se habría tomado su hermano don Enrique de Trastámara tal designación. Tan orgulloso y soberbio como era, seguramente no de buen grado. Le buscó entre los caballeros que le acompañaban, pero no le encontró. «Debe estar en Morales lamiéndose las heridas». Debía tomar buena cuenta y partido de la rivalidad que se estaba incubando entre el infante y el bastardo. Observó que a la derecha de don Fernando de Aragón se encontraba don Fernán Pérez de Ayala, señor de Ayala y Álava, y uno de los primeros nobles que se unieron a la rebelión.

Sintió una enorme tristeza, pues la familia Ayala había servido con total entrega y fidelidad a su padre, don Alfonso de Castilla. Y ahora, como otros tantos, se encontraba en el bando de los traidores. Durante unos minutos ambas tropas permanecieron en silencio, observándose, estudiándose. Solo el ulular el viento, algún relincho inquieto y el sonido metálico de las espadas al chocar con las canilleras quebraban aquel espeso y abrumador silencio. De pronto, don Fernán Pérez de Ayala espoleó su montura y se aproximó lentamente a las tropas del rey. Era un hombre maduro, alto y fuerte, un guerrero. El rey hizo un gesto a don Gutier y fue a su encuentro. Se detuvieron a mitad de camino entre ambos bandos. El graznido de un cuervo resonó agudo, estremecedor, como un negro presagio.

—Es una pena encontrarnos en esta tesitura, amigo Gutier —dijo don Fernán Pérez de Ayala con sinceridad.

—Para ninguno de nosotros es agradable —comentó don Gutier—. Solo espero que podamos encontrar cuanto antes una solución que satisfaga a ambas partes.

—Esa solución que tú reclamas está en manos del rey. De él depende que acabemos este encuentro como amigos, dándonos un abrazo o que fracase y la guerra continúe provocando más muerte y desolación —hizo un gesto con la mano mostrando los campos estériles que les circundaban.

Don Gutier miró a su alrededor y asintió con pesar.

—¿Tú crees que la decisión depende de mi rey, de nuestro rey?

—Por supuesto. Nuestras reclamaciones son simples y razonables.

—Bien, en tal caso soy todo oídos.

Don Fernán Pérez de Ayala sujetó con fuerza las riendas de su caballo, que empezó a moverse inquieto.

—Creo que las conoces muy bien, pero no tengo inconveniente en exponértelas con detalle; la Liga solicita, mejor dicho, suplica al rey que se aleje de doña María de Padilla y de sus parientes.

—De momento, nada nuevo bajo el sol —dijo don Gutier con cierto sarcasmo.

Don Fernán Pérez resopló y prosiguió:

—Debe aceptar como única y legítima esposa a la reina Blanca y restablecer la alianza con Francia.

Don Gutier asintió e hizo un gesto para que continuara.

—La Liga quiere expresar su tristeza y malestar por la actitud del rey hacia su más fiel y humilde servidor, el recientemente fallecido canciller de Castilla, don Juan Alfonso de Alburquerque, y por el cruel y desalmado asesinato de don Juan Núñez de Prado, maestre de Calatrava. Ambos le sirvieron con lealtad, con honor y con entrega, y como premio, el canciller fue desterrado y el maestre asesinado en una celda. Entenderás, amigo Gutier, que no es digno de un rey proceder de tal modo con la nobleza. Sus decisiones han sido arbitrarias y caprichosas. ¿Cómo se explica la boda con doña Juana de Castro y su posterior rechazo? A ti te aprecia, escucha tus consejos. Convéncele para que abandone a los Padilla, para que regrese con doña Blanca, la reina. Desde que está bajo el influjo de esa familia no ha hecho más que tomar decisiones desafortunadas —don Fernán Pérez de Ayala negó con la cabeza—. ¿Qué pretendía al nombrar a otro Padilla maestre de la Orden de Santiago saltándose todos los preceptos y reglamentos? Su desmesurada obcecación por esa gente guía todos sus actos y conduce a Castilla al abismo —don Fernán desvió la vista hacia don Pedro y prosiguió—: Gutier, siempre has sido fiel al rey, pero ha llegado el momento de ser fiel a Castilla.

Don Gutier apretó los labios al tiempo que digería las palabras que había pronunciado don Fernán. Discrepaba respecto al trato recibido por don Juan Alfonso de Alburquerque. Consideraba que merecía ser reprendido por su nefasta gestión de la boda con doña Blanca y su persistencia en pactar con Francia. Pero estaba de acuerdo en que don Juan Núñez de Prado no merecía haber sido asesinado. Su crimen fue permanecer con don Juan Alfonso de Alburquerque en Valladolid, cuando el rey se marchó, abandonando a doña Blanca de Borbón. Quizá estuvo lento. No actuó con inteligencia y habilidad. Pero su descuido no le convertía en traidor y mucho menos debía suponer una condena a muerte. El rey pidió a don Diego García de Padilla que lo llevara preso a Maqueda, pero este ordenó su ejecución. ¿El motivo?, ocupar cuanto antes su puesto. A don Gutier tampoco le agradó que, en Ocaña, el rey reuniera a una parte de los comendadores, freires y caballeros de la Orden de Santiago, para imponerles que destituyeran a don Fadrique y eligieran sucesor a don Juan

García de Villagera y Padilla, el hermano bastardo de doña María. No, a don Gutier no le gustaban muchas de las decisiones que se estaban tomando en la Corte y que, sin duda alguna, beneficiaban a los Padilla. Pero no abandonaría al rey. No podía hacerlo. Los lazos de amistad, de lealtad que le unían al rey eran terriblemente poderosos, inquebrantables. Jamás podría traicionarlo. Su familia, su apellido, estaban vinculados al servicio real desde tiempos inmemoriales y así debía seguir siendo. No sería él quién rompiera una ancestral tradición de servicio y lealtad a la Corona. Quizá, en otro momento, en otro lugar, podría explicarle sus motivos a don Fernán Pérez de Ayala, pero ahora, en Tejadillos, otras eran las urgencias. Don Gutier Fernández de Toledo se limitó a decir:

—Trasladaré vuestro malestar al rey, ¿algo más?

Don Fernán Pérez negó con tristeza con la cabeza, persuadido de que don Gutier permanecería junto al rey.

—Ya te he dicho que nuestras peticiones son muy simples, fáciles de cumplir si don Pedro realmente tiene voluntad de acabar con esta guerra.

—Al rey no le agrada que sus vasallos se enzarcen en una lucha tan absurda como estéril. —Don Gutier dudaba de que esos fueran los verdaderos motivos que habían conducido a la nobleza a levantase en armas contra el rey. Le incomodaba que la Liga le considerara único responsable de su levantamiento, de su traición, como si los nobles no hubieran tenido otra opción—. Él no empezó esta guerra. Fue Alburquerque quien os instigó a vosotros, los nobles, a combatir contra vuestro rey a saber por qué fraudulentos motivos. Un Alburquerque, por cierto, a quién acusabais no hace muchos meses de concentrar un inmenso poder, demasiado poder, ¿lo recuerdas? Yo, sí. Y ahora paseáis su ataúd por Castilla como bandera, ¿de qué? ¿De vuestra traición? ¿De qué no cejaréis en vuestro empeño hasta destruir al rey?

—Esa no es nuestra intención —repuso don Fernán con gesto adusto y labios torcidos. No le agradaba los derroteros por los que don Gutier estaba conduciendo la negociación—. Somos sus vasallos y le somos leales. Este levantamiento no es en contra del rey, sino de los Padilla y la influencia tan desastrosa que ejercen sobre él.

El frío arreciaba en aquel erial y las nubes, cada vez más densas, cada vez más oscuras, advertían que no tardarían en arrojar sobre aquellos caballeros todo su contenido. El cuervo que sobrevolaba sobre ellos se posó en la rama de un árbol seco. Soltó un par de graznidos y continuó observándoles impaciente, hambriento.

—Es evidente que tenemos opiniones distintas sobre el concepto de lealtad, pero este no es el momento ni el lugar para entablar este tipo de debates. —Don Gutier desvió la vista al cuervo y luego la dirigió hacia don Fernán—. La Liga se ha sublevado porque el rey no ha sido sensible a vuestras peticiones. Unas peticiones que son bien conocidas desde el inicio de la guerra. Si aceptara vuestras exigencias, ¿quién le asegura que en el futuro no le haréis otras y en el caso de rechazarlas no volveríais a rebelaros?

—Eso no ocurrirá.

—No ocurrirá siempre y cuando el rey sea receptivo a vuestros requerimientos y peticiones —don Gutier se acomodó en su cabalgadura. Ya llevaban demasiado tiempo bajo un inmisericorde frio y empezaba a sentirse incómodo. La conversación no daba para más y era mejor terminarla cuanto antes—. El rey no es proclive a la negociación —don Fernán Pérez asintió con una sonrisa torcida. Don Pedro no destacaba precisamente por su disposición negociadora y complaciente—. Considera que debe tener libertad absoluta para gobernar y solo debe rendir cuentas de sus actos y decisiones ante Dios, no ante los hombres. En cambio, vosotros, los nobles de la Liga, persistís en cuestionar su autoridad. No solo deseáis mantener vuestros privilegios, sino que os empeñáis en aumentarlos a costa de arrebatárselos al rey. No, amigo Fernán, don Pedro no puede plegarse a vuestras exigencias. Su poder es absoluto y jamás debe estar condicionado por las imposiciones de una nobleza cuya lealtad es, cuanto menos, discutible.

Don Fernán levantó la barbilla y apretó con fuerza los labios. Tragó saliva y refrenó el impulso de desenvainar su espada y arrojarse sobre aquel mezquino que osaba insultar a quien había servido con lealtad al rey Alfonso XI, y que ayudó a incorporar Álava a la Corona de Castilla hacía más de veinte años. Miró a su espalda y sus ojos se cruzaron con los del

infante de Aragón. Se contuvo. Era el representante de la Liga nobiliaria y si hubiera procedido precipitadamente, aquellos cien caballeros habían regado con su sangre aquel páramo reseco y estéril para gozo y disfrute del cuervo. Inspiró hondo y luego dejó escapar el aire de sus pulmones poco a poco. Cuando sintió que había logrado templar sus nervios preguntó:

—¿Persiste el rey en continuar la guerra?

—No —don Gutier le miró fijamente a los ojos y advirtió el descomunal esfuerzo que había hecho por contenerse al sentirse ofendido por sus palabras. Pero debía hacerlo. No podía mostrar señales de flaqueza. Debía obrar de forma orgullosa, confiada. Como si en lugar de un puñado de soldados, en Toro dispusiera de miles, cientos de miles. Su gesto, su voz, sus palabras debían rebosar confianza y seguridad—. El rey está dispuesto a negociar —prosiguió con voz grave, potente, profunda. Don Fernán Pérez de Ayala le escuchó con atención. Su gesto se relajó—. Propone que cuatro caballeros de vuestra Liga se reúnan con otros cuatro de su más estrecha confianza. El rey ha prometido que aceptará las disposiciones y acuerdos que pacten entre ellos.

Don Fernán arrugó las cejas desconfiado.

—¿Lo aceptará?

—Estas fueron sus palabras.

Don Fernán Pérez de Ayala permaneció unos instantes mirando a su interlocutor. Don Gutier no era estúpido y sabía que se encontraban en una más que evidente desventaja con la Liga. Un enfrentamiento armado sería un suicidio. El rey tendría que negociar. No tenía otra opción si quería eludir un destino que le guiaba inexorablemente hacia una terrible derrota.

—Si este es el único camino hacia la paz, que así sea —don Fernán giró su montura y se dirigió hacia los jinetes de la Liga.

Don Gutier contempló en silencio como se marchaba. Soltó un largo suspiro de alivio. Había cumplido con la misión que el rey le había encomendado; alagar las negociaciones. Don Pedro pretendía sembrar la semilla de la discordia entre los nobles de la Liga. Estaba persuadido de que era más lo que les separaba que lo que les unía. Necesitaba tiempo para poder maniobrar, para desgastar el eslabón más débil de la cadena que unía a los sublevados. Era necesario dividirlos, distanciarlos. Sin apoyos, sin

ejército, su única opción era provocar confusión entre las filas enemigas. El resquemor, la desconfianza y la desmedida ambición serían sus mejores y más valiosos aliados.

OceanofPDF.com

56

Toro, noviembre de 1354

Don Gutier Fernández de Toledo se movía de un lado a otro de la sala como un animal enjaulado. El rey Pedro le contemplaba con atención, sentado en el sitial, disfrutando de un vaso de vino.

—No lo entiendo, mi señor —dijo al fin don Gutier—. Hemos ganado tiempo, pero la paciencia de los rebeldes no es infinita. Y en lugar de enviar los cuatro caballeros para negociar con ellos, decidís ir a Urueña para reuniros con doña María.

—Hace meses que no la veo. La echo de menos, la necesito —dijo el rey con voz templada.

—Vuestro último bastión es este, Toro. ¡En Urueña no podremos defendernos!

El rey guardó silencio en espera de que don Gutier se tranquilizara. Pero no lo hizo. Daba largas zancadas con gesto enfurecido, negando insistentemente con la cabeza. ¿Cómo era posible que el rey fuera tan insensato?

—Sosiégate, Gutier, sosiégate. Urueña está a muy pocas leguas de aquí. Serán dos días, solo dos días. Luego, a mi regreso, preparemos las negociaciones con los traidores de la Liga.

Don Gutier detuvo su paso y dijo:

—Aunque solo sean dos días, corremos el riesgo de perder esta fortaleza. ¡No tendríamos otro lugar donde protegernos!

—A Urueña me acompañareis tú e Hinestrosa con veinte caballeros. El resto permanecerá aquí, en Toro. Diego García y Juan García se quedarán al mando de las tropas y protegerán el castillo. No hay nada que temer.

—¿Y vuestra madre? ¿Vendrá con nosotros a Urueña?

Don Pedro negó con la cabeza.

—No soporta a María y yo tampoco podría aguantar sus reproches y gimoteos. Sería un infierno. No, se quedará aquí, en Toro.

Don Gutier no dejaba de negar con la cabeza. Abandonar Toro por un capricho era un riesgo absurdo, un sin sentido. La situación era ya lo suficientemente adversa como para que los antojos del rey la complicaran aún más.

—Solo dos días —insistió el rey—. Luego regresaremos y negociaremos con esos perros traidores.

Don Gutier desvió la vista hacia el rey. En sus ojos advirtió que nada le haría cambiar de opinión. Soltó un resoplido y asintió con la cabeza, resignándose a aceptar la voluntad de su señor.

⁂

Desde las murallas de la fortaleza de Toro, doña María de Portugal contemplaba como su hijo, el rey Pedro, marchaba a Urueña acompañado de Hinestrosa, don Gutier y una exigua escolta de veinte jinetes. Estaba tan enfermo de amor que abandonaba los sólidos muros del castillo para entregarse a los brazos de su concubina. ¿Cuánto tiempo más duraría esa locura? ¿Cuánto tiempo más tendría que soportar la presencia de los Padilla? Bajó la vista y advirtió como don Diego García y don Juan García de Villagera se encontraban en la puerta de la muralla, observando como el rey se alejaba por la meseta castellana. Hacía frio y con un gesto pidió a don Martín Alfonso Tello que la abrazara. No tardó en sentir el calor de su mayordomo y amante. Levantó la vista y mirándole a los ojos sonrió. Era un noble de origen portugués de unos cuarenta años, alto de tez oscura y barba castaña y profusa. Llevaba años como mayordomo de la reina María de Portugal, labor que compaginaba con la de amante.

—Ha llegado el momento —dijo doña María de Portugal, mirando como el séquito de su hijo se perdía por el horizonte—. El infante Fernando y el resto de los nobles están en Zamora —se giró y le cogió de los hombros —. Ve y cumple con tu cometido.

Don Martín Alfonso besó sus labios y dijo:

—Moriría por ti, lo sabes.

Y sin decir más, descendió por las escaleras y se dirigió a las caballerizas. Doña María de Portugal desvió la vista hacia su hijo, que no era más que un punto perdido en el horizonte. Sintió un profundo escalofrío y se arrebujó en su abrigo.

«Pronto terminará todo, muy pronto». Sintió la humedad tibia de las lágrimas que comenzaron a recorrer sus mejillas.

⁂

—¡¡¡Cerrad las puertas, cerrad las puertas, malditos!!!

Desde el adarve don Diego García de Padilla se desgañitaba ante la inminente llegada del ejército de la Liga nobiliaria. Cabalgaban a paso resuelto y decidido hacia el castillo, dejando tras de sí una inmensa humareda de polvo y tierra.

—¡Cerrad las puertas! —don Juan García de Villagera se encontraba a su lado. Gritaba y vociferaba unas órdenes que no eran obedecidas.

—Nos han traicionado —dijo impotente don Diego García.

—Debemos huir o nos matarán.

Don Diego García asintió. Para los nobles de la Liga no habría mayor gozo y disfrute que torturar hasta la muerte a los Padilla, a los que odiaban con saña. ¿Y por qué? ¿Por qué eran simples infanzones? ¿Por qué les fueron concedidos cargos y dignidades que consideraban como propios? ¿Era envidia, celos, rabia, lo que sentían aquellos nobles por ellos? Ya poco importaba, lo cierto era que centenares de jinetes galopaban con determinación hacia el castillo y las puertas de la muralla estaban abiertas. Habían sido traicionados. Don Diego García negó con la cabeza y miró distraído a la torre del homenaje. Allí, en una ventana, abrazando a don Martín Alfonso se encontraba la reina María de Portugal. A pesar de la distancia pudo advertir como sus ojos, desafiantes, altivos, brillaban henchidos de gozo.

—¡Vámonos! —exclamó y descendió raudo las escaleras acompañado de don Juan García de Villagera.

⁂

El rey estaba en el lecho con doña María de Padilla. Al resguardo de pieles y mantas, disfrutaba del calor que emanaba del cuerpo desnudo de la concubina. Sonrió, ajeno a todo lo que le rodeaba, desprendiéndose de las preocupaciones y de todo aquello que no fuera rodear con sus brazos a su amada. En una cuna próxima dormía Constanza. La pequeña tenía cuatro meses. El rey apenas había podido disfrutar de su compañía durante ese tiempo. Y ahora tenía dos días, solo dos días. Así se lo había asegurado a don Gutier. Después tendría que regresar a Toro y negociar con aquellos traidores. No tenía otra opción. Carecía de apoyos, de ejército. No, no tenía otra opción. Los nobles de la Liga le habían derrotado. Y él conocía sus exigencias. Pronto tendría que separarse de doña María de Padilla y regresar con doña Blanca de Borbón. Ese era el precio de la derrota. Negó con la cabeza. Intentó olvidarse de las preocupaciones que se agolpaban en su mente empeñadas en agriar aquel momento, aquellos dos días. Doña María reposaba su cabeza sobre su pecho. Sintió como su respiración se aceleraba.

—¿Estás bien? —le preguntó, alzando ligeramente la cabeza para poder verle los ojos.

—No podría estar mejor.

Don Pedro le acariciaba el pelo con dulzura sin dejar de mirar la cuna. Pensó en Constanza, en Beatriz, ¿qué les depararía el futuro? ¿Y a doña María? ¿Y a él? Volvió a negar con la cabeza. Tomó un vaso de vino que se encontraba en una mesa auxiliar próxima a la cama y bebió. Comenzó a sentirse un poco mejor.

—No pienso moverme de este lecho en dos días. —El rey levantó la barbilla de doña María y la besó con fuerza, con pasión. Quería llenarse de su sabor, de su dulzura, empaparse con sus besos. Desconocía lo que el destino le tenía deparado en Toro y decidió abandonarse a la compañía y a los besos de su amada. «Solo son dos días…».

⁂

Don Diego García y don Juan García corrieron hacía las caballerizas. Los soldados que encontraron a su paso les franquearon el camino. Sus órdenes eran entregar la plaza al infante Fernando, no apresar a los Padilla. Ese fue el acuerdo al que su capitán había llegado con los notables de la Liga. Entregarían el castillo a cambio de salvar sus vidas. No tenía otra opción. El ejército rebelde era muy superior y no tenían intención de regalar sus vidas por una obcecación absurda. Don Diego subió a la grupa de su montura y don Juan hizo lo propio.

—¿Dónde vamos? —preguntó don Juan nervioso, inquieto por salir cuanto antes de aquella trampa. Miraba en rededor esperando ser apresados por los soldados que ahora los miraban con indiferencia.

—Iremos a Urueña, debemos advertir al rey —respondió don Diego.

Azuzaron sus monturas y salieron a galope de las caballerizas. Cruzaron las murallas sin ser molestados. Don Diego García miró atrás esperando encontrar una patrulla que hubiera salido en su captura, pero solo vio a un puñado de soldados que contemplaban indolentes como huían. A lo lejos, todavía a varias leguas, la cortina de humo advertía de la llegada del ejército de la Liga. Cabalgaron sin descanso durante algo más de una hora, hasta que llegaron a las murallas de Urueña. Entraron a galope en la ciudad por la puerta del Azogue. Los soldados de guardia les franquearon el paso nada más identificarlos. Cabalgaron en paralelo a las murallas hasta que llegaron al castillo. Dejaron los caballos a cargo de unos soldados y se dirigieron directamente a la torre del homenaje. En el patio de armas se encontraban don Gutier Fernández de Toledo y don Juan Fernández de Hinestrosa.

—¿Qué sucede? —preguntó alertado don Gutier, ante la inesperada presencia de los Padilla.

—Han tomado Toro —respondió sin resuello don Juan García de Villagera.

—¡Nos han traicionado! —exclamó enfurecido don Diego García.

—¿Quién? —preguntó Hinestrosa.

Don Diego García tomó un poco de aire y respondió:

—Doña María de Portugal, la madre de nuestro rey. Ha entregado el castillo a los traidores de la Liga.

Don Gutier apretó los puños, rojo de ira. No por la reina, de quien ya hacía tiempo que sospechaba que confabulaba en contra de su propio hijo, sino por el rey. Sus caprichos y extravagancias habían permitido que los nobles rebeldes conquistaran su último reducto. Y sin resistencia.

—¿Los caballeros…? —preguntó don Gutier.

Don Juan García negó con la cabeza.

—Se han rendido al enemigo.

—Desde las murallas vimos como se aproximaban los caballeros de la Liga. Ordenamos que cerraran las puertas de las murallas, pero no obedecieron —comentó don Diego García.

—La reina ha esperado la marcha del rey para entregarle el castillo al infante y los suyos —dijo Hinestrosa—. Nuestros soldados estaban desanimados, sin esperanza, persuadidos de que la derrota era segura. Habrán entregado la fortaleza a cambio de sus vidas.

—Son tan traidores como el infante, los bastardos y los demás nobles —observó don Gutier—. Acudir a Urueña ha sido una imprudencia, una temeridad gratuita —comenzó a andar apresuradamente por el patio de armas. Contaban con algo más de veinte caballeros y cincuenta peones de la guarnición de Urueña para enfrentarse a todo un ejército. Estaban perdidos. Habían sido derrotados por el capricho de un rey empeñado en solazarse con su amante. Levantó la vista y miró a los Padilla. Leyó el miedo en sus ojos, sobre todo en don Diego y don Juan García. Hinestrosa mantenía el gesto serio y la mirada fría. Se acercó a él y le tocó el hombro; su templanza ante el oscuro futuro que le aguardaba le dignificaba. Ellos serían las principales víctimas de la derrota. A doña María de Padilla quizá la enviaran exiliada a Aragón, Portugal o Francia, pero sobre sus parientes caería toda la ira y la venganza de la nobleza castellana. Ellos servirían de escarmiento para los infanzones cuyas aspiraciones fueran demasiado ambiciosas. En cambio, él era miembro de la vieja nobleza castellana. No temía por su vida. Quizá le confiscasen algunas propiedades y le despojaran de algunos títulos y privilegios, pero nada más. Los nobles se protegen a sí mismos y despedazan con inusitada violencia a los que no pertenecen a su clase y se niegan persistentemente a asumir su papel en la sociedad. A

aquellos que pretenden ocupar cargos y dignidades que por apellido y tradición no le corresponden, pues violan el orden establecido por Dios.

—¿Qué hacemos?

La pregunta de don Diego García le devolvió a la realidad.

—Iré a informar al rey —respondió don Gutier—. Que todos los caballeros y peones vigilen las murallas —ordenó a Hinestrosa—. Probablemente la Liga enviará emisarios para negociar la rendición.

—¿Crees qué nos van a atacar? —preguntó don Juan García.

Don Gutier negó con la cabeza y se encaminó a la torre del homenaje dando largas zancadas. Tenía muchas cosas por hacer y carecía de tiempo para dar explicaciones.

OceanofPDF.com

57

Urueña, noviembre de 1354

Desde la muralla de Urueña el rey contemplaba como se marchaban de la villa don González de Bazán y don Rodríguez de Sandoval, los emisarios que la Liga había enviado para hacerle llegar las condiciones de rendición. El día era desapacible, frío, gris. A su derecha se encontraba don Gutier. Miraba a los emisarios en un profundo silencio. El rey le miró. Su gesto era serio y sus ojos gélidos como aquel día de otoño. Se lo advirtió, pero no le hizo ningún caso. No solía escuchar los consejos que no se adecuaban a sus intereses. Siempre lo había hecho y ya era tarde para cambiar. Aceptó que fue un error abandonar Toro, pero ya estaba cansado de tanta guerra, tanto odio y recelo. Quizá en su fuero interno sabía lo que iba a suceder. Quizá presintiera que su madre, por fin, le traicionaría entregando la plaza a sus enemigos. Ella habría pactado salvarle la vida a cambio de su entrega, de su rendición. Pues eso, precisamente, era lo que exigieron los enviados de la Liga nobiliaria: su rendición incondicional. Ya no exigían que abandonara a doña María de Padilla y a sus parientes, y que regresara con doña Blanca de Borbón. No, ahora las condiciones eran otras. O, mejor dicho, otra; su total sometimiento a la nobleza. El rey exhaló un largo suspiro. Había sido derrotado. Desvió la mirada hacia don Gutier y don Juan Fernández de Hinestrosa. Sus consejeros permanecían impasibles, contemplando la marcha de los enviados de la Liga.

—¿Ha llegado la respuesta del rey Pere a mi petición de ayuda? —preguntó don Pedro. El auxilio del rey de Aragón era su última oportunidad de salir victorioso de aquel espantoso atolladero.

—Me temo que no, mi señor —respondió Hinestrosa.

El rey asintió con pesar, aunque esperaba esa respuesta. Sus esperanzas se desvanecieron como la nieve bajo los cálidos rayos del sol de primavera. Respiró hondo y dijo:

—Hinestrosa, que Diego y Juan se ocupen de María y de mis hijas Beatriz y Constanza. Que las lleven a Portugal. Mi abuelo, el rey Alfonso, las protegerá —su voz sonaba resignada, derrotada.

—Como ordenéis, mi señor.

—¿Cuál va a ser vuestra decisión? —preguntó don Gutier.

Entre las nubes se abrió un pequeño claro y un tímido rayo de sol iluminó las murallas de Urueña. El rey sintió en su piel su tibia caricia.

—Iré a Toro y negociaré con los traidores. Desafortunadamente, queridos amigos, no tengo otra opción.

—Todavía podemos huir a Portugal, encontrar aliados lejos de Castilla. En Aragón, Inglaterra… quizá el rey Alfonso de Portugal nos ayude… —repuso don Gutier—. Toro es una trampa, mi señor. Es el fin… —Su tono era angustiado, desesperado. Él mejor que nadie sabía que la causa estaba perdida, que habían sido derrotados, pero se resistía a reconocer la cruda e inflexible realidad.

El rey volvió a fijar su mirada en el horizonte. El día se despejaba. Parecía que el sol estaba ganando la batalla a las nubes. Sonrió con tristeza. Él en cambio, había sido derrotado, superado por la nobleza rebelde y por su propia insensatez. Don Juan Alfonso de Alburquerque le advirtió que tuviera cuidado con la nobleza, sustento de la estabilidad y del orden del reino. Él prefirió ampararse en el campesinado, en la burguesía, en los judíos… Y se equivocó. Una vez más, erró en sus decisiones. ¿Cuántas veces había perdonado a sus hermanos? ¿Y a don Juan de la Cerda? Incluso su madre le había traicionado. Negó con la cabeza, la traición de su madre no fue precisamente una sorpresa. Aun así, la dejó en Toro, mientras él acudió a Urueña a entregarse a los brazos de su amante.

—Quien a sus enemigos perdona, en sus manos muere —musitó el rey.

Don Gutier e Hinestrosa le miraron sin entender sus palabras. Don Pedro inspiró con fuerza el aire frío, intentando fortalecer su exhausto espíritu. Miró a don Gutier y le dijo:

—No, amigo Gutier, no merece la pena continuar esta lucha.

—Permitidnos al menos que os acompañemos —le dijo su consejero.

—Iremos con vos —dijo Hinestrosa.

El rey negó con la cabeza.

—No, debo ir solo. Es conveniente que tú, Gutier, permanezcas en Castilla. Nadie sabe lo que nos deparará el futuro. Ahora estamos derrotados, pero quizá no hayamos sido definitivamente vencidos. —El rey intentaba infundir ánimo en sus desolados y fieles privados—. Quizá tengamos una nueva oportunidad. Es bueno, Gutier, que permanezcas atento a lo que se dispone a acontecer en Toro. Busca aliados, siembra la desconfianza entre los traidores. Quizá este no sea el fin.

Don Gutier asintió con los labios apretados.

—Mi señor, carezco del prestigio y de las riquezas de don Gutier Fernández de Toledo. Por lo tanto, poca es mi influencia sobre la nobleza castellana —comenzó a decir Hinestrosa—. Es más, como Padilla, seré perseguido por todo el reino. Nada puedo ofreceros más que mi vida. En cierto modo, me siento responsable de esta guerra. Os pido que me permitáis acompañaros a Toro y afrontar a vuestro lado el destino que el buen Dios nos tenga deparado.

El rey agradeció su ofrecimiento con una sonrisa.

—Los traidores de la Liga os han utilizado a vosotros, los Padilla, como pretexto para desgastar mi poder y autoridad. Y yo he persistido en continuar con María, con vosotros, y no entregarme a sus exigencias. No debes por tanto sentirte responsable ni de esta guerra ni de mis decisiones.

Aunque las palabras del rey le sosegaron, Hinestrosa no podía dejar de sentirse culpable de la terrible situación en la que se encontraban. Don Pedro podría haber cedido a las peticiones de la nobleza, podría haberse desprendido de doña María y de ellos. Pero no lo hizo. Siempre les apoyó y les concedió títulos y responsabilidades. No podía abandonarlo cuando más le necesitaba. Había unido su vida a la del rey y arrostraría su destino con dignidad y determinación hasta las últimas consecuencias.

—Os acompañaré, mi rey —insistió Hinestrosa—. Mi conciencia y mi lealtad me impiden dejaros solo.

Los ojos del rey se emocionaron ante su noble gesto. Asintió y lo cogió del hombro.

—Sea pues, amigo Hinestrosa, si esa es tu voluntad, vendrás conmigo a Toro.

⁂

El rey entró en los aposentos de doña María de Padilla, y su amante y las dos nodrizas que cuidaban de sus hijas desviaron la vista hacia él. Hizo un gesto a las niñeras y estas abandonaron raudas la estancia. Se dirigió hacia la cuna y observó a la pequeña Constanza. Con solo cuatro meses dormía plácidamente ajena a todo lo que sucedía a su alrededor. El rey sonrió con ternura. Doña María, que acunaba entre sus brazos a Beatriz, se incorporó y la dejó en su cuna. Presentía que algo no iba bien. El rey se acercó y la besó.

—Quiero que vayas con Diego y con Juan a Portugal —se limitó a decir, mientras acariciaba con suavidad a Beatriz. La pequeña se había quedado dormida.

—¿Qué sucede? —preguntó nerviosa doña María.

El rey negó con la cabeza y sin apartar la vista de Beatriz, respondió:

—He sido derrotado. Es el fin —giró la vista hacia su amante—. Debes ir a Portugal, allí estarás a salvo.

Doña María sintió como su mundo se desmoronaba. Se sintió desfallecer y tomó asiento en un escabel cercano. ¿Qué sería de su amado, de sus hijas, de su familia, de ella? Las preguntas, las dudas, le hostigaban. El rey se acercó a una mesa y le sirvió un vaso de agua. Doña María lo cogió con manos temblorosas.

—Nada has de temer. En Portugal estaréis protegidas por mi abuelo, el rey Alfonso —Don Pedro se agachó y tomó a doña María de las manos. Intentó tranquilizarla, pero temblaba como un cervatillo asustado.

—No puedes dejarnos… huye a Portugal con nosotras —musitó doña María.

—Un rey jamás debe huir. Iré a Toro y negociaré con los nobles de la Liga unas dignas condiciones de rendición.

—Te separaran de mí, de tus hijas. Tengo miedo por ti.

—Tu tío me acompañará a Toro, todo saldrá bien. Conozco a la nobleza, a los rebeldes de la Liga nobiliaria. Les ofreceré títulos, oro, responsabilidades en la Corte. Eso es lo que persiguen. Sabré gestionar sus ambiciones.

—Quieren separarme de ti. —Doña María tenía el rostro bañado en lágrimas. Su corazón latía con fuerza en su pecho y respiraba con dificultad.

El rey se incorporó y comenzó a pasear por la estancia.

—Quizá debamos separarnos por un tiempo, hasta que las aguas vuelvan a su cauce, pero te prometo que iré a por ti a Portugal y nada ni nadie volverá a separarnos.

—Me quedaré aquí, en Urueña. No quiero alejarme de ti. Sé que, si huimos a Portugal, jamás volveremos a verte. No, no podría soportarlo. Mi vida está unida a la tuya, mi destino es el mismo que el tuyo. No me alejaré de ti. Mi vida sin ti no tiene sentido. Permaneceré aquí, en Urueña, esperándote, con nuestras hijas. Eso es lo que haré.

Don Pedro se acercó a ella. Le acarició el rostro con dulzura. Estaba disfrutando de los últimos instantes con su amada y no pretendía discutir. Hablaría con Hinestrosa, que fuera él quién la insistiera en la necesidad de huir a Portugal. Se acercó a doña María y la ofreció su mano para que se levantara del escabel. La besó con dulzura, con pasión, como si fuera la última vez que fuera a hacerlo. Y quizá así era. Tenía que aprovechar aquel momento, aquel instante. Necesitaba embriagarse de sus besos, de sus caricias, de su amor. Pues probablemente jamás volvería a verla.

⁂

La sala estaba iluminada por la luz que entraba por los amplios ventanales. El día era frío, pero despejado. Frente a una larga mesa estaban sentados los nobles conjurados. Presidía la reunión doña María de Portugal, la madre del rey y quien les había facilitado la entrada en Toro. Don Rodríguez de Sandoval y don González de Bazán habían cumplido su misión y estaban en espera de la respuesta del rey. Un mero trámite, pues los sublevados consideraban que había sido totalmente derrotado.

—Quizá teníamos que haber dejado un millar de soldados sitiando Urueña —dijo don Enrique de Trastámara—. Debemos evitar que el rey huya.

—¿Huir? —preguntó doña María de Portugal, a quien le hervía la sangre por tener que compartir mesa y propósitos con los cachorros de *la Perra*. Pero no tuvo otra opción ante la obcecación de su hijo por continuar su relación con doña María de Padilla y sus parientes. Ya le avisó en su día Alburquerque de que necesitaba de la ayuda de los bastardos para hacer entrar en razón a su hijo. Y lo aceptó, pero eso no significaba que se encontrara cómoda en su presencia. Se serviría de los bastardos mientras fueran necesarios, pero al igual que acordó con el excanciller su eliminación una vez que hubiera concluido la guerra, encontraría el modo y los aliados necesarios para deshacerse de una vez por todas de su desagradable presencia—. Mi hijo no huirá —a la reina le molestó que don Enrique deslizara sutilmente que su hijo era un cobarde—. Asumirá su responsabilidad con la dignidad que le corresponde. Mi hijo no huye como hacen otros.

Don Enrique torció el gesto al sentirse aludido.

—Señora…

—Lo importante ahora es Castilla —el infante Fernando de Aragón interrumpió a don Enrique, persuadido de que respondería con acritud a la descarada afrenta de doña María de Portugal—. Estamos muy cerca de alcanzar el propósito por el cual don Juan Alfonso de Alburquerque estableció esta Liga. No debemos malograr nuestra victoria con rencillas y desconfianzas.

—Mi hijo tiene razón, lo importante es Castilla y ahora está sin gobierno —dijo doña Leonor, cogiendo de la mano a su hijo don Fernando que se encontraba sentado a su derecha. Desvió la mirada hacia don Juan de la Cerda, que no tardó en entender el mensaje. Carraspeó y dijo:

—Es cierto lo que muy acertadamente dice doña Leonor —don Juan de la Cerda la miró y esta asintió con una sonrisa—. Castilla lleva meses sin gobierno y es urgente solventar esta situación. Considero que el infante Fernando, por los legítimos derechos que le asisten, debería ser nombrado

temporalmente regente de Castilla hasta que el orden y la paz regresen al reino.

Doña Leonor y el infante asintieron agradecidos.

—Sería lo más sensato —intervino el infante don Juan, el hermano de don Fernando.

—¿Sensato? ¿Prudente? —preguntó don Enrique de Trastámara con una chispa de ira brillando en sus ojos—. Tú eres su primo —dijo señalando hostilmente al infante—, pero yo soy su hermano. ¡Yo debería ser el regente! —exclamó incorporándose y golpeando la mesa con el puño.

—¡Mi hermano debe ser el regente! —dijo don Fadrique, que había llegado hacía pocos días de Toledo, después de haber organizado la defensa de la ciudad.

Don Tello se incorporó y asintió con vehemencia con los brazos cruzados.

—Así es. La Orden de Santiago y del señorío de Vizcaya están con Enrique —dijo, buscando con la mirada la anhelada aprobación de su hermano.

—Yo también apoyo al conde de Trastámara —dijo Fernando de Castro, favoreciendo a su futuro cuñado.

Doña Leonor de Castilla miró a los Guzmanes con gesto sereno y frío. Si en algún momento había tenido alguna duda de que las ambiciones de don Enrique de Trastámara eran las mismas que las suyas, estas se habían desvanecido. Por tal motivo le pidió a don Juan de la Cerda que propusiera a su hijo como regente de Castilla, para comprobar la reacción de Trastámara y sus hermanos. Y quien fuera reina consorte de Aragón tomó buena cuenta.

—Por favor, tomad asiento. Todos —la voz de doña Leonor de Castilla era templada, pero transmitía una gran autoridad y los Guzmanes obedecieron—. El rey aún no se ha rendido y ya estáis reclamando una dignidad que no os corresponde —don Enrique se disponía a protestar, pero se contuvo cuando doña Leonor alzó la mano—. Pero vuestra legitimidad a la regencia no es motivo de esta reunión. Castilla está sin gobierno y es urgente nombrar cargos y responsabilidades. No puedo entender vuestras discrepancias para que el infante Fernando sea el regente de Castilla, pero

no queremos entrar en discusiones con quienes nos hemos hermanado por el bien del reino. Por lo tanto, propongo a doña María de Portugal como regente hasta que el rey vuelva a estar en condiciones de asumir sus obligaciones.

Doña María de Portugal asintió aceptando la responsabilidad. Desvió la mirada hacia los presentes y todos aprobaron con un asentimiento la propuesta de doña Leonor de Castilla. Al fin y al cabo, era la madre del rey. Don Enrique asintió con el ceño fruncido. No había conseguido su propósito de ser nombrado regente, pero al menos, había impedido que su máximo rival, el infante de Aragón, se alzara con la dignidad que podría conducirle a la Corona.

—Bueno, pues está decidido…

El ruido de una puerta que se abría apresuradamente interrumpió a doña Leonor de Castilla. Los allí presentes desviaron la vista hacia la entrada de la sala y encontraron la presencia de un oficial de la guardia. El soldado tragó saliva. Permaneció inmóvil durante un instante, impresionado al encontrarse en aquella sala ante los miembros más notables de la aristocracia castellana. Estaba confuso, sin saber a quién dirigirse.

—Habla, ¿a qué se debe esta interrupción? —ordenó doña María de Portugal.

El soldado agradeció la intervención de la madre del rey. Aunque algo brusca y autoritaria, le permitía dirigirse a una de las personalidades allí congregadas.

—Mi señora, es el rey. Se aproxima al castillo.

—¿Viene solo? —preguntó don Enrique de Trastámara.

—No, mi señor, le acompaña don Juan Fernández de Hinestrosa.

—¿Alguien más? —preguntó el infante Fernando, empeñado como estaba en que don Enrique de Trastámara no le arrebatara un ápice de protagonismo.

—Vienen los dos solos, mi señor.

La reina María de Portugal asintió y despidió al oficial con un gesto con la mano.

—Ha decidido entregarse… —observó don Enrique de Trastámara. Se reclinó en la silla. Todo había terminado, o ¿quizá acababa de empezar? El

rey había sido derrotado y estaba a merced de la Liga. Pero estaba convencido de que, si quería satisfacer sus ambiciones, tendría que enfrentarse a otros enemigos no menos peligrosos y poderosos. Su mirada se desplazó hacia el infante Fernando. El hijo de un rey… Sonrió. Ya se había enfrentado a un rey y lo había sometido. Con paciencia, perseverancia y los aliados adecuados, todo era posible. Absolutamente todo.

La reina se puso en pie. Sus labios esbozaron una sonrisa henchida de júbilo y satisfacción. La guerra había terminado y su hijo estaba sano y salvo. La paz, el orden y la tranquilidad regresaban a Castilla.

—Bajemos al patio de armas y recibamos a nuestro rey con el respeto y devoción que se merece. Hoy es un día feliz. Debemos celebrarlo —la reina salió de la sala en busca de su hijo. El corazón latía en su pecho agitado por sentimientos contradictorios. Deseaba verlo, abrazarlo, pero temía su reacción por haber entregado la villa de Toro a sus enemigos. Tragó saliva y se pasó la lengua por sus labios resecos. Rogó a Dios para que le hiciera entender que todo lo que había hecho había sido por su bien, para protegerlo de sí mismo y de los Padilla. Sí, él lo entendería. Debería entenderlo.

Don Enrique contempló como doña María de Portugal se marchaba. Se incorporó de la silla y dijo:

—¿No habéis oído a la regente? —sus labios esbozaron una sonrisa maliciosa—. Recibamos al rey como se merece —echó mano a su empuñadura y salió raudo de la sala. Don Tello se levantó como un resorte y lo siguió.

—Vamos, ¿a qué estás esperando? —espetó molesta doña Leonor de Castilla, por la lentitud de reflejos que evidenciaba su hijo don Fernando. Debería permanecer muy cerca de él, si pretendía evitar que el conde se adueñara de lo que ya consideraba como propio. Puso los ojos en blanco y lanzó un largo suspiro; el bastardo era más astuto, avispado y rápido que su hijo.

El infante de Aragón hizo un gesto con la cabeza a su hermano don Juan y salieron detrás de su madre. En la sala solo quedaron don Juan de la Cerda y don Fernando de Castro.

—Será mejor que bajemos —Don Fernando se incorporó y se dirigió hacia la puerta.

—Veamos en qué concluye todo esto —dijo don Juan de la Cerda, tomándole del hombro.

—¿Concluir? —don Fernando negó con la cabeza—. Esto no ha hecho más que empezar.

OceanofPDF.com

58

Toro, diciembre de 1354

El calabozo era oscuro, frío, húmedo, maloliente. Apenas un ventanuco permitía adivinar si era de día o de noche. ¿Cuánto tiempo llevaba allí encerrado? ¿Días? ¿Semanas? Se incorporó de su yacija de paja y observó sus ropajes. Estaban rotos y sucios. Se tocó el mentón y acarició su barba. Estaba descuidada, sucia, enmarañada. Su corazón se entristeció y se tapó la cara con las manos. Había tenido un sueño. Un hermoso sueño. Se encontraba en el alcázar de Sevilla con doña María y las pequeñas Beatriz y Constanza. El sol entraba con fuerza por las ventanas y el olor a jazmín impregnaba toda la estancia. Un sentimiento de felicidad y despreocupación alimentaba su alma, su espíritu. Pero despertó y el sueño se esfumó como la hojarasca empujada por el viento de otoño. Entonces recordó su llegada al castillo de Toro. En la puerta del castillo le aguardaban los nobles sublevados de la Liga y su madre… Sintió un pinchazo en el corazón. Hasta su madre le abandonaba. Recordó el recibimiento de su madre. Su sonrisa. De pie, al lado del bastardo de don Enrique de Trastámara. El hombre al que su madre había insistido una y otra vez que debía asesinar. «¿Por qué no lo hice?». Se preguntaba una y otra vez con una sonrisa amarga. Se mordía los labios de rabia, de impotencia, castigándose por su negligencia. Recordó como los nobles besaron su mano y le acompañaron a la sala principal de la torre del homenaje. Y una vez allí, varios soldados le rodearon. Un oficial golpeó a Hinestrosa en el estómago haciéndole caer al suelo. Otro le puso unos grilletes y se lo llevaron a rastras de allí, como si fuera un criminal. ¿Dónde se encontraría? ¿Lo habrían matado? Don Pedro intentó resistirse, pero le forzaron a tomar asiento. Los nobles de la Liga le

rodearon y lanzaron graves acusaciones sobre él. Estaba siendo juzgado, sentenciado y condenado. Le culparon de poner en riesgo al reino, de menospreciar a la nobleza, de favorecer y enriquecer a los parientes de doña María de Padilla, de insultar y robar a los ministros de la Iglesia, de proteger a los judíos, de humillar a doña Blanca, la reina de Castilla, de arruinar la alianza con Francia… Acusaciones y más acusaciones… ¿Quiénes eran ellos para juzgarle, para condenarle? Don Pedro se hizo un ovillo. La mazmorra era fría, gélida. Apretó los puños y las mandíbulas. Aquellos bastardos, aquellos traidores se sublevaron contra su rey y señor escudándose en mentiras y pretextos absurdos. Temían perder sus privilegios, ser desplazados de las responsabilidades de gobierno por otros a los que consideraban indignos, extraños. Por eso se sublevaron. Nada tenían que ver los Padilla y doña Blanca de Borbón en aquella conjura. Pero había sido derrotado. Sus ropajes sucios y raídos así lo atestiguaban. Le habían despojado de los sellos reales. Los nobles de la Liga disfrutaban del poder absoluto en Castilla. Don Fadrique era su carcelero. A veces le traía la comida personalmente. Le insistía en que firmara la orden de ejecución de don Juan Fernández de Hinestrosa, don Diego García de Padilla y don Juan García de Villagera y Padilla. Los nobles de la Liga disponían de los sellos reales, podrían haber firmado las ejecuciones de los Padilla, pero necesitaban que fuera el rey, de su puño y letra, quien diera la orden. Solo así, el rey evidenciaría su rendición, su sometimiento, su definitiva derrota. Pero don Pedro se negaba una y otra vez. ¿Cómo ordenar la ejecución de los únicos que le habían servido con fidelidad en todo momento? Junto con don Gutier Fernández de Toledo, habían permanecido a su lado, superando todas las adversidades, resistiendo las injurias, mentiras y falsedades que los nobles de la Liga habían vertido sobre ellos. No, jamás los abandonaría y jamás se rendiría. Antes moriría en ese frío y mugriento calabozo.

—Bastardos, bastardos, bastardos —musitaba una y otra vez, como una suerte de letanía, de plegaria—. Los mataré a todos, a todos. Perros traidores…

Aunque los odiaba con toda su alma, con todo su ser, más se odiaba a sí mismo por haber pretendido ser su amigo, su hermano.

—¿Cómo pude ser tan estúpido? —se preguntaba entre dientes—. Les perdoné sus ofensas, sus traiciones, ¿y así me lo pagan, encerrándome en un calabozo? Mi madre tenía razón. Debí matarlos cuando tuve ocasión. Debí matarlos. Matarlos, matarlos…

Don Pedro se castigaba, se martirizaba. El odio, la justicia, la venganza, la crueldad fueron adueñándose de su voluntad. Sentimientos con los que el rey alimentó el fuego de su ira día tras día, noche tras noche, confiriéndole la fuerza, el propósito que le impulsaba a seguir luchando, a no perecer en la oscura mazmorra de soledad y engaños en la que habitaba su corazón. No, no claudicaría ante los bastardos y traidores de la Liga. Jamás. Era el rey, el amo y señor de Castilla. Serían esos miserables quienes se plegarían ante él, quienes suplicarían su perdón. Sí, eso harían.

El ruido metálico de los goznes le sobresaltó y se sentó en el suelo. Desvió la mirada hacia la puerta y vio al infante Fernando entrando en la celda con una bandeja con comida.

—Traigo pan, queso y un poco de vino —fue su saludo.

Dejó la bandeja sobre una desvencijada mesa, cogió un escabel y tomó asiento frente a don Pedro, que permanecía en silencio, sentado sobre sus tobillos en el frío suelo.

—Tenéis mal aspecto, aunque supongo que ya lo sabéis —le dijo el infante. Sus labios esbozaron una sonrisa amable.

El rey miró la bandeja de comida con recelo, con desconfianza. Temía que estuviera envenenada. En las semanas o meses que llevaba allí encerrado era la primera vez que se dignaba a visitarlo. Algo pretendía. Matarlo podría ser una posibilidad. Los regalos de los traidores nunca son gratuitos y muchas veces están envenenados. Pero concluyó que quizá él también podría obtener algún provecho de aquel inesperado encuentro. Sus tripas reclamaban atención, pero dejaría la comida para más tarde.

—¿María…? —musitó. Sin nadie con quién hablar apenas le salían las palabras. Carraspeó y al final pudo hacer la pregunta que le roía por dentro —: María, mis hijas… ¿Cómo se encuentran? ¿Están bien?

—Se encuentran bien, no debéis preocuparos por ellas. Están en Urueña, vigiladas eso sí, pero nadie se ha acercado a ellas. Las protegen soldados de mi confianza. Nada debéis temer. Están bajo mi protección —

respondió el infante, y con un gesto de complicidad, añadió—: Mi madre se ocupa personalmente de que no les falte de nada.

—¿No huyó a Portugal? —musitó el rey como para sí mismo. Ni siquiera Hinestrosa consiguió persuadirla para que huyera con sus hijas a Portugal.

—Decidió quedarse en Urueña, quería permanecer cerca de vos —dijo el infante.

«María, María…». Sus recuerdos volaron hacia su amada. Hubiera deseado que se encontrara en Portugal, al amparo y protección del rey Alfonso. Pero confiaba en el infante. Si le había asegurado que doña María de Padilla estaba a salvo en Urueña, estaba convencido de que así sería. Cerró los ojos y respiró con alivio. A pesar de que el infante era uno de los culpables de su encarcelamiento, le estaba tremendamente agradecido.

—Este gesto te honra y lo recordaré cuando nos encontremos en otras circunstancias menos adversas —dijo el rey.

El infante se acercó a él y con gesto apesadumbrado le dijo:

—Mi señor, no es de mi agrado veros en esta situación, encerrado como un criminal. —Lanzó un largo suspiro, como si las palabras que se disponía a pronunciar le causaran un terrible dolor—. Debéis saber que la decisión la tomó vuestro hermano don Enrique de Trastámara y aunque intenté persuadirle, me fue imposible. Don Fadrique le apoyó con vehemencia.

Sus hermanos don Enrique y don Fadrique… a quienes había perdonado sus infinitas traiciones y concedido título y riquezas… Sus propios hermanos querían verlo encerrado. El rey sintió un pinchazo en el pecho, en su alma. Había sido traicionado por sus propios hermanos y por su madre. En quién podría confiar si su propia familia conspiraba en su contra, lo encerraba en una celda inmunda, lo entregaba a sus enemigos. Negó con la cabeza con la mirada velada por un profundo pesar.

—¿Y Tello? —preguntó el rey, confiando en que al menos don Tello le hubiera defendido, enfrentándose a don Enrique y a don Fadrique. Aunque le conocía demasiado bien para imaginar que habría sido un gesto sumamente improbable.

Don Fernando de Aragón se encogió de hombros y respondió.

—No dijo nada, ni a favor ni en contra.

El rey sonrió con desgana; era propio de su hermano no tomar partido, mantenerse al margen hasta que la situación fuera claramente favorable. «Tello siempre tan predecible…».

—Debo marcharme. —El infante se incorporó y se dirigió hacia la puerta del calabozo.

—¿Hinestrosa está vivo? —preguntó el rey. Don Fernando se detuvo.

—¿Don Fadrique no os mantiene informado de nada?

Don Pedro negó con la cabeza.

—Hinestrosa está bajo mi custodia y protección —dijo el infante, soltando un suspiro—. Y comparando vuestras condiciones con las suyas, os puedo asegurar que está siendo mejor tratado que vos. —Dio un par de pasos por el calabozo con los brazos en jarra y sin dejar de negar con la cabeza—. Esto es intolerable. Hablaré con don Fadrique. Le pediré que os entregue ropa limpia y que os permita salir de vez en cuando de este calabozo.

—¿Por qué? —preguntó el rey confuso ante tanta amabilidad, tanta generosidad por parte de quien le había traicionado—. ¿Por qué me has traicionado, Fernando?

El infante sabía de que tarde o temprano el rey le haría esa pregunta. ¿Cómo responderle que nunca fue su intención traicionarlo? ¿Qué fue su madre quien insistió en que lo abandonara y se uniera a la Liga nobiliaria? La caída de Toledo y la liberación de doña Blanca de Borbón fue un golpe muy duro, definitivo. Su derrota era inminente. Él habría continuado luchando a su lado, pero su madre, doña Leonor, consideraba que el rey había sido derrotado.

—¿Qué beneficio se obtiene de una derrota? —recordó el infante que le preguntó doña Leonor—. Ninguno —se acercó a él y acariciándole la mejilla prosiguió—: Ve, habla con Alburquerque. Él apoyó tus aspiraciones a la Corona durante la enfermedad del rey y volverá a hacerlo. Estoy segura. Don Pedro se hunde. Debes evitar que te arrastre hacia el abismo. Abandónalo ahora que todavía estás a tiempo. Habla con Alburquerque.

El infante se giró, desplazó la mirada hacia el rey y respondió:

—Fue un error. Un lamentable error que espero algún día poder subsanar.

El rey se mesó su sucia y enmarañada barba, ¿serían sinceras sus palabras? A sus labios asomó una amarga sonrisa. ¿Qué importancia tenía que fueran sinceras o falsas? No podría encontrarse en una situación más triste, más lamentable. No tenía nada que perder y sí mucho que ganar. Prefirió darlas por verdaderas y dijo:

—Quizá pronto tengas la oportunidad de compensar tu… error y sabré como agradecértelo.

—Siempre a vuestro servicio, mi señor.

Y dando largas zancadas y con una sonrisa en los labios, el infante Fernando salió del calabozo. El rey se acercó a la mesa. Bebió un trago de vino y comió el queso y el pan que le había llevado el infante, confiado en que la comida no estaba envenenada. El infante esperaba algo de él, de eso no había ninguna duda. Al menos, ahora sabía que doña María, sus hijas Beatriz y Constanza, y don Juan Fernández de Hinestrosa estaban vivos y a salvo. Comió con fruición y después se recostó en la yacija. Por primera vez desde que fue encerrado en aquel calabozo sintió como su corazón se serenaba.

⁂

—¿Y bien? —le preguntó doña Leonor a su hijo don Fernando.

Se encontraban paseando extramuros del castillo. Hacía frio, pero el día había amanecido despejado. Abrigados con pieles, decidieron caminar alejados de una torre del homenaje saturada de oídos y miradas acechantes.

—Don Fadrique tiene incomunicado al rey. No le ha informado de doña María ni de Hinestrosa.

Doña Leonor asintió satisfecha.

—Has de ganarte su confianza.

—Lo sé.

Doña Leonor recordó la reunión que la Liga mantuvo dos días después del entierro de Alburquerque en el monasterio de la Santa Espina. El rey había sido capturado, encerrado y el canciller podía, por fin, descansar en paz. En aquel encuentro se repartieron títulos y propiedades entre los nobles conjurados. El merecido premio por la victoria conseguida. Del pecho de

don Fernando de Aragón colgaba el sello real que le distinguía como canciller de Castilla y le permitía conceder títulos y propiedades en ausencia del rey.

—A mi hermano don Juan le nombro alférez del reino —decía el infante don Fernando, entregándole el documento que le acreditaba con dicho título.

El infante Juan lo cogió y asintió satisfecho.

—A don Juan de la Cerda le nombro mayordomo mayor de Castilla —continuó el infante.

Don Juan de la Cerda se incorporó y cogió el título con satisfacción. Los bastardos le miraban impacientes, esperando su turno.

—A mi madre, doña Leonor de Castilla, le entrego la villa de Roa y sus rentas.

Doña Leonor cogió el documento con una sonrisa. No necesitaba de villas o títulos. Su más alto propósito era que el infante Fernando fuera el hombre más poderoso de Castilla y no cejaría en su empeño hasta conseguirlo.

—A don Enrique de Trastámara le concedo la villa de Palenzuela. —El infante prosiguió el reparto de títulos y prebendas.

El conde cogió el documento y lo leyó sin ocultar un gesto de decepción, de desagrado.

—Entregados los títulos y propiedades prosigamos con…

—¿Cómo? —preguntó don Enrique, interrumpiendo al infante—. ¿Ya está?

El conde de Trastámara miró en rededor con gesto contrariado.

—Me has concedido solo una villa en Burgos. Ni títulos ni dignidades y te has olvidado de mis hermanos. ¿Cómo vas a agradecer a Fadrique y a Tello su apoyo a la Liga? Bien que te has preocupado de ser generoso con tu hermano, con tu madre y con don Juan de la Cerda, a quien has sabido pagar muy bien sus favores.

—¡No tengo por qué tolerar este insulto! —exclamó don Juan de la Cerda, incorporándose de la silla como un resorte.

—¡Mi hermano tiene razón! ¿Qué hay de lo nuestro? —preguntó don Tello.

Don Fernando de Castro observaba la escena en silencio, avergonzado. Recordó como un día, mientras cabalgaba por sus tierras en Galicia, se encontró a una bandada de buitres devorando los despojos de un jabalí muerto. Las aves carroñeras lanzaban agudos y desagradables graznidos, al tiempo que se atacaban con picos y garras, peleándose con violencia por hacerse con las partes más sabrosas y blandas del animal.

—¡Prometiste nombrarme tesorero real! —prosiguió don Tello, señalando con gesto retador al infante.

—¡Da gracias de que te permito mantener tus haciendas! —exclamó enfurecido el infante Fernando—. Recuerda que el rey te desposeyó del señorío de Vizcaya. Mi hermano podría reclamarlo. Estaría en todo su derecho. ¡No tientes más mi paciencia! ¡Soy el canciller, tengo el sello real y mi palabra es ley! —le espetó, aferrándose al sello que colgaba de su pecho.

Los ánimos estaban exacerbados. En cualquier momento podrían aflorar las espadas y las dagas. Los nobles se miraban con fuego en los ojos.

—¡Por favor, señores sosegaros! —La reina María de Portugal se incorporó y alzó con suavidad las manos para intentar templar los ánimos —. Esto es solo el principio. Castilla es muy grande. Hay títulos y propiedades para satisfacer todas y cada una de vuestras aspiraciones.

—Espero que así sea —bufó desafiante don Enrique de Trastámara. Y se marchó apresuradamente de la sala dando largas zancadas. Sus hermanos don Fadrique y don Tello le siguieron.

Doña Leonor de Castilla negó con la cabeza recordando aquella triste reunión, donde los nobles de la Liga se repartieron títulos y propiedades como si se tratara de un botín de guerra. Y como en todo reparto, siempre había alguien que se sentía menospreciado, agraviado, que consideraba que le correspondía por derecho un pedazo más grande del pastel. Doña Leonor advirtió que sin Alburquerque, sin su experiencia, su sabiduría y su habilidad para manejar la codicia de unos y las ambiciones de otros, que la Liga nobiliaria se desquebrajara era solo cuestión de tiempo. Leyó en los ojos de don Enrique una ambición irrefrenable, imposible de satisfacer. Determinó que había llegado el momento de cambiar de aliados.

—Los bastardos son unos enemigos terribles, peligrosos —dijo doña Leonor, ante el asentimiento de su hijo—. Debes pactar con don Gutier Fernández de Toledo —volvió hacia el infante y añadió—: Y ganarte de nuevo la confianza del rey.

El infante asintió. Era el canciller de Castilla, pero su rivalidad con don Enrique de Trastámara era cada vez más manifiesta. Por tal motivo, colmó de títulos y propiedades a su hermano y a don Juan de la Cerda, sus principales aliados. Los bastardos ya contaban con la Orden de Santiago, el señorío de Vizcaya y las inmensas propiedades del conde de Trastámara, además del favor del no menos poderoso don Fernando de Castro y más ahora que finalmente había logrado su propósito de casarse con doña Juana. Demasiadas posesiones, títulos y riquezas para quienes se erigían como sus terribles adversarios. No, no cometería el mismo error que el rey Pedro.

—Así haré, madre —dijo don Fernando—. Volveré a ser el vasallo más fiel del rey de Castilla y una vez que nos hayamos despojado de los bastardos y de sus aliados…

—Habrá llegado el momento de reclamar lo que te corresponde por derecho y cuna. —Los ojos de doña Leonor brillaban henchidos de ambición, al tiempo que sus labios perfilaban una maléfica sonrisa.

⁂

Doña María de Portugal caminaba por el pasillo que conducía a las mazmorras. Sus ojos estaban velados por una profunda tristeza. Nunca hubiera deseado que su hijo acabara encerrado en un calabozo, pero se había convertido en un peligro para él y para el reino. Y ella no lo podía consentir. Por tal motivo había pactado con los bastardos. Intentó convencerse, justificarse con el pretexto de que los hijos de *la Perra* no eran responsables de los pecados de su madre. Retahíla que más de una vez le había sermoneado su hijo. Esa fue su disculpa para renegar temporalmente de sus deseos de venganza y aliarse con sus más encarnizados enemigos, con el propósito de que su hijo regresara con doña Blanca, la joven y despechada reina de Castilla. Su alianza con los bastardos era algo temporal, como el encarcelamiento de su hijo en las

mazmorras. Pronto, muy pronto, sería liberado y acabaría con los bastardos. Sí, eso haría. Absorta en sus pensamientos y en su insondable tristeza llegó a la puerta del calabozo. El guardia que le acompañaba, un soldado sucio, tosco y de barba canosa y enmarañada, le abrió la cancela. Doña María entró en la celda. Se tapó la boca y la nariz con un pañuelo. No estaba familiarizada con el nauseabundo olor a cerrado, podredumbre y miseria. Sus ojos tardaron unos instantes en adaptarse a la poca luz que iluminaba aquel lúgubre espacio, hasta que advirtió, sentado en el suelo, oculto en la penumbra de una esquina, al rey de Castilla.

—Hijo mío… —musitó.

Don Pedro levantó la vista y volvió a ocultar el rostro entre las rodillas. La visita de su madre, otra traidora, le era del todo indiferente. Doña María de Portugal miró al rededor. Observó que sobre una mesa había restos de pan y una jarra de vino vacía. «Al menos se preocupaban de alimentarle decentemente». La celda era húmeda, fría, insana. En las paredes colgaban siniestras argollas y cadenas. Sintió un escalofrío en todo el cuerpo al imaginar la horrible tortura de ser encadenado, colgado durante horas de la pared. Sin ilusiones, ni esperanzas de ser liberado, de volver a ver la luz del sol. Se acercó a su hijo. Estaba echo un ovillo. Permanecía con la cabeza oculta entre las rodillas.

—Hijo mío… se me parte el alma al verte en este estado. No era mi intención…

—¿Y cuál era madre? —preguntó de pronto el rey, alzando la vista.

Doña María quedó impresionada. Su rostro estaba ajado, macilento, cubierto por una rala y enmarañada barba. Sus ojos, hundidos en unas marcadas ojeras, brillaban llenos de ira, de rabia, de decepción. Se preguntaba cuánto tiempo podría aguantar su hijo encerrado en aquel calabozo, aquel infierno de abandono y soledad.

—Salir de aquí depende de ti, hijo mío. Solo tienes que recapacitar.

El rey sonrió con desgana.

—Y lo estoy haciendo, madre, te lo aseguro. Encerrado en estas cuatro paredes, donde tu traición me ha arrastrado, tengo todo el tiempo del mundo para pensar, para… ¿cómo has dicho? Sí, eso, recapacitar.

Doña María suspiró. Sus ojos se humedecieron por la tristeza.

—Debí haberte hecho caso… —El rey volvió a ocultar el rostro entre sus rodillas—… debí haberlos matado cuando tuve ocasión. Ahora estoy sufriendo las consecuencias de mi error, de mi desesperada búsqueda de su afecto, de su cariño. Sí, madre, debí hacerte caso.

La reina madre se agachó y entre lágrimas acarició el rostro de su hijo. Lo levantó para poder mirarlo a los ojos.

—¿No recuerdas el daño que nos hizo tu padre? ¿No recuerdas cómo nos abandonaba en el alcázar para yacer con *la Perra*? ¿No ves que te estás comportando igual con Blanca, con la reina de Castilla? La has rechazado por tu amante, la encerraste en Arévalo como tu padre me encerró en el alcázar. Lejos, para que no le molestara. Has beneficiado a sus parientes como tu padre colmó de títulos y oro a *la Perra* y a sus hijos —comenzó a acariciarle el rostro con suavidad, con ternura. Por sus mejillas corrían desbordadas las lágrimas—. Hijo mío no cometas los mismos errores que tu padre. No permitas que la reina de Castilla sea ultrajada, humillada, despreciada. No se lo merece, como yo no me lo merecía. Recapacita, hijo mío. Abandona a la Padilla y a sus parientes. Te lo ruego, vuelve con tu esposa.

Don Pedro apartó las manos de su madre con brusquedad. Se incorporó y mirándole con dureza y resentimiento le preguntó:

—¿Qué haces con ellos, madre? ¿Cómo has podido aliarte con aquellos que quieren destruirme? ¿Con quienes durante años han sido tus terribles enemigos? Recuerdo que me insistías hasta la extenuación que debía exterminarlos o serían ellos quieres acabarían conmigo. ¿No lo recuerdas? —El rey negó con la cabeza y apartándose unos pasos de su madre, añadió —: ¿Realmente soy yo quién debe recapacitar?

—Pero…

Don Pedro la interrumpió con un gesto de mano.

—No insistas madre. Quién ha traicionado a su hijo, a su propia sangre, aliándose con sus enemigos eres tú. Quién debe recapacitar eres tú, no yo.

La reina comprendió que su hijo no entraría en razones. Doña María de Padilla le tenía completamente hechizado y nada, absolutamente nada, podía hacer para separarlo de ella salvo dejarlo allí, encerrado, solo, olvidado por todos.

«Es lo mejor para Castilla». La reina intentaba convencerse a sí misma de que abandonar a su hijo en aquella lúgubre y sucia celda era lo correcto. Había hecho un juramento a doña Blanca de Borbón y vive Dios que lo cumpliría. Hasta las últimas consecuencias. Se secó las lágrimas de las mejillas, suspiró hondo y más recompuesta, abandonó el calabozo y la última oportunidad de reconciliarse con su hijo.

OceanofPDF.com

59

Toro, diciembre de 1354

Don Tello se movía inquieto en sus aposentos. La posibilidad de perder el señorío de Vizcaya le atormentaba. La advertencia del infante Fernando le había provocado un insoportable desánimo. ¿Para esto se había unido a la Liga? ¿Para esto había traicionado a su rey? Estaba cansado, terriblemente cansado. Se sentó en una silla y bebió un vaso de vino. Miró por la ventana y contempló como el sol se ocultaba por el horizonte. Llevaba varios días en Toro y apenas le habían entregado un par de villas sin importancia, mientras que a los seguidores del infante les colmaban de títulos y propiedades. No solo no le nombraron tesorero del reino, tal y como había sido acordado, sino que, además, le amenazaron con quitarle su señorío. Habló de ello con sus hermanos don Fadrique y don Enrique, pero le ignoraron. Ellos tenían sus propias preocupaciones, sus propias ambiciones que saciar, como para ocuparse de los problemas de su insignificante hermano pequeño. Sí, estaba cansado, pero no solo de la actitud del infante, sino también de la de sus hermanos. Se sentía desplazado, despreciado por ellos. Nunca le tenían en cuenta salvo cuando les interesaba. Él era su hermano, hijo de rey. Deberían tenerle también en consideración, pero no lo hacían. Con don Pedro encerrado en un calabozo, cada noble de la Liga miraba únicamente por su interés, por sus ambiciones, por su codicia. Castilla, la reina Blanca o deshacerse de los Padilla les importaba más bien poco. Quizá había llegado el momento de desprenderse de la sombra de sus hermanos mayores y empezar a pensar por sí mismo. Sí, había llegado el momento. Bebió un largo trago de vino. Sintió como su acidez le rasgaba la garganta, al tiempo que estimulaba su ánimo, impulsándole a levantarse de

esa silla y, por una vez en su vida, tomar las riendas de su propio destino. Salió de sus aposentos y se dirigió al calabozo donde la Liga tenía encerrado al rey de Castilla. Un soldado le abrió la puerta y entró en la celda. Don Pedro estaba de rodillas, iluminado por una tenue luz que entraba por un estrecho ventanuco. Tenía los ojos cerrados y su respiración era pausada, como si se encontrara rezando.

—¿Os molesto? —preguntó don Tello cerrando la puerta a su paso.

El rey desvió la vista hacia su visitante. Se incorporó y se acercó a él. Cada visita que recibía era una nueva oportunidad de sembrar la discordia entre los nobles, de poder escapar de su encarcelamiento. Debía ser amable, considerado, tragarse la bilis que corría por su garganta. Contener la rabia que se debatía en su interior y que le impulsaba a estrangularlo.

—No, querido hermano, tú siempre serás bien recibido. Ya sea en mi alcázar o en mi calabozo —dijo el rey con la mejor de sus sonrisas.

Don Tello le observó y advirtió que llevaba ropajes nuevos y limpios. Alguien más intentaba ganarse su favor. Debía darse prisa.

—Mi rey, no es de mi agrado encontraros en esta situación. Encerrado como si hubierais cometido un crimen. —El tono de don Tello era afligido, apesadumbrado, triste.

El rey se acercó a él, le cogió del hombro y con una sonrisa le dijo:

—Lo sé, hermano mío —volvió a acercarse a la luz que entraba por el ventanuco. En el calabozo hacía frio y aquellos rayos de sol, aunque débiles, le producían una agradable sensación—. Tú no has tenido que ver nada en esta traición —el rey hablaba sin apartar la vista del cielo azul que se dejaba ver por el ventanuco—. Cuando sea liberado de esta prisión, porque ten por seguro que seré liberado, haré justicia con todos aquellos que me han traicionado —desplazó la mirada hacia su hermano y añadió—: Pero tú no tienes nada que temer. Has sido víctima de la codicia de otros. Lo sé. Tú quedarás libre de toda culpa.

Don Tello se sintió profundamente aliviado y soltó un largo suspiró. El rey le contempló. Intentaba escrutar en su mirada el motivo de su visita. Entendía que no era gratuita, como no lo fue el encuentro con el infante Fernando. Algo estaba sucediendo entre los nobles de la Liga y debía obtener beneficio de ello. Su hermano bastardo solo se movía por el interés

y la ambición y si ahora se encontraba allí, con él, era por algún motivo. En los labios del rey asomó una sonrisa. Recordó que, cuando fue informado de su traición, le confiscó sus títulos y propiedades, entre ellas, el valioso señorío de Vizcaya… Y el infante Juan se había casado con doña Isabel de Lara. Podría reclamar el señorío, arrebatárselo fácilmente. Y más ahora que su hermano don Fernando tenía en su poder los sellos reales. ¿Sería este el motivo de su visita? Pronto lo averiguaría.

—Fui injusto contigo —prosiguió, paseando por la celda, mirando con tristeza al suelo—. Muy injusto. Te arrebaté tus propiedades cuando tú no fuiste culpable de nada. Fueron ellos los que te arrastraron al abismo de la traición, fueron ellos los que te engañaron, engatusándote con falsedades y mentiras. Tú, querido hermano, eres una víctima en toda esta farsa, en toda esta conspiración.

Don Tello bajó la vista y asintió sin decir nada, aceptando como verdaderas las palabras del rey.

—Así es, mi señor —dijo con pesar—. Soy una víctima. Me han utilizado para un perverso fin —levantó la mirada y la fijó en el rey—. Me alegra saber que vos, mi señor, os habéis dado cuenta de ello y no me guardáis ningún rencor.

—¡Jamás! —exclamó el rey—. Nunca podría guardarte rencor. Has obrado de buena fe, pero te han utilizado, te han engañado. Solo… solo desearía que todo fuera como antes de la rebelión. Yo recuperaría mi libertad y tú disfrutarías plácidamente de tu señorío de Vizcaya.

Don Tello se acarició pensativo su rasurado mentón y desvió la vista al suelo. Así permaneció unos instantes, meditando las palabras que acababa de pronunciar el rey, hasta que alzó la mirada y dijo:

—Quizá pueda ayudaros.

Don Pedro arrugó las cejas y le miró con interés.

—Podría pedirle a Fadrique que os permita salir un día. Solo un día, para ir a cazar. Sois el rey y merecéis algún tipo de consideración.

—¿Crees que podrías lograrlo?

Don Tello asintió y respondió:

—Vos solicitadlo y yo me ocuparé de que Fadrique lo autorice.

—Y durante la cacería…

—Escaparéis de esta celda.

El rey asintió, pero aún había una cuestión que le inquietaba.

—Hinestrosa —dijo mirando a don Tello—. Él también debe huir.

—El día de la cacería, será liberado. Os lo garantizo.

El rey sintió como una enorme emoción invadía su ánimo. Por fin, después de largas semanas, podría huir de aquel encierro. El plan no parecía excesivamente desarrollado, pero las desavenencias entre los nobles de la Liga no facilitarían su persecución y captura. Una vez fuera de los muros de Toro, sería libre. Libre para reinar, para administrar justicia, para vengarse.

—Busca a Gutier Fernández de Toledo y explícale el plan. Él sabrá qué hacer.

Don Tello asintió. Sabía dónde encontrar al privado del rey. Cuando don Pedro se entregó a los sublevados, don Gutier se marchó a sus propiedades en Toledo, donde no fue importunado ni molestado por los nobles de la Liga. Las preocupaciones de los conjurados eran otras y no malgastaron ni su tiempo ni sus recursos en resarcirse con quienes habían servido con lealtad al rey de Castilla. Don Tello miró suplicante a don Pedro, como si fuera un menesteroso que esperase recibir limosna a la puerta de una iglesia. Don Pedro no tardó en entender esa mirada. Toda traición tiene un coste, un precio que es necesario satisfacer.

—En gratitud por sus servicios a Castilla, te devolveré el señorío de Vizcaya —dijo.

—Mi señor… os lo agradezco, pero ese señorío ya era de mi propiedad… —replicó don Tello.

Los labios del rey esbozaron una media sonrisa. La codicia de don Tello era insaciable y su desconfianza infinita, pero no era momento para negociar. No se encontraba precisamente en un mercado de ganado, sino en una mugrienta celda en Toro. ¿Qué precio estaría dispuesto a pagar por su libertad, por su vida?

—Es cierto, ya era tuyo —aceptó el rey—. Te concedo las villas de Aguilar de Campoo y Santillana, ¿estás satisfecho?

Don Tello asintió complacido y le mostró unos papeles.

—Mi señor, os ruego que confirméis en estos documentos la entrega de esas propiedades. No me interpretéis mal, no es desconfianza hacia vos,

pero la situación es muy convulsa en Castilla y las palabras se las lleva el viento. Para evitar porfías y malentendidos, creo que es conveniente que la concesión de esas villas quede por escrito.

El rey hizo denodados esfuerzos por no clavar la pluma en el cuello de aquel ser miserable y ruin. Respiró hondo, tragó saliva y tomó asiento frente a una pequeña mesa. De su puño y letra escribió y firmó las propiedades que le concedía a don Tello y le entregó los documentos. Su hermano los tomó y los leyó con detenimiento, asegurándose de que se había escrito lo convenido. Cuando hubo confirmado que así había sido, asintió. Sus ojos brillaban con el fulgor de la ambición satisfecha.

—Pronto seréis libre, mi señor.

—Y tú uno de los hombres más ricos de Castilla —dijo el rey.

OceanofPDF.com

60

Toro, enero de 1355

La mañana amaneció fría y envuelta en una densa bruma. Dos soldados abrieron el calabozo del rey y lo escoltaron al patio de armas. Allí le esperaban diez jinetes pertrechados para la guerra, varios perreros y una reala de treinta perros. En el patio de armas se originó un gran alboroto entre los improperios de los perreros y los ladridos de los perros. Pero el rey se sentía dichoso. La caza era su pasión y poder abandonar aquel calabozo impregnaba su ánimo de energía y entusiasmo. Se sorprendió al encontrar a Hinestrosa esperándole montado en un caballo. Sus ojos se cruzaron y sonrieron de forma furtiva.

—Su caballo, mi señor.

Un palafrenero de unos catorce años le ofreció un viejo caballo blanco con motas grises. Era un percherón de carga que había vivido mejores momentos. Con aquella cabalgadura intentaban evitar que el rey pudiera escapar.

—Es rápido como el viento —dijo el oficial de los soldados que le custodiarían durante la jornada de caza para evitar su huida. Era un hombre fuerte, de mentón marcado y rostro rasurado. Sus ojos eran negros, enmarcados por unas cejas extremadamente pobladas. Se rio de su propia gracia.

—Un hermoso ejemplar —dijo con sarcasmo el rey, subiéndose a la grupa.

—Será difícil que algún marrano asqueroso se nos escape hoy —el oficial le entregó una pica y lo miró con desprecio—. Será una magnífica jornada de caza. Lo presiento.

El rey tragó saliva y apretó los puños; no le pasaron desapercibidas las insultantes palabras del oficial. Negó con la cabeza y decidió distraer su mente con pensamientos más agradables que la presencia del zafio oficial.

—Hace semanas que no salgo de mi celda —el rey respiró el aire fresco y puro de la mañana, muy distinto al enviciado y podrido de su celda—. Aunque regresemos sin trofeo, habrá merecido la pena salir de caza.

El oficial se acercó a su montura y con una mirada fría que don Pedro no supo reconocer, le dijo:

—De eso no tengáis la menor duda, mi señor —giró su montura y gritó —: ¡Todos listos!

Los perros rompieron en gruñidos y ladridos azuzados por la voz del oficial. Los perreros tuvieron serias dificultades en contener la energía que les impulsaba a salir corriendo del castillo y adentrarse en lo más profundo del bosque en busca de una presa.

—¡Vámonos! —exclamó el oficial alzando el brazo derecho y guiándolo hacia adelante.

Desde una ventana de la torre del homenaje don Tello observaba con interés la escena. Le había supuesto un gran esfuerzo que sus hermanos accedieran a permitir que el rey disfrutara de una jornada de caza, pero al fin lo había conseguido. Además, los soldados que lo vigilaban pertenecían a la guardia personal de don Enrique. Eran hombres de su más estrecha confianza. No había pues nada que temer y era prudente satisfacer algún capricho de quien todavía era el rey de Castilla. Don Tello observaba como los perreros corrían detrás de los perros, a los que tenían atados con largos correajes. Les seguían los jinetes y con ellos, el rey y don Juan Fernández de Hinestrosa. La niebla de la mañana le ayudaría a lograr su propósito. Respiró hondo. Necesitaba calmarse. «Todo saldrá bien». Su corazón latía con fuerza amenazando con salir de su pecho.

La reala entró en el bosque perseguida por los esforzados perreros, que hacían denodados esfuerzos para no tropezar con las ramas y troncos caídos. Los jinetes azuzaron sus monturas y siguieron los ladridos, que poco a poco se iban perdiendo entre la niebla. El rey e Hinestrosa cabalgaban casi juntos. No se hablaban y se lanzaban discretas miradas de soslayo. Ambos agarraban con fuerza su pica. La mañana avanzaba y el sol se abría

paso entre la madrugadora neblina. Sus rayos perfilaban los troncos de los robles y los pinos. El rey desconocía cuál era el plan, pero estaba seguro de que debería ser ejecutado cuanto antes. Pronto la niebla se desvanecería.

—¡Vamos o perderemos a los perreros! —gritó el oficial.

El rey espoleó su montura, pero apenas cabalgaba al trote. El orondo animal no daba para más. Se estaba quedando atrás. Solo Hinestrosa y un par de jinetes que vigilaban su espalda le acompañaban. Quizá había llegado el momento de la huida. De pronto, de entre los árboles y oculto por una neblina que se negaba a desaparecer, surgió la figura del oficial. Se dirigía hacia el rey a todo galope, con la espada desenvainada. El rey giró su montura y alzó la pesada pica presto a defenderse, cuando el silbido de una flecha cruzó de improviso el bosque. El oficial sintió como la flecha se le clavaba en el pecho y detuvo su montura. Sus ojos abiertos por el espanto aún reflejaban una insondable confusión cuando cayó malherido al suelo. Los dos jinetes que vigilaban al rey desenvainaron sus espadas, pero sufrieron el mismo destino que el oficial. De entre la niebla, montado en un caballo blanco, surgió la figura de don Gutier Fernández de Toledo. Le acompañaba una docena de jinetes.

—Mi señor, todavía hay caballeros leales a vuestra causa —don Gutier lucía una enorme sonrisa.

—Gutier, amigo mío —dijo agradecido el rey.

—Saludos, Gutier. Creo que nunca me he alegrado tanto de verte —dijo Hinestrosa.

El rey desvió la vista hacia el oficial que yacía muerto con una flecha clavada en el pecho. Sus ojos estaban abiertos y de su boca colgaba inerte la lengua.

—Este no estaba en nuestros planes, sino en los de don Enrique —comentó don Gutier, advirtiendo el desconcierto en la mirada del rey—. Vuestro hermano quería veros muerto, mi señor.

Don Pedro asintió con pesar sin poder evitar apartar la mirada del oficial. Don Enrique le había permitido disfrutar de una jornada de caza para tener la oportunidad de matarlo. Pero afortunadamente no solo su plan había fracasado, sino que además ahora era libre. Respiró hondo. Ya resarcirá cuentas con su hermano bastardo más adelante.

—Señor, debemos marcharnos —observó acertadamente uno de los jinetes, acercando a don Pedro el caballo de uno de los soldados muertos.

Don Gutier asintió.

—¿Dónde vamos? —preguntó don Pedro, al tiempo que cambiaba de montura.

—A Segovia, mi señor. Ha llegado el momento de contraatacar.

OceanofPDF.com

61

Toro, enero de 1355

Don Enrique de Trastámara se movía furioso de un lado a otro de la sala, dando largas zancadas y mascullando palabras ininteligibles, como si estuviera lanzando una terrible maldición. El resto de los nobles le observaba en silencio, con el gesto marcado por la preocupación. El rey había escapado y sin su vigilancia y control era completamente impredecible. Desconocían a dónde se dirigía, pero sospechaban cuál sería su propósito: la venganza. El sol declinaba por el horizonte, pronto anochecería en Toro.

—¿Cómo ha podido pasar? ¿Cómo ha podido escapar? —mascullaba una y otra vez el conde de Trastámara.

—Iba escoltado por tus hombres —se atrevió a responder el infante Fernando—. Solo la traición puede explicar su huida.

Don Enrique se abalanzó sobre él y tuvo que ser retenido por sus hermanos.

—¿Me acusas de traición? —preguntó furioso—. ¡Eres un bastardo!

—¡Aquí los únicos bastardos sois vosotros! —replicó el infante, levantándose de la silla y señalando a los Guzmanes con el dedo.

—¡Basta! —exclamó con autoridad doña María de Portugal. Miró en rededor y se mantuvo en pie, firme, serena hasta que cesó el alboroto—. Tomad todos asiento. Por Dios, no nos encontramos en una de esas tabernas que habitualmente frecuentáis. ¡Comportaros como nobles de Castilla! —a regañadientes y enfurruñados, don Enrique y sus hermanos tomaron asiento —. Bien, el rey ha escapado. Desconocemos cómo ha podido suceder, pero no cabe la menor duda de que alguien de esta mesa le ha tenido que ayudar.

Podemos perder el tiempo averiguando quién ha sido, pero eso no solucionará el hecho de que el rey haya logrado escapar. Debemos determinar qué vamos a hacer a partir de ahora.

—Estoy de acuerdo con lo que dices —intervino don Tello—. Alguno de los aquí presentes le ha tenido que ayudar, pero investigar quién ha sido es una pérdida de tiempo. Lo único cierto es que esta Liga está muerta, liquidada. Por mi parte regresaré a mi señorío. Vosotros haced lo que os plazca.

Don Enrique le lanzó una mirada despectiva.

—Tú siempre tan práctico, hermano mío. Quizá seas tú quién está detrás de esta traición, ¿qué te ha prometido el rey, devolverte tus propiedades, entregarte otras?

A don Tello le latía el corazón con fuerza. Respiró hondo intentando sosegarse.

—Los soldados que acompañaban al rey pertenecían a tu guardia personal. Hombres de tu máxima confianza, ¿me acusas tú de traición? —preguntó don Tello. Dispuesto, por primera vez en su vida, a enfrentarse a su hermano.

Don Enrique de Trastámara le lanzó un puñetazo que le hizo caer al suelo. Luego se subió encima y le golpeó con fuerza, con saña, descargando toda su ira sobre su hermano. Don Fadrique le agarró por la espalda y consiguió separarlo. Don Tello se dolía en el suelo con la cara ensangrentada. Los nobles se acercaron y le rodearon, preocupándose por su estado. Don Tello se levantó ayudado por don Fernando de Castro. La nariz le sangraba profusamente y tenía el labio inferior hinchado. Escupió sangre y dijo:

—Me voy, no tiene sentido continuar con esta mentira. —Tambaleante, pero con paso decidido, abandonó la sala ante la perpleja mirada de los allí presentes.

Don Fernando de Castro observó como don Enrique de Trastámara jadeaba cansado, con los puños sucios de la sangre de su hermano. La Liga, la conjura, carecía de sentido. Nació para traicionar a un rey y los conjurados acabaron traicionándose entre ellos. Consideraba que las obligaciones que había contraído con los Guzmanes estaban resueltas.

Había logrado desposarse con doña Juana y con la captura del rey había restablecido el honor de su hermana y el de la familia. La huida de don Pedro no era un asunto de su incumbencia. Que se las arreglaran entre el infante Fernando y don Enrique de Trastámara. Respiró hondo y mirando fijamente a los ojos del conde dijo:

—Yo también me voy.

—¿Cómo? —preguntó desconcertado don Enrique.

—Don Tello tiene razón, esta Liga está corrupta, infectada por la podredumbre de la traición y la codicia. Ya nadie confía en nadie. Por mi parte podéis hacer lo que queráis, pero yo no permaneceré más tiempo en esta cueva de traidores —don Fernando de Castro se marchó sonriendo, complacido. Nunca pretendió enfrentarse al rey, traicionarlo, pero después del maltrato y repudio sufrido por su hermana, no tuvo otra opción. Pero ahora, por fin, se sentía liberado de los vínculos que le unían con los Guzmanes. Podía regresar a sus tierras con doña Juana.

—¿Dónde vas? —preguntó incrédulo don Enrique—. ¡Traidor, eres un perro traidor! —exclamó furioso, frustrado.

Pero don Fernando de Castro no le escuchó, o si lo hizo, ignoró su insulto; la estéril ofensa de un noble que contemplaba impotente como sus sueños de grandeza se desvanecían como un castillo de arena barrido por las olas del mar.

Don Juan de la Cerda cogió del hombro a don Enrique y, sin decir palabra, también abandonó la sala. Le siguieron los infantes Fernando y Juan. Doña Leonor de Castilla lanzó un largo suspiro y negando con la cabeza los acompañó.

—Hermano, ya no hay nada que podamos hacer —dijo don Fadrique—. Será mejor que regresemos a nuestras tierras, lejos de la ira del rey.

—Me quedaré aquí, en Toro —repuso don Enrique—. Al menos, de momento. Esto todavía no ha terminado.

—Yo también permaneceré aquí, en Toro —intervino doña María de Portugal—. Debemos superar este contratiempo. Creo en esta causa, en nuestra causa. Creo en restablecer el honor de la reina Blanca, en desprendernos de la Padilla y de sus familiares. Aún no hemos sido derrotados.

Don Enrique de Trastámara la miró con gratitud. La reina madre era una mujer fuerte, valiente. Cada poro de su piel rezumaba más valor y coraje que en todos aquellos nobles juntos. Unos cobardes que huían ante la mínima adversidad. Doña María de Portugal había sido enemiga de su madre. Ambas se odiaron durante años, aunque por distintos motivos: doña María odiaba a doña Leonor porque le había arrebatado al hombre que amaba y doña Leonor porque le había usurpado la Corona de Castilla. Doña María estaba acostumbrada a luchar sola ante la adversidad. Lo había hecho toda su vida, desde que el rey Alfonso la abandonara por su amante. Pero era perseverante y no cejaría en su empeño en restituir el honor de doña Blanca. Doña María de Portugal había padecido las consecuencias del desprecio, del ostracismo, de una constante humillación. Y haría lo imposible para que su protegida no sufriera el mismo destino, el mismo tormento. Aunque pusiera en riesgo su propia vida.

—Gracias, mi señora —agradeció sincero don Enrique de Trastámara.

—Si Alburquerque estuviera aquí… —comentó la reina con pesar.

Doña María de Portugal echaba de menos al canciller. Si Alburquerque hubiera estado allí, con ellos, la Liga jamás se habría disuelto. Él sabría como reconducir la situación, como infundir nuevos ánimos, como aglutinar ambiciones y voluntades. Pero el canciller había fallecido y de poco servía lamentar su muerte.

—Está bien, vosotros quedaros aquí. Yo iré a Llerena a armar a mis tropas. Continuaremos la lucha —aceptó don Fadrique.

Don Enrique le cogió de los hombros. Le miró con orgullo y le abrazó con fuerza, con gratitud. Doña María de Portugal los miraba aún sorprendida de encontrarse allí, con ellos, con los hijos de *la Perra* a quien tanto había odiado. Caprichoso era el destino que le arrojaba a quienes habían sido sus enemigos, para evitar que otra reina sufriera sus mismas angustias y penalidades.

«Cuando acabe todo esto y regrese la normalidad a Castilla, encontraré el medio de librarme de los bastardos. Juro que lo encontraré», pensó la madre del rey.

⁂

Doña Leonor de Castilla se movía inquieta en sus aposentos. Sus hijos don Fernando y don Juan la miraban en silencio. Intentaba organizar sus ideas, discernir entre el torbellino de sensaciones que se arracimaban en su ánimo, qué había sucedido, quién se había adelantado a sus planes y, sobre todo, cómo debían actuar ahora que el rey está libre.

—¿Qué ha pasado? ¿Alguien me lo puede explicar? —preguntó doña Leonor mirando inquisitiva a sus hijos.

—Ha debido de ser don Tello —respondió el infante Juan.

—Don Tello, don Juan de la Cerda, don Fernando de Castro… incluso ha podido ser la reina doña María o el mismísimo conde de Trastámara —dijo el infante Fernando.

El infante tenía razón; de un modo u otro, cualquiera podría haber sido quien ayudó al rey a escapar de su prisión. Ellos mismos estaban dispuestos a hacerlo. Pero alguien, con más urgencias o necesidad, se les adelantó.

—¿Contactaste con don Gutier Fernández de Toledo? —preguntó doña Leonor a don Fernando.

—No me fue posible, no tuve tiempo…

—Es una pena —se lamentó doña Leonor—. Bien, ahora que el rey está libre, la situación ha cambiado completamente. Se nos presenta una oportunidad que no debemos desaprovechar.

Los infantes miraron a su madre sin entender qué quería decir.

—Sírveme agua, tengo sed —ordenó al infante Juan, que obedeció con rapidez y diligencia. Tomó asiento en un banco de madera y dio un pequeño sorbo—. El rey debe estar con don Gutier y con don Juan Fernández de Hinestrosa. Supongo que en breve se le unirán el resto de los Padilla, pero… ¿qué creéis que harán los nobles de Castilla?

—Algunos se le unirán, otros se refugiarán en sus haciendas en espera de los acontecimientos y otros, como don Enrique de Trastámara y quizá don Fadrique, le seguirán combatiendo —respondió don Fernando.

—Exacto —dijo doña Leonor—. Eso es precisamente lo que va a ocurrir. La cuestión ahora es decidir qué debemos hacer nosotros, qué es lo más conveniente para nuestros intereses.

—¿Mantenernos al margen? ¿Esperar a ver qué hace la mayoría de los nobles? —preguntó don Juan sin excesivo convencimiento.

—Esa es una postura prudente, comedida —observó doña Leonor—, pero desacertada.

El infante Juan arrugó las cejas confuso.

—¿Por qué? —preguntó.

Doña Leonor suspiró largamente, como si tuviera que impartir una clase a un niño de cinco años.

—El rey solo cuenta con el apoyo de don Gutier Fernández de Toledo. Los Padilla no son nobles, son simples infanzones que han medrado gracias a los regalos y títulos que don Pedro les ha concedido por ser parientes de su concubina.

—Y el rey necesita que la vieja nobleza esté a su lado… —observó don Fernando.

Doña Leonor asintió y mirándole con férrea determinación, le dijo:

—Debes averiguar dónde está el rey y entregarle los sellos reales, sus símbolos de poder. Debes, debemos —corrigió, cogiendo a sus dos hijos de los brazos—, ponernos de su lado y cuánto antes, mejor.

—Si luchamos con el rey, seremos enemigos de los Guzmanes —observó el infante Juan.

Doña Leonor soltó un largo suspiro, puso los ojos en blanco y dijo:

—Siempre lo hemos sido, querido hijo, siempre.

OceanofPDF.com

62

Segovia, enero de 1355

El rey estaba sentado en el trono, en silencio, en la sala que ordenó construir el rey Alfonso VIII hacía más de doscientos años en el alcázar de Segovia. Por los amplios ventanales entraba la suave luz del atardecer confiriendo a la sala una cálida tonalidad dorada. Con él se encontraban sus más fieles partidarios; don Gutier Fernández de Toledo, don Juan Fernández de Hinestrosa, don Diego García de Padilla, don Juan García de Villagera y Padilla, y Samuel Leví, el tesorero real. Don Pedro logró huir, escapar de su prisión. Y había llegado el momento de actuar, de responder a la vil traición. Y para lograr sus propósitos necesitaba del favor de la nobleza castellana. Una nobleza que se había sublevado, levantándose en armas en su contra. Además, la Iglesia tomó partido abiertamente a favor de los nobles rebeldes. El papa Inocencio otorgó al obispo de Senez una bula con la que le amenazaba con la excomunión si no abandonaba a doña María de Padilla y regresaba con doña Blanca de Borbón. El rey ignoró las continuas misivas enviadas por el obispo, hasta que el 19 enero, el emisario pontificio lanzó la excomunión contra el rey y el entredicho sobre Castilla, prohibiendo la celebración de actos de culto en las iglesias del reino, salvo en los territorios controlados por los sublevados. El rey sonrió con desgana. Al papa no le importaba lo más mínimo el bienestar de doña Blanca, lo que realmente le preocupaba era reafirmar la alianza de Castilla con Francia, pues los franceses estaban siendo aplastados por los ingleses en la interminable guerra que persistían en mantener desde hacía años. Al rey no le alertaba excesivamente la excomunión, pero no era necio. Estar a malas

con el papado tampoco le beneficiaba. Escribiría a Inocencio explicándole con detalle su versión de los hechos. Pero ahora eran otras las urgencias.

—¿Qué sabemos de los bastardos y del resto de los traidores? —preguntó don Pedro a sus consejeros.

Don Gutier dio un paso al frente y respondió:

—Don Fernando de Castro se encuentra en Galicia, don Juan de la Cerda en sus tierras en Andalucía, don Tello ha huido a su señorío de Vizcaya, don Fadrique se encuentra en Llerena y don Enrique de Trastámara permanece en Toro, con vuestra madre. Con vuestra huida la Liga se ha desvanecido como si hubiera sido arrasada por un vendaval.

—¿Está en Toro? —preguntó el rey.

—No se ha movido de allí. Supongo que en espera de los acontecimientos —respondió don Gutier.

—O aguardando que don Fadrique acuda en su ayuda con los soldados de la Orden de Santiago —dijo don Diego García de Padilla.

—En tal caso, deberíamos actuar con celeridad —propuso don Gutier.

El rey asintió y apretó rabioso la mandíbula. Don Enrique de Trastámara fue uno de los instigadores de la sublevación. Junto con Alburquerque, fue su máximo responsable. Muerto el excanciller, sobre él recaería sin compasión toda la ira regia. Don Pedro había intentado reconciliarse con su hermano, le había concedido títulos, propiedades. Le había ofrecido su amistad, su afecto, su confianza. Y don Enrique a cambio lo encerró en un oscuro calabozo. La traición de su hermano fue terriblemente dolorosa. Más incluso que la de su madre, a quien consideraba débil y manipulable. Entre aquellas cuatro paredes fue incubando un odio visceral, enfermizo, irrefrenable. Deseaba vengarse, asesinarlo con sus propias manos. No hay nada más cruel y despiadado que la traición de un ser amado. Pronto llegaría el momento de la venganza. Y lo disfrutaría con deleite y regocijo. Sí, pronto, muy pronto, llegaría ese momento.

—¿Dónde están los infantes?

—Mi señor, el infante Fernando de Aragón está aquí, en Segovia —respondió don Gutier.

El rey arqueó los ojos ante la inesperada respuesta.

—Llegó hace unas horas —prosiguió—, quiere reunirse con vos, pediros perdón y unirse a vuestra causa contra el conde de Trastámara.

—Por fin se ha dado cuenta que ambos compartimos el mismo enemigo —dijo don Pedro con un asentimiento—. ¿Qué consideráis que debo hacer? —Se incorporó del sitial y comenzó a andar hacia sus consejeros—. ¿Debo ejecutarlo por traidor o aceptar su rendición y vasallaje?

Los consejeros intercambiaron miradas sin saber muy bien qué responder. Fue Samuel Leví, un hombre práctico, flemático, poco inclinado a tomar decisiones influenciadas por sentimientos y emociones, quien respondió:

—Mi señor, en estos momentos nos encontramos escasos de apoyos y cualquier ayuda sería bien recibida y más si esta proviene de importantes y poderosos nobles —la voz del tesorero sonó pausada y convincente—. Con ello, no digo que sus delitos deban ser perdonados. Ruego que no se me interprete mal, pero considero que no hay nada que perder en escucharle, en oír sus argumentos y en apreciar qué nos puede ofrecer para purgar sus pecados y faltas.

El rey desvió la mirada hacia don Gutier y le hizo un gesto para que expresara su opinión.

—Estoy de acuerdo con Samuel Leví. Es más, considero prudente y conveniente recibir con los brazos abiertos a todos los nobles de la Liga, salvo a don Enrique de Trastámara y a don Fadrique, claro está. Sí, mi rey —continuó, advirtiendo la confusión en los ojos de don Pedro—, sin lugar a duda. Cualquier aliado que rechacemos ahora, podría convertirse en enemigo en el futuro. No nos sobran precisamente los aliados —don Gutier sonrió, extendiendo los brazos—, pero sí los enemigos.

—Así es, mi señor —intervino Hinestrosa—. Si al infante no le aceptamos como aliado es muy probable que se revuelva contra nosotros. Deberemos tenerlo vigilado, eso sí, a él y a los nobles de la Liga que decidan cambiar de bando en esta guerra.

El rey se acercó a un ventanal y contempló como el sol acariciaba el horizonte. Pronto anochecería en Segovia. Se acariciaba el mentón pensativo, analizando las sugerencias de sus consejeros de confianza. ¿Perdonar a los nobles rebeldes…? ¿Castigarlos? El infante Fernando le

ayudó durante el tiempo que estuvo encerrado en Toro. El rey lo recordaba perfectamente. Le proporcionó una mejor comida, ropaje y, lo más importante, información sobre doña María de Padilla e Hinestrosa. Prometió que tendría en cuenta su ayuda y parecía que había llegado el momento de cumplir su palabra. Estaba persuadido de que el infante le habría facilitado la huida si don Tello no se hubiera anticipado.

—Hacedle pasar y dejadnos solos —ordenó el rey.

Los consejeros asintieron y se marcharon de la sala. Poco después hacía su entrada el infante Fernando. Su corazón latía con fuerza presa del temor. Intentó ayudar al rey cuando estuvo encerrado, le compartió información sobre doña María de Padilla y don Juan Fernández de Hinestrosa. El rey se mostró agradecido y prometió que tendría muy en cuenta su gesto en el caso de que las circunstancias fueran menos adversas… Y las circunstancias habían cambiado sobremanera. ¿Cumpliría el rey su promesa? ¿Lo ejecutaría? ¿Lo encerraría en un calabozo? El infante tragó saliva. Se dirigió hacia el rey mirándole fijamente a los ojos, intentando descifrar cuáles serían sus intenciones. Su madre, doña Leonor de Castilla, le había insistido en que acudiera inmediatamente a Segovia, a rendirle vasallaje, a pedirle perdón. No había nada que temer, pues el rey le necesitaba si pretendía vengarse del bastardo. Confiaba en que su madre estuviera en lo cierto, o su futuro sería de lo más aciago.

—Mi señor. —El infante se arrodilló a sus pies y alzó las manos ofreciéndole los sellos reales sin apartar la mirada del suelo.

El rey se acercó a él y los tomó. Los sellos reales, el símbolo de su poder, volvían a estar en sus manos. Se quedó mirándolos durante un instante. Don Pedro estaba satisfecho, complacido. A sus labios asomó una sonrisa victoriosa.

—Levántate. —El rey le ofreció su mano como apoyo. El infante alzó la vista y tomó su mano. Soltó un largo suspiro de alivio. En los ojos del rey advirtió que no le guardaba rencor y que no le esperaba ningún castigo… de momento.

—Mi señor, os entrego los sellos reales y el que me distingue como canciller de Castilla, para que obréis con ellos como estiméis oportuno —el

infante se disponía a quitarse el sello que colgaba de su pecho, cuando el rey le interrumpió con un gesto de mano.

—Estás aquí, ahora —comenzó a decir—. Es un gesto valiente, decidido, humilde. Un gesto que te honra.

—Os suplico perdón por…

El rey volvió a interrumpirle negando con la mano y con la cabeza.

—No, no, no, el pasado, pasado está. Entiendo que fuiste seducido por las embriagadoras palabras de Alburquerque y alentado por el irrefrenable ímpetu de mi hermano Enrique. Son dos hombres extremadamente persuasivos. Y, si además, añadimos la inestimable participación de mi propia madre en la conjura, entiendo que es hartamente complicado no dejarse arrastrar hacía el abismo. No, no te guardo rencor por haberte unido a la Liga. Tu visita en el calabozo me hizo feliz. Temía por María, por mis hijas Beatriz y Constanza, y por Hinestrosa. Y tú me concediste esperanza. Ahora estás aquí, reconociendo tu error y pidiéndome perdón.

—Es tal como decís, mi señor —don Fernando de Aragón aún tenía el gesto demudado por la preocupación. A pesar de las benévolas palabras del rey, había participado en la conjura y la condena por traición era la muerte por decapitación—. Pero eso no me justifica —alzó la vista y mirando de frente al rey añadió—: Solo yo soy responsable de mis actos y aceptaré con humildad el castigo que estiméis oportuno infligirme para expiar mis faltas y delitos. Sea cual sea.

El rey se giró y comenzó a pasear meditabundo por la sala, con las manos cruzadas en la espalda. Estaba disfrutando terriblemente de ese momento. Realmente, sino necesitara de sus tropas y de su oro, lo habría ejecutado allí mismo, en aquel preciso instante. Pero debía ser menos impetuoso, más reflexivo. Tendría que tragarse la bilis que corría por su garganta y pensar a largo plazo. Su objetivo ya lo tenía marcado: don Enrique de Trastámara. Sobre él derramaría todo su odio, todo su desprecio. El fuego de su cólera lo devoraría, dejándolo calcinado, hecho cenizas. Había llegado el momento de la venganza, de la crueldad. Y, cuando su rabia estuviera plenamente saciada, llegaría el momento de evaluar lealtades, impartir justicia y rendir cuentas. Esas eran sus prioridades.

—En tal caso solo encuentro un modo en el que puedas purgar tus culpas —el rey miró a los ojos del infante. Se le advertía tenso, inquieto, agitado. Sonrió y esperó unos instantes antes de proseguir. Disfrutaba administrándole una pequeña venganza—. Deberás unirte a mí en la guerra contra mi hermano Enrique. Demuéstrame tu lealtad en el campo de batalla. Solo así, podré perdonarte.

Don Fernando se arrodilló ante el rey y humilló la vista, fijándola en el suelo. Intentaba refrenar la emoción que recorría sus entrañas. Tal como le había augurado su madre, el rey lo perdonaba. No tenía otra opción si quería vencer al conde de Trastámara. Lo necesitaba y él necesitaba al rey. Ambos tenían un enemigo común, pero por distintos propósitos.

—Mi señor, contad con mi espada y con la de mi hermano Juan.

Le rey posó su mano con suavidad sobre la cabeza del infante. Apretó la mandíbula y su mano tembló nerviosa. Hubiera deseado tener un cuchillo, mejor un hacha y poder abrir con él la cabeza del traidor. Asestarle un golpe contundente, certero, mortal. Sí, lo deseaba, pero tuvo que dominar su ímpetu, su ansia de justicia. Cerró los ojos, intentó sosegarse y dijo:

—Bien, bien. Que así sea. No te faltará ocasión de demostrar tu lealtad.

OceanofPDF.com

63

Segovia, febrero de 1355

La mañana era fría, pero el cielo estaba despejado y la luz del sol brillaba con todo su fulgor. El rey paseaba con doña María de Padilla por los jardines del alcázar. Tomaron asiento en un banco de piedra; doña María se sentía fatigada. Les envolvía un placentero silencio solo roto por el borboteo de una pequeña fuente cercana y arrullo de una paloma. El rey acercó su mano al vientre de la concubina y sonrió. En pocos meses daría a luz a su tercer hijo. En cambio, doña María se hallaba inmersa en un torbellino de sentimientos enfrentados. Estaba feliz, a la espera de un nuevo hijo, pero temía por don Pedro y por una guerra que amenazaba con eternizarse. Además, le habían informado de que doña Juana de Castro había dado a luz recientemente. Con el propósito de facilitar la reconciliación de don Pedro con doña Blanca de Borbón, el papado anuló el matrimonio con doña Juana de Castro, por lo que el recién nacido, de nombre Juan, al ser ilegítimo, no tendría derecho al trono. Doña María suspiró con pesar. Su mirada tenía una expresión sombría que no le pasó desapercibida al rey.

—¿Qué te sucede? ¿Estás cansada? ¿Quieres que regresemos? —preguntaba el rey atropelladamente.

—Estoy bien, es solo… —su voz mostraba un hondo pesar.

El rey la tomó de las manos y le animó a proseguir con la mirada.

—Temo por nuestros hijos.

—¿Qué quieres decir?

—Doña Juana de Castro ha tenido un hijo, un hijo tuyo…

—Lo sé. Me ocuparé de que sea tratado con la dignidad que le corresponde —la tomó de los brazos—. Pero el nacimiento de ese niño no debe perturbarte. Ya sabes que nuestro matrimonio fue anulado. Para mí, tú eres mi única esposa.

Doña María sonrió con amargura y sus ojos quedaron cegados por las lágrimas. Hundió el rostro en el pecho del rey, que le abrazó con ternura hasta que sintió que empezaba a sosegarse.

—Júrame, júrame que nuestros hijos… que tus hijos no lucharán entre ellos. —La voz de doña María revelaba una profunda tristeza, un hondo temor.

El rey empezaba a entender. Acarició con suavidad su pelo, mientras sentía como su pecho se agitaba convulso y asustado.

—Júrame que el hijo de doña Juana de Castro no combatirá contra sus hermanos como tú lo estás haciendo con don Enrique. Júrame que no se matarán entre ellos —hundió su rostro entre sus manos—. No podría soportarlo.

El cielo comenzaba a teñirse de gris y lo que era una suave brisa se tornó en un viento cada vez menos apacible. El rey se estremeció. Advirtió que quizá doña María tuviera razón. Juan, el recién nacido de doña Juana de Castro, era un hijo ilegítimo, pero sus hijas Beatriz y Constanza, y el niño que esperaba también lo eran. Sus dos matrimonios habían sido anulados. Debía contraer matrimonio y tener descendencia legítima. Era la única forma de proteger a sus hijos y de evitar que Castilla fuera devastada por una nueva guerra tras su muerte. El rey se arrodilló ante doña María y tomándole de las manos le dijo:

—Nos casaremos, amor mío. Tú serás mi esposa, la reina de Castilla.

Doña María levantó la vista y arrugó desconfiada las cejas.

—No sé cuándo, pero llegado el momento, te prometo que nos casaremos y nadie podrá evitarlo. Ni la nobleza castellana, ni el papado de Aviñón. Nadie —besó sus manos—. Nuestros hijos serán legítimos y heredarán la Corona. Nada has de temer por ellos. Te prometo, te juro que ninguno de mis hijos luchará entre ellos como yo me he visto obligado a hacer. No, no consentiré que mis hijos sean arrastrados a una guerra

fratricida. No permitiré que sufran lo que yo he sufrido, lo que estoy sufriendo.

Doña María sonrió dichosa y le besó. El rey sintió las lágrimas que corrían desbordadas por sus mejillas.

—Pronto terminará esta guerra y la normalidad regresará a Castilla —dijo el rey cogiéndole el rostro con ambas manos. La miró con ternura y convicción a los ojos. Intentando trasmitirle una seguridad de la que carecía.

—¿Me lo juras? —inquirió doña María.

El rey estalló en una sonora carcajada.

—Son muchos juramentos por hoy, ¿no crees? —sus labios esbozaron una sonrisa.

—Tienes razón, perdona…

Don Pedro acarició su rostro y besó sus labios, dando la conversación por terminada. Pronto emprendería la campaña contra su hermano, reanudándose así una guerra de resultado incierto. Pero ya tendría tiempo para las preocupaciones, para los desvelos e inquietudes. Ahora estaba allí, en el jardín del alcázar de Segovia, con su amada. Debía vivir ese instante con intensidad, devorarlo con fruición como si fuera el último, como si al día siguiente el sol se negara a asomar por el horizonte. El futuro no existía, solo aquel dichoso y cautivador presente.

⁂

El rey se encontraba en la Sala del Trono del alcázar. Contemplaba por los amplios ventanales la ciudad de Segovia. El sol había sido engullido por unas nubes negras que amenazaban lluvia. Suspiró hondo. En pocos días retomaría la campaña contra su hermano. Pensó en doña María, en sus hijas Beatriz y Constanza, y en el bebé que estaba por llegar. Una honda preocupación nubló su mirada. Debía ganar la guerra, destruir a su hermano y al resto de sus enemigos, o su familia corría serio peligro. El rey luchaba por Castilla, por la Corona, pero sobre todo, por su familia. Debía protegerla de todos aquellos que no habían hecho más que persistir en perjudicarla. Y para ello, contaba con la ayuda de otro noble renegado: don

Juan de la Cerda. Sus labios sonrieron cuando recordó cómo se arrojó a sus pies suplicándole clemencia. Sus ojos estaban enrojecidos por el llanto y su rostro demacrado. Le miraba como un perro apaleado. Y quizá precisamente era eso; un perro. Pero le necesitaba, pues pertenecía a la vieja nobleza y por sus venas corría la sangre de Alfonso X. Era inmensamente rico y contaba con numerosas tropas. Muchos nobles seguirían su ejemplo. Sí, le necesitaba y por ello no solo le perdonó, sino que le entregó el señorío de Gibraleón y le devolvió gran parte de la herencia de su suegro don Alfonso Fernández Coronel, que había sido requisada. Don Juan de la Cerda se deshizo en elogios y en palabras de agradecimiento, jurándole fidelidad eterna. El rey sonrió al recordar la patética escena. Confiaba tanto en él como en una víbora. Las lealtades de los nobles castellanos eran caprichosas y traidoras. Así era la política; despreciable, mezquina y traicionera. Un miserable juego de intereses. Pero con su apoyo y el de los infantes de Aragón, ya estaba en disposición de reaccionar, de contraatacar y someter a sus hermanos don Enrique y don Fadrique. Se encontraba sumido en sus pensamientos cuando don Gutier Fernández de Toledo hizo entrada en la sala.

—Mi señor —saludó dirigiéndose a él.

El rey se giró y le preguntó directamente:

—¿Sigue en Toro?

—Así es, mi señor. Ha permanecido en Toro todo el invierno junto con la reina madre.

—¿Y Fadrique?

—En Llerena.

Don Pedro asintió satisfecho.

—Bien, entonces Enrique no ha podido recibir refuerzos.

—El castillo de Toro es una fortaleza casi inexpugnable —dijo don Gutier, leyendo en los ojos del rey sus intenciones.

—Y también una ratonera —replicó con determinación—. No podemos permitir que Fadrique acuda en su auxilio. Organiza las tropas, partimos a Toro —se mesó distraído la barba, como si un perverso pensamiento hubiera acudido de pronto a su mente—. De camino nos detendremos en

Medina del Campo. Hay un par de nobles que me deben alguna que otra explicación.

Don Gutier entendió sus intenciones. Sonrió y se marchó a cumplir con celeridad la orden recibida. Don Pedro se giró y desvió la mirada hacia la ciudad de Segovia. Comenzó a llover con fuerza. Se auguraba una campaña dura, despiadada, atroz. ¿Podría confiar en los infantes de Aragón y en don Juan de la Cerda? Por supuesto que no. La voluntad de los nobles era tan tornadiza como la primavera castellana. Los tendría bien vigilados, eso sí. Poco más podía hacer, pues los necesitaba.

OceanofPDF.com

64

Toro, marzo de 1355

No se rendiría. Había tomado la decisión, se había enfrentado al rey y se negaba a aceptar lo evidente: la Liga había fracasado. Sus aliados se habían retirado a sus haciendas lamiéndose las heridas como perros heridos tras una infructuosa cacería. Incluso su hermano don Tello permanecía agazapado como un corderillo temeroso en sus tierras de Vizcaya sin responder a sus cartas. Don Juan de la Cerda y los infantes de Aragón corrieron a arrodillarse a los pies del rey. Era de esperar. Al menos aún contaba con el apoyo de don Fernando de Castro y de varios nobles más, que le debían tantos favores que no tenían más opción que seguirle y acompañarle hasta el mismísimo infierno si fuera necesario. Todavía no había sido derrotado. En pocas semanas su hermano don Fadrique acudiría con su ejército a Toro. Entonces derrocaría definitivamente al rey y acabaría con los infantes, a los que enviaría de vuelta a Aragón. Sí, eso haría. Sus labios sonrieron. Quizá hasta la fuga del rey tuviera un lado positivo. Había podido desprenderse de la incómoda presencia del infante Fernando. Estaba seguro de que, más pronto que tarde, sus caminos se cruzarían y entre ellos estallaría un conflicto más que inevitable.

«Sí, mucho mejor así», concluyó.

El sol declinaba lentamente por el horizonte, tiñendo de naranja la sala principal de la torre del homenaje. Don Enrique de Trastámara permanecía solo, absorto en sus pensamientos, sosteniendo un vaso de vino. Llevaba casi dos meses encerrado en aquel castillo, en espera de armar un ejército con el que asestar el golpe definitivo al rey. Esta vez no lo encerraría en un calabozo. No sería tan necio como para cometer el mismo error dos veces.

Un ruido a su espalda le sobresaltó; los goznes de la puerta chirriaron y al momento apareció doña María de Portugal acompañada de don Martín Alfonso Tello, su amante. Los labios de don Enrique de Trastámara mostraron una media sonrisa:

«El rey disfrutaría como un niño torturando y ejecutando al amante de su madre».

—Enrique, estás aquí —dijo doña María de Portugal con una sonrisa.

—Mi señora —saludó cortésmente a la reina madre, mientras que a su amante se limitó a lanzarle una mirada de indiferencia.

—Martín tiene noticias de Pedro —dijo la reina, apremiando a su amante a que hablara dándole un golpe con el codo.

—¡Ah!, ¿sí? ¿En serio? Interesante —dijo don Enrique sin ocultar cierto tono burlón.

Don Martín Alfonso Tello miró a la reina y esta le asintió. Se sentía intimidado por la presencia del conde de Trastámara. Temía caer en el mayor de los ridículos.

—¿Y bien? —inquirió el conde, algo impaciente.

El amante de la reina madre carraspeó y finalmente respondió:

—El rey ha armado un ejército y se dirige a Toro.

—¿Cómo? —preguntó incrédulo el conde.

—Se ha detenido en Medina del Campo y ha ordenado la ejecución del adelantado mayor de Castilla, don Pedro Ruiz de Villegas y de don Sancho Ruiz Rojas —hizo una pausa para advertir el efecto que sus palabras habían causado en el ánimo del conde—. Además, ha encarcelado a don Juan Rodríguez de Cisneros, a don Suer Pérez de Quiñones y a varios nobles partidarios de la Liga. Seguramente la mayoría de ellos acabarán siendo ejecutados —se aproximó al conde y con los ojos llenos de temor, añadió —: Se está empleando con especial saña y crueldad con los nobles de la Liga que no acudieron a Segovia a rendirle vasallaje.

—No acudieron a rendirle vasallaje, pero tampoco permanecieron aquí, en Toro, que es lo que deberían haber hecho. Ahora están pagando el precio de su indecisión —repuso el conde.

El destino que les aguardó a aquellos nobles le importaba más bien poco. Como otros muchos, corrieron como ratas a sus tierras tan pronto

tuvieron noticia de la huida del rey. Si hubieran permanecido en Toro, aún seguirían con vida. Lo tenían bien merecido. Lo que le preocupaba al conde era que el rey se encontraba a menos de diez leguas del castillo. Sus muros eran recios, gruesos, infranqueables. Disponía de mil peones y quinientos jinetes. El rey debería tener el doble, o quizá el triple de soldados si pretendía disfrutar de alguna posibilidad de éxito.

—¿Cuántos soldados tiene el rey? —preguntó a don Martín Alfonso.

El interpelado se encogió de hombros y respondió balbuceante:

—No lo sé con exactitud, pero… creo que de dos mil a cinco mil.

—La diferencia es considerable —protestó el conde, que comenzó a pasear inquieto por la sala, preguntándose cómo el amante de la reina era tan estúpido como para conocer el detalle de los nobles a los que el rey había ejecutado, pero a su vez, desconocía de cuántas tropas disponía para el asalto al castillo cuando su vida dependía de ello. Lanzó un largo suspiro y negó con la cabeza—. Sea, está bien. Enviaré una patrulla de reconocimiento ahora mismo y organizaré las defensas.

El conde se disponía a marcharse cuando la reina le preguntó:

—¿Estaremos seguros en el castillo?

En los labios de don Enrique asomó una media sonrisa.

—Por lo que dice don Martín, más que en Medina del Campo.

OceanofPDF.com

65

Talavera, mayo de 1355

Después de impartir justicia en Medina del Campo, el rey continuó el camino a Toro, donde se encontraban don Enrique y su madre, doña María de Portugal. Intentó el asalto al castillo en varias ocasiones, pero la resistencia que encontró fue más tenaz de lo que esperaba. Confiaba en que los soldados del bastardo se rindieran en cuanto advirtieran en el horizonte ondear sus enseñas y pendones, pero no fue así. Necesitaba de más tropas si pretendía rendir la plaza. Tropas de las que no disponía. Lamentando la ocasión perdida, replanteó su estrategia y marchó a Toledo, donde se encontraba doña Blanca de Borbón.

Desde el adarve, don Enrique de Trastámara observó complacido como las tropas del rey se retiraban. Habían sufrido varios ataques, peros sus soldados no flaquearon, no dudaron. Permanecieron firmes, confiados y valientes en sus posiciones, rechazando cada una de las embestidas enemigas. Si don Pedro consideraba que sería tarea fácil derrotarlo, se había equivocado.

Los espías de don Enrique le informaron que el rey se dirigía a Toledo, el principal bastión de los nobles rebeldes. No podía permitir que Toledo cayera en sus manos. Allí estaba la reina Blanca, su símbolo, su bandera, el motivo de la sublevación. Si el rey conquistaba Toledo y capturaba a doña Blanca, su causa estaría perdida. Habría sido derrotado. Sin más dilación, marchó con sus tropas a Talavera, donde le esperaba su hermano don Fadrique. Unidos los dos ejércitos, marcharían a Toledo con el propósito de reforzar su defensa y evitar que fuera conquistada.

Don Enrique y don Fadrique se encontraban en la sala principal del alcázar de Talavera. Se sentían incómodos en aquella estancia, en aquel alcázar donde hacía cuatro años su madre, doña Leonor de Guzmán, fue asesinada. Desconocían tanto a su ejecutor, como al inductor, aunque en aquellos momentos consideraron más conveniente para sus propósitos culpar del asesinato al rey de Castilla, que al fallecido don Juan Alfonso de Alburquerque o a su aliada doña María de Portugal. Es fácil encontrar un culpable adecuado para quién persiste en buscarlo. Ambos hermanos permanecían en un tenso silencio, sentados frente a una chimenea vacía, apagada, con rescoldos y ceniza que nadie se había molestado en retirar. Sostenían sendos vasos de vino. Lo único que podía apaciguar sus agitados ánimos. Don Enrique de Trastámara tenía el gesto contraído y los labios apretados. Bebió un trago de vino. Le supo amargo como la hiel. Una terrible duda pesaba sobre su ánimo y debía vomitarla o le devoraría las entrañas. Miró a su hermano y le espetó:

—¿Es cierto que te sorprendieron besándote con doña Blanca?

Don Fadrique arqueó los ojos ante la inesperada pregunta.

—Respóndeme, ¿es cierto?

—Quizá… quizá un soldado… en los jardines —balbuceó don Fadrique.

Don Enrique de Trastámara tiró furioso el vaso al suelo haciéndolo mil pedazos. Comenzó a andar de un lado a otro de la sala como una fiera enjaulada, intentando organizar sus ideas. El estúpido de su hermano había cometido un grave, un gravísimo error. Los habitantes de Toledo defendieron a doña Blanca cuando Hinestrosa tuvo intención de confinarla en el alcázar. Era la reina de Castilla y don Pedro pretendía encerrarla sin motivo alguno, para poder yacer libremente con doña María de Padilla. El pueblo se apiadó de la bella, joven e inocente princesa de Francia, despreciando las malintencionadas habladurías que afirmaban que había tenido una relación con don Fadrique durante su viaje a Valladolid. El conde de Trastámara estaba al corriente de esa relación y en su momento la aceptó, como una suerte de venganza hacia el rey. Pero le exigió que fuera prudente, que evitara las miradas indiscretas y que mantuviera aquella relación en el más profundo de los secretos. Los informes que le llegaban

de Toledo no eran nada alentadores. Los rumores sobre los amoríos que su hermano había mantenido con doña Blanca corrían desbordados por la ciudad. Muchos de sus partidarios dudaban ahora sobre si el rey, enterado del idilio entre su reciente esposa y don Fadrique, tenía pleno derecho a repudiarla, a encerrarla para siempre en el alcázar por adúltera. El injusto trato que don Pedro le había dispensado y la intención del papado y de la Liga para que se reconciliaran eran los principales argumentos de los que se habían servido para persuadir al pueblo de Toledo para que la protegiera, para que la apoyara enfrentándose de esta manera al mismísimo rey. Pero su insensatez le podía salir ahora muy cara. Don Fadrique le miró con gesto preocupado. Tragó saliva. No era necesario que su hermano le diera ninguna explicación. Sabía perfectamente cuáles eran las consecuencias de su imprudencia. Desvió la mirada al suelo avergonzado.

—Lo siento —se limitó a decir con voz trémula—. Pensé que nuestra victoria era segura, que venceríamos al rey, que no había necesidad de ocultar nuestros sentimientos durante más tiempo.

Don Enrique de Trastámara desvió la vista hacia su hermano. Tenía el puño tan apretado que los nudos se veían blancos. Sentía como todo su ser era dominado por el irrefrenable impuso de golpearle con contundencia, con brutalidad. Pero se contuvo. El mal ya estaba hecho y no tenía sentido regodearse en el error.

—Eres un imbécil —le escupió, acercándose amenazante a su hermano —. Un auténtico imbécil. A Castilla le iría mucho mejor si sus nobles dejaran de pensar con la entrepierna y consideraran con más tiento la responsabilidad de sus actos.

El conde reanudó su paseo y se alejó de Fadrique. Estar cerca le instaba a golpearle con saña, a desatar sobre él toda su ira y frustración. Durante unos minutos respiró hondo intentando apaciguar su ánimo. Don Fadrique le miraba con ojos asustados.

—Mis informadores aseguran que el pueblo de Toledo se encuentra dividido. —El conde se dirigió a una mesa y se sirvió otro vaso de vino. Bebió un largo trago—. Todavía hay muchos que creen en la inocencia de la reina Blanca, incluida la Iglesia. Pero los menestrales, los campesinos y, sobre todo, los judíos están con el rey. Parece ser que han sido precisamente

los judíos los responsables de extender el rumor por todo Toledo. El rey los protege. Samuel Leví, ese perro judío, no dejará de envenenarlo con mentiras y engaños, para que prosiga favoreciendo a su pueblo, a los asesinos de Cristo.

—¿Qué vamos a hacer?

—El rumor se extiende con rapidez por la ciudad. Debemos actuar con celeridad o será demasiado tarde.

Don Fadrique asintió con vehemencia. Hubiera aceptado cualquier propuesta de su hermano por muy descabellada que fuera. Había cometido un terrible error. Recordaba que allí, en Toledo, se sentía fuerte, protegido, despreocupado. Cuando la besó no era consciente de los riesgos que asumía. Su amor, su pasión, le nubló la razón. Se dejó arrastrar por los sentimientos y, ahora, por su irresponsabilidad, su causa corría serio peligro.

—Llama a Per Alfonso de Ajofrín. Él nos ayudará a restablecer el orden en Toledo.

OceanofPDF.com

66

Toledo, mayo de 1355

Los ochocientos caballeros de don Enrique y don Fadrique cruzaron el puente de San Martín. Se disponían a entrar en Toledo, pero se encontraron con las puertas de la muralla cerradas. El sol brillaba con todo su fulgor calentando yelmos, corazas y los ya enfervorecidos ánimos del conde de Trastámara, que lanzó una mirada asesina a su hermano.

—Estas son las consecuencias de tus despropósitos —le espetó. Don Fadrique se limitó a agachar la cabeza como un perro al que regañaban por haber cometido una travesura.

Don Enrique echó un vistazo a su espalda y miró a los ochocientos jinetes que le acompañaban. Evaluó sus posibilidades y negó con la cabeza; jamás podría conquistar la ciudad al asalto por esa entrada, deberían franquearle el acceso.

—¡Abrid las puertas al conde de Trastámara! —gritó.

De entre las almenas surgieron las figuras del arzobispo Vasco Fernández de Toledo y las de medio centenar de ballesteros que les apuntaron con sus armas. Don Fadrique miró preocupado a su hermano. El puente estaba colapsado por sus jinetes. Si los ballesteros disparaban sus ballestas no tendrían escapatoria. Se hallaban en un callejón sin salida.

—¡No sois bien recibidos en esta ciudad! —exclamó el arzobispo con voz grave y autoritaria—. ¡Marchad por donde habéis venido!

—¡Queremos liberar a la reina Blanca! —exclamó don Enrique.

—Doña Blanca de Borbón solo necesita ser liberada de sus pecados y eso no está en tus manos —replicó el arzobispo, retirándole a doña Blanca el título de reina. Detalle que no le pasó desapercibido al conde de

Trastámara. La situación en Toledo era mucho más complicada de lo que había calculado.

Desde el adarve, Per Alfonso de Ajofrín, un hombre de frente pronunciada, ojos saltones y nariz gruesa, escuchaba atento la conversación. Don Enrique le miró y le hizo un leve gesto con la cabeza. Per Alfonso de Ajofrín asintió y en un segundo desapareció de entre los ballesteros que custodiaban la muralla. El conde de Trastámara no tenía ninguna duda: el arzobispo estaba al corriente de los rumores de infidelidad de doña Blanca y esta había perdido su favor. Toledo solo podría ser conquistada por las armas. Apretó los puños, miró furioso a su hermano y le hizo un gesto con la cabeza que don Fadrique supo muy bien como interpretar. Giró su montura y se dirigió hacia la retaguardia. Los jinetes la abrieron paso con dificultad, eran muy numerosos y el puente era demasiado estrecho. Don Enrique de Trastámara contempló durante unos instantes como su hermano se marchaba. Suspiró y desvió la mirada hacia el arzobispo.

—Su excelencia, ambos perseguimos lo mismo; la reconciliación de la reina Blanca con el rey y la alianza con Francia. Vuestra actitud me confunde —Don Enrique miró a su espalda y advirtió como su hermano galopaba a toda velocidad bordeando el rio Tajo. Cien caballeros le acompañaban.

—Doña Blanca ha confesado sus pecados y permanecerá bajo custodia de la Iglesia hasta que sean purgados —dijo el arzobispo.

Don Enrique estaba persuadido de que don Vasco Fernández de Toledo no le permitiría el paso a la ciudad, pero necesitaba ganar tiempo y distraer a los ballesteros que les apuntaban amenazantes desde el adarve.

—Disfrutamos de la bendición del papa Inocencio. ¡El rey ha sido excomulgado! ¿Vais a defender a un proscrito, a un condenado por la Iglesia, por vuestra Iglesia?

—El rey obró precipitadamente, pero a la luz de la confesión de doña Blanca de Borbón, no se hallaba exento de razón. Ahora las circunstancias son otras y el motivo de la rebelión es completamente injustificado. Te ruego que pactes la paz con el rey por el bien de Castilla y por el tuyo propio. Esta guerra carece de sentido y propósito, salvo el de satisfacer tus propias ambiciones.

—No tengo intención de enfrentarme con la Iglesia. Entiendo que habéis entrado en tratos con el rey para entregarle la plaza contraviniendo las disposiciones del papa Inocencio. A él le tendréis que responder por vuestra desobediencia. —En el gesto serio e imperturbable del arzobispo, don Enrique advirtió que sería inútil toda negociación. Había llegado el momento de actuar.

El conde de Trastámara ordenó el repliegue de su ejército, giró su montura y cruzó de vuelta el puente de San Martín. Desde el adarve el arzobispo le miraba con suma atención. Recordó cuando los rumores de la infidelidad de doña Blanca de Borbón llegaron a sus oídos. Raudo fue a su encuentro y, entre lágrimas, a quien consideraba reina de Castilla le confesó que había mantenido relaciones con don Fadrique antes de su llegada a Valladolid. Don Pedro estuvo en su derecho de repudiarla. Más allá de que el rey francés hubiera hecho efectivo el pago de la dote, doña Blanca de Borbón había traicionado, humillado al rey de Castilla. Se sentía engañado por aquella adúltera disfrazada de dulce e inocente niña y por los Guzmanes, que se habían servido de una mentira para levantar a todo un reino contra de su rey y para confundir al mismísimo papa. Sonrió con desgana. A Inocencio le envió varias cartas informando de la infidelidad de doña Blanca, pero le respondió que lo importante era la alianza con Francia. Si la reina de Castilla se arrepentía y purgaba sus pecados, estos serían perdonados. Y aprovechó para apremiarle para que persuadiera a don Pedro. Debía regresar con ella, olvidarse de su infidelidad y traición. Al papado de Aviñón solo le importaba la guerra que Francia mantenía con Inglaterra. Fue entonces cuando envió un emisario a Segovia, para ofrecerle al rey la ciudad de Toledo a cambio del perdón de sus ciudadanos. Aguardaba impaciente su respuesta.

⁂

Don Fadrique cabalgaba a toda velocidad por el margen derecho del río Tajo. Le seguían cien caballeros. La negativa del arzobispo a abrirle la puerta de San Martín, la que daba acceso al barrio judío, no les había sorprendido. Sus espías le habían informado de que la ciudad estaba muy

inquieta y dividida entre los que apoyaban a doña Blanca de Borbón y los que favorecían la causa del rey. Los rumores sobre su infidelidad habían dañado su imagen y no fueron pocos los que la acusaban de ser culpable de haber provocado una guerra. Ella y los Guzmanes. Por suerte, aún tenían numerosos partidarios en Toledo. Pero debía darse prisa. Bordeó la ciudad hasta que llegó al puente de Alcántara. Sus labios sonrieron cuando advirtió que la puerta estaba abierta. Per Alfonso de Ajofrín y sus partidarios habían conseguido doblegar a la guardia y dejar expedito el acceso a la ciudad.

—¡Vamos! —gritó espoleando su montura y desenfundando su espada. Los jinetes que le acompañaban hicieron lo propio dejando a sus espaldas una densa nube de polvo y tierra.

Cruzó las puertas de la muralla y con un gesto con la cabeza, saludó agradecido a Per Alfonso de Ajofrín, que se encontraba franqueándole la entrada con cincuenta hombres armados con mazas, cuchillos y hachas. Varios soldados acudieron prestos a cerrar las puertas de la muralla, pero se encontraron con los jinetes de don Fadrique. En la plaza de armas del puente de Alcántara se desató una desigual batalla, que concluyó con doce soldados muertos.

—¡Tomemos el alcázar! —gritó don Fadrique, enfervorizado tras la primera lucha. El galope de los caballos resonó en las callejuelas de Toledo, anunciando un aciago presagio de muerte y destrucción.

Algunos habitantes de la ciudad se armaron con guadañas, hoces y bastones, y siguieron a don Fadrique y a sus caballeros. Eran los partidarios de doña Blanca de Borbón. Otros consideraron más prudente permanecer en sus casas hasta que la situación se calmase, mientras que los más arrojados y decididos atacaron a los caballeros y a los partidarios de doña Blanca y los Guzmanes. Entre las estrechas callejuelas se desataron combates, peleas y refriegas. Los cuchillos reverberaron bajo los rayos del sol tiñéndose al poco de sangre toledana. Don Fadrique cruzó la plaza de armas y se dirigió al alcázar. Allí se encontraba doña Blanca y parte del tesoro real. Serían un magnifico botín. Pero fueron recibidos por la lluvia de flechas que arrojaron sobre ellos los ballesteros desde las almenas. Cinco jinetes cayeron muertos al suelo. Don Fadrique, convencido de que sin la ayuda de su hermano era imposible la conquista del alcázar, se dirigió al palacio de Samuel Leví,

donde se aseguraba que el tesorero judío había escondido un formidable tesoro, fruto de años de robos y saqueos a las cuentas reales.

—Busca a mi hermano y dile que estoy en la casa de Samuel Leví. Allí le esperaré —le dijo a uno de sus jinetes, que partió con celeridad a cumplir la orden.

Don Fadrique miró las almenas y advirtió a la decena de ballesteros que les apuntaban con sus armas. Negó con la cabeza. Ya disfrutaría de mejor ocasión para liberar a doña Blanca y apoderarse del tesoro real. Espoleó su montura y, cruzando las estrechas calles toledanas, se dirigió al palacio de Samuel Leví.

⁂

—¡Su excelencia, su excelencia!

Don Vasco Fernández de Toledo se giró al encuentro de quien profería su nombre con tanto apremio, y advirtió que se trataba de un oficial que corría hacia él con gesto urgente y angustiado. El arzobispo aún permanecía en el adarve de la muralla que protegía el puente de San Martín. Estaba preocupado por la reacción de los bastardos a su negativa de dejarlos entrar en la ciudad. Para su desgracia, pronto comprendió que sus temores no eran infundados.

—¡Han entrado en la ciudad! —El oficial agachó la espalda para tomar un poco de aire, estaba sin resuello.

—¿Cómo? —preguntó el arzobispo temiéndose la respuesta.

El soldado dio dos bocanadas de aire y algo más repuesto respondió:

—Don Fadrique ha logrado entrar en la ciudad por el puente de Alcántara.

El arzobispo enseguida entendió la gravedad de la situación. Si don Fadrique había logrado cruzar las murallas, su hermano también lo conseguiría y con muchos más soldados. Pronto se desencadenaría una auténtica matanza que regaría con la sangre de los inocentes las calles de la ciudad. Se giró hacia un oficial que se encontraba a su lado y le dijo:

—Proteged con vuestra vida la puerta de San Martín y enviad un mensajero a Torrijos. Debe informar al rey que los bastardos han entrado en

Toledo. Necesitamos su ayuda o la ciudad caerá en sus manos. ¿Qué haces aquí parado? ¡Muévete! ¡Rápido!

El oficial asintió y dijo:

—Iré yo, excelencia.

El arzobispo le tomó de los hombros.

—Ve y que Dios te proteja.

El oficial dio un par de órdenes a los ballesteros que se encontraban en el adarve y descendió rápidamente de la muralla dirigiéndose a las caballerizas. El arzobispo contempló como el oficial descendía y al poco, cabalgaba a toda velocidad por el puente de San Martín. Con el corazón en un puño, descendió atropelladamente por la escalera de la muralla. Se hallaba tan inquieto, tan acelerado, que estuvo a punto de trastabillarse en un par de ocasiones. Pero debía darse prisa si pretendía evitar una masacre.

—¡Todos al castillo, todos al castillo! —comenzó a gritar por entre las calles alentando a los toledanos a que le acompañaran.

La puerta de San Martín daba acceso directo al barrio judío. Si don Enrique de Trastámara había entrado en la ciudad, era muy probable que se dirigiera a la judería, pues su odio hacia los judíos era conocido en toda Castilla. Además, aprovecharía el caos generado por el asalto para saquear sus propiedades y comercios. Debía evitar que tal catástrofe sucediera y voz en grito apremió a los judíos a que le siguieran al castillo, una pequeña fortaleza situada en el centro de la judería. Tras sus murallas estarían protegidos hasta la llegada del rey, en el caso de que acudiera a ayudarlos…

—¡Vamos, seguidme al castillo! —Vociferaba desesperado, tomando del brazo a todo aquel que se encontraba a su paso. Muchos le siguieron, mientras que otros decidieron quedarse en sus casas para intentar evitar que fueran saqueadas—. ¡Olvidaros de vuestro dinero, de vuestras propiedades, de vuestra casa! —gritaba impotente—. ¡Salvad vuestras vidas! —Inasequible al desaliento, continuó vociferando, corriendo lo que su avanzada edad le permitía, animando a los toledanos a que se protegieran en el castillo.

⁂

Don Enrique de Trastámara cruzó a galope el puente de Alcántara. En la plaza de armas encontró los cadáveres de varios soldados muertos. Detuvo su paso y echó un vistazo alrededor. Su hermano había hecho un buen trabajo. La entrada a la ciudad por el puente de Alcántara estaba bajo su control. Sus labios sonrieron. Un jinete se le acercó y le dijo:

—Mi señor, tu hermano se encuentra en el palacio de Samuel Leví.

Don Enrique asintió entendiendo perfectamente lo que quería decir.

—¿El alcázar? —preguntó.

—Lo intentamos, pero está muy bien guarnecido. Quizá ahora que has llegado con tus tropas, tengamos oportunidad de tomarlo.

Pero Toledo era muy grande y, probablemente, el tiempo escaso. Pronto la noticia del asalto a la ciudad llegaría a oídos del rey. ¿Acudiría a su auxilio? El conde no lo tenía muy claro. Toledo le traicionó poniéndose del lado de la reina Blanca. Quizá don Pedro les permitiera tomar la ciudad como castigo. Pero no podía arriesgarse. Necesitaban oro, plata, riquezas, para continuar con la guerra contra el rey y si no podía conseguirlos en el alcázar, conocía otros lugares dónde encontrarlos.

—No tenemos tiempo. Iré al palacio de Samuel Leví. Vosotros id a la judería. Despojad a los infieles de todo aquello que tenga algo de valor. Entrad casa por casa si es necesario.

—¿Y si se resisten?

—Matadlos.

El caballero asintió, dio una orden y cabalgó hacia el barrio judío seguido por un nutrido número de jinetes. Per Alfonso de Ajofrín, que se encontraba pacientemente escuchando la conversación, se le acercó y le dijo:

—Mi señor, todo ha salido como lo habíamos planeado.

Don Enrique desvió la vista hacia el hombre que le interpelaba y se encontró con unos ojos saltones y una frente pronunciada. Recordó la reunión que había mantenido con él en Talavera hacía unos días, donde planificaron el asalto a Toledo en el caso de que no se le permitiera la entrada. Siempre era conveniente disponer de un par de opciones por si una de ellas no se desarrollaba como se esperaba. Así pues, acordaron que, si no se les permitía el acceso por la puerta de San Martín, Per Alfonso de

Ajofrín y los partidarios de doña Blanca tomarían por la fuerza la puerta de Alcántara hasta la llegada de don Fadrique. El conde de Trastámara hubo de admitir que Per Alfonso de Ajofrín había cumplido su parte del plan con diligencia y esmero.

—A tu señal corrí hacia la puerta de Alcántara y atacamos a los soldados que custodiaban la entrada de la ciudad. Fueron presa fácil, pues no esperaban que el enemigo se encontrara dentro de los muros. Los matamos y abrimos las puertas en espera de la llegada de tu hermano, don Fadrique —prosiguió Per Alfonso con una enorme sonrisa de satisfacción.

Don Enrique advirtió que unos veinte jinetes custodiaban la puerta de Alcántara y que otros tantos cadáveres estaban esparcidos por el empedrado; eran los restos de los soldados de guardia. Volvió a desviar la vista hacia Per Alfonso, que le miraba con ojos codiciosos. A don Enrique le desagradaba su presencia, pero su madre, doña Leonor de Guzmán, le explicó en más de una ocasión que los pactos y acuerdos siempre hay que respetarlos, aunque se firmen con seres mezquinos y despreciables. Solo así es posible ganarse el respeto y la confianza de tus partidarios.

—Has hecho un buen trabajo —concedió don Enrique de Trastámara arrojándole una bolsa con monedas—. Esto es solo un anticipo. Ve con tus hombres a la judería y saqueadla. Tenéis mis bendiciones.

Per Alfonso tomó la bolsa al vuelo con asombrosa agilidad. Una sonrisa llena de avaricia asomó en sus labios. Don Enrique había perdido demasiado tiempo y su hermano le esperaba en el palacio de Samuel Leví. Espoleó su montura y seguido por una veintena de jinetes cabalgó a gran velocidad por las callejuelas de Toledo, llevándose consigo a todo aquel que se cruzaba en su camino.

—¡Vámonos o los caballeros del conde de Trastámara se llevarán todo el oro de los judíos! —Per Alfonso de Ajofrín corrió hacia la judería seguido por medio centenar de hombres armados. Gritaban enfervorizados, impacientes por saciar su infinita codicia con la promesa de un inmenso botín.

En su camino al palacio de Samuel Leví, don Enrique de Trastámara se encontró el rastro de cadáveres y de casas incendiadas que había dejado su hermano a su paso. Los jinetes, impacientes por hacerse con un buen botín,

habían detenido sus monturas frente a las casas de los judíos más adinerados, golpeándolos y torturándolos para que desvelaran donde custodiaban el dinero y los objetos de valor. Una vez logrado su propósito, los mataron e incendiaron sus casas. El barrio de la judería estaba sumido en un profundo caos. Por entre las callejuelas, los jinetes de don Enrique de Trastámara se enfrentaron con los soldados que pretendían defender la judería, mientras que los bandidos y saqueadores aprovechaban la confusión para entrar en las casas para robar, asesinar y violar. Padres que, con un cuchillo en la mano, intentaban proteger a su familia, pero eran golpeados hasta la muerte o eran obligados a presenciar como su mujer e hijas eran violadas y asesinadas delante de sus ojos. Los musulmanes de Toledo se emplearon con especial saña contra los judíos. Entraban en las casas y arrojaban al exterior a sus moradores, matándolos sin compasión y sin hacer distinción entre hombres, mujeres o niños. Una vez que habían desatado toda su violencia sobre sus indefensas víctimas, regresaban a las viviendas para saquearlas. Grupos de ladrones con los ojos inyectados en sangre y amparados por la impunidad de sus crímenes, comenzaron a luchar entre ellos intentando arrebatarse el botín. Ríos de sangre corrieron por las empedradas calles de la ciudad. Don Enrique de Trastámara fue testigo de los horribles crímenes de camino al palacio de Samuel Leví. Cortinas de humo negro se alzaron sobre el cielo azul advirtiendo que el barrio judío había sido condenado. Un negro presagio que auguraba muerte y desolación. El conde detuvo su montura ante la enorme puerta de dos hojas que daba acceso al palacio. Allí se encontraban una docena de caballeros protegiendo la entrada y evitando que nadie pudiera escapar. Don Enrique desmontó y cruzó la puerta entrando en un patio interior.

—¿Dónde está el oro? ¿Dónde está el dinero?

Dos soldados tenían agarrados por los hombros a un hombre mientras que otro le golpeaba con furia al tiempo que le interrogaba. Tres hombres y cuatro mujeres contemplaban la escena aterrados en una esquina del patio, vigilados por cinco soldados con las espadas desenvainadas. En el suelo yacían los cuerpos ensangrentados de dos jóvenes. Habían sido brutalmente golpeados hasta la muerte. Sentado en un escabel, bebiendo plácidamente de una jarra de vino se encontraba don Fadrique.

—Solo hemos encontrado eso —respondió, señalando con el dedo un cofre y algunos objetos de plata que se encontraban sobre una mesa.

Don Enrique se dirigió a la mesa. A sus oídos llegaban los gimoteos y súplicas del prisionero que no dejaba de recibir golpes y puñetazos. Abrió el cofre. Encontró monedas de oro y de plata, y joyas de bella factura. Deslizó las monedas entre sus manos y dijo:

—Es poco. Debe haber más, mucho más.

—Lo sé. Nos estamos esforzando por convencerles para que cooperen voluntariamente… —dijo don Fadrique señalando con el dedo los cadáveres de los dos jóvenes.

—¿No hay niños? —preguntó don Enrique.

Al escuchar sus palabras, las mujeres sollozaron aterradas y se abrazaron a los hombres. Tenían el gesto contraído por el pánico.

—Están arriba, en una habitación. Son nuestro último recurso si perseveran en negarse a colaborar.

—Ya habéis matado a dos de ellos y a este le queda poco tiempo entre los vivos —dijo señalando al prisionero. Tenía el rostro desfigurado y había perdido el conocimiento—. Bajadme a uno.

—¡No! —una mujer corrió hacia él y se arrojó a sus pies—. Te lo suplico.

La mujer lloraba desconsolada con el rostro hundido entre sus botas.

—Su vida y la de todos vosotros dependen de que colaboréis y nos digáis donde esconde Samuel Leví sus tesoros. Vosotros sois los responsables de la vida de los niños, no yo. —Apartó con brusquedad a la mujer dándole una patada y arrojándole a varios pasos. Un hombre se acercó a ella y le ayudó a incorporarse. Miró a don Enrique, su rostro estaba desencajado por el dolor y el miedo. Armándose de valor le dijo:

—Pero no lo sabemos, mi señor. Aquí no hay más riquezas que esas —añadió, señalando la mesa donde se encontraba el cofre.

Don Enrique negó con la cabeza. Aún tenía una ciudad que someter y carecía de tiempo.

—¿Habéis registrado todo el palacio? —le preguntó a don Fadrique.

—Sí, no hemos encontrado nada.

—Bajad al niño.

—¡Esperad!

Un anciano se arrojó al suelo y entre espasmos provocados por un terrible miedo, dijo:

—En los jardines hay unas cuevas. Si ese oro que decís realmente existe, debe encontrarse allí, escondido. No hay otro lugar.

Don Enrique desvió la vista hacia su hermano.

—Hemos revisado las cuevas y allí solo hay vino, enseres viejos y aperos de labranza.

—Bajad con este anciano y buscad con más esmero el tesoro. Si no lo encontráis, matadlos a todos —se acercó a su hermano y en un susurro añadió—: En el caso de que no halléis nada, cavad un hoyo y arrojad dentro algunas monedas de oro y plata.

Don Fadrique le miró sin entender.

—No puedo perder más tiempo con este asunto. Ocúpate tú de encontrar el oro y si no eres capaz, haz al menos lo que te ordenado. Luego dirígete a la puerta de San Martín. Debe caer en nuestras manos cuanto antes —sin esperar respuesta, don Enrique salió del patio seguido por varios soldados.

Don Fadrique tomó con brusquedad el brazo del anciano y se dirigió a los jardines del palacio acompañado por media docena de soldados y los otros dos hombres que estaban en la casa. Las mujeres permanecieron en el patio custodiadas por varios soldados. Sollozaban llenas de miedo, de angustia. Con el corazón encogido ante el terrible destino que les aguardaba.

⁂

El oficial fue conducido por dos guardias hasta la sala principal del castillo de Torrijos, donde se encontraban el rey y sus consejeros. Su corazón latía con fuerza en su pecho.

—Mi señor, ha llegado un oficial de Toledo. Tiene un mensaje urgente del arzobispo —dijo el guardia.

—¿Del arzobispo? —preguntó inquieto don Gutier.

El rey asintió al guardia para que permitiera la entrada del oficial e inmediatamente entró en la sala:

—Habla —ordenó don Pedro.

El oficial permaneció un instante inmóvil, petrificado, terriblemente impresionado ante la presencia del rey y de sus privados. Allí, sentados frente a una larga mesa de madera oscura, se encontraban don Gutier Fernández de Toledo, don Juan Fernández de Hinestrosa y Samuel Leví. Carraspeó y respirando hondo dijo:

—Mi señor, el conde de Trastámara ha asaltado la ciudad.

—Continúa.

—Se disponía a entrar con su ejército por la puerta de San Martín, pero su excelencia, el arzobispo, se lo impidió. —Don Gutier suspiró. El rey se hallaba muy molesto con su hermano, a quien consideraba responsable directo de la defección de la ciudad. Quizá ahora, al evitar la entrada de don Enrique de Trastámara en Toledo, estaría en disposición de perdonarlo—. Entonces entraron por la de Alcántara donde sus partidarios habían asesinado a los soldados que la custodiaban.

—¿Cuál es la situación? —preguntó preocupado don Gutier.

—Lo desconozco, mi señor, pues el arzobispo me ordenó que acudiera cuanto antes a pediros auxilio, pero mucho me temo que debe ser terrible.

El rey se incorporó y comenzó a pasear por la sala. Pasear le ayudaba a aclarar sus ideas. Hacía pocos días había recibido una carta de don Vasco Fernández de Toledo disculpándose por haber ofrecido protección a doña Blanca de Borbón. Le confirmaba la relación que la princesa de Francia había mantenido con don Fadrique. El arzobispo se sentía utilizado, engañado por los bastardos. Le suplicaba su perdón, su misericordia para con él y para con los habitantes de la ciudad de Toledo. Cuando leyó la misiva, dudó si perdonar a los toledanos o castigarles por su osadía, por su traición. Pero la impulsividad de su hermano don Enrique al asaltar a sangre y fuego la ciudad, había despejado todas sus dudas.

—Gutier, prepara las tropas, partimos de inmediato.

⁂

El arzobispo, con pavor en los ojos, contemplaba desde el adarve del castillo cómo la judería era arrasada, entregada al saqueo y al fuego de las llamas. Desde las almenas los ballesteros evitaban que los soldados asaltaran las murallas. Desvió la vista hacia el patio de armas. Centenares de judíos se abrazaban mientras lloraban desconsolados. Los más afortunados habían encontrado refugio en el castillo, pero otros habían muerto en un vano intento de proteger sus casas o a sus mujeres e hijos. Hileras de humo negro advertían de las casas que habían sido incendiadas. Parecía que el buen Dios se había olvidado de aquellas gentes. Los ballesteros corrían de un lado a otro del adarve disparando sus armas sobre los invasores. Un grupo de soldados se acercó a las murallas y subieron por una escala. Los ballesteros intentaron evitar su ascenso, pero finalmente varios soldados alcanzaron el adarve. Se produjo una brutal lucha por el control de la muralla. Si los soldados de don Enrique de Trastámara lograban entrar en el castillo, todas aquellas familias serían pasadas a cuchillo.

—¡Su excelencia, huya, márchese de aquí antes de que sea tarde! —le advirtió un ballestero.

Los defensores estaban siendo superados. El arzobispo descendió raudo al patio de armas y comenzó a gritar:

—¡Dejad de llorar y defendeos! —Cogió a un joven por los hombros y lo miró fijamente a los ojos—. ¡Defiende a tu familia, toma un bastón, una piedra, un cuchillo y sube al adarve! ¡Defiéndelos o morirán! —El joven dudó, tenía miedo. Desvió la vista hacia su familia. Allí estaban sus padres y sus dos hermanos pequeños. Sí, tenía un miedo atroz, un terror incontenible, pero sus miedos no salvarían a su familia de una muerte segura. El arzobispo tenía razón. Si había una oportunidad, por pequeña que fuera, de salir de aquel infierno con vida, era luchando. Asintió y mostrando un cuchillo que tenía oculto en la espalda, ascendió por la escalera de la muralla—. ¡Mirad a este muchacho! ¡Es solo un niño, pero tiene más valor que todos vosotros juntos! ¡¿Os vais a quedar hay quietos, esperando una muerte segura?! —El arzobispo negó con la cabeza, cogió un bastón que se encontraba en el suelo y se dirigió al adarve.

Los hombres intercambiaron miradas de asombro y de vergüenza. Uno de ellos desvió la vista hacia su mujer y sus tres hijos. Trago saliva y sin más armas que sus puños y el amor a su familia siguió los pasos de don Vasco Fernández de Toledo.

—¡A qué estamos esperando! —exclamó otro toledano—. ¿Somos corderos esperando a ser sacrificados? —Y sin esperar respuesta corrió presto a las murallas.

En el adarve se estaba desatando una desigual lucha. Los soldados de don Enrique de Trastámara continuaban ascendiendo por la escala, obligando a retroceder a los defensores. Pero un grupo de hombres se lanzó sobre ellos atacándolos con cuchillos y palos. Los soldados se encontraron de pronto rodeados. Intentaron defenderse. Muchos fueron arrojados por las murallas, mientras que otros eran acuchillados por una multitud ávida de venganza, víctima de las ambiciones de los poderosos. El arzobispo se unió a ellos y golpeó en la cabeza a un soldado con el bastón. El soldado se quedó desconcertado y más cuando advirtió de dónde procedía el golpe. Apretó con fuerza la empuñadura de su espada, pero dudó en matar a quién le había golpeado por la espalda. Pero en el fragor de la lucha no es conveniente dudar. Sus ojos aún mostraban sorpresa cuando una lanza le atravesó la espalda y asomó por su pecho. El joven, al que el arzobispo había arengado, retiró la lanza y el soldado cayó al patio de armas inerte como un muñeco de trapo. El arzobispo le asintió aliviado y se persignó, convencido de lo cerca que había estado de la muerte. Los ballesteros y los toledanos rechazaron el ataque y los soldados huyeron apresuradamente por la escala, provocando la caída de muchos de ellos.

—¡Victoria! ¡Victoria! —exclamaron los toledanos alzando sus armas a los cielos. Pero su entusiasmo se tornó en desolación cuando repararon en la llegada de don Enrique de Trastámara y centenares de sus caballeros.

—Son muchos… —musitó el joven tragando saliva. Desvió la vista hacia el arzobispo y le preguntó—: ¿Cuánto tiempo podremos resistir?

Su respuesta era demasiado desalentadora, demasiado triste como para ser revelada. Cerró los ojos, alzó las manos hacia los cielos y rogó a Dios que escuchara sus súplicas.

⁂

La cortina de humo se alzaba sobre el horizonte como un negro aviso de ruina y desolación. El rey galopaba a toda velocidad seguido de don Gutier, don Juan Fernández de Hinestrosa y Samuel Leví. El tesorero real tenía el corazón encogido. En su palacio vivían su mujer, sus hijos, su suegro y varios parientes cercanos. Y en la judería prácticamente todos sus familiares. Todos corrían serio peligro y aquellas hileras de humo no vaticinaban nada bueno. Negaba con la cabeza rogando que no fuera demasiado tarde. Se secó las lágrimas que corrían por un rostro desfigurado por el miedo y la angustia. Faltaban pocos minutos para alcanzar el puente de San Martín; el acceso más directo a la judería.

—¡El rey, el rey! —gritó un ballestero señalando al horizonte.

Era su última esperanza. La llegada de don Pedro permitiría repeler el ataque y expulsar de Toledo a las tropas de don Enrique de Trastámara. Pero las puertas de la ciudad estaban controladas por los soldados del bastardo. Don Pedro desenvainó su espada y la apuntó hacia delante. Los dos mil quinientos caballeros que le acompañaban hicieron lo propio y, a toda velocidad, cruzaron el puente de San Martín. Intramuros de la puerta de San Martín se entabló una lucha feroz, despiadada. Los partidarios de don Enrique de Trastámara impedían que los soldados fieles al rey abrieran las puertas, mientras que, desde el adarve, los ballesteros controlaban la muralla y disparaban sus armas contra todo aquel que intentaba aproximarse a ella. La situación parecía encontrarse en un tenso equilibrio.

—¡Arrojémosles cuerdas! —gritó un ballestero y en pocos minutos decenas de sogas, bien aferradas a las almenas, colgaban de los muros de la ciudad. Protegidos por los ballesteros, varios caballeros del rey ascendieron por las murallas, mientras otros prendieron fuego a las puertas.

El conde de Trastámara contemplaba con desesperación como todos los intentos de asaltar el castillo de la judería eran rechazados. Los judíos habían tomado las armas y defendían a sus familias hasta la muerte. Además, había encontrado una férrea resistencia en la muralla de la puerta de San Martín. La conquista de Toledo le estaba suponiendo un esfuerzo superior al esperado.

—¡Mi señor, mi señor! —un soldado con gesto desencajado corría hacia él—. Es el rey —cogió un poco de aire y continuó—: Sus soldados están escalando la puerta de San Martín.

Don Enrique de Trastámara esperaba la llegada del rey, pero no tan pronto. Quizá había cometido el error de demorarse en el saqueo de la judería, cuando debería haberse preocupado de someter la resistencia de la puerta de San Martín y de esta forma tener controlados todos los accesos a la ciudad.

—¿Cuántos son?

—Muchos, mi señor, centenares. No tardarán en entrar en Toledo.

En ese momento llegó su hermano acompañado por varias decenas de jinetes.

—¿Qué ocurre? —preguntó, sorprendido de que don Enrique aún no hubiera tomado el castillo.

—Es el rey, se dirige hacia la puerta de San Martín.

—¿Son muchos?

—Demasiados.

—¿Qué podemos hacer?

—Debemos evitar que el rey entre en la ciudad o al menos retrasar su entrada. Tú, ve con doscientos soldados y tomad de una vez la puerta de San Martín —ordenó a un oficial.

—¿Y el castillo? —preguntó el oficial.

—Ahora nuestras prioridades son otras. ¡Obedece!

El oficial asintió y ordenó a los caballeros que estaban asaltando el castillo que le acompañaran. Don Enrique de Trastámara se hallaba tan inquieto que ni siquiera preguntó a su hermano si había encontrado el oro de Samuel Leví. No habían logrado tomar el alcázar, ni el castillo de la judería, ni la puerta de San Martín. Sus soldados se habían limitado a asesinar judíos y a saquear y quemar sus casas. La conquista de Toledo estaba siendo un estrepitoso fracaso. Pero todavía tenía una oportunidad para resarcirse y revertir la situación.

—Saldremos por la puerta de Alcántara, bordearemos la ciudad y los atacaremos por la retaguardia —dijo don Enrique de Trastámara—. Si logramos tomar la muralla, el puente de San Martín se convertirá en una

ratonera para los caballeros del rey. No tendrán escapatoria —miró a don Fadrique con determinación y añadió—: Si hemos de morir, que sea en el campo de batalla.

—Que así sea, hermano.

Don Enrique asintió, alzó su espada y gritó:

—¡Seguidme soldados, hoy venceremos al rey de Castilla!

⁂

Los soldados de don Pedro se esforzaban en ascender por las murallas. Los ballesteros les protegían, pero en el interior de la puerta de San Martín se entabló una feroz batalla y los ballesteros se estaban quedando sin flechas. Las puertas estaban envueltas en llamas, en un humo negro, denso, que impedía la visión y la respiración. En rededor se escuchaban los gritos de furia, rabia, dolor y muerte. Don Pedro advirtió las decenas de cadáveres que yacían al pie de las murallas. Temió lo que se encontraría una vez que las cruzara. De pronto, un sobrecogedor crujido advirtió que la puerta estaba a punto de resquebrajarse y breves instantes después se desmoronó, ocultándose en una inmensa nube negra llena de pavesas incandescentes. El sol comenzaba a declinar por el horizonte cuando el rey entró en la ciudad.

Los caballeros de don Pedro pasaron por encima de los soldados de don Enrique de Trastámara. Los que intentaron huir fueron atacados por una población ávida de venganza. Los mataron a golpes, a cuchilladas. Aplastando sus cabezas con piedras. Grande era el odio, el resentimiento y la furia que sentían por aquellos soldados que habían violado y asesinado a sus seres queridos. Sin encontrar casi resistencia el rey se dirigió al castillo. Buscaba con afán a don Enrique y a don Fadrique. Desde las murallas un agotado, pero complacido don Vasco Fernández de Toledo le observaba. Sus ojos estaban llenos de lágrimas. Alzó la vista al cielo y rezó una plegaria, una oración de agradecimiento al Todopoderoso por la llegada del rey.

—Mi señor, permitidme que vaya a mi casa. Esta angustia me está matando —suplicó Samuel Leví con los ojos sumergidos en lágrimas.

El rey asintió y dijo:

—Iré contigo —y mirando a don Gutier, añadió—: Busca a los bastardos, no permitas que escapen.

—Los encontraré, mi señor —dijo don Gutier y espoleó su montura seguido de dos centenares de caballeros.

⁂

Don Enrique cabalgaba a toda velocidad. Confiaba en que sus soldados hubieran tomado la muralla y que el rey no hubiera cruzado la puerta de San Martín. En caso contrario, la derrota sería definitiva. Estaba atardeciendo y el sol barnizaba de rojo los muros de la ciudad. Cabalgaban hacia el oeste, dejando el rio Tajo y la ciudad de Toledo a su derecha. Unos seiscientos jinetes le acompañaban. Probablemente los soldados del rey les duplicaran en número, pero aún podrían lograr la victoria. Se encontraban a pocos pasos del puente de San Martín cuando don Enrique escuchó un estruendo seguido de una nube negra que envolvió la parte oeste de la muralla, donde se encontraba la puerta de San Martín. Espoleó con violencia a su caballo hasta que advirtió con horror que los jinetes del rey entraban en la ciudad.

—¡Maldita sea! —exclamó furioso deteniendo su montura—. Hemos llegado tarde.

—El rey ha cruzado las murallas. Ya no hay nada que podamos hacer. ¡Debemos huir! —dijo don Fadrique.

Se encontraban a pocos pasos de la entrada del puente de San Martín. En pocos minutos anochecería. Don Enrique de Trastámara meditaba sus posibilidades cuando un nutrido grupo de jinetes salía de la ciudad.

—¡Son los soldados del rey, nos han visto!

Don Enrique entendió que la batalla estaba perdida.

—Vámonos, hermano. Viviremos hoy para luchar mañana.

Giró su montura y a uña de caballo huyó de la ciudad, buscando refugio entre las largas sombras del atardecer.

⁂

La puerta del palacio de Samuel Leví estaba abierta. Descabalgó y entró con paso trémulo, asustado, temiendo lo que allí pudiera encontrarse. El rey, Hinestrosa y una docena de caballeros le acompañaban. El patio estaba revuelto, pero vacío. Su corazón se estremeció cuando advirtió unas manchas de sangre en el suelo. Corrió desesperado hacia el interior de la casa. El rey hizo un gesto a un par de soldados, para que le acompañaran. Después de unos minutos, apareció Samuel Leví en el patio negando con la cabeza.

—No están… no hay nadie… quizá… No, no puede ser.

Corrió hacia una puerta lateral del patio. El rey y los soldados le siguieron a un jardín trasero de la casa, donde había dos pequeñas fuentes rodeadas de setos. En una esquina del jardín, se encontraba la entrada a una de las cuevas. Samuel Leví se dirigió hacia ella. Su corazón latía con fuerza. Se sentía desfallecer.

—No, Dios mío, no.

Sus presagios más aciagos se hicieron realidad cuando bajó por las escaleras de piedra y, en la penumbra, vislumbró los cuerpos inertes de sus familiares.

—¡No! —En la cueva, arrojados como unos bultos inservibles, yacían los cadáveres de su mujer, sus hijos y su suegro, además de otros familiares y sirvientes. Se arrodilló envuelto en un mar de lágrimas y desesperación. Comenzó a tocarlos, a abrazarlos, como si su inconmensurable amor fuera capaz de devolverles a la vida. Algunos habían sido golpeados, torturados, como si su verdugo hubiera intentado sonsacarles algún tipo de información, mientras que otros habían sido degollados con una cuchillada rápida y certera, revelando prisas o urgencias.

El rey se acercó a él y posó su mano sobre su hombro. Estaba espantado por la terrible escena. Niños inocentes, mujeres… ancianos. Víctimas de una crueldad desmedida.

—Este crimen no quedará sin castigo.

Samuel Leví levantó la vista y le miró. Sus ojos estaban rojos de pena y dolor. Hundió su rostro entre sus manos y rompió a llorar. El rey sintió una profunda lástima por el tesorero. Negó con la cabeza y apretó los labios de rabia. No entendía el motivo que había llevado a los soldados de su

hermano don Enrique a ensañarse de esa manera con su familia. Recorrió con la mirada la cueva y un extraño brillo en el suelo captó su atención. Se dirigió hacia él. En una esquina, dentro de una oquedad, encontró varias monedas de oro y de plata. El postrero vestigio de un tesoro aún mayor. Se agachó, cogió las monedas y se las guardó. Levantó la vista y se encontró con la triste y decepcionada mirada de Hinestrosa. Sin compartir palabra, ambos entendieron la causa de las terribles torturas que sufrieron aquellas pobres gentes.

—Reza por tus seres queridos, no tengas prisa. Pasa tu duelo y regresa cuando estés preparado —dijo don Pedro a Samuel Leví, que permanecía de rodillas con el rostro hundido en el regazo de su esposa muerta—. ¡Vámonos! —ordenó a sus soldados, dejando al tesorero solo en la cueva, desahogando sobre los cuerpos yacentes de sus familiares su insoportable pesadumbre y amargura. En la entrada de la cueva el rey miró las monedas que acababa de encontrar. Desplazó la mirada hacia Samuel Leví. Sentía en el alma su pérdida, pero la duda, una terrible duda, comenzó a germinar en su corazón, emponzoñando su confianza en el tesorero de Castilla.

OceanofPDF.com

67

Toledo, mayo de 1355

El sol se alzó sobre el horizonte, iluminando con sus rayos una mañana azul, sin nubes. El rey caminaba despacio por entre las calles de la judería, contemplando las decenas, centenares de cadáveres de hombres, mujeres y niños, que los toledanos se afanaban en retirar para concederles una digna sepultura. Don Gutier y don Juan Fernández de Hinestrosa caminaban a su lado. Don Pedro había sido informado de que sus hermanos habían logrado escapar abrigados por el manto de la noche. Desconocía dónde se encontraban, pero no tardaría en averiguarlo. Lamentó no haber podido capturarlos. La guerra no terminaría hasta que acabase con ellos, sobre todo, con don Enrique. A sus labios asomó una media sonrisa. Recordó como su madre le insistió una y otra vez que debía matarlo o sería él quien lo hiciera. Intentó desplazar a su hermano de sus pensamientos. Ahora eran otras sus obligaciones. Caminó hacia el castillo de la judería. En una pequeña plaza retiraban los cadáveres en carros. Algunas casas estaban ennegrecidas, revelando que habían sido presa del saqueo y del incendio. Las ventanas aún humeaban. El barrio judío olía a madera quemada y a muerte. Les envolvía un silencio denso, respetuoso, terrible. Apenas se escuchaba algún gimoteo lejano y el seco sonido de los cadáveres al ser arrojados sobre los carros. El rey entró en el patio de armas del castillo. Allí encontró varias decenas de heridos. El arzobispo acompañaba a los físicos que intentaban curar sus heridas y remediar sus padecimientos. Al rey le sorprendió que de esas tareas no se ocupara algún rabino, pero no tardó en comprender que muy probablemente estuvieran todos muertos. Se acercó a él seguido por don Gutier e Hinestrosa. Había sido informado de su

valerosa defensa del castillo. Debía ser de los pocos clérigos castellanos que no solo toleraba la presencia de los judíos, sino que los defendía, poniendo incluso su vida en riesgo, como había demostrado durante la férrea defensa del castillo. El arzobispo protegió a doña Blanca de Borbón, pero también reconoció con celeridad su error y suplicó el perdón a su rey, poniendo a la ciudad de Toledo a su disposición. La judería había sufrido la injustificada ira de su hermano. No era momento para causar más dolor a los toledanos. La justicia regia recaería exclusivamente sobre aquellos que participaron o toleraron esa barbarie.

—Su excelencia.

El arzobispo se encontraba absorto ofreciendo agua a una joven con el rostro amoratado y el labio partido. Por sus ojos llenos de aprensión y temor, el rey advirtió que probablemente había sido violada. A pesar de todo, podría sentirse afortunada de permanecer con vida.

—Excelencia —repitió el rey, pues el arzobispo no había reparado en su presencia.

—Hermano… —don Gutier se acercó y apoyó su mano sobre su hombro.

El arzobispo se giró y se sobresaltó al encontrarse con soldados armados, pero su corazón se calmó al advertir que entre ellos se encontraban su hermano y el rey. Sin decir palabra le abrazó con fuerza y rompió a llorar. Con sus lágrimas intentó liberar su espíritu del miedo, la rabia y el dolor que durante largas horas lo habían encerrado en una celda de miseria y muerte. Nunca podría arrancar de su mente las desgarradoras súplicas de las mujeres mientras eran ultrajadas por lo soldados, a los niños que eran acuchillados delante de sus padres o los gritos de aquellos que fueron quemados vivos en sus casas. Durante unos instantes permaneció abrazado a su hermano hasta que su alterado ánimo comenzó a sosegarse.

—Ha sido horrible, monstruoso —logró decir al fin.

—Tranquilo, ya ha pasado todo —intentó consolar don Gutier.

El arzobispo negó con la cabeza.

—No, no ha pasado. He sido testigo de la terrible crueldad humana. Los cristianos y los musulmanes se han ensañado con los judíos. No, hermano

mío, esta atrocidad ha hecho mella en nuestros corazones y jamás quedará en el olvido.

El rey se acercó a los hermanos y dijo:

—Has ayudado a esta gente, arriesgando incluso tu vida, cuando la mayoría de los clérigos cristianos no desean más que su expulsión de tierras castellanas. Incluso los hay que exigen directamente su exterminio. Bien que lo sabes.

—Mi señor, un buen cristiano no desea la muerte del judío, si no que viva, para que tenga la oportunidad de convertirse y participar de la Gloria de Dios.

—Por desgracia, Enrique de Trastámara no es uno de esos buenos cristianos —replicó el rey.

El arzobispo agachó avergonzado la cabeza, persuadido del error que había cometido al favorecer a la Liga nobiliaria. Pero en aquel momento consideraba que hacía lo correcto, que defendía el honor de la reina de Castilla. Los bastardos lo habían engañado como a tantos otros. Alzó la vista y miró al rey con sus ojos todavía húmedos. Una preocupación devoraba su espíritu. No temía por él, pues su vida estaba en manos de Dios, si no por los toledanos, por el pueblo que abrazó la causa de doña Blanca de Borbón y expulsó de sus murallas a Hinestrosa y a sus jinetes con amenazas e insultos. Don Pedro advirtió sus temores y dijo:

—Excelencia, tanto el pueblo de Toledo como tú, ya habéis sufrido suficiente y os perdono. Solo castigaré a los responsables de esta masacre y a quienes no han hecho absolutamente nada para impedirla.

—Gracias, mi señor.

—Soy yo quien debe darte las gracias. Has salvado la vida de centenares de toledanos. Dios te proteja durante muchos años.

El rey le tomó de los hombros y le miró con sincera simpatía, olvidando su defección. El arzobispo era un hombre valiente, digno, honesto. Al igual que otros muchos, había apoyado a la Liga, pues consideraba que su causa era justa, correcta, pero al advertir el engaño, no dudó en reconocer su error y suplicar el perdón. Su valeroso comportamiento en defensa de los judíos al enfrentarse con un simple bastón a los soldados de don Enrique bien que

merecía concederle su gracia y perdón. Pocos clérigos cristianos hubieran obrado de igual modo.

—Continúa aliviando el dolor y los padecimientos de estas pobres gentes —miró a un oficial y le ordenó—: Ocúpate de que al arzobispo y a los físicos que velan por los heridos no les falte nada de lo que necesiten.

—Sí, mi señor.

—Gracias —dijo un emocionado arzobispo.

El rey asintió y se marchó. Todavía quedaba mucho trabajo por hacer y mucha justicia por impartir.

⁂

El alcázar había resistido el ataque de los soldados de don Enrique de Trastámara y no sufría daños. Era una fortaleza demasiado poderosa, demasiado bien defendida como para ser tomada por varias decenas de caballeros. Los ballesteros que la custodiaban eran hábiles en su oficio y estaban muy bien armados. Atardecía en Toledo. Había sido una jornada larga y triste. Durante todo el día, el rey caminó por las plazas y callejuelas del barrio judío siendo testigo de la sinrazón y la barbarie a la que había sido sometido. Recorrió a caballo el resto de la ciudad para comprobar si también había sido entregada al saqueo y la destrucción. En aquella parte de Toledo no se advertía una sola huella o vestigio del infierno que había padecido el barrio judío. Don Enrique de Trastámara se había ensañado con él, dejando intacto el resto de la ciudad. Las calles permanecían desiertas y los toledanos encerrados en sus casas, como si temieran sufrir algún tipo de represalia o castigo. Recordó las palabras del arzobispo y se preguntó cuántos de aquellos toledanos, que ahora se ocultaban tras las puertas de sus casas, habían robado o asesinado a sus amigos o conocidos judíos aprovechando el caos y el desconcierto generado por las tropas invasoras. Él lo averiguaría. Sobre ellos recaería todo el peso de la justicia regia, de la justicia castellana. En la sala del rey del alcázar, don Pedro no podía apartar de su mente la destrucción de la que había sido testigo. Se le advertía terriblemente afectado. En el sitial, se mesaba pensativo la barba. Estaba

preocupado. Le acompañaban Hinestrosa y don Gutier escoltados por una docena de soldados.

—Mi señor, doña Blanca de Borbón desea veros.

Las palabras de Hinestrosa le devolvieron a la realidad. Doña Blanca se encontraba confinada en sus dependencias en el alcázar. Ella era uno de los asuntos que le urgía resolver cuanto antes. Doña Blanca de Borbón había sido el símbolo de la rebelión nobiliaria, el motivo por el cual los toledanos se sublevaron contra él. No era prudente que permaneciera en Toledo.

—Hinestrosa ocúpate de escoltarla al castillo de Sigüenza —dijo el rey —. No quiero que salga de sus aposentos ni reciba visita alguna.

—¿El castillo de Sigüenza? —preguntó confuso Hinestrosa.

—Así es, ya no pertenece al obispo Pedro Gómez Barroso. Le fue arrebatado, al igual que todos sus bienes, por haber apoyado a la Liga nobiliaria y por ser uno de los oficiantes de la excomunión que el papa de Aviñón lanzó contra mí.

—Y está pagando sus culpas encerrado en el castillo de Aguilar de Campoo —añadió don Gutier.

—Es un traidor y ha sido tratado como tal. No he hecho más que cumplir lo que dicta la ley.

—Respecto a doña Blanca, ¿vais a hablar con ella? —insistió Hinestrosa, cambiando de tema, pues no estaba del todo de acuerdo en tratar a un obispo como si fuera un vulgar ladrón. Los continuos enfrentamientos entre el rey y el papa Inocencio no ayudaban a mejorar su relación, ni a levantar la excomunión y el entredicho que pendían sobre Castilla.

El rey chasqueó la lengua en señal de desagrado. Cualquier asunto relacionado con doña Blanca le incomodaba. Simplemente pretendía olvidarse de ella, al igual que de una desagradable pesadilla.

—No tengo ni interés, ni intención de hablar con ella —respondió, dando el asunto por zanjado.

Hinestrosa asintió aceptando la decisión del rey.

—Mi señor, os complacerá saber que hemos capturado a más de cincuenta hombres que participaron en el saqueo de la judería. Entre ellos a uno de los cabecillas —dijo don Gutier.

—¿Cuántas personas han muerto?

—Más de mil —respondió don Gutier con pesar—. Mujeres, niños, ancianos… los soldados del bastardo y los saqueadores no hicieron distinción alguna.

—Más de mil… —repitió el rey entre sorprendido y aterrado—. Hacedlo pasar.

Don Gutier hizo un gesto a un oficial, que salió inmediatamente de la sala regresando poco después acompañado por dos soldados y el prisionero, un hombre calvo, de rostro enjuto y ojos saltones.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó el rey.

—Mi señor… soy… soy Per Alfonso de Ajofrín —respondió con voz trémula y aterrada. Tenía el rostro ensangrentado y un labio hinchado, resultado del intenso interrogatorio al que había sido sometido.

—Hay testigos que aseguran que este hombre, junto con los partidarios de don Enrique de Trastámara, asesinó a los guardias y abrió las puertas de Alcántara, franqueando la entrada a Toledo a don Fadrique —informó don Gutier.

—¿Es eso cierto? —preguntó el rey.

—Mi señor, yo…

Per Alfonso temblaba de puro miedo y se orinó encima. Sus flácidas piernas apenas podían sostenerle y cayó desmayado al suelo.

—No necesito saber más. Este despojo humano es responsable de todas estas muertes. Tanto él como sus cómplices deben ser ejecutados.

—¿Los cincuenta, mi señor? —preguntó don Gutier.

—Todos.

Don Gutier hizo un gesto a los soldados. Tomaron por los hombros el inerte cuerpo de Per Alfonso de Ajofrín y se lo llevaron a los calabozos, en espera de sufrir su fatal destino.

—Hay algo más, mi señor —dijo don Gutier.

El rey le hizo un gesto para que continuara.

—Durante el interrogatorio, el prisionero ha confesado que fue testigo del saqueo del palacio de Samuel Leví por parte de don Fadrique y sus soldados —don Gutier se detuvo, como si supusiera un enorme esfuerzo lo que se disponía a decir. El rey le apremió con la mirada—. Asegura que don

Fadrique le dijo que había encontrado una inmensa fortuna oculta en una de las cuevas anexas a los jardines del palacio. Mi señor, según Per Alfonso, Samuel Leví ha estado robando durante años a la Corona de Castilla.

El rey desvió la vista hacia Hinestrosa y este negó con la cabeza. Las piezas empezaban a encajar. La saña con la que sus familiares fueron asesinados, golpeados hasta la muerte para que confesaran dónde se encontraba el tesoro, las monedas que encontró en la oquedad y, ahora, la confesión de uno de los saqueadores. Pruebas irrefutables de la deslealtad de Samuel Leví, del hombre sobre el que había vertido toda su confianza. A pesar de haber encontrado las monedas, no pudo, no quiso creer que el tesorero le estaba robando. Un privado de su máxima confianza y a quien consideraba su amigo. Se sintió decepcionado, engañado. Pero no era momento de tomar severas decisiones, pues aún lo necesitaba. Esperaría el momento preciso para saldar deudas y aplicar justicia.

—Gracias Gutier, tendré muy en cuenta esta información. Ahora, dejadme. Necesito pensar.

Hinestrosa y don Gutier intercambiaron una mirada de tristeza y se marcharon en silencio, abandonando la sala y dejando al rey envuelto, una vez más, con el pesado manto de la deslealtad y la traición.

OceanofPDF.com

68

Toro, noviembre de 1355

La toma de Toledo no puso fin a la guerra. Los bastardos huyeron a Talavera y posteriormente a Toro, pero el rey tuvo que reprimir el impulso de perseguirlos, pues otras fueron las urgencias que reclamaron su atención. Los familiares del cardenal Gil Carrillo de Albornoz se sublevaron y alzaron en armas a la ciudad de Cuenca. En junio marchó el rey con sus huestes a sofocar a los rebeldes, posponiendo la persecución de sus hermanos. La ciudad estaba muy bien protegida y no era posible su conquista por asalto, por lo tanto, aconsejado por don Gutier e Hinestrosa, el rey estableció un duro asedio para rendir la ciudad por hambre y sed. Mientras tanto, permanecía muy atento a los movimientos de sus hermanos. Dos semanas llevaba de asedio cuando don Álvar García de Albornoz, uno de los familiares del cardenal, acudió al real para ofrecerle la rendición a cambio de que no entrara en la ciudad y perdonara su vida y la de sus familiares. El rey aceptó la propuesta, pero hizo jurar a los Albornoz y a sus caballeros que jamás volverían a rebelarse en su contra y a incitar al pueblo a la sublevación. Para don Pedro este juramento fue más que suficiente, porque le permitía retomar la tarea que dejó pendiente en Toledo: la captura de sus hermanos. Pero el sitio de Toro tuvo que demorarse, pues a mediados de agosto, en Tordesillas, nació Isabel, la tercera hija del rey y de doña María de Padilla. Don Pedro permaneció con ella hasta el mes de octubre, cuando marchó con sus ejércitos a Toro para enfrentarse a sus hermanos.

⁂

Hacía frío y el viento soplaba con fuerza. La noche anterior había llovido con insistencia empapando las tiendas y la impedimenta. El sitio de Toro estaba siendo tremendamente fatigoso, pero el rey no cejaría en su empeño hasta conquistar el último bastión rebelde. En el castillo se encontraban don Enrique, don Fadrique, doña María de Portugal y don Pedro Estébanez Carpenteyro, el rival de don Diego García de Padilla por el control de la orden de Santiago, entre otros nobles rebeldes que persistían en continuar una guerra estéril y perdida.

El rey se encontraba en su tienda abrigado por una piel de oso. Bebía un vaso de vino. Estaba tranquilo, confiado. Había pacificado Castilla y una vez que sometiera a sus hermanos, la normalidad y la serenidad retornarían por fin al reino. Desde que hacía cinco años fuera proclamado rey, no recordaba haber disfrutado de un instante de paz. Estaba cansado, exhausto por la guerra y por las traiciones sufridas. Bebió un trago de vino y le supo amargo al recordar a Samuel Leví, a quien había destituido como tesorero mayor. El rey no le dio explicaciones. No era hombre inclinado a justificar sus decisiones, pero tampoco lo juzgó por sus supuestos delitos. Le mantuvo los otros cargos menores de los que disfrutaba, pues prefería mantenerlo cerca, vigilado. Tantas traiciones, tantos desengaños. La guerra había dejado al descubierto lo frágiles y volubles que eran las lealtades de los nobles castellanos. Sonrió a recordar a don Juan de la Cerda, ¿cuántas veces le había traicionado? ¿Volvería a hacerlo?

—Por supuesto que lo hará, siempre acaban traicionándome. Solo está esperando el momento y el lugar idóneo. Lo hará, como el resto… ya no puedo confiar en nadie.

El rey susurraba para sí mismo, negando con la cabeza cuando recordó como su madre se vendió a los bastardos como una vulgar ramera. Y ahora se encontraba allí, en Toro, en el bando enemigo. Bebió otro trago de vino.

—Mi señor, tenéis visita.

El rey levantó la vista y advirtió al oficial de guardia que había entrado en la tienda. Se encontraba cansado y de mal humor. No le apetecía recibir visitas, ni hablar con nadie. Deseaba estar solo, con la única compañía del vino y de sus pensamientos.

—Que se vaya —le espetó desviando la vista hacia su vaso.

El oficial carraspeó y armándose de valor insistió:

—Es… es el cardenal Guillermo de la Jugie, el legado del papa…

El rey desvió la vista de nuevo hacia el oficial. El papa le había excomulgado y lanzado el entredicho contra todo el reino, salvo en las ciudades rebeldes. Pero ya no había ciudades rebeldes en Castilla salvo Toro y quizá en Galicia, donde don Fernando de Castro permanecía agazapado como una liebre temerosa, sin saber muy bien si salir corriendo o quedarse quieta en espera de que pasara el peligro. Sea como fuere, la rebelión había sido prácticamente sofocada.

—En tal caso, haced pasar a su eminencia —ordenó con desdén.

El cardenal Guillermo de la Jugie entró en la tienda. Mostró una amable sonrisa cuando sus ojos se cruzaron con los del rey. Era un hombre maduro, de corta estatura, algo entrado en carnes, con la frente despejada y labios y nariz gruesos. Vestía el hábito rojo que identificaba su alta dignidad dentro del estamento eclesiástico.

—Os saludo, don Pedro, rey de Castilla —dijo el cardenal en un más que correcto castellano, pero con un marcado acento que delataba su origen francés.

—Eminencia, sed bienvenidos a mi campamento, aunque mucho me temo que vuestra estancia no será tan acogedora como lo pudiera ser en cualquiera de mis castillos o fortalezas —le hizo un gesto para que tomara asiento en un escabel cercano. Desvió la vista al oficial y le ordenó—: Llama a mis sirvientes, que traigan carne y vino para su eminencia, el cardenal.

El legado papal aceptó de buen grado la invitación, pues se hallaba cansado y hambriento después del largo viaje desde Aviñón.

—Os pediría que celebrarais misa. Para mí no habría mayor honor que todo un cardenal de Aviñón, un legado papal pudiera darnos la Comunión, pero desgraciadamente fui excomulgado y sobre Castilla pende el castigo del entredicho —dijo el rey con sorna.

El cardenal asintió suavemente con una sonrisa, ignorando el tono sarcástico con el que el rey había pronunciado tales palabras.

—Y este es un asunto que preocupa especialmente al papa Inocencio.

—¿En serio? Pensé que al papa solo le preocupaba la guerra entre Francia e Inglaterra.

—Muchas son las preocupaciones que le afligen. —El cardenal advirtió que la conversación no sería fácil. La condena de excomunión y de entredicho no habían surtido los efectos que el papa esperaba. Realmente, resultaron del todo inútiles como elementos de presión para que don Pedro regresara con doña Blanca de Borbón. Pero Castilla era un reino poderoso. Si no aceptaba ser aliado de Francia, al menos debía evitar que luchara a favor de Inglaterra.

—Es cierto, reconoció el rey —bebió un trago de vino—. Otra de sus inquietudes es su inagotable perseverancia para que vuelva con Blanca de Borbón. Por cierto, ¿el papa está al corriente de la relación que mantuvo con mi hermano Fadrique?

El cardenal se sentía cada vez más incómodo con la conversación. Agradeció la llegada de un sirviente con una bandeja con comida y vino.

—Este cordero huele muy bien —dijo el cardenal, cambiando de tema. Don Vasco Fernández de Toledo envío al papado información detallada de la relación que doña Blanca había mantenido con don Fadrique durante su viaje a Valladolid, desmontando los argumentos y la estrategia del papado para que don Pedro se reconciliara con ella. Ahora era el papa Inocencio quien, de un modo u otro, debía reconciliarse con el rey de Castilla.

—Servíos, por favor. Que ningún cardenal tenga queja sobre la hospitalidad recibida por el rey de Castilla.

A don Pedro le estaba haciendo efecto el vino y disfrutaba de la conversación. La visita del cardenal le había alegrado el día.

—El papa Inocencio está dispuesto a levantar todas las penas espirituales que recaen sobre vos y sobre Castilla —dijo el cardenal con la boca llena de carne de cordero. El rey asintió y le hizo un gesto de mano para que continuara—. No es mucho lo que pide, simplemente que canceléis los pagos pendientes a la Iglesia de Aviñón y que liberéis a don Pedro Gómez Barroso, el obispo de Sigüenza.

El rey se recostó en la silla. Efectivamente, no era mucho lo que el papa le pedía para levantar su excomunión y el entredicho en Castilla. Y ahora

que había sometido a la mayoría de los nobles rebeldes, era conveniente congraciarse con la Iglesia y olvidar viejas rencillas.

—Como bien sabe su eminencia, Castilla está en guerra desde hace años y las guerras, además de causar muertes, asolar campos y devastar villas, afectan gravemente a la recaudación de impuestos. Las guerras, eminencia, son extremadamente caras. Consideraré retomar los pagos a la Iglesia, pero será más adelante, cuando la economía del reino se haya recuperado. Confío plenamente en la comprensión y generosidad del papa Inocencio.

—Entiendo —aceptó el cardenal—. No hay prisa. El papa comprende la situación tan delicada en la que se encuentra Castilla y será paciente.

—Bien, me alegra escuchar esas palabras.

—¿Respecto al obispo de Sigüenza?

El rey se incorporó y negó con la cabeza fingiendo sentirse disgustado.

—Se unió a Liga nobiliaria…

—Fue engañado, como muchos otros —replicó el cardenal.

—Ofició mi excomunión y el entredicho contra Castilla.

—Obedeció una orden del papa. Su responsabilidad respecto a la sanción es muy limitada —protestó de nuevo el cardenal, inquieto al verse en la tesitura de regresar a Aviñón sin haber conseguido ninguno de los propósitos de su viaje.

El rey puso los brazos en jarra y miró al suelo sin dejar de negar con la cabeza y de apretar los labios. Se divertía torturando al cardenal, cuyo gesto palideció ante su aparente negativa a aceptar la liberación del obispo de Sigüenza.

—Nada, absolutamente nada me complacería más que reconciliarme con el papado —comenzó a decir el rey fijando la vista a una parte indeterminada del exterior de la tienda—. Pero la excomunión y el entredicho… son condenas graves, crueles para un buen cristiano como yo. Mi alma y las de mis vasallos han estado condenadas.

—Podemos solucionarlo. Disfruto de la autoridad papal para hacerlo. —El cardenal mostró unos documentos—. Estas son las bulas que levantarían la sanción.

El rey desvió la vista hacia el cardenal. Su rostro estaba torcido por la preocupación. Lanzó un largo suspiro y dijo:

—Bien, si al papa le complace, liberaré al obispo de Sigüenza. Le perdonaré sus delitos y le restituiré sus posesiones. Confío que este gesto de buena voluntad ayude a retomar la buena relación que Castilla siempre ha pretendido mantener con el papado de Aviñón.

—Sin duda —dijo el cardenal, incorporándose del escabel con una gran sonrisa. Al menos no volvería de vacío a Aviñón: había conseguido liberar al obispo Pedro Gómez Barroso y reconducido la relación del papado con el reino de Castilla—. Naturalmente procederé al inmediato levantamiento de las sanciones espirituales.

En las negociaciones, el cardenal no mencionó en ningún momento la prisión a la que estaba sometida doña Blanca de Borbón, ni la relación que mantenía el rey con doña María de Padilla o su matrimonio fallido con doña Juana de Castro. Tampoco aludió a los obispos de Ávila y Salamanca que tramitaron la nulidad de su matrimonio con la princesa de Francia y sobre los que todavía había pendiente una investigación.

«Muy mal le tiene que ir a Francia en su guerra con Inglaterra, para que el papado se haya vuelto tan tolerante y comprensivo con Castilla», concluyó don Pedro. Pero estaba satisfecho. El levantamiento de su excomunión y del entredicho contra el reino, invalidaba el último pretexto alegado por los nobles rebeldes para mantener su lucha. Los bastardos se habían quedado solos. Completamente solos. El rey tomó asiento y alzó su vaso a modo de brindis. El cardenal hizo lo propio. Su gesto se había relajado mostrando un inconmensurable alivio.

OceanofPDF.com

69

Toro, diciembre de 1355

Don Enrique y don Fadrique se encontraban sentados al calor del fuego de la chimenea. Hacía frío en el castillo de Toro y más en aquel amplio espacio, en la sala principal de la torre del homenaje. Los dos hermanos miraban fijamente al fuego, hechizados por el baile de las llamas y el chisporroteo de las incandescentes brasas. Llevaban meses encerrados en el castillo, asediados por las tropas del rey. Los dos mil quinientos soldados con los que contaba don Enrique eran suficientes para evitar el asalto de las murallas. El rey lo había intentado en varias ocasiones, pero desistió al tropezarse contra los inexpugnables muros. Entonces cambió de estrategia y decidió asediar el castillo y rendirlo por hambre y sed. Los soldados estaban desmoralizados. Desde el real, los hombres del rey les gritaban asegurándoles que todos los nobles de Castilla se habían rendido, que incluso el papa había levantado la excomunión y el entredicho contra Castilla. Les insistían para que se rindieran. Habían perdido la guerra. Los soldados se miraban sin saber muy bien qué hacer. Los bastardos temían que pronto comenzaran las deserciones. Don Fadrique desvió la vista hacia su hermano y advirtió una expresión sombría en su mirada. Su estado de ánimo no era mejor que el de los soldados. Su gesto revelaba una profunda amargura y melancolía. Sus pensamientos divagaban, recordando tiempos mejores, cuando se encontraban en ese mismo castillo, en esa misma estancia y el rey en los calabozos. Había estado tan cerca de cumplir su propósito… ¿qué había pasado? ¿En qué momento comenzaron a torcerse sus planes? Asintió con pesar y soltó un largo suspiro. Comprendió que la Liga era un gigante con los pies de barro. Solo la presencia de

Alburquerque logró unir a unos nobles que, tarde o temprano, acabarían enfrentándose entre ellos. La Liga nobiliaria murió el mismo día que el canciller, aunque los nobles que la integraban aún no lo sabían.

—Debemos romper el cerco —dijo don Enrique rompiendo el espeso silencio—. No encuentro otra alternativa.

—¿Qué quieres decir?

—Llevamos semanas encerrados. Nadie, absolutamente nadie, va a venir a auxiliarnos salvo…

—¿Salvo?

—Que salgamos nosotros a buscar ayuda.

Los ojos de don Fadrique se entornaron intentando escrutar en sus pensamientos.

—¿Pretendes romper el cerco? —preguntó, temiendo la respuesta.

—Iré a Galicia y regresaré con don Fernando de Castro y su ejército.

Don Fadrique se levantó de un salto y le dijo:

—¡Estás loco, el castillo está rodeado!

Don Enrique alzó la mano y con una sonrisa le dijo:

—Sosiégate hermano. Salir del castillo sin ser visto no será problema alguno. —Don Fadrique volvió a tomar asiento y don Enrique con voz templada y confiada prosiguió—: Huiré solo, amparado por una noche sin luna. Hermano, el rey está seguro de su victoria. Bien, mejor así, que se confíe —arrugó los labios y levantó las manos—. Nos beneficia que considere que nuestra derrota es solo cuestión de tiempo y paciencia. Entonces, cuando más confiado y satisfecho se encuentre, contraatacaremos. Yo por la retaguardia con los soldados de don Fernando de Castro y tú desde el castillo. Seremos como una terrible y mortal tenaza de la que no podrá escapar. Regresaré hermano, te juro que regresaré y le derrotaremos.

⁂

Doña Juana Manuel bordaba sentada próxima a la ventana de la estancia, aprovechando la luz del sol. Así pasaba los días, tejiendo y bordando. Poco más podía hacer encerrada en el castillo de Toro. Con ella se encontraban

doña María de Portugal y don Martín Alfonso Tello. Estaban sentados en un banco de madera con las manos entrelazadas. Se sonreían y se lanzaban miradas cómplices como si fueran unos adolescentes que acabasen de descubrir el amor. Doña Juana Manuel les observaba y sonreía con simpatía; era evidente que se amaban. Don Martín Alfonso era más joven que la reina. Un matiz sin importancia si la amaba y si, además, era correspondido. Al menos la reina madre podía disfrutar de su compañía… Una expresión sombría cruzó su rostro y sus ojos se humedecieron.

—No debes preocuparte —dijo doña María de Portugal advirtiendo su inquietud—. Enrique se marchó hace tres días. Si hubiera sido capturado, mi hijo nos hubiera informado y con mucho gusto, pues significaría que jamás recibiríamos refuerzos.

Doña Juana Manuel sonrió agradecida por las palabras de ánimo, pero no pudo evitar que una lágrima recorriese su mejilla.

—María tiene razón —intervino don Martín—. Don Enrique ha logrado burlar el cerco. Pronto regresará con las tropas de don Fernando de Castro.

La reina madre se incorporó y le abrazó. Doña Juana Manuel rompió a llorar en su regazo. Sentía un profundo miedo y pesar. Intentó evitar los aciagos pensamientos que revoloteaban incansables en su mente. Pero no lo logró. Aún tenía muy presente como, durante el sitio de Gijón, don Enrique fue a buscar ayuda y no regresó.

OceanofPDF.com

70

Toro, diciembre de 1355

El rey paseaba por el real desafiando al intenso frío castellano. Cuatro guardias lo escoltaban a pocos pasos de distancia. Se hallaba triste y cansado. Acababa de recibir la noticia de la muerte de don Juan García de Villagera en un combate en Uclés, uno de los últimos reductos rebeldes. «¿Cuándo terminaría esta guerra? ¿Cuándo la paz regresará por fin a Castilla?». Llevaban varias semanas acechando el castillo, pero aún se resistía a ser tomado. Le habían llegado informaciones que aseguraban que don Enrique había logrado escapar y que probablemente se dirigía a Galicia en busca de refuerzos. No serían buenas noticias de ser ciertas. Cuando el rey escapó de su prisión en Toro, don Fernando de Castro se machó a sus posesiones en Galicia, donde había permanecido sin tomar partido por ninguno de los dos bandos. Don Pedro confiaba en que no ayudaría a don Enrique de Trastámara en una guerra que tenían perdida. Alargarla solo produciría más muertes y desolación, como bien pudo advertir en el barrio judío de Toledo. Su corazón se estremeció al recordar aquellas terribles escenas, aquellos crímenes tan salvajes como gratuitos. Pero no podía arriesgarse a que don Fernando de Castro saliera de su madriguera y apoyara al bastardo. Corría el riesgo de verse atrapado entre dos ejércitos. Debía actuar y con celeridad. Dando pasos largos y decididos, regresó a su tienda e hizo llamar a Hinestrosa. Se sirvió un vaso de vino y esperó sentado en un escabel la llegada de su consejero.

«Esta guerra tiene que terminar y si para ello debo pactar con el mismísimo diablo, que así sea».

—Mi señor.

El rey alzó la vista y advirtió la llegada de su consejero. Con un gesto le invitó a tomar asiento.

—¿Tenemos alguna información sobre Enrique?

—No, mi señor. Realmente desconocemos si logró huir o si permanece todavía en el castillo. Lo cierto es que no ha vuelto a ser visto en las almenas.

—Sería bueno que Enrique no se encontrara en el castillo —susurró el rey, como para sí mismo.

—¿Señor? —preguntó Hinestrosa sin entender qué quería decir.

—Quien manda en Toro es Enrique. Si las informaciones son ciertas y ha huido, Fadrique ha ocupado su lugar. Él comanda las tropas, toma las decisiones. Y debe hallarse desorientado, confuso, sin saber muy bien cómo actuar. Es el momento de que hables con él.

—¿Queréis que vaya al castillo y negocie con él la rendición?

El rey se incorporó y comenzó a pasear por la tienda.

—Fadrique es el eslabón más débil de la cadena. Si le convencemos, si le convences, el castillo caerá en nuestras manos sin que haya casi derramamiento de sangre.

—¿Casi sin derramamiento de sangre?

—En el castillo hay un par de caballeros con los que tenemos alguna que otra cuenta pendiente.

Hinestrosa sonrió, sabía muy bien de quiénes se trataba. Se alegraba enormemente de no ser uno de ellos.

—¿Qué le ofrezco a don Fadrique para que rinda el castillo?

—Su vida.

⁂

Era una mañana despejada pero un viento gélido soplaba con fuerza, helando los ánimos y las voluntades. Desde el adarve, don Fadrique contemplaba como Hinestrosa se acercaba al castillo acompañado por dos jinetes. Suspiró largamente. A su lado, los soldados de guardia contemplaban esperanzados la llegada del consejero, pues significaba que el rey estaba dispuesto a parlamentar. Los soldados estaban hastiados de una

lucha que se eternizaba y que carecía de sentido. Consideraban que solo la pertinaz obcecación de don Enrique de Trastámara evitaba que la guerra hubiera terminado hacía tiempo. Si el papa se había reconciliado con el rey, ¿por qué su propio hermano no podía hacerlo? ¿Para qué persistir en una guerra en defensa del cuestionado honor de doña Blanca de Borbón? Los nobles se declaraban la guerra, pero eran los soldados los que morían en ella. Don Fadrique advirtió la derrota en su mirada. Su motivación, su espíritu de lucha se habían esfumado como la niebla azotada por el viento. Y él no se encontraba de mejor ánimo. Doña Blanca había sido encerrada en Sigüenza y, probablemente, jamás volvería a verla. Debería haberla secuestrado cuando tuvo ocasión y huir a Portugal, a Francia, a Aragón. Se lamentaba de no haber abandonado a sus hermanos. De no haber pensado más en sí mismo. En satisfacer sus deseos, en colmar su felicidad. Don Enrique se había marchado a Galicia dejándole la responsabilidad de defender el castillo y proteger a doña Juana Manuel y a doña María de Portugal. ¿Regresaría tal y como le prometió o permanecería en Galicia hasta que el castillo fuera conquistado? Quizá mientras observaba cómo Hinestrosa se aproximaba a las murallas, don Enrique se encontraba preso del rey. Quizá esa era precisamente la información que pretendía comunicarle Hinestrosa. Volvió a lanzar un largo suspiro. Descendió las escaleras de la muralla y se dirigió a las puertas del castillo, con la esperanza de que el tío de doña María de Padilla pudiera ofrecerle una salida honrosa a aquella ciénaga, aquel abismo en el que su hermano persistía en hundirle.

—¡Soy don Juan Fernández de Hinestrosa, quiero hablar con don Fadrique! —gritó a pocos pasos de la puerta del castillo. Desde las almenas, los ballesteros apuntaban amenazantes sus armas.

Un desagradable chirrido advirtió que las puertas se estaban abriendo y al momento apareció don Fadrique. A Hinestrosa le sorprendió que acudiera al encuentro solo, sin escolta.

—Quedaros aquí —ordenó a los soldados que le acompañaban.

Los ballesteros bajaron sus armas y contemplaron a los nobles con interés. Su vida dependía de esa conversación. Sobre el cielo azul revoloteaban y graznaban un par de cuervos.

—Saludos, don Fadrique —dijo Hinestrosa con un gesto de cabeza.

—Te saludo, don Juan Fernández de Hinestrosa, ¿quieres entrar al castillo? Aún nos queda algo de vino —dijo con una sonrisa.

Hinestrosa respiró hondo y dijo:

—Hace fresco, pero se agradece sentir los rayos del sol. Si te parece bien, podemos dar un paseo por la muralla. —Entrar en el castillo era un riesgo que no estaba dispuesto a asumir. Situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas y no se fiaba de las intenciones del hermano del rey.

Don Fadrique sonrió y asintió entendiendo perfectamente sus temores. Con un gesto de mano le invitó a iniciar el paseo.

—No he visto a tu hermano —Hinestrosa descabalgó y desvió la vista hacia las murallas—. Se comenta que ya no se encuentra en el castillo.

—Ha logrado escapar. Pronto regresará con un poderoso ejército —dijo don Fadrique, intentando mostrar más confianza de la que realmente tenía.

Hinestrosa asintió, esperando dicha respuesta. Desplazó de nuevo la mirada y advirtió cansancio y desánimo en los soldados que protegían la fortaleza.

—Ambos sabemos que esta guerra carece de sentido. Vuestra causa está perdida y pronto, muy pronto, el castillo será tomado por nuestras tropas.

Don Fadrique guardó silencio digiriendo sus palabras, su sentencia. Hinestrosa tenía razón. Dudaba de la lealtad de sus soldados y era más que probable que esa misma noche muchos desertaran. Luchaban en una guerra que consideraban que no era suya. Desde que don Enrique abandonara el castillo, dormía con la puerta de su alcoba atrancada, temiendo ser asesinado por alguno de los soldados. Vivía en un miedo constante, preocupado no solo por los soldados que asediaban el castillo, sino también por los que se encontraban dentro de sus murallas. Tanto miedo, tanta angustia eran insoportables.

—Si estás aquí es porque el rey quiere negociar, ¿verdad? —preguntó esperanzado don Fadrique.

—Así es. Don Pedro ha sometido a los nobles rebeldes, el papa Inocencio ha levantado la excomunión y el entredicho sobre Castilla. Doña Blanca… —Hinestrosa hizo una pausa. Se disponía a decir que doña Blanca había traicionado al rey, engañándolo con él días antes de su boda, pero se

contuvo. Su misión era rendir el castillo. Debía ser más comedido, más sutil —. Defender la causa de doña Blanca carece de sentido. Vosotros, los nobles sublevados, no tenéis motivo alguno para alzaros contra el rey. Don Pedro es generoso. Es su deseo que esta guerra termine cuanto antes. Tú eres más prudente que don Enrique, más sensato. Está persuadido de que eres consciente de la dramática situación en la que os encontráis y os ofrece, te ofrece un acuerdo que, sinceramente, no deberías rechazar si pretendes salir de este entuerto con vida.

Don Fadrique escuchó con atención sus palabras y agradeció que no se extendiera detallando la relación que mantuvo con doña Blanca. No era necesario. El rey había sofocado la revuelta nobiliaria y tenía el perdón del papado. No estaba dispuesto a morir en una lucha que solo su hermano don Enrique, que además se encontraba muy lejos de Toro, persistía en continuar. Era muy fácil pedirle a él y sus soldados que defendieran la plaza cuando él se encontraba a centenares de leguas de distancia. Muy fácil.

—¿Qué me ofrece el rey? —preguntó don Fadrique.

Hinestrosa sonrió al escuchar la pregunta. A don Fadrique solo le preocupaba salvar su vida. El destino que le aguardaba al resto de los nobles y soldados que se encontraban en el castillo le era del todo indiferente. Doña María de Portugal y doña Juana Manuel incluidas. Respiró aliviado; don Fadrique estaba interesado en negociar, aunque fuera únicamente para salvarse él.

—El rey está dispuesto a perdonarte y a devolverte el maestrazgo de Santiago. Simplemente tienes que jurarle fidelidad —se detuvo, le tomó de los hombros y le miró a los ojos—. No pide más que fidelidad.

La oferta era más que generosa, ¿existe algo más valioso que la propia vida? Don Fadrique intentó contener la emoción que recorría su espinazo. Su vida estaba a salvo. Lo había conseguido. Y, además, don Pedro le restituiría el maestrazgo de la Orden de Santiago. Sí, la oferta era extremadamente generosa. El rey pretendía que don Fadrique se distanciara de su hermano don Enrique. Su verdadero objetivo, a quien consideraba el origen de todo mal que azotaba a Castilla. Don Fadrique miró a las murallas. Decenas de soldados le contemplaban con suma atención en un profundo y denso silencio. Hasta los cuervos que sobrevolaban sobre sus

cabezas detuvieron sus graznidos, como si estuvieran también interesados en la conversación.

—Temo por ellos —dijo don Fadrique, sin apartar la vista del castillo—. Temo por mis soldados, por doña María de Portugal y por doña Juana Manuel. No puedo abandonarlos a su suerte.

Una vez asegurada su supervivencia, don Fadrique pretendió salvaguardar las vidas de las personas que estaban bajo su cargo y responsabilidad. Si entregaba el castillo al rey y los soldados y nobles que allí se encontraban eran pasados a cuchillo, la nobleza le tildaría de traidor y cobarde. Era su reputación, su valor, su honor lo que procuraba preservar.

—La vida de los soldados será perdonada y por doña María de Portugal no debes preocuparte. Es la madre del rey y no le hará ningún daño.

—¿Y doña Juana Manuel?

—Es la mujer de don Enrique de Trastámara, la mujer de un traidor que persiste en rebelarse contra su rey. No podemos permitirnos liberarla. Permanecerá retenida hasta que don Enrique se entregue o muera —hizo un gesto y retomaron el paseo—. Pero no debes temer por su vida, para nosotros es infinitamente más valiosa viva que muerta.

Don Fadrique apretó los labios y asintió.

—¿Qué destino les espera a los nobles sitiados? —preguntó, con la mirada perdida en el horizonte, como si ya conociera la respuesta.

El consejero del rey negó con la cabeza. Sus ojos mostraban una expresión sombría.

—Sus vidas estarán en manos del rey. Quedan fuera de estas negociaciones.

Don Fadrique entendió que don Pedro aplicaría sobre los nobles la justicia regia. Puede que alguno de ellos fuera perdonado, pero otros serían ejecutados. Al aceptar su propuesta los estaba condenando a muerte.

«Unos han de morir, para que otros puedan vivir», concluyó.

OceanofPDF.com

71

Toro, enero de 1356

Y don Fadrique tomó la decisión. En su fuero interno se debatía si había hecho lo correcto. Persistir en una guerra que estaba perdida ponía en riesgo centenares de vidas sin motivo ni justificación, pero entregar el castillo podría ser considerado como un vil gesto de deslealtad y cobardía. Pero ¿dónde se encontraba don Enrique? ¿Acaso no había huido con el pretexto de buscar ayuda? No sería algo nuevo, pues ya huyó durante el sitio de Gijón. Don Fadrique se encontraba solo en sus aposentos. Su corazón latía con fuerza víctima de un torbellino de sensaciones. Intentaba justificar su decisión. Buscó consuelo en el abandono de su hermano, en su soledad, en su responsabilidad sobre las vidas que estaban a su cargo. Miró por la ventana y contempló a los soldados que hacían guardia en el adarve. Negó con la cabeza. No merecía la pena torturarse. La decisión estaba tomada y solo esperaba la llegada de su brazo ejecutor. Tomó un vaso de vino y se lo bebió de un trago. Temía la reacción de su hermano cuando tuviera constancia de la noticia. Pero ¿dónde se encontraba? Probablemente muy lejos de Toro, protegido por los soldados de don Fernando de Castro. A centenares de leguas la realidad adquiere otra perspectiva. Es más fácil tomar graves decisiones y obligar a otros que arriesguen gratuitamente sus vidas. Don Fadrique continuaba inmerso en sus pensamientos, en sus inquietudes cuando se abrió la puerta de la estancia.

—Mi señor —saludó don García Alfonso Trigueros, un recio soldado de ojos azules y profundos, voz cavernosa, y cabellos y barba canosa que revelaba que había pasado de los cuarenta años hacía tiempo. En su rostro don Fadrique advirtió el mismo desánimo que había contagiado a todos los

soldados que protegían Toro. Era uno de los hombres de confianza de doña María de Portugal y, por lo tanto, conocía al rey desde que era niño. Era la persona idónea para llevar a cabo tan delicada misión. Se acercó a una mesa, sirvió un vaso de vino y se lo ofreció.

—Necesito que vayas al real y te reúnas con Hinestrosa —don García Alfonso tomó el vaso con manos temblorosas y ojos confusos—. Vamos a rendir el castillo. La guerra ha terminado.

⁂

El sol acariciaba el horizonte alargando las sombras y tiñendo de ocre las murallas del castillo. Don Fadrique se encontraba en el patio de armas montado en su caballo. Había llegado el momento. No se despidió de nadie, ni siquiera de la reina madre y doña Juana Manuel. Espoleó suavemente su montura y se dirigió hacia la puerta de la muralla. Los soldados le contemplaban en silencio. Todo era silencio en el castillo de Toro. Echó un vistazo a su espalda y advirtió como desde una ventana de la torre del homenaje le observaban doña María de Portugal y doña Juana Manuel. Ya estaban al corriente de lo que iba a acontecer. Todos en el castillo lo sabían. Algunos suspiraron aliviados, mientras que otros temieron por sus vidas. No obstante, confiaban en la clemencia del rey al haber entregado la fortaleza sin ofrecer resistencia y por encontrarse al amparo de la reina madre. La tensión era manifiesta. Cientos de corazones latían con fuerza ante lo incierto de su destino. Don Fadrique desvió la mirada hacia la puerta del castillo y continuó su camino, lento, pausado, como si una fuerza interior le advirtiese de que no abandonara el castillo, de que permaneciera tras aquellos muros, pues su hermano regresaría con tropas suficientes para revertir la situación. Pero ya no había vuelta atrás. Hizo un gesto a la guardia y esta se apresuró a abrir las puertas. Don Fadrique se detuvo, respiró hondo y espoleó con rabia su montura, que corrió a galope como si le persiguieran mil demonios. El rey le había perdonado, devolviéndole títulos y propiedades, pero no podía estar presente durante las ejecuciones que, irremediablemente, iban a producirse. No podría soportar las miradas acusatorias de los hombres a los que había condenado a muerte con la

rendición de la fortaleza. Echó un vistazo atrás y advirtió como el castillo era devorado por las oscuras tinieblas del atardecer.

⁂

Había anochecido cuando el rey, acompañado por Hinestrosa, don Gutier, don Diego García y todo su ejército cabalgaba hacia el castillo de Toro. Iluminaba el camino el titilante fuego de las antorchas. Cabalgaban despacio, envueltos en un insoldable silencio solo roto por el sonido de los cascos de los caballos al golpear la tierra del camino. Se encontraban a pocos pasos de la puerta de Santa Catalina. Desde las almenas los soldados observaban el avance del ejército del rey con inquietud y expectación. Llegaron a la puerta de la muralla, donde les esperaba don García Alfonso Trigueros.

—Mi señor, el castillo es vuestro. —Don García Alfonso se arrodilló ante la montura del rey. Los soldados que se encontraban en el patio de armas y en el adarve hicieron lo propio.

El rey desvió la vista hacia las murallas y suspiró. El castillo de Toro, el último reducto rebelde, había sido conquistado. Un escalofrío recorrió su cuerpo cuando recordó los meses que había permanecido recluido dentro de sus mazmorras. Estuvo a punto de sucumbir, de rendirse, de aceptar todas las peticiones y exigencias de sus carceleros. Pero fue fuerte y resistió. Fue una experiencia dura, tremendamente dura. La soledad, la tristeza, la traición… Lamentó profundamente que su hermano don Enrique hubiera logrado huir, esquivando una vez más su destino. Pero ya habría otra ocasión, otra oportunidad. Sus caminos volverán a cruzarse y, entonces, desataría sobre él toda su ira, toda su venganza. Algún día llegaría ese ansiado momento. Y lo disfrutaría con satisfacción, con deleite, pero ahora eran otros los asuntos que reclamaban su atención.

—García Alfonso, nada has de temer ni tú, ni los soldados que tan valientemente habéis defendido esta fortaleza —levantó la mano derecha y añadió—: Estáis perdonados.

Un murmullo de alivio y satisfacción recorrió el castillo.

—Gracias, mi señor —dijo don García Alfonso, aún de rodillas, soltando un largo suspiro.

El rey cruzó la puerta de Santa Catalina seguido por sus consejeros y quinientos soldados. El resto acamparía extramuros de la ciudad para evitar posibles huidas.

—Organiza con García Alfonso la construcción de un cadalso en el patio de armas, quiero que esté listo para mañana al amanecer —le ordenó el rey a Hinestrosa.

—Así haré, mi señor.

De pronto, un soldado que se encontraba en el adarve levantó su antorcha y gritó:

—¡Viva el rey Pedro! ¡Viva Castilla!

Como un torrente desbocado tras el deshielo, los soldados comenzaron a gritar al tiempo que elevaban sobre el negro cielo sus armas y antorchas.

—¡Viva el rey! ¡Viva el rey!

—¡Viva don Pedro! ¡Viva Castilla!

Con sus gritos, los soldados desfogaron sus sentimientos y se liberaron de la insoportable tensión que habían acumulado durante las largas semanas de asedio. La paz por fin regresaba a Castilla. Pronto serían licenciados y volverían a abrazar a sus mujeres e hijos. Muchos tenían las mejillas horadadas por las lágrimas. El rey les observaba complacido. Levantó la mano y les saludó con una sonrisa. Los vítores arreciaron.

—¡Viva el rey! ¡Viva don Pedro!

Abrigado con los gritos de los soldados, el rey cruzó el patio de armas y se dirigió a la torre del homenaje. Desde una ventana doña María de Portugal y doña Juana Manuel contemplaban la escena. A sus oídos llegaban los gritos de alegría y desahogo de los soldados. Pero ellas no reían. El gesto de doña María de Portugal estaba velado por la preocupación. El rey había perdonado la vida a los soldados y las suyas también serían perdonadas. Así se lo había asegurado don Fadrique cuando les informó que rendiría el castillo, pero ¿cuál sería la suerte del resto de los nobles que habían luchado al lado de don Enrique de Trastámara? La huida a toda prisa de don Fadrique no auguraba nada bueno y sus temores se confirmaron cuando, durante la noche, los carpinteros se afanaron en

construir un cadalso. Doña María de Portugal intentó ver a su hijo. Pretendía hacerle entender que no debía ejecutar a ningún noble, que la guerra había terminado y que él era el vencedor. No encontraría enemigos dentro de esos muros. Que la clemencia es un arma más poderosa que la venganza, pero no lo consiguió. La numerosa escolta que protegía los aposentos del rey se lo impidieron. Desde su habitación, don Pedro escuchaba indiferente las desesperadas súplicas de su madre. La decisión estaba tomada y ya nada le haría cambiar de parecer. Le había entregado una lista a Hinestrosa con los nombres de los nobles que, al despuntar el alba, serían ejecutados.

⁂

Cuando el sol se levantó aquella mañana, el cielo estaba grisáceo y soplaba un viento gélido, cargado de malos presagios. Como era habitual, Hinestrosa cumplió con diligencia su cometido. En el patio de armas, maniatados y frente al cadalso, se encontraba una veintena de nobles. Entre ellos don Pedro Estébanez Carpenteyro. Estaban rodeados por un centenar de soldados que les apuntaban con sus lanzas. Los grajos sobrevolaban el castillo emitiendo agudos y desagradables graznidos que rompían el denso silencio. Doña María de Portugal, desde el adarve, miraba a los nobles con los ojos llenos de temor. Al menos, a su lado y consolando sus miedos se encontraba su amante, don Martín Alfonso Tello. Doña Juana Manuel permanecía confinada en sus aposentos, custodiada por los soldados del rey. Desde el cadalso, el alguacil nombraba en voz alta los nombres de los condenados. Don Pedro, acompañado por sus consejeros, contemplaba la escena sentado en unas gradas de madera que fueron construidas para la ocasión. Los condenados a muerte, uno a uno, fueron ascendiendo por las escaleras del cadalso. Los hubo que asumieron su fatal destino con dignidad y resignación, apoyando mansamente la cabeza sobre el tronco de madera para que el verdugo, con la habilidad que confiere años de experiencia, cercenara su cabeza de un solo golpe de espada. Pero hubo otros que tuvieron que ser llevados a rastras, que lloraban presas del pánico, invadidos por un insondable terror. Gimoteaban y suplicaban con los ojos

sumergidos en lágrimas el perdón real. Pero don Pedro fue impasible a sus ruegos y llantos. Los soldados los golpeaban con furia, con intensidad, hasta que quedaban prácticamente sin sentido y sus cabezas eran posadas dócilmente sobre el tocón de madera. Algunos intentaron eludir su fatal destino apartándose justo en el instante en el que el verdugo se disponía a efectuar el golpe. Entonces, la espada del ajusticiador acababa cercenando parte del cuello o estrellándose estrepitosamente en el cráneo, provocando la muerte lenta y dolorosa del ajusticiado. El alguacil pronunció el nombre del último de los nobles que se encontraban maniatados en el patio de armas: don Pedro Estébanez Carpenteyro, sobrino de don Juan Núñez de Prado, antiguo maestre de Calatrava ajusticiado por orden de don Diego García de Padilla. Don Pedro Estébanez subió las escaleras del cadalso con serenidad. No podía apartar la mirada del ensangrentado tocón de madera. Su corazón latía con fuerza. Miró al cielo y murmuró una plegaria, suplicando el perdón del Todopoderoso. Sentado plácidamente en la grada, don Diego García contemplaba la escena con satisfacción. Por fin, podría desprenderse de ese incómodo rival. Ya nadie podría cuestionarle como el único maestre de la Orden de Calatrava. Desde el adarve, doña María de Portugal abrazaba con fuerza a don Martín Alfonso. Sus ojos lloraban ante tanta muerte, tanto odio, tanta crueldad. Al menos, el sacrificio de don Pedro Estébanez pondría fin a aquel infierno. Maniatado, el condenado posó su cabeza en el tocón. Sintió la humedad fría y pegajosa de los restos de sangre. Su mirada estaba perdida en el infinito y sus labios se movían recitando una oración. El verdugo se aproximó a su víctima. Alzó la espada y de un golpe seco y certero le seccionó la cabeza. Doña María de Portugal ocultó su rostro en el pecho de don Martín Alfonso, que intentaba consolarla entre sus brazos. Parecía que todo había terminado cuando el alguacil, con paso lento pero decidido, caminó hacia el centro del cadalso y comenzó a leer el nombre del último de los condenados:

—¡Don Martín Alfonso Tello!

Doña María de Portugal se sintió desfallecer al escuchar la sentencia de muerte del alguacil. Miró a don Martín Alfonso con terror, con el gesto desfigurado por el pánico, sin entender por qué su nombre había sido pronunciado. Don Martín Alfonso tenía el gesto demudado por el miedo.

Miró confuso a su alrededor, buscando entre los allí presentes una explicación que nadie quiso o pudo darle. Dos soldados subieron las escaleras de la muralla prestos a detenerle.

—¿Qué significa esto? —preguntó la reina madre, mirando hacia la grada donde se encontraba don Pedro.

—¿Por qué yo…? ¿Por qué…? —musitaba don Martín Alfonso invadido por un insoportable miedo.

Como respuesta, los dos soldados le separaron con brusquedad de doña María de Portugal y lo llevaron al cadalso. La reina madre les siguió desesperada, sumergida en un océano de lágrimas. Su corazón amenazaba con escapar de su pecho. Los soldados descendieron atropelladamente las escaleras y arrastraron al condenado al cadalso. Doña María de Portugal tuvo que ser retenida por dos soldados en el patio de armas.

—¿Qué pretendes Pedro? ¿Por qué me haces esto? —preguntaba desconsolada bebiéndose las lágrimas que corrían por sus mejillas.

El rey no la miraba. Tenía la vista fija en su amante, sobre quien no pendía acusación alguna. Don Martín Alfonso en ningún momento apoyó a los conspiradores, a los nobles sublevados. Se limitó a seguir a doña María de Portugal allá donde fuera. Don Martín Alfonso era inocente. Pero la reina madre sí le había traicionado, sí había apoyado a los bastardos y favorecido a la Liga nobiliaria. Merecía ser castigada. Pero era su madre y, además, la reina. Nadie en Castilla le perdonaría que ordenara su ejecución. ¿Un hijo condenando a muerte a su madre? No, no la ejecutaría, pero merecía ser castigada por sus delitos, por su traición, por su deslealtad. Y, sobre su amante, sobre don Martín Alfonso Tello, desataría toda su ira, toda su justicia.

—¡No quiero morir! ¡No quiero morir! —sollozaba el condenado, resistiéndose a subir las escaleras del cadalso—. Soy inocente. ¡Soy inocente!

Un soldado miró al rey y este le asintió.

—¡Soy…!

El puñetazo en el estómago cortó en seco sus ruegos y cayó doblado al suelo, sin resuello. Fue levantado con brusquedad y recibió otro en la cara.

Y luego otro, y otro más hasta que cayó rendido al suelo, con el rostro ensangrentado y sin fuerzas para protestar.

—¡Asesino! ¡Asesino! —gritaba desesperada doña María de Portugal, fuertemente aferrada por un soldado.

El rey ignoró sus insultos. Contemplaba como los soldados subían a rastras a don Martín Alfonso al cadalso y colocaban su cabeza en el tocón de madera. Tenía la nariz rota, la cara ensangrentada y daba bocanadas como un pez fuera del agua. Apenas podía respirar. Las lágrimas brotaron desbordadas de sus ojos y se mezcló con la sangre de su rostro. El rey miró al verdugo. No necesitó más indicaciones, alzó en lo alto su espada y de un solo tajo cercenó la cabeza del amante de la reina madre.

—¡No! —gritó doña María de Portugal que, liberada por los soldados, corrió hacia el cuerpo mutilado e inerte de don Martín Alfonso. Se arrodilló ante sus restos ensangrentados abatida por un terrible e insoportable sufrimiento. Su gesto estaba contraído, desfigurado por el dolor—. No… no… —se tapó el rostro con las manos y lloró quedamente.

Un terrible silencio embalsamó el patio de armas. Solo los grajos se atrevían a romperlo, soltando agudos y estridentes graznidos.

—¡Asesino… yo te maldigo! —aulló de pronto, invadida por un incontenible odio. Apartó las manos de su rostro y desplazó su mirada hacia el rey. Tenía los ojos rojos por el llanto y la furia—. Has matado lo que más quería y te maldigo por ello. —Se incorporó y, algo más repuesta, avanzó unos pasos hacia su hijo—. Te odio y te maldigo. Ruego al buen Dios que te castigue. Que todo este odio, todo este rencor, toda esta furia insana se revuelva como una rata furiosa contra ti y sufras el mismo destino que Martín. Eres cruel y desalmado. En tu corazón no anida más que el odio y el resentimiento. —Sintió como las fuerzas le abandonaban. Estaba agotada, exhausta. Su corazón no podía aguantar más tanto dolor. Cayó de rodillas al suelo—. Eres un rey cruel, cruel…

La reina madre cayó desfallecida sobre el cuerpo ensangrentado y decapitado de don Martín Alfonso Tello. Un soldado acudió a asistirla, pero el rey le detuvo con un gesto de mano. No era más que un desmayo.

—¡Dejadla! —ordenó.

El rey se levantó de la grada y se marchó, abandonando a su madre desfallecida sobre los restos de su amante. Ni por un instante miró atrás. Había vencido, superado todas las adversidades y sometido a sangre y fuego a sus enemigos. Pero no se hallaba feliz. En su mente retumbaban implacables las palabras de su madre: «Te odio y te maldigo. Ruego al buen Dios que te castigue. Que todo este odio, todo este rencor, toda esta furia insana se revuelva como una rata furiosa contra ti y sufras el mismo destino que Martín. Eres un rey cruel, cruel…». La maldición se repetía insistentemente en su cabeza y era incapaz de desprenderse de ella. Bajó las escaleras del cadalso. Los soldados le abrían paso en un profundo silencio. Deambuló por el patio de armas sin saber muy bien dónde dirigirse. Detuvo su paso y desvió la vista hacia el cadalso. Don Gutier Fernández de Toledo ayudaba a su madre a incorporarse y la estrechó entre sus brazos intentando consolar su sufrimiento. Un estremecedor escalofrío recorrió su ánimo. Sintió una suerte de mal presagio que le advertía que la guerra no había concluido. Negó con la cabeza, intentando apartar aquellos funestos augurios de su mente. Tanta muerte, tanta ejecución le había afectado, confundiendo sus sentidos. Ver a su madre abatida, llorando desconsolada y lanzándole todo tipo de maldiciones no fue un espectáculo agradable. Era rey, pero antes era hijo y sufrió como tal los insultos y la furia que su madre desprendía en cada una de sus palabras. Respiró hondo e intentó aclarar sus ideas. Había vencido. No cabía la menor duda. Tras largos años de guerra no merecía la pena regodearse en el sufrimiento y en malos presagios fruto de la turbación y del desasosiego. Concluyó que la única forma de olvidarse de los temores que revoloteaban en su mente como avispas furiosas era refugiarse en los brazos de doña María de Padilla. Iría a Urueña y se entregaría a su amor y al de sus hijas. En sus labios encontraría el mayor de los consuelos. El reino había sido pacificado y los traidores sometidos o ajusticiados. Solo don Enrique de Trastámara había logrado huir… pero el bastardo no era más que un miserable cobarde, un perro traidor. Y, además, había sido abandonado por los suyos, incluso por sus propios hermanos don Fadrique y don Tello. Sin apoyos, sin títulos ni dinero, era inofensivo como un cordero. Intentó convencerse de que sus temores eran infundados y que la paz y la justicia reinarían de nuevo en Castilla.

⁂

Sintió en los labios el gusto salado de la brisa del mar. En lontananza se divisaba el puerto de La Rochelle. En unas horas llegaría a su destino. Su mano acarició la espada que pronto pondría al servicio del rey Juan de Francia. El francés sabría cómo agradecer su ayuda en la interminable guerra con Inglaterra. Allí, en Francia, lamería sus heridas. Con su valor y el filo de su espada lograría títulos y riquezas. Había sido derrotado, abandonado. Don Fernando de Castro le negó toda ayuda. Lo mismo que el cobarde de don Tello, que prefirió disfrutar plácidamente de sus riquezas en Vizcaya que apoyarlo en su pugna con el rey. Incluso don Fadrique le había traicionado. Rindió Toro sin ofrecer resistencia, desatando una ola de ejecuciones y la captura de su mujer, doña Juana Manuel. Negó con la cabeza y apretó furioso los puños recordando la traición de sus hermanos, de don Fernando de Castro, de los infantes de Aragón, de don Juan de la Cerda… y de tantos y tantos nobles más. Ya solo podía contar con la fidelidad de su espada. Giró la vista y se dirigió a la popa del barco. Su mirada, al igual que sus recuerdos, se perdieron en el mar infinito. Respiró hondo llenando sus pulmones de un reconfortante aire con olor a mar. Las gaviotas sobrevolaban el límpido cielo lanzando estridentes graznidos. Los marineros se desplazaban por la cubierta afanándose en preparar el barco para la inminente llegada a La Rochelle. A sus labios asomó una sonrisa. No, no había sido derrotado. Solo la muerte podría hacerlo. Caminó con paso resuelto y decidido hacia la proa del barco. Miró al horizonte donde se perfilaba la costa francesa. Se desprendió de las derrotas, de las traiciones, de los fracasos sufridos en el pasado. Un nuevo desafío, un nuevo horizonte se erigía ante él. Don Enrique de Trastámara estaba impaciente por llegar a puerto: la primera escala de un largo viaje que, estaba totalmente convencido, le conduciría de regreso a Castilla.

OceanofPDF.com

PERSONAJES HISTÓRICOS

Alfonso Fernández Coronel (1305-1353)
Señor de Aguilar y alguacil mayor de Sevilla.

Alfonso IV de Portugal (1291-1357)
Rey de Portugal de 1325 hasta su muerte. Abuelo por vía materna de Pedro I.

Alfonso XI (1311-1355)
Rey de Castilla y padre de Pedro I.

Álvar Pérez de Castro (1320-1383)
Hijo ilegítimo de Pedro Fernández de Castro. Hermano de Inés de Castro y de Juana de Castro.

Beatriz de Castilla (1353-1369)
Hija de Pedro I y María de Padilla.

Bernat de Cabrera (1298-1364)
Consejero y valido del rey Pere IV de Aragón.

Blanca de Borbón (1335-1361)
Reina de Castilla y esposa de Pedro I.

Constanza de Castilla (1354-1394)
Hija de Pedro I y María de Padilla. Se casó con Juan de Lancaster, hijo del rey Eduardo III de Inglaterra.

Clemente VI (1291-1352)
Papa del pontificado de Aviñón.

Diego García de Padilla (1330-1369)
Hermano de María de Padilla y maestre de la Orden de Calatrava.

Enrique de Trastámara (1333-1379)

Hijo natural de Alfonso XI. Hermano bastardo de Pedro I. Rey de Castilla y León desde 1369 hasta su fallecimiento.

Fadrique (1333-1358)

Hermano gemelo de Enrique de Trastámara y maestre de la Orden de Santiago.

Fernando Manuel (¿?-1351)

Hijo de Juan Manuel y Blanca Núñez de Lara. Señor de Villena y hermano de Juana Manuel.

Fernán Pérez de Ayala (1305-1385)

Señor de Ayala y padre de Pedro López de Ayala, futuro canciller de Castilla y cronista de la época. Tomó parte en la incorporación de Álava a la Corona de Castilla.

Fernán Pérez Ponce de León (1305-1355)

Maestre de la Orden de Alcántara.

Fernando de Aragón (1329-1363)

Infante de Aragón. Hijo de Alfonso IV de Aragón y de su segunda esposa Leonor de Castilla.

Fernando de Castro (1335-1373)

Hijo de Pedro Fernández de Castro e Isabel Ponce de León. Hermano de Juana de Castro y medio hermano de Álvar Pérez de Castro e Inés de Castro.

Garcí Laso de la Vega (1315-1351)

Desempeñó varios cargos de confianza durante el reinado de Alfonso XI. Apoyó a Juan Núñez de Lara y fue ejecutado por orden del rey Pedro I en 1351.

Gil Carrillo de Albornoz (1302-1367)

Arzobispo de Toledo y cardenal del papado de Aviñón.

Guillermo de la Jugie (1317-1374)

Cardenal del papado de Aviñón.

Gutier Fernández de Toledo (1330-1360)
Privado del rey y hermano de Vasco Fernández de Toledo, arzobispo de Toledo.

Inés Pérez de Castro (1320-1355)
Hija de Pedro Fernández de Castro y de Aldonza Soares de Valladares. Fue amante del infante Pedro de Portugal con quien tuvo cuatro hijos.

Isabel de Castilla (1355-1392)
Hija de Pedro I y María de Padilla.

Isabel de Meneses (¿?-1370)
Esposa de Juan Alfonso de Alburquerque.

Juan Alfonso de Alburquerque (1305-1354)
Canciller de Castilla y valido de Pedro I.

Juan de Aragón (1330-1358)
Infante de Aragón. Hijo de Alfonso IV de Aragón y de su segunda esposa Leonor de Castilla. Hermano de Fernando de Aragón.

Juan de la Cerda (1327-1357)
Señor de Gibraleón. Era nieto de Alfonso de la Cerda y descendiente directo del rey Alfonso X.

Juan Fernández de Hinestrosa (1310-1359)
Tío materno de María de Padilla y privado de Pedro I.

Juan García de Villagera (¿?-1355)
Hijo ilegítimo de Juan García de Padilla, padre de María de Padilla. Fue maestre de la Orden de Santiago.

Juan II de Francia (1319-1364)
Rey de Francia.

Juan Núñez de Lara (1314-1350)
Señor de Vizcaya y bisnieto de Alfonso X.

Juan Núñez de Prado (¿?-1354)
Maestre de Calatrava y notario mayor de Castilla.

Juana de Castro (1335-1374)

Hija de Pedro de Castro y hermana de Fernando de Castro, Inés de Castro y Álvar Pérez de Castro. Se casó con Pedro I y tuvo un hijo llamado Juan.

Juana Manuel (1339-1381)

Hija de don Juan Manuel y esposa de Enrique de Trastámara. Reina de Castilla.

Leonor de Castilla (1309-1358)

Hija de Fernando IV de Castilla y hermana de Alfonso XI. Madre de los infantes de Aragón. Se casó con el rey Pere de Aragón. Reina de Aragón y condesa de Barcelona (1329-1336).

Leonor de Guzmán (1310-1351)

Amante de Alfonso XI con quien tuvo diez hijos. Madre de Enrique de Trastámara, Enrique y Tello.

María de Padilla (1337-1361)

Amante del rey Pedro I de Castilla.

María de Portugal (1313-1357)

Reina de Castilla. Hija de Alfonso IV de Portugal, esposa de Alfonso XI y madre de Pedro I.

Pedro de Castilla (1334-1369)

Rey de Castilla. Hijo de Alfonso XI y María de Portugal.

Pedro de Portugal (1320-1367)

Rey de Portugal. Hijo de Alfonso IV de Portugal y Beatriz de Castilla. Hermano de María de Portugal.

Pere de Aragón (1319-1387)

Rey de Aragón, Valencia y conde de Barcelona. Medio hermano de los infantes Fernando y Juan.

Samuel Leví (1320-1361)

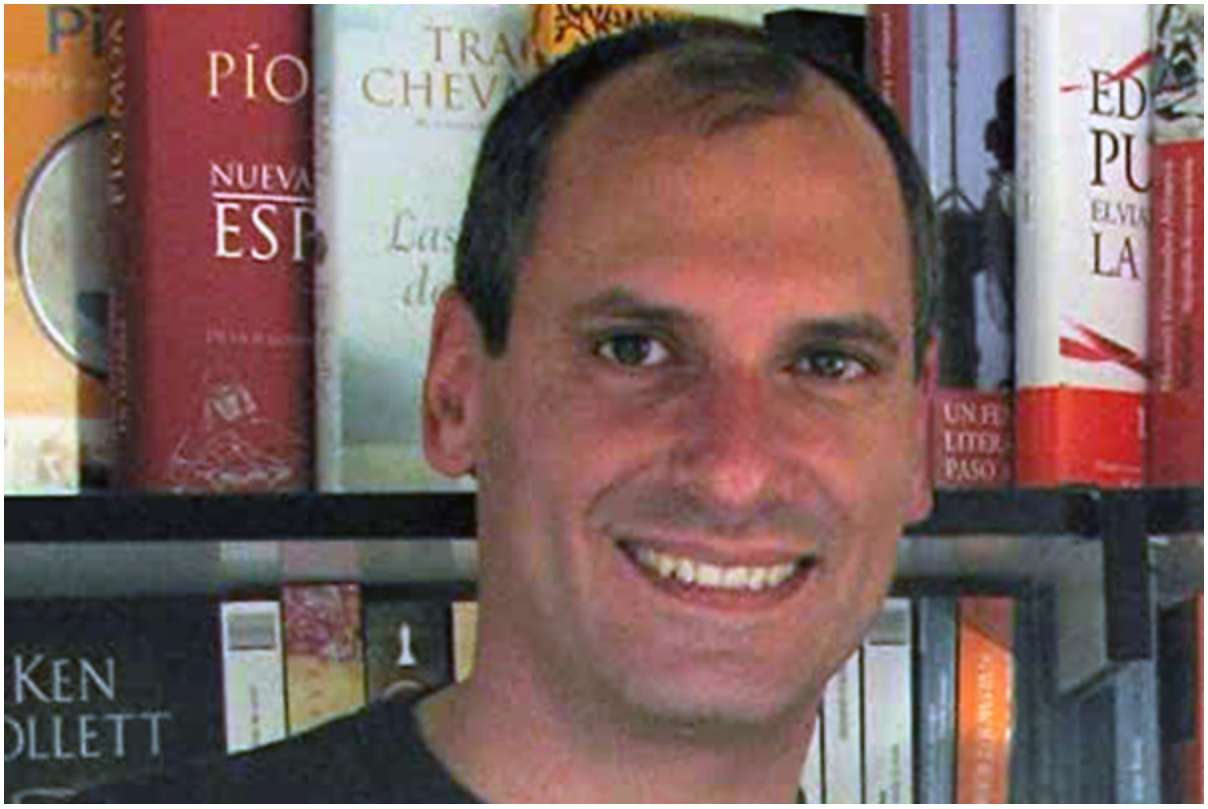
Tesorero mayor de Castilla.

Tello (1337-1370)
Sexto hijo de Alfonso XI y Leonor de Guzmán. Señor de Vizcaya.

Vasco Fernández de Toledo (1295-1362)
Arzobispo de Toledo y hermano de Gutier Fernández de Toledo.

Información procedente de la Real Academia de la Historia

OceanofPDF.com



ALFONSO SOLÍS (Madrid, 1972). Licenciado en psicología, ha desarrollado su carrera profesional distintos ámbitos como los recursos humanos, operaciones y compras. Amante de la novela histórica, ha aportado a este género sus obras *El Designio de los Dioses*, *Roma Invicta Est*, *Vikingos: Las Crónicas de Haakon el Cobarde*, *Tierra de godos*, *el rey destronado, Conjura en Toledo* y recientemente la serie de Pedro I de Castilla formada por los libros *De reyes y bastardos* y *De leales y traidores*.

OceanofPDF.com

ÍNDICE

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22

49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63
64
65
66
67
68
69
70
71
Personajes históricos

OceanofPDF.com